Guiomar
La joven que desafió su destino
Luisa Cisneros
Guiomar
La joven que desafió su destino
Luisa Cisneros
La Amante del Impostor
Luisa Cisneros
Beatriz y Said
El inicio de su historia
Luisa Cisneros
Beatriz y Said
Tiempos de esperanza
Luisa Cisneros
Beatriz y Said
La conciliación
Luisa Cisneros

Colección Completa de Romance Histórico

Luisa M. Cisneros

Copyright © 2017 Alba Digital Publishing.
Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, incluyendo fotocopia, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la previa autorización por escrito de la editorial, excepto en el caso de citas breves para revisiones críticas, y usos específicos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.
Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, instituciones, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor o usados de una manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o eventos actuales, es pura coincidencia.

Alba Digital Publishing
info@albadigitalpublishing.com

Acerca de Luisa M. Cisneros:
Facebook: https://web.facebook.com/luisamarcisneros
Twitter: https://twitter.com/luisamcisneros
Amazon: https://amazon.com/author/luisamcisneros

Contenido

Guiomar: la joven que desafió su destino

La Amante del Impostor

Beatriz y Said (parte 1): El inicio de su historia

Beatriz y Said (parte 2): Tiempos de esperanza

Beatriz y Said (parte 3): La conciliación

Notas de la autora

Guiomar: la joven que desafió su destino

Prólogo

Aquel invierno fue el peor de los últimos diez años. La nieve había arreciado durante cuatro días enteros, sofocando las entradas del castillo y casi las primeras ventanas. Los mozos habían tenido que retirar la nieve del patio sin descanso, pues se acumulaba en las techumbres de madera y amenazaba con romper las frágiles construcciones del interior, como las cuadras y los cobertizos. El viento soplaba por todos los resquicios, levantando un frío terrible entre silbidos que se asemejaban al ulular de las aves rapaces. Todas las antorchas parpadeaban en los corredores y las esquinas. Los braseros apenas eran suficientes para paliar la helada, y su calor era el motivo por el que todos los habitantes del castillo, criados o hidalgos por igual, se arremolinaban en torno a las brasas crepitantes en un intento de calentarse.

Las únicas que parecían disfrutar del mal tiempo eran las hijas mayores de don Froilán. Después de varios días encerradas en la torre del homenaje escuchando gritar a la mujer de su padre, las niñas habían decidido escaparse para disfrutar de algo de aire fresco, y no les habría importado lo más mínimo que les cayera encima una tormenta.

La mayor, Elvira, contaba diez años, y era una niña virtuosa y sin un ápice de maldad. Había convencido a sus hermanas para que la ayudasen a moldear un caballero en el patio usando para ello la nieve recogida por los mozos. Las gemelas, Sancha y Leonor, de ocho años, fueron las bribonas que escamotearon las armas y la cota de mallas de la armería. Arrastraron ambos por la nieve dejando un rastro irregular, aprovechando que el castillo entero se mantenía en vilo por el nacimiento del nuevo bebé. Por último, Jimena, de seis, perseguía a sus hermanas con un dedo metido en la boca y la punta de la nariz sonrosada.

Cuando las niñas llegaron, Elvira ya había formado el cuerpo del caballero y la nieve se posaba en copos finos sobre su pelo. Había dejado de nevar los copos como trapos que habían colmado los tejados y las almenas, pero aún no arreciaba del todo.

Sancha y Leonor levantaron con dificultad el para ellas pesado camisote de mallas. Lo arrastraron sobre el cuerpo del muñeco sin importarles que la nieve se resquebrajara, y lo apuntalaron con más nieve alrededor del supuesto cuello. Tenían los guantes empapados y la certeza de que su padre las haría castigar en cuanto las viera heladas y sonrojadas, pero no les importaba demasiado. La diversión momentánea era, para sus mentes infantiles, mucho más imperiosa que el cumplimiento del deber y la responsabilidad.

Elvira tomó el yelmo con decisión y saltó en un intento de coronar su muñeco con él. Quedó torcido, como si el caballero estuviese rezando o saludando a una dama, y al verlo las cuatro niñas rieron. Luego cogió la espada y la puso en la mano derecha del muñeco. Le habría gustado que pudiese levantarla como si se presentara a la batalla, pero la nieve no tenía la consistencia necesaria para aguantar el peso.

Ante al caballero, que tanto se parecía a los que su señor padre acogía como espadas juramentadas, las cuatro niñas rompieron a reír. Había merecido la pena correr el riesgo de un resfriado, o de los azotes del ama de cría, que eran aún peores, por hacer aquel muñeco. Y es que el ambiente en el interior del castillo era demasiado tenebroso, con todas aquellas personas rezando por el bienestar de doña Teresa. La tercera mujer de su padre había sido escogida en un intento de que sus amplias caderas le permitieran un parto fácil y sin percances, dado que la anterior, doña Casilda, había muerto al dar a luz a la sexta, Asunción. Después de seis hijas, el pobre don Froilán no cejaba en su empeño de engendrar varón, pues la fortuna se había confabulado en su contra al no darle más que hembras. Él siempre decía que las hijas traían risas, pero en el fondo era evidente que necesitaba un heredero de su sangre al que cederle las tierras.

Para tener un niño, doña Teresa había empleado en su embarazo todos los trucos de vieja habido y por haber. Hasta había recurrido a las sabias del pueblo, que algunos llamaban "brujas", en un intento de cambiar los signos en favor de un varón. Había comido ajo y remolacha, había pasado un rosario sobre su vientre hinchado y había rezado todos los días varios avemarías para pedirle a la virgen que intercediera por ella. El resultado lo sabrían en breve, pero a las niñas, salvo a Elvira, poco les importaba el sexo del nuevo bebé.

Sólo la mayor comprendía la necesidad dinástica de un bebé varón, mientras que a las pequeñas no les importaba demasiado si llegaba una nueva compañera de juegos. Estaban deseando otro sin que les preocupase el sexo. Elvira, por otro lado, no tardaría en convertirse en mujer y en ser casada con algún hidalgo. Pocos años le quedarían para jugar con el recién llegado, pero muchos para lamentar que su padre no tuviese un heredero al que dejar sus tierras.

—¡Niñas! ¿Qué hacéis ahí? ¡Entrad corriendo, que se os van a congelar los pies!

Quien hablaba era Luis, el herrero. Se había asomado desde uno de los portones del patio. Las gemelas corrieron despavoridas y entre gritos, saltando sobre la nieve como zorrillos. Jimena miró a Elvira con temor, de modo que la mayor la rodeó con un brazo para protegerla de las iras del herrero.

—¡Ay, la Virgen! ¿Quién os ha dejado coger la armadura y la espada? ¡Se van a oxidar por estar aquí fuera! —El herrero saltó a la nieve y se hundió hasta las rodillas. Tuvo que anadear en dirección al muñeco, rojo como una brasa—. Se lo pienso decir a vuestro padre. ¡Andad para adentro, que si os cojo os descalabro!

Las niñas corrieron a la seguridad del interior, donde el calor hizo hormiguear los dedos entumecidos. Aunque el susto de ser sorprendidas por el herrero las había agitado un poco, ahora que se hallaban junto al brasero y podían mirarse a los ojos sin temor, rompieron a reír. Luis no se iba a enfadar demasiado; nunca lo hacía. Elvira no había previsto que las armas pudiesen estropearse si las sacaban afuera, pero si las secaba bien (y sabía que Luis lo haría), la travesura no tendría consecuencias.

Una vez calientes, Jimena y Elvira corrieron escaleras arriba, recogiéndose los faldones para no pisárselos y caer de bruces. Apenas subieron un piso, ya empezaron a oír gritar a doña Teresa. Elvira había presenciado los cuatro partos anteriores y hasta el día de hoy sentía cierta aprensión hacia tal labor. La madre de Asunción y Mercedes había muerto en un lecho de sangre después de varias horas de sufrimientos. Había oído decir a los criados que era normal, teniendo en cuenta la estrechez de sus caderas. Elvira solía medirse la amplitud de las suyas mientras se miraba en una placa de metal pulido, buscando una anchura que la salvase de la muerte. Cuando una de las criadas la había atrapado haciéndolo, le había dicho que mirarse desnuda en el espejo era pecado y que más le valía ir a confesarse. No se había atrevido a contarle su temor al cura, por lo que no sólo había debido cargar con la penitencia, sino que seguía teniendo miedo a casarse.

Cuatro criados permanecían fuera de la habitación, acompañando a don Froilán. Su padre aguardaba con los brazos cruzados y los ojos hundidos, muy serio. Elvira se quedó mirándolo desde lejos, pues sabía por experiencia que cuando estaba así de preocupado era mejor dejarlo a su aire.

Su padre era el señor de Braña de Tejedo, fiel servidor del rey Enrique IV. Su familia había gozado en otro tiempo de mejores tierras y mayor riqueza, ahora perdidas, pero aún conservaban el castillo que habían construido sus antepasados sobre la colina que dominaba el pueblo. Todavía le quedaban años buenos y así lo atestiguaban las veces en las que había partido para defender el honor del Rey, pero cada vez le costaba más coger a las niñas para levantarlas por los aires y no digamos ya la espada. Elvira lo había visto jadear al subir al último piso de la torre, aunque siempre se erguía si alguien

venía detrás. Sólo ella, que jugaba en ocasiones a espiar y a seguir a los criados sin que la viesen, había percibido esas flaquezas en su padre. Odiaba verlo tan cansado, pero las canas comenzaban a poblar sus sienes y su barba, y esos cambios no podían evitarse.

Se escuchó un gemido y un llanto a pleno pulmón y el rostro de don Froilán se iluminó. Se puso de pie enseguida y caminó hasta la puerta, aunque no llegó a cruzarla. Un parto era una cosa íntima entre la mujer y las comadronas, y un hombre, por mucho que fuese el padre, poco tenía que hacer allí dentro. Por suerte, la comadrona jefa no tardó en salir.

—Es una niña —dijo con rapidez, como si tratase de zanjar las ilusiones que el pobre hombre se hubiese hecho lo antes posible—. De todos modos, la madre y la cría están sanas.

Don Froilán hundió la cabeza en los hombros, apesadumbrado.

—Entiendo.

—Será mejor que dejéis descansar a doña Teresa por hoy. La niña y ella necesitan espacio y tranquilidad.

—Sí. Lo sé. Tengo otras seis hijas. Sé cómo es esto.

Abatido, el noble se sentó de nuevo en la silla. De la habitación comenzaron a salir las mujeres con cubos de agua rosa y de otros colores, con sábanas manchadas de mil porquerías.

Elvira arrugó la nariz, asqueada y aún temerosa. Los partos eran una cosa repugnante que esperaba que le quedasen muy lejos. En silencio, se acercó a su padre y le cogió de la mano. Don Froilán la aceptó con aire ausente. Aún le pesaba la noticia. No era tan mala como podría haber sido, pero tampoco era buena. Sin más que hijas, ¿cómo iba a arreglárselas sin un heredero? Tenía suerte de que ninguno de sus parientes cercanos fuese varón, pues de ser así su rama de la familia perdería los derechos sobre la tierra. Todo dependía de los hijos que tuviesen sus hijas, y aun así su apellido iba a perderse sin que pudiera evitarlo.

Jimena se aburrió y se fue, pero Elvira disfrutó del silencio compartido con su progenitor. Se debatía entre su propio desagrado por el proceso de un nacimiento, la preocupación por la falta de un sucesor y la ilusión de conocer a su nueva hermana. Sentía que era importante darle un recibimiento adecuado, ya que ella, como hermana mayor, sería responsable de su bienestar y, en parte, de su educación.

Al cabo de una hora, o quizá menos, una comadrona sacó un bulto envuelto en un paño suave. Elvira sintió un tirón en las entrañas por la expectación. La mujer puso en brazos de don Froilán el bulto rosado y gimoteante. Era un bebé feo y arrugado, como todos los que Elvira había visto hasta el momento, con un mechón negro y tupido que le caía sobre la frente. Meneaba las manitas con disgusto, como si deseara volver a los brazos cálidos de la madre de la que acababan de separarla, pero no rompió a llorar. Eso era bueno. Asunción había llorado día y noche y aún seguía haciéndolo.

Don Froilán la arrulló, apretándola contra su pecho. Aunque aún estuviese preocupado, no pudo evitar una sonrisa. Elvira le imitó. Le gustaba cuando su padre estaba feliz. Había temido que rechazase al bebé por no ser un niño, pero don Froilán amaba a sus hijas de manera incondicional y siempre lo haría, sin importar cuántas vinieran.

—¿Quieres ver a tu nueva hermanita, Elvira? —preguntó su padre bajando los brazos para que ella pudiese asomarse a mirarla con atención.

Le acarició el mechoncillo negro, que era mucho más suave de lo que parecía. La niña esbozó una sonrisa.

—¿Cómo la va a llamar, padre?

—Guiomar.

Capítulo 1: Juegos de niños

—¡Guiomar, no corras! —La voz de doña Teresa apenas llegaba a los oídos de la niña, pues el viento que se arremolinaba a su alrededor ahogaba todo el sonido—. Ay, Señor, esta niña se va a caer cualquier día y se va a romper todos los huesos. ¡Guiomar!

La séptima hija de don Froilán, que aquel invierno había celebrado su séptimo cumpleaños, se subió de un salto a uno de los muretes que rodeaban el castillo. Su equilibrio era perfecto. Mientras caminaba con un pie seguido del otro por los ladrillos desiguales, su cuerpecillo ondeaba de un lado a otro sin llegar nunca a perder el centro de gravedad. Parecía una caña meciéndose al viento, sin ningún temor a quebrarse. Tenía los brazos extendidos en cruz para ayudarse a sostenerse, y ni siquiera las faldas le impedían disfrutar de una destreza perfecta.

El sol primaveral le acariciaba la nuca cubierta de pelusa negra. Había nacido con el pelo oscuro como la pez y ni el paso de los años se lo había aclarado una gota. Tenía la tez pálida propia de la gente noble, aunque su amor por los espacios abiertos y el juego entre los árboles le habían oscurecido un poco el color. Su madre no dejaba de lamentarse por aquella manía suya de exponerse al sol para afearse, y le repetía continuamente que así nunca encontraría un marido. Guiomar se encogía de hombros. Los maridos le quedaban muy lejos y la diversión a raudales al alcance de la mano, así que lo único que tenía que hacer era desoír las quejas de su madre durante un rato.

Sus otras seis hermanas eran demasiado mayores para interesarse por sus juegos, o demasiado obedientes para acompañarla. Asunción era todo lo contrario que ella. Contaba nueve años y era regia y serena. Cantaba como los ángeles y tocaba la lira con tanta destreza como Guiomar derribaba manzanas a pedradas. Jimena jugaba con ella en ocasiones, pero su salud frágil la impedía correr y saltar con tanto ímpetu como ella, y a menudo su ama de cría la obligaba a ponerse junto al fuego para prevenir catarros aunque estuviesen en pleno verano. Las gemelas, Leonor y Sancha, ya estaban en una edad en la que los juegos quedaban lejos. Chismorreaban sobre los mozos del pueblo y los caballeros mientras bordaban su ajuar. Por último, Elvira, la mayor, andaba siempre distraída y perdida en sus propios pensamientos.

Por ello, los amigos de Guiomar eran los hijos de los criados. Sin la obligación social de ser formales y cuidarse de tostarse en exceso bajo el sol, los otros chiquillos invitaban a la hija del señor a participar en sus correrías. Felipe, el hijo del herrero, solía retarla al juego de correr por el borde del muro hasta la zona en la que se separaba tanto del suelo que daba vértigo mirar abajo. A Guiomar también la asustaba, pero se obligaba a pasar por allí igualmente para demostrar su valor. Su padre le había dicho siempre que lo más importante para un caballero era mostrar honor y valentía, y Guiomar había tomado esas palabras como su credo personal. Había desafiado sus propios temores sin dudarlo, y ahora recorría aquel trayecto cada día para asegurarse de que no le fallaba el espíritu. Los otros niños se quedaban boquiabiertos cuando Guiomar atravesaba sin despeinarse un borde situado a cinco codos por encima del suelo; no había cosa que más le gustara a la niña que despertar la admiración de los demás. Si acaso su madre y sus hermanas hubiesen reaccionado de la misma manera...

Saltó del muro y corrió al escondite de los niños en la parte trasera del castillo. Hacía varias décadas, una de las torres más viejas se había desmochado y los escombros habían caído de una forma peculiar al pie de la colina. El musgo y la tierra habían reclamado aquel trozo de mampostería, de manera que un niño podía escurrirse en su interior para disfrutar de una cabaña privada. Cada año era más difícil colarse dentro, cada año se encontraban más apretados en su interior, y aún no habían calculado que pronto se les haría imposible incluso entrar. Eso quedaba para el futuro, y ninguno de

ellos pensaba en ese tema. Eran niños, y en sus pensamientos, todo apuntaba a que seguirían siéndolo para siempre.

Lo primero que Guiomar veía siempre era la lista de nombres que ella misma había escrito con tiza en la pared interior del trozo de torre. El resto de los niños no sabía leer o escribir, de modo que ella había decidido enseñarles al menos sus nombres. Además, la inscripción aumentaba su sensación de pertenencia a un grupo, como los señores que luchaban por el rey Enrique, como su padre. Don Froilán le había explicado lo vital que resultaba ganarse la fidelidad y camaradería de los compañeros, pues en batalla se depende de ellos para salir vivo en muchas ocasiones. Le había indicado que debía ser bondadosa y justa con todo el mundo sin importar si eran nobles o plebeyos, y así lo había cumplido ella.

Aunque no siempre. Había veces en las que alguno de los niños de los cocineros se negaba a incluirla en sus juegos porque era una chica, y ella se le echaba encima para exigírselo a puñetazos. La primera vez que Luis había tenido que separarla de otro niño con la cara roja por los golpes y la mirada encendida e iracunda, el herrero se había reído mucho. Las veces siguientes había tenido que ponerlo en conocimiento de doña Teresa, que había amenazado con castigarla sin más suspendiendo sus juegos si no prometía comportarse como era debido. Desde entonces, ni Guiomar se quería meter en problemas ni los niños le daban la espalda, así que ya no había peleas.

Poco después de su llegada, una cabeza asomó por el resquicio y unas manos arañaron la tierra hasta que el cuerpo pasó bajo la piedra. Felipe, el hijo de Luis, se sacudió el polvo de la ropa y le dedicó una sonrisa en la penumbra. Era un niño guapo, de pelo corto color miel y una sonrisa desdentada que le daba aire de pillastre.

—Qué pronto has llegado —dijo el chaval sentándose en el suelo. Sacó un puñado de huesecillos de cordero del bolsillo y los dejó en el suelo—. Muchas ganas tienes de que te machaque.

Guiomar dejó escapar una risa arrogante. Le enseñó sus tabas y le sacó la lengua.

—Sabes que soy mejor que tú. A ver, empieza a tirar. ¿Qué te juegas?

—No tengo nada —respondió Felipe, al que había desplumado la última vez que se habían reunido para jugar. Se había adueñado de su peonza y su cuerda, y no se había quedado también con sus tabas porque, de haber sido así, no habrían podido jugar más.

—Pues un atrevimiento.

Felipe arrugó la barbilla.

—¿Cómo qué?

—Como... Ah, ya sé. —Guiomar sonrió para sí—. Hay un nido de paloma encima del techo de las caballerizas. Si gano, tienes que subirte ahí arriba y cogerme un huevo.

—Pues si gano yo... —El niño pensó. La idea de pedirle de vuelta su peonza era buena, pero quería saber si Guiomar, que era tan valiente, se atrevería a subir en busca del huevo ella misma—. Si gano yo, te subes tú. ¿Vale?

—Vale —respondió ella, y enseguida empezaron a tirar las tabas.

Los huesos de cordero rodaron por el suelo y los niños, con la agilidad y la destreza de quienes han jugado al mismo juego toda su vida, no tardaron en tener el dorso de la mano repleto de huesos. Guiomar sufrió la caída de casi todas las tabas al calcular mal su último lanzamiento, y aunque Felipe dejó escapar una carcajada triunfal, perdió las suyas en su siguiente turno. Siguieron así, picándose y riéndose, hasta que una sombra asomó desde la entrada y la voz de Gregorio, el hijo del mayordomo, les chistó:

—¡Eh! ¡Que han vuelto los hombres! ¿Estáis ahí? —Se agachó y le vieron la cara, pecosa y llena de marcas de viruela—. Guiomar, que ha vuelto tu padre. ¡Venid a verlos!

Sin preocuparse de recoger las tabas, Guiomar dejó escapar un chillido de alegría y reptó bajo la entrada sin preocuparse del bienestar de su falda. Salió corriendo hacia el castillo como alma que lleva el Diablo, mientras sus dos amigos la seguían con la lengua afuera.

Subieron el repecho hasta saltar el foso y cruzar el puente levadizo. A izquierda y derecha formaban los infantes de don Froilán, todos ataviados con armaduras, lanzas y yelmos picudos que debían calentarse sobre sus cabezas bajo el sol abrasador. En el patio, Guiomar vio una línea de caballos protegidos con bardas de colores. Su señor padre bajó del suyo con una gallardía inusitada a sus años.

Guiomar no pudo contener una carcajada de alegría. Hacía meses que no lo veía, pues había partido a la guerra para defender al Príncipe Alfonso, a quien consideraba mejor rey que el débil Enrique. Había un ánimo sombrío entre los hombres del patio, pero la niña apenas era consciente. Estaba demasiado contenta de ver de nuevo a su padre.

Sus hermanas y su madre habían tomado posiciones en un lateral del patio y esperaban a que don Froilán fuese a besarlas. Guiomar quiso salir corriendo, pero su hermana Leonor la cogió de la mano y la arrastró hasta ellas.

—Menudo desastre de vestido, Guiomar. Se lo voy a decir a tu madre —gruñó Jimena por lo bajo cuando se colocó a su lado.

Don Froilán atravesó el patio y besó la mano de doña Teresa. Luego, una a una, besó a sus siete hijas. Guiomar se lanzó a sus brazos en lugar de aceptar el beso superficial que había reservado al resto de las hermanas, y don Froilán sonrió.

—¡Padre! ¿Cómo ha estado? ¿Cómo era la guerra? ¿Ha matado a muchos hombres? ¿Ha visto al Rey? ¿Me deja su espada?

Su padre se echó a reír.

—Hija mía, no te preocupes, que ya tendrás tiempo de preguntarme luego todo lo que quieras. —Don Froilán le besó la frente e hizo un gesto a uno de sus seguidores. Por su heráldica y sus colores, Guiomar lo reconoció como don Pedro de Sagasta, un viejo amigo de su padre—. Pedro, venid. Ésta es mi hija mayor, Elvira. Pronto cumplirá diecisiete años y es una joven virtuosa.

Don Pedro miró a Elvira con agrado. Su hermana mayor era una muchacha de ojos oscuros y figura refinada. Guiomar siempre había creído que era muy hermosa. Don Pedro, en cambio, era un hombre mayor que su padre y tenía la cara roja e hinchada, con una barba de tres colores muy frondosa. Elvira hizo una reverencia y el noble respondió con educación.

Guiomar frunció el ceño.

—¿Qué pasa con don Pedro y Elvira? —cuchicheó hacia Leonor.

—Pues que se van a casar, eso pasa.

—¿Qué? ¿Cómo lo sabes?

—Padre lleva años intentando buscarle un esposo entre sus amigos. Lo intentó hace unos meses con el infante de Peña Amarga, pero se mató al caer del caballo al inicio de la guerra. Supongo que habrá terminado hablando con don Pedro, que se ha quedado viudo hace poco...

La niña se mordió el labio. Si su hermana mayor se casaba y se iba con don Pedro, ¿cuándo iban a verse? ¿Qué sería de ella? No parecía muy complacida por la elección de su padre. Don Pedro era un señor mayor y no muy guapo. ¿Por qué había aceptado ella ese trato?

—No lo entiendo. Yo habría dicho que no.

Leonor se echó a reír.

—No puedes decir que no, tonta. Antes o después, padre te buscará un buen marido como hará con todas.

Guiomar sacudió la cabeza.

—¿Y si no me quiero casar?

—Te tienes que casar.

—Pero, ¿y si no quiero?

—Pues entonces, padre te meterá en un convento.

Su hermana tenía que estar de broma. Guiomar miró a su alrededor. Los caballeros ya habían pasado al castillo para tomarse un refrigerio y su padre y su madre los habían acompañado. Sus hermanas le hacían gestos para que entrase con ellas, pero Guiomar se negó. ¿Y si su padre le había buscado un marido también a ella y quería presentárselo? Salió corriendo y tomó a Felipe de la mano, tirando de él de vuelta a su escondite, en donde nadie habría de obligarla a hacer nada que no quisiera.

Capítulo 2: Un deseo singular

No jugaron a las tabas. Guiomar se encontraba demasiado alterada para concentrarse en el juego, y Felipe no dejaba de repetir que estaban haciendo algo malo, aunque no supiera muy bien el qué.

—Creo que deberías estar con tu familia, Guiomar. Tu padre se enfadará cuando se dé cuenta de que te has ido así.

Guiomar sabía que el niño estaba en lo cierto. En las reuniones y las visitas, era deber de la familia mantener una buena facha y aparentar normalidad y naturalidad. Sin embargo, después de recibir un mazazo tan grande, Guiomar se sentía incapaz de enfrentarse a su padre y a la larga retahíla de responsabilidades que traería su propia adultez.

—¿Crees que en un convento se vive bien? —preguntó sin mirarle.

Felipe se encogió de hombros.

—Pues no sé. Se reza mucho, supongo. ¿Por qué lo dices? ¿Te quieres ir a un convento? Yo no te veo de monja.

—Calla, bobo. Era solo una pregunta.

Pero Guiomar no dejó de pensar en el tema. Sabía perfectamente que no quería casarse con nadie. Don Pedro era un señor muy mayor y olía raro. Los otros hombres del castillo no le inspiraban demasiada atracción, aunque fuese una opinión infantil fundamentada por las fantasías de las que hablaban las canciones. Ni siquiera Felipe, al que podía considerar su mejor amigo, le parecía un marido digno. Los maridos eran muy pesados y hacían bebés, y con un niño a cuestas no se podía salir de viaje ni ver mundo, que era lo que Guiomar quería. Ver mundo, montar a caballo y hacer la guerra, como su padre.

—¿Tú has visto alguna vez a una mujer pelear? —preguntó la niña frotándose una mancha marrón de la falda que, tan pronto viera su madre, le haría ganarse un coscorrón.

—Te he visto a ti, y menudas patadas metes...

—Me refiero a pelear de verdad, con espada y escudo, y la armadura y todo lo demás.

Felipe se echó a reír.

—¿Para qué querría hacer eso una mujer?

—¿Y por qué no?

—Pues porque no es para ellas, por eso.

—¿Y quién lo dice?

—Dios, creo. Y el Rey. Eso no se ha visto nunca, ni se verá, porque es una tontería. —Felipe se puso una taba en el dorso de la mano y practicó el lanzamiento y la recogida sin que se le cayera—. ¿Primero monja y ahora guerrera? ¿Qué tontería te ha dado?

—No es ninguna tontería.

—Vale, lo que tú digas. Oye, tengo el culo congelado. Si no quieres ir al castillo, al menos podríamos salir a buscar panecillos.

Guiomar también empezaba a tener frío. Aunque fuese principios de septiembre, dentro del torreón roto hacía fresco, y a medida que llegaba la tarde se volvía menos soportable. Salieron vigilando que nadie les siguiera y echaron a andar colina abajo, a caminar entre la hierba alta que picaba en las piernas y los brazos.

Se alejaron del castillo en dirección a la arboleda. A lo lejos, las peñas se esbozaban como un espejismo. Más allá de las montañas, le había dicho su padre, al norte, se encontraba el mar. Para verlo uno tenía que caminar sin pausa durante dos semanas y llegaría a la costa. Según él, era de un azul oscuro profundo, más que el

fondo del río o el cielo en la tormenta. Y olía a sal y a algas marinas, y se oían las gaviotas.

A veces, cuando Guiomar caminaba por los mares dorados de trigo, en partes salpicados de bosques escuetos o arroyos que traían consigo el verde, le gustaba imaginar que emprendía el camino al norte y acababa encontrando el océano del que hablaba su padre. Pero si se casaba, dudaba que fuese a poder realizar aquel sueño. Las mujeres embarazadas no podían viajar, y era algo seguro que en cuanto una se casaba, le crecía la barriga.

Felipe buscó las flores lilas en la vereda del camino y desprendió los panecillos, los pequeños frutos verdes que crecían en el tallo. A Guiomar no le gustaba su sabor, pero siempre era agradable tener algo que masticar mientras exploraba.

En la arboleda, jugaron a lanzar piedras. Había un árbol grande, con la corteza gruesa y llena de nudos, ideal para trepar. Donde antes había una rama, ahora quedaba un agujero que a Felipe le pareció una diana perfecta. Reunieron guijarros y se dedicaron a tirarlos con la esperanza de acertar dentro. Aunque el niño era bueno, Guiomar lo aventajó y no falló ninguno de sus lanzamientos. Al final, Felipe quiso dejarlo porque se había cansado de que ella le superase en esas cosas.

Cuando se hizo oscuro, decidieron volver al castillo, a regañadientes. El sol se ponía convirtiendo el horizonte en un manto carmesí y púrpura, con las olas de trigo dorado meciéndose con el viento más allá de donde la vista abarcaba. Una extraña inquietud se apoderó de Guiomar. Sabía que su escapada habría causado cierta conmoción y que su familia no habría tolerado bien que desapareciera en mitad del recibimiento a su padre. Ahora empezaba a sentirse mal por su desobediencia.

Los hombres de su padre continuaban afuera, pero habían montado un campamento improvisado con tiendas y lonas donde guarecerse durante la noche. Las voces y el griterío llamaron su atención cuando cruzaba el foso. Se detuvo en la mitad para distinguir desde lejos el brillo de las cotas de malla y las lanzas de los hombres de armas. Guiomar frunció el ceño. Le habría gustado poder acercarse para curiosear, pero sabía que no debía provocar la ira de su padre más de lo que ya lo había hecho.

Se escabulló al torreón y esquivó a los criados y a las ayas para poder cambiarse de vestido en paz. El que había usado durante todo el día estaba sucio de polvo y paja, y si alguien veía cómo había quedado -sobre todo si ese alguien era su madre-, se ganaría unos azotes. Así pues, después de trocar el vestido y de lavarse la cara y las manos para darles gusto a sus padres, bajó corriendo al comedor.

Don Froilán había agasajado a sus aliados con una cena opípara servida en bancos corridos. Había, entre señores y caballeros, cerca de veinte hombres curtidos por la guerra, con cicatrices y marcas que avivaban la curiosidad y admiración inconmensurable de Guiomar. Buscó un hueco junto a su hermana Jimena y bajó la cabeza en un intento de pasar desapercibida y hacer como si nunca hubiese faltado. Por supuesto, no funcionó.

—¡Guiomar! ¿Se puede saber dónde has estado? —inquirió Leonor—. ¡Padre ha preguntado por ti toda la tarde! Te has desvanecido como un fantasma.

La niña echó un vistazo a don Froilán, sentado a la vera de don Pedro. Junto a él, su madre acababa de descubrir su presencia y tenía el rostro rojo y el ceño fruncido. Guiomar evadió esa mirada furibunda y se centró en Leonor.

—He estado por ahí, como siempre. ¿Se ha enfadado padre?

—No, pero ha estado a punto de enviar a los criados por ti. No lo ha hecho porque madre sabe que no habrían podido encontrarte si no hubieras querido que lo hicieran. A saber dónde has estado con el hijo del herrero...

—En la arboleda.

—¿Y qué se te ha perdido a ti en la arboleda? Ay, Guiomar, ¿qué vamos a hacer contigo? Vas a matar a madre de un disgusto.

La niña bajó la mirada y se centró en su plato. Su hermana le sirvió carne y verduras a la brasa y picoteó un poco de todo sin llenarse. Al final de la cena, después de los dulces que repartieron entre los comensales, su padre propuso un brindis por don Pedro y, aunque el ánimo general era más bien triste, los presentes respondieron a él sin dudar.

Elvira sonreía de medio lado, pero parecía más desorientada que feliz. Guiomar se imaginaba que se debía a su reciente compromiso. De ser ella, pensó sin querer, estaría buscando cómo escaparse para evitar el matrimonio con don Pedro.

Cuando los criados recogieron las fuentes y los platos, y los perros daban cuenta de los restos que habían arrojado al suelo, peleándose entre sí por los huesos más suculentos, los caballeros se levantaron para acostarse en los dormitorios que habían preparado para ellos. Tanto don Froilán como doña Teresa buscaron a Guiomar con la mirada. La niña se encogió temiéndose una reprimenda, pero su padre se limitó a revolverle el pelo y atraerla hacia su costado para abrazarla.

—¿Dónde has estado, briboncilla? ¿Me paso fuera varios meses de guerra y no quieres pasar conmigo más que cinco minutos?

Le miró con expresión culpable.

—Perdóneme, padre. No quería faltarle al respeto.

—Tu hija es cada día más rebelde —dijo doña Teresa con resignación—. A veces me cuesta creer que haya nacido niña en lugar de varón. Estoy segura de que un niño nos habría traído menos dolores de cabeza.

Don Froilán se echó a reír.

—Lo sé. Guiomar, tienes que obedecer a tu madre y a tus hermanas. Que no haga falta que esté yo para que te comportes como una buena hija.

—Perdón —repitió ella bajando la cabeza—. Si yo no quería, pero es que... —Miró a su madre y suspiró, insegura—. ¿Puedo hablar con usted a solas, padre?

—Anda, ven. Vamos al patio.

Su madre dejó escapar una protesta, pero no puso impedimentos. Sabía que su hija adoraba a don Froilán y que él era el único que podía inculcarle algo de sentido. Había echado de menos ese control sobre su hija menor mientras él batallaba por la legitimidad de Alfonso el Inocente, medio hermano de Enrique IV. El rey de Castilla era débil e indigno del trono, y no pocos pensaban como don Froilán. Durante varios años y hasta la reciente batalla de Olmedo, los partidarios de Alfonso habían luchado por un rey sin medias tintas y valía plena. No pocos miraban con recelo a la hija de Enrique IV y murmuraban la posibilidad de que fuese una bastarda.

Aunque ahora hubiese paz, todo apuntaba a que volvería a haber guerra pronto. Esperaba que Froilán pudiera calmar a Guiomar para que el siguiente periodo sin su presencia fuese más llevadero. De no ser así, la próxima vez que regresase de la guerra se toparía con una niña salvaje y machorra que nadie podría controlar.

Don Froilán tocó la cabeza de Guiomar con cariño mientras se acercaban a la cuadra.

—¿Qué querías decirme, hija mía?

La niña miró a su alrededor para cerciorarse de que se encontrasen a solas. Después, con ahogo, explicó lo que tanto le preocupaba:

—Padre, ¿me tengo que casar de verdad? ¿O eso, o meterme en un convento? —Apretó los puños, resistiéndose a la idea—. Porque no quiero hacer nada de eso. Yo quiero ser caballero e ir a la guerra y luchar por el Rey, como haces tú.

Aunque ella había temido que él le reprochase su rebeldía, su respuesta fue muy distinta. Don Froilán se echó a reír.

—Hija mía, qué cosas tienes. ¿Cómo vas a ser caballero?

—Puedo aprender a luchar. Soy más fuerte que casi todos los demás niños y tengo muy buena puntería. Y soy la más valiente.

—Guiomar, no te preocupes por eso. Ninguna niña se quiere casar a tu edad, pero el deseo llegará con el tiempo. Ya lo verás.

—No lo veré. Nunca voy a querer.

Don Froilán volvió a reír. No se estaba tomando su deseo nada en serio. Que pensase que era una broma, a Guiomar le dolía más que cualquier reprimenda o azote por hacer algo que no debiera. En ese momento, y aunque adoraba a su padre, se prometió que no olvidaría lo que tanto deseaba. Algún día lograría hacérselo entender.

Capítulo 3: Sueños de caballeros

Pasaron ocho años y la niña nervuda de pelo negro y crespo se convirtió en una muchacha de piernas largas y paso amplio. No había perdido ni un ápice de su destreza, aunque había dejado de salir a jugar con los otros niños al convertirse en mujer. Ya no era juicioso que una dama de alta alcurnia se perdiera en las arboledas con chicos de su edad. La única vez que se había atrevido a hacerlo, su madre la había amenazado con la condenación y la deshonra, y Guiomar había comprendido que era una muy mala idea.

Lo había notado desde hacía tiempo. Desde que se le abultase el pecho y se le notasen las formas femeninas, ninguno de sus amigos la miraba igual. Ni siquiera Felipe, su compañero de travesuras, era capaz de sostenerle la mirada. Por mucho que hubiesen sido amigos en la niñez, ahora el rango de ella los mantenía separados de manera irreparable. Pero Guiomar sabía que no se trataba sólo del rango, pues no eran pocos los mozos que mantenían en su séquito a los criados que lo habían acompañado en su infancia. Un noble y un plebeyo podían ser amigos, pero jamás si eran de sexos diferentes. Así eran las cosas y no había nada que pudiese cambiarlo.

Así pues, Guiomar había quedado relegada a las labores de la aguja, al canto y a la composición de poemas, como sus hermanas. Elvira, Leonor y Sancha ya estaban casadas y tenían sus propios hijos. Vivían en las tierras de sus maridos y no solían visitar el castillo a menudo. No faltaría mucho para que le buscasen un esposo a Jimena. Asunción había decidido unirse a un convento poco después de la muerte de su hermana Mercedes durante la epidemia que había azotado la región dos años atrás. No había mucho que hacer más allá de coser, rezar, esperar y lamentarse, y Guiomar no podía quitarse de la boca aquel sabor tan amargo que la acompañaba desde que había tenido que abandonar su libertad.

De vez en cuando convencía a Jimena para salir a pasear por los contornos, pero nunca tan lejos como cuando eran niñas. Dos doncellas debían ser juiciosas, y más cuando iban solas. Su espacio se limitaba, su horizonte se acercaba, y sus sueños se encontraban cada vez más lejos.

Su padre había enfermado gravemente el mismo año en que murió Mercedes. Aunque se había recuperado, su cuerpo evidenciaba los estragos de la lucha con las fiebres y los achaques de la edad. Las antiguas heridas le dolían cada vez más. Poco quedaba del orgulloso guerrero que había sido años atrás. Había llegado a la etapa de la decadencia y ni siquiera tenía un descendiente varón al que traspasarle sus tierras. Aunque había hecho las paces con esa idea, Guiomar sabía que se lamentaba de que el castillo fuese a pasar a manos de sus primos. Si hubiese podido nacer varón para cumplir con sus obligaciones de heredero, los dos habrían obtenido lo que tanto deseaban. Pero Dios no siempre era indulgente con las peticiones de sus siervos, por mucho que rezasen en un intento de cambiar las cosas.

Un día, en medio del invierno, mientras doña Teresa y las tres hermanas cosían junto al fuego, la mujer de más edad anunció que ya tenían un novio para Jimena.

—Se trata de don Hernán de la Poza. Su segunda mujer murió hace varias semanas y ha dejado saber a tu padre que estaría interesado en ti. —Doña Teresa tiró del hilo y acomodó el bordado para que quedase bien en el tejido. Guiomar nunca había tenido la paciencia necesaria para que sus bordados fuesen igual de bonitos—. Tiene un hermano menor, Guiomar.

La joven dejó escapar una risita entre dientes.

—¿Y qué?

—Que tal vez esté buscando esposa, o vaya a buscarla pronto.

—Me alegro por él.

Doña Teresa dejó escapar un gruñido de irritación.

—Sabes por qué lo digo. Sería un marido excelente para ti. No podemos pedir mucho más, me temo; eres la sexta en derechos y la dote no será muy alta, pero me han asegurado que Ginés de la Poza es un hombre piadoso y formal y que te daría buena vida. Es todo lo que queremos tu padre y yo.

—No me importa. No voy a casarme —respondió Guiomar encogiéndose de hombros.

Su frontal oposición fue recibida con asombro por parte de su hermana mayor y con fría ira por su madre.

—No te he pedido opinión, jovencita.

—Pero tendré algo que decir, ¿no? Al fin y al cabo, la novia soy yo y no podéis casarme sin mi consentimiento. Eso lo sé seguro. Lo he investigado.

Doña Teresa arrugó la tela de su bastidor con las manos. Aunque era una mujer joven, los rigores del tiempo habían hecho aparecer varias arrugas en el contorno de sus ojos y la boca, lo que le daba un aspecto aún más sobrio y severo.

—Guiomar, estás siendo tan terca como desagradecida. ¿Qué mal te hemos hecho, dime?

—Ninguno. Pero si me vais a casar quiera o no, lo estaréis haciendo. —Guiomar suspiró—. ¿No entiendes que no es lo que deseo hacer?

—Nunca ha importado lo que quieras, muchacha. Tu deber es obedecer.

—Padre me dijo que llegaría un día en que querría casarme. Ese día aún no ha llegado. Cuando ocurra, os lo haré saber.

Doña Teresa apretó la mandíbula.

—¿De dónde ha salido tanta insolencia? Ah, ya sabía yo que no podíamos dejarte la correa tan suelta... La más pequeña y la más mimada, ¡menudo error! —Negó con la cabeza y levantó la aguja con aire amenazador—. Te advierto que no cederemos a tus caprichos. Ya eres mayor y pronto no te querrá ningún hombre. ¿Estás esperando eso?

Guiomar se echó a reír. Aunque no le gustaba disponer a su madre en contra e imaginaba que sus negativas la hacían sufrir, no podía evitar rebelarse contra la idea de que la casaran con un desconocido cualquiera.

—Si no me quieren, que se aguanten. A mí no me importa.

—Pues si tanto desprecias el matrimonio, tal vez deberías hacer como Asunción y unirte a un convento. Eso sería honroso para todos y a ti te enseñaría los modales que por más que he intentado no he sabido inculcarte.

La risa se le congeló en los labios. Aunque no pudieran casarla contra su voluntad, sí que podían ingresarla en un convento para que se pudriera como monja para el resto de sus días. Si la vida en el castillo le parecía aburrida, en un monasterio se querría morir.

—No haría usted eso, madre.

—¡Te aseguro que sí! Y tu padre me apoyaría, por supuesto. ¿Crees que a su edad le apetece estar buscándote marido y pidiendo favores a los otros señores cuando podría casarte con Dios y olvidarse de ello?

Guiomar sacudió la cabeza. Su padre no haría eso. Él sabía lo mucho que desdeñaba la vida contemplativa. No condenaría a su hija pequeña a vivir en un convento durante el resto de su vida, entre rosarios, huertos y rezos. Pero... cierto era que el hombre estaba cada día más cansado y más anciano. Su mayor deseo era asegurar el bienestar de sus hijas antes de morir. Si ella insistía en no ceder a sus designios, lo único que hacía era aumentar su infelicidad.

A media voz, contestó:

—Está bien. Pensaré en ello. Tal vez en primavera.

Aquello zanjó la discusión, pero no mejoró su ánimo. Al contrario: desde ese momento comenzó a contar los días que le faltaban para disfrutar de su soltería y libertad, lo que sólo la llenó de disgusto y amargura.

Quizás, si hablase con su padre y fuese la hija más zalamera y cariñosa, usando todas sus estrategias para convencerlo, lograría quitarse de encima aquella maldición que la perseguiría hasta que accediese a casarse para abandonar Braña de Tejedo. Sabía que podría conseguirlo, pero también que el precio por hacerlo sería sumir a sus padres en la desdicha. No podían ni querían reconocer que su hija deseaba otro tipo de vida y que las dos posibles vías de toda muchacha noble le parecían igualmente terribles. Guiomar era plenamente consciente de ello, lo que le causaba aún más amargura.

Sin embargo, una mañana observó desde la ventana algo que le haría olvidarse durante un tiempo de la tarea inexorable que se le acercaba.

En el patio, los hombres de armas se preparaban. Guiomar sabía que la tensión en la corte castellana podía cortarse con un cuchillo. El rey Enrique IV había muerto pocos meses atrás dejando tras de sí un grave conflicto de sucesión. Su hija Juana, a quienes muchos apodaban "la Beltraneja", dado que los rumores apuntaban a que había sido engendrada por el valido del Rey, Beltrán de la Cueva, carecía del reconocimiento de gran parte de la nobleza. Don Froilán había apoyado en el pasado al infante Alfonso el Inocente, como legítimo heredero de Enrique, pues consideraba a éste blando y cornudo y no confiaba en la veracidad de la palabra de la Reina. Todo apuntaba a que habría una guerra entre los seguidores de la Beltraneja y los de la hermana del difunto Alfonso, una joven llamada Isabel que se había casado años atrás con el heredero de la corona de Aragón, Fernando.

Aunque don Froilán había envejecido demasiado para unirse a la guerra, era preciso preparar a los hombres para posibles contingencias. Por ello, y aprovechando la ociosidad del invierno, se entrenaba a las levas para que aprendiesen a usar las armas por si llegaba el momento de defender el pueblo y el castillo.

Guiomar oteó desde lo alto y se sintió fascinada. No era la primera vez que veía lucha simulada; su padre había practicado a menudo con los palitroques del patio y había competido con otros caballeros en retos de fuerza y destreza. Por otro lado, nunca antes había prestado atención al adiestramiento desde el principio, donde se enseñaban los fundamentos para enarbolar las armas y para colocar los pies.

Aprovechando que su hermana no estaba en el dormitorio, Guiomar imitó a los muchachos que se adiestraban. Colocó los pies del mismo modo y se centró en erguir la espalda como era debido. Mantener la postura era más difícil de lo que parecía a simple vista, pero le resultaba divertido.

Buscó a su alrededor algo que pudiera servirle como lanza y se decidió por un palo de escoba. La sujetó imaginando que tenía a un enemigo delante y puso la expresión más fiera que supo. Rompió a reír por lo absurdo de la escena, pero no tardó en retomar la postura correcta y mantener el semblante serio. El instructor la habría reprendido si se hubiese atrevido a faltar de esa manera a la disciplina.

Observó desde la ventana cómo había de atacar al frente y no tardó en imitar el movimiento a la perfección. Siempre había sido buena a la hora de captar ese tipo de ideas, como si su cuerpo se hallase predispuesto a situaciones de lucha y conflicto.

Tan concentrada estaba en su enemigo invisible que no se dio cuenta de que su madre había aparecido en el umbral de la puerta y la contemplaba anonadada. Y no era una visión nada usual, pues Guiomar se hallaba en camisón, usaba un bastidor para bordar como escudo y un palo de escoba como lanza, y atacaba a su almohada de plumas con la fiereza con la que el Cid había liberado Valencia.

Capítulo 4: La aprendiz de caballero

—¿Qué estás haciendo, Guiomar? —inquirió doña Teresa.

La muchacha dejó caer el palo de la escoba y se envaró, buscando una posición defensiva que no fuese evidentemente marcial.

—Nada, madre. Sólo...

—¿Sólo jugabas? —suspiró—. Vamos, hija. Ya no tienes edad para juegos, ¿no te parece? Vístete.

Doña Teresa se limitó a mirarla de reojo antes de cerrar la puerta y Guiomar dio gracias de que no le increpase más de lo habitual. Si hubiera sabido lo que hacía en realidad, a buen seguro le hubiese echado un rapapolvo de los que hacían época, repitiendo una y otra vez la desgracia de hija hombruna que le había tocado. Guiomar no solía sentirse ofendida cuando su madre empezaba con esas, pero lo que temía de verdad era que pudiese percibir sus verdaderas intenciones y buscar el modo de echarlas a perder.

Con un último vistazo desde la ventana, Guiomar suspiró y procedió a ponerse el vestido. Por delante le quedaba un día de emociones y aventura, como el bordado de su ajuar o el rezo en compañía del capellán.

Aun así, mientras llevaba a cabo sus tareas matutinas, Guiomar se las arregló para pasar más tiempo del acostumbrado en los alrededores del patio. Los hombres seguían practicando las posiciones y empujándose unos a otros para comprobar su equilibrio. Muchos de ellos caían de culo al ser incapaces de mantenerse erguidos y a punto, y Guiomar no pudo evitar una risa de superioridad al saber que ella habría podido hacerlo. En una de esas ocasiones, rio tan alto que algunos de los hombres se volvieron para mirarla.

Felipe, que se encontraba entre ellos, se sonrojó visiblemente. Le costó apartar la mirada de Guiomar, tanto que el instructor le llamó a voces y le amenazó con obligarlo a dar veinte vueltas al castillo si no se centraba.

En aquel momento, Guiomar tuvo una idea. Era una idea pequeña, débil como un ascua a punto de desvanecerse. Sabía que alimentarla traería fuego y seguramente humo, pero aquel escueto resplandor fue suficiente para alegrarle la mañana. Aún no estaba segura por completo de que debiese pensar en ella más de lo que ya lo había hecho, y mucho menos de realizarla. Pero el calor era tan acogedor y tan necesario para soportar el futuro negro que se avecinaba que no pudo sino recibirla con ilusión y alegría.

El resto del día fue casi un sueño, una sucesión de tareas y hábitos que había repetido tantas veces que ya no era consciente de cuándo ocurrían de verdad y cuándo recordaba haberlos llevado a cabo. En su mente, la idea brillaba cada vez con más fuerza, como el faro que guiaba a los barcos a puerto. Cada instante que pasaba elucubrando sobre ella, más segura se sentía al respecto.

Al fin, cuando terminó con sus obligaciones y tuvo un tiempo para sí misma, se dejó caer por la herrería como había hecho tantas veces durante toda su vida. Había dejado de acercarse cuando Felipe y ella habían abandonado su amistad, pero seguía conociendo cada recoveco de aquel taller.

La herrería abastecía al castillo con todo lo que ello conllevaba. Luis se mantenía ocupado todo el día, y sus hijos se encargaban de ayudarlo. Aunque los dos pequeños no tuviesen edad de luchar, sí la tenían para trabajar. Llenos de hollín y sudorosos, los dos niños cargaban cubos de agua, carbón, hierro y herramientas, y de haber sido más fuertes se habrían ocupado de martillear como hacía su padre.

Luis había desarrollado una fuerte musculatura después de años de forjar las espadas, lanzas, mazas y armaduras para don Froilán y sus hombres, sin olvidar las herramientas y enseres metálicos que se usaban en todo el castillo. Felipe, que trabajaba en el yunque contiguo, iba camino de lucir la misma complexión que su padre. Los dos eran muy parecidos, con frentes altas y despejadas, narices aguileñas y ojos oscuros. El cabello de Felipe, corto y castaño, se pegaba a sus sienes por los ríos de sudor que bajaban por su cara. Cuando la vio entrar, el chico dejó caer el martillo.

—Señora —dijo Luis bajando la cabeza respetuosamente—. ¿Qué puedo hacer por vos?

—Nada, nada... —respondió ella encogiéndose de hombros—. Sólo vengo a mirar.

—¿A mirar, señora?

—Estoy aburrida. ¿Molesto?

—No, señora, pero no me gustaría que os hicierais daño en mi taller. Don Froilán se enojaría conmigo.

—No me va a pasar nada, descuida. Seguid, seguid.

No había pensado en la presencia de Luis. Había estado tan ensimismada con llevar a cabo su idea que apenas había considerado que Felipe no estaría solo. No podía quedarse allí como un pasmarote. Era impresionante ver cómo el martillo arrancaba chispas del metal al rojo blanco, pero se había pasado media infancia observándolo y ya se le hacía aburrido. Necesitaba hablar con Felipe a solas.

—Ahora que me acuerdo... —dijo en alto, y el estruendo de los martillazos paró mientras los dos herreros la miraban, a la espera—. Creo que mi madre necesitaba que le revisaran el... que me ha pedido que le diga a Felipe que le necesita en el torreón.

Podía ser la más diestra y la más rápida, pero inventarse excusas sobre la marcha no era lo suyo, desde luego. Felipe miró a su padre con cierta confusión. Luis, por su parte, no parecía dispuesto a señalar lo evidente de su mentira por si resultaba ser verdad.

—Vete, hijo, pero no tardes.

Felipe se quitó el mandil de cuero y lo dejó en uno de los ganchos de la entrada. Se había quedado alelado, pero no podía negarse a la petición de la señora del castillo, por extraña que fuese.

Guiomar le hizo un gesto para que la acompañase, pero en lugar de dirigirse al torreón optó por cruzar el patio subrepticiamente, confiando en que nadie los detuviera por el camino.

—¿A dónde me estás llevando, Guiomar?

—A la torre rota, donde nadie nos moleste.

—¿Pero por qué?

—¡Te lo diré cuando lleguemos!

Felipe tuvo la prudencia de quedarse varios pasos por detrás, por si a alguien se le ocurría preguntarse qué estaban haciendo los dos juntos. Por suerte, todo el mundo estaba ocupado con sus cosas y no había ni rastro de su madre.

Cuando llegaron a la torre rota, Guiomar supo que no podrían colarse dentro. Eran demasiado mayores. Hacía tiempo que no se acercaba al escondite donde había pasado tantas horas siendo niña y era extraño saber que jamás podría volver. Tal vez sus hijos, si es que los tenía algún día.

—No deberíamos estar aquí —dijo el criado con evidente turbación.

Guiomar negó con la cabeza y sonrió, confiada. Él no tardó en devolverle la sonrisa. Quizá sus cuerpos fueran distintos, pero había cosas que no cambiaban nunca.

—Seré breve: quiero que me enseñes a luchar.

Felipe alzó las cejas y abrió la boca con evidente sonrisa. La miró como si se hubiese vuelto loca, lo que sólo aumentó la sonrisa de Guiomar.

—¿Cómo voy a hacer eso? ¡Mi padre me mataría! ¡Tu padre me mataría!

—Por eso nadie habrá de enterarse. Lo he pensado todo el día y se me ha ocurrido una manera. Podemos ir a la arboleda. Sé que hay espadas de sobra, más aún teniendo en cuenta que se acerca la guerra. Puedes hacerte con una cuyo filo esté embotado, y un camisote de mallas, también. Ah, ¡y un escudo!

—¿Pero por qué? ¿Para qué quieres hacer eso?

Guiomar no estaba segura de qué contestarle, pues había un sin fin de respuestas y ninguna era la más acertada. Había muchos motivos por los que deseaba aprender a luchar, desde la mera rebeldía hasta la practicidad ante la inminente guerra civil, pero lo cierto era que se trataba de un sueño hecho realidad.

—Sabes que puedo. Sería buena.

—¡Eso no es lo que me preocupa! —Felipe bajó la voz, avergonzado por su estallido. Aunque estuviesen en la torre rota, donde en el pasado habían sido iguales, era difícil olvidar que ya no lo eran—. Guiomar, por el amor de Dios, lo que propones es una locura.

—¿Por qué? ¿Acaso no está la corona de Castilla pendiente de dos mujeres?

—Sí, pero...

—¿Y no tomarían las armas esas dos mujeres para defenderse?

—Claro, pero eso no es...

—¿Y no soy yo de sangre noble, y por tanto tengo el mismo derecho?

—Pero ni a don Froilán ni a doña Teresa les gustará. Si se enteran de que te ayudo a entrenarte, me cortarán el cuello.

Guiomar sacudió la cabeza.

—Dudo mucho que te hicieran nada. Se enfadarían mucho, pero me ocuparía de cargar con todas las culpas. Diría que te obligué. Créeme, están tan decepcionados conmigo que no se acordarían de que tú también has estado metido en el ajo. —Tomó las manos de Felipe, cálidas y callosas entre las suyas, y las apretó—. Sabes que esto es lo que he querido siempre y sabes que se me da bien. Hazlo por mí. Si fuese un chico, no dudarías ni un segundo.

—Si fueses un chico, no sería yo el encargado de enseñarte. —Felipe suspiró—. Está bien, de acuerdo.

—¡Empezaremos esta misma noche!

—¿Qué?

Guiomar echó a andar de vuelta al castillo.

—Nos encontraremos aquí cuando salga la luna. ¡No faltes!

Dejándole con la palabra en la boca, y también con cualquier excusa que quisiera emplear para librarse, Guiomar volvió al trote. Se encontraba exultante. El nerviosismo era una agradable comezón que se enroscaba en sus entrañas. Las manos le picaban ante la perspectiva de enarbolar una espada. ¡Al fin iba tener la oportunidad de entrenarse como caballero!

Cuando salió la luna, Guiomar ya llevaba un rato esperando junto a la torre rota. Había escapado usando todo su sigilo y nadie iba a echarla en falta hasta la mañana siguiente. Llevaba puesto su vestido menos ampuloso, pero sabía que pronto tendría que buscarse una vestimenta más adecuada para entrenarse con la espada.

Felipe apareció a la hora convenida. Llevaba consigo una buena carga. Bajo la capa ocultaba un camisote de malla que se había puesto para facilitar el transporte, una espada y un escudo que había sacado a escondidas de la armería. Guiomar se sintió entusiasmada.

Se perdieron a través de los campos, hasta la arboleda, amparados por la luz de la luna. Una vez allí, Felipe se quitó el camisote y se lo tendió a Guiomar, que lo levantó con esfuerzo. Pesaba más de lo que había creído en un principio. Con la espada pasaba lo mismo. Apenas era capaz de elevarla más allá de su pecho. Al intentarlo, el arma se le resbaló y ella dejó escapar un suspiro.

—¿Ves? No es buena idea. Una mujer no puede luchar. Si esto te parece cansador, deberías esperar a ver lo que es moverte con ello puesto...

—¿Cansador? ¡Me parece increíble! —Guiomar apenas podía mover los brazos mientras sostenía las armas, pero el mero hecho de sujetarlas con sus manos le reportaba un placer inconmensurable—. Dime qué tengo que hacer.

Felipe se cruzó de brazos y dejó escapar un suspiro. No había conseguido asustarla ni siquiera dándole la espada y el escudo más pesados de la armería. Si con ello no había logrado disuadirla, ya no lo haría. Iba a tener que enseñarle lo poco que sabía acerca de las armas quisiera o no.

—De acuerdo. Atenta: lo más importante es la postura. Tienes que aprender a posar los pies y a poner la espalda recta.

—¿Así?

¿Cuándo había aprendido a hacer eso? Felipe apenas podía creérselo. No sabía si Guiomar estaba loca o era un prodigio, y le daba miedo averiguarlo.

—Sí. Justo así.

Capítulo 5: Una decisión implacable

Durante los dos meses siguientes, Guiomar y Felipe se reunieron en la arboleda cada noche para practicar el uso de la espada y el escudo. El joven herrero sabía más de fabricar las armas que de empuñarlas, pero el adiestramiento de las levas que se repetía en el patio cada mañana y el entusiasmo de Guiomar mejoraban el resultado final. Pronto, los brazos de la muchacha se acostumbraron al peso de las armas, al tiempo que aumentaban en fuerza. Le costó varios días de dolor y agujetas en los que apenas era capaz de hilvanar una aguja, pero semanas después era un sufrimiento menor. A decir verdad, apreciaba la sensación de vigor que le había proporcionado el ejercicio y estaba deseosa de ver hasta dónde podía llegar.

Felipe la ayudaba a practicar golpeándola con un palo. Así, Guiomar aprendió a mantenerse en guardia y a defenderse de las acometidas del enemigo, retornando a la posición idónea enseguida. Cuando era momento de practicar las estocadas y los ataques, clavaba la espada en el mismo árbol al que solían tirarle piedras cuando eran niños. Seguía teniendo la misma puntería de siempre.

Guiomar estaba segura de que incluso Felipe, que tanto había protestado al principio, valoraba su habilidad marcial. Se le había olvidado al fin que era una chica y no se guardaba ni en sus golpes ni en sus órdenes. En una ocasión, Guiomar no levantó el escudo a tiempo y el palo de Felipe se estrelló contra su costado. El dolor retumbó en su caja torácica como un tambor y hasta perdió pie. Felipe, contra lo que ella habría imaginado, la instó a levantarse y esperó a que lo hiciera sin tenderle la mano. Así hacían en el adiestramiento de las levas. Guiomar se levantó y le miró con determinación. Aunque al día siguiente luciera el verdugón más grande que hubiese visto en toda su vida, ninguno de los dos lo mencionó en alto. Un guerrero no necesitaba hacerlo.

Al cabo de ocho semanas, Guiomar se dio cuenta de que necesitaría aprender a montar como lo hacían los hombres. Felipe no podía ayudarla al respecto, de modo que puso en marcha su ingenio. Empezó a rondar por las caballerizas y a preguntarles a los mozos por el modo en que se ponían las bridas y se ajustaban las cinchas, y a observar cómo se montaba al trote y al galope. La observación era un método más torpe que la experimentación, y era consciente de que antes de entrar en combate a lomos de un caballo tendría que practicar, pero se sintió más cómoda con la idea de llevarlo a cabo.

Aunque Guiomar se aseguraba de mantener sus escapadas tan escondidas como le era posible, más pronto que tarde despertó las sospechas de su madre. Lo juicioso habría sido abandonar su entrenamiento durante algunos días, pero estaba tan centrada en ello que no lo hizo. Por eso, al regresar a su alcoba una de aquellas noches, se encontró con doña Teresa sentada en su cama, esperándola.

—¿Qué hace usted en mi cuarto, madre? —preguntó intentando parecer inocente.

—¿Dónde estabas?

—He salido a dar un paseo. Me he desvelado, así que he caminado alrededor del castillo para ver si así lograba cansarme.

Doña Teresa frunció los labios. Su madre tenía un semblante muy parecido al suyo, con la nariz recta y los ojos implacables como los de un halcón. Felipe, cuando eran niños, solía decirle que cuando miraba fijo daba miedo. Algunos días atrás, había vuelto a repetírselo después de que ella lo derribase de un golpe con el escudo y le pusiera la espada en el cuello. Le había confesado que había temido que, de tener filo, se la hubiese clavado.

Guiomar también tuvo miedo de la mirada de su madre. No empuñaba espada alguna, pero no la necesitaba.

—¿Y haces eso todas las noches, hija mía? Porque llevo una semana viéndote llegar a esta hora después de que has pasado la mitad de la noche fuera.

La muchacha enrojeció.

—Ha sido una semana de insomnio, madre.

Doña Teresa se levantó, encolerizada.

—¡No me hagas pasar por tonta! Sé muy bien lo que está pasando entre el chico del herrero y tú. ¡Qué desvergüenza! Cuando se lo cuente a tu padre...

—No es lo que piensa, madre.

—¿A no? ¿Y por qué vienes con la ropa hecha unos zorros y hierbas en el pelo?

—Nosotros sólo... —Bajó la cabeza. ¿Qué podía decirle? ¿La verdad? Felipe estaría en problemas por haber robado armas y ella... ¡qué no le harían a ella! —. Son juegos, madre, nada más. Apuestas. Como cuando éramos niños. No se crea que es nada más.

—¿Esperas que me crea eso?

—Es la verdad. Echo de menos los tiempos en los que podía salir a donde quisiera para tirarnos piedras unos a otros y trepar a los árboles. ¿Qué tiene eso de malo?

—Que ya eres una mujer y no es momento de andarse con tonterías, menos aún de noche y con un joven de tu edad. Y ya verás cuando me encuentre con ese chico...

—¡Yo le obligué a venir conmigo, madre! Él no ha hecho nada malo, de verdad. —Guiomar apretó los puños—. Odio ser una mujer. Tendría que haber nacido hombre, como padre quería. Así todos seríamos mucho más felices.

Doña Teresa se cruzó de brazos, sacudida por aquella última frase.

—Es lo que ha decidido Dios, Guiomar, ¡es lo que hay! Y cuanto antes te acostumbres a la idea, como hemos hecho tu padre y yo, mejor. Eres hembra y has de hacer cosas de hembra. No te deshonres empeñándote en lo contrario. —Levantó un dedo acusador—. Por lo pronto, estas escapadas nocturnas se han terminado. No voy a decírselo a tu padre por no preocuparlo, pero si veo que se repiten, lo haré. —Doña Teresa se dirigió a la puerta—. Vas a pasarte la próxima semana aquí encerrada y saldrás sólo para comer e ir a la iglesia. ¡Ah! Y mañana mismo te confesarás y harás penitencia por todo esto. ¿Me has entendido? —Guiomar asintió—. Muy bien. Que tengas buenas noches.

***

Guiomar pasó el resto de la semana en su habitación, tal y como le había indicado su madre. Si ya pensaba que su vida era aburrida antes, ahora tenía la prueba palpable de que no se equivocaba. Encerrada, era como una leona, dando vueltas, incapaz de calmarse ante la injusta cautividad.

Desde su ventana vio pasar a Felipe, lo que la tranquilizó en parte. Aunque el muchacho seguía realizando sus tareas como siempre, no le pasó desapercibido el moratón de su mejilla. Si su madre le hubiese castigado, probablemente lo habría hecho azotar y eso hubiese resultado más notorio. Lo más seguro era que le hubiese contado su falta a Luis para que fuese el padre quien castigara a su hijo. Tendría que pedirle disculpas si algún día la sacaban de allí dentro.

Los días transcurrieron sin novedad, lentos como caracoles. Para desanquilosarse, Guiomar corrió en el sitio levantando las rodillas y practicó los movimientos aprendidos. Miró por la ventana y vio cómo las nubes se desprendían en jirones, cada vez más claras y prístinas a medida que se acercaba la primavera.

Sin embargo, todo cambió la misma mañana en que se cumplía el final de su castigo. Vio llegar a un mensajero que, a juzgar por su estandarte y colores, venía de parte de la realeza. Su curiosidad se avivó enseguida. Tuvo que esperar a que su madre

diese por finalizado el periodo de encierro para poder ir a preguntar a su padre por ello, y cuando lo hizo, lo encontró con una expresión especialmente grave.

—¿Qué ocurre, padre? —preguntó de inmediato—. He visto llegar al mensajero. ¿Qué buscaba?

—Hay guerra, Guiomar. El rey portugués, el marido de la Beltraneja, ha puesto en marcha su ejército y ha anunciado que va a reclamar el trono para su esposa. Isabel y Fernando han hecho un llamamiento a los que apoyamos a Alfonso el Inocente desde hace años. Nos llaman a marchar con ellos.

La muchacha sintió que algo se contraía en su vientre. Sobre el escritorio de su padre, la carta con el sello de Isabel relucía a la luz de las velas.

—¿Y qué hará usted? No puede marchar.

Don Froilán la miró con amargura.

—No, no puedo. Me gustaría, pero mis años de guerra han pasado. Quién lo diría... Me temo que, si no cumplo con mi deber, todo queda en manos de Dios. Si Isabel gana y se convierte en reina, podrían despojarme de mi título por no haber luchado de su lado.

Guiomar dejó escapar una exclamación de sorpresa.

—¿Es eso cierto? ¿Ni siquiera aunque enviara usted tropas?

—¿Qué son las tropas sin un comandante? —Su padre negó con la cabeza—. No. Me convidan a mí o a un varón de mi sangre para defender la causa. Es la única manera.

—¿Y no podría... intentarlo, al menos?

Don Froilán sonrió, triste.

—Guiomar, estoy más enfermo de lo que parece. No puedo montar y mucho menos ponerme una armadura. No puedo acudir a la llamada de mi Reina. No esta vez.

Apesadumbrada, Guiomar asintió y volvió a su habitación. Cada vez estaba más segura de que tendría que haber nacido hombre para poder cumplir con las obligaciones de un heredero. No es que lamentase su sexo, pero sí las condiciones que traía consigo. Nunca había gustado de la prudencia y la sumisión que se esperaban de una mujer. Su corazón siempre había sido guerrero, valiente y altivo.

Tenía que haber un modo.

Se había estado preparando por impulso, pero ahora sabía que lo había hecho para responder a la llamada de la guerra. Sin embargo, ¿cómo podría hacerlo, si era mujer? Dudaba que nadie la tomase en serio si llegaba vistiendo faldas por mucho que sostuviera la carta de la Reina en la mano. Ni siquiera Felipe, que la había conocido desde la infancia y sabía de su genio, había creído en ella antes de verla luchar.

Pero... ¿y si se disfrazase de hombre? Bajo un tabardo nadie sabría que ocultaba unos pechos y caderas femeninos. Nadie habría de saber la verdad. Tendría que cortarse la melena, pero era un mal menor frente a la posibilidad de que su padre se deshonrase y su familia perdiera todo.

La idea era peligrosa. Si la descubrían, estaría poniendo en evidencia a su familia y a su padre. El hecho de participar en una guerra le parecía un mal menor frente a esa posibilidad. Pero no tenía por qué ser descubierta. Podía imitar a un hombre, podía luchar como un hombre y tenía el valor de un hombre. Sí, quizás funcionara. Funcionaría. ¿Por qué no?

Presa de un gran nerviosismo, reunió todos los enseres que juzgaba imprescindibles y los guardó en un morral. Conforme lo hacía, lo arriesgado e ingenuo de su plan fue haciendo mella en su pensamiento. Su madre no lo aprobaría jamás. Si se lo proponía, la enviaría a un convento sin ninguna duda, segura de que había perdido el juicio por completo. ¿Estaría de acuerdo su padre? Quizá sí, quizá no. Pero no podía depender de

su respuesta. Si quería defender su honra respondiendo a la llamada de la Reina, tendría que hacerlo con su permiso o sin él.

Por ello, Guiomar esperó hasta que el sol se puso y se coló en la herrería. Tomó una espada y un escudo con los colores de su casa noble, y buscó una armadura que se le ajustase al cuerpo. Con la dificultad de quien no sabe hacer algo, Guiomar se puso capa tras capa hasta terminar. El peso era considerable, pero su cuerpo se había acostumbrado a moverse bajo la cota de malla y no le resultaba tan complicado.

Preparó a un caballo en las cuadras y lo dejó listo para partir con su morral y una bolsa con comida suficiente para varios días. Tras un hondo suspiro, Guiomar subió a encontrarse con su padre.

Capítulo 6: Juan de Valdeón

Tras un hondo suspiro, Guiomar subió a encontrarse con su padre.

En cada escalón sobre el que posaba un pie, la armadura tintineaba de un modo al que no estaba acostumbrada. La sensación de poderío y protección era nueva e intensa. Ahora que vestía como un caballero de verdad, Guiomar se sentía uno. A pesar de la cercanía de la guerra y de la necesidad de llevar a cabo su plan para proteger la honra de su familia, era consciente de que estaba realizando un sueño, y de que, como tal, algo tenía de egoísta.

Contuvo el aliento, abrió la puerta de la habitación y se presentó en el umbral, con la luz de las antorchas del pasillo recortando su silueta contra la oscuridad. Su padre, que hasta ese momento había estado rezando de rodillas junto a la cama, se levantó de un respingo poniendo a prueba el peso de los años. Se santiguó y buscó a su alrededor algo con lo que defenderse, como si ante él se hubiese presentado un enemigo. Guiomar levantó la mano y le detuvo.

—¡Padre, soy yo!

—¿Guiomar? —Don Froilán entrecerró los ojos y los fijó en ella, apenas capaz de creer lo que veía—. ¿Qué clase de broma es esta?

—No es ninguna broma —respondió ella con una sonrisa orgullosa—. Lo haré por usted y por nuestra familia. Lucharé en la guerra para representarle y protegeré nuestra honra para que nadie diga que eludimos nuestro deber.

Don Froilán aún no había encontrado las palabras. Su rostro era una mezcla de incredulidad y miedo, como si ante él se hubiese presentado un hecho milagroso y sobrecogedor. Negó con la cabeza.

—Pero, hija mía, ¿cómo ibas a hacer tú eso? No eres más que una doncella. No te permitirán luchar del lado de los reyes.

—No pretendo presentarme como una doncella. Lo he pensado ya. Mi nombre será Juan de Valdeón, tu hijo natural. —Guiomar amplió aún más su sonrisa—. Le diré a la Reina que me haré valer en batalla para que me dé legitimidad.

—Pero... ¡te matarán! La guerra es una cosa seria, Guiomar, no un juego de niños. —Don Froilán fruncía el ceño y cada vez parecía más negativo al respecto, una vez superada la sorpresa—. Tú no sabes luchar.

—Sí sé. He estado practicando en secreto.

El rostro de don Froilán enrojeció.

—¿Cómo que en secreto?

—Perdóneme, padre, pero he tenido que hacerlo. Llevo meses entrenándome en el uso de la espada y el escudo y creo que soy bastante buena. Venzo a Felipe todas las veces.

—¿Felipe? ¿El hijo del herrero? —Su padre negó con la cabeza—. ¿Y qué va a saber un mozo plebeyo de la guerra? ¿Acaso ha estado en ella alguna vez?

—Le habría pedido ayuda a usted, pero, ¿qué me habría dicho?

—Que era una completa locura, lo mismo que te digo ahora. Quítate esa armadura ahora mismo, Guiomar. Te agradezco lo que sea que pensaras hacer, pero no te lo permito.

Guiomar dilató las fosas nasales. Un relampagueo de rabia se extendió por su pecho, como un mar embravecido a punto de revolverse en un tifón.

—No. Sé que puedo hacerlo. Soy buena. Lo haré por usted, quiera o no.

—Guiomar, no me pongas a prueba —le advirtió él, con un dedo acusador—. Puede que sea viejo y esté enfermo, pero aún mando en este castillo. Quítate esa armadura y deja de deshonrarte de esta manera.

—¿Deshonrarme? —preguntó ella levantando la voz sin poder evitarlo, aunque no quisiera faltar al respeto a su señor padre—. ¿Sólo por vestirme como una guerrera y querer luchar en su nombre? Si fuera su hijo varón, no habría discusión posible. ¿Por qué todo el mundo le da tanto valor a lo que tengo entre las piernas? ¿Por qué nadie se ha parado a pensar que quizá yo no haya nacido para rezar y coser como hacen mis hermanas, sino para montar y luchar como habría hecho cualquier hijo suyo?

—Te lo advierto, Guiomar. Si te empeñas en hacer esto, voy a tener que desheredarte como mi hija.

Ella desenvainó la daga de misericordia que colgaba de su cinturón.

—Hágalo, padre. Hágalo, porque ya no tiene hija. —Tomó su melena en un puñado y cortó tan al ras que casi se llevó un dedo. El cabello, laxo y muerto, cayó al suelo de piedra como una pluma ante la mirada atónita de su padre—. Se acabó Guiomar quiera usted o no.

Y aprovechando la sorpresa, tomó la carta de la Reina del escritorio y salió sin despedirse.

Corrió torre abajo hasta el patio del castillo, donde aguardaba el caballo que había preparado. Subió sobre su lomo con las lágrimas inundando sus ojos. Eran lágrimas de miedo y felicidad, pues ya no había nada que le impidiera llevar a cabo su plan. Si su padre quería traerla de vuelta a la triste vida de Guiomar, tendría que ir a buscarla al frente.

Dando una gran voz, Guiomar hincó los talones en el caballo y salió al galope. Se perdió en la oscuridad de los caminos mientras en el castillo aún nadie, excepto su padre, sabía de su falta.

***

Montar era más difícil de lo que habría creído en un primer momento, más aún en la oscuridad y con el corazón desbocado. El animal la soportaba sobre su grupa como lo había hecho con otros caballeros, pero ella no sabía colaborar con él para hacer del galope algo natural y sin accidentes. Más de una vez estuvo a punto de caer desde el lomo, algo que habría supuesto una herida grave o incluso la muerte, pero por suerte pudo atenazarse y sujetar bien la silla para evitarlo.

Si pensaba luchar montada, iba a tener que practicar mucho.

Galopó durante toda la noche, hasta que el alba rompió en la llanura. Se encontraba demasiado excitada para dormir, pero hizo una breve pausa para comer y beber algo antes de volver a retomar el camino.

La carta indicaba que los fieles a Isabel debían acudir a Tordesillas. Guiomar no había ido nunca, pero con ayuda de las indicaciones de los campesinos y de las marcas del camino, inició la marcha a toda velocidad.

Hizo noche, ya totalmente agotada, en una posada a un día de camino de Valladolid. Un mozo se ocupó de limpiar y cepillar a su caballo y darle heno para que pudiera descansar. Pagó la cena, la habitación y el cuidado de su montura con algo del dinero que había robado a su padre, y se sentó a comer sola junto al fuego. Hubo gente que la miró con interés, y otros con desconfianza. La noticia del levantamiento isabelino era voz popular, y cualquier caballero armado podía pertenecer a uno u otro bando.

También hubo quien la miraba con una sonrisa, lo que le gustó aún menos. Distinguió a dos hombres dándose codazos junto a la barra y señalándola. Guiomar, mortificada, se tapó la cara con la mano. ¿Se habían dado cuenta de que era mujer? ¿Tan evidente era? Su rostro nunca había destacado por la belleza y la feminidad, pues tenía los rasgos duros de sus padres. Por su edad, era perfectamente normal que fuese un muchacho imberbe. ¿De qué se reían?

Guiomar se dio cuenta de que avergonzándose y cubriéndose la cara sólo empeoraba las cosas. Un caballero debía mantener su honor impecable y no permitir que nadie se riera a su costa. Así pues, reuniendo todo el valor que le quedaba, la muchacha se puso en pie de un salto y se acercó a la barra para pedir más vino. Mientras la moza le servía una jarra, se volvió a mirar a los hombres que reían y usó con ellos la misma expresión severa que usaba su madre con ella.

—¿De qué os reís, si puede saberse? ¿Os resulta graciosa mi cara?

Había practicado la proyección de la voz para hacerla parecer más masculina. La ira hizo el resto. Los dos hombres se quedaron blancos y negaron con la cabeza.

—No, mi señor.

—Eso me parecía. —Tomó la jarra en la mano y dio un sorbo—. Espero que no vuelva a repetirse.

—Es... —Uno de los hombres bajó la mirada por respeto, aún intimidado—. Si me permitís decirlo, mi señor... Es vuestro pelo.

Guiomar se ruborizó.

—¿Qué le pasa a mi pelo?

—Podría arreglároslo yo mismo, mi señor. Soy barbero. Es... Sin ánimo de ofender, mi señor, pero el corte que os han hecho es muy malo. Son trasquilones sin sentido. Si quisierais, mi señor...

La muchacha se relajó. ¡Así que era eso!

—Tuvieron que cortármelo a toda prisa, eso es todo.

—Se ve que sí, mi señor.

—¿Dices que puedes arreglármelo? ¿Cuánto me va a costar?

—Por las molestias, os lo haría gratis.

No podía rechazar un corte de pelo como Dios manda. Asintió, sonriente, y volvió a su mesa para terminar la cena. El barbero esperó a que lo hiciera y después la llevó fuera, donde mientras Guiomar se sentaba en un taburete le recortó los trasquilones y le afeitó la nuca y las sienes al estilo de los jóvenes. Cuando terminó, después de volver a disculparse, el barbero recogió las cosas y fue a reunirse con su amigo. Guiomar se tocó la nuca y las patillas, tan ásperas, y sonrió. Ahora sí que parecía un muchacho.

Más segura de sí misma, subió a su habitación y atrancó la puerta. Se despojó de la armadura y se lavó el cuerpo con un paño húmedo para retirar el sudor y el polvo del camino. Necesitaría ropa de varón para cambiarse, pues dudaba que fuese a pasarse toda la guerra vistiendo su armadura y nada más. Ya se encargaría de ello cuando llegase a Valladolid.

A la mañana siguiente, el barbero y su amigo bajaron la cabeza con respeto al cruzarse con ella en las cuadras. Sin darle mayor importancia, Guiomar subió a lomos de su caballo y salió de allí camino a la ciudad.

En Valladolid escuchó noticias sobre el movimiento de otros hombres de armas, que habían aceptado la propuesta de la Reina y se dirigían a Tordesillas como ella. Compró víveres y algo de ropa y calzado antes de ponerse de nuevo en marcha.

***

Tordesillas era como se había imaginado, y a la vez muy diferente. Los hombres del Rey don Fernando habían levantado carpas y tiendas donde guarecerse del sol cada vez más inclemente. Había pendones de colores ondeando al viento. Todo eran risas y optimismo, y muestras de camaradería, pero no había rastro del ejército que ella hubiese esperado.

Quizá se encontraban aún de camino.

Lo primero que hizo fue pedir audiencia con el Rey, pero sólo consiguió que la atendiera su secretario. En una tienda de olor intenso, el burócrata pasaba lista de los caballeros y señores que acudían a responder la llamada de la guerra. Guiomar tuvo que esperar un buen rato, pues no era la única que debía identificarse, y para cuando entró no pudo evitar un bostezo.

El secretario la miró con impaciencia.

—¿Quién sois vos?

—Me llamo Juan de Valdeón. Soy hijo natural de don Froilán, señor de Braña de Tejedo.

—No sabía que don Froilán tuviese un hijo —respondió el hombre, desconfiado.

—No era de conocimiento público, mi señor. Por mi condición ilegítima, mi padre decidió no darme a conocer hasta que cumpliera los dieciséis años. Él no puede venir a responder a la llamada. Por eso he tomado sus armas y sus colores y he venido cuanto antes. —Guiomar sacó la carta y se la entregó al secretario—. Aquí tenéis.

Le bastó una mirada para comprobar su autenticidad. Con un suspiro, el secretario escribió su nombre en una lista.

—Esperad noticias. El ejército aún está reuniéndose, pero pronto se pondrá en marcha para salir al encuentro del portugués.

Guiomar se estremeció de nerviosismo y expectación.

—Bien, bien. Con Dios, buen hombre.

Salió de la tienda sintiéndose un poco más grande y se topó con un joven de su edad, de pelo castaño y rizoso y rostro armónico. Su escudo portaba el azur asturiano y mostraba magulladuras y desconchones propios de un uso intensivo. Al cruzarse, el joven le dedicó una sonrisa y un cabeceo y ella se apresuró a devolvérselo. También iba solo, lo que le daba mayor confianza. Quizás, después debiera intentar trabar amistad con él para buscar apoyos en la campaña.

Con la mirada perdida en la fila de tiendas, Guiomar suspiró. Le quedaba mucho por aprender y por hacer, pero ya no había vuelta atrás. Era Juan de Valdeón e iba a luchar por la legítima Reina de Castilla.

Capítulo 7: Tordesillas

Tuvo que admitir que el campamento de campaña era más aburrido de lo que había creído al llegar. El goteo de caballeros y hombres de armas era constante, y a todas horas se formaban largas colas junto a la tienda del secretario para declarar las llegadas y jurar fidelidad a la causa isabelina. Pese a esto, las horas muertas abundaban y Guiomar tenía tiempo de sobra para mirar cómo las nubes cambiaban de forma.

No todo era tiempo perdido. A menudo, mientras no había nada que hacer, los hombres entrenaban. Eso sí que era interesante. Guiomar se sentaba en el suelo y aprendía mirando a los caballeros pelear con espada y escudo. Los golpes eran tremendos, más violentos que los que Felipe se había atrevido a pegarle con su palo, y el estruendo del acero impactando contra la madera reforzada del escudo y el metal de la coraza llenaba sus oídos. Eran guerreros implacables y valientes que acababan magullados y sangrantes, pero contentos. En silencio, Guiomar tomaba nota de todos los movimientos que realizaban.

Pasaron dos semanas antes de que nadie reparase en su presencia. Hasta entonces había sido una observadora taciturna, contando su historia inventada con frases cortas a aquellos que se interesaban por ella. No era la única guerrera que había acudido sola en representación de una casa.

También había caballeros errantes, hidalgos que buscaban fortuna en el bando isabelino, a los que se sentía más cercana que a los grandes señores. Uno de ellos era Diego de Onís, el asturiano con el que se había encontrado nada más llegar, aún más introvertido que ella. Sus intentos de trabar conversación con él habían sido infructíferos, aunque el asturiano se mostrase cortés y amable con todo el mundo. Guiomar lo dejó estar; tal vez, como ella, tenía motivos para mantenerse apartado.

Aquella tarde, sin embargo, mientras varios guerreros probaban su valía con acometidas de lo más violentas, Diego se acercó a su posición. Guiomar se puso en pie por instinto.

—¿Queréis entrenar, Juan? Dicen que pronto nos pondremos en marcha y no nos conviene estar oxidados para entonces.

¿Entrenar? ¿Delante de todo el mundo? Guiomar tragó saliva. No podía negarse. ¡No quería negarse! Pero, por otro lado, si mostraba una grave incompetencia, quizá el resto de caballeros se riera de ella... o incluso la enviasen de vuelta a casa después de haber deshonrado a su padre.

—Está bien —contestó ella con su falsa voz masculina—. Pero os advierto que no he recibido tan buen entrenamiento como vos...

—Eso no importa. Si alguno de los dos debe mejorar, es oportuno que lo haga antes de entrar en batalla, ¿no os parece?

Guiomar sonrió. Diego hablaba con cordialidad, sin mirarla por encima del hombro como hacían otros. Como hidalgo, Diego debía de tener mejor nombre que posibles. Debía saber lo que era la falta y la pobreza, aunque fuese de entrenamiento.

—Estoy de acuerdo. En cualquier caso, dadme tiempo para acostumbrarme. Hace semanas que no peleo.

Llevaba armadura, como casi siempre. Bajo las capas de tela acolchada y metal, sentía que su secreto era más fácil de ocultar. No era la única que usaba ese atuendo, pero el calor cada vez más veraniego hacía estragos. Por otro lado, debía acostumbrarse a ello. La campaña se alargaría todo el verano y pasaría mucho tiempo asándose dentro de la coraza.

Se colocó el capuchón de malla y el casco, cuyo anillo frontal protegía la frente y la nariz. Había tardado en acostumbrarse al peso extra en la cabeza y al embotamiento de

los oídos, pero ya no le molestaba tanto. Asió el escudo y lo levantó para protegerse el cuerpo mientras que alzaba una de las espadas de entrenamiento. Diego hizo lo propio, bajando la visera de su yelmo y colocándose en posición.

Al principio, los dos se tantearon con más miedo que verdadero valor. Hubo un corto choque de escudos y un amago de espadazo por las dos partes, con más pasos atrás que hacia adelante. Algunos de los que miraban rieron. Guiomar enrojeció bajo el capuchón de malla. Para ellos, debía de ser gracioso, y casi tierno, ver a dos caballeros novatos apenas atreviéndose a tocarse con el acero.

Así pues, presa de la vergüenza, Guiomar cargó contra Diego sin más dilación. Le empujó con el escudo y lanzó una estocada al brazo de su espada con todas sus fuerzas. Diego interpuso su arma y clavó los pies en el suelo. Guiomar le rodeó y volvió a empujarle, pero el asturiano ya estaba preparado y le asestó un golpe con el canto del escudo en la cabeza.

El impacto fue suficiente para hacerla perder pie. Cayó cuan larga era sobre la tierra seca y dejó escapar un gruñido. Eso hizo que más hombres rieran. Diego tenía espacio suficiente para ponerle la espada en el cuello si quería, pero en lugar de ello esperó a que ella se pusiera en pie. Estaba concediéndole otra oportunidad. Eso le honraba... pero a Guiomar sólo le aumentó la rabia.

Deseaba demostrar su valía y callar las carcajadas. Clavó la espada y el escudo en la tierra y se puso de pie. La frente, allá donde el escudo le había alcanzado, le palpitaba con dolor, y los oídos le pitaban. Sacudió la cabeza y se obligó a mantenerla fría. Volvió a cargar contra Diego, pero esta vez con más prudencia.

El asturiano buscó una apertura en su guardia, despacio. Guiomar alzó el escudo y desvió el golpe, procediendo a lanzar su propia estocada. Diego la detuvo con la espada. La menor velocidad le permitió ver sus intenciones e interiorizar los movimientos, poniendo en práctica lo que había aprendido mediante la observación.

Diego estaba enseñándola. Guiomar, incluso en la niebla de furia que se le había puesto por delante de los ojos al escuchar las risas, pudo percatarse de ello. Decidió aprovecharlo. No le dio importancia a los comentarios que llegaban a sus oídos, pues ninguno de los dos tenía prisa por ganar. Estaban descubriendo lo que era luchar de verdad, como caballeros, y era más importante que lo que pensaran otros.

Los brazos empezaban a cansársele, así que aumentó la velocidad de sus movimientos. Diego hizo lo mismo, pero se mantuvieron a la par, sin prisa. Hubo algún amago, algún empujón, algún intento de superar al otro. Mas la respuesta no se hacía esperar y el contraataque volvía a ponerlos en su sitio, sin grandes pérdidas.

Al final, después de varios minutos, ambos estaban agotados. Guiomar clavó la espada en el suelo y le tendió la mano enguantada en malla. Diego hizo lo mismo, se levantó la visera del yelmo y aceptó su propuesta de tablas. Le corría el sudor por la cara y sonreía. Su expresión, tan divertida, era la misma que la de Guiomar. Había sido un buen entrenamiento.

Más tarde, mientras disfrutaban de un vaso de vino sentados en uno de los bancos que rodeaban el campo de entrenamiento, Diego le dio algunos consejos:

—Se ve que tenéis madera y os han enseñado bien las posiciones, pero os desprotegéis cuando atacáis. Nunca bajéis el escudo, ni dejéis de vigilar los flancos. Y procurad evitar la rabia. Debéis manteneros calmado y prudente en todo momento. Un solo error os puede costar la vida.

Guiomar asintió. Aunque el hecho de que Diego le señalase sus defectos le mellaba el orgullo, era capaz de comprender que sólo escuchando podría llegar a mejorar.

—Ya os he dicho que estoy desentrenado —respondió ella antes de dar un trago de vino—. Necesito más práctica.

—Si lo necesitáis, yo siempre estaré dispuesto a ayudaros, Juan. —Diego sonrió—. Ha sido divertido. Además, estoy seguro de que una vez aprendáis a moveros con más soltura, no tardaréis en ser un enemigo implacable.

—¿Vos lucháis montado, Diego?

—En ocasiones, aunque se me da mejor el cuerpo a cuerpo.

—Tengo que pediros un favor. Mi maestro no tuvo tiempo de explicarme los fundamentos de la monta, y menos aún de la lucha a caballo...

Diego sacudió la cabeza.

—No digáis más. Mañana mismo os explicaré lo que sé.

—Sois muy amable.

—Estamos en el mismo bando y es probable que luchemos codo con codo. ¿De qué serviría no ayudaros, cuando puede que mi vida dependa de la vuestra en la próxima batalla?

Guiomar asintió.

—Mi padre no me adiestró como es debido.

—Lo entiendo. Es por vuestra condición, ¿no?

—¿Condición? —preguntó, temiendo que Diego hubiese podido averiguar que era mujer.

—Por ser hijo natural, quiero decir, y disculpadme si os he ofendido.

—¿Qué? No, no. —Guiomar sacudió la cabeza y rio. Era la excusa perfecta, y honesta hasta cierto punto—. Eso es. La esposa de mi padre no aprobaba mi entrenamiento, así que tuve pocas posibilidades de formarme como lo habría hecho el legítimo heredero de don Froilán de Tejedo.

—¿Y aun así habéis decidido venir a la guerra por la casa de vuestro padre?

—¿Qué otra cosa podría hacer? Aunque no sea el hijo que a él le habría gustado, le debo obediencia. Además, si demuestro mi valor en la guerra es posible que la Reina me legitime.

Diego le palmeó una hombrera.

—Espero que así sea, Juan. Veo que sois un joven honorable y de buen corazón. Estoy deseando entrar en combate con vos.

Guiomar sonrió. No supo por qué, pero aquellas palabras le calaron especialmente hondo.

***

El encuentro entre las tropas del rey Alfonso y el rey Fernando parecía aún lejano. Durante las siguientes semanas, Diego y Guiomar continuaron practicando. El asturiano le explicó los fundamentos de la lucha a caballo sin hacer comentario alguno acerca de su absoluto desconocimiento. También le mostró técnicas de esgrima y le enseñó a usar otras armas, como la lanza, la maza y el mangual, pues aunque la espada estaba bien para la infantería, era probable que los otros caballeros estuviesen bien protegidos.

Guiomar comenzó a sentirse cómoda junto a Diego. El callado asturiano se había comportado como un verdadero amigo, y después de los entrenamientos se sentaban a compartir una jarra de vino mientras hablaban de sus expectativas de la campaña.

Una mañana, el Rey les hizo saber que deseaba marchar para presentar batalla ante Alfonso. Guiomar estuvo a punto de perder los nervios. Llena de inquietud, recogió sus armas, se ajustó la armadura y subió a lomos de su caballo para seguir al esposo de la Reina.

Sin embargo, después de varios días de avance, pareció que el portugués rehuía el encuentro que tanto ansiaba Fernando a pesar de contar con ventaja numérica. El rey y sus consejeros discutieron y decidieron regresar a Tordesillas. Para desilusión de

Guiomar, su bautismo de sangre aún no llegaría. La campaña habría de alargarse todavía más.

Al regresar al campamento, el conde de Benavente hizo un llamamiento a todos los hombres que quisieran unirse a él.

—Necesito hombres valientes que quieran aventurarse a la aldea de Baltanás. Desde allí podremos observar los movimientos de los portugueses para dar noticias a nuestro Rey.

Guiomar fue de las primeras en levantar la mano. No sabía dónde estaba Baltanás ni qué iba a ocurrir si iba, pero habría aceptado cualquier misión con tal de eludir el aburrimiento. Diego tampoco tardó en aceptar la propuesta del conde.

—Parece que lucharemos juntos, sea donde sea —dijo el hidalgo con su sonrisa característica.

—No puedo imaginar nada mejor, os lo aseguro —respondió ella dejando traslucir su voz femenina antes de corregirse y agravarla—. Confío en vos como en ninguno.

Diego alzó las cejas con cierta sorpresa y Guiomar se preguntó si se había dado cuenta de su despiste. Pero el asturiano se limitó a palmearle el hombro y asentir.

Capítulo 8: La batalla de Baltanás

El contingente reunido por el conde de Benavente no contaba con un gran número de soldados ni caballeros. A Guiomar no le importaba. Diego cabalgaba a su lado, y junto a él se sentía invencible. Quizá invencible fuese demasiado, pero sí muy confiada. Había llegado a sentirse muy cercana al hidalgo después de varias semanas de camaradería, y creía que era mutuo.

La cercanía de un enfrentamiento con el enemigo la llenaba de desasosiego. Estaba deseando entrar en combate, pero los riesgos la atemorizaban. Su padre solía decir que el miedo era algo que ningún hombre podía eludir, pero que era obligación del caballero apartarlo de su mente para centrarse en el cumplimiento del deber. Guiomar hizo todo lo posible porque así fuera, pero aun así tenía sueños confusos que se convertían en pesadillas, en los que apenas podía moverse porque su armadura parecía de piedra y sus brazos de manteca. Nada comparado con la realidad, pues cada día se encontraba más fuerte y más ágil como guerrera.

El verano había venido y se había ido, y las primeras lluvias de septiembre refrescaban el ambiente, pero no eran suficientes para eliminar del todo la sequedad de la meseta castellana. El sudor perlaba la frente de Guiomar y los pliegues de su piel, y tras la marcha se sentía sucia y pegajosa. Por desgracia, no se atrevía a lavarse cuando la rodeaban tantos hombres que entraban y salían de las tiendas como si la intimidad no fuese un concepto que comprendieran. Se había hecho a la idea de esta circunstancia y ya estaba acostumbrada, pero cuando el sol caía en picado sobre sus cabezas no podía sino añorar el frescor del arroyo que brotaba cerca de la arboleda de Braña de Tejedo, donde en su niñez habían chapoteado Felipe y ella.

A veces, mientras marchaban, se preguntaba lo que diría Diego de saber que lo hacía junto a una mujer. En sus conversaciones más íntimas le había parecido que el hidalgo reverenciaba a su madre con especial cariño y respeto, pero eso no significaba que fuese a aceptar una falta tan grave como las mentiras de Guiomar acerca de su sexo y su procedencia. Sabía que incluso los hombres que profesaban verdadero afecto por las mujeres de sus vidas, ya fuesen madres, hermanas o hijas, toleraban poco las discrepancias en convenciones de género. Su propio padre nunca había accedido a sus deseos marciales, e incluso su amigo Felipe había tenido que ser coaccionado para adiestrarla a pesar de haberse criado y jugado juntos sin que la diferencia entre ambos hubiese significado nada.

Nunca lo sabría mientras viviera, pues no tenía pensado revelar su condición ni a Diego ni a ningún otro de sus camaradas. Si moría en combate, quienes se ocupasen de darle sepultura lo averiguarían, y para entonces habría dejado de importar.

Aun así, Guiomar miraba a su compañero en ocasiones y deseaba poder contarle su secreto para que admirase su cuerpo de mujer. Era un sentimiento extraño y nuevo, uno que se le atravesaba en los pensamientos cuando menos lo esperaba por más que intentara apartarlo. Nunca había deseado la mirada de ningún hombre, ni siquiera Felipe. Por otro lado, sabía lo inútil de aquel deseo y procuraba no avivarlo.

—Estáis muy pensativo —observó el asturiano mientras trotaban a la par.

—Es la cercanía del combate —respondió Guiomar con una sacudida de cabeza.

—Eso es mejor no pensarlo. Cuando llegue el momento de luchar, hazlo con todo lo que has aprendido y deja que tu cuerpo haga el resto.

Ella asintió.

—Mirad, la aldea —dijo el joven señalando la silueta de las casas de piedra y la iglesia que se recortaba en el horizonte.

El conde de Benavente dio órdenes para guarnecer el poblado, que no contaba más que con una triste milicia para protegerse. El párroco de la iglesia se ofreció a bendecir a las tropas y a oír en confesión a todo aquel que quisiera. Ante la cercanía de la muerte, no fueron pocos los que se acercaron al templo para arrepentirse de sus pecados y aceptar la penitencia.

Por no destacar negativamente, Guiomar acompañó a Diego a la iglesia, pero cuando llegó el momento de sentarse junto al sacerdote y confesarse, la muchacha no supo qué decir.

—Perdóneme, padre, porque he pecado.

—Dime, hijo mío, ¿cuáles son tus faltas?

—Yo he... He enfurecido a mis padres. —Guiomar suspiró—. Los he contrariado al venir aquí.

—¿No querían que respondieras a tu deber con tus señores? —preguntó el sacerdote con curiosidad.

—Es complicado —respondió ella sin mirarle a la cara—. Les he mentido.

—Debes decir la verdad, hijo mío. La mentira nunca es buena.

—Aún no puedo hacerlo.

—¿No te arrepientes? El arrepentimiento es necesario para limpiar tu alma. Sin él, de nada sirve que vengas a confesarte. Debes dejar de pecar.

Guiomar sabía que diría algo parecido. Para dejar de pecar en ese aspecto, tendría que abandonar la campaña y volver a casa para aceptar el castigo que le impusieran sus padres. Perdería para siempre la oportunidad de ser caballero y disfrutar de la libertad que le daba fingir ser un hombre. ¿Merecía la pena la posibilidad de ir al infierno por no hacer penitencia por los pecados y seguir mintiendo? Guiomar creía que sí.

—Debo irme —dijo poniéndose en pie—. Gracias por escucharme, padre.

—Si no haces acto de contrición, tu confesión no sirve de nada —le advirtió el sacerdote.

—Lo sé. Por eso intentaré seguir con vida hasta que pueda enmendar mis errores.

El párroco negó con la cabeza, desaprobando claramente una decisión así. Sin embargo, no podía obligar a Guiomar a aceptar sus condiciones.

Con una conciencia no más liviana, pero sí más decidida, Guiomar dejó la iglesia y salió a afilar su espada. Si pretendía salir de esa aldea con vida y librar su alma del infierno, más valía estar preparada.

***

Los portugueses llegaron dos días después. El conde ya sabía que lo harían; sus exploradores habían estimado que les doblaban en número y que aparecerían por el noroeste. Desde la colina de la aldea, Guiomar vio llegar las fuerzas de Alfonso V a través de los campos de labranza, como una marea plateada entre el trigo y la cebada. Las campanas de la iglesia empezaron a repicar con fuerza. Los aldeanos se encerraron en sus casas y trataron de proteger a sus familias como mejor sabían. Se ofreció refugio en el convento a aquellos que carecían de medios, y la milicia civil se preparó para participar en la defensa de Baltanás aunque apenas fuesen a marcar una diferencia.

El conde dio órdenes a sus hombres para que se dispusieran de modo que la forma de la aldea les sirviera de apoyo en la batalla. El ala de caballería, de la que Diego y Guiomar formaban parte, se mantendría en un flanco para mantener la movilidad y evitar que las tropas portuguesas los envolvieran.

Ataviada con la armadura completa y a lomos de su caballo, Guiomar daba diente con diente. Era una suerte que su rostro quedase cubierto en parte por la malla, pues no

quería que otros interpretasen su nerviosismo como falta de valor. Para que no le temblasen las manos, se agarró bien a la silla. Ya no tenía calor.

—¡Ánimo, Juan! —le dijo Diego antes de bajar la visera de su yelmo—. ¡De aquí salimos héroes!

Guiomar esbozó una sonrisa. Luchar junto a Diego le proporcionaba cierta calma, lo que viendo la perspectiva no era poco. Había muchos portugueses, y sus picas y lanzas se alzaban sobre sus cabezas como una promesa de muerte.

La mejor estrategia para intentar disminuir la desventaja entre los dos ejércitos era mantenerse cerca del pueblo, donde las casas y las calles harían de cuello de botella y mejorarían las oportunidades de los castellanos. Sin embargo, los portugueses lo habían previsto, y su respuesta fue el fuego.

Cuando quedaba poco para el encuentro, mientras los castellanos esperaban a que los portugueses se enzarzasen con ellos, éstos lanzaron los arcos y dispararon una andanada de flechas incendiarias contra sus líneas. Los castellanos se pusieron a salvo bajo los escudos y los cascos, pero el ataque no estaba dirigido a ellos, sino a los tejados inflamables que los rodeaban. Los gritos de fuego, el pánico y el humo llenaron Baltanás. La gente del pueblo se apresuró a cargar cubos de agua en el arroyo en un intento de apagar los incendios que amenazaban sus casas.

Desde el flanco, en la colina, Guiomar apretó los dientes. Malditos cobardes.

Una vez iniciada la distracción, las primeras líneas portuguesas jalearon y echaron a correr hacia las castellanas. Siguiendo las instrucciones del Conde, los hombres de armas aguantaron la carga a pesar de que la aldea ardía a su espalda. Si se dejaban envolver estaban perdidos.

Desde su posición, Guiomar vio cómo las picas, las lanzas y las mazas empezaban a hacer de las suyas. El humo enturbiaba la escena y el brillo del fuego dolía a los ojos, pero habría jurado que las líneas castellanas aguantaban con gran valor y que los cuerpos que comenzaban a apilarse eran portugueses.

Pronto tuvo que dejar de prestar atención al cuerpo de la batalla. Una de las alas portuguesas pretendía atacar el pueblo desde el flanco opuesto. Un oficial del Conde llegó al galope a la colina.

—¡Hombres, conmigo! ¡Rodead la aldea por el sur y atacad el otro flanco!

Guiomar sabía que el momento había llegado. Tomó las riendas, ya sin temblar, y giró para seguir al oficial con el resto de sus compañeros. Diego cabalgaba a su lado, el escudo azur resplandeciendo como las llamas.

El rodeo a la aldea fue rápido y sin incidentes. Los portugueses no se esperaban que fueran a responder con tanta presteza; habían descuidado su propio flanco y gracias a ello la carga de caballería los arrasaría.

—¡Por San Antonio! —oyó que gritaba Diego.

—¡Por la reina Isabel! —gritó ella alzando la espada.

Bajó la espada como Diego le había enseñado y lanzó un tajo desesperado que alcanzó a alguien en la espalda. No pudo ver si lo había matado, pero la punta de su acero estaba roja.

Parecía que se hubiese metido en mitad de un avispero. Los hombres gritaban y se revolvían a su alrededor. Algo punzante se insinuó contra su pierna; uno de los soldados intentaba herirla bajo las placas de la armadura. Guiomar dejó escapar un rugido y le asestó un espadazo. El hombre cayó con un alarido y no volvió a levantarse.

Los portugueses intentaron retroceder, pero ya habían perdido a muchos de los suyos. Guiomar había golpeado a diestra y siniestra, a veces dando en duro y otras en blando. Había perdido la cuenta de las veces que un hombre había caído bajo su espada, pues su mente y sus sentidos estaban nublados por el furor de la batalla. Ya no había

miedo ni estupor, sino un rugido constante en el fondo de su garganta que la obligaba a seguir peleando contra los enemigos de Castilla.

El oficial llamó a replegarse. Ninguno de los suyos había caído, mientras que el flanco portugués estaba muy mermado. Había sido toda una victoria. Arriba, en el cielo, el sol se había movido considerablemente. ¿Cuánto tiempo había pasado? Guiomar había perdido la noción por completo.

El incendio se había apoderado de Baltanás y la mayor parte de los edificios estaban en llamas. La aldea quedaría destruida cuando la batalla terminase, pero aun así los muertos portugueses se contaban por varias decenas y apenas había pérdidas castellanas.

Hubo otros ademanes de cargas y más enfrentamientos. Guiomar se desempeñó bien en todas y apenas sufrió más que unos rasguños y algún golpe. Nadie la descabalgó, y a Diego tampoco. Sin embargo, a la caída de la tarde corrió la orden de retirada cuando se escuchó que habían hecho prisionero al conde de Benavente.

Baltanás quedó reducido a cenizas en su mayoría, pero entre los muertos sólo se contaban diez castellanos mientras que los portugueses habían perdido una gran parte de sus fuerzas. Alfonso había vencido, pero si todas sus victorias eran como esas, perdería la guerra en poco tiempo.

Guiomar se quitó el yelmo al volver a la colina. Las columnas de humo se alzaban al cielo como testigos mudas de la destrucción que había tenido lugar. Había sobrevivido a su primera batalla, pero ahora empezaba a recordar los golpes, la sangre y el crujido de los huesos bajo su caballo.

Su padre le había advertido que matar nunca era fácil, ni por la mejor de las causas. Pero, como sucedía con el miedo, era preferible superar ese tipo de sentimientos. Habría otras batallas y Guiomar volvería a matar en ellas. Era la vida que había escogido.

Capítulo 9: La celebración

La batalla de Baltanás fue una derrota, pero los números hablaban en contra de los portugueses. La aldea había quedado reducida a cenizas, pero las pérdidas castellanas eran exiguas. Apenas recogieron una docena de muertos, y los heridos no tardarían en reengancharse al servicio en cuestión de días.

La misma reina Isabel acudió a la aldea para alabar el valor de los soldados y los campesinos. Prometió eximir de impuestos a Baltanás durante dos años con el fin de permitir su reconstrucción sin problemas, y los habitantes de la aldea se postraron ante ella y le besaron la mano.

Guiomar, desde la distancia, sintió una fuerte admiración por la Reina. Era un poco mayor que ella misma, pero tenía un poderío y una confianza que le resultaba nuevo en una muchacha. Isabel era una mujer desposada y no una doncella, pero sabía que no todas las damas como ella podrían desenvolverse en una posición como la suya con el mismo rigor.

—¿No te parece impresionante? —preguntó a Diego en voz baja mientras presenciaban el acto de la Reina—. Con veinticinco años y tanto porte en mitad de una guerra con su propia sobrina. —Guiomar sonrió—. Es emocionante ver a una mujer en tal situación, y más aún saber que saldrá victoriosa.

—¿Cómo estás tan segura? —respondió él con el ceño fruncido.

—Luchamos por ella. ¿Por qué no habría de ser así? ¿Es que deseas la derrota?

—No, en absoluto. Pero no podría asegurar que saldrá victoriosa. Acabamos de perder una batalla.

—Una batalla nunca es una guerra. Eso dice mi padre.

—En ocasiones sí lo es, pero tienes razón. Esto ha sido casi más victoria que derrota. Disculpa mi mal humor. Me he despertado con mal pie esta mañana.

Guiomar aceptó sus disculpas y tampoco quiso darle vueltas al motivo del mal humor de su compañero de armas. Suponía que no toleraba bien haber visto caer la aldea y a algunos de los demás hombres, aunque hubiesen sido tan pocos, sin olvidar el hecho de que el conde de Benavente hubiese sido capturado. Para él, la exención de impuestos que acababa de proponer la Reina debía de ser poco después de todo eso.

Cuando la Reina terminó de recibir a los baltanasiegos, se dirigió a sus hombres.

—Habéis luchado en inferioridad de condiciones y aun así habéis demostrado más valor y arrojo que los portugueses. Eso os honra a vosotros y a mí. —La Reina alzó una mano y Guiomar se sintió tocada por ella. Todos guardaban silencio, admirados, y ella apenas podía contener la emoción. ¿Quién le hubiera dicho hacía unos meses que ahora estaría allí, recibiendo las felicitaciones de la Reina?—. Sé que el conde de Benavente está prisionero, pero mis diplomáticos ya han enviado misivas para negociar su liberación. Tenemos esperanzas de que pronto volverá a liderar a sus hombres. No habrá precio demasiado alto para pagar por él, os lo aseguro.

Aquello fue recibido con vítores y hurras. La admiración de los hombres por el Conde era considerable. Incluso Guiomar, que no había luchado ni servido a su lado antes, le consideraba un líder irreprochable.

—Recuperaos, señores míos. Pronto volveremos a marchar y será Alfonso quien sufra en sus carnes lo que es encontrarse con una aldea herida como esta. Que la próxima batalla sea una victoria. Por vosotros, por mí y por Castilla.

De nuevo se escucharon vítores. La propia Guiomar aplaudió y golpeó su escudo para secundar las palabras de la Reina. Estaba deseando volver al combate. La emoción que había sentido entonces, cuando todo pendía de un hilo y lo único con lo que podía contar era con su espada, le resultaba adictiva. Quería enfrentarse a su siguiente

conflicto cuanto antes, junto a Diego y al resto de los hombres. Por Isabel y por Castilla, y por Braña de Tejedo y el honor de su padre.

***

Aquella tarde, los hombres decidieron festejar la derrota que era victoria. Después de la batalla y de tantas semanas de marcha e inactividad, la felicitación de la Reina era lo único que necesitaban para excusar una celebración.

Los baltanasiegos aprovecharon la oportunidad para vender las mercancías que habían tenido la prudencia de guardar en sus almacenes antes del ataque portugués. El vino y la buena comida corrieron en la fiesta improvisada bajo las carpas tendidas al pie de la colina.

Guiomar se unió a la celebración con prudencia. No quería que el vino enturbiase su buen juicio y acabase delatándose, pero deseaba festejar su propia supervivencia tanto como los demás hombres. Diego, cuyo humor fue mejorando a medida que bebían y charlaban, también pareció agradecer el cambio de ritmo. La campaña pintaba esperanzadora y no había motivos reales para la tristeza.

Así pues, sentados en torno a un barril que hacía las veces de mesa improvisada, Guiomar, Diego y dos caballeros sorianos, don Higinio y don Ignacio, rieron y jugaron a los dados mientras recordaban los hitos de la batalla y el modo en que los portugueses se habían retirado a toda prisa.

—Yo tenía a uno de ellos, un petimetre bigotudo y torpe, preparado para ensartarle con mi lanza tan pronto saliera de entre las callejuelas. Lo venía persiguiendo de lejos —decía don Higinio con tono fanfarrón—, y se me había escapado de entre los dedos un par de veces. Casi logra esconderse y perdérseme de vista, pero lo que menos se esperaba era que sus propios compañeros se le echasen encima al escapar de los hombres de don Víctor, que bajaban por la calle de la iglesia dando unas voces como truenos. Ahí lo tuve claro: arrié al caballo y lo derribé como a un monigote, y aproveché para hacer lo mismo con dos o tres más que encontré por el camino.

—¿Dónde ha quedado el respeto por el enemigo? —preguntó Diego mientras don Ignacio sacudía los dados en el cubilete.

—Muchacho, aprenderéis pronto que en cuestiones de guerra sólo hay respeto entre los grandes señores —respondió Ignacio—. Yo ya he luchado en muchas batallas y lo he visto a menudo. Los únicos que se tratan como verdaderos caballeros son los que tienen tierras y dineros. Los hidalgos como nosotros tenemos que conformarnos con la generosidad de nuestros señores. En batalla, somos carne de cañón.

—Eso no debería ser así —dijo Guiomar engolando la voz—. Después de todo, somos cristianos, ¿no? ¿No merecemos todos la misma caridad?

Don Higinio se echó a reír.

—Vos también os daréis cuenta, Juan. Las cosas son muy distintas a como nos hacen creer los códigos antiguos y los romances. Ni siquiera el Cid era tan grande como dicen los trovadores.

—Habláis de luchar sin honor —siguió Guiomar, cada vez más contrariada—. ¿Acaso no pesa sobre vuestras conciencias la sangre que habéis derramado?

—¿Honor? ¿Sangre? Juan, amigo mío, ¿qué importa eso? ¿Creéis que la mayoría de los que estamos aquí luchamos por el deber o la honra? —Don Higinio negó con la cabeza—. Lo hacemos porque consideramos que la reina Isabel es mejor partido que la Beltraneja. Al fin y al cabo, cuando todo esto acabe queremos estar en el bando ganador, con el bolsillo lleno de oro por las conquistas, y para conservar la tierra que tenemos, si hay esa suerte.

Guiomar no supo qué contestar. Miró a Diego, que había enrojecido de golpe, y no obtuvo pista alguna acerca de lo que decir. No quería que aquellos hombres tuviesen razón. Su padre le había hablado siempre de honor y deber, de cumplir las promesas y mantener la palabra. Había creído que ir a la guerra era un propósito noble, el motivo por el que Dios les había dado una sangre singular que los hacía superiores a los plebeyos. Sin embargo, esos caballeros habían estado en tantas batallas como don Froilán y hablaban desde una perspectiva que ella nunca había conocido.

Unas vivanderas se acercaron a la mesa improvisada. Eran mujeres de las que seguían al campamento proporcionando sus servicios al ejército y, en particular, a sus hombres. Don Higinio y don Ignacio sonrieron ante sus atenciones y se dejaron seducir. Cuando tocaron los pechos de las mujeres, Guiomar apartó la cara, avergonzada. Nunca había presenciado algo como eso.

—¿Qué os ocurre, joven caballero? —preguntó una con voz dulce. Sus dedos rozaron la cara de Guiomar—. ¡Qué piel más suave! ¿Tenéis todo el cuerpo igual?

La vivandera debía de ser un par de años mayor que Guiomar y su pelo negro y abundante le recordaba al que había tenido antes de cortarse la melena.

—¡Qué vergonzoso! —rio la mujer que se sentaba en las rodillas de don Higinio.

—¡Esos son los peores! —dijo otra, aproximándose a Diego—. Seguro que vos no tenéis tantos remilgos.

El caballero asturiano se envaró, evidentemente molesto, y negó con la cabeza.

—No estoy interesado en vuestros servicios.

Aquello les pareció hilarante a las mujeres, como si no creyeran que pudiera ser verdad.

—¡Pero si no tiene ni veinte años!

Don Ignacio rio.

—Dejadles tranquilos. Estos muchachos son verdaderos caballeros. Dentro de dos o tres batallas, volved y ya veréis cómo han perdido el miedo a lo que tenéis entre las piernas.

Diego se levantó con tanto ímpetu que casi derramó su vaso de vino.

—No puedo seguir compartiendo mesa con vos. —Miró a Guiomar significativamente y luego cabeceó en dirección a los otros caballeros con cortesía forzada—. Hasta luego, mis señores.

Le vio alejarse y sintió una punzada de inquietud. La mujer que le había acariciado la cara seguía a escasos centímetros de ella, zalamera. Tragó saliva y se puso en pie, a su vez.

—Lo siento, buenas señoras, pero yo no puedo... Yo... Le he hecho una promesa a la Virgen. Adiós, mis señores.

Tomó su vaso y el de Diego y salió tras él con la vergüenza aún pegada a los talones, pues podía escuchar las risas de los caballeros y las vivanderas desde lejos. Mortificada, salió de la carpa y buscó en derredor. Las antorchas titilaban en los postes que rodeaban las tiendas. La mayor parte de los guerreros se concentraba en la carpa, casi todos borrachos. Algunos ya se alejaban de allí con mujeres del brazo, todos contentos y sin un ápice de vergüenza.

Le costó dar con el asturiano, pero lo encontró sentado en la hierba al final del campamento. Con cierta torpeza debida al vino que había bebido, Guiomar se aproximó hasta él y le hizo un gesto.

—¿Puedo acompañarte, o prefieres estar a solas? —Le enseñó los vasos—. Te has dejado esto en la carpa.

—Ah, Juan —dijo él con cierto alivio—. Sí, claro, siéntate a mi lado.

—A mí tampoco me ha gustado lo que han dicho esos hombres.

Tomó asiento en la hierba húmeda y le tendió el vaso de loza. El caballero asturiano dio un trago y lo dejó frente a él, como si hubiese cambiado de idea.

—¿Crees que en el fondo somos unos ilusos, Juan? ¿Que esos hombres pueden tener razón sobre nosotros?

Guiomar se encogió de hombros.

—No lo sé, pero no creo que tener honor sea motivo de risa.

—Tendría que haberlos retado a un duelo —murmuró Diego entre dientes—. Eso habría sido mejor que marcharme como un cobarde.

—¿Un duelo? ¿Ahora? Eso te habría deshonrado más todavía.

—Pero les habría quitado la sonrisa de la cara.

—¿Y si hubieras perdido? Ellos han luchado en más batallas que los años que tenemos.

Diego bufó, pero terminó asintiendo. Lo que decía Guiomar era cierto. Tomó de nuevo el vaso y se lo llevó a los labios, bebiendo con amargura. La muchacha supo que algo lo carcomía por dentro y sintió el deseo de ayudarlo. Una parte de ella quiso pasarle el brazo por los hombros y abrazarlo como habría hecho con una de sus hermanas, o con un amigo. El vino estuvo a punto de animarla a llevarlo a cabo, pero se detuvo en el último momento. Diego era su camarada de armas, pero el gesto podía malinterpretarse y no quería enfadarlo más, así que se quedó quieta.

—¿Qué te ha contado tu padre de la guerra? —preguntó Diego.

Guiomar sonrió, como siempre que pensaba en su padre.

—Muchas cosas. Peleó del lado de Alfonso el Inocente cuando yo era un niño. Estuvo fuera varios años. Siempre lo he admirado mucho. —Hundió los dedos en la hierba y los movió entre las briznas, empapándose la mano de la humedad de la tarde—. Me dijo que un caballero debía ser honorable, respetar a sus camaradas y a sus enemigos y tratarlos con generosidad. Me dijo que el mismo hombre junto al que luchas hoy puede ser tu enemigo mañana, y viceversa.

—Parece que tu padre es mejor hombre que don Higinio.

Guiomar rio.

—No hace falta gran cosa para serlo, ¿no te parece?

Diego suspiró.

—¿Puedo confiar en ti, Juan?

La mano de Guiomar tembló levemente.

—Por supuesto.

El asturiano ladeó la cabeza, contrariado. Parecía considerar si seguir hablando o, por el contrario, mantener en secreto lo que quisiera que guardase en su corazón. Guiomar contuvo el aliento. Alzó una mano y rozó con ella su antebrazo, apretando suavemente en un intento de transmitirle cercanía.

Los ojos de Diego se encontraron con los suyos en la penumbra. El joven era notablemente apuesto. En otras ocasiones se había dado cuenta, pero ahora el hecho resultaba innegable. Tenía un rostro de pómulos altos y frente despejada, sin marcas de viruela o acné. Su mandíbula fuerte terminaba en una barbilla puntiaguda. El color de sus ojos era de un gris oscuro, casi negro, que las antorchas convertían en acerado. La única seña que podía romper la armonía de sus facciones era una vieja cicatriz sobre una ceja, que apenas se notaba a menos que el sol estuviese en lo alto.

Aquella mirada se prolongó más de lo que el corazón de Guiomar pudo soportar sin un vuelco. La boca se le había quedado seca. Azorada, apartó la vista y fingió volver a ocuparse de la hierba. Él se removió con incomodidad.

—Si te digo la verdad, te envidio —dijo el asturiano—. Incluso un hijo natural como tú tiene el honor de disfrutar de un padre admirable. Esos hombres, esos

caballeros... Mi padre habría hecho buenas migas con ellos. Habría bebido vino mientras se reía de los muertos, se habría jugado a los dados el botín que hubiese ganado y habría aceptado la oferta de las vivanderas.

Guiomar le miró de reojo.

—Diego...

—No, lo sé. Mi padre no soy yo. Murió hace tiempo, cuando aún era un niño, pero siempre le detesté. Crecí deseando convertirme en el hombre que nunca fue para que mi madre y mis hermanas sintieran verdadero orgullo. —Diego suspiró—. Que esos hombres dijeran que acabaríamos convirtiéndonos en ellos me ha provocado un gran malestar.

—¡Pero yo sé que no eres así! —exclamó ella—. Esos hombres han perdido toda esperanza de mantener sus ideales. Déjalos con su pobreza de espíritu. Tú y yo... Nosotros... No somos de esa manera. Nunca lo seremos.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque en lugar de aceptarlo y seguir bebiendo, nos hemos levantado y nos hemos ido. Porque lucharemos por no convertirnos nunca en eso.

Las palabras de Guiomar parecieron impactar en Diego considerablemente. El joven le devolvió la mirada entre intrigado e inspirado, como si no terminase de creerlas del todo pero fuese capaz de percibir la sabiduría que encerraban. Ladeó la cabeza y asintió lentamente, cada vez con más ímpetu.

—Es... es cierto. Tienes razón, Juan. No lo había visto así. Gracias.

—Te prometo que no dejaré que eso cambie —le aseguró la muchacha—. Seré tu compañero durante tanto tiempo como dure esta campaña, Dios mediante, y si lo necesitas te recordaré por lo que luchamos y lo que queremos ser. No importa lo que piensen los demás. El valor de un hombre se demuestra mediante los actos, no mediante las expectativas de otros.

—Te prometo que haré lo mismo —respondió él con una sonrisa.

Tenía una sonrisa muy bonita, con los dientes iguales y blancos. No muchos hombres podían presumir de una dentadura casi perfecta. Pensar aquello volvió a provocarle un revuelo en sus entrañas. Bajó la cabeza para ocultar su turbación y bebió un trago de vino.

Aquel sentimiento podía convertirse en peligroso.

Capítulo 10: Los temores de Diego

Dos días después, el ejército volvió a ponerse en marcha. Tal y como había advertido la Reina, se enfrentarían a los hombres de Alfonso en terreno portugués para así hacerles sentir en sus carnes el miedo y la destrucción.

Diego despertó aquel día con una grave sensación de inquietud. Compartía la tienda con Juan y varios hombres más. El alba aún no había roto y la escasa claridad era insuficiente para distinguir algo más que las siluetas de los caballeros durmientes. A su lado, a dos codos de distancia, Juan murmuraba algo en sueños. ¿Estaría soñando lo mismo que él?

Con vergüenza, Diego se dio cuenta de que había empapado su túnica de sudor y que en su manta había una mancha impúdica que revelaba en parte su falta. Mortificado, se apresuró a recogerla y salir a lavarla en el arroyo para airearla antes de que el resto se despertara. Anduvo con el máximo sigilo, pues lo que menos necesitaba era llamar la atención de alguno de sus compañeros y que descubriera su vergüenza.

Por el camino, Diego comenzó a recordar los detalles de su sueño. Por más que intentaba reprimirlo, volvía a su mente como una explosión de sensaciones. Había una marcha en pos del enemigo portugués, y Juan y él cabalgaban juntos ataviados con sus armaduras y sus armas. En eso, el sueño no era muy distinto que cualquier otro que hubiese tenido durante los últimos meses. Eran sueños de lucha, miedo y triunfo. No había pecado alguno en ellos.

Sin embargo, este había sido distinto. En algún momento se habían detenido y se encontraban solos. Una densa foresta, como la que crecía en su tierra, en nada parecida a los parcos bosques de la meseta, los separaba de todos los demás. La fosca vegetación los apartaba de ojos indiscretos, y en el sueño Diego había dado gracias a Dios por aquella circunstancia.

Juan, como si compartiera sus pensamientos, se había vuelto hacia él con las mismas intenciones. Se había soltado las correas que asían su coraza y había dejado que la armadura cayera al suelo mostrando su pecho torneado y plano, sus hombros estrechos pero fuertes. Diego había hecho lo mismo, ansioso por liberarse del acero y encontrarse con su carne.

En su sueño, Diego había tocado el cuello esbelto y suave de Juan y había depositado en él un beso. Era tal y como lo había imaginado, la misma suavidad y el mismo olor dulce. Las manos de Juan le rozaban la cintura provocándole un cosquilleo intenso. Tomándole de las mejillas, Diego había besado sus labios con los ojos cerrados, con una pasión devoradora que jamás había conocido antes. Ni siquiera en los juegos de niños, con las muchachas del pueblo, había sentido tanta ansiedad. Los labios de Juan eran dulces y cálidos, y al abrirlos había rozado su lengua con la suya. En aquel punto, incapaz de soportarlo, Diego había llegado al orgasmo con un gemido y había derramado su vergüenza sobre su manta. Al despertar y mirar a Juan, a su lado, se descubrió a sí mismo deseando a otro hombre y quiso huir.

Sentado junto al arroyo y debatiéndose entre el deseo y la vergüenza, Diego hundió los dedos en su cabello castaño.

Nunca antes había sentido nada parecido. Quería haberlo ocultado, pues los roces y las miradas intensas no eran más que un signo de camaradería y compañerismo. Juan era su amigo. Habían luchado juntos, aprendiendo el uno del otro como dos hermanos que se adiestraban a la par. Era un hombre. Puede que uno más delicado y de apariencia algo más femenina que otros, pero un hombre al fin y al cabo.

¿De dónde salía aquella desviación? ¿Desde cuándo tenía él deseos sodomitas?

Diego resopló para sí, disgustado. Lo que menos deseaba era ir en contra de la ley de Dios, y sabía muy bien que los bujarrones que atentaban contra ella acababan en la hoguera. Ninguno de sus amigos de juventud le había inspirado los mismos deseos. Nunca se había sorprendido mirando a un hombre con esos pensamientos. Pero Juan... Juan era diferente.

Desde el principio había sentido hacia él una atracción difícil de explicar. Había intentado mantenerse aparte, ser reservado, aunque cortés, y no pasar de la camaradería distante. Pero Juan había demostrado una candidez y una simpatía que había hecho difícil mantenerse firme en su propuesta. Había ganado su amistad con sencillez, pues era evidente que su corazón era bondadoso y no pretendía hacer nada indebido.

Eso lo complicaba todo. Juan era un joven tan vital, tan agradable... Era fácil dejarse llevar por su manera de ser. Era fácil contagiarse de su entusiasmo y sus ganas de vivir. Parecía un niño recién llegado al mundo, lleno de energía y curiosidad. Diego quería estar a su lado y luchar codo con codo junto a él.

Todo había cambiado la noche de la celebración. Juan había demostrado ser un joven de dignidad intachable y él había confiado en el muchacho lo suficiente como para revelarle sus temores y hablarle de su padre. Ya antes había percibido en sí mismo una atracción extraña hacia el caballero, lo que había enturbiado su humor, pero desde entonces había perdido la capacidad de negarlo.

Ahora, su pensamiento pecaminoso se imponía en sus sueños. ¿Qué iba a hacer?

—Debo mantenerme entero —se dijo a sí mismo—. Ha sido sólo un sueño, y los sueños no significan nada. Mi mente está enturbiada, eso es todo.

Suspiró y se dio cuenta de que ya se había hecho de día y los pájaros cantaban a su alrededor. Recogió la manta, la dobló y volvió al campamento por la veda del camino. Miró a las vivanderas que se ocupaban de sus tareas matutinas, como lavar y moler el trigo, que tan poco se parecían a las de las noches. Eran mujeres turgentes, con figuras atractivas y rostros agradables en su mayoría. Si se concentraba, podía sentir la atracción natural que ejercían sobre su cuerpo. Si aún le gustaban las mujeres, ¿por qué había tenido aquel mal sueño?

Tal vez el problema fuera sólo Juan. Quizás era un asunto de cercanía y familiaridad, una amistad mal entendida. En todo caso, de camino a tomar el desayuno, trató de evitar al muchacho. No quería que fuese algo manifiesto, pues no pretendía castigar con la indiferencia a Juan, que nada le había hecho. Pero necesitaba algo de tiempo para pensar y serenarse, sobre todo de cara a la campaña que les quedaba por delante.

Se sentó en una mesa abarrotada aprovechando que Juan tendría que buscar otro lugar donde hacerlo. Le vio encaminarse en su dirección con un cuenco de gachas en la mano y detenerse, desilusionado, al darse cuenta de que todos los asientos estaban ocupados. Diego contuvo una exhalación desanimada.

—¡Hombre, don Diego! —saludó don Santiago de Mieres, otro caballero errante de Asturias. En alguna ocasión habían hablado sobre su tierra, comparando sus aldeas de procedencia y los lugares en los que habían podido coincidir. Era un hombre de pecho ancho y barba desigual, pues un tajo le había dejado una gruesa cicatriz en la mejilla izquierda donde no crecía el vello—. Se me hace raro veros aquí, en soledad. ¿Dónde habéis dejado a Juan de Valdeón?

—No lo sé. ¿Por qué preguntáis?

—Por curiosidad, nada más —respondió el caballero—. Es un muchacho curioso, ese Juan.

—¿Qué pensáis de él? —quiso saber Diego.

—Es un buen muchacho. Se le nota una gran energía. Para ser su primera batalla, el otro día estuvo magnífico. Vos también, don Diego, todo sea dicho. Pero no le vi recular ni amilanarse ante la adversidad, y eso es lo que separa a un buen caballero de un matarife. Tiene madera. Cuando sea algo mayor y tenga más experiencia, será un peligro en el campo de combate. ¡Y yo más que contento!

Diego entornó los ojos tratando de dilucidar si lo que decía era por compromiso o por sinceridad verdadera.

—Es un buen guerrero —admitió el joven hidalgo—. Y un buen amigo.

—De esos no abundan en esta vida. Nunca se sabe, al final, claro, pero yo diría que tratarais de conservar esa amistad durante toda vuestra vida. Uno nunca sabe cuándo va a necesitar la ayuda de alguien como Juan de Valdeón.

Diego se tomó aquel comentario como una señal de que debía olvidar lo que había soñado, ceder a su instinto de mantener la amistad y dejar de lado las dudas. Se centraría en ignorar los susurros del Diablo y disfrutaría de la compañía de Juan como si fuese su hermano. Todo el mundo tenía pruebas en la vida. Tal vez la suya fuera esa.

Se terminó las gachas con rapidez y fue a guardar su cuenco. De camino, se topó con Juan y le llamó con una sonrisa. A decir verdad, su decisión le había calmado. A pesar de todo, la presencia de Juan le agradaba sobremanera.

—Disculpa que esta mañana ocupase esa mesa, pero don Santiago quería hablar de un tema de tierras. ¿Has preparado tu petate?

—Sí. En una hora tocarán para el inicio de la marcha. Vamos a cruzar la frontera con Portugal. —Juan sonrió con calidez. Le chispeaban los ojos castaños—. Dicen que la intención es tomar un castillo al asalto.

—¿De veras? —Diego le devolvió la sonrisa mientras caminaban a la tienda.

Sí, Juan era su amigo. Su amigo y nada más.

***

Les llevó varios días alcanzar el castillo que pretendían tomar. Su líder era don Francisco de Ávila, un barón con una gran fuerza militar bajo su mando. Aunque ni Diego ni Juan lo habían visto en batalla, pues se había unido a las fuerzas de Benavente, después de que lo capturasen, los caballeros de más edad comentaban la exitosa trayectoria militar de la que había hecho gala toda su vida. Don Francisco tenía un aire que, según Juan, recordaba a don Froilán de Tejedo. Estaba entrado en años y su pelo y su barba mostraban canas abundantes, pero se mantenía en forma y disfrutaba de buena salud.

—Si mi padre hubiera podido venir a luchar, hubierais visto lo mucho que se parecen —le dijo Juan mientras marchaban—. Es una lástima que tenga tan mala salud. Hace años, gozaba del mismo porte que don Francisco y nunca se detenía ante nada.

Las tierras portuguesas no se distinguían demasiado de las castellanas. De no ser por el aviso de los exploradores, Diego no habría sabido que habían cruzado la frontera. Pasaron por campos de labranza y mares de trigo, y cerca de aldeas desde las que podían sentir el ardor de la mirada de los campesinos, inseguros ante el ejército extranjero que se abría paso por sus tierras.

Pero el barón Francisco no tenía interés alguno en forrajear o atacar a la plebe. Su interés era el de desestabilizar la región atacando el núcleo de poder, para lo cual habrían de asediar uno de los castillos.

El castillo era similar al de Burgos, o eso le pareció a Diego cuando lo vio desde la distancia. Había vivido tiempos mejores, pero sus cimientos eran tan recios como las paredes que lo protegían del exterior. Diego sabía que el plan era tomarlo al asalto, pero

aunque antes no había comprendido la dimensión de tal empresa, ahora su determinación empezó a flaquear.

—Impresiona saber que dentro de poco estaremos al otro lado de esos muros —dijo Juan, para nada arredrado por la empresa titánica que tenían por delante—. Siempre me ha gustado imaginarme lo poderoso que debe de sentirse uno al conquistar una muralla.

—Los asaltos siempre son peligrosos —comentó Diego—. Y no quiero parecer un cobarde por ello, pero tampoco deberías tomártelo a la ligera, amigo mío.

Juan sacudió la cabeza.

—Oh, no. Claro que me da miedo. ¡Sería un loco si no lo sintiera! Pero mi padre dice que hay que saber controlarlo.

Diego se imaginó el asalto al castillo y una flecha fortuita clavándose en su corazón. La imagen se repitió de nuevo, pero en lugar de su corazón, se clavaba en el de Juan. Aquello le hizo estremecer como no lo había hecho la primera vez. Juan, tan risueño y entusiasta... Sería el primero en cargar escalas arriba. Si no cuidaba de él, lo matarían. Y si lo mataban...

Si lo mataban, no quería ni pensarlo. No, lo protegería con su vida si era necesario.

Capítulo 11: El asalto al castillo

La mañana del asalto, el desayuno no fue ni copioso ni escaso, sino la cantidad óptima para saciar el hambre sin llenar los estómagos. El barón Francisco no quería un grupo de hombres torpes y adormilados, sino guerreros fieros y entregados a cualquier misión que se les encargara.

Se habían asegurado de marchar rápido y de manera imprecisa para no dar espacio a los portugueses de preparar una defensa. Aun así, era de esperar resistencia. Debían tomar el castillo con rapidez para evitar que llegasen refuerzos, aunque las últimas noticias afirmaban que las fuerzas de Alfonso seguían en el norte.

Guiomar se había levantado pletórica. Tenía la sensación de que sería un gran día, y aunque la muerte pendía sobre su cabeza, como siempre, había decidido no darle espacio alguno al miedo. Estaba deseando entrar en combate, más aún que en Baltanás. Ya había experimentado cómo era y sabía que podía hacerlo. Su primer encuentro con los portugueses la había curtido. Ahora sabía de qué era capaz y no se habría perdido la oportunidad de repetirlo. Por su padre, por la Reina. Y por Diego, también.

Desde que habían dejado Baltanás, le había rondado cierta preocupación acerca del caballero asturiano. Había sentido que algo estaba mal, aunque no acertaba a saber el qué. Durante un momento, llegó a pensar que Diego había averiguado que era mujer y pretendía delatarla, pero la extrañeza se fue como vino y volvieron a tratarse como camaradas. Lo que, por otro lado, cada vez era más difícil por su parte.

Había intentado que sus sentimientos no se convirtieran en nada más, pero no había podido evitarlo. Pasar tanto tiempo junto a Diego había terminado por encandilarla. Su sonrisa, que aparecía sólo en escasas ocasiones, era como la lluvia después de un largo día de calor. Saber que sonreía gracias a lo que ella decía o hacía llenaba su corazón de orgullo y emoción.

—¿Sigues nervioso, Diego? —preguntó mientras se ceñían la armadura y las armas. Esta vez lucharían a pie, lo que le daba mayor seguridad.

—¿Contigo a mi lado? No —respondió el asturiano con una de esas sonrisas que le hacían temblar las piernas más que la perspectiva de asaltar un castillo portugués—. No hay mejor guerrero junto al que enfrentarse a la muerte.

Los hombres de armas serían los primeros en avanzar, los encargados de abrirse paso hasta los muros del castillo cargando con las escalas y los arietes. Formaban en largas filas en la vanguardia. Los arqueros y ballesteros se mantendrían a cierta distancia para defender a sus compañeros de los proyectiles de los defensores. Por último, los caballeros aprovecharían el hueco creado por los hombres de armas y entrarían a sangre y a fuego.

Era difícil, pero no imposible.

Don Francisco de Ávila dio un discurso emocionado acerca del valor y la victoria. Les habló acerca de la reina Isabel, digna castellana, y de la desvergüenza de la Beltraneja, que pretendía legitimar su bastardía mediante el poder militar de su marido extranjero. Cuando terminó, los hombres vitorearon tan fuerte que sus voces parecían capaces de derribar el castillo. Guiomar gritó hasta desgañitarse, golpeando el escudo con el pomo de la espada, al igual que Diego.

La vanguardia avanzó deprisa. Los arqueros cargaron las flechas embreadas y prendidas y soltaron la primera salva. El cielo se llenó de pájaros que, en vez de piar, rasgaban el aire con sus puntas de acero. Las almenas del castillo se llenaron de pequeñas llamas parpadeantes como los fuegos fatuos de los que Diego le había hablado.

Las primeras escalas tocaron el muro entre lluvias de piedras y virotes. Los ballesteros se asomaban desde las almenas y disparaban sus proyectiles mortales a los soldados que subían valientemente. En las puertas, los hombres del ariete se prepararon para accionarlo bajo la gruesa lona que los protegía de los virotes.

Los arqueros volvieron a disparar. Empezó a surgir una columna de humo negro que se elevaba sobre la construcción como una maroma gruesa. Más escalas llegaron al muro en otros puntos. Los defensores empezaban a tener dificultades para repeler a los asaltantes por tantos puntos diferentes. Hubo una lluvia de arena ardiente que derribó a un gran número de hombres entre alaridos. Le habían contado a Guiomar que era tan espantosa como el agua hirviendo, y se colaba a través de los resquicios de la armadura sin que pudieras evitarlo.

El barón don Francisco hizo tocar las trompetas que señalizaban el avance de los caballeros. El corazón de Guiomar se instaló en su garganta. El sonido de los cientos de armaduras poniéndose en movimiento sustituyó al clamor de las trompetas y, durante un momento, fue todo lo que ella podía oír. A través de la apertura del yelmo alcanzaba a ver a los hombres luchando en las almenas o asestando brutales golpes a la puerta con el ariete. Había humo y gritos, y relucía el resplandor de las espadas y las mazas alzándose antes de caer sobre los cuerpos todavía vivos.

El miedo que había intentado controlar hasta ese momento se acrecentó, rompiendo en su pecho como un caballo desbocado. Su entusiasmo se esfumó y sólo sintió temor. Ni siquiera la presencia cercana de Diego logró calmarla. Lo único que la mantenía en movimiento fue saber que, si se daba la vuelta, se toparía de bruces con otro caballero que la tomaría por cobarde. No podría enfrentarse a una mirada reprobatoria como aquella.

Dominó su inquietud y desenvainó su espada. Asía el escudo con preocupación. La formación se dirigía a las escalas, aún en disputa. Algunos hombres de armas se habían abierto paso hasta las almenas, pero los ballesteros se defendían con fiereza.

Varios virotes rugieron en su dirección. Los escudos se alzaron de inmediato. Ya no podía ver igual de bien, y la inclinación del terreno aumentaba el esfuerzo necesario para abrirse paso. Los gritos se recrudecieron.

Guiomar dejó de ser capaz de interpretar todo lo que veían sus ojos. Como en Baltanás, el entrenamiento se adueñó de su cuerpo y se movió por instinto. Cuando hubo un hueco camino de la escala, subió sin pensar en el lugar al que conducía. Con dificultad, pues aquella escalera se movía como si estuviese tejida en paja y a izquierda y a derecha había virotazos y pedradas, emprendió la subida hasta las almenas.

Un ballestero se asomó y la apunto con su arma. Guiomar se apresuró a subir el escudo para cubrirse la cara. El afilado proyectil asomó al hundirse en la madera a escasos centímetros de su mejilla.

—¡Por Dios! —dejó escapar.

Se apresuró a subir y alcanzar al ballestero con la espada. La punta de su arma se coló en el hueco entre el cuello y la malla y el hombre murió casi al instante, sin que Guiomar tuviese que ejercer ningún esfuerzo. No pensó en él ni lo miró caer; acababa de llegar a las almenas y había cosas más importantes de las que preocuparse.

No era la única que había coronado la ascensión. A su lado, el bravo Santiago de Mieres asestaba mazazos a diestra y siniestra, derribando ballesteros y defensores como si su armadura no pesara nada. Guiomar reaccionó enseguida. Por el otro lado venían más ballesteros y algún hombre armado con maza. Como había aprendido de Diego, mantuvo la postura hasta que se acercaron tanto que pudiese alcanzarlos de un movimiento rápido y seguro. Golpeó con el escudo al primero y lo derribó de las

almenas, provocando que cayera al patio. Al siguiente le fue más difícil eliminarlo, pero no pudo esquivar su espada.

Algo se clavó en su muslo. Sintió el golpe antes que el dolor, que no tardó en extenderse por toda su pierna como aceite hirviente. Era un virote disparado desde abajo por los ballesteros replegados. Estaba tan concentrada por defenderse de los enemigos cercanos que no había reparado en ellos.

La herida distaba de ser mortal, pero el dolor era un fenómeno nuevo que hasta ahora no había experimentado de verdad. Rugió para zafarse de los enemigos que la rodeaban y mató al hombre más cercano. Después, esta vez con la precaución suficiente para cubrir su flanco, inició el descenso por las escaleras de piedra que conducían al patio, igual que en el castillo de Braña de Tejedo.

Las puertas explotaron en miles de esquirlas de madera; los soldados del ariete habían logrado su cometido. Desde el interior, los defensores se apresuraron a preparar los escorpiones para recibir a los invasores. Pero Guiomar no estaba centrada en ello, sino en defenderse de los que intentaban detener su avance.

Un hombre que enarbolaba una maza a dos manos se le echó encima y ella logró levantar el escudo en el momento justo para evitar que le partiera el cráneo con ella. El escudo se rompió y la vibración le hizo temblar la mano de manera horrorosa. El soldado volvió a levantar la maza rugiendo algo en portugués. Guiomar estaba segura de que esta vez la mataría... pero la espada de Diego le atravesó de lado a lado y evitó que pudiese culminar su brutal ataque.

—¡Gracias! —gritó ella.

—¡Juan, no te alejes así! ¡Tienes que estar cerca de mí o no podré protegerte! —vociferó el asturiano por encima de los gritos y el clamor.

Ella asintió. Tomó la maza que pendía de su cinturón. Dado que no tenía escudo, podía usar su mano izquierda para otra cosa.

Bajaron juntos por la escalera seguidos de las fuerzas castellanas. La aglomeración en el patio era tan grande que apenas podían moverse sin chocar unos con otros. La sangre empapaba el suelo más rápido de lo que la tierra era capaz de absorberla. Los sacos y telares en llamas hacían pensar en el infierno, el pozo de sufrimiento ardiente al que acudían las almas de los pecadores y canallas.

La herida del muslo le resultaba cada vez más dolorosa. Al posar el pie, tenía que apretar los dientes con fuerza para contener un gruñido de dolor. Diego estaba intacto y encabezaba la marcha, deteniendo todos los mandoblazos e impactos que le dirigían a ella. Se había convertido en su defensor acérrimo, en su caballero protector, y Guiomar no pudo sino contener la respiración y avanzar a su lado.

El tiempo transcurrió ajeno a su propia percepción. Iba a un lado y al otro enfrentándose a un enemigo y al siguiente. Su armadura, cada vez más mellada por los impactos que ni Diego ni ella misma podían evitar, se clavaba en sus hombros y sus caderas. El cansancio comenzaba a quemarle los miembros. Pronto necesitaría un respiro.

Por las puertas quebradas aparecieron los hombres de armas y los caballeros de don Francisco, que entraba montado en su caballo y guardado por su escolta. En el caos y la excitación, nadie pareció percibir que había un ballestero a punto de disparar directamente al noble.

Guiomar soltó un grito y echó a correr escaleras arriba mientras el ballestero alzaba su arma. Le atravesó con la espada justo cuando disparó el virote. Cayeron los dos, como muñecos vencidos por el dolor y el agotamiento. Con terror, Guiomar buscó al barón entre la gente. El virote le había dado en un hombro en lugar de en el cuello, donde lo habría matado.

—¡Juan! —Diego la sujetó por la axila y tiró hacia arriba—. ¿Estás bien?

—El barón... —murmuró ella.

—¡Sigue adelante! Hemos ganado, ¿me oyes? ¡Hemos tomado el castillo!

Guiomar se echó a reír. Todas sus heridas empezaron a dolerle al mismo tiempo, pero ya no le importaba. Lo único que sabía era que debía permanecer consciente, pues de otro modo cualquiera podría haberle desarmado la armadura para atender sus heridas.

Se quitó el yelmo y apoyó la cabeza sobre la coraza manchada de sangre de Diego. Los dedos enguantados del caballero le rozaron la mejilla y sus ojos la miraron con ternura desde arriba. El sol, tras su cabeza, le daba un aspecto angelical, como si se tratase de un ángel caído del cielo para ayudarla.

—Gracias, Diego. Por todo.

El asturiano sonrió. En ese instante, todo su ser deseaba que él la besara. A pesar de la sangre y el dolor, a pesar del sudor y el cansancio, supo que estaba enamorada. De Diego de Onís, su Diego, su amigo, su compañero, su amor.

Capítulo 12: Rumores peligrosos

Tras la batalla, una llovizna redentora comenzó a caer sobre los vivos y los muertos. Sobre el vapor y el humo, los pendones castellanos se mecieron al viento de la tarde, que había traído las nubes negras. Guiomar, que se sostenía en el sitio con ayuda de Diego, agradeció las gotas frescas que resbalaban por su cara ensangrentada. Servirían para enjuagarle el rostro tanto como para despejarla.

La gente del castillo se había rendido ya. El señor había entregado las llaves a don Francisco de Ávila, que apenas había sufrido un rasguño al estar bien protegido por la malla y el gambesón. Después de recibir las llaves, el barón había llamado a Guiomar y a Diego. La muchacha hincó la rodilla en tierra aunque eso le produjera un fuerte espasmo en la pierna herida.

—Me dicen que os llamáis de Valdeón y sois hijo de don Froilán de Tejedo —dijo el Barón—. He visto que habéis matado al hombre que me ha disparado. De no ser por vos, es probable que estuviese gravemente herido.

—Así es, mi señor —dijo ella entre dientes—. Lo vi y corrí a evitarlo como pude.

—Comeréis a mi diestra en el festín, una vez limpiemos el castillo y reforcemos las defensas —sentenció don Francisco—. Si tenéis algo que pedirme, hacedlo cuando queráis. Os debo la vida y me gusta pagar mis deudas, sobre todo las de sangre.

—Sois muy generoso, mi señor —murmuró Guiomar.

—Si estáis herido, mi médico os atenderá tan pronto disponga la enfermería.

—Puedo esperar, mi señor. Estoy seguro de que vos o cualquiera de los demás hombres tiene más necesidad de un galeno que yo.

Don Francisco asintió y no dijo nada más. Los caballeros de su escolta pasaron junto a Guiomar con un cabeceo, pero no pudo evitar sentir que uno de ellos la miraba con cierta inquina. Su nombre era don Pere de Cabieces y nunca se separaba del Barón. Se había tomado muy en serio su labor de guardaespaldas y protector de don Francisco y parecía que no le había gustado verse desplazado en honores.

Tras la partida del Barón, Diego la sujetó por la cintura. Había visto lo herida que estaba y no quería que perdiera pie.

—Juan, el Barón ya sabe que estás herido y nadie va a recriminarte que aceptes ayuda —le dijo en tono reprochador—. ¿Por qué no has accedido a que te cure su médico?

—Por ahora no lo necesito —contestó ella negando con la cabeza—. Tengo hambre, ¿tú no?

Se forzó a sonreírle para eludir más presiones. Para que alguien le atendiera la herida debía quitarse primero la armadura y asegurarse de que no le cortarían la ropa o algo peor. No podía permitir que nadie descubriera que era una mujer, aunque una parte de ella desease secretamente que Diego lo supiera. Al menos él. Por otro lado, imaginaba que tan pronto el asturiano se diese cuenta, su primera opción no sería tomarla en sus brazos como ella deseaba, sino denunciarla por mentirosa.

Suspiró para alejar esos pensamientos tan negros de su cabeza y señaló un escalón donde podrían sentarse mientras los hombres de armas se ocupaban de retirar los cadáveres y limpiar el patio. Había encontrado un mendrugo de pan en uno de los sacos que no se habían quemado, y aunque tenía algo de hollín y de polvo, se lo comió sin hacer ascos. Tenía demasiada hambre para que le importara.

—De no ser por ti, habría caído en la refriega —le dijo a Diego después de tragar el primer mordisco—. Te debo la vida.

El hidalgo asturiano se encogió de hombros y le regaló una de sus sonrisas.

—Tú habrías hecho lo mismo por mí.

—Es cierto, pero eso no hace que tu acción tenga menos peso.

Diego se quitó el yelmo y frotó con el guantelete para retirar la sangre. La lluvia caía sobre su pelo y los churretes de suciedad se deshacían en sus sienes. Parecía un niño travieso que hubiese jugado en el barro.

—Cuando todo esto termine, Juan, ¿qué vas a hacer?

Guiomar no lo había pensado. Se metió otro trozo en la boca y lo masticó en silencio mientras contemplaba sus opciones. Tendría que volver a casa antes o después para recibir su castigo. Con suerte, su padre apreciaría sus hazañas en combate y no la castigaría. Su madre acabaría por comprender, también. Estaba tan ofuscada por la necesidad de encontrarle un buen marido y asegurar su futuro que casi se había convertido en su enemiga, pero Guiomar sabía que aquella tensión entre ellas no implicaba que no se profesasen gran afecto. Era su madre, después de todo, y ella su única hija.

Sin embargo, el después no estaba claro. Una vez regresara de la guerra y devolviera las armas a su padre, ¿qué? ¿Viviría el resto de su vida como una más, sin que sus hazañas valiesen nada? ¿Desaparecería Juan de Valdeón, que con tanto ahínco había defendido la honra de don Froilán y la casa de Tejedo? ¿Era eso justo?

¿Dónde quedaría su victoria?

—He pensado que quiero ver el mar —dijo ella con una sonrisa amplia—. Cuando era niño solía intentar imaginar cómo sería mirarlo, pero nunca lo conseguí. Es demasiado inmenso, dice mi padre.

—Lo es —contestó Diego.

El hidalgo se apartó el pelo húmedo de la cara y la miró de reojo.

—Podrías venir conmigo a Asturias. Un viaje corto, para que vieras el mar.

El corazón de Guiomar se estremeció. ¿Le estaba proponiendo que se fuese con él a su tierra? Pero... ¿en qué condiciones?

—Estoy seguro de que mi madre querría conocer al hombre junto al que he luchado. Cuando le diga que me has salvado la vida, te sentará en una silla y te dará comida hasta que puedas rodar de camino a tu casa.

Guiomar se echó a reír.

—¡Pero no te he salvado la vida!

—¿Quién sabe si no lo has hecho ya, o si no lo harás en el futuro?

—En todo caso, la propuesta suena bien.

—¿Sí?

—Sí.

Volvieron a mirarse a los ojos. Guiomar se recordó que debía apartar la vista antes de que fuese demasiado tarde. Él pareció incómodo durante un instante. ¡Pues claro! Si por su parte la atracción era tan intensa, ¿acaso no le pasaría a Diego algo parecido? Pero creía que era varón... Pobre Diego. ¿Qué diría de saber que era una mujer? ¿Se sentiría turbado al pensar que un joven le miraba del modo en ella que lo hacía? Tenía que dejar de hacerlo.

En silencio, Guiomar siguió masticando su pan.

***

Guiomar tuvo algo de intimidad para revisarse la herida y lavarse. No era tan grave como parecía, así que ella misma se vendó bien. Tendría que confiar en que no se le infectase, pero el corte no era tan profundo como para necesitar sutura.

Vestida con su ropa buena y más descansada, aceptó el sitio de honor durante el festín que se celebró un día después. Fue extraño comer lejos de Diego, como hacía

siempre, pero don Francisco elevó brindis en su honor y todo el salón coreó su nombre. Juan de Valdeón, no Guiomar de Tejedo. Ella sonrió de oreja a oreja, feliz.

Cada vez se sentía más cómoda en su papel de Juan, y su propio nombre le sonaba extraño cuando lo murmuraba para sí. Juan podía hacer cosas que Guiomar no, como atacar castillos y recibir honores de un barón. Podía jugar a los dados y beber vino con los hombres, y si hubiera querido habría podido aceptar las zalamerías de las vivanderas.

Los días posteriores, mientras se movía por el castillo con ayuda de una muleta, los hombres se volvían para murmurar su nombre en señal de respeto. Guiomar sentía su corazón lleno de orgullo. Nada hasta ese momento se había comparado a la sensación de ser respetada y admirada por los demás, ni siquiera cuando en su infancia había ganado todas las tabas sin despeinarse. Aquello era real, no un juego.

Sin embargo, hubo una nota discordante en toda esa situación. Una noche, mientras Diego y ella charlaban junto al fuego, escucharon un murmullo que se clavó en los oídos de Guiomar como un cuchillo.

—Mirad a esos bujarrones.

Diego levantó la vista enseguida en busca de la persona que había pronunciado esas palabras. Guiomar enrojeció.

—¿Quién ha dicho eso? —preguntó Diego entre dientes.

—Déjalo estar, Diego —murmuró Guiomar—. No es más que una broma.

—Una broma sin gracia ni razón. Que me digan a la cara lo que piensan. —Alzó la voz—. ¿Me habéis oído? Si alguien tiene algo de lo que acusarme, que lo haga como un hombre de verdad y se dirija a mí y no al viento.

Aquello hizo callar a los demás y nadie volvió a repetir el rumor esa noche. Pero al día siguiente, mientras Guiomar atendía a su caballo y le cepillaba las crines, oyó a dos hombres chismorreando fuera de la cuadra.

—¡Eso dicen, sí! ¡Juan de Valdeón y Diego el asturiano!

—Don Pere dijo que estaban abrazados y mirándose como dos tórtolos. Menudo par de sodomitas.

—Don Francisco tiene demasiado cariño a Valdeón para hacer algo al respecto, pero yo digo que deberíamos ocuparnos nosotros mismos.

—¿Y llamar a las iras del Barón? No sé...

Guiomar tragó saliva. A punto estuvo de perder el asidero del cepillo. Si los hombres planeaban algo en su contra por lo que fuera que había dicho don Pere, Diego y ella estaban en peligro.

Esperó a que se fueran, por si acaso la emprendían con ella al verse sorprendidos, y salió en busca de Diego a toda prisa. Lo encontró tallando una estela en un pedazo de madera. Como siempre, alzó la mirada con una sonrisa al notar que se le acercaba, pero al ver su expresión de disgusto se le borró enseguida.

—¿Qué ocurre, Juan?

—Es don Pere. Debe de haberse molestado conmigo más de lo que pensábamos. Está difundiendo unos rumores muy peligrosos.

Diego perdió el color en el rostro.

—¿Es lo que yo creo?

—Sí. Los hombres han empezado a murmurar. He oído a un par conspirar en nuestra contra. Aún no se atreverán a hacernos nada, Diego, pero si ven el modo...

Guiomar había oído hablar de lo que les hacían a los hombres que se acostaban entre ellos. La hoguera era uno de los tormentos, pero hasta que confesaban su pecado no era extraño que los sometieran a tortura. Ellos eran nobles y tal vez obtuviesen una

muerte más rápida, pero si dependía de la tropa tal vez no recibieran esa clemencia. ¿Y si se envalentonaban y acababan linchándolos?

Diego tomó el cuchillo y se levantó con presteza. Tenía una mirada asesina en el rostro.

—¡Espera! ¿Qué piensas hacer?

—Matar a esos malnacidos —respondió él con sencillez.

—¡Te van a matar a ti! Esto no podemos evitarlo de esta manera.

—Tengo derecho. Están ensuciando mi honor. Nuestro honor.

—¿Y qué? Don Pere tiene más poder que tú y que yo. Espera. Pensemos.

Diego apretó la mandíbula. Le pareció que las lágrimas brillaban en sus ojos, pero parpadeó rápido para deshacerse de ellas. Guiomar tomó aliento.

—Diego, si seguimos juntos vamos a dar más que hablar. Estos cotilleos se hacen cada vez más grandes, y no hay nada que podamos hacer para evitarlos. Salvo...

—¿Salvo qué?

Guiomar apretó los dientes.

—Salvo separarnos.

Él abrió los ojos y la boca y negó con la cabeza, desolado.

—¡No! No permitiré que esos canallas nos deshonren y nos obliguen a...

—Eres el mejor amigo que he tenido nunca. Seguirás siéndolo aunque no luchemos juntos. —Guiomar suspiró, abatida—. No queda otra. El ejército se dividirá pronto. He oído que quieren repetir esta victoria en otros lugares. El invierno se acerca y habrá que buscar un lugar donde esperar mientras arrecia.

Diego apretaba los puños y la mandíbula. Negaba con la cabeza.

—Esto es lo que quiere ese don Pere, Juan.

—Lo sé, pero ¿qué otra cosa nos queda?

Guiomar quiso decirle su secreto en ese momento para poder robarle un beso sin culpa. Uno, al menos, antes de separarse. No sabía si volverían a verse en varios meses. Quizá no se encontrasen nunca más, pues la guerra era la guerra y se encontraban siempre con la muerte colgada de la capa. Pero sabía que si lo besaba ya no habría vuelta atrás para ninguno de los dos. Ni ella podría continuar en la campaña de revelar su secreto, ni él podría mantener su honra intacta de no hacerlo.

Estaban atrapados.

Capítulo 13: La batalla de Trujillo

Se separaron cuando rompió el alba y los pájaros trinaban lastimeros desde las copas de los árboles. Diego sintió que su corazón se rompía cuando sus ojos se posaron sobre los de Juan por última vez antes de dar la vuelta con su caballo y dirigirlo hacia el sur. El sol naranja resplandeció en la coraza del joven caballero castellano cuando se alejó de su lado. Con una tibia sonrisa que escondía una expresión de gran descontento, Juan levantó la mano y le despidió con un suave movimiento de los dedos enguantados. Diego frunció el ceño y se preguntó si lograría soportar la presión de las lágrimas que pugnaban por salir, o la de los sollozos que amenazaban con quebrarle la garganta.

Lo logró, más por temor que por el deseo de hacerlo. Sabía que había ojos posados sobre su nuca y que cualquier gesto de dolor o tristeza excesiva sería interpretado de

manera negativa. Se volverían a poner en marcha las lenguas maliciosas y se comentaría cómo los dos amigos -o amantes, como don Pere quería que los vieran- apenas habían podido contener su emoción al partir. En lugar de ser dos hombres hechos y derechos, acostumbrados a la soledad y a las despedidas, se habrían convertido en dos doncellas lloriqueantes al separarse de su madre camino al lecho del marido.

Diego apretó los dientes y trató de comprender por qué se sentía de aquella manera. Había dejado de poder luchar contra sí mismo. Era una certeza: quería a Juan. Le quería como podría haber querido a una mujer, o como decían que se las quería a estas. Él nunca había conocido a ninguna que llamase su atención más allá del abultamiento de su pecho o la curva de sus caderas. Tampoco le habían llamado la atención los hombres, por cuyos cuerpos no sentía la más mínima atención. Y, sin embargo, la necesidad y añoranza que sufría por Juan, y el deseo de abrazar aquel cuerpo menudo y acariciar el cabello oscuro y corto para averiguar si era tan suave en la nuca como parecía, seguían allí.

A medida que avanzaban hacia Trujillo y se alejaban del ejército del Rey Fernando, el corazón del joven hidalgo asturiano se fue haciendo de piedra. Se preguntó continuamente por el devenir y el bienestar de Juan. Le habría gustado poder enviarle un mensaje o recibir uno suyo, pero habría sido tan arriesgado como caprichoso. En una tierra en guerra, con la sucesión al trono en juego, unas cartas de amistad -o de amor, tal vez- habrían resultado de lo más banales.

Pero allí estaba Diego, convertido en una sombra de lo que solía ser, un caballero triste y meditabundo que añoraba la risa de Juan tanto como su carácter alegre y entusiasta, sus voces continuas de ánimo y su escudo y espada al lado, siempre prestos a defenderlo de cualquier dolor. Sin Juan, el camino era aburrido y desesperante. Sin Juan, era como si el sol se hubiese apagado.

Cuando volvieran a encontrarse, si es que lo hacían de nuevo, Diego tendría que decidir lo que harían. Dar rienda suelta a sus sentimientos habría sido un pecado mortal. Los sodomitas eran torturados y acababan en la hoguera, o desmembrados, o destripados. Los niños les tirarían piedras y los hombres los odiarían, y no habría ningún lugar donde esconder su culpa de los ojos de Dios. No, eso no podía ser y nunca sería, ni aunque durante las noches sufriera el tormento de los sueños llenos de besos cálidos y caricias subrepticias.

Había oído hablar sobre hombres adultos que hacían pactos de hermanamiento y que vivían como compañeros de armas toda su vida. Había dos santos, San Sergio y San Baco, que en el tiempo de los romanos se habían profesado una lealtad tan intensa como la que sentía por Juan. ¿Sería el caso de aquellos dos mártires el mismo que el suyo? ¿Se amarían como amaba a Juan, de una manera tan rotunda como prohibida? ¿Habrían decidido compartir sus vidas tan respetuosamente como les era posible? Sabía que en los tiempos clásicos el pecado sodomita era común y celebrado, pero... ¿se trataría del mismo caso? ¿Los habrían hecho santos de ser así?

Las semanas pasaron sin que Diego se diera cuenta, a golpe de marcha y trote por las llanuras extremeñas, las dehesas y los valles. Al fin, los hombres de la Reina dieron el alto y señalaron desde la distancia la ciudad de Trujillo. Luis de Chaves, el aliado de la Reina Isabel, se frotaba las manos desde el caballo, pues si caía la ciudad sería suya.

Se prepararon para el ataque. Por lo que le dijeron, Trujillo estaba bajo el mando del Marqués de Villena, uno de los hombres de confianza de Juana la Beltraneja, que había apoyado su matrimonio con Alfonso de Portugal y la había ayudado a tramar cada paso camino a aposentarse en el trono que pertenecía a Isabel. Villena vivía en la Alcazaba de Trujillo, una construcción de aire mudéjar que habían construido los moros durante sus siglos de estancia en la península. Mientras que el pueblo llano prefería a

Isabel -y en secreto brindaban a su nombre, decían-, los nobles que seguían a Villena apoyaban a la Beltraneja. Así pues, el conflicto estaba destinado a ocurrir de un momento a otro, y prometía ser sangriento y complicado.

Las fuerzas isabelinas prepararon un campamento. Eran un buen número de caballeros e hidalgos que habían seguido a Luis de Chaves y a la Reina Isabel al dividirse el ejército, además de los infantes -lanceros, piqueros, maceros y otros hombres de armas- que vestían sus colores. Pero Villena contaba con un número similar de fuerzas y con una base tan bien protegida como era un castillo mudéjar. Era mejor esperar y evaluar el momento adecuado para efectuar el ataque, que habría de intentar respetar a las gentes de a pie tanto como fuera posible.

Diego parecía un fantasma en el campamento. Se sentaba al fuego con sus compañeros y apenas participaba en las conversaciones. Se ocupaba de afilar su espada y preparar sus armas, frotando la cota de malla con arena para prevenir su oxidación y sacando brillo a la coraza y el yelmo. Su escudo con los colores asturianos necesitaba otra capa de pintura, pues los golpes recibidos habían desconchado parte del esmalte, y la sangre se había integrado en la madera tiñéndola de granate sucio. No tenía dinero para costearse el buen cuidado de su equipo, así que tendría que esperar a que entrasen en la ciudad y saqueasen la alcazaba para gastarse el botín en esas cosas.

—Diego, amigo mío, ¿qué os aflige? —preguntó don Pablo de Villaverde, uno de los otros hidalgos que habían decidido acompañar a la Reina Isabel en pos de Trujillo—. Lleváis varias semanas como enfermo. Nadie diría que sois joven y robusto...

—No es nada, don Pablo —contestó él entre dientes—. Sólo el deseo de que esta guerra termine cuanto antes para poder volver al hogar.

—¡Ah! Entonces es añoranza. Bueno, es la misma que tenemos todos. No os preocupéis, amigo mío: os aseguro que más pronto que tarde estaréis de vuelta en el fuego de vuestra casa mientras vuestra madre y hermanas os llenan la cabeza con sus preocupaciones femeninas. ¡Entonces echaréis de menos la guerra!

Aquello arrancó sonrisas y carcajadas de los hombres que escuchaban. Diego esbozó una sonrisa. En cierto modo, le agradaba la guerra. No la necesidad de matar a otros hombres para imponer su razón, pero sí el sentimiento de unión con sus compañeros y los ideales por los que luchaban. En el fondo, lo que le gustaba era estar con Juan. Y ahora que no estaba a su lado, la existencia le parecía gris y amarga.

"¿Por qué ha tenido que ser otro muchacho y no una doncella?", se preguntaba en los momentos de soledad. ¿Por qué Dios o el diablo lo estaban tentando de ese modo? ¿Y por qué se sentía tan profundamente desdichado?

Varios días después, tocaron el clarín que los despertaba y que anunciaba que iniciarían el avance para encontrarse con las fuerzas de Villena. El desayuno fue consistente pero no excesivo, como siempre que pretendían entrar en combate. Diego buscó por costumbre la mirada de Juan, que habría de animarle en aquel lance. No la encontró.

Montó a lomos de su caballo y se arrellanó en la silla lo mejor que pudo. Tomó las riendas con una mano mientras sostenía la lanza de caballería con la otra. La crin de su caballo sufrió un espasmo por culpa de las moscas que se le posaban encima. A su izquierda y a su derecha había decenas de caballeros errantes como él, cada uno con su escudo y su armadura -a cual más desastrado-, todos solos. Todos lejos de su amor, si es que tenían, todos centrados en la batalla que podía ser la última. Los estandartes de la Reina y de la Casa de Chaves ondeaban al viento mientras los batallones de lanceros y piqueros se colocaban en la vanguardia.

“¿Por qué me siento sin fuerzas cuando tendría que estar pletórico, como todas las demás veces?”, pensó Diego. “¿Por qué deseo que una flecha perdida me mate o alguien me derribe del caballo y pierda la consciencia y este dolor se nuble de una vez?”

Sonaron los tambores. A lo lejos se acercaba una masa humana envuelta en cota de malla y los colores de Villena. Los caballeros que seguían a la Beltraneja se dispusieron de manera análoga a la suya. La ciudad a sus espaldas resplandecía como un tesoro a punto de ser tomado.

—¡Esperad! —gritaron los oficiales, y los hombres se mantuvieron firmes y los caballos en su sitio.

“Si dejo que alguien me mate, todo esto habrá sido inútil y no volveré a encontrarme con Juan. Y si él siente lo mismo que yo, y por Dios que lo creo y lo sé, ¿qué clase de vida le habré dejado?”, siguió pensando. “¿Acaso quiero provocarle la misma infelicidad que siento yo?”

Las fuerzas de Villena seguían avanzando. En cuestión de minutos habrían de cargar contra ellos.

“No puedo permitir que eso ocurra”, se dijo. “Debo derrotar esta tristeza y sobrevivir, y vencer. Por mi Reina. Por Juan. Sobre todo por Juan. Y que Dios me perdone si es pecado, pero lo que más deseo en el mundo es volver a verlo y abrazarlo”.

Se bajó la visera del yelmo y sostuvo la lanza con verdadero ahínco. Sus muslos apretaron la silla del caballo atenazándose como los de un jinete experto. No iba a morir aquel día. Viviría y seguiría luchando hasta que en algún momento volvieran a encontrarse. Lo juraba ante Dios y la Virgen de Onís, allí y ahora.

—¡Preparados! —rugió una voz, y las picas bajaron—. ¡Avanzad!

Capítulo 14: La toma de Zamora

Mientras Diego se alejaba hacia el sur en dirección a Trujillo, Guiomar se quedó con el Rey Fernando y las fuerzas de don Francisco de Ávila. La separación del asturiano se le clavó en lo más hondo del alma como un hierro candente, pero trató de evitar que otros lo vieran. Era evidente que don Pere de Cabieces esperaba verla llorar o mostrar de alguna manera que los rumores que había extendido eran verdaderos. No pensaba darle el gusto.

Frente a ella quedaban muchas batallas en las que luchar, y aunque la falta de Diego se notaba cada día como una nube de tristeza que se arremolinara a su alrededor, Guiomar se juró que permanecería entera y vital, como siempre. Ya había dejado atrás su pueblo y su familia una vez por mantener la honra de su padre. Seguiría adelante sin importar cómo, pues lo más acuciante era servir a los Reyes y luchar por el trono de la Reina Isabel.

Tras la victoria en Portugal y el forrajeo en las tierras circundantes, dedicaron una semana a entorpecer la línea de suministros que mantenía fuerte al ejército portugués en Castilla. Eso les dio tiempo para regresar a territorio castellano como héroes, tan imparables como una tromba veraniega.

El Rey Fernando dio orden de emprender la marcha hacia Zamora. Los exploradores le advirtieron, poco antes de llegar, que el Rey Alfonso de Portugal acababa de abandonar la ciudad y que huía hacia Toro. Aquello solo hizo aumentar la dicha del Rey aragonés, pues acababan de cederle una de las principales ciudades de Castilla. Fue una lástima para los caballeros, que después de la victoria en Portugal tenían sed de sangre y botín, pero Guiomar tuvo que admitir que la entrada triunfal en Zamora fue un cambio agradable.

Las gentes zamoranas abrieron las puertas y los recibieron entre vítores y aplausos. La guarnición de la ciudad, que según le dijeron se había rebelado contra Alfonso al conocer la cercanía de Fernando, salió a su encuentro con alegría. Aquella gente era seguidora fiel de la Reina Isabel y no deseaba la presencia de un rey extranjero como Alfonso el portugués.

Guiomar, que cabalgaba cerca de don Francisco de Ávila, alzó la mano y saludó a los hombres y mujeres que silbaban a su paso. Despreciaban el frío de finales de otoño y salían a jalear a los liberadores de la ciudad, que aunque habían hecho poco más que aparecer por allí, habían puesto en fuga al Rey portugués.

Le habría gustado que Diego estuviera allí, a su lado. Le habría encantado trotar junto a él para recibir los aplausos y las sonrisas de los zamoranos. Él habría sonreído con esa discreción suya, como si le diera vergüenza que le vieran disfrutar, y la habría mirado de reojo para hacerla partícipe de su dicha. Guiomar habría palmeado su espalda y le habría tomado del brazo para levantárselo, como a un vencedor. O le habría cogido de la mano, tal vez. No, eso no; don Pere no le quitaba ojo de encima y habría utilizado cualquier excusa para meterlos en problemas. Ya había logrado que algunos de los demás hombres los mirasen con suspicacia y murmurasen insultos entre dientes, y Guiomar aún sospechaba que alguno podía intentar hacerle daño si no tenía cuidado.

Pensándolo mejor, era bueno que Diego no estuviese allí.

Él sí que habría participado en batallas. El ejército de Luis de Chaves tendría que arrebatarle Trujillo al Marqués de Villena, y sólo lo lograrían por la fuerza. El Marqués era uno de los hombres de confianza de la Beltraneja, y no habría rendido la ciudad de otra manera.

Al recordarlo, se llevó la mano al crucifijo que pendía de su cuello y lo apretó. Esperaba que Diego estuviese bien y a salvo. Ojalá tuviera tanta suerte como ella en su propia lucha.

—Majestad —oyó Guiomar que llamaban al Rey al llegar a la plaza principal de Zamora. Era uno de los capitanes de la guarnición de la ciudad a juzgar por su vestimenta, con los colores y el escudo de Zamora sobre el tabardo—, parte de la guarnición portuguesa se ha hecho fuerte en el castillo. Han trancado las puertas y se han acomodado dentro; parece que no quieren deponer las armas, mi señor.

El Rey Fernando se mesó la barba. La gente continuaba vitoreando, pero una sombra de preocupación había asomado en el rostro del monarca.

—¿Habéis rodeado el castillo?

—Sí, Majestad. Hay continua vigilancia alrededor, pero saben que habéis llegado y no piensan dar su brazo a torcer.

—La ciudad es nuestra y no hay nada que temer. Si los portugueses quieren quedarse con la alcazaba, que lo hagan. Abrirán las puertas cuando no les queden ratas que comerse —dijo Fernando con una sonrisa orgullosa, y sus oficiales y nobles de confianza rompieron a reír—. Zamora es isabelina y Alfonso está fuera. Eso es todo lo que importa hoy.

Aunque el Rey estuviera tan contento, Guiomar no pudo evitar fruncir el ceño. La idea de que los portugueses siguieran en el interior de la ciudad no le agradaba en absoluto, por mucho que hubiese gruesa piedra entre ellos y las fuerzas isabelinas y Zamora estuviese de su parte. Aunque permanecieran asediados y hubieran de rendirse por hambre antes o después, un enemigo arrinconado era siempre un enemigo peligroso. Eso decía su padre, y su padre siempre solía tener razón en estos casos.

Pasaron varias semanas en las que el ejército de Fernando descansó tras las murallas de Zamora mientras caían las primeras nieves. Fue extraño tener algo que celebrar sin que Diego estuviese a su lado; Guiomar extrañaba enormemente a su amigo y a menudo imaginaba que tenía conversaciones con él. Cuando era niña y no había nadie con quien jugar, se inventaba amigos imaginarios de toda clase. Algunos eran niños, como ella, y otros animales fantásticos parlantes, o criaturas de leyenda. Sabía que eran falsos, pero ayudaban a paliar su soledad.

Ahora, cuando las noches zamoranas la encontraban, disfrutaba imaginando que Diego se colaba bajo las mantas y la estrechaba contra él. Eran momentos en los que se sentía arropada y querida, y hasta deseada, pues en su imaginación sus manos no se detenían en su cintura, sino que se alzaban por su camisola hasta rozar los pechos liberados de la coraza. Al pensarlo, sus pezones se endurecían sin querer y algo comenzaba a arder con fuerza entre sus piernas. Guiomar se había descubierto a sí misma acalorada en mitad de la nieve, con la mirada nublada por aquellas fantasías tan peligrosas, más de una vez. Si había alguien a su alrededor, enrojecía como si hubieran podido leer sus pensamientos. Y si estaba sola... Si estaba sola, bajaba ella misma la mano y se apretaba en un intento de acallar aquel latido.

—¿Qué me has hecho, Diego? —preguntaba en voz baja a la presencia imaginaria de su amigo—. Solía ser una joven virtuosa y ahora estoy ardiendo como una mujer cualquiera.

—Yo no he hecho nada —le respondía él con una de sus sonrisas de medio lado—. Eres tú, que te imaginas cosas y deseas lo que no puedes tener.

—Ojalá pudiera decirte quién soy.

—Si haces eso, te deshonrarás. Deshonrarás a tu familia.

—Lo sé. No quiero dejar de ser Juan. Pero ojalá pudieras...

—¿Verte como Guiomar?

—Sí.

—Ya te veo como Guiomar, pero todavía no lo sé.

—Es mejor que no lo sepas, entonces. Es mejor que todo esto continúe como ahora: nada más que un sueño.

—Y tú, con carbones encendidos entre los muslos.

—Es eso o la deshonra —respondió ella con una sonrisa resignada.

Aquellas ilusiones servían únicamente para llenarle la cabeza de ahogo y sufrimiento. Necesitaba acción para ayudarle a quemar toda aquella energía que le abrasaba las venas. Ojalá se reiniciase pronto la campaña. Pasar los ratos muertos viendo cómo caían los copos de nieve no podía ser más aburrido.

Por suerte, a finales del mes de enero les llegó noticia de que Trujillo y sus alrededores estaban asegurados. Luis de Chaves había tomado la ciudad y la había hecho suya, quedándose con las tierras de la Orden de Calatrava, y expulsando o aprisionando a los nobles partidarios de la Beltraneja en el proceso. Diego seguía vivo, por lo que dijo el mensajero después de que Guiomar lo avasallara a preguntas, y pronto se reuniría con las fuerzas de Fernando.

El Rey estaba dispuesto a terminar con la campaña lo antes posible, de modo que aceleró el proceso de negociación con los Estúñiga. Los nobles, fieles a Juana y a Alfonso, llevaban un mes encerrados en su castillo de Burgos. Fernando había asediado la fortaleza sin mucha convicción. No pretendía asaltarla ni rendirlos por hambre, sino negociar una reconciliación completa hasta convencer a los importantes señores burgaleses. Al final, después de prometerles que mantendrían todos sus privilegios si le rendían pleitesía, Íñigo López de Estúñiga dobló la rodilla frente al Rey de Aragón y aceptó la superioridad de Isabel sobre Juana.

No hubo derramamiento de sangre ni conflicto, sólo palabras y contratos. Era el tipo de guerra más aburrido, pero el más seguro. Guiomar, aunque cansada de esperar, tenía que admitir que era la mejor manera de asegurarse un reencuentro con Diego. Saber que seguía vivo le daba fuerzas... y aumentaba el ardor de su corazón.

A Íñigo López de Estúñiga no tardó en unírsele Juan Téllez Pacheco, conde de Ureña. Los Pacheco eran otra de las familias que más poder y reconocimiento tenían en la región y aún apoyaban a Juana. Aunque la mitad de la casa seguía fiel a la Beltraneja, era un comienzo muy prometedor... sin olvidar que las fuerzas de Ureña se unían a las de Fernando. Sin duda, contaban cada vez con mayor ventaja.

—Alfonso debería dejarse de zarandajas y entrar en batalla de una vez —decían los caballeros a la hora del vino, cuando todo lo que se oía era el viento frío penetrando en los resquicios de las casas y las velas se mecían hasta casi apagarse—. Llevamos ya dos meses aquí encerrados y empiezo a oxidarme.

Pero por más que a Fernando le tentaba a salir de Toro, la ciudad en la que se había albergado tras perder Zamora, no había manera de que aceptase la provocación. Sin embargo, a mediados de febrero el ejército de Alfonso se puso en marcha y amagó acercamientos hacia fortalezas isabelinas cercanas. No llegó a atacar ninguna, pero Fernando dio la orden de que se preparasen por lo que pudiera pasar. Lo que menos imaginaba era que todo fuese una treta del portugués. De improviso, las tropas de Alfonso se lanzaron en un cerco sobre Zamora y dejaron encerrado al Rey Fernando junto con su ejército.

Guiomar pudo ver a los hombres de armas de Alfonso rodeando las murallas. Los pendones y estandartes portugueses flotaban en el viento invernal. Aquello ya no era una contienda por motivos de sucesión, sino una guerra entre Castilla y Portugal. Cada vez estaba más claro que lo que Alfonso deseaba no era tanto sentar a su mujer en el trono castellano como apoderarse del territorio de Castilla.

El corazón le palpitaba en la garganta. La ciudad estaba bien avituallada, pero la inquietud por tener al enemigo a las puertas acongojaba a todos los ciudadanos. Estaban en pleno invierno y los víveres podían acabarse demasiado rápido si las cosas se ponían feas. Además, la guarnición portuguesa continuaba en la alcazaba. Si llevaban a cabo un ataque conjunto, estaban perdidos.

El Rey Fernando estaba inquieto. Guiomar sabía que las fuerzas de Luis de Chaves se dirigían en su dirección, y con ellas Diego, pero... ¿llegarían a tiempo?

Capítulo 15: Reencuentro

Diego cabalgaba hacia el norte.

Llevaban días viajando sin descanso. El último mensaje hablaba de los movimientos extraños del ejército de Alfonso alrededor de Zamora y Burgos, y todo apuntaba a que pronto habría batalla. Luis de Chaves había dado orden de iniciar la marcha a toda velocidad para ofrecer su ayuda al Rey Fernando, pero Diego temía llegar demasiado tarde.

Juan debía de seguir vivo. Fernando se había hecho con Zamora sin tropiezos ni batallas, a diferencia de la toma de Trujillo. A él aún le dolía el codo al flexionarlo después de sufrir un virotazo, pero el dolor no lograba nublarle la mente cuando todo lo que hacía era pensar en Juan. Su compañero le necesitaba y él llegaría para protegerlo. Al infierno con el Rey y la Reina: quien le importaba de verdad era su amigo, y por su amigo lucharía.

En Zamora, Guiomar contemplaba el horizonte con el corazón en un puño. Llevaban ya una semana de asedio y la tensión podía palparse en el ambiente. Las tropas portuguesas desplegadas a tan poca distancia de la muralla parecían observarla con odio reconcentrado, como si supieran quién era y dónde se encontraba. ¿Llegaría ahora su castigo, ese que se merecía por haber desobedecido a su padre y haber hecho su voluntad? ¿La harían pagar por haber vivido una vida robada, disfrutando de unos privilegios de hombre que no le pertenecían?

El Rey Fernando tampoco estaba seguro de lo que hacer. Sus consejeros trataban de darle todas las opciones posibles, pero no había logrado llevar a Alfonso a donde él quería. Si acaso hubiera podido enfrentarse a él en terreno abierto... Pero no. Se encontraba entre la espada y la pared, a la espera de lo que decidiera el portugués. Suponía que pronto le ofrecería algún tipo de trato, pero probablemente las condiciones no serían de su agrado y lo rechazaría. Todo estaba en manos de Luis de Chaves.

Entonces, una mañana beatífica, con el horizonte cuajado de rojo y púrpura en el amanecer, la sombra de unos jinetes asomó tras las colinas. Allí estaban los refuerzos. Guiomar los vio desde las almenas y su corazón saltó de alegría. Casi de inmediato, las fuerzas de Alfonso se replegaron y salieron de allí a toda prisa en dirección a Toro. Volvían a su escondrijo, como debía ser.

Sin poder evitarlo, soltó un grito de júbilo que sonó más femenino de lo que debía. Uno de los ballesteros que se apostaba en las almenas la miró con extrañeza. Guiomar, roja como un tomate, procuró ocultar su vergüenza y bajar las escaleras para prepararse. Algo le decía que no pasarían mucho más tiempo en Zamora.

Cuando las puertas de la ciudad se abrieron y los jinetes de Luis de Chaves entraron, Guiomar esperaba ataviada con la armadura y las armas, y el caballo preparado para lanzarse al galope. El Rey Fernando saludó al comandante de las fuerzas de Isabel con gran alegría. Ella apenas les prestó atención. Buscó con los ojos el color azul y la cruz dorada de Asturias y sintió un repunte de angustia cuando no lo encontró. ¿Podía haber sufrido Diego algún percance de camino? ¿Podía haberse equivocado el mensajero al decirle que seguía vivo?

—¡Juan!

La voz resonó en todo su ser, haciéndola vibrar como cuando repicaba una campana. Le vio saltar del caballo y acercarse a ella con rapidez. Guiomar sintió deseos de lanzarse a sus brazos y estrecharlo contra ella sin importarle si las armaduras chirriaban o alguien los miraba, pero Diego fue más prudente que eso. Ladeó la cabeza y se detuvo antes de tenderle el brazo. Guiomar se lo estrechó y se acercó para darle un golpe en el hombro en señal de camaradería. Los ojos de Diego brillaban. Los suyos

parecían a punto de llenarse de lágrimas. Aquel carbón había vuelto a encenderse y el fuego le lamía las venas.

—¿Estás bien? ¿Estás entero? —Le miró por todas partes en busca de una cicatriz o marca que desconociera, o un vendaje de una herida nueva—. ¿Cómo te ha ido?

—Bien, no te preocupes. Estoy tan entero como puedo estarlo. Más aún ahora que he vuelto a encontrarme con mi amigo Juan. —Diego la tomó de los hombros y le dio un abrazo fuerte, masculino, y tan poco sospechoso como pudo serlo—. Parece que volveremos a cabalgar juntos.

—Sí. Eso parece.

Guiomar sentía un nudo en la garganta. Se le había olvidado lo guapo que era. ¿Lo había sido tanto al principio, o la ausencia había aumentado su belleza a sus ojos? Oh, qué no hubiera dado a cambio de sentir su aliento sobre su rostro durante unos instantes.

Sonaron los clarines que llamaban a formar. Guiomar se dio la vuelta y buscó su caballo, al que había pertrechado para salir a la carrera tan pronto lo ordenase el Rey. Quería quedarse con Diego un poco más y que le contase qué había sido de él durante los últimos meses. ¿Qué había visto? ¿Contra quién había luchado? ¿Qué había aprendido? ¿Cómo había sido la toma de Trujillo? ¿La habría añorado, acaso? ¿Tanto como ella a él?

Pero aquellas eran preguntas prohibidas, cuestiones que no debían hacerse dos hombres hechos y derechos. Menos aún cuando el deber los llamaba. Tendrían que recuperar el tiempo perdido más tarde.

El ejército de Fernando salió en persecución del de Alfonso de Portugal dejando atrás Zamora con una guarnición considerable. El Rey aragonés no quería sufrir el mismo destino que el propio Alfonso, que había sido expulsado de la ciudad en la que se guarecía cuando los rebeldes se levantaron y lo echaron de ella.

Guiomar sintió que el corazón golpeaba furiosamente contra sus costillas, tanto que le parecía escuchar cómo retumbaba contra su coraza. Diego había vuelto a ella y todo apuntaba a que pronto habría una batalla. No podía estar más pletórica.

El ejército de Fernando se acercaba peligrosamente al de Alfonso, y al mediodía los exploradores anunciaron que el Rey portugués había decidido detenerse para presentar batalla ante la evidencia de que el choque era inminente y la necesidad de prepararse para evitar que los tomasen por la retaguardia. Los clarines tocaron una melodía distinta. Aunque el ejército estaba agotado por la persecución, era momento de prepararse para el combate.

Guiomar, bañada en sudor y con la cabeza embotada tras la galopada, deseaba un momento a solas con Diego más que ninguna otra cosa, pero no lo obtendría. Había estado esperando la batalla durante meses y ya no tendría que hacerlo más.

En formación, el ejército de Fernando avanzó a un ritmo más tranquilo. Diego trotaba a su lado con la visera del yelmo levantada. La miraba con aquellos ojos llenos de admiración y... ¿amor? Guiomar sabía que estaba prohibido pensar en esa palabra, pero cada vez que se volvía para buscarle le descubría contemplándola de esa manera y ella se deshacía. Si no se centraba, tendría problemas durante la batalla.

El cielo, que hasta entonces había mostrado un color plomizo y ceniciento, resonó entre truenos y relámpagos anunciando una tormenta inminente. La lluvia llegó como una cascada cegadora; las gotas repiqueteaban contra los yelmos y las hombreras, y las crines de los caballos se empaparon, chorreando sobre los lomos como flecos de agua.

A media legua de Toro, tras un bosque ligero y desprovisto de hojas, los hombres de Alfonso esperaban con las picas en alto. Algo le dijo a Guiomar que aquella iba a ser la batalla más importante en la que estaría en su vida. Después de todo, luchaba junto a un rey y frente a otro, y la guerra podía acabarse allí mismo si uno de los dos caía.

El Rey Fernando cabalgó por la línea del ejército pronunciando un discurso, pero la lluvia lo enmudecía. Le vieron levantar la espada y agitarla en lo alto, provocando un furor inenarrable entre los soldados que lo escuchaban. Guiomar, presa de la misma pasión, aunque mezclada con sus sentimientos por Diego, que asentía a su lado, gritó con todas sus fuerzas.

El Rey se retiró y sonaron los clarines y los tambores. El flanco izquierdo inició su acercamiento al derecho, que se preparó para recibir las primeras cargas. Desde el flanco derecho, Guiomar observó cómo el regimiento de caballería salía al galope para intentar rodear a los hombres de Alfonso, pero tras un intrincado juego de provocación y duda, eran rechazados por las picas.

El clarín de su flanco resonó y el comandante soltó un grito atronador que se impuso a la lluvia.

—¡Muerte a los traidores!

Y entonces no hubo más dudas ni más temor. Guiomar se aseguró el yelmo y salió al galope junto al resto de caballeros asiendo el escudo y las riendas como si la vida le fuera en ello.

Capítulo 16: La batalla de Toro

Veía por el rabillo del ojo que Diego galopaba a su lado y eso le dio fuerzas. Recordó las palabras de su padre, las oraciones que había rezado toda su vida y el tacto de las suaves manos del asturiano sobre las suyas, meses atrás, cuando se habían salvado mutuamente. Todo aquello se mezclaba en su mente con el sonido de los cascos de los caballos y los gritos de los hombres de armas, y el furor guerrero se adueñó por completo de ella. Todo lo que importaba era luchar por los Reyes y el trono de Castilla, la honra de su padre y la vida de Diego.

Atravesaron la distancia que los separaba del flanco izquierdo portugués en un suspiro. Las picas se habían movido en un intento de defenderse de la carga de caballería, pero el suelo resbaladizo les restaba velocidad, y antes de que estuvieran preparados los caballeros les pasaron por encima. El impacto fue tan violento que Guiomar apenas pudo sujetarse a la silla y el escudo le golpeó contra su propio pecho. La lanza atravesó a un hombre de lado a lado y se astilló. La soltó sin más dilación y desenvainó la espada larga. La lluvia había convertido el suelo en un barrizal y la sangre añadida sólo lo empeoraba todo.

Guiomar apretó los dientes mientras detenía golpes con la izquierda y asestaba tajos con la derecha. Su caballo giraba y relinchaba, y su acero encontraba carne y la mordía allá donde podía. Sintió el crujido de los huesos bajo su espada, y los gritos de los hombres que caían cuando los atravesaba. Aquella estaba siendo una carnicería y apenas era consciente de sus propias acciones. Ni siquiera podía espantarse.

Sonó un clarín y dio el toque de retirada. Era momento de dejar que la infantería siguiera lo que habían empezado y necesitaban recuperar la formación antes de realizar otra carga, esta vez por el flanco. El escudo azur de Diego apareció como una centella a su lado.

—¡Juan! —farfulló el asturiano desde detrás de la visera—. ¿Estás bien?

—¡Sí!

Dejaron atrás a los infantes que tomaban gustosos su lugar y se replegaron. Habían caído algunos caballos y algún que otro caballero, pero el regimiento de caballería estaba casi entero. Las picas chocaban unas con otras y se astillaban con un estruendo que Guiomar no podría olvidar nunca.

Las batallas eran confusas, y más largas de lo que había creído antes de participar en una. Sus músculos, agotados después de varios minutos de pelea continua, empezaban a relajarse de nuevo. Pronto acometerían otra vez.

El agua le resbalaba por la barbilla y goteaba desde ella en una mezcla de lluvia y sudor. Tenía las manos heladas bajo la malla del guantelete, y habría dado cualquier cosa por calentárselas.

El líder de la caballería hizo otro gesto y los caballeros se reagruparon. Se arremolinaron antes de emprender otra carga, esta vez por el flanco. Sin embargo, en esta ocasión a caballería enemiga estaba preparada para rechazarlos. Los caballeros del Rey Alfonso salieron a su encuentro y chocaron contra ellos furiosamente. Una lanza golpeó a Guiomar en el pecho y la descabalgó al instante. El golpe fue brutal, tanto que por un momento creyó haberse partido la espalda. El choque del yelmo contra el suelo la dejó aturdida y uno de los caballeros aliados tuvo que hacer un quiebro para no arrollarla con la montura.

Tardó un buen rato en poder moverse. El barro se adhería a su armadura y la atrapaba como un amante celoso. Trató de izarse apoyándose en una mano, pero el dolor y el entumecimiento se lo impedían. ¿Dónde estaba Diego? En algún lugar más

adelante, los caballeros intercambiaban feroces espadazos. Ella tendría que estar allí, luchando con ellos. ¿Por qué había tenido que caer tan rápido?

Cuando casi se había puesto en pie y la cabeza le daba vueltas, un caballero se fijó en ella y trotó en su dirección. Guiomar dejó escapar un grito y levantó el escudo en el momento justo para evitar un tajo. La parada la obligó a apretar los dientes. El caballero giró a su alrededor y volvió a buscarla. Guiomar volvió a detener el golpe como pudo. Sabía que cuanto más tiempo pasase allí, como un palitroque, más posibilidades tenía de que aquel hombre la derribara.

No se lo pensó dos veces. En la siguiente pasada, Guiomar esquivó la estocada y se lanzó contra su pierna. El caballero no se esperaba algo así. Tiró de ella y lo descabalgó usando toda la fuerza que le daba la euforia. El hombre cayó al suelo cuan largo era y el caballo se encabritó.

Guiomar sacó la daga de la vaina y buscó un hueco en su armadura. Se había lanzado sobre el caballero para intentar inmovilizarlo usando su peso, pero él era algo más pesado y más fuerte. Le golpeó la cabeza con el guantelete de metal y la vibración hizo que le castañetearan los dientes.

La joven esquivó un nuevo golpe. Tenía la vista nublada por la sangre y la confusión, pero sabía dónde estaba la visera del enemigo. A ciegas, la levantó y metió la daga antes de que él hiciera lo mismo con ella. Escuchó un alarido surgiendo bajo el metal y supo que le había hecho daño. El hombre seguía vivo, pero si le había herido en un ojo estaría fuera de combate, demasiado ocupado temiendo por su vista como para cargar de nuevo contra ella.

Le arrebató la maza y deambuló por la zona pisando con dificultad.

—¡Diego! ¿Dónde estás?

Aquí y allá había conatos de pelea en los que los hombres de armas de uno y otro bando se masacraban sin piedad. Los caballeros caían o daban la vuelta para buscar un mejor momento para acometer. Ella no veía por uno de los ojos. La caída debía de haberle provocado una brecha en la frente por la que manaba sangre, pues cuando parpadeaba las pestañas parecían pegarse unas con otras y veía todo rojo por el lado izquierdo.

—¡Juan!

La voz de Diego hizo que sonriera, pese a todo. El hidalgo asturiano apareció entre la lluvia y el barro cubierto de sangre y agua. Su yelmo había desaparecido y tenía un corte en la barbilla, pero por lo demás estaba indemne.

—Te vi caer y temí lo peor. ¿Estás bien?

—Sí, sólo un poco mareado —dijo ella.

Vio en los ojos de Diego un temor escondido hasta ese momento. Sólo en el asalto al castillo portugués, cuando ella había sido herida, le había visto tan angustiado.

—Tenemos que sacarte de aquí —sentenció Diego.

—No, no. Esta es la gran batalla. No puedo irme —dijo Guiomar—. Estoy bien.

—Te has caído del caballo.

—¡No es nada! Estoy bien, te lo aseguro.

Para que la creyera, Guiomar se quitó el yelmo.

—Juan, estás herido.

—Es sólo un corte, nada más —dijo ella frotándose la sangre de la mejilla—. Estoy lista para continuar. Vamos, Diego. Por la Reina.

No se percató de que había hablado de sí misma en femenino, y no pareció que Diego lo hiciera tampoco. Con resignación, el asturiano asintió y la acompañó en la siguiente carga.

Durante una hora, pelearon con furia y sin apenas pausa. Guiomar perdió la cuenta de a cuántos hombres había derribado. La lluvia había limpiado la sangre de su rostro y al fin podía ver. Ya estaba más despejada, aunque el cansancio comenzaba a jugar en su contra y con gran dificultad podía mantenerse en pie. Pero mientras Diego continuara a su lado y su bienestar dependiera de su escudo, no podía parar. Además, las líneas portuguesas parecían a punto de romperse y con el flanco izquierdo caería también el centro.

El rey Fernando acababa de cargar contra el cuerpo central del ejército de Alfonso, lo que les dio un respiro. Las tropas portuguesas se retiraban, aunque por las noticias que les llegaban, su propio flanco izquierdo estaba en problemas. Guiomar quiso ayudar a empujar y a perseguir a las tropas portuguesas. No podían dejar que se escapasen.

—¡Vamos, Diego! ¡Por Castilla!

Gritando como una salvaje, Guiomar perdió toda compostura y se lanzó contra los enemigos que corrían. Verlos así, rompiendo filas y sin disciplina, le encendía la sangre. Quería derrotarlos y terminar con todo, y distinguirse con honores como había logrado en Portugal. Había recibido el respeto del Barón gracias a su valor y haría lo mismo esta vez.

Sin embargo, en esta ocasión se topó con un piquero portugués que en lugar de correr despavorido optó por atacar. Su pica se coló en el hueco de su coraza y rompió la malla. Guiomar apenas pudo gritar cuando el metal se hundió en su piel.

Había sentido aquel dolor en otra ocasión, pero nunca de un modo tan intenso. Notó la profundidad a la que llegaba aquella punta metálica y tuvo miedo por su vida. Casi estaba segura de que le había perforado un pulmón.

—¡Juan! ¡No!

El grito de Diego restalló en sus oídos. El asturiano apareció a su vera y descargó la espada contra el piquero. Su peto se tiñó de sangre y el arma se le cayó de las manos. Murió al instante y se desplomó sobre el barro, igual que ella.

Diego se arrodilló a su lado. El dolor daba a su rostro la apariencia de una máscara de feria, como la de los actores que habían acudido a Braña de Tejedo para desempeñar sus papeles.

—Juan, Juan... Por Dios, ¡aguanta!

Las manos de Diego le aflojaron los correajes que le asían la coraza del mismo modo en que ella había imaginado mientras, tendida en su lecho, le añoraba. Pero no había esperado que lo hiciera mientras se le escapaba la vida, desde luego.

—Diego, perdóname —murmuró entre dientes—. Te he mentido.

Diego estaba más interesado en su bienestar que en sus palabras. Tan pálido como podía estar una persona, el asturiano le retiró la coraza y buscó la herida con aprensión. Al retirarle el camisote de mallas para mirarle la herida de cerca, sus manos rozaron su pecho abultado junto a la perforación de la pica.

El hidalgo tardó en darse cuenta de ello. Después de todo, aunque no esperara encontrar el pecho de una mujer debajo del camisote, lo que más le preocupaba era su estado. Guiomar apretó su mano con la suya. Lentamente, le hizo comprender. Los labios de Diego se abrieron y volvieron a cerrarse. La lluvia recorría sus sienes y le pegaba los rizos castaños a la frente. Había comenzado a sonrojarse.

—Lo siento —dijo Guiomar—. No quería mentirte. Si hubiera podido...

Diego la besó. Sus labios estaban fríos, pero su aliento cálido. Su mano se apretaba contra su herida y le producía un dolor agudo, pero sabía que cuando más la presionara más tiempo permanecería viva. Y por otro lado, sus labios... Nada de lo que había imaginado hasta el momento que era besar a un hombre se asemejaba a aquello. Todo su

ser se estremeció al notar su caricia. Ni el sudor, ni la sangre, ni el barro la importunaron. Ojalá hubiera podido sentirse rodeada por sus brazos, también.

Voy a morir, pero al menos Diego me ha besado, pensó. Y por un instante se sintió dichosa.

—Dile a mi padre que lo siento —murmuró—. Lo he hecho lo mejor que he podido.

—No, no, Juan...

—No soy Juan...

Guiomar perdió la consciencia.

Capítulo 17: La furia de don Pere

Después de que el ejército de Fernando cayera sobre el de Alfonso y le obligase a huir, el rey aragonés emprendió la retirada hacia Zamora. Se llevó consigo a todos sus hombres, algunos de ellos heridos. Entre ellos una mujer.

Diego se ocupó de cargar con el cuerpo inconsciente de Juan, que por otro lado ya no era Juan. Lo subió a lomos de su caballo y trotó en pos del Rey intentando mantener el vendaje improvisado sobre la herida de la joven para que no se desangrara. Su respiración era normal, aunque algo agitada por el trasiego, y su pulso no parecía detenerse. Tal vez su herida no fuera mortal, pero si perdía demasiada sangre moriría sin remedio, y ahora que había descubierto que era una mujer no pensaba perder a su amor.

Logró llegar a Zamora de milagro. Apenas sentía los brazos y las piernas por el agotamiento de la batalla y la carrera hasta la ciudad, y cuando lo hizo buscó un médico que pudiese atenderla. Sabía que su pecho llamaría la atención y quizás la pusiera en peligro, pero no podía permitir que muriera por intentar ocultar su secreto.

Cuando la dejó en una camilla improvisada y el médico se inclinó sobre ella, no tardó en volverse para mirar a Diego con ademán interrogativo.

—Juraría que Juan de Valdeón tiene tetas, señor mío.

—¡Cierra la boca y cose esa herida! —farfulló Diego, azorado. Había intentado no mirar lo que no le correspondía, sobre todo después de haber tocado sin darse cuenta—. No es cosa tuya decidir lo que tiene o no tiene Juan.

—Voy a coser la herida, pero esto es una muchacha, no un chico —respondió el médico de malos modos—. Tendré que comunicárselo al secretario del Rey.

Diego suspiró. Ya se imaginaba que eso sería imposible de evitar, pero no había otra manera de garantizar la supervivencia de Juan.

—Haz lo que debas, pero que deje de sangrar.

Acarició la mano de la muchacha antes de separarse de ella y salió al encuentro de sus compañeros. La victoria había sido notable, aunque las bajas considerables. El Rey había declarado que habían ganado, pero con el portugués en fuga Diego no estaba seguro de si era verdad. De cualquier manera, habían logrado algo grande aquel día.

Sin embargo, todo en lo que podía pensar era en Juan. Aún no sabía su nombre, pero no podía llamarla de otra manera. Parecía que sus plegarias hubiesen sido escuchadas. Ya no era un hombre, sino una doncella. Ahora entendía todo. Por eso se había sentido tan atraído hacia su amigo desde el principio, aun cuando supiera que los hombres no le gustaban. Ahora comprendía por qué no había podido dejar de pensar en él -en ella- de una manera tan lasciva y a la vez tan romántica. Porque no sólo había sido su camarada, sino que se había enamorado de ella como lo habría hecho de una muchacha tan valiente y entusiasta como Juan.

Necesitaba saber su nombre. No podía llamarla Juan eternamente. ¿Por qué no se lo había preguntado?

Sonrió sin poder evitarlo. La había besado. La había besado y no era pecado. Su corazón apenas podía contener un salto cuando recordaba el momento en que habían compartido el aliento. Le habría gustado tanto poder estrecharla contra él para sentir su calor, despojarla del acero y apretarla contra su pecho.

Pero el médico pensaba contar su secreto al secretario del Rey. Cuando lo supiera, se armaría gran revuelo. ¿Cuál podría ser el castigo? Tal vez tendría que decírselo él mismo para intentar paliarlo en lo posible.

Se sentó en unos escalones junto a la improvisada enfermería y se pasó la mano por el pelo húmedo. Había hombres de armas y caballeros yendo de un lado a otro. Muchos tenían alguna herida o estaban cubiertos de sangre de otra persona. La noche había

caído ya y la escasa iluminación creaba sombras grotescas en aquellos rostros contraídos por el dolor y el cansancio. ¿Qué diría el Rey cuando se enterase? ¿Qué diría don Pere?

Si debían enterarse por alguien, mejor que fuese por él mismo. Suspiró y se puso en pie. Fue cojeando hacia la tienda del secretario. Como esperaba, nadie se preocupaba por la burocracia después de una batalla y el hombre estaba solo y desocupado. Diego le saludó con respeto.

—Mi señor, debo hablaros de algo importante —dijo a media voz.

—¿No puede esperar? —preguntó el secretario con evidente cansancio.

—Me temo que no. Es un asunto de vital importancia y creo que deberíais decírselo a don Fernando tan pronto como pudierais.

El secretario frunció el ceño. Diego se encogió de hombros.

—Hablad pues, joven hidalgo.

—He descubierto algo durante la batalla acerca de mi compañero Juan de Valdeón. Antes de decíroslo, debéis saber que nunca he conocido a una persona tan valiente ni tan decidida en la batalla. De no ser por él, yo no estaría aquí. Tampoco el Barón Francisco de Ávila. En Portugal, Juan le salvó la vida.

El secretario suspiró.

—A ver, apresuraos. ¿Qué me vais a decir? ¿Es morisco? ¿Judío? —Diego negó con la cabeza—. ¿Es un traidor a la corona? ¿Un espía portugués? —Volvió a negar—. Entonces, ¿qué es? ¡No tengo toda la noche!

—Es una mujer, señor secretario.

El hombre alzó las cejas como si no pudiera creer lo que oía. Luego frunció el ceño de nuevo.

—¿Una mujer? En el campamento se oían rumores acerca de su falta de hombría, pero nunca creí que fuesen algo más que un cuento...

Diego se azoró. Ya sabía por qué se decían esas cosas y él tenía que ver con ella. También don Pere, el maldito mentiroso.

—Se disfrazó para venir a la guerra y nos ha engañado a todos. Sospecho que se debe a que don Froilán es demasiado mayor para enrolarse —dijo Diego, que no dudaba de la paternidad del noble. Juan le había hablado demasiado acerca de su padre para que eso fuese mentira—. Imagino que una de sus hijas se ha vestido de varón para luchar con los reyes, como en los romances. Juan... O como quiera que ella se llame... No conozco a nadie tan dispuesto a luchar, señor secretario. Sé que debéis dar parte de esto, pero no me gustaría que ella sufriera un castigo injusto. Puede que nos haya mentido a todos, pero ha sido un caballero ejemplar, mucho mejor que algunos de los más veteranos. Mucho mejor que yo mismo.

El secretario se mesó la barba.

—Este es un asunto peliagudo, me temo. El Rey tiene demasiadas cosas en la cabeza como para preocuparse por esto. Además, Juan de Valdeón ha demostrado su valor con creces. Yo diría que está ya listo para volver a casa. Firmaré su retirada honrosa para que regrese con su padre.

Diego apretó los labios. El secretario le estaba ofreciendo a Juan una retirada honorable, pero el médico ya había visto que era una mujer y no había vuelta atrás. Pronto el campamento habría de convertirse en un hervidero de chismorreos y rumores.

—Mi señor, me temo que Juan no podrá hacer eso. Ha sido herido... Bueno, herida. El médico ya ha visto su condición y ha sido el primero en mencionaros a vos.

El secretario volvió a rascarse la barba.

—Veremos lo que pasa. Por el momento no se lo digáis a nadie. Hablaré con el Rey cuando se desocupe. Os recomiendo que busquéis la manera de proteger a Juan por lo que pueda pasar. Un campamento de soldados no es lugar seguro para una doncella.

—Lo era para ella hasta hace unas horas —respondió él entre dientes—. Gracias de todos modos.

Volvió a la enfermería arrastrando los pies y se encontró con que el médico había terminado ya su trabajo con Juan. Le había vendado el pecho y la había tapado con una manta que disimulaba por el momento sus formas femeninas antes de volverse con otros pacientes. Se sentó a su lado y la tomó de la mano. Seguía inconsciente, pero sus mejillas habían recuperado parte del color y su piel estaba caliente. Esperaba que no demasiado. Las heridas como aquella se infectaban con demasiada facilidad, y a menudo la fiebre que afligía al paciente era peor descalabro en sí.

Sin poder contenerse, besó el dorso de su mano. Era tan suave... Por supuesto que se trataba de una doncella, ¿cómo no lo había visto claro hasta ese momento? Tenía los rasgos duros, con aquella cara tan solemne y severa, pero cuando dormía y se relajaba era claramente femenina. En su mandíbula no había rastro de barba, tan sólo una pelusa suave y rubia que sintió un enorme deseo de tocar. Trazó la línea con un dedo y las cosquillas hicieron que ella se removiera en sueños. Conmovido por su hermosura, Diego tragó saliva. Por supuesto que era una doncella. Era una muchacha valiente como ninguna otra que hubiese conocido, tan decidida que había llegado más lejos que muchos en su empeño por honrar a su padre.

Las palmas de las manos se le habían llenado de callos por el uso de la espada. Por eso no había sabido manejarse en un principio. ¿Quién le habría enseñado los rudimentos de la espada? ¿Cómo había aprendido en realidad? Tenía tanto que contarle...

—Debes vivir, amor mío —susurró junto a su oído—. No puedo perderte ahora que sé que podemos estar juntos. Quiero oír todo lo que tienes que decirme, y no hay nada que deba perdonarte.

Han sido unos meses confusos, pensó Diego. Tanto tormento y tantas dudas para que luego resulte que eres una mujer a la que puedo corresponder sin miedo...

Don Pere entró en la enfermería como una aparición fantasmal.

—Ah, ¿así que es verdad? ¿Juan de Valdeón es una mujer? —dijo, en una voz demasiado alta para ser respetuosa.

Diego sintió deseos de soltar la mano de Juan, pero no lo hizo. Ya no había motivos para ello.

—Aquí hay enfermos a los que deberíais dejar descansar, don Pere —le recordó Diego sin lograr contener una mueca de desprecio.

—Hay enfermos y mentirosas, por lo que parece —dijo el caballero con ira.

—¿Es que tanto os ofende que una mujer haya demostrado ser mejor caballero que vos? —inquirió Diego con inquina.

Los ojos de don Pere relampaguearon de odio.

—¿Es que queréis que os mate, asturiano?

—¿Vais a matarme por decir la verdad? A cada minuto que pasa, ella sigue siendo mejor caballero que vos, incluso mientras se encuentra inconsciente.

Don Pere apretó los dientes con verdadera tensión. La coraza de su armadura tenía una abolladura que no había llegado a causarle verdadero daño, y el gambesón estaba desgarrado y lleno de sangre. Pese a todo, seguía siendo más grande y más experto que Diego. No dudaba que pudiera reducirlo a una pulpa sanguinolenta si se ponía violento.

—Voy a contarle esto al barón Francisco para que se lo transmita al Rey. Estoy seguro de que tomará cartas en el asunto.

El caballero salió y la enfermería volvió a disfrutar de una paz relativa. Diego suspiró. Esperaba que don Pere no utilizase su influencia sobre Francisco de Ávila con oscuras intenciones, o que al menos el noble no se dejase engañar tan fácilmente. El barón ya había dado su favor a Juan en una ocasión. Esperaba que el hecho de que fuese una mujer no cambiara sus méritos.

—En buen lío te has metido, amiga mía... —murmuró el hidalgo mientras le acariciaba el rostro lampiño.

Horas después, cuando Guiomar despertó, sintió un fuerte dolor en el costado, allá donde la pica aún parecía desgarrar su carne. La vista se le aclaró enseguida y no tardó en percatarse de que estaba tendida en una cama de paja, en la penumbra de una habitación grande, o quizá una tienda. Oía murmullos y voces a su alrededor.

Trató de incorporarse y notó que hacía frío. Se percató de que tenía los hombros desnudos y que, alrededor del torso, alguien le había colocado una venda. El dolor se incrementó allá donde le habían clavado la pica. ¡La habían descubierto!

—Oh, no —musitó, y buscó una manera de ponerse en pie sin conseguirlo.

Empezó a recordar el momento en que había sido herida. La batalla... ¿Habían ganado? Sí, estaba casi segura. Habían vencido a pesar de la lluvia y el barro, y su propio agotamiento. Entonces, un piquero se le había revuelto cuando lo perseguía y la había herido de gravedad. Diego había estado a su lado. Le había salvado la vida. De no ser por él, dudaba que hubiese logrado sobrevivir a la furia del piquero enemigo.

Fue en ese momento cuando él... Al recordarlo se sonrojó. Diego había soltado los correajes de su coraza y la había despojado de su armadura. Había retirado la placa de metal y había intentado detener su hemorragia. Su mano se había topado con su pecho. En ese momento lo había comprendido todo. Y la había besado.

Al recordarlo, sus entrañas parecieron enredarse como las ramas de las vides. Si cerraba los ojos, casi era como si los labios de Diego permanecieran sobre los suyos. Había sido distinto a lo que había esperado, pero no por ello le había gustado menos. Si al menos pudiera besarle otra vez antes de que la castigaran...

¿Qué iban a hacerle?

Escuchó pasos y tiró de la manta con el brazo derecho para intentar cubrir su cuerpo con ella. Sus pechos quedaban ocultos bajo el vendaje, pero sus clavículas y hombros eran claramente femeninos. Sin la túnica y la armadura, se sentía tan desnuda y expuesta como si la hubiesen paseado de esa guisa por la plaza del pueblo. Ya no tenía secretos y se encontraba a merced de la compasión de los demás. Y de la del Rey...

—Ah, mirad, ya está despierta —dijo una voz que desconocía—. Supongo que de esta no se muere.

Quien había hablado era un hombre achacoso de pelo gris y barba frondosa que a Guiomar le costó relacionar con el médico. Había intentado esquivarlo tanto como había podido para evitar precisamente que contemplara su desnudez, de ahí que apenas le reconociera. Pero el hombre que lo acompañaba era inconfundible. Con su porte noble y su pelo oscuro, el Rey Fernando en persona hizo aparición frente a su cama.

—Disculpadme, muchacha. No quiero ver lo que no debo —dijo el Rey apartando la mirada con pudor—. Se os conoce como Juan de Valdeón y lucháis por la Casa de Tejedo. ¿Cuál es vuestro verdadero nombre?

Ella tragó saliva. Temblaba bajo la manta. Vio que detrás del Rey estaba Diego, pálido como un fantasma. Eso le dio cierto apoyo moral, pero no por ello dejó de temblar.

—Me llamo Guiomar, Majestad. Soy la séptima hija de don Froilán de Tejedo.

—Comprendo —respondió Fernando—. El médico dice que tu herida no reviste gravedad y que si la mantiene limpia vivirás. He dado orden de que lo haga. ¿Dais vuestro permiso para que os atienda?

—Claro, Majestad. Gracias.

El Rey cabeceó y salió de la tienda. Diego tardó un instante en acudir junto a ella. Alargó la mano y buscó la suya.

—Así que te llamas Guiomar. —Diego sonrió de medio lado—. Es un alivio poder dejar de llamarte Juan. Cuando he sabido que eras mujer, todo se ha vuelto muy extraño.

Diego se sentó a su lado. Guiomar le apretó la mano.

—Siento mucho haberte mentido, Diego —empezó ella—. No era mi intención, ni mucho menos, pero sabía que hacerme pasar por hombre era la única manera de luchar por mi padre. Él está demasiado mayor y si no enviaba a alguien de su sangre para participar en la guerra, perdería sus derechos. —Bajó la mirada, avergonzada al recordar cómo había dejado el castillo en contra de los deseos de su padre—. Me escapé de casa. Él no quería que lo hiciera, pero yo... Creo que siempre he deseado saber cómo era ser un caballero y luchar por mi Rey. Mi Reina, en este caso. Lo último que quería era mentir a nadie, pero era el único modo.

El hidalgo asturiano negó con la cabeza.

—No me importa. No me siento traicionado, Guiomar, te lo aseguro. Aliviado, más bien. He sentido esto creciendo dentro de mí durante estos meses y he creído volverme loco. No sabía cómo dominar mis impulsos para evitar caer en pecado y fomentar los rumores que nos llamaban sodomitas.

Guiomar sonrió.

—Ojalá hubiera podido decírtelo antes. Si hubiera sabido que no te importaría...

—Si me lo hubieras dicho, entonces habría cedido a mis impulsos y habríamos acabado en la pira o tal y como estamos ahora.

Ella apartó la mirada.

—¿Qué ha dicho el Rey? ¿Me perdonará?

—No lo tengo claro. Por el momento quiere atenderte, así que supongo que es buena señal. Pero don Pere no está nada conforme. Aprovechará la influencia que tiene sobre el resto de caballeros para intentar difamarte. A ninguno le gusta saber que les ha superado una mujer.

—¿Y a ti? —preguntó ella con una mirada interesada—. ¿Te importa haber luchado tantos meses junto a una muchacha?

—He luchado junto a mi amiga y mi compañera. Lo mismo da que fueras mujer u hombre. Es más: creo que tiene aún más mérito que hayas optado por las armas en contra de lo que se esperaba de ti y que hayas luchado con tanto valor.

Guiomar sintió tanto orgullo que creyó que el pecho se le iba a romper. Una sonrisa llena de luz apareció en su rostro. Él la imitó. Despacio, Diego bajó la cabeza para besarla. Sus labios se encontraron de nuevo y el cosquilleo se hizo aún más intenso. Ojalá hubiera podido besarle antes. Ojalá hubiera podido pasarse la campaña entera disfrutando de aquella sensación en lugar de sufrir por tener que mantener sus sentimientos en secreto.

Capítulo 18: El perdón del Rey

Guiomar pasó una semana en cama, menos de lo que el médico recomendaba pero mucho más de lo que ella habría querido en primer lugar. Detestaba estar tirada como un trasto viejo mientras sus compañeros festejaban la victoria, y aún le gustaba menos que cada cierto tiempo alguien apareciera por allí, algún curioso para ver quién era "la doncella disfrazada". Algunos lo hacían por verdadera curiosidad y por verificar con sus propios ojos que Juan de Valdeón era Guiomar de Tejedo, pero otros buscaban echar un vistazo rápido a su feminidad cuando el médico venía a limpiarle la herida o a cambiarle la venda. A esos, Guiomar habría querido poder darles una buena tunda con la espada de entrenamiento para que aprendieran a no mirar lo que no debían.

Cuando al fin logró convencer al médico de que la dejase plantar los pies en el suelo y se vistió con ayuda de Diego, salió a dar un paseo por los alrededores de la enfermería mientras el viento de marzo le enredaba el cabello. Era extraño seguir vestida como un hombre, con aquel corte de pelo tan práctico para la lucha y tan poco apto para ceñirse una mantilla, y que todo el mundo se dirigiera a ella como mujer. Los mismos caballeros con los que había bebido y palmeado la mesa, insultado a los portugueses y escupido en el suelo entre juramentos, pasaban a su lado y cabeceaban con respeto sin atreverse a mirarla. La mayoría había empezado a tratarla de dama. Guiomar lo encontraba desesperante. Una de las cosas que más le gustaban de ser Juan de Valdeón era la sensación de ser una más entre los hombres, sin estúpidas diferenciaciones en el trato ni expectativas en base a su género. Había disfrutado de la guerra y la camaradería como lo había hecho durante su infancia, pero una vez se había descubierto su condición de mujer todo había vuelto a echarse a perder.

El único que la trataba como siempre era Diego. La llamaba Guiomar y dejaba que sus manos se tocasen de vez en cuando, o la besaba cuando nadie miraba, pero seguía mirándola a los ojos y riendo sus bromas sin modular en nada su comportamiento. Para él continuaba siendo Juan sin importar lo que tuviera entre las piernas, y descubrirlo sólo le había aliviado.

El asturiano caminaba junto a ella. La pérdida de sangre y el tiempo de reposo la habían debilitado y podía marearse en cualquier momento. Su presencia servía para asegurar que no caería al suelo si necesitaba agarrarse a algo. Guiomar le habría tomado gustosa del brazo, pero no quería suscitar más habladurías de las que ya había.

Don Pere apareció por lo alto de la calle seguido de sus lacayos habituales. El vasco levantó la barbilla con arrogancia cuando su mirada se topó con la de Guiomar y su expresión se tornó en una de profundo desagrado.

—Ah, Guiomar, ya estáis en pie. El Rey os manda buscar. Quiere hablar con vos para imponeros vuestro castigo por mentirosa y perjura. —El caballero sonrió de oreja a oreja—. Estoy seguro de que será ejemplar.

Guiomar apretó los dientes. Diego posó su mano en su hombro, pero ella saltó sin dudar.

—¿Qué mal os he hecho, don Pere, para que me deseéis lo peor? ¿Ocupar vuestro lugar como favorito durante una noche? ¿Acaso os he robado algo? ¿Acaso tenéis algo malo que decir de mí?

Don Pere esbozó una sonrisa cruel.

—Las doncellas deberían estar en los castillos o en los conventos, no jugando a las armas. Si es que seguís siendo doncella, claro... A menos que alguien testifique que es así, cualquiera podría decir que don Diego de Onís lo sabía todo desde el principio y os cubría en la mentira... y en el lecho.

Diego dejó escapar un gruñido de exasperación y echó mano de su espada. Don Pere y sus lacayos no fueron menos y en un instante todos tenían el acero al descubierto. Guiomar tragó saliva y levantó el brazo sano en un intento de evitar que se derramase sangre.

—¡Esperad! Don Pere —le miró con furia—. Sabéis perfectamente que lo que habéis dicho no es verdad. Antes de calumniarnos de ese modo, pensad en vuestra propia honra y en lo que significaría hablar de ese modo de la hija de don Froilán de Tejedo si fuese mentira.

—He dicho que cualquiera podría decirlo, no que yo lo diga —respondió el caballero vasco con desdén.

—Sabéis perfectamente lo que habéis dicho —siseó Diego sin soltar la espada.

—Será mejor que nos dejéis pasar, don Pere —siguió Guiomar—. Si el Rey nos reclama, no está bien que nos retengáis. Haceos a un lado.

Para sorpresa de Guiomar, aquello bastó para que el orgulloso caballero obedeciera. Sin guardar las espadas, don Pere se apartó y sus seguidores le imitaron. Guiomar hizo un gesto a Diego para que la acompañara y, aunque a regañadientes, el asturiano cedió y envainó la espada. Juntos caminaron calle abajo hasta el refugio del Rey, que había ocupado la casa del comendador en la plaza del pueblo. Su guardia personal custodiaba la puerta, pero cuando vieron llegar a Guiomar se apartaron sin decir nada.

En el interior, el secretario del Rey los condujo hasta el despacho que el monarca ocupaba. Guiomar no le había visto tan de cerca desde la última vez que había ido a la enfermería, la misma noche en que la habían herido, y ahora, bien peinado y vestido, era aún más intimidante.

Sin embargo, Fernando le dedicó una sonrisa confiada y le indicó con un gesto que ocupase una de las sillas del escritorio. Diego permaneció de pie en la puerta, callado y hosco.

—Sentaos, Guiomar —dijo el rey mientras él hacía lo propio al otro lado de la mesa—. Tengo algo que deciros. Es importante.

—¿Es sobre mi castigo?

—¿Castigo? —Fernando dejó escapar una carcajada—. ¿Quién os ha dicho eso?

—Yo... Pensaba que... —Guiomar enrojeció—. Por lo que me dijisteis aquella noche, Majestad, y los rumores que me han llegado, estaba segura de que no seríais benevolente conmigo después de haber mentido acerca de mi identidad.

—He tenido tiempo para considerarlo. Sois la séptima hija de don Froilán de Tejedo. Yo no le conozco personalmente, pero algunos de los hombres de confianza de mi esposa sí. Me he preocupado de preguntarles para averiguar qué tipo de persona es don Froilán, y todos me han dicho que ha sido fiel a la causa isabelina desde antes de que se creara, llegando a apoyar al infante Alfonso el Inocente hace más de una década.

—Es cierto, Majestad —dijo ella con humildad—. Mi padre es el mejor hombre que conozco. Todo lo que he hecho, salvo mentir, ha sido porque él me lo ha enseñado.

—Don Francisco de Ávila me ha dicho que demostrasteis un gran valor en la toma de aquel castillo en Portugal. De no ser por vos, tal vez no hubiese sobrevivido a aquel ataque a traición.

—Supongo que no, Majestad. Yo sólo quería... —Volvió a enrojecer. Sabía que su acción había sido valiente, pero no tan heroica como el Rey pretendía expresar—. Hice lo que debía hacerse.

—Hicisteis algo que no todos los hombres hubiesen hecho. Y, sin embargo, descubro que lo ha hecho una mujer. ¿Entiendes ahora por qué no voy a castigarte? —Fernando sonrió—. En cierto modo, Guiomar, me recordáis a mi señora esposa. Si ella

estuviese aquí, dudo mucho que os hiciera castigar. Os abrazaría y os besaría las mejillas como agradecimiento por los servicios realizados, y lamentaría con amargura que no fuerais un muchacho para poder nombraros caballero al servicio de la Corona.

Eso habría sido muy gentil por parte de la Reina Isabel, y un sueño cumplido para ella. En los cuentos, los muchachos audaces obtenían las mejores recompensas después de jugarse la vida. Pero aquella era la realidad. Guiomar comprendía que no pudieran nombrarla caballero, por muy bien que hubiese servido a los Reyes.

—Sois muy amable, Majestad.

—Sin embargo —dijo el Rey en tono grave—, debéis entender que ya no podéis seguir participando en la campaña. Aunque no quiera castigaros, habéis cometido una falta haciéndoos pasar por quien no erais. Además... Apuesto a que vuestros padres están deseosos de recuperaros. Después de todo, os habéis marchado a la guerra sola y sin apenas adiestramiento.

Guiomar bajó la mirada. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Tal vez otro soldado hubiese recibido aquella noticia con más optimismo, pero ella sabía que jamás podría volver a ser Juan de Valdeón ni podría disfrutar de los privilegios que le daba esa identidad.

—Lo entiendo, Majestad.

—Ya quisiera que todos mis caballeros fuesen como vos. —El Rey sacó un papel de uno de sus cajones y mojó la pluma en el tintero antes de firmarla—. Voy a entregaros esto. Es una carta en la que doy las gracias a vuestro padre por los servicios prestados y le libero de sus obligaciones hacia la Reina. Vuestra familia y vuestras tierras están a salvo. La Casa de Tejedo ha cumplido. —Tras firmar, derramó algo de cera roja y posó el sello real sobre ella antes de que se endureciera—. Además, voy a entregaros un estipendio por vuestro servicio cumplido. Confío en que os sirva para volver a casa sana y salva. —Tras doblar la carta, abrió otro cajón y sacó de su interior una bolsa de dinero—. Se os devolverán las armas, la armadura y el caballo con el fin de que emprendáis el viaje cuando lo juzguéis necesario.

—Ojalá pudiera quedarme, Majestad —dijo Guiomar con un nudo en la garganta.

—Habéis hecho más de lo que os hubiera pedido, Guiomar. Vuestro padre estará orgulloso de vos. Al menos, vuestra Reina lo estará. —Fernando sonrió ampliamente—. Vamos, no os emocionéis o acabaréis emocionándome a mí y un rey no debería llorar ante sus súbditos. Id con Dios, Guiomar. Si alguna vez necesitáis de algo, la Corona de Castilla y la de Aragón os prestarán ayuda.

Guiomar se levantó de la silla, temblorosa. Tomó la carta y el dinero con una sensación de profundo vacío en el pecho, como si le hubieran hurgado con una herramienta de acero hasta dejarla hueca. Abandonar el servicio de los Reyes era lo último que deseaba y la llenaba de una honda tristeza. Pero no quería llorar frente a Fernando. Eso era propio de una muchacha, y ella era una guerrera.

—Gracias, Majestad. Estaréis en mis oraciones.

Giró sobre sí misma y salió de la habitación sin dejar de temblar.

Capítulo 19: La despedida

Aquella noche el viento soplaba más suave que de costumbre, pero aun así Guiomar se arrebujó en la capa. Se sentía estremecida, como si su cuerpo hubiese enfermado y tuviese una fiebre que la destemplara, o como si la hoguera en su interior se hubiese apagado y la sangre estuviera congelándosele en las venas por momentos. La cena le supo a cenizas y el vino a posos agrios, y la presencia cercana de Diego, que la miraba como un cachorrillo desvalido en todo momento, no era sino un recordatorio de que pronto tendrían que separarse.

—Me iré contigo —le había dicho el hidalgo cuando Guiomar le había enseñado la carta y el dinero—. Volveremos juntos a tu casa y le pediré tu mano a tu padre. Después haremos lo que tú quieras, mi amor.

Guiomar había tenido que negar con la cabeza.

—A mí me han liberado de mi juramento, pero no a ti, Diego. Si te fueras, estarías faltando a tu deber como caballero.

—No me importa.

—Sí te importa. Me hablaste una vez de lo mucho que querías superar la memoria de tu padre. ¿Por qué habrías de caer en sus mismos vicios? Sé un caballero honesto y consecuente y sigue a tu Reina hasta el final. Cuando la guerra acabe...

—¿Quién sabe cuándo acabará la guerra?

—Lo hará pronto, ya has oído. La batalla de Toro ha sido una victoria importante y las fuerzas de Alfonso flaquean.

—La guerra podría seguir otro año. O tres. O cinco. Ya sabes cómo son estas cosas. ¿Voy a estar aquí sin ti tanto tiempo? ¿Quién me cubrirá la espalda, Guiomar, si no estás tú a mi lado? ¿De dónde voy a sacar las fuerzas para luchar si me privas de tu presencia?

Guiomar había tenido que sonreír. Le había acariciado la mejilla mientras le miraba a los ojos ardorosos.

—Hablas como un enamorado en un romance.

—Estoy enamorado de ti.

—Y yo de ti, Diego. Pero hay que ser sensatos. —Guiomar trató de ponerle buena cara. No le gustaba saber que su amado se sentía tan desesperado ante la perspectiva de alejarse de ella, pero no podía cambiar las cosas chascando los dedos. Ya habría querido poder hacerlo. Sin embargo, el honor era el honor—. Cuando la guerra acabe, ven a Braña de Tejedo. Te estaré esperando.

—¿Y si tus padres te casan con otro?

—No aceptaré ningún otro desposorio. Te lo juro. Ni siquiera aunque murieras, Dios no lo quiera. Después de estar a tu lado y tener al mejor compañero que podría soñar, ningún otro hombre podrá ser jamás mi marido.

Tras decirle aquello, Diego había parecido satisfecho en parte... pero seguía entristecido por la imposibilidad de acompañarla. Guiomar también lo lamentaba, ¿cómo no hacerlo? Pero no deseaba que Diego echase a perder su buena reputación por seguirla como un borrego. Tendrían que soportar la distancia durante el tiempo que fuese necesario.

Aquella noche, después de cenar en compañía de los otros caballeros por última vez, Guiomar salió a caminar por las calles vacías de Zamora. Diego iba a su lado. Aprovechando que nadie los veía, la joven extendió la mano y buscó la del asturiano. Entrelazaron los dedos por instinto y se juntaron el uno con el otro. Aunque Guiomar seguía sintiéndose helada, al menos ya no era una sensación tan fuerte.

Nadie les dijo a dónde ir, y tampoco hablaron. Los pies los llevaron solos a través de las puertas y del prado que rodeaba la ciudad. Bajaron por el camino que circundaba el río y atravesaron los arbustos cubiertos de humedad y escarcha.

—Cuando era niña —empezó a decir Guiomar—, solía caminar por los campos de alrededor de Braña de Tejedo todo el rato. A veces me acompañaban mis amigos, pero casi siempre lo hacía sola y fantaseaba con la idea de escapar, de ver mundo, de visitar otros lugares donde poder ser libre. —Diego escuchaba en silencio, mirándola de reojo y sin interrumpir—. Me imaginaba que atravesaba las montañas y llegaba al mar.

Guiomar se detuvo junto al río. La luz de la luna iluminaba la superficie del agua clara y se reflejaba en su cara. Sonreía como una niña, con aquel rostro severo tornado en un gesto infantil. Diego le devolvió la sonrisa y se agachó junto a la orilla para tocar la superficie del río con los dedos.

—Siempre deseé vivir aventuras y siempre creí que tendría que hacerlo sola. Desde que me hice mayor y pasé de niña a mujer, tuve claro que nadie podría o querría acompañarme en esos viajes. En el fondo, sabía que nunca sería capaz de emprenderlos.

Guiomar se volvió para mirar a Diego y sus ojos chispearon.

—Pero desde que te conocí, me he dado cuenta de que sí que hay alguien que puede acompañarme. Eres tú, Diego. No importa el tiempo que tengamos que estar separados: voy a esperarte siempre. Si hay alguien en este mundo que puede llevarme a ver el mar, ése eres tú. No tienes que temer, ¿me oyes? —Guiomar se arrodilló a su lado y disfrutó de la facilidad que le brindaban los pantalones para hacer ese gesto. Posó sus manos sobre los hombros del hidalgo—. Sé que estás abatido, y yo también estoy muy triste. Pero volveremos a encontrarnos. Y, cuando lo hagamos, continuaremos nuestro viaje.

Diego sonrió. Sus dedos fríos y húmedos rozaron su mejilla y Guiomar se derritió. Siempre que él la acariciaba, sentía que el fuego volvía a crepitar dentro de ella. Ya no existía desesperanza, sino alegría y bienestar. Si hubiera podido retener aquella mano contra su piel para siempre, se habría sentido invencible e inmortal.

Guiomar avanzó para besarle. Aún no se había acostumbrado a lo fácil que era unir sus labios a los suyos. Después de meses de distancia y gestos acallados, un beso era tan sencillo que le resultaba increíble. El tacto de sus labios aterciopelados le producía un nudo en la garganta, y el sabor de su aliento le provocaba temblores.

Diego rodeó su cintura con las manos y la apretó contra él. Guiomar dejó escapar un suspiro y le abrazó a su vez, girando la cabeza para besarle más profundamente. Entreabrió los labios e hizo lo que nadie le había enseñado a hacer pero su corazón le inspiraba: rozó la lengua de Diego con la suya y volvió a estremecerse. ¡Era algo tan extraño y tan íntimo que ni siquiera en sus sueños habría podido imaginar que existiera una sensación así!

Él también pareció sorprendido, pues dejó escapar una exclamación cuando sus lenguas se tocaron. No se apartó. Al contrario; sus manos la asieron con más fuerza y Diego buscó de nuevo aquella caricia mientras la sostenía a su lado. El pulso de Guiomar enloqueció. Tenerlo tan cerca era embriagador. Notaba su olor personal bajo una capa de olor a lana y a cuero y al aspirarlo la cabeza le daba vueltas.

Quería más. Deseaba... No, necesitaba tenerlo aún más cerca. Besar todo su cuerpo y sentirse acariciada por sus manos. Lo había deseado durante demasiado tiempo, y ante la separación inminente su cuerpo ansiaba una última unión. La más íntima. Sí, sí... Aquel era el fuego que hacía arder sus venas y que guiaba sus labios y su lengua, nublando su entendimiento por entero.

Diego rompió el beso y la miró. Podía ver el hambre en la mirada de Guiomar. Estaba ahí, como un animal agazapado, de la misma manera que había acechado sus

sueños cuando creía que se trataba de otro muchacho. Pero que no fuese un pecado mortal no significaba que estuviese permitido. Ella era doncella y él nunca había yacido con una mujer. Aunque quisiera seguir adelante y pasar los labios por los lugares más recónditos de su cuerpo para probarla con ellos, Diego no estaba seguro de si debían seguir adelante.

Ella sintió su duda y se quedó quieta. No quería presionar más allá de lo adecuado, pero hacía tiempo que había dejado de importarle lo decoroso. Ya había roto tantas reglas que una más no le preocupaba en exceso. Además, ¿no acababa de declararle su amor eterno? ¿Importaba de verdad emitir los votos en otro contexto cuando lo había hecho ya en lo más profundo de su corazón?

—Guiomar... —murmuró Diego con tono quedo—. ¿Estás segura?

—¿Tienes miedo, acaso? —dijo ella con voz ahogada, y aun así con un deje fanfarrón que sonaba a Juan de Valdeón encabezando un asalto.

—Contigo, nunca.

—Yo tampoco.

Ya habían pronunciado más palabras de las necesarias. Diego volvió a posar sus labios sobre los suyos y ella se entregó. Su cuerpo se arqueó cuando él pasó las manos por su espalda. Guiomar besó su barbilla y su mandíbula, algo áspera por la barba incipiente. Besó su cuello y hundió la nariz en la unión con el hombro, donde su olor era intenso y la llenaba de ardor. Diego besó su pelo y su mejilla, y acarició sus labios con el dedo pulgar. Guiomar se detuvo para besarlo otra vez y llevó sus manos a la lazada de la túnica de Diego para soltarla.

—Esto no habría sabido hacerlo antes de convertirme en Juan —dijo en un murmullo, y los dos rieron. Era toda una suerte que hubiese aprendido a desnudar a un hombre, aunque fuese a sí misma.

Diego dejó la capa sobre la hierba húmeda y los dos se tendieron en ella. Guiomar se incorporó para tomarle el rostro entre las manos y besarle profundamente. El peso de él se posó sobre ella y fue enormemente placentero. Podía sentir su pecho desnudo contra ella, y la línea de sus vértebras y sus costillas bajo los dedos que resbalaban por su espalda.

Con suavidad, él abrió su túnica y reveló su torso. Había usado la armadura para ocultar su pecho durante tanto tiempo que Guiomar sintió el impulso de cubrirse para ocultarse de su mirada. Pero luchó contra él y posó los brazos sobre la capa, permitiéndole mirar la hermosura de su pecho.

Diego tragó saliva. Despacio, dibujó la línea de su esternón antes de atreverse a tocar uno de sus pechos. El suave tacto le maravilló. No habría imaginado que sería tan aterciopelado, ni que los pezones se endurecerían tan deprisa cuando posase las yemas de los dedos sobre ellos. Con suma delicadeza, bajó la boca y le besó uno de los pechos, y después el otro, antes de atreverse a pasar la lengua por ellos.

La sensación de que él la tocase donde nadie más lo había hecho antes la hizo temblar. Cuando se agachó y sintió al fin su aliento, Guiomar tuvo que morderse los labios. La caricia le resultó deliciosa. Sonrió y hundió los dedos en los rizos de Diego, que succionó suavemente el pezón antes de mirarla en busca de aprobación. Ella asintió. Nada de lo que hiciera le parecería mal a estas alturas. Estaba deseando que continuara, pero también sentía deseos de explorar el cuerpo del joven igual que él hacía con ella.

Diego besó su torso innumerables veces, pasó la lengua por sus clavículas y por su cuello y rozó su pecho con el suyo. Guiomar bajó las manos por los duros pectorales y sonrió al encontrarse con el tímido vello que comenzaba a brotar en ellos. Se incorporó para besar sus hombros y su pecho, y besó sus pezones como él había hecho con ella. Por encima de la armadura no lo había parecido, pero la piel de Diego era suave y

hermosa, sin rastro de manchas o acné. Quería perderse en ella y recorrerla, y retenerle a su lado para percibir su calor.

Se besaron mientras se acariciaban, cada vez con más intensidad, hasta que Guiomar perdió el sentido del tiempo. Le sostuvo contra ella y movió la cadera contra la suya presa de un ardor cada vez mayor. No podía expresarlo con palabras, pero su instinto sabía lo que necesitaba. Diego también. Con sumo cuidado, se hizo un hueco entre sus piernas y se deslizó contra la humedad que palpitaba allí. Guiomar contuvo el aliento. Hubo un escozor muy leve y luego la sensación de llenado la obligó a dejar escapar un gemido. No se había imaginado que fuese a ser tan intenso.

Sus uñas se clavaron en los hombros de Diego, que respiraba con dificultad. Los labios de él se cerraron sobre los suyos sin que se movieran. Entonces, muy despacio, el joven comenzó el vaivén por el que ardían las entrañas de Guiomar. La sensación se repitió, una y otra vez, con intensidad creciente. La respiración de ambos se rompió en jadeos inacabados. El sudor perló sus pieles. Guiomar miraba a los ojos de Diego y se preguntaba si aquel sentimiento podría tener final alguna vez. Cuanto más temblaba contra ella, estrellándose en sus caderas como las olas de las que le había hablado su padre, más lo amaba. Ahora que lo sentía dentro, quería retenerlo allí para siempre. Convertirse en uno, como dos llamas fundiéndose para no separarse.

Guiomar giró sobre él y se sentó a horcajadas. Diego recibió aquel cambio con sorprendida satisfacción. La joven apoyó las manos sobre su pecho y se movió como él la había enseñado cuando se habían conocido en el campamento y ella le había pedido ayuda para aprender a montar. EL movimiento era similar, pero mucho más placentero, y cuanto más rápido lo hacía más profundamente sentía aquel placer en alza.

Diego se levantó y la rodeó con los brazos. Guiomar y él se mecieron el uno contra el otro mientras sus gemidos aumentaban en intensidad y volumen hasta que llegaron al clímax casi a la vez, aferrándose mutuamente como si temieran perderse en mitad del torbellino de placer. Guiomar posó la frente sobre la de Diego y lo miró a los ojos. Aquello era aún mejor que cabalgar hacia la batalla, y mil veces más placentero. No hubo dolor ni miedo, sólo satisfacción e intimidad.

Diego la sostuvo contra su pecho y besó sus cabellos. Su rostro, tan hermoso, estaba perlado de sudor, y los rizos se le pegaban a la frente. Guiomar alzó una mano para apartarlos de ella. Le besó profundamente. Aún no había recuperado el aliento, pero no le importaba. El poco que tuviera, era de él, y lo sería siempre. Y aquel encuentro en el río sólo había sellado una promesa que se había gestado desde la primera vez que habían luchado codo con codo. Guiomar era de Diego, y Diego de Guiomar.

Capítulo 20: El viaje

Guiomar salió de Zamora antes de romper el alba después de pasar toda la noche con Diego a la vera del río. Habían intentado burlar al paso del tiempo y fingir que aquellas últimas horas en compañía durarían para siempre. Casi lo habían conseguido. Pero al final, el cielo había ido aclarándose y las primeras aves diurnas habían despertado con un gorjeo alegre, que para ellos sabía más amargo que la hiel. Era un hecho que el sol estaba por alzarse sobre sus cuerpos fríos, y que Guiomar debía partir de inmediato hacia Braña de Tejedo.

Recogió sus cosas, su armadura y su zurrón y tiró de las riendas de su caballo hasta la puerta de la ciudad. Diego la acompañó en silencio. Ninguno quiso decir nada, pues ya habían hablado sobre todo lo que tenían que hablar y habían dejado que sus manos y sus cuerpos transmitieran lo más importante del mensaje. Antes de subir a lomos del caballo, Guiomar se puso de puntillas y besó a Diego en los labios mientras el sol se desperezaba tímidamente entre las nubes.

Con los ojos inundados de lágrimas, la muchacha se aposentó en la silla y alzó la mano a modo de despedida. Entonces, acallando su propia tristeza, arrió al animal y se lanzó al galope por los caminos que llevaban al norte.

Las primeras horas del viaje fueron las más duras. Guiomar sentía como si un virote la hubiese atravesado de lado a lado y una larga maroma, atado en uno de sus extremos, tratase de retenerla en la ciudad. Cuanto más se alejaba, más se tensaba la cuerda, y el dolor y la añoranza se convertían en físicos. Era una sed, un hambre, una tensión intensa en lo más profundo de su ser que amenazaba con partirla en dos si no daba la vuelta para reunirse de nuevo con Diego.

Pero al cabo de un tiempo, cuando sus músculos ya se habían acostumbrado al trote continuo y su mente estaba embotada por la fatiga, el dolor comenzó a hacerse más soportable. Se recordó que no era la primera vez que habían tenido que separarse y que probablemente no fuese la última. A pesar de su condición de mujer, seguía siendo un soldado y un caballero al servicio del Rey. Guiomar había trepado por una escala, espada en mano, para asaltar un castillo portugués. Había cargado contra un muro de hombres de armas con el grito de Castilla en los labios. Había sido descabalgada por una lanza y se había vuelto a poner en pie sin importarle el dolor o el agotamiento. Amaba a Diego y le echaría de menos, pero ese sentimiento no era peor que el enfrentarse cara a cara a la muerte. Pronto -y estaba segura de que sería así- volverían a encontrarse.

Dejó Zamora bien atrás y avanzó a través de la meseta en dirección este. Atravesó las llanuras y los campos de labranza, pasando frente a las granjas y aldehuelas que brotaban alrededor del río como setas. El viento le meció el cabello corto y la capa ondeó a su espalda, haciendo un ruido intenso que ensordecía sus oídos.

Al anochecer, Guiomar decidió parar en una aldea cercana a Valladolid. Continuar en plena noche era una temeridad, además de que la larga cabalgada le había dejado el cuerpo hecho polvo y el estómago vacío.

Dejó al caballo en la cuadra y dio al mozo algunas monedas antes de entrar en la posada. Los tiempos de guerra la habían vaciado, así que la posadera recibió su llegada como caída del cielo. Le ofreció una habitación por poco dinero y un cuenco de sopa y garbanzos con el que calentarse antes de ir a dormir. Guiomar, que pretendía disfrutar de su mascarada como Juan de Valdeón tanto como le fuera posible, aceptó con voz masculina y se sentó a comer en una mesa mientras disfrutaba del calor del fuego. Aunque la primavera estuviera cada vez más próxima, el aire helado cortaba la cara, sobre todo si se iba a caballo.

Guiomar dio buena cuenta del cocido y mojó todo el pan que le ofrecieron en el caldo, hasta el punto en que lo convirtió en algo más parecido a unas gachas que a una sopa. Casi había terminado de rebañar el cuenco cuando la puerta de la posada se abrió y entraron tres hombres con los rostros rojos y estremecidos de frío.

—Buenas noches —dijo el primero, un hombre de pelo entrecano con amplios hombros y piel curtida—. ¿Hay habitación para nosotros?

—¡Huy, qué bien! —respondió la posadera, muy animada—. Pues claro que hay habitación. También hay cena para todos, si la quieren.

Los hombres se miraron entre sí.

—Claro, claro.

Uno de ellos reparó en Guiomar y dio un codazo al otro. Se miraron entre sí otra vez antes de cabecear en su dirección. Guiomar les respondió al gesto con cortesía y se envaró en un intento de parecer aún más masculina. No se le había olvidado cómo hacerlo aunque su secreto se supiera desde hacía una semana en el campamento. Sabía que si quería ganarse el respeto de aquellos hombres y estar más segura, debía mantener su fachada masculina.

—Ponnos la cena, buena mujer —dijo el que parecía el líder—, y una jarra de buen vino.

—Enseguida. Tomad asiento, que no tardaré nada.

Los hombres ocuparon la otra mesa cercana al fuego. Por sus ropas, Guiomar supuso que eran mercenarios u hombres de armas. Iban armados, aunque no llevaban ningún color ni escudo nobiliario que los identificase de alguna manera.

—Buenas noches —saludó el hombre de pelo entrecano—. Me llamo Miguel Pérez, y estos son mis compañeros Bertrán de la Osa y Julio Martínez. —Los otros dos levantaron la mano y Guiomar respondió igualmente—. ¿Cuál es vuestro nombre, si puedo saberlo, joven señor?

Guiomar había decidido usar su armadura para el viaje, además de los colores de Tejedo. Miguel Pérez debía haberse dado cuenta de su noble alcurnia, pues tanto sus ropas como su equipo eran mejores que los suyos.

—Me llamo Juan de Valdeón —respondió ella antes de pensar ningún nombre diferente, y por tanto quizá mejor.

—¿Qué os trae a estas tierras?

—Lo mismo que a vos, imagino. La guerra. —Guiomar dio el último sorbo al caldo—. Pero debo deciros que he abandonado el servicio de mi señor y que a partir de este momento no me considero en lid. Soy un caballero errante, libre y pasajero.

Miguel Pérez sonrió. La piel curtida formaba arrugas profundas en la comisura de los labios y los ojos.

—No hace falta que os pongáis a la defensiva, Juan de Valdeón. Os aseguro que no tenemos ninguna intención de causaros daño. Como vos, somos viajeros que vienen y van, y la guerra que la hagan otros. —La mujer llegó con la cena y la puso sobre la mesa, con la jarra y los vasos de arcilla—. Buena señora, ofrecedle un vaso de buen vino a mi amigo Juan de Valdeón. Creo que le he ofendido y no quiero que haya mala sangre.

—No me habéis ofendido, no temáis... —dijo Guiomar carraspeando.

—Insisto. Que se note que somos hospitalarios en estas tierras.

Guiomar cabeceó y la posadera lo interpretó como que accedía al ofrecimiento de Miguel. Poco después, la mujer aparecía con un vaso de vino que, a juzgar por el olor, era uno de sus mejores caldos. Guiomar lo probó con gusto. Se había aficionado a la bebida durante su tiempo entre soldados, y había aprendido a diferenciar un vino peleón de uno de buena bodega. Lo bebió con agrado y lo levantó en dirección a Miguel Pérez.

—Os lo agradezco, aunque no era necesario.

Los hombres habían empezado a comer con buen apetito y peores modales que los suyos, algo normal teniendo en cuenta que eran plebeyos.

—¿Habéis peleado vos también? —preguntó Guiomar, cada vez más intrigada por aquel soldado en apariencia veterano.

—Lo hemos hecho, sí... Hasta que a nuestro patrón se le ha acabado el dinero. —Miguel sonrió—. No todos los hombres tenemos la virtud de entregarnos en servidumbre como hacéis los caballeros, errantes o no.

—No os juzgo. Cada uno debe ganarse los garbanzos como puede.

—Me alegra que no lo hagáis, pues no estaba buscando tal cosa. ¿Habéis participado en la última batalla?

—¿En Toro? —Guiomar dudó acerca de los beneficios de decir la verdad, pero tampoco había pensado en ninguna otra historia—. Sí, aunque me hirieron de gravedad. Es uno de los motivos por los que he tenido que abandonar el servicio.

—Me alegra ver que estáis mejor, aunque lamento que hayáis tenido que dejarlo.

—Yo también lo lamento, pero así son las cosas.

Guiomar esbozó una sonrisa. Había algo en los ojos de aquel hombre que la inquietaba. La miraba con franqueza, confiado, pero los otros dos parecían personajes algo más oscuros. Masticaban la hogaza de pan con la boca abierta y las migas se les quedaban prendidas en la barba. Sin embargo, no eran aquellas formas las que le daban mala espina, sino la manera en la que observaban sus movimientos. Debía tener cuidado con lo que hacía y decía, pues no sería la primera de taberna en la que alguien recibía una puñalada a traición.

—Creo que voy a irme a dormir —anunció tras acabarse el vino—. Llevo todo el día viajando y estoy agotado.

—Descansad, Juan de Valdeón. Mañana será otro día.

Guiomar saludó a la posadera y a los hombres y subió las escaleras hasta su habitación. Atrancó la puerta lo primero, se despojó de la armadura y revisó la cama en busca de parásitos. Como no encontró ninguno -y tenía que deberse más a la falta de huéspedes que a la higiene del local, a decir verdad-, se tumbó en el jergón de paja y se quedó dormida casi al instante.

A la mañana siguiente, apenas pudo levantarse sin gruñir. Los músculos se le habían resentido enormemente tras tantas horas a lomos del caballo. Se vistió con dificultad y se aseguró la armadura tan bien como pudo. Bajó cojeando y pidió leche y pan para el desayuno. La posadera le ofreció panceta recién hecha y ella aceptó con gusto.

Los hombres de Miguel Pérez no tardaron en aparecer escaleras abajo. Ocuparon la misma mesa que la noche anterior y pidieron el mismo desayuno que ella.

—¿A dónde vais, Juan de Valdeón, si puede saberse? —preguntó Miguel después de darse los buenos días reglamentarios.

—A Burgos —dijo ella en un intento de ser imprecisa.

—Nosotros vamos muy cerca —contestó Miguel—. Tal vez quisierais que os acompañásemos.

Guiomar procuró no torcer el gesto, pero el ofrecimiento le resultó algo incómodo. Prefería viajar sola por muchas razones, la primera de ellas el mayor control que tenía sobre el secreto de su feminidad cuando no dependía de ocultarse de nadie. Tampoco confiaba en demasía en aquellos desconocidos. Percibía algo extraño en ellos y no deseaba compartir su tiempo ni su camino con gentes tan inquietantes.

—Me gustaría continuar por mi cuenta —respondió Guiomar en tono prudente—. No quiero despreciar vuestra compañía, pero aprecio los momentos de soledad y

reflexión del camino y me manejo mejor mis propios tiempos cuando no dependo de nadie.

—Es lógico. —Miguel ladeó la cabeza y sonrió de medio lado—. Disculpad si mi ofrecimiento os ha parecido excesivo.

—No, no. Disculpadme a mí por no aceptarlo.

Miguel Pérez sonrió y Guiomar le devolvió la sonrisa, pero los otros dos hombres no sonrieron de vuelta. Ella tuvo un mal presentimiento que le provocó un salto en el estómago. Decidió remolonear en la posada hasta que los hombres emprendieran su camino. Los vio recoger sus cosas y despedirse de la posadera y de ella antes de marcharse por donde habían venido. Salió para asomarse desde la puerta y se aseguró de que los tres se alejaban camino abajo a lomos de sus caballos antes de pensar en hacer lo mismo.

Más tranquila, pagó por la estancia, recogió sus cosas y montó en su caballo. Seguía notando el cuerpo entumecido y probablemente hubiese aprovechado unas horas más de descanso, pero pretendía volver a Braña de Tejedo lo antes posible para encontrarse con sus padres y enfrentarse a su destino.

Había tenido tiempo para pensar largo y tendido en lo que les diría. Sabía que sus padres estarían furiosos con ella. Después de todo, había robado un caballo, una espada y una armadura y se había marchado sin su permiso. Había pasado más de medio año en campaña sin enviarles un mísero mensaje, y a estas alturas no sabrían si estaba viva o muerta. Teniendo en cuenta que antes de marcharse apenas había recibido adiestramiento en las armas, era fácil imaginar que hasta hubiesen llorado su muerte. Cuando pensaba en ello, su corazón se encogía.

Por otro lado, la carta del Rey que llevaba consigo la eximiría de cualquier castigo, ¿no? Al menos eso quería pensar. Su padre tendría que admitir que había hecho lo que había hecho por mantener alto el honor de la familia y por conservar las tierras, y que había demostrado tal valor en batalla que hasta el mismo Rey Fernando le daba las gracias y le ofrecía un estipendio. Hasta la peor de las infracciones tenía que ser perdonada ante tal evidencia, o eso quería pensar Guiomar.

En cierto modo, lo que más le preocupaba era saber qué le esperaba después de enfrentarse a sus padres y contarles cómo le había ido en la campaña. Incluso aunque se librase del castigo, era evidente que algo tendrían que hacer con ella. Seguía siendo una hija abnegada a la que habrían de colocar de cara al futuro, ya fuera como prometida de algún noble local o ingresándola en un convento.

Guiomar le había prometido a Diego que no aceptaría ningún otro marido y pretendía mantener su promesa en firme, ¿pero cuánto tendría que patalear y protestar para que sus padres respetasen su decisión? ¿Qué dirían si les revelaba que no sólo se había enamorado de otro joven, sino que ya no era doncella tras haber compartido una noche de amor junto al río? La mera idea hacía que las orejas le enrojecieran. Su madre pondría el grito en el cielo, igual que había hecho cuando pensaba que sus escapadas con Felipe eran por motivos amorosos más que bélicos.

De pronto, le asaltó una idea peligrosa. ¿Y si se había quedado embarazada? Su encuentro con Diego había surgido del profundo amor que sentía por él y del ardor que crecía en sus entrañas desde hacía meses, pero en ningún momento había considerado la posibilidad de que estuviera encinta. ¿Y si resultaba que había quedado en estado y daba a luz a un bastardo? Ni la carta del Rey podría protegerla de la desvergüenza que aquello conllevaría.

Guiomar estuvo a punto de parar y volver atrás. Ya no estaba tan decidida a regresar a casa para enfrentar a las consecuencias de su escapada. Si llevaba consigo un

bebé engendrado fuera del matrimonio, ni toda la benevolencia de su padre podría salvarla de un castigo.

Refrenó la marcha, pues el pensamiento le había provocado un súbito mareo. Miró hacia atrás como si calculase el tiempo que tardaría en regresar a Zamora. No, esa solución no serviría. Si había aprendido algo en la campaña era que poseía mayor valentía que muchos hombres. Encararía la situación con determinación y sin retroceder, y si se había quedado en estado tendría al hijo de Diego con el mayor orgullo que podía tener una madre, pues no veía el pecado en concebirlo antes de recibir un sacramento. Al fin y al cabo, no había mayor sacramento que el que habían compartido en sus corazones.

De mejor humor, Guiomar siguió al trote y avanzó a través de una arboleda a medida que el camino serpenteaba para esquivar un riachuelo. Aunque aún no se hubiese hecho a la idea, la posibilidad de que de verdad estuviera embarazada de Diego le empezaba a parecer cada vez más agradable.

Entonces, tal y como había venido, la alegría se esfumó. Tres jinetes galopaban en su dirección enarbolando espadas y mazas. Eran Miguel Pérez y sus dos compañeros.

Guiomar se quedó lívida. Tardó un tiempo precioso en reaccionar, dudando como estaba entre desenvainar la espada y presentar batalla o arriar al caballo y tratar de huir. Para cuando lo decidió, ya no había posibilidad de escape y se encontró a sí misma con la espada y el escudo en la mano para detener el ataque lo mejor que podía.

Miguel lanzó un espadazo por su diestra y ella elevó la espada para detener la estocada. Bertrán atacó por la izquierda y descargó un mazazo sobre su costado. Ella lo paró con el escudo, pero la fuerza casi se lo arrancó de las manos. Dirigió el caballo con las piernas en un intento de zafarse de Miguel, pero el hombre no hacía más que buscar dónde encajarle un golpe.

—¡Por Dios! ¿Qué os ha picado?

—¡Habéis hecho un enemigo demasiado poderoso, Guiomar! —gritó Miguel con los dientes apretados—. ¡Nunca debisteis cruzaros en el camino de don Pere de Cabieces!

¡Don Pere! Sólo un perro como él podría haber tramado algo así. Debía de haber enviado a aquellos mercenarios para matarla después de que se fuera sin recibir ningún castigo. Desesperada, Guiomar lanzó un tajo contra Miguel y la punta de la espada le rajó la mejilla. El hombre dejó escapar un grito y se apartó, casi cayendo de la silla.

Julio Martínez ocupó el espacio que había dejado. Llevaba dos mazas, una en cada mano, y por la manera de enarbolarlas parecía un salvaje desalmado. Guiomar gritó cuando una de ellas le alcanzó en el hombro y quebró el acero, hundiéndolo en la carne. Pudo detener la otra, que se detenía hacia su cabeza con una potencia brutal, pero Bertrán aprovechó para golpearle en el costado.

Guiomar contuvo el aliento al sentir que una de sus costillas cedía bajo el impacto.

Cayó del caballo como un saco. Trató de levantarse, pero el animal se encabritó y a punto estuvo de cocearle la cara. Los hombres saltaron de sus caballos y bajaron para rematar la faena. Bertrán y Julio la patearon, obligándola a besar el suelo. Sus puntapiés apenas se notaron a través de la armadura, sobre todo por el agudo dolor que le atenazaba el hombro, pero fue igualmente humillante.

—¡Dejadme! ¡Yo no os he hecho nada! —gritó ella mientras intentaba zafarse.

Miguel le dirigió una mirada torva. El corte de su mejilla manaba sangre roja y espesa, y el gesto de su rostro parecía aún más oscuro con aquella herida tan fea. Cualquier simpatía que le hubiese inspirado la noche anterior se había esfumado por completo.

—Una mujer no debería tomar las armas. Te has disfrazado como un hombre y has mentido a todo el mundo. Eres una zorra y alguien tiene que enseñarte las consecuencias de jugar con fuego —dijo con la voz cargada de odio—. Además, después de lo que me has hecho en la cara, ¿crees que voy a dejarte marchar así como así?

El mercenario recogió la espada, que había dejado caer al suelo tras ser herido, y avanzó en su dirección mientras los otros hombres reían. Guiomar apretó los dientes. Sabía cómo acababan estas cosas e imaginaba que se encontraba ante los últimos instantes de su vida. Había imaginado ese momento en muchas ocasiones desde que había empezado la guerra, pero nunca había sido tan injusto. Siempre había tenido tiempo de pelear y morir de manera honorable. Ser emboscada por un enemigo que tendría que haber sido un aliado le resultaba tan decepcionante que las lágrimas acudían a sus ojos y no era por el dolor.

—No sois hombres, sois bestias —siseó ella, casi sin aliento.

—¿Y tú sí lo eres? —preguntó Miguel, burlón, mientras la sangre resbalaba por su mandíbula.

Bajó la espada y la introdujo por el hueco entre las junturas de la coraza. Guiomar gimió cuando el acero mordió su carne y se internó en su abdomen. Sintió el frío abrasador de aquel arma que le robaba la vida y luego el intenso dolor que se extendió por sus entrañas. Cuando Miguel desclavó la espada, su sangre goteaba por ella.

—Buscad el oro y la carta —ordenó Miguel a sus compinches—. Y coged el escudo. Que nadie sepa quién era cuando encuentren su cadáver. Son las órdenes de don Pere.

Guiomar apenas estaba consciente mientras los hombres le arrebataban sus pertenencias. El dolor la atenazaba y el sueño parecía cada vez más incitante, como un descanso prometido después de un largo viaje lleno de sufrimiento. ¿Qué más daba morir, después de todo? ¿Qué más daba?

Capítulo 21: El hallazgo de Diego

Diego no tendría que haber dejado Zamora y lo sabía.

Había pasado todo el día pensando en las palabras de Guiomar, que con tanta sabiduría le había recordado que debía lealtad al Rey sobre todas las cosas. Después de todo, había dado su palabra, y un caballero valía tanto como ella. Si la rompía estaba cayendo en los mismos errores que su padre, y odiaba a su padre.

Pero amaba a Guiomar.

Después de pensarlo largamente, Diego había decidido hacer su equipaje con premura y lanzarse a los caminos a toda velocidad. Había tardado en tomar la decisión, pero cuanto más se alejaba de Zamora más se alegraba de haberlo hecho. Antes o después daría con Guiomar y le diría a la cara que no podía vivir sin ella. Que el Rey podría pasar con un caballero más o menos entre sus huestes, y que después de tanto él no habría marcado ninguna diferencia. La mejor entre todos había sido ella, sin duda, y a él no le daba vergüenza admitirlo. Era la verdad, como también lo era que se había enamorado de Guiomar hasta las trancas y que estar lejos de ella le producía un dolor más agudo que el de ninguna espada.

Cabalgó a toda prisa, hasta reventar al caballo, y paró en una posada del camino cercana a Valladolid. Allí pidió un caballo de refresco y entró a comprar víveres. En el interior, una posadera recibió su visita con regocijo.

—No sé qué pasa, que en dos días he tenido más huéspedes que en las últimas dos semanas —dijo la mujer mientras le servía un vaso de vino.

—¿Ha venido alguien más? —preguntó él con una corazonada.

—Un joven hidalgo llamado Juan de Valdeón.

—¿Juan?

Al oír su nombre, aunque fuera el falso, Diego sonrió sin querer. Pensar que Juan volvía a cabalgar por los caminos le llenó de una grata sensación de nostalgia.

—Sí, sí. Un chico de vuestra edad, más o menos. También vinieron tres hombres, todos ellos veteranos. Se marcharon esta mañana, y luego el propio don Juan.

Diego asintió. ¡Estaba cerca! Muy agradecido, dio una propina considerable a la mujer y tomó un caballo descansado de la cuadra para continuar con la galopada. El viento se enredaba en su cabello castaño como los dedos de Guiomar. Sí, sí. Había tomado la decisión correcta. Su corazón se henchía de felicidad al pensar en volver a tenerla cerca. Después de la noche junto al río, apenas podía quitársela de la cabeza. Estaba más seguro que nunca de que deseaba pasar el resto de su vida con ella, fuese como fuera. Y si para ello tenía que romper una promesa, no le importaba. Estaban hechos el uno para el otro.

El camino se tornó enrevesado a medida que se enredaba en una corriente de agua próxima. Entró en una arboleda y continuó a menor velocidad por la cercanía de los árboles. Algo le hizo mirar a mano izquierda. Al principio creyó que era una ilusión óptica por el efecto de las sombras de los árboles, pero no tardó en percatarse de que era real. Había un cuerpo tendido en el suelo sobre un charco de sangre. Un cuerpo ataviado con armadura.

Diego tragó saliva, tiró de las riendas y saltó al suelo. Corrió en dirección al cuerpo con el corazón palpitando a toda prisa.

—¡No!

Se dejó caer a su lado y ni sintió el golpe en las rodillas. El rostro cetrino y salpicado de sangre era el de Guiomar. Sin respiración, la tomó de la nuca y la levantó lleno de angustia.

—¡Guiomar! ¡Guiomar! —Pasó los dedos sobre su rostro en un intento de despertarla, sin suerte. Su piel estaba tibia—. No, por Dios... ¡No!

Rompió a llorar y besó su mejilla. ¿Quién le había hecho eso? ¿Por qué no había llegado a tiempo? La rodeó con los brazos y la apretó contra su pecho como si eso fuese a devolverla a la vida. La idea de su muerte aún no había calado del todo en su cabeza, pero la desesperación no tardaría en llegar, pues la evidencia física era demasiado certera para negarla.

—Oh, Guiomar, no...

Doblado por los sollozos, volvió a besar su mejilla... y sucedió un milagro. La joven abrió los ojos. Fue algo rápido, tanto que casi no lo creyó. Posó los dedos sobre su labio superior y percibió su aliento, al igual que el tímido pulso en el cuello. ¡Seguía viva! No sabía durante cuánto tiempo, pero aún había esperanza.

La cargó sobre el caballo de la manera más cuidadosa posible y cabalgó de vuelta a la posada, sosteniendo el cuerpo inconsciente de Guiomar con tanto celo que apenas sentía los brazos. Cuando llegó a la posada, casi era de noche. La mujer soltó un grito al verlo entrar con Guiomar en los brazos, chorreando sangre, pero se apresuró a indicarle al mozo que llamase al médico de la aldea cuando comprobó la urgencia del caso.

Diego no se separó de la cama de Guiomar hasta que llegó el médico, y ni siquiera accedió a salir de la habitación cuando éste se lo pidió:

—No pienso marcharme —dijo, desafiante—. Lo que hay debajo de esa armadura ya lo he visto, y he estado en la guerra. Ahora salvadle la vida a mi amada, por todos los santos.

El médico no hizo comentario alguno. Tampoco pareció sorprenderse cuando le quitó la coraza y comprobó el daño que había debajo. Diego se mordió el labio inferior al ver con sus propios ojos la horrible herida que tenía Guiomar en el vientre.

—No sé cómo sigue viva —comentó el médico mientras la inspeccionaba—. Le han roto un par de costillas y el hombro, pero con este tajo dudo que llegue a mañana.

—Haced lo que sabéis, o yo haré lo que sé —amenazó Diego, tan blanco como la leche.

El hombre no respondió tampoco a aquella amenaza. Como sanador, debía de haberla oído a menudo. Diego se quedó para mirar y ayudarle en lo posible. Ya había atendido a otros hombres en el campo de batalla con heridas más grotescas que aquella, pero que fuese Guiomar y no cualquier otro le causaba mayor impresión que la sangre y la carne abierta.

Durante las siguientes dos horas, cuando ya era de noche cerrada, el galeno se esforzó al máximo por limpiar y cerrar la herida. Cosió como una matrona, dejándose los ojos para distinguir el músculo y la piel a la luz de la vela mientras Diego sujetaba la carne para facilitarle la tarea. Al final, una fea sutura contenía la hemorragia y mantenía todo en su sitio. Para evitar la infección, el médico le puso una cataplasma de vino hervido y miel.

—No sé si sobrevivirá —le dijo con sinceridad después de todo el trabajo hecho—. Ha perdido mucha sangre y aún puede sufrir de fiebre y morir por la infección.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó Diego con desespero.

—Rezar, joven caballero. Rezar y llamar a un sacerdote para que le dé la extrema unción, por lo que pudiera pasar.

El médico se fue después de que Diego le pagara el trabajo. La posadera, que a pesar de la hora aún no había querido acostarse por la curiosidad que le provocaba la situación -sobre todo, al parecer, la condición de mujer del tal Juan de Valdeón-, se ofreció a llamar al sacerdote de la aldea. Diego se negó. Se sentó en un taburete junto a la cama, tomó a Guiomar de la mano y empezó a rezar para sí.

Las horas pasaron tan lentas que Diego apenas sintió la llegada de la mañana. El tiempo parecía haberse detenido en el momento en que el médico le había anunciado que parecía improbable que la joven sobreviviera. Seguía respirando y su corazón latía, pero tras el canto del gallo su piel empezó a arder y su cuerpo a sudar.

Diego se mantuvo a su lado en todo momento. La posadera le ofreció comida y bebida cada poco, pero él no parecía querer otra cosa que agua fresca y paños para limpiarle el sudor y refrescarle la frente a la pobre Guiomar. Le besaba la mejilla ardiente y le sostenía la mano como si fuera un tesoro adorado, pero por más que le transmitiera su amor, su estado no mejoraba.

A mediodía, llamó a un sacerdote.

El cura torció el gesto al ver a la muchacha con el pelo cortado al estilo masculino, pero accedió a darle la extrema unción como Diego le suplicaba. Lo que menos podía permitir era que su amada fuera condenada por los escasos pecados que hubiera podido cometer si moría antes de que fueran absueltos. El sacerdote la ungió con aceites sacramentales y pronunció una larga oración en latín que pretendía relevar a la muchacha de sus faltas terrenales. Al final, después de desearle lo mejor, se marchó por donde había venido.

Al atardecer, Diego estaba seguro de que Guiomar iba a morirse.

—Mi amor —le susurró al oído—, ¿por qué has tenido que marcharte? Si te hubieras quedado en Zamora nada de esto habría pasado. Si te hubieras quedado conmigo, podríamos haber... —Los sollozos le rompieron la voz—. ¿Por qué el destino se ha vuelto contra nosotros? ¿Por qué has sobrevivido a la guerra para morir de una manera tan rastrera, a manos de bandoleros de los caminos?

Diego empezó a llorar y la rodeó con los brazos. La respiración de ella se agitó y durante un instante pareció que iba a agotarse... pero volvió a recuperar el ritmo normal al cabo de unos segundos. Acarició la frente de Guiomar y esperó, por si se producía el fatal desenlace... Pero no ocurrió nada.

Pasó otra hora y la fiebre empezó a bajar. Diego tragó saliva. Podía ser una buena señal, pero tampoco estaba seguro de que significase nada. En cualquier caso, ahora que había mejorado un poco podía permitirse el lujo de levantarse y bajar a tomar algo.

La posadera le tendió un cuenco de sopa y un vaso de vino para que llenase la tripa. Diego lo aceptó de buena gana, pero apenas tenía apetito. Se forzó a beber el caldo para que el vino no le cayera en el estómago vacío. Estaba tan angustiado que le costó varios minutos poder ver el fondo de la escudilla de madera.

Entonces la puerta se abrió y entraron tres hombres de aspecto sombrío. Uno de ellos tenía una fea herida reciente en la mejilla, un tajo que le bajaba desde el párpado a la mandíbula y cuyos labios hinchados palpitaban con agresividad. Los otros dos parecían inusitadamente contentos. En las manos llevaban pellejos de vino, lo que podía explicar a qué venía tanta alegría.

—Posadera, queremos una habitación. La del otro día nos valdrá —dijo el de la herida con la mandíbula apretada por la tirantez de la cara—. Y una cena.

—Sí, señor —dijo la mujer, que tampoco parecía satisfecha por la llegada de aquellos tres alborotadores. Diego tocó la empuñadura de su espada con sospecha. No sabía si podía con los tres, pero si daban problemas se defendería. Ya había tenido suficientes emociones por un día, y su humor era cada vez más negro—. Menuda herida tenéis, señor Pérez.

—Métete en tus asuntos, mujer, y danos la cena —espetó él.

Los ojos del hombre se cruzaron con los de Diego y en ellos había cierto desafío. Parecía estar calculando lo hábil del joven hidalgo por si tenían que cruzar espadas.

Diego no hizo ademán de desenvainar ni de tocar la espada, pero se mantuvo alerta en todo momento por si los otros empezaban.

La mujer llegó con escudillas humeantes para los tres y algo más de vino. Los hombres comieron como cerdos, bebiendo el caldo a grandes sorbos y metiendo los dedos sucios en él para pescar los trozos de verdura flotantes. Cuando el de la herida intentó beber, se apartó con un gruñido de dolor. El tajo debía de dolerle tanto que el mero vapor de la sopa ya le provocaba sufrimiento.

Uno de los que le acompañaban sacó una bolsa de oro y contó las piezas en voz alta. Diego hizo como que no prestaba atención, pero puso oído a todo lo que decían.

—¡Guárdate eso, cenutrio! —le espetó el de la herida—. ¿Estás intentando llamar la atención, o qué?

—Perdona, Miguel, pero es que...

—Cierra la bolsa y la boca y come, que para eso hemos venido.

—Igual tendrías que pedir ayuda a un médico para que te mire la herida de la cara —dijo el que aún no había hablado—. Se te está poniendo morada y no tardará en infectársete.

—No me fío de los matasanos. Se curará sola.

—Bueno, bueno, como tú digas...

Era evidente que el hombre de la herida era el líder y que los otros, por brutos que parecieran, le seguían ciegamente. Diego tuvo una corazonada al ver el dinero, pero no se atrevió a preguntar por él. Prefirió esperar.

Los hombres terminaron de cenar y se levantaron para irse a la cama, momento en que a uno de ellos se le cayó un papel doblado al suelo. Revoloteó hasta recorrer la mitad de la distancia entre la mesa de Diego y la suya. Incluso en la penumbra, al hidalgo no le costó reconocer el sello lacrado del Rey Fernando. La sangre se le subió a la cabeza y todos sus intentos por permanecer sereno fracasaron.

Echó mano de la espada que llevaba acariciando desde hacía un rato y desenvainó mientras se levantaba de un salto. Los hombres reaccionaron al instante. Los aceros cantaron y, de pronto, la sala común de la posada se llenó del resplandor de las espadas.

La posadera dejó escapar un chillido.

—¡Ay por Dios! ¡Que no corra la sangre, por favor!

—¿De dónde habéis sacado esa carta? ¿Del mismo sitio que el oro? —inquirió Diego con toda su furia.

—De manos de una zorra —respondió el de la herida—. Y si quieres te llevamos con ella ahora mismo.

—Está viva, malnacidos. Pero vosotros no durante mucho más tiempo.

Diego pateó la silla y enredó al hombre más cercano en ella. Como una exhalación, se lanzó al combate con el segundo, que trató de evitar sus estocadas pero no fue tan ágil como el asturiano como para conseguirlo. Diego hundió su espada en el hombro del mercenario y la desclavó para parar el ataque del hombre de la herida. El acero chocó una y otra vez mientras se movían por la taberna como jóvenes borrachos. Diego no hacía más que interponer muebles entre su enemigo y él sin dejar de prestar ojo a los otros dos. Uno de ellos estaba herido, pero el que permanecía en pie, aunque borracho, era un enemigo más a tener en cuenta.

El hombre del tajo en la cara acertó una estocada en su brazo y corrió la sangre. Diego apretó los dientes y se sobrepuso al dolor, buscando con ahínco un hueco en la armadura de cuero donde poder clavarle el arma para matarlo. Ahora que sabía que aquel hombre había intentado asesinar a Guiomar, todo lo que deseaba era acabar con su vida.

El segundo mercenario se le echó encima y le golpeó en la cara con la empuñadura de la espada. Diego tropezó y cayó sobre una de las mesas, pero se apartó en el momento preciso para evitar que lo acribillaran. Respondió con furia, moviendo la espada en arcos furibundos que no alcanzaron a sus enemigos por muy poco. La posadera se había cubierto detrás de la barra, y menos mal, pues no hacían más que atropellar muebles y destrozarlos.

—¡Mal rayo os parta, perros! —vociferó Diego—. ¡Cobardes, asesinos!

Con el rostro congestionado en una máscara de rabia, el asturiano atravesó al guerrero borracho de lado a lado, igual que ellos habían hecho con Guiomar. El hombre se tambaleó y se desclavó él solo, llevándose las manos a la herida con gran confusión. Cayó de rodillas, muerto o a punto de estarlo.

Sólo quedaba uno, el más peligroso. El hombre de la herida le miró con determinación. En aquellos ojos había un alma más negra que el del mismo Diablo. Diego, aunque ardiera de rabia, tuvo verdadero miedo. Dudó durante un instante si podría enfrentarse a él y salir victorioso.

Asió la empuñadura de la espada con las dos manos y se abalanzó sobre él. El hombre le esquivó e intentó ganarle la espalda, pero Diego se movió con premura y lanzó otro tajo horizontal que estuvo a punto de partir a su enemigo por la mitad. El mercenario retrocedió con un gruñido y tropezó con una silla. Con una rápida estocada intentó alcanzar el corazón de Diego, pero éste detuvo el golpe y cortó al mercenario en el brazo.

El hombre del tajo en la cara retrocedió, espada en mano. Miró a Diego con rabia... pero en lugar de acometer contra él, salió corriendo a través de la puerta. Diego le persiguió sólo para descubrir que montaba a lomos de su caballo y salía al galope a través de la noche.

Capítulo 22: El regreso

Guiomar despertó por segunda vez en su vida en un lecho que no reconocía. La boca le sabía a rayos y notaba el cuerpo entero entumecido y dolorido. Tenía la sensación de haber padecido innumerables pesadillas, pero no podía recordar ninguna. Casi era mejor así. Estaba segura de que la habían matado en una de ellas, y prefería no rememorar la sensación de la muerte. Por suerte, en algún momento había aparecido un ángel que la había rescatado de la oscuridad. Y, como ya había ocurrido en el pasado, despertaba en una cama nueva con el cuerpo roto pero el alma intacta.

—¿Guiomar? ¿Estás despierta?

La suave voz de Diego le hizo dudar de si aún estaba soñando. Lo había dejado en Zamora hacía tanto tiempo que parecía una eternidad. Y, sin embargo, allí estaba. Sus labios se apretaron contra los suyos. Guiomar sufrió un pequeño mareo. Estaba tendida en la cama, pero las paredes daban vueltas en torno a ella como cuando su padre la tomaba por los brazos y la hacía girar a su alrededor.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ella con voz mortecina.

—Todo y nada, amor mío —musitó él acariciándole el pelo—. Duerme. Descansa. Todo está bien.

Obedeció las palabras de Diego porque aún se sentía agotada y desfallecida. Cuando despertó de nuevo, él sostenía un cuenco de sopa en las manos y se lo ofrecía para que bebiera. Guiomar aceptó, aunque incorporarse le supuso un estallido de dolor en el vientre.

—Ten cuidado o se te saltarán los puntos —advirtió Diego.

Aquella frase le trajo el recuerdo de la horrible herida que le habían infligido en sueños. No había sido una fantasía, después de todo. Ahora lo sabía a ciencia cierta. La pesadilla no había sido tal. Había estado al borde de la muerte después de que unos hombres enviados por don Pere de Cabieces la atacasen en el bosque y la dejasen allí tirada para que se desangrara. El resto continuaba difuso, pero el resultado había sido casi irreversible. Por suerte, Diego la había salvado. Ni siquiera podía enfadarse con él por haber quebrantado su juramento con el Rey.

Entre el sueño y la consciencia, Guiomar fue mejorando. Su salud seguía delicada cuando Diego le explicó todo lo que había ocurrido, pero al menos podía pasar varios minutos consciente y era capaz de hablar sin fatigarse.

Por lo que Diego le contó, los hombres que la habían atacado habían llegado a la misma posada, probablemente porque se dirigían de vuelta a Zamora para dar aviso a don Pere de que habían realizado la fechoría. Diego se había enfrentado a ellos y había matado a dos, aunque el tercero, Miguel Pérez, había podido escapar.

—Por suerte, pude recuperar la carta y el dinero —dijo Diego—. Lo malo es que don Pere sabe que sigues viva, y ahora querrá vengarse también de mí. Pero no me importa. Que vengan, si quieren. Ya he matado a dos y puedo matar a los que haga falta.

Pero Guiomar no quería ni oír hablar de aquello. Tan pronto como pudo ponerse en pie, insistió en que se marchasen de allí. Incapaz de montar, decidió convencer a Diego de que utilizara parte de su oro para comprar un carro con el que continuar su viaje de manera segura. Fue tal su insistencia que el hidalgo no pudo sino ceder.

El viaje en carro fue mucho más lento que a caballo, pero Guiomar logró pasar la mayor parte del tiempo tendida y resguardada del frío bajo varias mantas. Su herida no tenía mala pinta, pero pasarían semanas antes de que pudiera montar sin temor a reabrirla. Durante las noches, Diego se tumbaba a su lado y se daban calor mutuamente. Apenas notaban el rigor de los últimos vientos de invierno gracias a que dormían abrazados.

Tardaron varios días en llegar a Braña de Tejedo, y para entonces Guiomar ya era capaz de sostenerse en pie durante un rato. La llegada a su castillo, después de tantos meses de ausencia, fue tremendamente extraña. Nadie reconocía a los dos jóvenes que conducían el carro, así que los detuvieron antes de que pudieran cruzar el foso.

—¿Quién va? —preguntó uno de los guardias de la puerta.

—¿No me reconoces? —inquirió Guiomar con una sonrisa desde el pescante—. ¿Cuántas veces has bajado el foso para que lo cruzara, José?

—¿Se... señorita Guiomar? —El asombro era evidente.

Ella asintió.

La noticia de que la señorita Guiomar había vuelto a casa corrió por todo el castillo en cuestión de un momento. Diego condujo el carro hasta el patio de armas y los criados se asomaron desde todas las puertas para ver con sus propios ojos que Guiomar había regresado de verdad. Diego bajó y ayudó a su amada a hacer lo mismo. Tenía el pelo corto y el rostro pálido por la debilidad y la reciente enfermedad, pero seguía siendo la Guiomar de siempre.

Felipe llegó corriendo desde la herrería y se paró delante de ella, atónito. La muchacha se echó a reír.

—¡Que sí, Felipe, que soy yo! ¡No me mires como si fuera un fantasma! Casi me muero un par de veces, pero no ha sido para tanto.

—¡Hija mía!

La voz de su madre la atravesó como un rayo. Una parte de ella, la de la muchacha reprendida y perseguida por todos los rincones para que se comportase como debía, se encogió al oírla. Pero cuando doña Teresa apareció en medio del revuelo y se lanzó a sus brazos para sostenerla entre los suyos, Guiomar se relajó.

La mujer besó el cabello corto de Guiomar y le frotó las mejillas con los dedos.

—Dios de mi vida, ya pensaba que no volvería a verte nunca. ¿Quién demonios te dijo que hicieras esa locura? ¿A quién se le ocurre irse a la guerra, dime?

—Guiomar.

Su padre llegó cojeando desde la cuadra. Había envejecido varios años, o eso parecía. Los ojos de Guiomar se llenaron de lágrimas cuando le miró de hito en hito. Bajó la cara.

—Perdóneme, padre. Perdóneme por todo.

Don Froilán no medió palabra. Doña Teresa se hizo a un lado y le permitió abrazar a su hija. La apretó contra su pecho con el mismo cariño y devoción que siempre, pero con la urgencia de quien no ha visto a su hija querida en demasiado tiempo.

Guiomar, que hasta el momento había intentado contener el llanto, empezó a sollozar. Lloraba y reía al mismo tiempo, y se sentía tonta por hacerlo. Pero, sobre todo, se sentía en casa.

Su padre ofreció a Guiomar y a Diego un festín digno de una ocasión tan especial. Asaron carne y verdura, y corrió el vino de la mejor calidad. Insistió en que le contasen todo lo que habían vivido y le hablasen de las gestas de sus viejos amigos, de cómo habían peleado en las batallas y cómo Guiomar había obtenido la gratitud del barón don Francisco y del propio Rey Fernando. Apenas fue capaz de contener la emoción cuando Guiomar le mostró la carta.

—Siempre quise tener un hijo varón que continuara con mi dinastía —dijo mirándola a los ojos con orgullo—. Pero siempre supe que no lo necesitaba. Has traído más honor a esta casa que nadie, ni siquiera yo, antes. Eres la mejor hija que nadie podría desear.

Guiomar también empezó a llorar, aunque de alegría. Y padre e hija se abrazaron y rieron como dos tontos, henchidos de felicidad y orgullo.

Diego permaneció serio y a la espera durante toda la noche. Guiomar tenía mucho de lo que hablar con sus padres, y necesitaba ese momento para reencontrarse con ellos, obtener su perdón y disfrutar del orgullo. Sin embargo, cuando todo aquello pasó y la joven extendió la mano hacia él, Diego se estremeció.

—Padre, madre, nada de esto habría sido posible sin Diego de Onís. Ha sido mi compañero en todas las batallas antes de saber que era mujer, y después ha seguido acompañándome y salvándome la vida en todo momento. No puedo imaginarme al lado de ningún otro hombre. Mi mayor deseo es poder casarme con él. Tal vez no sea el mejor partido, pero es el hombre al que amo y con el que más feliz seré jamás.

Diego enrojeció. No se le daban bien las palabras y lo que acababa de decir Guiomar era algo íntimo que sólo habían compartido entre sí. Temió que don Froilán se enfureciera por las implicaciones que tenían las palabras de Guiomar, pero lo único que hizo el anciano padre de su amada fue mirar a doña Teresa y asentir.

—Si habéis ayudado a traer de vuelta a nuestra Guiomar, no puedo pedir un mejor marido para ella. Diego de Onís, os concedo la mano de mi hija menor con la condición de que prometáis guardarla como lo habéis hecho hasta ahora.

El hidalgo sonrió. Miró a Guiomar con todo su amor y asintió. Lo haría. Sin duda lo haría.

Epílogo

—¿Te imaginabas así el mar, Guiomar?

Guiomar y Diego miraban el océano desde lo alto de un acantilado, con las piernas colgando sobre la roca y los cientos de metros de caída. Ninguno de los dos tenía miedo. Disfrutaban de la imagen del mar rompiendo contra las rocas en densas oleadas de espuma y sabían que estaban seguros si el otro se encontraba a su lado.

—Es aún más grande y más salvaje —dijo ella con el ceño fruncido—. Pero el olor... El olor es como me esperaba. Huele a sal y a... A algo indomable.

Diego sonrió. Había deseado traerla aquí desde que ella le había hablado de sus fantasías sobre el mar por primera vez. Al fin, después de pasar las últimas dos semanas en Onís por su casamiento, había podido traerla al norte para que disfrutase de las vistas con sus propios ojos.

Los dos sabían que lo más juiciosos sería seguir en movimiento después de aquella corta parada en la costa. Don Pere sabía que Guiomar seguía viva y era de esperar que intentase vengarse de otra manera, tal vez en un tiempo. Diego había propuesto que no fijasen aún su residencia, sino que disfrutasen de una vida nómada en un intento de huir de su enemigo. Guiomar, lejos de considerarlo una desventaja o un peligro, había aceptado sin dudar. En el fondo, lo último que deseaba era convertirse en la señora de un castillo. Eso era para su madre. Ella era, y siempre había sido, una aventurera. Sólo al encontrar a su compañero de aventuras había podido ver el futuro con esperanza, pues sólo junto a él podría viajar y vivir las experiencias de las que seguía hambrienta.

A veces, una guerra no era aventura suficiente.

—¿A dónde quieres ir ahora? —preguntó Diego entrelazando los dedos con los suyos.

—Podríamos tomar un barco en el siguiente puerto —ofreció Guiomar—. Aún queda dinero. Siempre he querido ver qué hay más allá del mar.

—Eso acabas de inventártelo.

Guiomar se echó a reír.

—¡Puede! Pero ahora en serio, ¿acaso no quieres saberlo?

—Sí. Sí que quiero.

La joven se volvió y le tomó de la nuca para besarle. Sus labios se encontraron y la brisa les revolvió los cabellos. Guiomar dudaba que alguna vez fuese a dejar de sentir aquel cosquilleo cuando sus bocas se tocaban. Era una sensación indescriptible, muy parecida a la que había sentido al regresar a casa.

—Pongámonos en marcha. Tenemos que encontrar un barco en el que enrolarnos.

—¿Y si no te dejan subir a bordo por ser una mujer? —preguntó Diego.

Guiomar se echó a reír.

—Eso nunca ha sido un problema, ¿recuerdas?

La Amante del Impostor

Prólogo

¿Durante cuánto tiempo arde un corazón rostizado por el fuego? ¿Quién rescata los mitos que se confunden con la historia? Algunos relatos sufren la torcedura de la memoria y llegan hasta nuestra era intervenidos por conveniencias y tergiversaciones que ya nada tienen que ver con nuestro mundo. Hay polvo y mugre entre la historia oficial y el mito, entre los héroes y sus adversarios. Hay ciertos roces que la historia omite, besos que no le interesa narrar, roces que perduran en secreto. Pero son estos pequeños y humanos encuentros los que definen una voluntad y su propósito antes de que cualquier historia sea escrita para las futuras generaciones. Los historiadores poco saben de estos latidos y confían en una línea recta de hechos y nombres que aparecen y desaparecen sobre un mapa. Así, en esta historia, hoy afloran los mitos que nunca fueron contados, pero que siempre permanecieron como polvo de ceniza en las orillas de una hoguera apagada esperando por el momento de dar un último chispazo que venza al olvido.

Guillén de Lampard, al igual que casi todos los hombres en su juventud, apenas adivinaba las coordenadas de su destino pero se sentía animado por un ímpetu superior a sus miedos. Extrañaba a su querida Irlanda, aquel verde intenso y su calidez profunda doliendo en los huesos. Muy probablemente comenzaría a extrañar al odiado Londres, esa pocilga de murmullos y traidores, cuando zarpara el barco en el cual estaba cifrado su futuro. Pero no era conveniente continuar en aquel hervidero de ratas y tampoco podía regresar a su tierra. En cada esquina acechaba una amenaza contra su libertad.

Comenzaba a ser un hombre que a su paso silenciaba a los valientes y animaba el cotilleo de las mujeres. No le satisfacían las huidas pero creía tener entre sus manos el cumplimiento de una misión superior a su envalentonamiento. Un propósito iluminado y temible hilándose lentamente, un llamado a la aventura. De pronto sentía que alguien lo convocaba al otro lado del mundo, que alguien lo esperaba. Alguien con quien compartir los mismos sueños y luchas. La prudencia, en este caso, era el camino a seguir para lograr resultados definitivos y cumplir un objetivo largamente soñado, el sueño de sus padres y el de otros tantos compatriotas que rumiaban en las sombras la esperanza de su libertad.

—Es imposible —recordaba replicarle a su abuelo en Irlanda durante sus años de adolescencia—. Los ingleses tienen mejor armamento y muchos más hombres para pelear en nuestra contra.

—Ellos no conocen el sudor tras haber trabajado la tierra durante meses, la emoción ante el primer brote, la resistencia al licor amargo, ni el favor de nuestro Señor —le respondía su abuelo.

—¿Acaso Dios está de nuestra parte? —dudaba Guillén.

—Dios no favorece al hombre que pone una corona en su cabeza, sino a quien arroja un hacha a sus pies.

Guillén nunca entendió del todo esas palabras de su abuelo pero no pudo olvidarlas desde entonces, y al paso de los años las repetía como una plegaria sin intentar comprenderlas. Atrás quedaría Irlanda y sus juegos de niños creyéndose elegidos por los dioses. Luego la vida en Inglaterra le hizo pensar muy poco en injusticias o rebeliones, rodeado de bailes, clases eruditas y borracheras. Pero entre libros y conversaciones, su sangre irlandesa se sentía animada por los cuentos de héroes que preferían morir antes que rendirse bajo el yugo de un conquistador, y adivinaba disimulados desprecios en la sonrisa de aquellos que amablemente le dejaban hacerse un lugar allí, siempre y cuando reconociera la autoridad de un rey sobre su propia tierra, como anexo de otra tierra supuestamente mejor. Algo no estaba bien en esa repartición. Algunos privilegios eran

conquistados sin esfuerzo valiéndose de excusas como Dios o la sangre, mientras que los que no accedían a ellos asentían sin oponer resistencia. Pero, ¿eran legítimos estos derechos?¿Verdaderamente legítimos a los ojos de Dios? La tierra es de quien la trabaja, de quien la puebla, de quien ríe y llora sobre ella. Quizás su abuelo tenía razón: no hay coronas por encima de los dioses o los pueblos.

Invitado por otros como él, Guillén participaba curioso en algunas reuniones clandestinas en contra del Rey y la Corona. Al principio parecía una travesura colegial, el natural desprecio de un hombre joven frente a cualquier autoridad, pero luego, algunos de sus amigos fueron interrogados y desaparecían para reaparecer luego golpeados en cualquier callejón oscuro. Si seguía viviendo allí pronto sería apresado antes de cualquier intento en nombre de sus ideales. Debía partir y fortalecer su causa, conseguir aliados, apoyo financiero y un plan de regreso. Al otro lado del mar lo esperaría la buena fortuna o la peor de las desgracias, pero estaba dispuesto a arriesgarse para no renunciar a su propósito.

Con la mirada fija en una antorcha buscaba un cómplice mudo entre las llamas, mientras el fuego crepitaba como un viejo amigo asintiendo sin palabras. Había concebido un plan que ameritaba poner tierra y mar entre su pasado y su futuro. Era plena noche cerrada en un puerto clandestino, a lo lejos un barco dibujaba su silueta en la niebla. Nadie notaría su ausencia hasta pasados varios días. Había un lugar para él allí en ese monstruo de maderamen, anclas, cañones y velas. Ya saboreaba los jugos y las mieles de esa tierra fértil y milagrosa de la que tanto había oído hablar. ¿Tendría que modificar su acento o le serviría bien para su farsa? Tan inquieto como el fuego de su antorcha, estaba dispuesto a arder antes que rendirse.

Capítulo 1

Sus ojos morenos e inquisidores disfrazaban su rudeza con un velo de coquetería. El virreinato entero alababa su belleza, los poetas escribían versos sobre sus virtudes y su fiereza encendía la animosidad en su contra por parte del resto de las mujeres. Codiciada adondequiera que fuera, su piel café, engalanada con unos senos redondos y unas caderas pronunciadas, hacían de sus vestidos las prendas más odiadas por los hombres que la imaginaban libre de ellas. Muchos miembros de la corte y otros tantos aventureros sin herencia la habían pretendido en aquella tierra, con la secreta esperanza de ser el elegido para domarla, llevársela a España y lucirla en las cortes.

Como una amenaza, la vieja Madre Patria se anunciaba en muchas de esas propuestas y ella se veía obligada a reconocer y fingir respeto ante ese nombre, como súbdita de los territorios conquistados, ocultando su odio por esa otra España real al otro lado del océano. Pero la Nueva España, la colorida América de su infancia, reverberaba en su sangre y era evidente en su piel morena, se contoneaba en sus andares exóticos, en el insoportable calor que le asediaba al usar aquellos incómodos vestidos. La tierra húmeda y caliente de su madre y sus antepasados sudaba en su cuerpo, asediándola de noche en sus sueños.

Cuánto deseaba estar desnuda y correr libre para perseguir pájaros de vuelo rápido y ahogar insectos en un río, tal como pasaba sus días antes de que su padre, un rico terrateniente emparentado con una mestiza de raíces indígenas, decidiera asumir oficialmente su paternidad y preocuparse por ella como una hija legítima. Educada en un prestigioso colegio español en la Ciudad de México, su padre se aseguró de que aprendiera gramática, cálculo, religión y todo lo necesario para convertirse en una mujer socialmente aceptable e influyente dentro del virreinato. Pero su ánimo siempre se ensombrecía pensando en el mundo anterior a esos vestidos asfixiantes, pañuelos sudados e inútiles abanicos. Le asediaba un recuerdo encantado en el cual no existían rezos ni penitencias, sino una conversación directa con los dioses que vencieron el tiempo, esos dioses que ya nadie adoraba pero de los cuales su madre se encargó de hablarle durante los intermedios de sus lecciones de catecismo. Dioses que mudaban la piel y se confundían con el rocío, dioses que no agonizaban hasta morir en un madero sino que preferían hacerlo florecer. Ella era la hija de esos tiempos, última heredera de un linaje valeroso.

María del Carmen Moctezuma veía con indiferencia los acercamientos indecorosos de los hombres que la cortejaban. Ni una sola palabra, ni un solo gesto le resultaban novedosos. Sin sorpresa no hay seducción y ella se creía incapaz de enamorarse.

—¿No crees en el amor, Carmencita? —le decía con sorna uno de sus pretendientes.

—¿El amor? El amor es una distracción —replicaba ella—. Y no me gusta que me llamen Carmencita. Llámame María del Carmen o María a secas.

—¿Qué importa un nombre o dos? Ninguno te hace justicia.

—¿Por qué lo dices, Alonso?

—Porque una mujer portadora de una belleza como la tuya debería llamarse Venus o Helena. Como una diosa o como una reina.

—Yo soy una reina. Soy la última heredera de Moctezuma —apuntaba con cierto envanecimiento.

—Ese nombre significa muy poco en estos días. Una curiosidad entre tantas de la Nueva España. Otro rey pagano derrotado por nosotros.

—Eres insoportable, Alonso. Si tu forma de cortejar a una dama consiste en menospreciar las pasiones que animan su corazón, entonces eres tú el que sabe muy poco sobre el amor.

—Yo podría amarte, María. Mi Reina Moctezuma.

María lanzo una carcajada.

—Ni queriendo podría amarte, pero te concedo mi primer baile de mañana.

—¿Asistirás? Nada me haría más feliz.

No le gustaba aquel hombre y apenas le resultaba gracioso. Pero valoraba la atención. Se sentía honrada. De todos sus pretendientes, Alonso era el mejor dispuesto a humillarse. Nada le satisfacía más que esa abnegación por parte de un hombre que nunca apreciaría. Daban una vuelta por los jardines, escoltados por esclavas silenciosas que vigilaban cualquier falta de decoro para informar debidamente a sus patrones; María caminaba en dirección a las puertas de la casa de su padre y correspondía a la conversación con unos pocos gestos de aburrimiento. El joven en cuestión notó que su presencia comenzaba a ser fastidiosa y prefirió despedirse antes de lo esperado. Después de todo, había conseguido la promesa del primer baile con ella.

***

—¿Ya probaste tu vestido? —le preguntó su madre.

—Sí, madre, esta mañana. Casi me asfixio dentro de él —contestó María.

—Recuerdo cuando tu padre me arrastró a mi primer baile. Un hombre viudo y sin hijos presentándose con una hija de indígenas como su nueva esposa. Tamaño escándalo. Aún recuerdo los murmullos interminables.

—¿Tuviste miedo? —preguntó María interesada.

—Me moría por dentro. Me sentía ridícula. Quería escapar...

—¿Y por qué no lo hiciste?

—Porque tu padre me sostenía. Nos aferrábamos el uno al otro. Es imposible caerse cuando alguien que amas te sujeta —le respondió su madre con la mirada perdida en aquel recuerdo.

—No fue un baile tan desastroso, después de todo.

—¡Oh, no! Fue el mejor día de mi vida. En ese momento supe que él me amaba.

María sintió cierta tristeza al escucharla. Su padre había muerto hacía dos años tras una larga fiebre y su madre hablaba muy poco sobre él desde entonces.

—Yo no creo que pueda enamorarme.

Su madre sonreía con cierto desdén.

—Ni nosotras las hijas del gran Moctezuma podemos escapar del amor.

—Siempre hay una excepción.

—No tengas miedo, hija. Cuando ocurra lo sabrás. Lo único verdaderamente aterrador es vivir sin haber amado nunca.

No quería que su madre se hundiera en la melancolía así que trató de desviar el tema.

—¿Y tú no me acompañarás?

—No, hija. No me gustan las aglomeraciones. Ahora es tu tiempo para disfrutar esas cosas.

—Seré la chica más afortunada de todas, sin padres que me vigilen.

—Entre tantas víboras, no faltará quién me ahorre el trabajo —le contestó su madre guiñándole un ojo.

Horas después, María pensaba en esta conversación recostada en su lecho. Tenía tanto miedo de enamorarse, de perder su identidad y traicionar sus pasiones si se enamoraba de un hombre blanco y partidario del Rey. No quería casarse, no quería

amar. Se soñaba reina y vencedora entre los hombres, poniendo en su justo lugar las cosas deshechas, restaurando el tiempo de las diosas que concebían a su estirpe en el mar y de los hombres que ofrecían corazones en la cúspide de una pirámide con el noble fin de aplacar el trueno. Pero a pesar de todos sus incendiarios deseos, por encima de su corazón de bruja, animaba su alma una secreta espera: encontrar, al igual que su madre, a alguien que la sujetara en su momento de mayor terror.

***

El día del baile había llegado y aún quedaban pendientes muchos preparativos. La esposa del Virrey odiaba sentirse presionada y en deuda frente a tantas expectativas ajenas. Frente al espejo observaba el moño inmóvil y el corsé prensado, suspirando. Ella sería la culpable si el evento desembocaba en un desastre. Su esposo permanecía sereno e indiferente al trajín dentro del palacete, confiado en su victoria antes de cualquier triunfo. Se trataba del baile inaugural del año, un evento de carácter político y social que inmediatamente se convertía en cita obligatoria para cualquier persona que se preciara de influyente en Ciudad de México y sus alrededores. Capitanes generales, gobernadores de provincias, trotamundos, poetas, obispos y hasta inquisidores confirmaban su presencia durante los meses previos, ratificando así su gran importancia en el nuevo continente, a la vez que servía como un reporte al reinado de España de quiénes eran las personas a las que debían seguir protegiendo bajo su sombra.

La esposa del Virrey temía todas las amenazas posibles: un aperitivo muy salado, un instrumento desafinado, una de las comensales resbalándose tras un mal paso en su danza, un gesto impropio propiciador de un escándalo, una discusión política muy apasionada o un terremoto que hiciera desplomar el techo sobre sus cabezas. Esta última posibilidad la hizo sonreír haciéndole notar cuán exageradas eran sus preocupaciones. Confiaba en su esposo, nadie quedaría descontento y seguirían hablando del baile celebrado en su casa en los días por venir. Pero aún quedaba mucho por hacer y debía asegurarse de que las esclavas no perdieran el tiempo con el cotilleo que tanto les gustaba y, en cambio, se aseguraran de tener las bandejas listas, las cortinas sin un ápice de polvo y los pisos brillantes como espejos. Por fuera podía tratarse del palacio del Virrey y el centro de la actividad humana de la región, pero allí dentro ella era la anfitriona y regente absoluta de su hogar. Cuando se dirigía a la cocina, de pronto escuchó unas voces familiares acercándose por uno de los corredores.

Dos esclavas caminaban afanosas rumbo a la cocina, apurando el paso y secándose el sudor a medida que compartían los más recientes chismes que una de ellas había alcanzado escuchar.

—¿Y por qué hablaban de él? ¿Acaso vendrá al baile?

—Es un enviado de la Corona. Pero en la casa Bracamonte dicen que es el hijo del anterior rey.

—Un hijo bastardo, querida. No es gran cosa. Esos reyes reparten hijos donde quiera que pasen.

—Pero los bastardos de allá se convierten en los amos y señores de acá.

—No digas esas cosas, Jacinta. Shhh.

—¿Qué cosas no debe decir? —le increpó la esposa del Virrey que estaba de pronto frente a ellas—. ¿A quién apuntaban con lenguas venenosas?

—A nadie mi señora —replicó Jacinta—. Solo repetimos lo que escuchamos.

—¿Y qué cosas se están escuchando? Si se puede saber, claro —subrayó la esposa del Virrey con una nota de amenaza en su voz.

Las esclavas sabían que si callaban serían mandadas a azotar, aunque se tratara de una razón aparentemente inofensiva.

—Pues usted debe saber más que nosotras sobre el recién llegado.

—¡Oh, el inglés! Se dicen muchas cosas sobre él últimamente —aclaró la esposa del Virrey—. Algunas francamente insoportables.

—Pues de eso hablábamos, mi señora.

—Menos chisme y más trabajo, vagabundas. O les daré veinte azotes a cada una si las encuentro de nuevo cotilleando con las manos desocupadas. Pero si les sirve de incentivo, verán al famoso inglés esta noche en mi baile —añadió con una sonrisa maliciosa.

Las esclavas corrieron presurosas a la cocina para continuar con sus labores, amasando el apetitoso chisme antes que el pan, sudando gruesas gotas de nervio y excitación, dignándose a divulgar la noticia por toda la casa a quien pudiera interesar.

***

La gran noche había comenzado y todo sucedía tan rápido como si se tratara de una danza improvisada. Pero allí todo estaba perfectamente calculado. Las piezas que los músicos tocarían, los pasos que cada comensal daría con su pareja de baile por cada turno, los intercambios entre un acorde y otro, el vaivén comedido, los cumplidos recatados, los rubores ensayados y las miradas predeterminadas para animar o detener el avance de un caballero frente al interés de una dama. María del Carmen Moctezuma no compartía la excitación que el resto de sus amigas intentaban no demostrar frente a sus padres o de cara a sus posibles pretendientes. Todas deseaban tener la firmeza de María, ese temple de acero que tanto encandilaba a los hombres y les enloquecía, porque cuanto menos interesada se muestra una mujer por el mundo que acontece a su alrededor, mayor misterio representa para los hombres. Y los hombres son fanáticos adoradores de aquellos misterios que aún no pueden descifrar.

Cada uno de los invitados se había acercado para asegurarse de conseguir un baile con ella y aquellos que habían sido rechazados se conformaban con alguna de sus amigas. Estas trataban de no parecer ofendidas y fingían no haberse dado cuenta de que eran tratadas como premio de consolación. Porque, después de todo, cada una de ellas sabía que ninguno de aquellos hombres sería capaz de doblegar a una mujer como María y cuando pasaran los años cada una de ellas estaría casada observando de lejos el futuro de una María ruda y cuarteada por la vejez, contando la soledad de sus amargos días. Y no importaba mucho que hoy fuera la mujer más bella del salón porque el día de mañana sería la única de aquellas que no habría triunfado en la conquista de un hogar propio. Este pensamiento consolaba a las amigas de María cada vez que esta rechazaba a un nuevo pretendiente y la regañaban cariñosamente instándola a reconsiderar su negativa, sonriendo en su interior por el cumplimiento de esa profecía doméstica que sus madres vaticinaban para calmar los llantos de su envidia.

—Apenas has guardado sitio para tres bailes —le recordaba Raquel, su amiga más cercana—. Le has dicho que no a algunos de los mejores pretendientes.

—Puedes quedártelos —contestó María.

—Ninguno será apropiado para mi padre. A menos que se convierta —replicó Raquel—. Estoy condenada a casarme con alguno de los hijos de sus amigos.

—Aquí ninguno de los hombres parece dispuesto a circuncidarse —bromeó María—. Todos parecen cobardes y petulantes, sin experiencia en la guerra o en el amor.

—Seguro que por ti, si fueras judía, lo harían —sentenció Raquel ocultando su desprecio.

El rumor contenido del resto de sus amigas las interrumpió cuando se acercaron hasta ellas.

—El inglés ha llegado.

—Algunos lo reconocen como irlandés.

—Pero habla muy bien la lengua de Castilla.

—Es un hombre muy guapo.

María y Raquel compartieron una mirada incrédula, y la segunda intervino.

—Si siguen hablando de esa forma lo acabarán espantando.

—Cuando hay tantas contradicciones precediendo la llegada de un hombre, nunca confíes en ese hombre, solía decir mi padre —agregó María.

De pronto interrumpieron la conversación al notar que el resto de los comensales miraba hacia una misma dirección. La esposa del Virrey se abanicaba azorada anticipando cualquier posible desastre. Raquel alargaba el cuello, y el resto de las jóvenes se daban ligeros codazos acallando las ganas de seguir cuchicheando. María no alcanzaba a vislumbrar aún el misterioso invitado cuyo nombre danzaba en la lengua de todos, pero por primera vez durante la velada sintió una curiosidad cercana al presentimiento. Una leve ansiedad inundó repentinamente su cuerpo, y ella, creyente y supersticiosa como su madre, se mantuvo alerta.

El Virrey se adelantó a la vista de todos.

—Me complace anunciarles la llegada de Guillén de Lampard, enviado por la Corona Española para reportar el status de nuestro Virreinato. Es tarea de todos hacerlo sentir en casa y tratarlo como un amigo.

El Virrey le hizo un gesto a su esposa y esta se situó al lado de Guillén quien le ofreció su brazo. Y entonces María pudo verlo por primera vez para no olvidarlo nunca. Un hombre alto y robusto, rubicundo y guapo, cuyos movimientos podían ser torpes y delicados al mismo tiempo dependiendo de la ocasión. En ese momento parecía torpe, aunque no nervioso. Su garbo denunciaba una seguridad cercana a la autosuficiencia y su mirada encubría una astucia poco común entre los hombres del Virreinato.

Guillén se vio obligado a dar una vuelta por el salón junto a la esposa del Virrey a modo de cortesía, correspondiendo a los saludos con una leve inclinación de cabeza, a medida que les daba un vistazo rápido a las mujeres con un gesto pícaro en su rostro. Cuando se acercó a María y su grupo, muchas de ellas se ruborizaron y rehuyeron la galante mirada del irlandés dejando escapar risitas tontas e incómodas. Raquel mantuvo su mirada confiada y le sonrió, mientras que María lo miraba con ojos que intentaban descifrarlo. Guillén se encontró con su mirada y un relumbre de lujuria iluminó sus pupilas. Enseguida supo que se trataba de la mujer más atractiva que había visto en aquellas tierras y estuvo tentado de hablarle cuando se sintió empujado por la esposa del Virrey y no pudo sino seguir avanzando por el salón.

Los músicos comenzaron a tocar. La esposa del Virrey soltó a Guillén y caminó en dirección a su esposo para inaugurar la primera pieza. Transcurrido un minuto fueron uniéndose progresivamente otras parejas. Guillén trató de reencontrarse con la mirada de María, con un mar de bailarines de por medio entre un extremo y el otro. Segundos después la vio bailar en la pista con un caballero desgarbado. No podía apartar su mirada de ella. La gracia con la que se desenvolvía combinaba con su seductora figura. Sintió celos de ese o cualquier otro desconocido al que ella hubiera prometido sus bailes, que podrían ser muchos, según supuso. Se propuso conseguir una pieza junto a ella y, para no arriesgar su propósito, no bailaría con ninguna otra señorita del salón. Algunas madres iban acompañadas por sus hijas para saludarlo, intrigadas por su investidura de enviado de la Corona, y le hacían algunas preguntas superficiales con el fin de lograr que el caballero les solicitara a sus hijas uno de sus bailes. Guillén no caía en la trampa y muy brevemente respondía a las preguntas para seguir avanzando alrededor de la pista, arrojando miradas capaces de atrapar a su objeto del deseo por

donde quiera que danzara, deseando que esa misma mirada sirviera de anzuelo para atraparla.

—Al terminar esta pieza, ¿me ofrecerías otro baile? —le pedía Alonso a María en medio de su danza.

—Te prometí un solo baile y ya cumplí.

Los músicos terminaron de tocar la primera pieza. María se zafó de las manos de Alonso apartándose de él. El joven no se atrevió a seguirla pero no la perdió de vista. Ella prefirió desenfundar su abanico y acercarse al rincón donde se encontraba Raquel con el resto de sus amigas, que comentaban las experiencias del primer baile y compartían los detalles de quiénes serían los próximos elegidos. Pero justo entonces la esposa del Virrey se interpuso en su camino.

—María, querida. ¿Por qué no he visto a tu madre?

—Se encuentra indispuesta. Prefirió no venir.

—Pero no es apropiado que una jovencita como tú asista sola a estos eventos.

—Vine con mi nodriza. Ella me espera en la cocina. Y aquí están todas mis amigas.

—Descuida. Yo también estoy aquí. No permitiré que ninguno de estos caballeros se propase.

—Siempre tan amable, Virreina —disimuló María—. Mi madre estará muy agradecida por su especial atención.

—La señora Virreina tiene razón. Una joven sin la debida protección es como la pólvora en manos de un niño travieso —interrumpió una voz osada.

Por primera vez escuchaba aquella voz a sus espaldas, acompasada por un engañoso acento inglés en su correcto español, y sin embargo había algo familiar en su sonido. Nuevamente, la asaltó un presentimiento. No quería voltear al encuentro del nuevo interlocutor aún sabiendo de quién se trataba. Él permaneció unos segundos más detrás de ella, aminorando sus movimientos hasta finalmente posicionarse frente a las dos mujeres.

—Señor Lampard, espero que esté disfrutando de su estancia —apuntó enseguida la esposa del Virrey controlando la situación—, ¿conoce usted a la señorita María del Carmen?

—No había tenido el placer de escuchar su nombre. Guillén de Lampard, a su servicio.

—El gusto es mío —dijo María extendiendo su mano, que Guillén besó con suavidad.

—Bueno, debo seguir atendiendo al resto de invitados —interrumpió la Virreina—. Espero dejarte en buenas manos. Pero estaré cerca si me necesitas.

María le correspondió con un asentimiento. Los músicos comenzaron a tocar.

—Debe tener ocupados todos sus bailes —aventuró a decirle Guillén a María.

—No los suficientes para apartarlo de mí.

—¿Me permite? —insistió extendiéndole una mano.

Y antes de que pudiera responder, ella sujetó la mano de él dispuesta a sentir el vértigo de la danza a su lado.

Y bailaron. De pronto el tiempo era una minucia y el resto de personas sombras minúsculas a su alrededor. Se devolvían las miradas construyendo un mundo propio entre sus ojos y la pista de baile. Para ella el presentimiento se transformó en certeza, mientras que para él haber logrado su cometido de bailar con ella ya no era suficiente. Quería interrogarla, conocer cada uno de los recovecos de su corazón. Descifrar la altanería de su voz en contraste con la prudencia de sus seductores ojos. Sus manos se enredaban con las suyas y aquel tacto denunciaba una piel suave y apenas tocada. Lo

que en principio parecía rudeza, ahora se revelaba con un matiz distinto. Era una piel virgen e inexperta. Una hoguera a la espera de la lumbre.

Por primera vez en su vida, María del Carmen Moctezuma sentía ese terror mezclado con euforia ante el encuentro con otra persona. Deseaba que el baile no terminara y que los músicos siguieran tocando la misma pieza hasta el fin de los tiempos, mientras ella giraba y balanceaba su cuerpo sin perder el paso ni extraviar la mirada que la acercaba cada vez más y más a ese hombre.

Vigilados por su nodriza, María del Carmen y Guillén de Lampard caminaban tomados del brazo alrededor de la terraza. Dentro proseguía el baile y unas pocas parejas disfrutaban el aire fresco al igual que ellos. María y Guillén intentaron apartarse un poco sin que la nodriza les perdiera de vista.

—¿Moctezuma? —entonó Guillén con asombro.

—Así es. La última de sus descendientes —subrayó María.

—Y, ahora que le pertenece a otros, ¿qué se siente vivir en estas tierras?

—Estas tierras nunca serán suyas.

—Pero han dejado de ser vuestras.

—Olvidaba que hablo con un enviado especial de la Corona.

Guillén se detuvo y soltando su brazo se situó frente a ella.

—Para ti soy solo Guillén. Y comprendo muy bien lo que significa querer ser libre.

—¿Reconoce que no somos libres? —preguntó María.

—Entiendo que la tierra no es de quien la conquista, sino de quien la ama.

—No es el pensamiento más popular entre los suyos.

—No me adjudiques lealtades que no he declarado.

—Me remito a lo poco que conozco de usted… Guillén de Lampard, enviado de la Corona —anunció María con sorna—. Usted no comprendería mi descontento. Yo solo he conocido esto que ve, es cierto. ¡Ah! ¡El Virreinato de Nueva España! Un pobre intento por replicar su reino en nuestro mundo. Pero, a diferencia del resto, yo reconozco la existencia de un mundo anterior a este. Yo persigo las huellas de ese mundo debajo de la violencia que lo hizo polvo. Ese mundo que corre por mi sangre. El lugar que ustedes han destruido y del cual apenas quedan sus ruinas. Yo soy el resultado de esas ruinas. ¿Ha visitado alguna vez nuestros templos? —Guillén negó con la cabeza—. Demuestran un valor extinto pero que se resiste a desaparecer por completo. Al igual que esas pirámides, mi sola existencia y la de mi madre sirven como testimonio de esa fuerza indestructible por mano humana. Y no puedo olvidar eso. Es parte de lo que soy. Mi herencia.

—Precisamente, María —aclaró Guillén—. No es mi investidura la que me define. Yo también pertenezco a un mundo que me ha sido arrebatado. Y ahora que te escucho hablando de esa forma siento que podrías comprenderme como ninguna otra persona en este lugar.

—¿Y para qué ha sido enviado? Ahora que hablamos sobre usted —inquirió María.

—No puedo hablar mucho sobre eso. No todavía. Pero digamos que si bien la Corona me envía, yo trabajo por mi cuenta.

—¿Debería preocuparme?

—No lo creo. Sospecho que podríamos compartir algunos ideales.

—Usted oculta algo. Lo veo en su rostro. Pero no siento que su secreto represente una amenaza para mí. No podría asegurar lo mismo de otros —añadió con un tono profético mientras arrojaba una mirada breve al palacio del Virrey.

—¿Eres una bruja? —preguntó Guillén con socarronería.

—No lo diga muy alto. Los tribunales de la inquisición no quedan muy lejos.

—Pero tú me has hechizado profundamente. No puede haber otra explicación.

—No sea tonto —respondió María tratando de ocultar el rubor de sus mejillas.

—María, ¿te molesta que te hable de esa manera? —preguntó Guillén denotando preocupación.

—¡Oh, no! —negó María agitando su cabeza y su abanico—. No soy como el resto de mis amigas. No me asusta que los hombres digan esas cosas. Estoy acostumbrada. Pero suenan distintas cuando usted las dice.

—¿En qué sentido?

—Como si las cosas que usted dijera pudieran importarme.

—Me importan las cosas que tú dices. Es difícil encontrar a alguien capaz de atreverse a perseguir su libertad.

—Soy solo una mujer. No hay mucho que pueda hacer.

—Una reina. Y una bruja —añadió burlón.

Por un momento callaron, de mutuo acuerdo. Se respetaban y se comprendían, aun cuando apenas se conocían. Una sensación de vértigo les arropaba bajo una noche de luna nueva. No importaba la nodriza, ni el baile, ni las amigas envidiosas, ni los rumores maliciosos, ni el Virreinato. Importaba lo que compartían en aquel instante, esa complicidad fraterna. Un propósito cegador. Apenas alcanzaban a comprender de qué manera perseguían los mismos objetivos. Sentían fascinación el uno por el otro, pero aun por encima de eso los unía algo mucho más grande. Una visión grandilocuente. Se deseaban y no podían controlarlo. Estaban desesperados por abarcar cada uno de los misterios que los definían. Comenzaban a amarse sin declararlo.

Volteándose en la dirección contraria, ella hizo un giro indescriptible cuya intención él enseguida adivinó. Durante un momento y tras un abanico perfumado compartieron un beso breve y oculto que la nodriza no pudo vislumbrar. Desde entonces, un pacto definitivo. Fue justo en ese momento y no después, aunque la historia diga lo contrario, cuando el caprichoso destino los enlazaría para siempre encendiendo una hoguera con sus nombres.

Capítulo 2

Raquel se peinaba frente al espejo con una expresión inescrutable, sopesando los pensamientos que la habían embargado durante días. Parte de su cabello rizado y oscuro descansaba sobre sus hombros y otro tanto se deslizaba por sus manos mientras ella lo seguía rizando con parsimonioso gusto. De vez en cuando medía sus senos con la mirada y con sutileza los palpaba imaginando indumentarias que los hicieran más evidentes y deseables. Un suspiro de recato enseguida la desanimaba. No recordaba los versículos exactos que advertían contra la vanidad. Probablemente su padre le habría hecho alguna advertencia en contra de la coquetería cuando era una niña. Y entonces le sobrevenía cierta sensación de culpa cada vez que se sorprendía a sí misma en el acto de admirarse. Entendía por qué la vanidad constituía un pecado grave que conducía al alma a otros vicios innombrables si se le daba rienda suelta. Lo comprendía en esos instantes de auto indulgencia al admitir cuán placentero resultaba estar a la altura de sus propias expectativas. Era una mujer atractiva y eso la satisfacía a pesar de la culpa posterior a esa toma de consciencia.

Había transcurrido apenas una semana desde el famoso baile en el palacio del Virrey y aún se contaban pormenores y novedades de aquel evento. Ya le resultaba cansina tanta información inútil sobre la influencia política de tal o cual invitado. Sin embargo atendía a cada una de esas informaciones para lograr escuchar algo de su interés, por la posibilidad de extraer algún dato valioso que la acercara al conocimiento del misterioso enviado de la Corona presentado como Guillén de Lampard. De solo pensar en su nombre y en la estampa que lo acompañaba, en el porte galante con visos de cinismo, se acaloraba.

Aquel hombre tenía algo distinto al resto de los que había conocido en aquellas tierras. Quizás si su vida no se redujera a los pequeños límites del Virreinato y de haber tenido la oportunidad de visitar otras tierras fuera del nuevo continente, podría compararlo con otros hombres de igual o mejor valía. ¡Cuánto deseaba conocer Europa y sumergirse en el verdadero mundo! Puede que entonces Guillén de Lampard luciera como un triste bufón de corte comparado con personajes más importantes. Pero no, aquel hombre parecía importante tanto en el viejo como en el nuevo mundo. No por nada la Corona española le habría encomendado su presencia en el continente. Le fascinaba el misterio que rodeaba al inglés y quería ser la mujer indicada para descifrar el enigma de su llegada. Ninguna otra mujer del Virreinato podría ser lo suficientemente ingeniosa y seductora para lograr que aquel hombre cediera los cerrojos de su engaño. Claro está que además de ella existía otra mujer que pudiera lograrlo: su amiga y confidente, María del Carmen Moctezuma.

—Pero, ¡qué tontería! —se dijo a sí misma Raquel tras completar su ritual de vanidad frente al espejo. A María nunca le había interesado la conquista total de un hombre. Ella daba por sentado que ya eran suyos y disfrutaba rechazándoles. Este caso no sería la excepción. Guillén mostró un interés inmediato al notar su presencia en el baile, sí. Ellos dos bailaron una pieza, sí. Incluso charlaron y tomaron aire afuera durante unos cuantos minutos, sí. Sabía que todas estas cosas habían ocurrido durante el baile frente a sus ojos, pero también conocía de sobra a su amiga. María aprovechaba la ocasión de sentirse atendida y codiciada por un caballero para luego enorgullecerse de haberlo despreciado. ¿Por qué sería distinto en aquella ocasión? Y cuando eso sucediera, cuando María detuviera los ardorosos avances de Guillén y defraudara las expectativas de su pasión, Raquel se aseguraría de estar presente para apaciguar su rabia y consolar su orgullo.

No obstante, a medida que elucubraba las vías idóneas para concretar su plan de acercamiento la embargó un temor razonable. Guillén no era como cualquier otro hombre de la región, eso era evidente desde que anunciaron su llegada y el resto de los hombres se midieron con la proclama de su importancia, por lo tanto existía la posibilidad de que esa diferencia causara un efecto distinto en el ánimo cruel de María y en su predisposición con el sexo contrario. Ni siquiera ella podía asegurar lo que un corazón oscuro y melindroso, como el que la descendiente de Moctezuma poseía, era capaz de fraguar durante el transcurso de sus horas de mayor soledad. Era imperativo vigilar las intenciones de su amiga antes de embarcarse en la atractiva empresa de seducir a Guillén de Lampard, y al mismo tiempo recabar suficiente información sobre él que pudiera ser útil para desanimar a María ante cualquier incentivo parecido al interés o la pasión. Guillén de Lampard estaba destinado a ser suyo y de nadie más. O al menos así debía ser.

***

El calor era insoportable en el salón de visitas del palacio. Raquel y la esposa del Virrey conversaban animadamente sobre trivialidades y distracciones que refrescaran el vaporoso ambiente de la estancia. La esposa del Virrey no había podido tener hijos a pesar de los reiterados intentos de su esposo y de los rosarios interminables que ella rezaba durante las muchas noches en que su esposo no acudía al lecho nupcial. La resignación vino con los años y dejaron de pedir lo imposible. Su esposo no la tocaba desde hacía mucho tiempo y su soledad se acentuaba en el borde de aquellas espaciosas estancias. Disfrutaba la compañía de alguien distinto a sus esclavas y, en ocasiones como esa, su lengua se aflojaba a la hora de revelar información con cierto carácter confidencial. Casi por descuido, el aislamiento en su propio hogar le hacía olvidar el rango que ella y su esposo ostentaban en la región. Era consciente, por supuesto, de quiénes eran pero la cotidianidad la distraía y enseguida perdía la noción de sus responsabilidades tácitas como esposa del Virrey, lo cual incluía el compromiso constante de cultivar el silencio y la discreción de cuanto pudiera saber, o creer saber, sobre las decisiones de su esposo y lo que ocurría en el Virreinato. Nadie en la región y sus alrededores conocía la existencia de esta debilidad en el corazón del Virreinato, un talón de Aquiles desapercibido hasta para las propias narices del Virrey. Ganarse la confianza de la esposa del Virrey traía consigo la recompensa de descubrir casi por accidente algunos secretos de Estado.

—Ha sido una semana ajetreada dentro de esta casa —confesó la esposa del Virrey.

—Después de tan comentado baile supongo que quedaron muchas cosas por organizar. Pero el evento superó todas las expectativas. Nadie ha dicho lo contrario. Una vez más se lució como anfitriona —dijo Raquel felicitándola.

—¡Oh! Gracias, mi niña. Desearía que fuera solo eso, pero el baile ya pasó. Lo que me preocupa es lo que el baile nos trajo.

—¿A qué se refiere? ¿Algo malo ha ocurrido? —preguntó Raquel intrigada.

—¡No! Nada particularmente grave, no te asustes —aclaró—. El problema, creo, es no saber a qué podríamos enfrentarnos como Virreinato.

—¡Vaya! No entiendo. ¿Qué podría ocurrir en el Virreinato que amerite especial atención?

—No creo que deba hablar sobre ello —dijo bajando un poco la voz, aunque luego añadió con un tono confidente—. Nunca sabemos si el enemigo está dentro de nuestra propia casa.

—¡Enemigos! Ahora sí comienzo a asustarme —soltó Raquel cada vez más interesada ante la promesa de información valiosa.

—Lo siento, no era mi intención. Quizás es una tontería. —Mientras decía esto, la esposa del Virrey negaba con la cabeza.

—La veo algo turbada —aseguró Raquel tratando de que su interlocutora cediera—. Si necesita hablar con alguien para desahogarse... Esas cosas ayudan. Para eso estoy aquí.

—No debería contar nada, ya que a fin de cuentas son solo suposiciones de mi marido...

—Yo no diré nada —prometió Raquel—. Ya usted me conoce.

—Siempre has sido una joven muy discreta, a diferencia del resto de tus amigas —dijo en tono laudatorio—. Si tuviera un hijo me gustaría que se casara contigo.

—Me halaga, Virreina. —Raquel sonrió.

—Bueno, como te dije no es algo que demande preocuparnos por lo pronto. Son conjeturas que hace mi esposo tras la llegada del inglés.

—¿El señor Lampard? —atajó enseguida Raquel— ¿Acaso no fue enviado por la Corona?

—Claro, recientemente recibimos una misiva informándonos de que un enviado de la Corona haría acto de presencia en vísperas del baile inaugural. Y el señor Lampard vino presentando el respectivo sello lacrado con la marca del Rey. Mi esposo envió algunas cartas formales de confirmación que tardarán en ser respondidas, formalidades que no implican sospecha alguna. Lo que agita el ánimo de mi esposo es la naturaleza de su presencia acá. Ni por parte de él ni mucho menos de la Corona hemos recibido mayor información. Y eso nos preocupa.

—¿Y creen que el mencionado señor Lampard pueda representar algún tipo de amenaza para el Virreinato? —se atrevió a preguntar Raquel.

—¡Oh no! Es un hombre de bien. No nos queda duda. Pero tememos que la Corona se preocupe por algo que aún no ha sucedido.

—¿A qué se refiere? Cada vez me confundo más al escucharla.

—Se habla de conatos que apuestan por una rebelión. No solo en el Virreinato sino en el resto del continente.

—¿Contra quién? ¿La Corona?

—Exactamente —confirmó la esposa del Virrey—. No es tan descabellado. Se ha identificado previamente la presencia de pequeños grupos que sueñan y discuten a puertas cerradas proyectos fallidos de independencia, de fundar una república en el continente separada de la Corona y gestionada por un gobierno de propios. Y nada sobrepasa los bordes de una acalorada sobremesa una vez que esas personas se acuestan a dormir. Pero mi esposo teme que la llegada del caballero Lampard se deba a que la Corona le esté dando importancia a esas hipótesis y lo menos que queremos, ¡Dios nos salve!, es que la paz de nuestras tierras se vea perturbada por tales conflictos. Así que mi esposo cree necesario convencer al señor Lampard de que esos temores son infundados, para que así le ofrezca un reporte favorecedor al Rey y sus allegados, y así evitar a cualquier costa mínimos conflictos que den lugar a la sospecha. El señor Lampard, aunque se trate de un hombre muy agradable, no debe permanecer mucho tiempo en el continente.

Raquel se sobresaltó ante la perspectiva de que Guillén de Lampard abandonara pronto el continente y no pudo ocultar su desagrado ante tales palabras. La esposa del Virrey pensó que ella se perturbaba imaginando conflictos en el Virreinato e intentó calmarla.

—Raquel, querida. No debí hablarte de estas cosas. Recuerda que son solo hipótesis. Situaciones de rutina que mi esposo confronta a diario. Nunca ocurrirá tal cosa como una guerra. Todo estará bien.

Raquel aprovechó las excusas que le proveía para disimular su descontento.

—De solo pensarlo se oscurece mi corazón bajo una sombra de pesadumbre. Estoy de acuerdo con usted, Virreina. Cuanto antes se vaya el inglés, mejor para todos. Sin embargo... mientras dure su estancia quizás nos convendría distraerlo de sus objetivos.

—¿Qué clase de distracciones, Raquel? —preguntó la esposa del Virrey con una inflexión de sospecha en su voz.

—Lo que quiero decir es que hagamos lo que el Virrey recomendó al presentárnoslo en el baile, hacer de su estadía en el Virreinato una experiencia agradable. Introduzcámoslo en la vida social de la región así como ocurrió en el baile. Que converse con los hombres en sus casas, comparta el alcohol y las apuestas, que admire los paisajes de estas hermosas tierras, que consiga paseos supervisados con las señoritas y así, probablemente, se animará a cortejarlas. No me malentienda, Virreina, no me mire de esa forma. ¡Qué vergüenza! Hablamos de un hombre y, como todos los hombres, seguramente disfruta el placer de seducir a una mujer. Evitando cualquier escándalo y sin propiciar situaciones indecorosas, debemos enamorarlo de la región y que conserve los mejores recuerdos y cuente interesantes anécdotas sobre nuestra vida en la corte.

—Oh, querida. Eres brillante —concedió la esposa del Virrey, y tras unos segundos de reflexión respecto a lo que escuchaba añadió—, pero es importante, como bien señalas, cuidarnos de propiciar nuevos problemas en nuestros intentos de evitar los ya mencionados. Por esa razón creo que tú podrías ser la indicada para mostrarle a Guillén esas bondades de nuestra tierra, gratificarlo con tu compañía y mantenernos informados. ¿Estarías dispuesta? No confío en ninguna otra joven que sepa comportarse a la altura de esa tarea.

—No podría rechazarle una petición a usted, Virreina. Mucho menos considerando la causa que nos concierne —aceptó Raquel.

—No se hable más. Mañana lo convenceré de que me acompañe a visitar a tu madre. Asegúrate de estar en tu casa a la hora del té y de que se sienta a gusto.

—Se sentirá como en su propia casa —sentenció Raquel con una sonrisa.

La esposa del Virrey y Raquel prosiguieron su charla hasta el mediodía. Ambas mujeres se felicitaban a sí mismas en su interior por su astucia. A estas alturas, al ver a estas dos mujeres conversando animadamente entre sonrisas y complicidades, nadie podría asegurar quién mordió el anzuelo y quién consiguió una buena pesca.

Capítulo 3

En la casa de huéspedes del Virrey la tranquilidad era envidiable para aquellos que preferían evitar el constante ir y venir humano en el centro de la capital de Nueva España, pero no para quienes sentían la necesidad de integrarse en la actividad y el bullicio pues se aburrían fácilmente en los espacios tranquilos. Guillén de Lampard era una de esas personalidades que se contentaba muy poco con la paz, y su espíritu aventurero reclamaba ruido y movimiento. A primera hora de la mañana se encontraba listo para zambullirse en la vida de aquella ciudad, que aún se le presentaba inexplorada por su curiosidad.

Había llegado a aquellas tierras por un accidente de su afortunado destino, acostumbrado a situarlo en los lugares indicados en el tiempo perfecto. Un intercambio y un pacto que confirmaron la única ruta de escape segura. Al Rey de España no le importaría si llegaba a buen puerto quienquiera que hubiera enviado, siempre y cuando alguien se presentara en su nombre para enviarle reportes de la situación en el nuevo continente. Las misivas tardaban meses en ser recibidas entre mares y mares de por medio, y las posibilidades de que en el Virreinato se descubriera que Guillén no era el mismo enviado que la Corona había anunciado mucho tiempo atrás dependerían del azar. Nadie se había planteado la idea de que él pudiera ser un impostor y, de ser así, tendrían que esperar una confirmación que probablemente no llegaría nunca.

Ante tales precauciones tenía el deber de comportarse a la altura de su supuesta investidura y mantener a raya cualquier sospecha, evitando convertirse en el centro de hipotéticos conflictos que pudieran afectar a personas influyentes de la región, incluyendo al Virrey, obligándolos a ponerse en su contra. A pesar de lo que dictaba la prudencia, Guillén maquinaba otros planes en su rebelde imaginación y veía en aquel continente una oportunidad dorada para el cumplimiento de sus ansiados objetivos.

Al margen de sus revolucionarias elucubraciones Guillén de Lampard se sentía algo perturbado desde que asistió al bendito baile en el que conoció por primera vez a María del Carmen Moctezuma. Desde que compartieron un beso tras su abanico, y se prodigaran miradas atolondradas durante el resto de la velada, el recuerdo de la imponente mujer descendiente de Reyes aztecas, según le confesó, se le había incrustado en el corazón. El rápido y frustrado beso se le antojaba exquisito y eterno al recrearlo en su imaginación varias veces al día. ¿Por qué había sido tan cobarde? Lamentaba no haberse dejado llevar por su osadía y besarla como debe besarse a una mujer deseada, sin límites de tiempo, sin importar lo que ocurriera alrededor. Distorsionada la realidad inicial de dicho beso el acontecimiento adquiría nuevas y excitantes dimensiones, marcando el punto de partida para nuevos deseos, el detonante para despertar su voluntad en pos de la conquista de ese cuerpo moreno e inexplorado.

Pero no, poseer aquel cuerpo no era suficiente. Para dejar su huella de conquistador sobre la Tierra de Gracia necesitaba aprehender la voluntariosa alma que la encarnaba. Enloquecía de solo pensar en no haber suscitado el mismo interés en ella y que toda su correspondencia en el baile se tratara de un juego, una manera de despertar la envidia de sus amigas solo porque pudo atrapar la atención del recién llegado del cual todos hablaban. No, no, era imposible. Ella sentía semejante vértigo ante su presencia. El beso a hurtadillas como concilio tras una conversación honesta bastaba como prueba de ello. Una mujer como ella solo podría demostrar tal pasión cuando de verdad se interesaba en algo. No sería capaz de fingir frente a aquellas cosas que despreciaba o poco le importaban. A él, un extranjero desconocido, le había ofrecido un vistazo innegable de las cosas que incendiaban su ímpetu: su linaje, su tierra y los proyectos de libertad para independizarla. En aquella confesión a medias, María del Carmen Moctezuma le abrió

su obstinado corazón a Guillén, confió en su persona y él lo sabía. Solo por esa razón, aun si ignoraba el beso, ¡y vaya que de ninguna manera podría ignorarlo!, Guillén estaba seguro de que ella también se sentía atraída por él y había sido capaz de distinguirlo del resto de los hombres allí presentes, así como ella se diferenciaba del resto de las mujeres que había conocido.

Una semana transcurrió después del baile y ninguna oportunidad parecía la más apropiada para justificar una visita a la casa de María del Carmen Moctezuma; además desconocía la dirección para encontrarla. Se veía obligado a preguntar al respecto pero supo que aquella no era la manera apropiada de conducirse cuando se trataba de entablar contacto con una mujer decente, hija de terratenientes, sin suscitar suspicacias innecesarias. Mientras urdía un plan que pudiera facilitar un encuentro entre ambos, no le quedaba sino improvisar sobre la marcha. Dispuesto a salir cuanto antes de la aburrida casa de huéspedes que le ofreció el Virrey, Guillén salió sin esperar la compañía de esclavo alguno, con la finalidad de acercarse al centro de la población. Se encontraba en un mundo desconocido y lleno de sorpresas que le brindaba la increíble oportunidad de redescubrirlo como alguna vez los antiguos exploradores antes que él lo hicieron.

***

El mercado del centro en Nueva España presentaba un espectáculo variopinto a los ojos del rebelde irlandés. Blancos y esclavos, y algunos criados indígenas, le daban vida al intercambio comercial diario en la región. Guillén se distrajo observando las dinámicas entre las distintas razas, la sujeción de los esclavos a sus amos, los relumbres de odio en la mirada de unos y la autoritaria indiferencia en los ademanes de los otros, y la curiosa diferenciación arbitraria que situaba a unos hombres privilegiados por encima de otros que eran considerados inferiores a los ojos de la justicia. Algo no estaba bien. Tarde o temprano aquellos desniveles de injusticia resultarían costosos para la raza dominante. En medio de tales reflexiones se encontraba Guillén, mientras apreciaba las verduras y frutos que jamás había probado ni visto en Europa, cuando reconoció a la nodriza que acompañaba a María del Carmen la noche del baile. Una esclava rechoncha y menuda que no presentaba arrugas en su rostro pero con una mirada profunda que delataba su vejez. Guillén escrutó a su alrededor esperanzado, pero enseguida intuyó acertadamente que la esclava iba por su cuenta cumpliendo los recados de la casa familiar. No dejaría escapar la providencial ocasión de conseguir la información que buscaba. Esto era una señal. Dios, o lo que fuera que hacía correr el tiempo, estaba de su parte.

—Deben confiar mucho en usted para dejarla ir por su cuenta a hacer las compras.

La nodriza reconoció inmediatamente al joven que le hablaba y le correspondió con una tímida sonrisa.

—Es fácil regresar a los lugares y personas que se llevan en el corazón.

—No es la respuesta que esperaría de...

La nodriza interrumpió a Guillén antes de que pudiera terminar su frase.

—¿Una esclava? ¿No acostumbra a tratar con esclavos? No es tan inusual como cree. Al menos, no cuando se vive en la casa Moctezuma.

—Debe tener unas amas espléndidas.

La nodriza lo miró fijamente y luego prosiguió comparando el tamaño de los frutos que seleccionaba.

—Oh, jovenzuelo —bromeó—, en un día como este un hombre como usted desperdiciando su tiempo con una vieja negra como yo…

Guillén no se rendiría hasta conseguir aunque fuera un pequeño dato que lo acercara a la dama de sus desvelos.

—¿Y cómo se encuentra la señorita Moctezuma?¿No acostumbra a visitar la ciudad?

La nodriza sin detenerse por un momento de su labor discriminativa de alimentos, le respondía sin mirarlo.

—Mi niña María ha de sentirse a gusto a esta hora en sus clases de clavecín, siempre preferibles para ella antes que las de bordado.

Guillén sonrió ante tal ocurrencia. Sospechaba que las simpatías de la nodriza se inclinaban a su favor.

—No me sorprende. Es una joven muy inteligente y sensible.

—Parece conocerla muy bien —dijo la nodriza interrumpiendo su actividad y arrojándole una mirada inquisitiva.

—Oh, no —atajó enseguida Guillén—. Pero me produjo una muy agradable impresión cuando la conocí en el baile. Y lamento no haber tenido la oportunidad de volver a escuchar su grata charla.

—Seguramente coincidirán en algún otro evento.

—O podría ir a visitarla —aventuró Guillén.

La nodriza negó alarmada con la cabeza.

—No sería adecuado —Luego se conmovió al ver su cara de desconsuelo tras su respuesta—. No todavía. Pero según entiendo usted es un enviado de la Corona, así que su visita será bienvenida en cualquier lugar del Virreinato.

—Solo si supiera qué lugar debo visitar—replicó Guillén algo esperanzado.

—Pues esa información no la obtendrá de esta servidora. Pero puedo llevar a buen puerto cualquier recado que usted tenga en sus manos —le dijo la nodriza guiñándole un ojo.

Guillén pasó de la esperanza a la euforia. Quería abrazar a la esclava pero se contuvo.

—Si me espera unos minutos podría escribir un recado y enviárselo a la señora de la casa.

—¿A la madre y no a la hija? —se sorprendió la nodriza.

—Por supuesto, solo ella podría darme el permiso de visitar a su hija.

A la nodriza le agradó tal respuesta.

—Es un hombre responsable. Así es como debe ser. Lo esperaré.

Cualquier otra persona que se lo hubiera topado en su recorrido entre la plaza y la casa de huéspedes del Virrey, habría confundido al enviado de la Corona con una gacela. De tal manera corría hasta sus aposentos que era como si cada paso que daba lo acercara a la mujer que había dominado su voluntad, y en cierto modo así era. Llevar ese recado adelantaría el curso de los acontecimientos que él proyectaba. Afiló su pluma y la mojó en tinta escribiendo rápidamente un mensaje breve y formal como enviado de la Corona, sin preocuparse por la tosquedad de su trazo o el nerviosismo que denunciaría su caligrafía, al expresar sin tapujos sus intenciones de conocer la hacienda Moctezuma con una visita formal. Dobló el papel y seguidamente corrió en dirección a la salida cuando se topó con la esposa del Virrey en la puerta de la casa de huéspedes acompañada por una esclava.

—Señor Lampard. Lo veo azorado. ¿Está sudando? ¿Iba de salida?

—Aún no me acostumbro al calor de estas tierras. Sudo mucho —le contestó disimulando su respiración acelerada—. Como aún no dispongo de criados, solo quería dejar un recado.

—Descuide, señor Lampard. Romelia puede ayudarlo con eso —dijo la esposa del Virrey señalando a su esclava—. Un hombre de su importancia no tiene por qué cansarse sin necesidad con el trabajo que otros pueden hacer por usted.

Guillén de Lampard dobló la misiva dentro de su camisa.

—Eso puede esperar. No es tan importante. Permítame invitarla a mi morada prestada —bromeó, dejándola entrar y tragándose la rabia que sentía por el inminente fracaso de su plan, al menos en aquella oportunidad. Seguidamente le indicó que se sentara en la sala de aquella estancia que la Virreina conocía muy bien.

—En unos días llenaremos la casa de criados y esclavos, no se preocupe —aseveró la esposa del Virrey acomodándose en una silla, inaugurando lo que prometía ser una visita no tan corta, para desgracia del irlandés—. En todo caso, espero que no tenga queja alguna respecto a la cocinera que le enviamos.

De pronto a Guillén se le ocurrió una alternativa para llevar a cabo su cometido. El tiempo se le agotaba.

—Ha sido un encanto. Todos los platos en este continente son nuevos para mí y me encantan. Jamás había comido tan bien. Si me permite un segundo, debo indicarle algo a ella, ahora que lo menciona. Vuelvo enseguida.

La esposa del Virrey observaba la habitación con especial atención, como si tras una observación atenta fuera capaz de encontrar una pista sobre algo sin saber qué buscaba, cuando Guillén volvió al cabo de unos minutos con un semblante calmado.

—Discúlpeme, Virreina. He vuelto.

—¿Todo bien en la cocina?

—Por supuesto. Como le dije ha sido una espléndida cocinera. Pero había olvidado decirle que me gusta el estofado con romero y le encargué conseguir una ración en el mercado.

—Los hombres no deben permanecer mucho tiempo solteros, señor Lampard. Si tuviera una esposa no tendría que preocuparse por la falta de romero al degustar sus platos predilectos.

Guillén le correspondió con una amable carcajada.

—Los ingleses acostumbramos a disfrutar un poco más nuestra soltería.

—Reprobable costumbre —le refutó la esposa del Virrey.

—No ha aparecido la mujer indicada —apuntó Guillén, aunque de pronto se halló pensando en el beso que le había dado a María.

—Aquí hay muchas damas hermosas en edad de ser cortejadas, mi estimado Lampard —le dijo la esposa del Virrey con tono pícaro guiñándole un ojo—. Estoy seguro de que a más de una le agradaría una vida en España. El Rey nos lo envía soltero y nos complacería devolvérselo como un hombre virtuoso capaz de formar una familia.

Guillén acentuó su sonrisa.

—Tiene muy buenos planes para mí en el continente, señora Virreina.

—Espero que así los tenga usted para nosotros —le respondió ella incisivamente.

—Tal como sus atenciones merecen. Ahora, dígame Virreina, disfruto mucho su visita pero me tiene intrigado. ¿Qué la trae por acá? ¿Algún recado del Virrey?

—Oh, el Virrey nada tiene que ver con mi visita. Solo quería asegurarme de que su estancia ha sido cómoda y aprovechar para traerle una invitación.

—Mi estancia ha sido un lujo—concedió Guillén—. Ahora, con todo gusto y con los ojos cerrados, acepto cualquier invitación que venga por parte de usted. ¿De qué se trata?

—Sin interferir en sus ocupaciones, me gustaría que me acompañara a tomar el té en una de las haciendas más importantes de Nueva España.

A Guillén se le iluminó el rostro.

—¿De quiénes estamos hablando?

—De la familia Rocalla.

—¿Los judíos? —preguntó Guillén decepcionado.

—Sí, es una familia honorable. Y su hija Raquel es un encanto. Ellos querían conocerlo personalmente y, tal como dijo el Virrey, darle la bienvenida a la región para que se sienta como en una segunda casa.

—Son muy amables. Pues no se diga más. Mañana encargo un coche conducido por corceles y pasaremos a visitarlos.

—Este será el comienzo de muchas invitaciones que recibirá. Esperemos no quitarle el tiempo para que cumpla cualquier misión que la Corona le haya encomendado —sentenció la esposa del Virrey.

—Estoy acostumbrado a distribuir mi tiempo y no agotarlo —respondió cortésmente Guillén.

—Así sea entonces. Pero no quiero abusar de esa distribución —argumentó la esposa del Virrey. Guillén comprendió las señales y le ofreció su mano para levantarla del asiento—. Creo que ya es tiempo de irme.

Guillén escoltó a la esposa del Virrey y a su esclava hasta la puerta de la casa de huéspedes. Se acercaba la hora del almuerzo. La nodriza llegaría a buen tiempo a la casa Moctezuma, según estimó.

—Lo espero mañana —se despidió la esposa del Virrey tras recibir en la mano un beso de Guillén.

—A buena hora. Cuente con eso.

Guillén las vio alejarse y, cuando ya se encontraban a una distancia prudencial, cerró la puerta y se dirigió rápidamente a la cocina que se encontraba ocupada por el hijo de la cocinera, también esclavo como ella, un niño de ocho años que vigilaba el fuego tal como le ordenó su madre.

—¿No ha regresado tu madre? —le preguntó Guillén. El niño negó con la cabeza sin emitir ningún sonido.

Ansioso, no se movió de la cocina centrando su atención en el fuego, el caldero y la vigilancia atenta del niño que removía su contenido con una cucharilla de madera. Era curiosa la alquimia que hacía posible disfrutar de una buena comida. Hombres y mujeres como los que vivían en aquella región quedaban a merced de las pequeñas decisiones que los esclavos tomaban sobre sus alimentos, dándoles el gobierno sobre sus confiados estómagos. Ellos podrían envenenar la comida de sus amos si se les ocurriera, reflexionó Guillén. Imaginó una masacre de común acuerdo en la que cada uno de ellos, desde las respectivas cocinas de sus casas, disponía de ingredientes mortales para servirles un letal almuerzo a sus amos. Sonrió para sus adentros y, enredado en sus pensamientos, no se dio cuenta de que por la puerta de atrás, destinada para entrada y salida de los esclavos domésticos, regresaba finalmente la cocinera.

—Conseguí el romero, señor —dijo anunciándose.

Guillén reaccionó de su ensimismamiento y sintió alegría al verla por lo que eso representaba. Sin rodeos le preguntó:

—¿Pudiste entregar el recado?

La cocinera se secaba el sudor de la frente con un pañuelo y le ordenaba al niño que dejara libre el caldero, retomando su lugar. Tras una serie de respiraciones agitadas, y mientras Guillén se consumía de desesperación en esos segundos eternos, finalmente le respondió:

—Sí. Lo estaba esperando impaciente. Dijo que su mensaje estaba en buenas manos.

A Guillén se le escapó un suspiro de dulce alivio. Ni el romero, ni el té con los judíos, ni las imprudentes palabras de la esposa del Virrey cada vez que hablaba, ni las rebeliones imaginarias de los esclavos contra sus amos o los proyectos de una Irlanda libre preocupaban su alma en ese instante tanto como el hecho de no encontrarse junto a María. Pronto la vería de nuevo y eso era lo único en lo que quería pensar.

***

Un rato después, en la casa Moctezuma, la señora de la casa sostenía una hoja arrugada que rezumaba la tinta negra de unos trazos apresurados.

Querida señora Moctezuma,

Me complacería visitarlas a usted y a su hija en calidad de enviado por la Corona. Quiero conocer a los habitantes de esta región y particularmente estoy interesado en escuchar las historias antiguas sobre estas tierras y sus reinos dorados. Sospecho que usted podría ilustrarme al respecto como ninguna otra persona dentro del Virreinato.

Mis más sinceros saludos y atento a su respuesta:

G.L.

Capítulo 4

Danzaban las sombras en su habitación con su rutina precisa y sin errores. Como una lumbre sin fuego, miradas agudas la escrutaban sin ahorrarse las interpelaciones. Era la hora favorita de sus ancestros. Ella los veía e intercambiaban palabras de ausencia y silencio, a veces letales, siempre dolorosas. Última heredera de un linaje glorioso, toda su existencia dependía de una oportunidad idónea para reconquistar la victoria de su estirpe. Enloquecida por la furia de su fe, María del Carmen Moctezuma rendía su tributo de noche y sangre a los lares que llevaban su nombre. Las sombras mudaban sus rostros y enrarecían la realidad hasta convertir la más firme certeza en una insoportable duda. Ella no aguantaba los reclamos insuflados de cólera que como latigazos ininterrumpidos pinchaban sus oídos cada vez que enfurecían ante la falta de novedades. Un mundo oculto y cifrado se extendía como un imperio subterráneo bajo la corteza de lo aparente, un reino invisible de fantasmas y espejismos atrapados en la memoria de un pasado que lentamente perecía bajo la huella de los recién llegados, hombres y mujeres de piel pálida que traían consigo un futuro incierto, un porvenir que no los incluía. Se precisaba una profunda conexión con el origen de esa tierra y una voluntad dispuesta a escuchar, para revelar la visión de ese otro mundo arcaico relegado a la noche eterna; facultades en extinción con la proliferación y mestizaje de los recién llegados en la región.

María del Carmen Moctezuma era portadora de lo que su madre denominaba "la Visión", que se resumía en la capacidad de distinguir la piel que separaba el mundo aparente del reino oculto y poder entablar contacto con las voces que poblaban aquel misterio sin resolución. En el pasado, tal como su madre le contaba del mismo modo que su madre se lo contó a ella, en aquellas tierras de reyes, serpientes y pirámides gigantescas, los espíritus y los hombres convivían como si se tratara de una misma cosa, como si el límite entre ambos reinos no fuera frontera sino unidad. En aquellos tiempos los hombres llamaban dioses a los habitantes de ese otro mundo frío y espectral, cumpliendo una cuota de exigencias que funcionaba como pacto fiel para concretar la armonía entre ambos reinos. Si los dioses estaban sedientos de guerra, solo la sangre podía calmarlos. Si los dioses asolaban con sequías o inundaciones impidiendo la obtención de alimentos, solo la sangre podía detenerlos. Si los dioses se encaprichaban con un mortal, solo la sangre del cuerpo deseado vertida en una piedra consagrada saciaría su glotonería por la carne. Era sencillo, por un sacrificio humano cada cierto tiempo la paz estaba garantizada.

A los dioses les gustaba complacer a sus hijos predilectos, muy especialmente a aquellos que podían dialogar abiertamente con ellos. Intermediarios entre un reino y otro, solo quienes poseían la Visión estaban facultados para entender sin confusiones y traducir con claridad los designios que una nube, una ventisca o una llama de fuego encubrían con celo. Cuando llegaron los conquistadores, la armonía se disolvió y el puente entre ambos mundos se derrumbó casi para siempre; incluso para aquellos que portaban la Visión, las voces perdieron sentido y aquel mundo fue empañado por una bruma espesa e indescifrable. Con el tiempo, algunos pocos intuían de cuando en cuando el llamado de las sombras en los umbrales de su percepción. La Visión se convirtió en un raro y escaso privilegio. Así era el don con el cual había sido bendecida María desde su nacimiento.

En el transcurso de esa hora oscura, en una esquina de su habitación, María se apretujaba la cabeza atormentada por la queja desordenada de tantas voces sin importancia. El privilegio era también una maldición, porque una vez que se abrían aquellas puertas, cualquier sombra exigía audiencia. Demandaban acciones concretas y

radicales, reclamaban sangre y duelo como en otros tiempos y se disputaban su atención sin concederle un segundo de tranquilidad. Trató de calmarse y ordenar sus pensamientos para darle prioridad a unas voces a pesar de otras; para distinguir las peticiones importantes de las quejas sin propósito, escuchaba sin juzgar pero atendiendo a aquellas que podrían ayudarla. La costumbre ganada con los años, le confería la gracia de saber controlar y escuchar sin derrumbarse. Al menos, la mayoría de las veces. La calma se asentaba en su ánimo y entonces pudo responder a las sombras sin miedo a las represalias.

—No. Las dificultades siguen siendo las mismas. Nadie está capacitado para acompañar mis planes. Nada ha cambiado y, sin embargo, alguien ha llegado.

—¿De qué puede servirnos eso?

—Ese alguien podría estar dispuesto a ayudarnos —afirmó María.

—¿Uno de esos hombres pálidos, acaso? Todos son iguales. Todos traen muerte allá donde su huella pasa.

—Su piel importa poco. He leído en su mirada un ansia familiar, una búsqueda semejante a la mía. No es como los otros —se defendió María.

—No permitas que él también lea tu corazón. No sin asegurarte de sus intenciones en esta tierra.

—Ese será mi trabajo. Leer su corazón sin revelar el mío. Traducir los secretos de su mirada. Y descubrir hasta qué punto su voluntad comulga con la mía.

—Nuestra voluntad. Nunca lo olvides. Nuestra, siempre nuestra —amenazaron las voces.

—Mi vida es nuestro propósito, nuestra libertad —confirmó María.

—Tu vida es nuestra. Si no te equivocas, harás que su vida lo sea también —sentenciaron las voces dándole permiso para relacionarse con aquel extraño recién llegado.

Las voces se dispersaron y tras su desvanecimiento retornó la claridad. Cada vez que regresaba de tal trance, su despertar prolongaba una sensación de desasosiego que tardaba horas en menguar. En aquella ocasión se sintió mucho peor. El mundo “real” se le antojaba exagerado y estático tras haber conocido tamaño vértigo. El regreso tenía sus consecuencias. María sintió su cuerpo desfallecer y sin darse cuenta acabó desmayada por un dulce sopor y consolada por la losa fría del suelo.

***

El aroma de las sales se abría paso por sus fosas nasales hasta sacudir la consciencia con un espasmo cargado de violencia. Su cara se contrajo en una expresión de asco y sus ojos parpadearon a medida que exhalaba tras una inspiración honda. El estómago se le revolvió con la promesa de bilis subiendo hasta su garganta, aunque no tuviera fuerzas para vomitar siquiera. La nodriza animaba dulcemente el cuerpo de su querida niña Moctezuma sosteniéndola en sus brazos, zarandeándola sin torpeza, empujándola hacia su cuerpo, abrazándola como una guarida acorazada que no permitiría que ninguna amenaza externa la dañara. Pero, ¿quién podría protegerla de las sombras que ya vivían dentro de ella? ¿Contra quién luchaba para salvarla? Con paciencia la nodriza ayudó a enderezarla hasta lograr que se pusiera de pie apoyada en su cuerpo, la condujo en dirección al camastro donde dormía y pudo sentarla sin que ella opusiera resistencia.

En aquel instante la compadecía. Volvía a ser aquella niña que caía desmayada en los campos por haber hablado mucho tiempo con sus fantasmas. Así los llamaba ella en su inocencia, suyos, aunque la realidad tras esa singularidad era otra. Nunca la dejarían en paz. El tiempo los había fortalecido y a su vez mermaban cualquier resistencia que

ella pudiera ponerles. María los obedecía con gusto. Cuando aprendió a controlar el uso de la Visión, en algún momento de su temprana adolescencia, aquellos espectros se convirtieron en una necesidad, una condición rutinaria sin la cual su vida no podía conducirse. Vigilaban sus sueños y cronometraban sus despertares, atentos a cualquier mínimo detalle, apropiándose de su vida dando por sentado su permiso. No pocas veces los escuchaba a plena luz del día y en compañía de otros, sin que nadie pudiera notarlo. Ya era experta en disimular su constante asomarse por esa ventana invisible para otros; y en aquellas ocasiones sus amigos invisibles se presentaban débiles y serviciales, susurrándole al oído datos de interés sobre sus interlocutores, revelando pequeños secretos y suscitando en su interior risas cómplices que ningún otro comprendería.

Los años habían fortalecido un raro vínculo entre ella y sus fantasmas. Por las noches la amabilidad de sus queridos fantasmas revelaba un matiz oscuro y cruel, la doblegaban hasta cansarla exigiendo su atención. Sucumbía ante aquella fuerza oscura durante esas sesiones nocturnas. Forjaban laberínticos planes para ella y su estirpe, brindándole un destino que no debía rechazar. Su voluntad ya no dependía de la libre elección, sus decisiones ya estaban de antemano tomadas y sopesadas en la balanza del tiempo. Y a medida que el efecto de ellos se apoderaba de su alma, mayor era su belleza y la pasión que inspiraba en quien se detuviera a contemplarla, mayor era la energía con la que afrontaba su vida en aquella realidad, la verdadera realidad, aunque para ella luciera difusa y deslucida comparada con su mundo encantado. Constituía la mayor ironía de su existencia el hecho de que, al mismo tiempo que irradiaba un aura de muerte, para el resto de las personas que la conocían parecía la mujer más viva con la que se hubieran topado.

Pero su poder era mucho más grande de lo que aquel reducido grupo de espíritus controlaba. A veces María avistaba espíritus que acompañaban a otras personas, que pertenecían a otros espacios, espíritus que no interactuaban con los suyos. A veces percibía cosas desconocidas sin su mediación. Su Visión abarcaba otras dimensiones de aquel mundo alterno y desconocía el alcance verdadero de su poder porque sus espíritus predilectos se imponían sobre ella. Sus espíritus, sí, suyos. Los espíritus atados a su apellido que alguna vez libaron las ofrendas que sus antepasados les ofrecieran. Espíritus que se habían prometido devolverle la majestad que su nombre merecía. Espíritus que necesitaban restaurar el tiempo perdido en el que alguna vez fueron llamados dioses. A su lado, siempre, sin apartarse. Aquellos espíritus estaban allí sin importar adonde fuera, dormida o despierta, consumiéndola sin pausa como una llama que agota la cera de su vela con el inminente propósito de extinguirse a sí misma.

La nodriza acariciaba el cabello de su niña y luego rozaba sus hombros. Prefería no sostenerla en sus brazos para evitar que se durmiera por completo y quedara atrapada en ese mundo al cual ella no tenía acceso. Quién sabe si entonces las sombras volverían y ya era suficiente por esa noche. Quizás ella era incapaz de ver aquellos espíritus pero no dudaba de su existencia. Ella también provenía de un continente donde lo humano y lo divino se fusionaban sin intermediarios a la vista de todos. Y también comprendía que no poseía potestad alguna para librarla de su don, pero se limitaba a estar en el momento correcto cuando era necesitada. Y como tantas otras veces lo hizo en trances semejantes, esta vez le cantó una suave nana trayéndola de regreso lentamente, y a buen término, hasta este mundo, su mundo. La presencia de aquella mujer, su querida nodriza de brazos fuertes y voz melodiosa, reconfortaba a María rescatándola de su sopor, despertándola paulatinamente, con el cuerpo cansado y los párpados pesados, a medida que aquella canción le devolvía la vida recordándole las ganas de seguir existiendo para no apartarse del mundo al cual sí pertenecía.

—*Brisa que vuelve, brisa que va* —decía la canción, repetidas veces—*, devuélveme mi mar. Nubecita que llora, pececito que ríe cuéntame sobre el sol. Hay sal en la mesa y amor en la olla. Cantan las flores, cantan por ti. Cantan los pobres, cantan por mí. Canto por ti, canta para mí. Tu canto azul, tu canto sin fin.*

—No me sueltan —suspiró María ya recuperando la consciencia.

—No los sueltas —replicó la nodriza.

—No me dejarían.

—No quieres dejarlos.

—No puedo dejarlos. Los necesito.

—Te necesitan.

—Quieren lo que yo quiero. Me quieren, me quieren.

La nodriza ya había repetido un diálogo semejante en otras ocasiones. Se trataba de un juego dialéctico inagotable. Era la mejor manera de sacudir el trance, confrontándola con sus propias palabras y revelándole la naturaleza de sus contradicciones. Poco a poco, recuperaba la razón y a menudo no recordaba las palabras que intercambiaban entre ellas. Finalmente, ya despierta, observó atentamente a su nodriza dándole las gracias con una simple mirada.

—Es hora de que descanses, hija mía. Que descanses de verdad.

***

A la mañana siguiente María encontró a su madre en su silla favorita para bordar leyendo atentamente una carta y con una expresión indescifrable en su rostro.

—No parecen buenas noticias, ¿o sí? —preguntó María revelando su curiosidad.

—¿Nuestra querida nodriza no ha tenido ocasión de comentarte nada sobre esta curiosa misiva? No creo que sean malas noticias. Al menos, no para ti.

—¿Me dejarás en ascuas sin revelármelo, madre? ¿Qué dice ese papel?

Su madre la miró atentamente y sonriendo le extendió la carta.

—Será mejor que tú misma lo leas. Quizás tú entenderás mejor que yo de qué se trata esto.

María temía encontrarse con una noticia que la contrariara. Algo nublaba su visión en aquel momento y era incapaz de adivinar algún signo claro a través de su intuición. Desdobló el papel y le echó un rápido vistazo. Su corazón dio un vuelco al mismo tiempo que trataba de controlar el rubor que coloreaba sus mejillas.

—Es una buena noticia para alguien dentro de esta casa —confirmó su madre atenta al rictus rígido de su hija, tratando de ocultar una sonrisa.

—¡Oh madre! No supongas cosas. Apenas lo conozco. Compartimos una pieza en el baile y una breve conversación.

—Aparentemente fue suficiente para que quiera verte de nuevo.

—Es un enviado de la Corona. Parece una visita formal respecto a los intereses que sus ocupaciones demandan.

—Las cuales desconocemos, cabe acotar—puntualizó su madre.

—¿Le mandarás una respuesta? —preguntó María con el tono más desenfadado que pudo fingir.

La madre, reflexionó con sensatez.

—Se trataría de una descortesía imperdonable negarle una invitación a un enviado de la Corona, aunque no me agrade la idea de tener a un extranjero de la Corte en mi casa. Ambas sabemos muy bien lo que su mundo representa para el nuestro. Y es mucho peor que cualquier otro hombre, terrateniente o hijo de terrateniente, que ha nacido o vivido en esta tierra y la conoce la suficiente para defenderla y quererla, así sea según sus propios intereses.

—El señor de Lampard parece distinto. Puedo sentirlo —se aventuró a confesar María.

—¿Lo siente tu don o te engañan otros sentimientos? —cuestionó su madre.

—Dice cosas distintas. Es capaz de entender —siguió María en su defensa.

—Para tratarse de una pieza de baile y una conversación breve, te ha dejado una excelente impresión.

María bajó la mirada frente a los inquisidores ojos indígenas de su madre. Ella no fue favorecida con el don, a diferencia de su hija, pero poseía la intuición natural de su raza, esa capacidad de permitirse leer en el corazón de otros sin miedo a encontrar respuestas. Podía sentir los latidos acelerados en el corazón de su hija, el deseo en su mirada, su cuerpo vibrando ante una posible situación de encuentro con aquel hombre foráneo y desconocido. También en ese instante supo que su hija comenzaba a experimentar algo que probablemente aún no entendería, y confrontarla con eso sería contraproducente. Era aquel sentimiento familiar, aquel principio fundamental de la maravilla. Lo recordaba perfectamente. Los síntomas innegables de una atracción, la simiente del amor en pleno despunte. Ahora, ¿qué podía hacer al respecto? ¿Debía actuar en contra de esa situación? ¿O, por el contrario, le convenía? Quería lo mejor para su hija. Tampoco sería justo interponerse en esa oportunidad de despertar al mundo que solo el amor permite. Cualquier prevención era inútil porque la experiencia le había enseñado que no se puede combatir a un espíritu enamorado ni quebrantar su voluntad.

Lo que le había contado la nodriza sobre su encuentro con él en el mercado y el nervio que animaba la caligrafía de la carta que sostenía en sus manos representaban para ella señales claras de que su hija no era la única encandilada por los resplandores iniciales del deseo. Eso era una ventaja. Al menos su hija no sufriría por un amor no correspondido. Pero se mantendría cautelosa respecto a la disposición de su María respecto a los posibles avances de ese hombre. Pensándolo con mayor detenimiento, lo mejor era conocer a aquel inglés cuanto antes para comprometerlo con la gravedad que implicaba conocer a la familia de una joven casadera y obligarlo, sin que pareciera un deber, a revelar sus intenciones. Por otro lado, era de su conocimiento la curiosidad que suscitaba la presencia de este supuesto enviado de la Corona en el Virreinato y lo poco que se conocía sobre él y los motivos que justificaban su presencia. Aprovecharía el interés que demostraba por su hija para extraer alguna información de futura utilidad. Si era lo suficientemente astuta, y si su hija cultivaba un poco de sensatez en medio de su idilio, probablemente tendrían el privilegio de desentrañar aquel misterio anglosajón hirviéndose a fuego lento bajo los efectos de su tierra caliente y salvaje.

—¿Quieres que el caballero Lampard venga a nuestra casa en calidad de visitante, hija mía? —le preguntó con un tono confidente, para que su hija no se sintiera juzgada ni mucho menos avergonzada.

María dudó y se tomó unos minutos de silencio. No sabía si una respuesta afirmativa la expondría frente a su madre. Pero, ¿qué se estaría denunciando tras esas locas ganas de responder sin reparos que no solo quería verle, que no solo esperaba su visita, que no solo le hacía falta repetir nuevas conversaciones y hasta un nuevo beso? Ansiaba comprobar la certeza de que estaba predestinada a encontrarse con ese hombre una y otra vez, sin importar el tiempo y el espacio en que sus vidas transcurrieran. Y tenía mucho miedo de admitirlo, de admitírselo a sí misma. No, el problema no era que su madre supiera lo que ya sabía antes que ella. El problema era que cuando dijera que sí, los cimientos de su vida entera tambalearían para entregarse sin reservas a un futuro incierto. Quizás lo mejor sería negarse y asumir nuevamente su cómoda postura de niña caprichosa e insatisfecha que con gusto desanimaba a los hombres que la deseaban. Pero su alma escupió su respuesta como un grito ahogado.

—Sí, así lo quiero.

Su madre dibujó una indescifrable sonrisa que María tardaría tiempo en comprender, y seguidamente demandó:

—Prepara la tinta. Le enviaré mi respuesta.

Capítulo 5

Guillén de Lampard, la Virreina y su esclava predilecta eran invitados por un criado mayordomo a esperar en el vestíbulo de la casa Rocalla, los adinerados judíos del Virreinato. El viaje había transcurrido sin contratiempos y llegaban puntualmente a la cita acordada. Una expresión de fastidio surcaba el rostro de Guillén, que esperaba una respuesta que probablemente llegaría cuando él no estuviera en casa o, peor aún, no llegaría después de todo. Le convenía distraer su mente de aquella espera y disfrutar la ocasión de conocer nuevas personas, futuros amigos o enemigos, para enriquecer su experiencia de paso por el nuevo continente. Paso que debía ser transitorio y no muy largo pero lo suficientemente rentable para el cumplimiento de sus objetivos. Los judíos y su fortuna representaban una oportunidad. Por su religión, probablemente tendrían una perspectiva completamente distinta del continente y de su organización, y le interesaba conocer esa visión.

Madre e hija entraban al vestíbulo minutos después. Sin tantas formalidades se saludaron y enseguida tomaron asiento. Raquel estaba preciosa según Guillén pudo observar cuando intercambiaron una breve mirada durante su entrada. La conversación transcurrió plana y sin datos memorables durante casi una hora. Hablaban del clima y de la mejor temporada para la cosecha, de los meses de leche agria, del pasado baile, de las ocupaciones del señor Rocalla quien se encontraba lejos de la capital debido a un viaje de negocios, volviendo una y otra vez sobre la curiosidad que fundamentaba aquella aburrida velada: el porqué de la presencia de Guillén en el continente. Como un buen atleta frente a los obstáculos que se interponían en su camino, sorteaba aquellas preguntas suspicaces con garbo reforzando su innegable encanto con las mujeres, madres e hijas por igual, respondiendo con sentencias cortas y evasivas insufladas de amabilidad y picardía.

Raquel mantenía una posición de anfitriona prudente y silenciosa, sin intervenir mucho en la conversación y evitando participar de la obvia curiosidad de su madre y la Virreina respecto a las ocupaciones del invitado, lo cual Guillén notó agradecido. Por su parte, Raquel disfrutaba al escuchar las ingeniosas respuestas que Guillén les daba a las señoras para satisfacer sus inquisidoras preguntas, acrecentando el atractivo que este misterioso hombre representaba para ella y aguantando las ganas de reírse en varias ocasiones. De este modo, se tejía una palpable y silente complicidad entre ambos, con miradas y sonrisas furtivas a medida que el fallido interrogatorio se llevaba a cabo sin los resultados esperados para sus propiciadoras. La Virreina conseguía que todos los temas de conversación desembocaran en peticiones para que el enviado de la Corona compartiera las impresiones sobre Nueva España que su primera semana le había dejado, mientras que la señora Rocalla repetidas veces le preguntaba detalles sobre su vida en el viejo continente. Sin ponerse de acuerdo, ambas mujeres a veces se interrumpían mutuamente disputándose el dudoso mérito de quién lograba sacar la mejor y más jugosa información sobre el recién llegado, que compartirían luego en otras reuniones y sobremesas donde Guillén no sería invitado, ansiosas por recibir futuras felicitaciones de sus esposos y amigas a razón de su astucia.

—¿Es tan asfixiante el viejo continente, como dice mi marido? —preguntó la señora Rocalla.

—Es completamente distinto. Hay mucha gente todo el tiempo en todas partes, y uno puede desperdiciar un día entero en muchos lugares junto a igual número de personas y no haber siquiera empezado aquello que pretendía hacer. Supongo que puede resultar asfixiante para quien no está acostumbrado —aseguró Guillén.

—Pero, ¿acaso no prefiere la tranquilidad de estas tierras? ¿No se siente más seguro? —intervino la esposa del Virrey.

—No he tenido la oportunidad de comprobar si esa serenidad es su estado natural. Tendría que pasar mucho más tiempo para ratificarlo. Pero sí parece un entorno controlable en comparación con Europa, y especialmente con España. Aunque no pondría las manos en el fuego al apostar por esa seguridad como una característica permanente —argumentó Guillén.

—¿A qué se refiere? —preguntó la esposa del Virrey con un ligero disgusto en su voz—. ¿Cree que el continente pueda convertirse en un lugar peligroso? ¡Eso no tiene sentido!

—Hoy en día no es evidente, a menos que se observe atentamente. Y para observar atentamente hay que estar dispuesto a ver más allá de lo que queremos ver. Viniendo de afuera y ajeno a las costumbres locales, puedo compartir mi percepción en calidad de visitante y extranjero. El continente es una olla a presión. Hay demasiadas razas, credos e ideas encontradas que no conviven pacíficamente y en cambio permanecen sometidas bajo una supuesta idea unificadora, las ideas que fundamentan nuestra Europa, que son muy distintas a las ideas que fundaron las poblaciones que acá habitaron antes de nuestra llegada, con su propia estructura que nunca nos preocupamos por conocer. Tarde o temprano eso creará una fractura. Y si eso ocurre, y puede ocurrir, esa supuesta tranquilidad se acabará —dijo estableciendo su punto indiscutible ante mentes cortas de entendederas.

—Es una hipótesis sensata —añadió Raquel para disgusto de su madre—. No puedes preparar un caldo con diferentes especias y luego esperar que tenga un sabor uniforme y compacto.

—¡Qué comparación tan precisa! —concedió Guillén—. A eso me refiero.

—¡Tonterías! —contradijo la señora Rocalla—. Esto nunca será Europa y sus guerras. Aquí se nos ha aceptado sin inconvenientes y somos libres de profesar el culto que queramos.

—Sí, madre —la interrumpió Raquel—. Pero lo que el caballero de Lampard observa no se refiere únicamente a nosotros, a los terratenientes. Está hablando sobre nuestros criados, esclavos, indígenas y blancos nativos poseedores de pequeñas tierras. Son demasiadas mentes y corazones creyendo y amando cosas distintas. La paz no durará para siempre, lamentablemente.

Guillén le correspondió con una sonrisa de agradecimiento.

—¿Personas? Los estamos sobrestimando. Mientras tengan el estómago lleno y sean tratados con firmeza sus instintos se mantendrán controlados —le respondió la madre a su hija.

La Virreina pudo notar el punto común entre Guillén y Raquel, y aprovechó la ocasión para desviar la polémica conversación.

—Raquel, querida. Si tu madre lo permite deberías mostrarle la terraza a vuestro invitado. Probablemente tengan muchas cosas sobre las cuales hablar ahora que descubrieron que piensan de forma tan parecida —ironizó la Virreina al tiempo que miraba a su amiga con un gesto cifrado que enseguida captó.

—Es verdad, hija. Compórtate como una buena anfitriona y cumplamos la recomendación de la Virreina. Es importante que nuestro invitado se sienta a gusto. Como en su casa.

—¡Estupendo! Jacinta, acompáñalos sin molestarlos —le ordenó la esposa del Virrey a su esclava.

Atento a estas formalidades, Guillén enseguida se puso de pie y ofreció su mano para levantar a Raquel de su asiento.

—Queda de su parte indicarme el camino, señorita Rocalla.

—Sígame —le contestó Raquel.

Ambos jóvenes abandonaban la habitación, mientras la Virreina y la señora Rocalla celebraban en silencio, a pesar de las cosas reprobables que se vieron obligadas a escuchar, que quizás la velada no había sido tan desafortunada al final de la jornada.

***

En la terraza Raquel y Guillén se animaron a conversar mientras observaban un cielo sanguinolento que anunciaba la inminente llegada del ocaso. Cielo que rivalizaba en belleza con los crepúsculos que había atesorado en su querida Irlanda. Desde su infancia no había visto atardeceres igual de hermosos hasta que sus ojos se toparon con los acaecidos en el nuevo continente. Cada vez que se encontraba con semejante cielo entendía por qué aquello era conocido como la Tierra de Gracia o El Dorado. Lamentaba que aquel lugar bendito y brillante cayera en manos de hombres como los de su tiempo, poco susceptibles a rendirse frente a la belleza. Guillén sabía que tarde o temprano destruirían esa belleza y nadie podría evitarlo. Era el curso natural que siguen las cosas arrasadas y conquistadas por aquellos hombres que menosprecian los milagros justo cuando consiguen una oportunidad de alzarse por encima del resto.

—En todo caso, puedo concederle a su madre y a la Virreina que en España nadie puede apreciar un cielo como este. Es un cielo nunca antes visto.

Raquel se reclinaba en una baranda, observándolo.

—No crea que todos en el Virreinato se detienen a contemplar un atardecer.

—Ese es el problema de los hombres. Damos por sentado las cosas. Creemos que algunos acontecimientos son menos maravillosos solo porque ocurren a diario —reflexionó Guillén.

—Lo extraordinario no siempre es lo insólito —recalcó Raquel—. ¿Cómo es que su español es tan impecable? Los ingleses que he conocido suelen tener muchas dificultades para hablar el idioma de Castilla.

—Técnicamente no soy inglés —reveló Guillén, y observando la reacción de sorpresa de Raquel continuó—,soy un irlandés, que es una forma de ser un inglés de segunda categoría. Y allá en Irlanda teníamos una nana española que nos cuidaba a mí y mis hermanos. Ella nos enseñó a hablar el español como una segunda lengua. Luego no me fue difícil desenvolverme en España y perfeccionar mi uso del idioma. Hasta mi acento inglés apenas se nota.

—¿Y por qué abandonó a su Irlanda? ¿Qué lo animó a hacerse una vida en España y luego terminar en este continente?

—Pensaba que la curiosidad era solo una característica de su progenitora —bromeó Guillén.

—Pero mi interés al respecto es motivado por razones distintas a las de mi madre y la Virreina — puntualizó Raquel—. Es solo la simple curiosidad de una chica como yo que apenas ha conocido lo que hay un poco más allá de estas paredes. Desconozco el mundo y me agrada conocer personas que lo han visto y explorado, aprender de sus anécdotas, descubrir cosas que jamás hubiera pensado que existían. Pero si se siente incómodo con mis preguntas, ignórelas. Yo entiendo sus reservas.

—Descuide —la tranquilizó Guillén—. No me molestan sus preguntas en absoluto. E incluso comprendo los intereses particulares de su madre, la Virreina, y básicamente de cualquier habitante importante del Virreinato respecto a mi presencia. Vine preparado y consciente de que suscitaría ese tipo de interés. No puedo responderle sobre esas cosas para evitar suposiciones malsanas. No, por ahora. Me alegra que comprenda mi postura de mantenerme al margen de los cuestionarios y no complacer todas las

preguntas. Y créame, con todo gusto me complacería, en cualquier otra oportunidad, contarle anécdotas sobre mis viajes y las cosas que a mi corta edad he podido ver. Su curiosidad es loable y no responde a otra cosa sino a la noble sed del conocimiento. Cultive esa virtud digna de reyes y sabios. Yo no soy un hombre particularmente docto pero aprecio también esa búsqueda. No por otra razón estamos en este mundo. Para absorberlo, comprenderlo y dar cuenta de ello.

—Es usted un hombre muy honesto, a pesar de sus omisiones —agregó Raquel sonriéndole—. Aún no lo conozco, es cierto pero me atrevo a decir que reside en usted esa virtud y la admiro. No es fácil encontrar un hombre así capaz de expresar sus posturas sin miedo a generar reacciones en su contra. Ciertamente podrá usted adivinar que cada cosa que diga será aguardada con mucha atención. Ideas como las que acaba de expresar frente a mi madre y la Virreina no serán bien recibidas. Cuide sus palabras con celo, pero no por ello reprima su ímpetu. Aquí todos nos conocemos muy bien y no estamos acostumbrados a los misterios. Nos asusta cualquier cosa que represente un atentado contra nuestra seguridade. Estamos acostumbrados a lo sencillo. Pero sepa usted que aquí tiene a una amiga. No le pediré detalles sobre su vida, ni que me informe sobre las razones que fundamentan su estadía, pero sí me complacería saber cómo se siente ya que imagino que adaptarse a un nuevo entorno como un extraño no debe ser algo fácil y, seguramente, acentuará la soledad. Y no es justo que las personas se sientan solas.

—Gracias, Raquel. Aprecio sus palabras y acepto su amistad como un honor del cual espero ser digno —le respondió Guillén—. Es cierto, aún estoy adaptándome. Y estimo que mi tiempo en el Virreinato apenas está comenzando, así que agradeceré sobremanera contar con alguien que pueda guiarme en estas tierras sin sentir la obligación de explicar todo el tiempo mi lugar en ellas.

—No se diga más, amigo —le dijo Raquel extendiéndole su mano y estrechándosela.

—Amiga, creo que es tiempo de entrar. Debo asegurarme de dejar a la Virreina sana y salva en el palacio de su esposo. De lo contrario, mi cabeza rodará.

Guillén le ofreció su brazo y juntos abandonaron la terraza. Una ola de satisfacción recorrió el cuerpo de Raquel y se sintió embriagada por la firmeza de aquel hombre que a su lado caminaba sosteniéndola. Deseaba que aquella caminata hasta el vestíbulo no acabara nunca.

***

Guillén de Lampard al fin llegó a su casa de hospedaje. Ya contaba con suficiente personal, gracias al Virrey y, sobretodo, a la insistencia de su esposa por no dejarlo desamparado del debido servicio y atención que su rango demandaba, y además, según intuyó, para poder tener ojos y oídos que vigilaran sus pasos en nombre del Virrey. La cocinera salió a su encuentro anunciándole que su cena estaba servida. No quiso hacerle ninguna pregunta para no demostrar demasiado interés en la espera que lo inquietaba. Guillén la miró atentamente ansioso por escuchar alguna novedad a través de sus labios, a lo cual ella reaccionó.

—Casi lo olvidaba, señor Lampard. Mandaron un mensaje de la casa Moctezuma para usted.

—¿Qué decía el mensaje?—preguntó Guillén enseguida.

—¡Oh, señor! ¿Cómo se le ocurre que pueda saberlo? Yo no sé leer y no sería apropiado saber lo que no me corresponde.

Guillén se disculpó por su torpeza haciendo un ademán con sus manos.

—¡Qué tonto soy! Tienes razón. ¿Una carta, dices? ¿Dónde está?

La cocinera alzó su mano señalando las escaleras.

—La dejé en su habitación. Podrá encontrarla en su cama.

Guillén corrió hasta su habitación y encontró una misiva lacrada y perfumada. A duras penas buscó un abrecartas y casi la rompe debido a su afán. Leyó rápidamente su contenido tratando de aprehender cada una de las palabras con una sola lectura. Se sintió eufórico y satisfecho a pesar del tono seco y sin adornos del mensaje. La releyó nuevamente, con calma, saboreando la buena noticia como quien se relame los labios a la hora del postre y recibe ración doble. Era la respuesta que estaba esperando. Era llamado por la señora de la casa Moctezuma a visitarla a ella y a su hija en calidad de invitado.

Capítulo 6

La casa Moctezuma abarcaba el horizonte como una serpiente que se desenroscaba, estirándose desenfadadamente y ocultando su verdadero tamaño según el punto desde el que se la mirara. Un titán en reposo desde cierto ángulo, o una minúscula cola de reptil desde otro. Un temor reverencial se apoderó de Guillén de Lampard camino al umbral de la gran hacienda. Cada paso lo acercaba a la mujer que doblegaba su voluntad y encendía su alma. Hacía más de una semana que se habían visto y desde entonces no había surgido ninguna otra oportunidad de repetir el encuentro. Se enloquecía al paso de los días tratando de encontrarla en las calles o en las casas del Virreinato. Agradeció a la buena fortuna por haberle puesto a la nodriza a su paso por el mercado. ¿Cuántos días habrían pasado antes de que volviera a encontrarla? ¿Era capaz de soportarlo? No siempre debía confiarse en el destino, mucho menos cuando un deseo masticaba la voluntad. Era imperativo perseguir lo que se buscaba e ir a su encuentro.

En aquel momento frente a la gran hacienda, algo lejana respecto al resto de la ciudad, comprendió que María y su madre vivían apartadas del bullicio, autoexiliadas del acontecer social del Virreinato, por lo cual hubiera sido casi imposible encontrarlas por mera casualidad. Misteriosos son los caminos de los dioses e indescifrables sus designios para los hombres.

La nodriza apareció en el umbral invitándolo a entrar.

—Nuevamente nos vemos caballero.

Guillén de Lampard quiso abrazarla pero se contuvo.

—No sabe cuán agradecido estoy con usted.

—Sígame. Lo están esperando —anunció la bonachona nodriza.

Lo condujo hasta una gran sala de apariencia circular. Se encontraba vacía y, desesperado, miró a su alrededor consciente de que pisaba el mismo suelo y estaba de pie bajo el mismo techo en el que María del Carmen Moctezuma había crecido y vivido. Cuanto más cerca se sentía de ella, menos soportaba su ausencia. Esas paredes, aquel suelo, los muebles, todo lo que le rodeaba en aquel instante la conocía mejor que él y sentía envidia por eso. Ni rastro de la madre o la hija adondequiera que posara su curiosa mirada. No quiso sentarse y en cambio se fijaba en los pequeños detalles del salón intentando leer en ellos la huella de María y su paso por la tierra. Le llamó particularmente la atención el clavecín adosado a una esquina. Hermoso instrumento cuya música no escuchaba desde hacía varios años. Otro detalle curioso era el olor a menta y canela que embargaba la estancia, una fragancia deliciosa que su olfato experimentaba por primera vez. Sus fosas nasales se contraían y expandían ansiosas por absorber este aroma desconocido, que en lo sucesivo, más adelante se daría cuenta, compondría el tejido de su memoria amatoria. Su trance sensorial fue interrumpido por la voz potente de una mujer madura.

—¡Bienvenido sea a mi morada, señor de Lampard! La gran hacienda Moctezuma, presente para servirle.

Ante él se presentó una señora de gran belleza y temple, con facciones indígenas y exóticas y una voz cavernosa y seductora. Era la señora Moctezuma, la progenitora de su obsesión. Nervioso se acercó a saludarla y besó su mano mientras lanzaba miradas furtivas a diestra y siniestra sin encontrar a quien tanto buscaba. ¿Acaso no se presentaría? Lo embargó un temor pleno de frustraciones ante la posibilidad de un estrepitoso fracaso. La idea de asistir a su casa y no verla quebrantaba su ánimo.

—No sea impaciente. Lo que sucederá, sucederá. Lo que vendrá, vendrá. Es inevitable —dijo enigmáticamente la señora Moctezuma—. Lo invito a sentarse mientras esperamos la llegada de mi hija.

Guillén obedeció sin perder de vista el espacio vacío que circunscribía el umbral entre la sala en la que se encontraba y el resto de la casa. Por el vano de aquel sitio aparecería María, si se dignaba a complacerlo con su presencia. Tan cerca pero tan lejos, lo atormentaba encarnizadamente la duda de si ella vendría o si, en cambio, lo abandonaría a su suerte.

—Las cosas ocurren de una manera distinta a como las concebimos en nuestra imaginación. Ocurren de un modo y no de otro. A veces nuestras expectativas coinciden con los modos del mundo. A veces se compaginan con nuestras peores pesadillas. Los acontecimientos tienen su propio ritmo y temperatura, pero no por ello dejan de ocurrir. Las verdades nos salen al encuentro, con su piel llena de erupciones. Apartamos la vista ante tal visión, pero la verdad no posee un rostro distinto, es así como la vemos, repulsiva e inevitable. Y tarde o tempano nos abrazará, ahogándonos en su brazo a pesar de nuestros peores crímenes —soltó la señora Moctezuma con su verborrea enigmática y monocorde que confundía a Guillén y hasta cierto punto lo asustaba.

—Es un placer conocerla, señora Moctezuma. Agradezco la oportunidad de venir en calidad de visitante y espero que este encuentro sirva como el comienzo de una sólida amistad —le dijo Guillén, sin comprender lo que había escuchado y sin creer que fuera posible tanto galimatías en la boca de aquella mujer. Intentaba matizar la extraña familiaridad con que la señora Moctezuma le hablaba ignorando las fórmulas y filtros sociales que demandaba una conversación con un extraño, sobre todo con un enviado de la Corona. Por primera vez durante su estancia en el Virreinato, alguien se dirigía a su persona de esa manera tan despreocupada y un poco insolente. No le agradó esa actitud.

La señora Moctezuma lanzó una carcajada cuyo eco se amplificó tétricamente dentro del salón, repitiéndose durante varios segundos a medida que declaraba…

—Moctezuma no es solo un apellido o un nombre perdido y confundido entre tantos nombres que componen los anales de la historia que a ustedes les convenga. No se burle de lo que no comprende. No desestime a quien ha perdido su gloria. Es hora de que se acostumbre a lo imposible, Guillén de Lampard. Irlandés tramposo e ingenuo, aquí nadie se cree su engaño. No tema revelar sus oscuras verdades en este recinto. Un gran ojo pende sobre la planicie arbórea y sin límites. Deje de huir, ha llegado al lugar indicado. Moctezuma te llama, Moctezuma te quiere, Moctezuma te espera. Has sido elegido para servir en su nombre. A cambio recibirás la dorada recompensa de su hija. Desde el principio de los tiempos esto ha ocurrido y seguirá ocurriendo mucho después de que nuestro paso por la tierra haya caducado. No será usted el primero ni el último corazón ofrecido en la mesa de un dios. No reconocería un oráculo ni aunque vomitara palabras directamente dentro de su prejuiciosa boca. Le cuesta leer la evidente fortuna que Moctezuma pone ante sus ojos. Para ser totalmente bienvenido dentro de esta morada usted debe abrir sus ojos. Aprenda a ver sin vendas en la razón y libere su entendimiento de los prejuicios que lo contaminan. O puede comenzar por aprender a escuchar.

Sorprendido y aterrado Guillén intentó articular una objeción ante tamaña falta de respeto, pero el sonido del clavecín le obligó a voltearse. Enseguida pensó que así no sonaban los clavecines según recordaba. Seguidamente lo que sus ojos vieron bien podría tratarse de un espejismo o una trampa de su cerebro. No daba crédito a sus ojos. ¿Acaso era posible? ¿Cómo había llegado hasta allí sin cruzar la habitación? Pero sí, se trataba de ella, su María, quien apareció venida de la nada, tocando el clavecín y entregada apasionadamente a la ejecución de una melodía, ignorándole. Ella mantenía los ojos cerrados y él permanecía inmóvil rogando porque su mirada fuera correspondida.

Las palabras de la señora Moctezuma se diluyeron en su mente como una marea confusa de conceptos, acusaciones, profecías y maldiciones carentes de lógica. Su atronadora carcajada aún zumbaba en sus oídos. Prefería descartar tanta cacofonía quejumbrosa, optaría por olvidar tamaño escándalo de palabras inconexas. Jamás había escuchado una música como aquella, atronadora, insoportable, oscura. Ante esa visión de María las palabras no salían de su garganta, aunque las susurrara como un ruego, "te necesito, ¿por qué no me ves?". Finalmente ella abrió los ojos y, con una expresión de tristeza, se encontró con los suyos. El corazón de Guillén latía aceleradamente conmovido por esa mirada y aturdido por la ininterrumpida música infernal. Un sudor frío corrió desde la cabeza hasta su espalda seguido por una sensación de calor insoportable. La piel le ardía, levemente. Sofocado comenzó a toser sin apartar su mirada de aquellos ojos. Se daba a sí mismo golpecitos en el pecho para calmar la tos que aumentaba progresivamente. Quería gritar su nombre. Quería decirle a ella que todo estaría bien, porque él estaba allí junto a ella y nadie los separaría. Pero un nudo en su garganta le impedía hablar e incluso respirar. El ardor en la piel también aumentó. Ella no dejaba de verle, pero tampoco detenía su caótica melodía. El calor aumentaba y quemaba. Ella lloraba desconsoladamente. Se observó las manos descubriendo rojas ampollas en su piel ardiendo en carne viva. Junto al insoportable ardor sentía que se desmoronaba entre la tos y el calor. Su vista era opacada por una sombra, que nublaba todo a su alrededor. Ya no la veía, ya no sentía su cuerpo. Todo era sombra y noche. Intentó levantarse, pero enseguida se desplomó en el suelo y su consciencia lo abandonó.

El olor del vinagre lo trajo de vuelta a su realidad. Tosió unas cuantas veces sin poder abrir los ojos. Los párpados le pesaban como plomo, sintiéndolos cosidos a la piel. Empapado de sudor, una mano de mujer acariciaba su rostro y acomodaba su cabello, reconfortándolo. Sentía el cuerpo lastimado y agotado, como si se hubiera enzarzado en una sanguinaria pelea con otro hombre. No quería verse a sí mismo, pero se imaginaba amoratado y enrojecido. El suelo duro laceraba su cuerpo y la visión borrosa tardó en devolverle una imagen nítida de lo que veía. Un dolor de cabeza punzante y cruel lo aguijoneaba. Hasta que, finalmente, se encontró con la mirada de María del Carmen Moctezuma arrodillada a su lado. Todo su malestar cesó de inmediato como un mal sueño. Acostado en el suelo veía aquella imagen que representaba el cielo, su cielo, dándole la bienvenida tras haber sobrevivido al infierno.

—¿Por qué el sol brilla tan cerca de mí? No soy digno de su resplandor —le dijo Guillén a la afortunada visión que pendía sobre él.

María del Carmen se sintió halagada y le correspondió con una sonrisa mientras le palpaba la frente para comprobar su temperatura.

—Ya hay color en su rostro y calor en su piel, señor de Lampard. Estaba frío y lívido.

—No soporto que me llames así, María. Llámame por mi nombre, te lo pido. Mi nombre saliendo por tus labios, qué feliz me haría. No entiendo lo que ocurrió. Tengo recuerdos vagos y, honestamente, no tienen sentido. De pronto ya no veía más nada, hasta ahora —le respondió Guillén, enderezando su cuerpo hasta quedar sentado en el suelo frente a ella arrodillada, y recordando a medias las curiosas admoniciones de la señora Moctezuma resonando en su cabeza.

—Te desmayaste, Guillén. Y al caer al suelo el impacto en tu cabeza te dejó inconsciente.

—Pero… no recuerdo haberte visto. No antes de tu llegada. No sé cómo explicarlo. Fue como si hubieras aparecido de repente tocando el clavecín —dijo Guillén señalando

el clavecín para darse cuenta de que ¡sorpresa!... allí donde señalaba solo había un espacio vacío—. ¡Dios mío! No entiendo nada.

María le indicó que se levantara haciendo otro tanto ella misma.

—Sobre esta hacienda se alzaba una hoguera rodeada por piedras circulares en tiempos de mi antepasado Moctezuma. Aquí fue enterrado tiempo después. Reposaban sus restos sobre lo que ustedes denominarían un templo. Un lugar para que los dioses hablen con los hombres y para que estos últimos cumplan sus promesas. Dioses que reclamaban sacrificios. La presencia de quienes allí murieron acostumbra a merodear por esta casa, llena de rabia y dolor. Quienes no han venido nunca son blanco fácil para que entren en sus mentes y distorsionen su percepción de las cosas. Ellos se regodean en el hambre y la enfermedad, y tratan de infligir su dolor a los vivos.

En otra ocasión Guillén se habría burlado despiadadamente de lo que estaba escuchando. Nunca fue un hombre supersticioso a pesar de ser un católico devoto, y las historias de fantasmas siempre representaron supercherías de poca monta, pero la serenidad con la que María se lo explicaba y la certeza que había en cada una de sus palabras no dejaba lugar a dudas. Además, cada cosa que María decía crecía en importancia solo porque se trataba de ella, de su voz, de sus labios dignándose a hablar para él directamente. Por otro lado, lo que acababa de experimentar escapaba a su entendimiento y la explicación más extraordinaria era al mismo tiempo la más plausible. Ya de pie ambos, María lo invitó a acompañarla mientras le extendía su mano para que la sujetara. Guillén complacido así lo hizo y se dejó llevar por ella como guiado por una brújula que solo puede conducir hacia el destino deseado, confiándole cada uno de sus pasos. Caminaban tomados de la mano mientras conversaban.

— ¿Y tu madre? Recuerdo haberla visto y hablado con ella, aunque me hablaba sobre asuntos incomprensibles.

María lo previno.

—No le hagas caso a tus recuerdos. Actualmente tu mente ha sido engañada y lo que recuerdas es una trampa. Es un asunto de percepción. No recordarás las cosas tal como ocurrieron, sino como las sombras quieren que las recuerdes. Es su manera de debilitarte y convertirte en un instrumento bajo su influencia.

—Entonces, ¿no conocí a tu madre? —dudó Guillén acrecentando su perplejidad y tratando de evitar las preguntas en torno a las sombras y fantasmas de los cuales ella hablaba.

—Sí, se conocieron. Compartieron saludos y conversaron muy poco antes de que yo llegara. De pronto empezaste a toser y a temblar. Al entrar al salón te encontré convulsionando en el suelo y sujetándote la garganta. Mi madre y yo logramos calmarte como pudimos, y luego caíste en un breve estado de sueño. Mi madre estaba muy preocupada por tu desfallecimiento. Ahora nos está esperando.

—¿Dónde? —preguntó Guillén entre la confusión y la curiosidad, con una expresión de extrañeza inundando su rostro. No lograba habituarse a la seductora sensación de irrealidad que lo embargaba.

—No te preocupes. Solo sígueme. Ya nada malo podrá ocurrirte. Yo estoy aquí, para ti —respondió María con una voz dulce capaz de calmar a la bestia más feroz y sanguinaria. Ella se atrevió a acariciar con sus dedos el rostro de él. Tacto cálido en su roce al que su cuerpo reaccionó de inmediato. Y atrayéndola hacia él seguidamente la besó, sin que ella opusiera resistencia. Tras un beso largo y profundo, María lo apartó dulcemente indicándole que debían continuar el camino al encuentro con su madre. Posteriormente le apretó la mano guiando sus pasos, caminando sin prisa y aprovechando cada segundo de ese instante compartido, atesorándolo hasta el fin de sus días.

Guillén se sentía caminando entre las nubes, dando pasos en falso hacia un atractivo infinito. Ajeno a las circunstancias ocurridas hacía unas horas, sostener la mano de ella significaba apoyarse en un ancla para permanecer a salvo; era una mano que apartaba las telarañas que mantenían presa su consciencia entre el sueño y la vigilia. Despertar sin apartarse de la ensoñación, soñar sin preocuparse por despertar. Expandirse, ensancharse. Junto a María el mundo era distinto y lleno de raras sorpresas, una bruma que arropaba las seguridades y coqueteaba con la incertidumbre. A su lado el presente acordonaba el tiempo, como una isla por sí sola, erigiéndose como la única alternativa deseada, dejando en tinieblas las promesas del pasado y lejanas las esperanzas por el futuro. El tiempo se movía sin distracciones, cada minuto reclamaba su propio peso. Bastaba estar a su lado sosteniendo su mano, escuchando su voz y siguiéndola hasta el fin del mundo si así ella lo quería.

¡Qué sentimiento era aquel! Un vértigo placentero en su estómago y una indescriptible mezcla de nerviosismo y entusiasmo. Jamás se había sentido así, y jamás hubiera creído que el leve contacto con otra persona pudiera generar tales sensaciones. Ahora comprendía lo que tantos poetas habían cantado, lo que tantas mujeres lloraban en sus almohadas, lo que obligaba a muchos hombres a arriesgar el pellejo motivados por un loco y reprobable impulso. Aquello era el amor, sí. Un golpe seco y profundo, un relámpago que erizaba la piel, un empujón malicioso que hacía caer directamente al abismo y sin posibilidad de retorno.

Para María del Carmen Moctezuma la presencia de Guillén de Lampard en su vida funcionaba como un paliativo, un medio eficaz para mantener a raya las sombras que la habitaban. Acompañada por él se sentía tranquila y segura, como si nadie fuera capaz de herirla porque él, sin dudarlo, se interpondría entre cualquier dardo letal y ella, para impedir que cosa alguna, humana o infrahumana, la perjudicara. Era un hombre valiente e idealista. Tantas cosas quedaban por hablar que no habían podido decirse, tantos proyectos por compartir. Quería revelarle todos sus deseos, confesarle sus ínfimos secretos, abrirle su alma para que reservara un espacio propio y para que nunca lo abandonase. Y de igual manera anhelaba un conocimiento exhaustivo de él, su pasado, sus frustraciones y sus planes. No quedaba tiempo suficiente para que dos almas como aquellas se vaciaran la una en la otra hasta saciarse de sí mismos.

María le narraba algunas anécdotas sobre la gran hacienda, sin dejar de conducirlo hacia un rumbo específico, aunque desconocido para Guillén, en torno al laberíntico entramado de aquella casa.

—Mi padre, siempre complaciente con mi madre y valorando nuestro linaje, quería aprovechar la disposición espiral de las ruinas de aquel santuario familiar y dispuso que la gran hacienda se construyera respetando sus formas y valiéndose de ellas como un plano de construcción. Es un diseño único y personal, donde cada pasillo y cada habitación apuntan hacia una dirección secreta, un norte que solo un miembro de la familia Moctezuma sabría reconocer. Guiados por las indicaciones de mi madre, mi padre y sus trabajadores trazaron las líneas sobre las cuales luego asentarían la casa que ahora conoces. Ninguna hacienda del Virreinato se parece a esta y probablemente no encontrarás nada parecido, ni en el continente ni en todo el mundo.

—Creo que ninguna construcción que haya visto antes se parece a esta. Desde fuera parecía circular y ahora comprendo mejor esa primera impresión. Es como una serpiente que se desenrosca apartándose de su cola. Si estuviera solo seguramente tardaría en hallar la puerta de salida —puntualizó Guillén—, aunque claro está, no tengo razones para irme si permanezco a tu lado.

María apretó de nuevo su mano y él quería arrastrarla consigo, ansioso por abrazarla y besarla sin interrupciones, pero ella sin marcar resistencia le daba a entender que no debían interrumpir su recorrido.

—Ya aprenderás a conocer los secretos de este lugar y sus recovecos. Esta puerta que ves conduce al exterior, detrás de la hacienda. Allá nos espera mi madre.

Cruzaron el umbral que María señalaba y se hallaron de pronto en un espacio circular a cielo abierto, bordeado por la parte trasera de la hacienda a modo de semicírculo. En el centro de ese espacio se alzaba una piedra negra y vertical con rostros antropozoomórficos tallados en su superficie. Conforme se acercaban pudo apreciar que sobre la negra y pulimentada piedra brillaban unos visos plateados que trazaban pequeñas curvaturas en forma de olas. Destellos lunares que cobraban vida propia tras una atenta observación. Frente a aquella piedra la señora Moctezuma arrodillada extendía un cuenco dorado, a la vez que entonaba un canto en una lengua desconocida para Guillén, pero que supuso se trataba de aquellos dialectos naturales de quienes habitaban el continente antes de que la funesta llegada de los conquistadores los pusiera en peligro de extinción.

—Es un canto antiguo, tal como fue legado y transmitido por nuestros antepasados de generación en generación desde hace varios siglos, aunque en aquellos tiempos nosotros no medíamos el tiempo por los años transcurridos antes y después de la muerte de su dios crucificado, sino por las temporadas en que cada nuevo dios reclamaba su lugar en el cielo —le susurró María, quien al detenerse, sugirió sin palabras que permanecieran a cierta distancia mientras su madre proseguía con aquellos ritos.

—¿Qué significa ese canto?¿Qué dice exactamente? —preguntó Guillén con curiosidad—. Suena como un lamento.

—Y en efecto lo es —confirmó María manteniendo un tono de voz bajo—. Se canta como si se tratara de un llanto. Imagina una madre que llora mientras pide piedad a los dioses. Una traducción aproximada a nuestro español diría lo siguiente: *Azul enriquecido, azul mortal arrópanos con tu clemencia. Lejos, la misericordia de la esposa del río. Huérfanos de su amor. Líbranos de la lucha sin honores y del gorgojo asesino de cosechas. Ayer partí para la guerra con tu canto y olvidé la música. Perdona mi descuido, perdona a mis hijos. A pasos de caracol la gracia me abandona. Azul de mis lágrimas, azul de mi pesar. La esposa del río a mis hijos reclamará. Azul, triste azul, se los lleva el mar y no los devolverá.*

—Es una letra desesperanzadora. Y ahora que conozco el significado, cantado de esa forma suena como un alarido —concluyó Guillén.

—Sí. Es también una invocación a los dioses para hacer soportable nuestro dolor. Solo ellos pueden ayudarnos a no perecer cuando nuestro corazón decae. Un canto que nos recuerda que estamos condenados a perder lo que amamos, tarde o temprano. Por eso la seguimos cantando. Para no olvidar, para no confiarnos —anunció María con cierta tristeza y compartiendo en silencio una mirada profética en común, que ninguno de los dos supo interpretar pero que ensombreció por un momento sus almas.

La voz de la señora Moctezuma los interrumpió.

—Hace mucho tiempo, en tiempos de hambruna, una madre hizo una promesa al mar. Prometió darle su séptimo y último hijo a la gran diosa del mar si cesaba la sequía. La diosa cumplió su promesa y gracias a ello sus otros seis hijos sobrevivieron. Cuando dio a luz al séptimo la madre lloró sabiendo el destino que le deparaba a su pequeña criatura. Lo llevó a la boca de un río y allí lo dejó abandonado a su suerte.

La señora Moctezuma caminaba hacia ellos sosteniendo su cuenco dorado y sin interrumpir su historia, mientras Guillén no movía ni un solo músculo. La presencia de la señora Moctezuma causaba un efecto de reverencia y zozobra en su fuero interno.

—Pero tras haber caminado un trecho corto decidió volverse. No era capaz de abandonar a su hijo. Lo encontró intacto y rompió en llanto. Abrazándolo se lo llevó nuevamente consigo. Al cabo de dos lunas una peste invadió su hogar. Y en el transcurso de seis días se fue muriendo cada uno de sus hijos. La madre comprendió que la diosa la castigaba por su promesa incumplida. Desesperada fue nuevamente al río con su séptimo hijo y lo ahogó, reclamándole a la diosa que le devolviera a sus otros seis hijos. No hubo respuesta y cayó dormida. Tuvo un sueño en el que la diosa le decía que ya era tarde para cumplir su promesa, pero que, compadecida por su llanto, la convertiría en rocío y sería recordada como "la esposa doliente del río". Desde entonces las tribus conmemoran su llanto como una oportunidad de recordarse que no deben faltar a sus promesas a los dioses.

Guillén no supo qué responder aunque le pareció sumamente atractiva la historia. Sin embargo, le asustaba la seriedad con que la señora Moctezuma hablaba de ella como si se tratara de una verdad irrefutable. Fue María quien lo ayudó interviniendo.

—Madre, aquí estamos. El señor de Lampard ya se encuentra perfectamente repuesto de su malestar.

—Me agrada saberlo y notarlo. Tiene un semblante distinto al que conocí hace un rato.

—No recuerda mucho sobre lo ocurrido —le recordó María a su madre.

—Lo imagino —respondió la señora Moctezuma—. Permítame, entonces, darle nuevamente la bienvenida a la Hacienda Moctezuma no solo como un invitado sino también como un amigo de nuestra casa y de nuestro apellido.

—Agradezco sus palabras, señora Moctezuma —contestó Guillén sintiendo que estaba reviviendo su saludo con ella pero de una manera distinta. Ahora se le presentaba una mujer amable y respetuosa, aunque segura de sí misma con cada palabra que decía.

—Como recién llegado, debe conocer muy poco nuestras costumbres originales, de dónde venimos.

—Acierta usted —le confirmó Guillén—. Y estoy muy interesado en conocer esas cosas que representan el auténtico legado de estas tierras aunque no las comprenda.

—Eso es un punto de partida —aseveró la señora Moctezuma—. Me complace su respuesta. Incluso en el Virreinato, escasamente alguien se interesa por la historia anterior a nosotros. Han nacido o han vivido la mayor parte de su vida en estas tierras y, no obstante, optan por tomar como suya la historia de una tierra ajena importándoles muy poco sus verdaderos orígenes.

—Quien no se preocupa por el conocimiento de su pasado destroza la gloria de su futuro —sentenció Guillén.

A la señora Moctezuma le complació escucharlo hablar de esa manera tan apasionada, reconociendo en su voz el tipo de valentía que ella solía valorar en pocos hombres acreedores de su admiración. Y extendió el cuenco dorado frente a sus ojos. María guardaba silencio, atenta a cada reacción de Guillén respecto a las palabras de su madre.

—Me gustaría bendecirte con la sangre y la tierra de nuestros ancestros, Guillén de Lampard, y darte una bienvenida a la altura de tus ambiciones ¿Me concedes el honor?

Guillén de Lampard se tomó un segundo para mirar a María, quien le hizo un gesto de asentimiento. La señora Moctezuma le ofreció su mano y lo condujo hasta la gran piedra negra. Frente a ella, Guillén procedió a arrodillarse y extender sus dos brazos.

—Me encomiendo a sus manos, señora Moctezuma.

Guillén agachó la cabeza, pero la señora Moctezuma sujetó su barbilla con una de sus manos instándolo a alzarla. Luego la introdujo en el cuenco embarrándola con un líquido rojo y pastoso, y posteriormente, le embadurnó la frente con el mismo

contenido. Guillén sintió un escalofrío en el cuerpo al sentir aquella crema pastosa y helada con olor a óxido goteando a lo largo de su rostro, a la par que la señora Moctezuma recitaba…

—Sean testigos los dioses, cuyos reclamos de sangre nunca queden sin pagar, que ante ustedes se arrodilla un extranjero dispuesto a escuchar. Que su cara pálida y su cabellera rubia no los confunda, porque no todos los amigos llevan nuestra misma piel, ni todos nuestros enemigos llevan el azul en sus ojos. Guillén de Lampard ha venido a este espacio sagrado en calidad de servidor para el ilustre y dorado nombre de Moctezuma. Recíbelo como uno más de nuestra familia, y bendita sea su estirpe entre la nuestra.

Un relámpago surcó el cielo y la señora Moctezuma derramó el resto del contenido de su cuenco en la cabeza de Guillén para luego alzar sus manos al cielo recitando letanías en su lengua nativa. Toda la ropa de Guillén quedo manchada por aquella extraña combinación de sangre y barro.

—A los ojos de los dioses, eres un Moctezuma. Es una bendición y un compromiso. Hónranos y serás recompensado. Traiciónanos y tu condena se extenderá hasta el infinito —anunció la señora Moctezuma que luego se dirigió a su hija—. Queda de tu parte hacerlo sentir como uno de nosotros.

La señora Moctezuma se alejó lentamente hacia el interior de la laberíntica hacienda hasta desparecer. María y Guillén quedaron a solas. No había reparado en la presencia de otro cuenco plateado cerca de la piedra. Contenía agua y María, cortando un pequeño pliegue de su vestido procedió a remojarlo para limpiar aquel rostro adorado en silencio.

—Agradezco este barro que me ensucia porque gracias a él podré sentir de nuevo el roce de tus manos en mi rostro —declaró Guillén.

—No es cualquier barro, mi adorado Guillén. Es sangre ofrecida y tierra consagrada. Sebo predilecto para los dioses —explicó María.

—Cuánto me complace escucharte decir mi nombre. Sabes bien que en el lugar de donde yo vengo nuestra fe es distinta. Pero si esto me acerca a ti, estoy dispuesto a ensuciarme una y mil veces con lo que cualquier cuenco derrame sobre mi cuerpo.

—Lo sé —concedió María—. Tu ropa está hecha un desastre. Será mejor que encontremos algo para ti. Aun conservamos algunas prendas que pertenecieron a mi padre. Pero voy a necesitar que te quites las que vistes ahora para dejárselas a nuestra nodriza. Ella sabrá cómo lavarlas.

María bajó la mirada y Guillén sonrió con picardía.

—Entiendo. Ya antes has desnudado mi corazón. Ya no hay lugar para el pudor.

Guillén procedió a desvestirse hasta quedar en calzones. Por su piel desnuda corría el barro sanguinolento mientras extendía su ropa envuelta en un bulto para que María se la llevara. Ella trató de disimular, pero arrojó una breve mirada a su cuerpo delgado y atlético que presentaba músculos fuertes.

—Volveré enseguida —le dijo llevándose el bulto de ropa embarrada.

Transcurrieron pocos minutos y al regresar lo encontró tal como le dejó, semidesnudo y chorreando barro rojo. Le causó gracia la imagen.

—Ahora se ríe de mí, señorita Moctezuma.

—Nunca había tenido un hombre semidesnudo en mi hacienda —se defendió María.

—Espero que sea el único y el último —le respondió Guillén enseguida.

No necesitaron decirse más palabras. El momento era perfecto y la pasión incontrolable. Ella se atrevió a bajar su mirada y, sin pudor, admiró el cuerpo de Guillén. Él sujetó su mano con delicadeza y la atrajo hacia su cuerpo para que acariciara

su torso desnudo y sucio. María sonrió. Él acarició su cabello con los dedos y atrajo su rostro para besarla. Era como poner la pólvora al encuentro del fuego. La delicadeza derivó en hambre. Guillén la cargó, y abrazados de esta manera se besaron durante largo rato hasta que terminaron cayendo al suelo. Ella quería ser abrazada por esos brazos fuertes y él recorría con sus labios su cuello, desnudándola a medida que sus manos exploraban su voluptuosa figura. María le apretujó la cabeza con violencia.

—No me sueltes nunca, Guillén. Soy tuya.

—Para siempre, mi reina Moctezuma. Para siempre.

El resto de lo que ocurrió entre ellos dos durante aquella mágica noche de enero, solo podría ser atestiguado por las tímidas estrellas que arroparon aquellos dos cuerpos desnudos que se fundieron en la tierra como si se tratara de uno solo.

Capítulo 7

El sol se alzaba en su cenit anticipando un viaje largo y agotador. La comitiva que caminaba rumbo al palacio del Virrey vertía gruesas gotas de sudor con cada respiro entrecortado. Dentro de una calesa acondicionada con puertas y cortinas, un hombre dormitaba mientras el resto avanzaba con lentitud. Los caballos aminoraban el trote, sedientos. Junto a criados y esclavos, completaban la caravana guardias armados que custodiaban al hombre dentro la calesa, asegurándose de que arribara sano y salvo a su destino.

Dos de los guardias caminaban al frente, exhaustos, compartiendo sus impresiones respecto al viaje.

—Justo cuando el viaje está por terminar es cuando más difícil se pone, ¿no crees?

—Es la primera vez que salgo de la Intendencia para hacer un viaje tan largo, ¿es cierto eso de que nos falta poco?

—Ciertamente, así es. Pero antes nos tocará cruzar una pendiente y luego bajar hasta un río que debemos bordear. Como te dije, lo más difícil.

—¿Existe la posibilidad de toparse con algún otro peligro? ¿Bandoleros o nativos?

—No lo creo. Los asaltantes de caminos se cuidan de atacar comitivas importantes, y ya han sido depuradas las comunidades de nativos que representaban una amenaza. Quizás el mayor riesgo sean los esclavos fugitivos pero no se arriesgarían a actuar tan cerca de la ciudad.

—Mucho menos si supieran que se trata del traslado de un inquisidor —añadió riendo.

—¡Shhh! Evita esa clase de comentarios, teniéndolo tan cerca —lo reprendió su compañero—. Nunca se sabe cuáles palabras son apropiadas o cuáles no para decirlas frente a un hombre de su investidura.

—¿Qué hay de malo en llamar a las cosas por su nombre? ¿No se reconocen a sí mismos de esa manera?

—Creo que prefieren ser reconocidos como “magistrados en el nombre del Santo Oficio”. No estoy seguro. La palabra “inquisidor” causa pánico donde quiera que se mencione, y ellos lo saben.

—Quizás les gusta que otros se sientan así al oír hablar de ellos. Sea cual sea el nombre que los designe, su función es la misma.

—Una que es mejor no conocer demasiado. Por eso, insisto, sé prudente. Estamos escoltando a un dragón, como en los cuentos que nuestros padres nos contaban cuando éramos niños, y este dragón puede quemarnos si lo despertamos.

—Te confieso que me asusta un poco lo que hacen. Es muy cruel —le susurró.

—A mí también. Nunca se sabe quién puede terminar enredado en un tribunal de esos. Muy pocas veces alguien es declarado inocente y libre de pagar condena.

—Los interrogatorios no dejan lugar a dudas, según entiendo.

—O los métodos que usan para interrogar. Los acusados son capaces de decir lo que necesitan que digan luego de eso. No sería un tribunal eficiente si es mayor el número de inocentes al de culpables.

—¡Dios nos libre!

—A Dios responden —le recordó.

—¿Qué crees que viene a hacer al palacio?

—Supongo que a instalar un tribunal del Santo Oficio en el centro mismo del Virreinato.

—Eso le garantizaría poder e influencia a lo largo del continente.

—Supongo que ese es el objetivo.

Ambos guardaron silencio imaginando un panorama en el cual los tribunales del Santo Oficio se extendieran por toda la región amenazando con convertirse en el brazo ejecutor principal de la justicia en el continente, tal como estaba ocurriendo en el reino de España y en parte de Europa. Si bien el continente, mayoritariamente católico, no contaba con la amenaza del protestantismo extendiéndose por su territorio, sí presentaba un variado grupo cultural susceptible de ser señalado como una amenaza por los inquisidores como, por ejemplo, las comunidades judías. A su vez los esclavos e indígenas seguían profesando sus cultos originales y celebraban en secreto los ritos correspondientes a su fe y, aunque se trataba de un secreto a voces, a nadie le perjudicaba la ejecución de tales prácticas siempre y cuando no blasfemaran públicamente en contra de la fe cristiana. La institución de tribunales del Santo Oficio implicaba que cada persona debía convertirse en soldado y testigo de esa misma fe y, por lo tanto, no se les permitiría ignorar esas mismas prácticas anticatólicas y sería su deber acusarlas, so pena de ser señalada como encubridora o cómplice. Cada persona cargaría con la responsabilidad tácita de defender el culto cristiano por encima de otras formas de culto y condenar como criminales a quienes no abrazaran a Cristo como su salvador. Un arma de doble filo, ya que si la más mínima prueba podría desembocar en una cita por parte del tribunal, seguida de un interrogatorio y finalmente de un veredicto, esas mismas pruebas podrían forjarse para perjuicio de los enemigos, según los intereses personales de algún supuesto acusador. Entre el fanatismo de los inquisidores y las venganzas personales de los acusadores, la Inquisición representaba un monstruo aterrador a punto de despertar.

***

El Inquisidor Felipe Méndez observaba desde su calesa el lento traslado hacia Ciudad de México, esperando llegar al palacio del Virrey antes de la puesta del sol. Sostenía un crucifijo de madera en su mano e imaginaba complacido el temor reverencial que inspiraría su presencia en el Virreinato. Todos estarían dispuestos a darle una estadía agradable con tal de conquistar sus simpatías, y atrás quedaría ese viaje agotador en el cual se había embarcado. Le interesaba sobremanera una larga audiencia con el Virrey y demás miembros de su gabinete para discutir el futuro espiritual y moral del continente, tema de suma importancia en España tras el auge del protestantismo y la proliferación de judíos conversos. El destino y permanencia del catolicismo dependía de que aquel gran continente fuera libre de protestantes, judíos y blasfemos; y entonces, sin importar lo que ocurriera en Europa, el catolicismo triunfaría por encima de cualquier dogma porque contaba con el mayor número de fieles. Cualquier fruto podrido, cualquier contradicción a la fe, demandaba ser saneada y exterminada sin consideraciones.

—Llegamos, Su Eminencia. Ante usted la capital del Virreinato de la Nueva España. En unos minutos avistaremos el palacio del Virrey —le anunció desde fuera uno de los guardias.

—Manda un emisario que llegue antes que nosotros —ordenó el Inquisidor Méndez con su voz ronca y autoritaria.

Satisfecho relamía de antemano su futura victoria. Si cumplía a cabalidad sus objetivos, muy probablemente el Vaticano reservaría una silla con su nombre.

Capítulo 8

Habían transcurrido varios meses desde la llegada de Guillén de Lampard al Virreinato de Nueva España y aún no quedaba claro cuáles eran sus objetivos como enviado de la Corona. Preocupado, el Virrey envió una carta al Rey hablándole de la llegada del inglés y recalcando lo bien que había sido recibido en su nombre. Seguidamente lo exhortaba a confirmarle que efectivamente se trataba del hombre que enviaron. La respuesta a esa misiva, que se trasladaría por tierra hasta las intendencias del Caribe para luego ser enviada por vías marítimas, tardaría muchos meses en llegar; una vez que el Rey la recibiera en sus manos y se dignara a contestarla, aun contando con que lo hiciera de inmediato si lo consideraba importante, y si, una vez enviada la respuesta, ésta realmente llegaba y no sufría la mala suerte de extraviarse durante el largo recorrido. Un cúmulo de eternidades que exigían la mayor de las paciencias.

Al Virrey no le preocupaba particularmente que Guillén de Lampard interfiriera en su gestión ya que durante su estadía no le costó ganarse las simpatías de quienes lo conocían, incluyéndose. Cada una de sus conversaciones con el inglés resultaron útiles a la hora de crear un plan de contención para los esclavos fugitivos y desarrollar acciones a seguir para combatir forajidos en cruces de caminos y vías de transporte. Sus consejos demostraron una efectividad inmediata desde que se aplicaron. Guillén demostraba que su experiencia no se limitaba únicamente a una correcta oratoria que engatusaba con un semblante agraciado, sino que además poseía conocimientos de estrategia e inteligencia en materia de guerra, que no escatimaba en compartir con el Virrey y demás generales de importancia. Al hombre en cuestión se le acreditaba una formación de soldado y al mismo tiempo las maneras de un noble cortesano a razón de sus modales. Asistía todos los domingos a misa y recitaba poemas escritos por él dedicados a las señoras de las casas honrando así a sus anfitriones con cada visita. Todo un ejemplar lleno de virtudes, un manojo de encantos. Y, sin embargo, para el Virrey algo no encajaba. Todo lo que necesitaba era una confirmación del Rey de que Guillén de Lampard era su enviado y con gusto se rendiría a los encantos que todos alababan y que incluso él mismo admiraba.

Quizás sus prejuicios y sospechas contra Guillén de Lampard fueran solo preocupaciones razonables aunque descartables de no ser por la insistencia con la que su esposa le reclamaba conseguir mayor información sobre él. Su ilustre esposa, quien jamás se rendía cuando una idea se le metía en la cabeza, no profesaba la simpatía colectiva que el resto de los habitantes del Virreinato que lo conocieron enseguida declaraban. A ella, según sus propias palabras, le parecía un embustero con lengua de serpiente, un seductor barato viviendo a expensas de las arcas reales. No soportaba su presencia durante mucho tiempo y no intentaba disimular su desprecio cada vez que se lo encontraba. El Virrey discutía con ella debido a su actitud y ella enseguida le reclamaba que aún nadie de la Corona había confirmado su presencia, aunque tampoco era negada. Sus objeciones, completamente lógicas, lo desarmaban a la hora de argumentar una defensa incuestionable a favor de Guillén. Sin embargo, y aunque su esposa expusiera razones de peso, consideraba que su oposición a Guillén se debía principalmente a su fuerte amistad con la hacienda Moctezuma, muy especialmente con su hija.

Para nadie era un secreto que Guillén cortejaba a la muchacha Moctezuma y que era correspondido con cierto éxito, hecho destacable sobre todo considerando el historial de ella y las numerosas veces que rechazó pretendientes antes de la llegada de Guillén a Nueva España. Así lo creía porque a su esposa nunca le agradó la señora Moctezuma, y ese mismo desprecio se lo inspiraba su hija. Y aunque al Virrey le

causara gracia, su esposa detestaba la arrogancia con que las dos mujeres se hacían llamar inútilmente descendientes de reyes. Poco importaba el título obsoleto que reclamaban aquellas mujeres, pero su esposa no soportaba cada vez que hacían mención de ello. Dadas las circunstancias, el Virrey creía que la Virreina no le perdonaba a Guillén su evidente interés por aquella familia y repudiaba los vínculos que se estaban gestando a partir de esa notoria interacción entre la señorita María del Carmen Moctezuma y él. Pero por encima de todo, el Virrey sospechaba que el origen del disgusto de su esposa residía en el hecho de que Guillén no hubiera correspondido al interés por la judía Raquel, su protegida favorita, a pesar de sus reiterados intentos por unirlos. El pobre buen hombre de Guillén, pensaba el Virrey, sería odiado para siempre por su rencorosa esposa a causa de esas ridículas rencillas entre mujeres. No obstante, era menester recibir esa respuesta de la Corona, aunque fuera para que su mujer dejara de atormentarlo en sus objeciones contra Guillén y para que él mismo se sintiera mucho más tranquilo frente a un hombre al cual quería considerar como un amigo.

El Virrey se encontraba de pie frente al balcón de su despacho cuando una de sus escoltas irrumpió interrumpiéndolo en sus pensamientos.

—Señor Virrey, un emisario ha llegado anunciando que viene en camino Su Eminencia el obispo Inquisidor Felipe Méndez.

—Preparen todo para que reciba una cómoda y agradable bienvenida —respondió sin voltear su rostro y enseguida arrojó un suspiro pensando en sus adentros que ojalá Guillén de Lampard fuera su único problema. Las cosas estaban a punto de complicarse en el Virreinato y las circunstancias exigían que él estuviera a la altura de su posición.

Capítulo 9

En la casa Moctezuma se respiraba la alegría contagiosa de una mujer enamorada. María del Carmen Moctezuma caminaba por los laberínticos pasillos de su hacienda, a veces cantando y otras danzando. Volaba, brillaba. Su felicidad era palpable en cada sonrisa, en cada gesto amable que le prodigaba a su madre, a su nodriza y a los esclavos de su casa, que nunca eran tratados como esclavos sino como parte de una gran familia a la cual con gusto servían porque no les faltaba una buena ración de pan en sus platos y palabras amables tras cada solicitud. La otrora chica rígida y cruel con los hombres ahora transmitía una risueña delicadeza antes desconocida, e incluso los habitantes del Virreinato comentaban con curiosidad esta insólita mutación. Sus amigas no daban crédito a esta nueva María y a su apasionado modo de conducirse cada vez que se sumergía en la vida de la ciudad. Sin embargo, todos sospechaban la razón de este cambio o mejor dicho el artífice que lo provocó: Guillén de Lampard. El inglés y ella mantenían una relación de cortejo que no intentaban ocultar y que se conducía bajo todas las formalidades pertinentes del decoro y las buenas costumbres, con paseos públicos vigilados por la nodriza y visitas a las respectivas casas de cada uno con la presencia de la madre, a quien no solían ver pero que a partir de tan inesperada relación comenzó a ser una presencia habitual en la ciudad. Nadie podría señalar como irrespetuosa aquella unión en tanto se comportaban correctamente a los ojos del Virreinato del modo en que la moral vigente lo exigía.

Entretanto, a puertas cerradas y durante el transcurso de las horas oscuras los dos amantes escribían una historia furtiva y sin testigos. El romance diurno mudaba sus pieles para dar paso a los desafueros de una pasión nocturna y encubierta, que encontraba desahogo en cualquier esquina del laberinto Moctezuma o, en las ocasiones de mayor osadía, dentro de la casa de huéspedes del Virrey, adonde María acudía cuando toda la ciudad dormía, embozada en una capucha e introduciéndose sin hacer el menor ruido a través de la ventana que quedaba cerca de la habitación de Guillén. Nunca nadie podría dar fe de ello. Era como si María se paseara invisible a su antojo y a sus expensas cada vez que así lo necesitaba. Pero ella sabía que no se trataba de un talento natural para los escapes y ocultamientos, porque toda su experiencia de noche y sombra se la debía a los espíritus que la acompañaban. A esas horas, cuando eran más fuertes, ellos la arropaban con espesas tinieblas y guiaban sus pasos a buen puerto. Lo único que ella hacía era confiar y mientras su fe se mantuviera inquebrantable, ellos se encargarían del resto. Cuando ella les daba permiso de habitar su alma, ningún obstáculo era lo suficientemente duradero para interponerse en su camino y bloquearlo. Envuelta en aquel negro abrazo, ella era invencible.

Al encontrarse con Guillén durante esas escapadas, corría a su encuentro para fundirse en un abrazo que podría durar eternidades si la noche fuera más larga. Él procedía a desnudarla con una delicadeza milimétrica y exacta, para no perjudicar sus vestidos aunque en su interior pugnaba por arrancárselos de una vez por todas. En la casa de huéspedes del Virrey agudizaban la prudencia de sus encuentros secretos para evitar despertar a algún criado chismoso que luego le llevaría el debido reporte a sus verdaderos amos: el Virrey y su esposa. María se sometía a un silencioso escrutinio sintiendo sus labios recorriendo cada porción de su cuerpo mulato. Guillén conocía cada centímetro de su piel canela y adoraba repasarlo como quien recita con gusto el poema que ha aprendido. Ella saboreaba cada segundo a su lado y se dejaba llevar por el ritmo que sus manos dictaban. Él le daba suaves mordiscos en los hombros, mientras ella mordía sus orejas con furia y, a veces, sangraban goteando de tal manera que ella lo sorbía como quien saborea los restos del néctar en la copa que abandonaron los dioses.

Él ponía un dedo en su boca recordándole que guardaran silencio. Al verse compartían una misma sonrisa, una sonrisa gemela a modo de pacto.

Aquello era el amor, sí, en los brazos de él cuando tensaba sus músculos para contener el furioso temblor de su incontrolable orgasmo, o cuando él colocaba el dorso de su mano en la boca de ella para que la mordiera y así impedir su grito convulso de placer. Aquello era el amor, sí, cuando caía en el cuerpo de ella derramándose y goteando en su vientre liso y curvado. Aquello era el amor, cuando dormitaban durante unos pocos minutos, antes de que la oscuridad le diera paso a la aurora, y compartían unas pocas palabras tontas, las palabras que dos enamorados se dicen para confirmar la belleza de su silencio. Aquello era el amor, sin lugar a dudas, cuando ella besaba la frente de él para despedirse y marcharse por la misma ventana por la cual había entrado; confiando en su manto de invisibilidad tejido por las sombras de su visión, para llegar sin contratiempos a su propia habitación y dormir hasta el mediodía reviviendo los sucesos de su noche anterior. Aquello era el amor, desde que se separaban, cuando ya comenzaban a extrañar la ausencia del otro en el espacio vacío de sus respectivas camas. El amor que los dejaba agotados suspirando, rumiando, soñando, creyendo y amando la vida que compartían, justificando la promesa de un futuro en formación. Aquello era el amor, mientras aguardaban con esperanzas el próximo encuentro. Vital e imprescindible, ya sus vidas no eran las mismas. Ya no serían capaces de vivir el uno sin el otro. El cumpliría todos sus caprichos, ella lo arroparía con todas sus sombras. Un mismo corazón latiendo e hirviendo en sus pechos, incendiando sus almas en el desconocimiento de su destino.

Así habían transcurrido los meses de romance entre Guillén y María y, aunado a su pasión, en los instantes de tregua entre sus cuerpos, hilaban imposibles planes de rebelión. Grandes objetivos encumbrados por complejas maquinaciones condimentaban sus encuentros. Se besaban y hablaban sobre estos planes. Hacían el amor y luego enumeraban los pasos a seguir para reconquistar la tierra arrebatada. Abrazados, decidían como dioses sobre su propio destino, creyéndose capaces de imponer su voluntad en aquella tierra. La tierra que a ella, la Reina Moctezuma, por derecho natural le pertenecía.

Aquella noche, la hacienda Moctezuma celebraría una ocasión especial. Se trataba del aniversario, cifrado por el paso de las lunas, del momento cuando el Rey Moctezuma, hacía mucho tiempo, reclamó como suyo el trono azteca e inauguró su reino de oro y desvelo. En la hacienda Moctezuma celebrarían con todos los honores debidos la longevidad de tal acontecimiento y a su vez, aquel día sería recordado como el primer paso a la restauración del nombre Moctezuma en el trono que le correspondía. Ansiosa, María repartía su alegría entre su natural necesidad de ver a Guillén y la prometedora concreción de sus objetivos históricos.

—Nodriza querida, ¿ya mi madre está lista? —le preguntó María al entrar en la cocina, mientras masticaba pedacitos de pan que encontraba desperdigados en la mesa.

—Se encuentra reposando. Dijo que requería todas sus fuerzas para la reunión de esta noche. Ella despertará a la hora indicada —explicó la nodriza mientras troceaba unas ramas para condimentar el caldo que estaba preparando.

—Después de esta noche ya no habrá descanso —profetizó María y una sombra se posó en su corazón.

La nodriza detuvo su actividad y la miró atentamente.

—¿Te han dicho algo? Me refiero a “ellos”.

—Siempre estarán allí. Siempre tienen algo que decir.

—¿Y qué cosas te dicen? —insistió la nodriza.

—Confunden el pasado con el presente y me hacen advertencias. Ven amenazas en cada rincón. Me previenen contra la traición de los extraños. Es insoportable —confesó María, cuya voz se quebraba levemente.

Su nodriza se acercó a ella y la abrazó con dulzura, calmándola.

—No hagas caso, mi niña. Recuerda lo que siempre te digo, ellos no pueden herirte. Ellos no tienen poder sobre ti. Son solo sombras que la vida abandonó. De ti depende no darles permiso para que jueguen con tu voluntad. Eres tú la que vive, mientras que el tiempo de ellos ya pasó.

Unas pocas lágrimas se asomaban en el rostro de María.

—No es tan sencillo. Ya no podemos separarnos. Solo ellos pueden asegurar que mi tiempo no pase en vano, que nuestro linaje no muera, que recuperemos la gloria que merecemos.

Su nodriza no soportaba esa inútil resignación por parte de ella. Se sentía impotente a la hora de ayudarla, y no le quedaba sino argumentar en su contra.

—Pero, María, escúchate. ¿Necesitas esa gloria? ¿Para qué perseguir lo imposible? Atrás quedaron esos tiempos de gloria, que solo tus antepasados conocieron. Quizás ahora haya otros reyes pero te ha tocado una vida afortunada. ¿De qué te serviría un reino donde no puedes ser feliz? No se puede repetir el pasado. Yo también tenía una vida allá, en África, hasta que el destino me trajo a esta tierra. Me alumbraba un sol distinto y mi juventud fue extirpada sin previo aviso. Llegué a este continente como una pobre y maltratada esclava, vendida como un animal en una plaza cualquiera. Tuve la fortuna de ser comprada por tu padre y servirles a ustedes. Fui bendecida con la fortuna de encontrarte y así poder quererte como la hija que nunca tuve. Debemos construir nuestro mejor futuro con el tiempo que nos dan. Y aceptar la vida que conseguimos. Aprender a amarla. Respetar a los dioses honrando el lugar que nos dieron. Es insensato luchar contra lo que seguirá siendo a pesar de nosotros. Si insistes, rebelarse contra eso solo traerá muerte y desgracia en tu camino.

—Es mi destino. Ya todo está escrito en el firmamento. Jamás lo entenderías. ¡Te conformas con tan poco! Tomamos lo que merecemos y luchamos por ello hasta el final —resopló María.

Su nodriza asintió con un suspiro resignado.

—¡Hija mía! Sin importar lo que decidas, entre la dicha y la infelicidad, yo estaré allí a tu lado, dispuesta a morir por ti si es necesario. Aunque no comprenda tu visión de las cosas, la respeto y a tus órdenes me rindo sin oponerme. Solo te pido que pienses en mis palabras. Hay un hombre que te ama y está dispuesto a poner el mundo a tus pies, si se lo pides. Y se lo estás pidiendo. También ese mismo hombre podría sacarte de aquí, y llevarte a un mundo donde esas sombras ya no puedan alcanzarte. No me importaría perderte para siempre si me das esa certeza de que conseguirás una vida dichosa, la vida que te corresponde, una verdadera vida.

María se apartó del abrazo de su nodriza y se secó las lágrimas con el dorso de su mano. Las palabras de ella resonaban en su cabeza como sentimientos contradictorios peleándose la batalla por su alma. Pero la nodriza pudo ver cómo la tristeza de segundos antes, o incluso la propia alegría anterior a esta conversación, abandonaba a su querida niña para, en cambio, revelar una faz impersonal que la asustó enseguida. Por un momento pudo ver cómo la abandonaba su humanidad. Enseguida regresó la sonrisa y el tono dulce pero ahora parecía una máscara forzada y concienzudamente calculada, interpelando amablemente a su nodriza antes de abandonar la cocina, como quien acaricia a su perro más preciado para luego conminarlo a portarse bien para evitar cualquier doloroso castigo.

—Asegúrate de que nada falte y de que mi madre despierte a tiempo. Esta noche debe ser perfecta.

***

Se acercaba la noche y Guillén de Lampard esperaba en el cruce de caminos entre las vías que llevaban al Virreinato y la colina que conducía a la hacienda Moctezuma. Unos cuantos hombres jóvenes, hijos de terratenientes y soldados, aguardaban junto a él la llegada de los líderes del quilombo de México, la principal y más grande guarida de los esclavos fugitivos del Virreinato y sus alrededores. El grupo era completado por unos cuantos indígenas y unas pocas mujeres embozadas en capuchas, entre las cuales se incluía Raquel Rocalla, la hija de los terratenientes judíos y amiga personal de María y Guillén. Para cualquier transeúnte desprevenido, este grupo variopinto no solo resultaba sospechoso sino inconcebible ¿Qué tenían en común cada uno de ellos mientras esperaban en silencio a medida que el sol caía trayendo consigo a la noche? A todos los unía un mismo objetivo, la liberación del continente contra el dominio de los Reyes de España a través de una revolución capaz de restaurar el trono azteca para, seguidamente, continuar la gloria y herencia de la estirpe Moctezuma, representada por la legítima heredera María del Carmen, quien lo tomaría a él, el valeroso irlandés Guillén de Lampard, como su consorte, y serían el rey y la reina de una América libre. Una vez logrado esto se aboliría la esclavitud de los negros y la servidumbre de los indios, se legalizaría el apellido de los hijos bastardos de los terratenientes y se expulsaría a todos los seguidores de la Corona, ejecutando a aquellos que no aceptaran los términos y condiciones de este nuevo reino, o valdría decir, del antiguo y original imperio. Quienes allí aguardaban junto a Guillén de Lampard, formaban parte del círculo conspiratorio Moctezuma, inaugurado por él para reclutar secretamente a todo aquel que se opusiera a la Corona y para elaborar un plan de rebelión a largo plazo, que tomaría por la fuerza el Virreinato de Nueva España para luego extenderse por el resto del continente.

La creación y maduración del círculo conspiratorio fue el resultado de meses de paciencia por parte de Guillén desde el momento en que tomó a María del Carmen como su mujer por primera vez, y ella le manifestó su deseo de reclamar el trono Moctezuma que su apellido merecía. Impulsado por su amor a ella, Guillén era capaz de hacer cualquier cosa que le pidiera, pero muy especialmente, las ambiciones de María se compaginaban a la perfección con los planes que su voluntad había trazado antes de desembarcar en el continente. Qué perfecta era la sincronía entre esas dos almas, incluso cuando ninguna sabía de la existencia de la otra. En medio de su pasión hallaron un punto común entre los deseos de libertad y la voluntariosa necesidad de propiciar una lucha para obtenerla, y gracias a ese entendimiento entre ambos se consolidó para siempre su amor. En el trono de Moctezuma.

Guillén alcanzaba a ver una oportunidad aún más valiosa que la liberación del continente y la derrota de España, ya que gracias al control del territorio más grande jamás descubierto, contaría con todos los recursos indispensables para poder liderar en el futuro una guerra contra Inglaterra por la liberación de su amada Irlanda. El amor que sentía por María no solo se encerraba en la finalidad de amarla, sino que también representaba un medio para que ambos se alzaran en la cima de la historia como los dioses de su tiempo. Se trataba pues de un amor eterno y trascendente que independizaría al mundo de reinos opresores y ambiciones egoístas, conquistando el lugar donde ya ningún hombre viviría esclavizado por otro. Un amor tan grande que era capaz de revertir la maldad que empobrecía al mundo y transformar a la humanidad entera guiándola hacia el camino de la paz.

Pero el primer paso era fortalecer aquel círculo conspiratorio, con la inclusión de miembros representantes de muchas y distintas clases de oprimidos, y darle la bienvenida a todo aquel que creyera en la noble causa que perseguían sin importar el rango que ostentaran durante los tiempos próximos en que se extinguiría el Virreinato. Durante meses Guillén había abordado a los jóvenes y adolescentes hijos de terratenientes, que no toleraban la idea de que quienes no habían nacido en el continente tuvieran mayor poder que ellos; a sus bastardos ilegítimos que trabajaban en el campo y les fueron negados los derechos de una buena vida a pesar de la sangre que corría en ellos; a los criados indígenas y esclavos violentos que mostraban las huellas del maltrato en sus cuerpos. A todos y cada uno de ellos Guillén los sedujo con su inocente y simpática amistad, con su empatía dispuesto a escuchar sus problemas, y con sus palabras elocuentes que transmitían esperanza hasta conquistarlos como fieles seguidores de su causa. Todo esto ocurría ante los ojos del Virrey, con quien mantenía una relación cordial y fraterna, y de los generales que componían su ejército, sin que hubiera la más mínima sospecha en su contra. Incluso Raquel, la gran amiga de la esposa del Virrey, gustosamente le declaró a Guillén, en el nombre de su amistad hacia él, que apoyaba su causa y estaba dispuesta a seguirlo manteniendo absoluta discreción al respecto; porque ella, al igual que otros hijos de terratenientes, consideraba injusta la jerarquía vigente y sentía que como hija natural del continente merecía mejores derechos, asimismo reiteraba su bendición a la relación que mantenía con su también amiga María. ¡Cuánto apreciaba a aquella mujer! Desde su llegada al continente habían entablado una amistad sólida y muchas veces cómplice cuando se trataba de enviar recados a María o compartir visitas en los alrededores de la ciudad. Cuando Guillén hablaba con Raquel se sentía comprendido y ella demostraba que era capaz de leer en su corazón y descifrar su voluntad como si se tratara de la hermana que su madre no parió tras concebir tantos hijos varones. Le complacía enormemente que estuviera ahí, a su lado, dispuesta a integrarse como parte del nuevo orden que él y María formarían al conquistar el trono de México y América.

Raquel observaba discretamente el rostro impenetrable de Guillén con una mirada de escrutinio puesta en el horizonte aguardando la llegada de los miembros faltantes para completar la comitiva. Comenzaba a oscurecer justo cuando arreciaba el frío. La actividad en el Virreinato estaba a punto de cesar para dar paso a la tranquilidad hogareña que condimentaba las noches de la ciudad. Ni una sola alma transitaba por las calles, a excepción de unos pocos soldados en su hora de guardia. Raquel dudó por un momento en acercársele, pero finalmente se atrevió a entablar una conversación para animar su espera.

—Una noche calmada a diferencia de nuestros corazones.

Guillén le correspondió con una cálida sonrisa, quebrantando la tensión que inundaba su rostro.

—Así es, querida Raquel. Siempre con las palabras precisas, en el momento adecuado.

—Solo soy elocuente cuando tú me escuchas. Las palabras se agolpan en mí, sin que yo intervenga en ellas. Como dictadas por otra voluntad. Tú me inspiras a decir las cosas correctas. A decir lo necesario.

—¡Ah, Raquel! Si los reyes aprendieran a escuchar a las mujeres, otro mundo giraría ¿Qué haríamos María y yo sin ti? Has sido una bendición para nuestra causa. La mejor de todas las consejeras que un rey podría conseguir. Pero por encima de todas las cosas, la mejor amiga que alguien pudiera tener. Eres como una hermana para mí.

A Raquel le cayeron estas palabras como un dardo envenenado directo a su corazón. Una sombra empañó su mirada, mientras su rostro empalidecía de disimulada ira. Guillén pudo notar su turbación.

—¿Estás bien, Raquel? Me preocupa tu semblante.

—No, Guillén, me siento bien. Es este frío que hace. No acostumbro a respirar el aire de la noche —lo calmó Raquel.

Guillén se desentendió de la tela que usaba para embozarse a modo de capucha, al igual que todos, y la acomodó en los hombros de Raquel.

—Un extra de calor para ti, Raquelita. No es justo que te congeles por nosotros.

—Gracias —le contestó con cierta sorpresa en su voz.

—Gracias a ti. Por creer en nosotros. Por estar aquí —enfatizó Guillén poniendo una mano en su hombro y brindándole una mirada capaz de derretir cualquier témpano helado.

Raquel se cubrió con la tela para disimular su rubor ante tamaño gesto de ternura. Su corazón se aceleró, sintiendo más calor que ninguna otra persona en aquel frío lugar de espera, ardiente en deseos y anhelos. No, cubrirse en aquel instante era lo que menos necesitaba. El único abrigo con el que quería cubrir sus hombros eran los brazos de él, su pecho arrogante e inflado, su boca de labios finos derramándose sobre su cuello. Contar con toda su existencia abriéndose paso hasta su cuerpo, allí donde ya no llegaría el frío ni la desesperanza. Esa temperatura, la que animaba aquel cuerpo guerrero e hidalgo, era el único calor que necesitaba para descongelar su alma. Pero sus secretas e insensatas expectativas jamás se llevarían a cumplimiento, porque ella no representaba nada para él. O peor aún, representaba el papel de una figura despojada de atractivo, desterrada para siempre de su deseo por una mujer. Se sentía malquerida por su afecto de hermano y amigo.

¿De qué le servía un amor que no la arroparía por las noches? ¿De qué le servía una admiración que no derretiría el hielo? ¿De qué le servía estar colocada en un pedestal ante sus ojos si el hombre que decía adorarla la quería representando ese papel de amiga y consejera? Pero no, jamás la vería con otros ojos. Su mirada de deseo y su corazón amante ya eran esclavizados por una dueña feroz e invencible ¿Cómo competir contra eso? ¿Cómo compararse a la mujer que era una reina ante los ojos de él, una promesa que resumía todos sus sueños de libertad, todas sus persecuciones doradas? María del Carmen Moctezuma se interponía como una diosa inigualable entre Guillén y ella, su reina absoluta, incapacitándolo para ver otro mundo, ese en el que ella, una simple y enamorada mujer, existía abnegadamente esperando por un amor imposible. ¿Creía en la causa que ellos defendían? ¿María no era acaso su mejor amiga antes de que irrumpiera Guillén en sus vidas? Ninguna respuesta sería verdaderamente honesta y satisfactoria más que la evidente: ella estaba allí, exponiendo su vida irresponsablemente en pro de una causa fallida, solo para poder estar a su lado.

Sus reflexiones fueron interrumpidas por el galope de unos caballos. Dos corceles cabalgados por unos hombres negros venían a su encuentro. Los líderes fugitivos del quilombo se integraron en el grupo que los esperaba. El círculo conspiratorio ya estaba completo. Guillén se adelantó a su encuentro saludándolos. Los jinetes se bajaron de sus caballos robados y abrazaron al rebelde irlandés de manera fraternal. A Raquel le pareció una imagen inaudita, un hombre blanco y otros negros abrazándose y reconociéndose como iguales. Si ellos defendían un mundo como ese estaban destinados a fracasar, pensó ella razonablemente teniendo como única referencia lo que había visto y vivido. Sin embargo, en aquel instante, mientras esos dos hombres compartían impresiones como si se tratara de grandes amigos de toda la vida, esa irrealidad desestimable y frágil era más fuerte que cualquier otra visión. Era la visión de

un futuro, la visión de un porvenir que quizás no estuviera tan lejano. Era una visión demasiado buena para ser cierta.

—Tuvimos que hacer un desvío para evitar el cambio de guardia. Había mucha actividad en el norte —le dijo uno de los líderes negros que respondía al nombre de Olmo.

—Descuida, es mejor extremar las precauciones. No podemos arriesgarnos a perder antes de haber empezado —le respondió Guillén.

—No podemos arriesgarnos a perder de ninguna manera —subrayó el otro líder que respondía al apodo del "manco", ya que cargaba con una mano muerta a causa de las torturas de su anterior dueño del cual se escapó.

—Después de esta noche ya no habrá retorno. Las estrellas brillan por nosotros —anunció Guillén con un tono profético—. Es tiempo de continuar la marcha hacia la hacienda Moctezuma. Estamos completos. Hoy somos pocos, mañana seremos legión.

***

Camino a la hacienda Moctezuma, en una lenta y silenciosa marcha, dos hijos de terratenientes que respondían al nombre de Vicente y Marcos compartían sus impresiones sobre los acontecimientos en los que estaban participando. Algo rezagados cerraban la marcha que encabezaba Guillén y los dos líderes fugitivos.

—Ellos parecen venidos de otros tiempos. Él y ella no son de este mundo. Hablan como si supieran de antemano la historia que los aguarda —se aventuró a declarar Marcos.

—A mí no me convence del todo ese linaje que ella reclama. Pero estoy dispuesto a luchar por el derecho que tenemos de gobernar nuestro propio destino por haber nacido en estas tierras. Ningún rey español debería decidir por nosotros lo que es mejor cuando ni siquiera nos conoce —le contestó Vicente con determinación.

—Si ellos dos instauran ese nuevo trono —susurró Marcos—, quienes hayamos nacido en estas tierras tendremos legítimos derechos. Prefiero formar parte de un reino en el cual vivo junto a mis reyes, que de uno en el que jamás su sombra aparece.

—Ya veremos —dijo Vicente dubitativo—. Me preocupa la inclusión de los negros en todo esto.

—Los necesitamos, Vicente —replicó Marcos—. No se hace una rebelión con pocos hombres. Los fugitivos son una fuerza que con el debido liderazgo puede ser útil. Luego, cuando sea nuestro turno de legislar, ya nos encargaremos de ellos.

De pronto se interrumpieron. La hacienda Moctezuma les salió al encuentro, imponente y misteriosa. Verla era siempre un placer inagotable, pero la primera impresión causaba una reverencia indescifrable. Aquellos dos hombres no habían tenido oportunidad de visitar la hacienda Moctezuma, como casi nadie en el Virreinato a excepción de los más viejos, que solían ser amigos del ya fallecido terrateniente que la construyó, o los usuales pretendientes que revoloteaban por allí antes de la llegada de Guillén de Lampard, con la esperanza de antemano fallida de conquistar el corazón de María del Carmen Moctezuma. Aunque admiraban la belleza de María, ellos nunca se habían atrevido a cortejarla por ser más jóvenes. Ahora frente a aquella hacienda insólita, cuyo diseño no se parecía a nada que hubieran visto en el Virreinato, no supieron qué decir. Compartieron una mirada de asombro, ansiosos por descubrir lo que les deparaba la noche.

***

Las expectativas crecían en el patio exterior de la hacienda Moctezuma, el punto final del laberinto que a muchos confundió al ser introducidos en la casa guiados por la vieja nodriza negra que se valía de una antorcha. Los más jóvenes, los esclavos

fugitivos y los criados indígenas miraban a su alrededor confundidos. Algunos sentían que descendían hacia un infierno repentino, o hacia una sorpresa desagradable. Pero los temores cesaron al encontrarse en el patio frente al gran tótem negro que se alzaba en el centro. La luz de la luna llena resaltaba los visos plateados de la gran piedra sagrada, que brillaba con luz propia. Raquel y Guillén, que conocían muy bien la hacienda Moctezuma, simplemente esperaban la llegada de María y su madre, de las cuales no habían visto ni rastro desde que la nodriza los recibió en la entrada y los condujo al patio consagrado. Transcurrieron algunos minutos sin que nada ocurriera ni nadie se atreviera a hablar, cuando de pronto el gran tótem emitió un breve destello cegador. Sin saber cómo explicarlo, de una manera casi incomprensible, frente a la gran piedra aparecieron María del Carmen Moctezuma y su madre como salidas de la nada al apagarse el destello. Ambas vestían unas túnicas de color blanco, inmaculado y resplandeciente. Guillén sonrió pero no anticipó ningún movimiento, confiando en que todo saliera como estaba planeado. Raquel compartía la misma confusión que el resto de los presentes, ya que nunca le dio crédito a ese lado oscuro de María que tenía que ver con el mundo sobrenatural con el cual ella decía tener contacto directo.

La señora Moctezuma se puso un paso por delante de su hija, que se mantenía con la cabeza gacha y los ojos cerrados, y con las palmas de sus manos extendidas al nivel de su vientre rompió el silencio son su estentórea voz.

—Hoy en esta gloriosa hacienda, bajo la cual descansan los restos del gran Moctezuma, se inaugura una nueva etapa de nuestro reino. Un día como este hace mucho, mucho tiempo, el primer Moctezuma fue coronado por los dioses y aclamado por los hombres, todos dispuestos a ofrecer su corazón a la gloria de su nombre. Hoy celebramos el reino que se inauguró aquel día. El reino que unos extraños nos arrebataron. Hoy también celebraremos otra coronación. Una nueva reina ha sido bendecida por los dioses para recuperar el reino por el cual esta tierra sangra y llora pidiéndolo a gritos. Probablemente algunos de ustedes no conozcan la gran historia anterior al Virreinato, pero son hijos naturales de esta Tierra de Gracia y como sus dignos herederos no quieren verla en manos de unos extranjeros. Ese es también el deseo de la casa Moctezuma y por eso hoy cada uno de nosotros, los que apostamos por la libertad, debemos unirnos contra un mismo enemigo. Para ello consolidaremos un adversario que sea equiparable a aquello que combatimos. Un reino por otro reino, una reina por un rey, una estirpe gloriosa a la cabeza de nuestra rebelión. Nuestros dioses por su dios. Nuestros altares de piedra por encima de sus cruces, reclamando los corazones de nuestros enemigos. Unidos por la bendición de la casa Moctezuma y los dioses que la asisten, saludemos a nuestra reina, mi queridísima hija María del Carmen. Ella será nuestro estandarte y el fuego que anime el corazón de esta revolución.

María del Carmen Moctezuma se adelantó frente a todos los presentes. Las palabras de la gran señora Moctezuma habían animado hasta al más escéptico. Incluso Raquel sentía el recorrido de un escalofrío por su espalda tras escucharla. Quería abandonar aquel acto que se ejecutaba ante sus ojos. No soportaba tanta parafernalia autoindulgente. Creía en la idea de libertad que Guillén defendía, la verdadera libertad superior a todos los reinos. La del hombre capaz de gobernarse a sí mismo y abrazar al prójimo como una extensión de sí. Pero cegado por su amor, según creía Raquel, Guillén no era capaz de ver las contradicciones tras aquel bullicio escudado en el nombre Moctezuma y sus mezquinos deseos de poder.

Lo que proponían los Moctezuma no era muy distinto de aquello que combatían. Hasta podría ser peor restaurar un tiempo en el que se sacrificaba carne humana y se le ofrecía al apetito bárbaro y voraz de unos dioses inclementes. De nada serviría expresarle sus dudas a aquel grupo. Si tan solo Guillén pudiera escucharla, si tan solo

fuera capaz de comprender cuán apartados estaban sus verdaderos ideales de los que en el transcurso de esa noche se hablaban. Para María y su madre, el reino Moctezuma era su único objetivo y finalidad, dijeran lo que dijeran. Bien sabía Raquel que dirían cualquier cosa con tal de conseguir ese trono.

Raquel miró a su alrededor. Nadie era capaz de apartar su mirada de la madre. Grandes cosas estaban por ocurrir, o al menos así todos los presentes lo creían. María alzó su mano indicándole a Guillén que viniera a su encuentro. Guillén obedeció y se puso a su lado sujetando su mano. Compartieron un breve beso a la vista de todos. María se zafó de su abrazo y dio un paso por delante de Guillén dispuesta a hablar.

—Muchos de ustedes me conocen y han escuchado las leyendas que se cuentan sobre esta casa y el apellido que la fundó, gracias al respeto que mi padre sentía por nosotras y nuestros orígenes. No son leyendas, ni cuentos de caminos. Es la otra historia que vuestros padres no os cuentan, la historia de los vencidos, la historia de quienes esperan su glorioso regreso, la historia de un ajuste de cuentas. Al igual que algunos de ustedes, yo también soy el resultado de la mezcla entre la tierra que nos vio nacer y los reinos que quedan al otro lado del océano. Yo comprendo que no solo somos este barro que pisamos, pero tampoco seremos la lengua y la cruz que nuestros padres nos trajeron como única respuesta a nuestra identidad. Nos anima un calor distinto al de ellos. Su presente es negro pasado que ensucia y mancha todo lo que toca. Nuestro presente es futuro que limpia y prospera allá donde su discreta sombra se asome. No más discreción, no más contención. Somos hijos de un nuevo orden, herederos legítimos de esta tierra y tenemos un compromiso ineludible para asegurar el porvenir de nuestros hijos, el regalo de su libertad. Pertenezco a un linaje que reinaba anteriormente sobre esta tierra y quiero recuperarla no solo para la honra de mi casa y mis antepasados, sino en nombre de la libertad de cada uno de ustedes; blancos hijos de hacendados; bastardos sin apellido; criados indígenas y negros esclavos. A estos últimos les digo… en mi reino seréis libres como cualquier otro hombre o mujer que camina sobre esta tierra. En mi reino nadie será ilegítimo. En nuestro reino sobrará la dignidad sin precedentes. Seremos el ejemplo que inspirará al resto de la Tierra a cambiar su modo de conducirse. Seremos los emisarios de la vida por encima de la muerte. Porque sin importar el tono que coloree nuestras pieles, ni la fe que doble nuestras rodillas, una misma sangre brota de nuestros cuerpos y esa sangre es también la sangre de mi tierra. ¡Nuestra tierra!

Las palabras de María del Carmen Moctezuma transformaron las dudas y confusiones de los presentes en entusiasmo, animándolos a vibrar al unísono con su voz y sus promesas. Era la voz del porvenir, la voz que decía exactamente lo que cada uno de ellos quería escuchar. La trampa y el señuelo que persiguen las bocas hambrientas de inclusión. Era tan fácil rendirse a las promesas vacías, a las palabras bonitas, y colocarlas en un pedestal. Quien nada tiene aguanta su naufragio con lo poco que encuentra, y si encuentra una promesa insuflada de heroísmo y dignidad, se aferrará a ella con ahínco. Hará del naufragio su pasión predilecta aunque en el fondo sepa que la marea lo hundirá sin remisión. Los allí presentes aguardaban expectantes, con un sepulcral silencio sostenido por sus gargantas, el momento en que su discurso cesara para brindarle una merecida aclamación a medida que cada palabra caía en ellos como pólvora encendiendo sus almas. Y entonces, finalmente gritó ese "¡nuestra tierra!" y como si se tratara de una señal convenida, procedieron a alzar su voz, la voz que nunca antes había sido escuchada, la voz que nunca antes importó. En el transcurso de esa noche frente a aquella mujer inaudita que se hacía llamar a sí misma "reina coronada", sus voces sonaban como nunca antes, sonaban con alegría y pasión, sonaban porque por primera vez ahora sí importaban. Y gritaron. Como un estruendo en dirección al cielo, querían transformarse en el relámpago que destruyera todo aquello que los había

convertido en personas de segunda categoría. Todos ocuparon el silencio con sus voces entonando una misma consigna con el pecho inflado de apasionada convicción.

—¡Nuestra tierra! ¡Nuestra tierra! ¡Nuestra Reina Moctezuma!

Guillén y María se miraron complacidos. Los negros fugitivos daban palmadas y golpeaban sus pies descalzos contra el suelo como si de antemano marcharan en la guerra que aún no se había iniciado. Ya ellos se disponían a derramarse sobre las tierras conquistadas y a reclamar con violencia su lugar. A diferencia del resto de los presentes, Raquel no gritaba. Observaba todo cuanto ocurría deseando ser invisible a los ojos de todos. Muy especialmente a los ojos de su amiga María. Le asustaba que leyera en su corazón, algo que María sabía hacer muy bien a expensas de su don, los juicios que elucubraba al escucharla. Si se asomaban a su consciencia solo encontrarían crítica y reprobación, justo aquello que no echaban de menos mientras vomitaban falacia tras falacia. Raquel deseaba desvanecerse maldiciendo la hora en que se dispuso a aceptar la invitación que Guillén y María le hicieron. Por su parte la señora Moctezuma se retiraba discretamente al lado del tótem. María alzaba su mano indicándole a su escandalosa audiencia que aún quedaban cosas por decir antes de seguir aplaudiendo como posesos. Cuando nuevamente se aplacaron los gritos y vítores, María le hizo una seña a Guillén para que ofreciera también unas palabras a la congregación. Este se adelantó, seguro de sus palabras, sin una sola inflexión de duda en su carismática voz.

—Agradecemos la presencia de todos, de cada uno de ustedes. Porque todos y cada uno de ustedes representan un rostro y un nombre. No son solo carne para engordar filas de ejércitos. Son nuestros amigos y serán nuestros hermanos de lucha, nuestros consejeros de batalla. Nos une un mismo destino, un gran y brillante hado. Si trabajamos juntos sin desviarnos del objetivo, podríamos alcanzar la libertad que tanto buscamos y merecemos. Que la fatalidad encumbre a otros, porque la fortuna nos favorece. Mi experiencia ha sido distinta y yo apenas soy un advenedizo. Pero hoy les pido que desechen cualquier prejuicio o recelo y me ofrezcan un voto de confianza. Yo no nací en estas tierras, eso es cierto. Y vengo de España al igual que el resto de los conquistadores contra los cuales hoy combatimos. No malentiendan mi presencia aquí esta noche. No me juzguen por lo que creen saber de mí, que probablemente esté lejos de la verdad. Porque yo, amigos míos, no respondo ante ningún rey de Europa. Yo no soy español. Yo no soy inglés. Yo nací en una tierra conquistada por usurpadores y sé lo que es sentirse desterrado de tu propio hogar a causa de extraños. Irlanda, mi verdadera patria, se encuentra lejos. Como ningún otro, yo entiendo del amor hacia una tierra que consideramos nuestra e innegociable. Irlanda corre por mis venas. Irlanda ocupa mis sueños. Las circunstancias me hicieron poner mar y tierra entre ella y yo, soñando por su libertad. Aquí encontré las mismas inquietudes que me obligaron a abandonar mi hogar, las mismas frustraciones que nos impiden prosperar en un lugar que amamos. Nadie se siente pleno cuando sabe que no es libre. Pero comprender la falta de libertad es el primer paso para conquistarla. Esta tierra bendita me ha seducido como ningún otro lugar de Europa ha podido hacerlo, además de mi querida Irlanda. Me siento parte de este continente y comparto la misma esperanza que los ha hecho venir esta noche, la misma búsqueda que los animó a seguirme hasta acá y espero continúe incentivándolos a seguirme, a seguirla a ella, hacia el cumplimiento de una noble misión. Hoy mi corazón ha encontrado un nuevo hogar en este continente, en esta hacienda, al lado de esta mujer, ¡mi Reina Moctezuma!

Guillén motivado por la propia pasión de sus palabras se arrodilló ante ella abrazándose a su cuerpo. Ella posó sus manos sobre la cabeza de él. El resto de los presentes aplaudía y retomaba su consigna en honor de la Reina Moctezuma, como si se tratara de un himno de guerra que vencería a cualquier potencial enemigo que se le

pusiera al frente. Los líderes de los esclavos fugitivos avanzaron hasta María y a cierta distancia de ella y Guillén, alzaron sus manos a modo de saludo, recitando un canto africano en una lengua que ninguno reconocía, para después arrodillarse. Así sucesivamente cada uno de los presentes se arrodilló ante María. Raquel temerosa de hacer notar su presencia de manera indebida optó por arrodillarse también aunque no compartía la percepción general de quienes allí estaban, y en cambio la acuciaba una insoportable sensación de perplejidad. Arrodillada y con la cabeza gacha se preguntaba a sí misma el por qué ella estaba allí, si no valía la pena, si a nadie le importaba particularmente su presencia, si nada de lo que ella pudiera hacer o decir representaría diferencia alguna para esa o cualquier otra causa en el nombre de la libertad, ni mucho menos para la única pasión que habitaba el corazón de su adorado Guillén.

María del Carmen Moctezuma alzó sus ojos al cielo extendiendo sus manos como si pudiera abrazar a todos los allí presentes. En aquel momento las voces y sombras que la habitaban le susurraban proyectos de gloria y aplausos, inundando su corazón de fe. Por primera vez no la atormentaban con acusaciones y gritos desesperados. Ese otro mundo también celebraba la concreción de sus planes gestados durante siglos. Al fin veían una posibilidad de llevarlos a cabo. La señora Moctezuma pudo notar cómo el cabello de su hija se levantaba, impulsado por una energía invisible. Guillén sentía su cuerpo trémulo intentando zafarse de él y la soltó para ver qué ocurría, levantando su rostro en dirección a ella. No era posible lo que sus ojos contemplaron. Lentamente María se alzaba como si una fuerza externa la halara en dirección al cielo. María, en pleno éxtasis de su visión, no distinguía su realidad del mundo subterráneo que clamaba por su nombre. Sus pies se despegaron de la tierra y ella abrió las palmas de sus manos justo cuando una sonrisa de goce embargaba su rostro. El resto de los miembros de aquella singular e improvisada congregación fueron notando lo que ocurría, y animaban a otros que aun permanecían con la cabeza baja y los ojos cerrados a interrumpir su reverencia.

—Está volando —alcanzaron a soltar unos cuantos sorprendidos. Y seguidamente convirtieron su clamor en un grito de triunfo.

—¡Reina Moctezuma! ¡Una diosa camina entre los hombres!

Los clamores fueron interrumpidos por un grito desgarrador. Una visión turbó su éxtasis y María cayó intempestivamente al suelo. Guillén corrió hasta ella y la rodeó con sus brazos. Un hilillo de sangre corría por su nariz. Abrió los ojos y miró a Guillén con una expresión de horror que nunca antes se había visto en ser humano alguno, ni siquiera en los moribundos en un campo de batalla, la mirada de quien ha visto demasiado tiempo el rostro de una verdad, hasta que finalmente se desmayó en sus brazos y todos lanzaron un grito temiendo lo peor.

Capítulo 10

Guillén se resistía a abandonar la gran casa Moctezuma después de aquel desmayo, pero no pudo oponerse a la orden firme que la señora Moctezuma había dictado: "Esta noche solo la familia debe permanecer en esta casa". Habían logrado trasladar a María a su habitación y dormía profundamente, con respiraciones lentas, al cuidado de su nana quien no se apartaba ni un segundo de su lado. Guillén pensó que la prohibición no lo incluía a él, pero una vez que todos los presentes desalojaron la gran hacienda y solo restaban él y Raquel, la señora Moctezuma les agradeció su presencia pero insistiendo en que María debía descansar y mantenerse alejada de cualquiera que no fuera ella y su nana, hasta que su salud se restableciera. También aclararon que no era la primera vez que María caía en un largo sueño a causa de su contacto con "el otro mundo", y que ya ellas sabían lo que debían hacer. En otras palabras, sus presencias estorbaban.

A Guillén le costó aceptar las palabras de la señora Moctezuma, pero finalmente Raquel le insistió en que no había nada que hacer para revertir las circunstancias y lo mejor sería obedecerla. A duras penas, Guillén fue prácticamente arrastrado hasta las puertas de la hacienda por una diligente Raquel que guiaba sus pasos, escoltados por la mirada severa de la señora Moctezuma, que se aseguraba de que su palabra no se contradijera. Una vez que ellos estuvieron fuera, la señora Moctezuma se introdujo en su casa, perdiéndose entre las sombras, dejándolos librados a su suerte bajo aquella noche cerrada y sin estrellas. La luna ensombrecida por una nube, apenas irradiaba un débil fulgor como si representara el espíritu agotado de María tras su trance.

Caminaban movidos por sentimientos encontrados, sin saber muy bien su meta ni hacia dónde se dirigían. Raquel sentía mucho miedo, mientras que Guillén apenas alcanzaba a coordinar sus movimientos en razón de la cólera que lo embargaba. Avanzaban en silencio sin ser muy conscientes de la presencia del otro, o demasiado ensimismados para preocuparse. En aquella situación, se sentían humillados. Raquel no podía llegar a su casa a tan altas hora de la noche, ya que supuestamente había sido invitada a pasar la velada con su amiga María en la hacienda Moctezuma, eso creían sus padres. Por su parte, Guillén no soportaba la impotencia que atormentaba su consciencia. Quería permanecer al lado de su amada, velar por su sueño y estar allí junto a ella cuando finalmente despertara. En una situación como aquella, desesperaba pensando en su bienestar y en la posibilidad fatal de que su situación empeorara y él no pudiera hacer nada para salvarla, ni siquiera acompañarla.

Finalmente, Raquel rompió el silencio entre ambos.

—¿Hacia dónde vamos? Yo no puedo regresar a mi casa. Mis padres confían en que estoy durmiendo en la hacienda Moctezuma.

—No lo sé, Raquel —replicó Guillén—. Esta no es la manera en que las cosas debían ocurrir. Estoy tan confundido como tú. Debimos quedarnos a su lado.

—La señora Moctezuma fue muy clara en su voluntad —le recordó Raquel—. Contradecirla hubiera acarreado una riña innecesaria y la situación ya era delicada. Piensa en lo que hubiera querido María.

Guillén se detuvo y Raquel hizo otro tanto. Él se mesaba los cabellos tratando de calmarse.

—No lo comprendo —se desahogó—. Ella me hubiera querido a su lado hasta el final. Se supone que soy parte de su familia. ¿Acaso no eres su mejor amiga? ¡También somos su familia!

—Tranquilízate, Guillén —contestó Raquel, tratando de calmarlo—. No podemos hacer nada por María. Ella estará bien, en manos de su madre y de su nodriza. En cambio, nosotros estamos aquí, de noche, en medio de la nada y si nos llega a encontrar

algún soldado de la guardia nocturna del Rey ¿cómo podremos explicar nuestra situación? ¿Qué podría decir yo? Una señorita respetable y de buena reputación, junto a un hombre extraño, en las afueras de la ciudad ¡Estaría perdida para siempre!

Raquel rompió a llorar sin poder agregar nada más. Guillén se sintió conmovido y la abrazó.

—Tienes razón, Raquel —dijo Guillén consolándola—. Nada de esto es tu culpa y no mereces estar en una situación como esta. Debemos actuar pronto y movernos rápido para evitar un mal encuentro. Si llegara a ocurrir algo, yo lucharía contra quien fuera antes de dejar que te vieran aquí. No podemos llevarte a tu casa, así que oficialmente aún sigues en la casa Moctezuma junto a María y su madre, pero no debemos pasar la noche en este monte. La ciudad no está muy lejos y yo conozco un atajo, que descubrí hace un tiempo cuando hacía mis rondas nocturnas para encontrarme con esclavos fugitivos. Lo podríamos usar para entrar a la ciudad sin ser vistos por la guardia nocturna y así llegar hasta mi casa.

—La casa de huéspedes del Virrey —replicó Raquel apartándose de su abrazo, alterada—. Si paso la noche contigo... eso solo empeoraría las cosas.

—Nadie se daría cuenta a esta hora —aseguró Guillén—. Los siervos duermen. Y yo me aseguraré de no dormir. Tú debes estar cansada. Necesitas dormir.

—¿En tu cuarto? —preguntó Raquel, ruborizándose en la noche sin que nadie pudiera notarlo.

—Sabes que jamás haría nada en tu contra, Raquel —replicó Guillén adivinando sus temores—. ¿Por quién me tomas?

—Lo sé, Guillén —dijo Raquel que de pronto olvidó su cansancio, invadida por un nerviosismo distinto.

—Yo estaré atento y antes de que amanezca te despertaré. Saldremos nuevamente de la ciudad. Nos ocultaremos en la quebrada unas horas y luego entraremos como si viniéramos de la casa Moctezuma. Yo diré que justo llevaba unos obsequios temprano y me ofrecí a traerte. Andamos con caballos de la hacienda Moctezuma. Nadie tendría que dudar de nuestra palabra.

—¡Oh, Guillén! —Raquel lo abrazó—. Gracias por pensar en todo.

—El tiempo apremia —anunció Guillén—. Aún es temprano para la noche, aprovechemos mientras no sea tarde para nosotros. ¡Sigamos!

***

María del Carmen Moctezuma deambulaba por el reino de los espíritus como nunca antes lo había hecho. Su más reciente contacto la había transportado a un éxtasis hasta entonces desconocido, rompiendo las barreras entre el tiempo y el espacio, la vida y la muerte, su materia y su espíritu. Se sentía dividida. Consciente de que su cuerpo dormía en algún lugar del mundo real, su alma se trasladaba a su antojo sin que nada se lo impidiera. Podría alejarse cuanto quisiera sin perder la conexión con ese cuerpo al cual pertenecía. Aquello no era un sueño profundo, como creían su madre y su nodriza cuyas voces y discusiones llegaban hasta ella con suficiente claridad. Aquello era un despertar. Otras voces intervenían, voces que ya había escuchado antes. Pero ahora estas voces estaban acompañadas de cuerpos, o de la idea corpórea y humana que algún día los animó. Ellos la tomaban de la mano y la guiaban sin decir grandes cosas. Cuando ella preguntaba se limitaban a responder: “Moctezuma decidirá. Moctezuma responderá”.

Se sintió embargada por un temor cercano al pánico. De poseer un cuerpo útil en aquel trance, estaría paralizado por el miedo. Se le presentaba una perspectiva jamás contemplada, dialogar con el ancestro que fundamentaba todas sus batallas, el

propietario de su nombre, su único rey, su verdadero padre espiritual. De todos sus ancestros, esos que a diario fraguaban planes y discutían las intenciones del linaje recordándoles las promesas que debía cumplir, nunca había llegado a ella el Rey Moctezuma. Eran otros quienes hablaban por él, otros quienes llevaban sus recados. Incluso en aquel mundo transfísico, existían jerarquías inviolables y silencios suspicaces que transportaban los deseos de una voluntad que jamás se dignaba a presentarse. Pero ahora sería llevada ante aquella imagen difusa que fundamentaba la razón de ser de su nombre y su casa. Conocería al verdadero forjador de su destino, comparecería a su juicio y ya no podría contradecir cualquier cosa que ordenara, así como a veces se rebelaba contra los espíritus menores que la asediaban. Quería retroceder y regresar a su cuerpo, que tan calmadamente reposaba indiferente a su desesperación. Quería estar al lado de su Guillén, cuyo recuerdo habitaba en ella sin importar donde quiera que su alma se encontrara. Aquella conexión era más fuerte y poderosa que la acción de cualquier habitante del otro mundo. Por eso tenía tanto miedo de lo que ocurriría en aquel mundo de bruma y tiniebla, porque Moctezuma descubriría que toda su voluntad y obediencia eran frágiles si se comparaban con su fidelidad y compromiso hacia el amor que sentía por Guillén de Lampard.

Una voz interrumpió su mezcla inconexa de pensamientos.

—No temas ocultarme nada. Porque yo lo veo todo, lo escucho todo. Un Moctezuma no obra sin que yo lo sepa, aunque no te des cuenta. Tu amor hacia aquel hombre no es un problema, porque te ha servido de incentivo para cumplir mi voluntad. Pero aun debes descubrir mejores necesidades que aquellas que el amor sugiere. Hasta que tu corazón no conozca la rabia, hasta que no sientas el hambre por una venganza, no te sentirás como una verdadera Moctezuma.

—¿Eres tú, grande Moctezuma? ¿Por qué me ocultas tu rostro? ¿Por qué insistes en esas ideas oscuras? ¿Acaso no has visto lo que hoy ocurrió? No fue el rencor el que unió a personas tan distintas congregadas gracias a mis palabras, nuestras palabras. Los impulsaba algo mucho más fuerte y grande. Una verdadera sensación de fraternidad. Se sentían parte de algo al entender que todos padecíamos un mismo dolor. Y están dispuestos a aceptarme como su reina no por odio, sino por amor.

La voz contradijo sus ideas.

—Niña Moctezuma. Bellas son las palabras que dices, pero desconocen el futuro. En un lugar sin tiempo, yo conozco mejor el corazón humano, porque en este otro mundo lo que queda de nosotros es ese corazón. Conozco sus necesidades y su hambre, las pasiones que incitan sus intenciones y los intereses ocultos en su alma, incluso aquellos que aún no han descubierto en sí mismos. No intentes contradecirme. Respeto tus sentimientos por aquel hombre, pero debes aprender a valerte de ellos como una fuente de poder y evitar que sean un punto débil. Descubre en ellos el rumor de nuevas revelaciones. Déjate llevar por el ritmo de ese corazón que late por amor, y comprende que existen otros sonidos que te llevarán a la grandeza, que conducirán nuestro nombre al lugar que nos fue arrebatado. Si dejas que esos sentimientos te controlen a ti, nuestra causa estará perdida. Hay fuerza en tu amor, pero aún desconoces cuán inmenso puede llegar a ser el poder de la rabia. Cuando comprendas eso, serás una verdadera reina. ¡Escucha atentamente!

De pronto la voz calló, y, en cambio, su hondo rumor fue sustituido por unos gemidos de placer, los de un hombre y una mujer en pleno éxtasis de un goce compartido. A María le resultaron familiares esos sonidos. Era él. Su Guillén. Su familiar respiración, sus entrecortados resoplidos. Pero esta vez no era ella quien correspondía con sus propios sonidos los avances de él sobre su cuerpo. Era otra mujer. ¡No! ¡Aquello no podía ser verdad! Todas las demás voces se apagaron y el otro mundo

se sumió en la oscuridad absoluta. Solo quedaba ella y aquellos repugnantes sonidos. Quería correr, regresar a su cuerpo. Y eso hizo. Corría en la oscuridad perseguida por la sospecha de ese encuentro que sucedía sin su conocimiento. A veces las voces distorsionaban la realidad, engañándola con visiones convenientes. Pero algo en su interior le dictaba que esa traición estaba ocurriendo.

Y despertó. Su nodriza dormía a su lado. Se desembarazó de su abrazo y salió rumbo a la entrada de la hacienda, sin importar la hora, dispuesta a comprobar lo que ya sabía.

***

Dos cuerpos desnudos dormían en la menuda cama dentro la habitación principal de la casa de huéspedes del Virreinato. Dos cuerpos en descanso tras un inesperado arrebato de lujuria y desespero. Dos cuerpos ajenos a la muerte de la noche tras haber perdido la batalla contra el cansancio. A aquella cama, uno de esos cuerpos le era familiar, el del joven trotamundos que desde hacía varios meses habitaba aquel recinto como si le perteneciera. En cambio el otro cuerpo, el de mujer, era distinto al que siempre visitaba aquella morada y arrugaba sus sábanas. Era este el cuerpo de un nuevo delito. Separados el uno del otro con ese sueño profundo y sin ensoñaciones producto de la fatiga, sueño poco reparador y pesado, ambos parecían destinados a enlazarse por la culpa, en lugar de reencontrarse a través de la ternura. No era el amor lo que habitaba el espacio vacío entre ambos, sino un vacío infinito de capricho y traición. Raquel y Guillén habían consumado una pasión silente tras un fugaz pero ardiente encuentro. Sin saber cómo, sin habérselo planteado antes, simplemente se dejaron llevar por las circunstancias y ocurrió, como ocurren las cosas definitivas y los peores crímenes, sin un freno entre la consciencia y su voluntad.

María los observaba impávida frente a la cama, silenciosa y sin ánimos de despertarlos, como si disfrutara la visión de aquel acontecimiento, o más bien los vestigios de lo sucedido, saboreando lentamente la pena que la embargaba mientras un escalofrío recorría su espalda junto a una cólera fría e indetenible. Sentía una estaca clavada en su confiado corazón. Aquella visión funesta bastaba para desarmarla. No habría necesitado estar allí para saberlo, como nunca necesitó leer los pensamientos de su amiga para inferir los sentimientos que secretamente alimentaba por Guillén. Pero necesitaba inundar sus ojos con la verdad, abarcarla en toda su extensión, tener la posibilidad de palparla aunque no lo hiciera. Que no la tomara por sorpresa no lo hacía menos doloroso. Que las circunstancias los hubieran empujado el uno al otro para ponerlos en aquella situación, tampoco los excusaba. Lo que veía era innegable e imperdonable. El resultado de una decisión que ameritaba un castigo. Comenzaba a odiar y a experimentar un indescriptible placer en ese sentimiento, tal como la voz de Moctezuma se lo refirió. Una forma evolucionada de su amor hacia Guillén, a quien no podía dejar de amar viéndolo allí tan indefenso y culpable, ajeno a la presencia de ella en aquel momento. Expuesto a su mirada acusadora, para siempre por debajo de ella a partir de entonces.

Ya no habría justicia en el amor que sentían ambos. Él ya había perdido el privilegio de estar a la altura de los sentimientos que ella profesaba y declaraba en su nombre. Y en cambio ella seguiría permaneciendo en su corazón como una visión inmaculada de un amor elevado. Ella conservaría el pedestal y la razón de sus anhelos, a pesar de la traición, y quizás ahora aún más gracias a ella. Le satisfacía aquel raro triunfo, el de conservar su status divino en aquel pobre y malagradecido corazón. Lo seguiría amando, aunque lo odiara. Pero ya no podría respetarlo, ya no soportaría permanecer a su lado. Más valdría verlo muerto en aquel instante porque a efectos de lo

que significaba para ella, ya no habría lugar para Guillén en su futuro. Se convertiría en la triste huella viviente de un pasado adorado, un pasado destinado a perecer bajo el peso de su ruina actual tras ese acto irreversible. No, no quería despertarlos y escuchar ruegos acompañados de peticiones inútiles a favor de su perdón. No lo soportaría. Ella merecía permanecer por encima de eso, y no rebajarse a la concesión de una mísera y deshonesta misericordia. Ahora lo comprendía, tal como Moctezuma lo predijo, hay cosas superiores al amor.

Tan débiles e inconscientes de su transgresión mientras dormían, María se sentía tentada de estrangularlos o rebanar sus gargantas con algún cuchillo que fácilmente podría extraer de la cocina. Pero no. Era imperativo que ellos vivieran para acusarse y culparse por su desgracia. La ofensa demandaba una pronta y exitosa venganza. Y de pronto María recordó algo. Una advertencia que Guillén le había hecho hace unos días sobre la llegada del nuevo inquisidor y su anuncio de que se aseguraría de vigilar por el correcto cumplimiento de la fe en cada hogar. Recordó las historias que se contaban sobre aquellos hombres y su Santo Oficio. Lentamente urdía un plan en el cual entretejía la desgracia de aquellos dos y se felicitaba por su ingenio.

¿Cómo habían osado atreverse? ¡A ella! ¡La Reina Moctezuma! ¡Heredera de un linaje de dioses! Un mezquino hombre común y corriente tuvo entre sus manos una oportunidad dorada, tuvo en sus brazos el cuerpo de una diosa y se hizo dueño de su alma. En cambio, prefirió arrojar el diamante que se le ofrecía para revolcarse en aquel lodo, como solo pueden hacerlo las bestias ignorantes de la divinidad que los contempla. ¡Inadmisible! Sabía que la amaba pero también comprendió que su amor no era superior a sus instintos. Era un hombre como cualquier otro que había conocido, como tantos otros que antes había rechazado, un sujeto de poca monta que no estaba a la altura de una reina como ella. Un hombre que no merecía el reino que iba a gobernar junto a ella. Daba gracias a los dioses por descubrir aquella verdad antes de que fuera demasiado tarde. Le dolía profundamente lo sucedido, pero sentía un alivio perverso, algo parecido a una sensación liberadora a partir de su naciente amargura. Gracias a Moctezuma superó la prueba que constituía el engaño al cual estaba sujeta.

Y ella… Raquel era su amiga. A pesar de los sentimientos que ocultaba no la había creído capaz de traicionarla de aquella manera, concediéndose una inmerecida oportunidad de cumplir sus falsas y estúpidas esperanzas. Le costaría caro su placer y se arrepentiría de su necedad. ¿Acaso creía que podría igualársele? Guillén jamás le pertenecería del modo en que ella lo poseía. Guillén jamás la vería con aquellos ojos inmensos repletos de adoración y obediencia. Y en cambio, ahora, a sus ojos quedaría como una triste y atrevida mujerzuela, a la cual culparía por la pérdida de la única diosa a la cual estaba consagrado su ardoroso corazón. Pero saber lo que sucedería no era suficiente.

Ya lo veía con mayor claridad. Sí, el amor era fácilmente superable por tantas cosas. Pasamos buena parte de nuestra vida ansiosos e incompletos. Un buen día conocemos a alguien que transforma nuestra vida para siempre, haciéndonos sentir una plenitud que considerábamos imposible. Y aquello era el amor. Una sacudida violenta y llena de gracia, un despertar a la vida que nos resistimos a descreer. Lo imaginamos duradero e irrompible. Pero finalmente nuestro vano convencimiento se revela como un fugaz e inútil espejismo. El amor no era justo ni grande. El amor descubre su verdadero rostro, el de un cruel farsante que se burla a nuestras espaldas. Un bufón al cual muy tarde se le ríe sus malos chistes. Y solo entonces comienza una nueva y necesaria toma de consciencia. Ahí se inicia el verdadero despertar a un mundo áspero y sin encantamientos. Se nos revela más temprano que tarde la crueldad fundamental que ordena y rige todo lo que ha existido y dejará de existir alguna vez. Porque todo perecía,

y tras eso se ocultaba una risa superior a nuestros mezquinos intentos por callarla. La carcajada del loco tras haber comprendido su lucidez.

María se daba cuenta de que todos albergamos dentro de nosotros un estómago invisible que se alimenta de rabia e insatisfacciones, pero que solo se sacia a través del cumplimiento de la desgracia ajena, de la desventura de quienes nos ofenden. Un estómago que revela la extensión de su hambre cuando el amor perece. Un estómago gracias al cual sobrevivimos la desdicha de tan desafortunada decadencia. Un amante defraudado sobrevive gracias a la promesa de un ajuste de cuentas, rogando por el momento en que vuelvan a igualarse los desniveles de correspondencia con una cuota similar de sangre, lágrimas y desdicha para cada una de las partes. Para calmar la ira de un corazón pisoteado no había mejor recompensa que un deudor servido en bandeja de plata masticando su merecida vergüenza y a merced de su consecuente y debida fatalidad. Porque nada queda sin ser saldado, nada hay en este mundo que no reciba pago y condena, ningún olvido era lo suficientemente grande para traer clemencia y a cada desagravio le llegaba su hora bajo el filo de la justicia. Ni siquiera el amor estaba a salvo, ni siquiera amar nos hace menos culpables. Al contrario, el amor haría más pesada e insoportable nuestra maldición de sabernos vivos y llenos de culpas.

Era preciso actuar cuanto antes. Abandonaría la estancia no sin antes dejarles una prueba de su presencia. Quizás sí necesitaría el cuchillo de la cocina, después de todo.

***

Raquel despertó del largo letargo cuando sintió el canto de los pájaros matutinos anunciando que un nuevo día había comenzado. Al principio se sobresaltó con la mirada fija en el techo y con el impulso inmediato de desembarazarse de aquellas sábanas y de despertar a Guillén, cuya respiración resonaba con fuerza en toda la habitación. Ya era tarde de todas maneras. Ya se les ocurriría algo para salir de tan comprometedora situación. Pero mientras tanto quería disfrutar aquellos pocos minutos de dicha acompañada por el cuerpo desnudo de su durmiente amante a medida que rememoraba los sucesos acaecidos durante la noche anterior.

Alcanzaron a llegar silenciosamente a la casa de huéspedes del Virrey sin despertar a ninguno de los criados, y se metieron enseguida dentro de la habitación de él. Luego de tantos cuidados y precauciones, una vez a salvo, le dieron ganas de reírse, a lo que Guillén correspondió intentando callarla pero contagiándose de su carcajada contenida. La situación de ambos, después de todo lo vivido en el transcurso de tan agitada noche, era tan ridícula que no quedaba sino reírse. Se sentían cómplices y aliados, como si huyeran de un asesinato, como si hubieran dejado tras de sí un crimen atroz y les correspondiera ocultarse. ¡Qué absurdo!

Fue justo entonces cuando Guillén la vio con una mirada distinta, una mirada insuflada de deseo que ella correspondió de inmediato. Callaron sus risas y se contemplaron fijamente, leyendo sus respectivas voluntades. Ella hizo un ademán con su cuerpo, casi imperceptible, pero que se sentía como una invitación a ser abrazada. Y entonces ocurrió. En unos minutos ambos se habían desnudado y forcejeaban en silencio a efectos de una pasión desbordada e incontrolable que acabó por dejarlos exhaustos. Era incapaz de precisar el momento exacto en que la pasión terminó derrotándolos y se instauró aquel largo y profundo sueño.

Raquel no se sentía culpable en aquel instante, luego de haber despertado. Antes tenía funestas esperanzas, pero ahora albergaba poderosas certezas. Lo que creía imposible se cumplió finalmente. Estaba en la cama del hombre al que amaba y este la había hecho suya. Ya no importaba María, o el amor que él decía profesarle. Esa obsesión, esa idolatría, no había sido lo suficientemente grande para impedirle recorrer

un cuerpo ajeno al que con tanta pompa declaraba adorar. Sabía que incluso María estaría de acuerdo con ella, el amor de Guillén falló a la menor oportunidad, al medirse con una nueva pasión. Complacida de sí misma y con una sonrisa maliciosa en el rostro, Raquel se dispuso a salir de la cama y despertar a su amante culpable, cuando reparó en algo extraño a los pies de ambos. Tardó en precisar qué era y cuando lo tocó con sus dedos supo que aquello era una declaración de guerra. Embargada por un temor hondo, enseguida gritó.

Guillén despertó inmediatamente y vio el rostro de Raquel escandalizado y su cuerpo tembloroso. No le dio tiempo de reflexionar sobre todo lo que había ocurrido entre ambos y en lo culpable que se sentía, cuando reparó en la causa de aquel grito. La larga y tupida cabellera negra de María, desperdigada a los pies de la cama, daba cuenta del testigo silencioso que estuvo en la habitación unos minutos antes. Supo enseguida qué significaba aquella respuesta y que ya no habría vuelta atrás. Raquel rompió en llanto y quiso abrazar a Guillén, pero este la empujó apartándola de su cuerpo sintiéndose sucio y asqueado de sí mismo y de ella, replicándole con una voz ruda y sin concesiones.

—No quiero verte nunca más. He perdido para siempre lo único que me importaba. Desearía haber muerto antes que haberte tocado ¡Lárgate!

Raquel no supo cómo ni de qué manera logró salir de aquella casa. Corrió por las calles de la ciudad sin importarle las consecuencias que acarrearía si, por casualidad, había sido vista saliendo de la casa de su amante. Pero animada por la fuerza del dolor y la rabia, al cabo de unos minutos se encontraba en la entrada de su casa, sin que nadie lo hubiera notado, llamando a la puerta y sin dejar de llorar.

Capítulo 11

La mañana se sentía lúgubre y sin promesa de novedades. Un clima neblinoso y frío empañaba las ventanas del despacho improvisado que el Virrey había dispuesto para aquel vicario de Cristo. Se había negado a ocupar un lugar en la pequeña catedral, en el centro de la ciudad, junto al viejo e insoportable párroco. Era inútil instaurarse en una iglesia y quedar reducido en importancia. Un inquisidor no era un sacerdote de misa y confesionario, sino un legislador con conocimiento tanto de las leyes de Dios como de las que rigen a los hombres. Un inquisidor debía permanecer allí donde imperaba la ley humana, como un recordatorio de que ninguna normativa era suficientemente poderosa si no la aprobaba el dios que nos juzgaba desde las alturas. Era menester reclamar el lugar que su investidura demandaba y situarse en igual rango de importancia que los jueces de la ciudad, o incluso más arriba, tan influyente como podía serlo el Virrey.

Bendecido por el Papa y consagrado por la Corona, Felipe Méndez representaba al Santo Oficio y su palabra debía acatarse sin contradicción ni oposición. El Virrey se había comportado con la amabilidad y cortesía propias de un anfitrión que recibía a un visitante importante. Pero esa actitud cordial no le bastaba. Esos provincianos no entendían la magnitud de su importancia y el alcance de su voluntad. En sus manos estaba la responsabilidad moral del continente y la preservación de sus valores espirituales; era el vigilante que velaría por el cumplimiento cabal de la virtud y finalmente el verdugo para todo aquel que se torciera del camino recto que Dios pedía a sus fieles. Los habitantes del Virreinato debían ser responsables con la fe que ostentaban y someterse al atento escrutinio de sus investigaciones. Tarde o temprano asimilarían su lección de obediencia y sumisión, comprendiendo que Felipe Méndez no era un invitado de paso viviendo a expensas de la cortesía del Virreinato de Nueva España. Cuanto antes debían aprender a temerle como lo que era, el brazo implacable que haría respetar la palabra de Dios en aquella tierra de reputación blasfema y dudosa devoción.

Felipe Méndez repasaba el itinerario que esperaba llevar a cabo durante el resto de la semana y redactaba una carta formal para el Virrey notificándole sus exigencias, además de agradecer su necesaria colaboración para el perfecto cumplimiento de sus objetivos. Ya había anunciado que sus puertas estaban abiertas para los habitantes de la ciudad que quisieran hacer denuncias directas y anónimas en casos de brujería, blasfemia o cualquier tipo de transgresión moral. El Virrey había cedido a regañadientes a concederle el permiso de las mazmorras y a habilitar en una de las celdas un cuarto de torturas idóneo ante cualquier eventualidad. Era menester, sin embargo, proceder a visitar casa por casa y comprobar el estado de la fe de cada uno de los habitantes de la capital, así como corroborar que sus respectivos criados y esclavos no siguieran las costumbres paganas de sus antepasados. Entre otras cosas, le llamaba curiosamente la atención dos casas: la hacienda Rocalla, morada de judíos adinerados y aparentemente con gran influencia política y social dentro del Virreinato, y la gran hacienda Moctezuma, donde vivían la hija y la esposa de un terrateniente español que sin embargo habían optado por mantener el apellido de sus ancestros indígenas. Ambos casos representaban jugosas promesas para ejercer sus funciones como inquisidor, y muy probablemente, si buscaba lo suficientemente bien, algo encontraría tras una exhaustiva pesquisa en los rincones más oscuros de su intimidad.

Bien sabido era que en la Europa católica los judíos no eran bien vistos y se estaban tomando medidas para evitar su propagación. En aquel nuevo continente, aún eran considerados personas respetables y poderosas, y muchos de ellos eran grandes terratenientes y parte integral de la vida social de las regiones. La familia Rocalla era un ejemplo de tal aberración y Felipe Méndez había llegado para acabar con ese problema

de raíz, pero debía conducirse con cautela ya que aún no comprenderían el porqué de su rechazo hacia aquella comunidad. Los muy ingenuos habitantes del Virreinato no se daban cuenta de que los judíos se instalaban en un sitio para contagiar sus dogmas como un virus caprichoso que ponía en duda la fe en Cristo, el único y verdadero Mesías, emparentándose con cualquier cristiano, no sin antes obligarlo a abrazar la fe hebrea y a circuncidarse. Aquellas conductas merecían un repudio absoluto, así como la concesión de riquezas y poderes a una comunidad a la que no le correspondían tales méritos bajo la sombra misericordiosa de un reino católico. En cambio, el caso de los Moctezuma era mucho más misterioso. Aunque no había quejas en su contra pues asistían regularmente a misa, daban limosnas, se confesaban con el párroco y se inclinaban a rezar frente a los santos, la vida misteriosa que llevaban aquellas dos mujeres apartadas de la ciudad escondía algún secreto. Antes de embarcarse rumbo al nuevo continente le habían advertido del carácter supersticioso y dado al paganismo de los descendientes de indígenas que se mezclaron con los colonos. Desconocía en qué consistían aquellas antiguas prácticas, pero era suficiente con saber que se trataba de cultos con tendencias politeístas y, por lo tanto, expresamente prohibidos. Era necesario que las dos mujeres confirmaran que su uso del apellido Moctezuma se debía de un apego nostálgico y no de un culto sacrílego.

Concentrado en sus reflexiones, el Inquisidor Felipe Méndez fue interrumpido por la llegada de un soldado del Virrey.

—Su Excelencia, una mujer solicita audiencia urgente con usted.

—¿Una mujer? ¿De qué se trata? —respondió exaltado.

—Dice tener unas acusaciones graves de hechicería. Está fuera de sus cabales. Mejor que lo vea con sus propios ojos. Se trata de la niña Moctezuma.

El rostro se le iluminó.

—¡Déjenla pasar cuanto antes! —pidió enseguida.

Dicho y hecho. Al cabo de unos minutos entraba una mujer joven y hermosa, pero con un aspecto terrible. Su cabellera había sido cortada y algunos pocos jirones de cabellos largos pendían de su cabeza que mostraba otras partes completamente calvas.

—He sido víctima de una bruja y su amante poseído por sus embrujos —declaró temblorosa y con la voz quebrada.

Seguidamente cayó de rodillas frente al imperturbable inquisidor. Una sonrisa cruel se dibujó en su rostro.

—Ha venido al lugar indicado. Pero sepa que tomaré sus acusaciones como una denuncia.

Y entonces, sin más preámbulos, María procedió a narrar la historia que había ensayado para sí misma durante horas.

Capítulo 12

Raquel lloraba en los brazos de su madre que, sin mover un músculo, permanecía estática y sin manifestar gestos cariñosos. Se limitaba a estar allí para ella, elucubrando innumerables visiones de desgracia y deshonra. No se atrevía a preguntarle lo que sentía. No quería escucharlo. Un presentimiento feroz la embargaba, una sensación de fatalidad cerniéndose sobre su casa y su apellido. Hubiera deseado ser una persona de carácter firme y autoritario, que no se derrumbara ante la primera mala noticia que entrara por sus oídos, una de esas madres firmes y terribles preparadas para la desgracia porque la han imaginado muchas veces tocando su puerta y han tenido tiempo de elaborar planes para cada supuesta ocasión. Pero no, era una mujer sensible que se desmayaba ante cualquier mala impresión o repugnante acontecimiento. Su corazón no soportaba la desventura, ni aceptaba la existencia de nada que interrumpiera el curso normal de su vida. Y ahora su hija estaba allí, agotando todas sus lágrimas sobre su falda, esperando un gesto suyo de ternura que le era imposible ejecutar. Temblando de tristeza y desesperación, se asía a su cuerpo como un náufrago se aferra a una tabla de salvación en marea alta. Su miedo al infortunio era mayor que su compasión. Era incapaz de hacer algo por ella. Hasta el más mínimo gesto o palabra de empatía le resultaba una proeza inalcanzable. Su garganta se le atoraba, sus manos se entumecían. Para quien vive huyendo del escándalo la misericordia es una virtud desconocida.

Raquel apenas alcanzó a resoplar.

—¡Estoy perdida! ¡Para siempre perdida!

Y entonces Raquel vio a su madre, que la miraba con un gesto caricaturesco de mudo terror, incapaz de responderle. Supo enseguida, porque la conocía, que no podía esperar de ella el consuelo que necesitaba. Estaba sola rumbo hacia una espiral vertiginosa de incesante dolor y punzante vergüenza. Raquel se desembarazó del abrazo que no hubo, de esos brazos abiertos y sin respuesta a los cuales intentaba sentirse sujeta, y la vio con una mirada acusadora, que la hizo bajar la mirada. Pudo observar cómo su madre arrugaba sus puños presa de una impotencia que no admitiría, falta de la energía que invertía en inmiscuirse en las vidas ajenas, silenciosa como nunca por tratarse de una mujer acostumbrada a no callarse y cuyo principal defecto era la ligereza de su lengua que no guardaba secretos. Raquel hubiera querido darle una bofetada para que reaccionara, para que dijera algo, aunque fuera un reproche o un grito, aunque le ordenara salir de la casa para siempre tal y como su falta lo merecía. Pero nada, un mutismo sin fin atenazaba sus impulsos haciéndola incapaz de reacción humana alguna. Raquel no soportaba verla y corrió apresurada a su habitación para encerrarse.

Humillada por Guillén y despreciada por su madre, sus manos temblaban mientras intentaba secar sus lágrimas y sacudir sus ojos hasta dejarlos irritados. Quiso acurrucarse en el piso, no sin antes lanzar un grito desesperado, un aullido desgarrador que resonó en toda la casa como el lamento de una bestia amordazada y herida antes de que le asestaran el golpe mortal y definitivo que sentenciaría su suerte. Acostada allí, sintiendo la frialdad del piso y su olor húmedo, Raquel fue calmándose lenta y progresivamente, como si allá abajo nada importara, como si pudiera cavar un hoyo gracias al cual pudiera perderse sin dejar rastro, una madriguera para hibernar durante siglos y luego despertar a un nuevo mundo donde fuera una desconocida sin pasado. ¡Cuánto anhelaba empezar de nuevo! No tener una vida anterior, ni siquiera un nombre. Habitar una tierra distinta que permitiera una vida de aislamiento y libre de culpas. Pero las circunstancias demandaban responsabilidades, que tarde o temprano tocarían a su puerta para encadenarla a las ataduras del compromiso y el arrepentimiento. Desconocía el futuro que le esperaba, pero era consciente de que nada afortunado o feliz ocurriría

próximamente. Era odiada por el único hombre al que amaba, sería despreciada por sus padres y se convertiría en el objeto de la venganza para una mujer acostumbrada a nunca perder, la caprichosa e implacable María del Carmen Moctezuma.

No existía modo alguno de reparar el daño que había cometido contra sí misma, al entregarse descaradamente y sin reparos, de la manera en que lo hizo con Guillén. Y bien hubiera podido negarse y salir corriendo, o convertirse en la voz de la razón para ambos y evitarlo mientras aún era posible, pero aunque pensó estas cosas a medida que él la besaba y la desnudaba, no quiso hacerlo. No fue la pasión cegándola, ni el amor hablando por ella. No, fue una decisión fría y consciente. Quería hacerlo, quería triunfar por primera vez en su vida obteniendo algo que deseaba y arriesgándose a tomarlo con sus propias manos. No renunciaría a ese momentáneo poder, a esa breve pero irrefutable victoria de su voluntad. Hizo suyo al hombre que amaba y se burló de la mujer que tanto temía y odiaba. Por eso María no cesaría hasta verla caer en la peor de las desgracias, por eso Guillén nunca la perdonaría, por eso su familia la negaría, porque tanta desventura era su deseo, porque cada uno de ellos adivinaría su falta de arrepentimiento, porque para ella valió la pena hacer lo que su corazón exigía por primera vez en su vida. Nadie podría quitarle eso. Una gozosa euforia recorría su cuerpo, electrizándolo. Allí, acostada en el suelo de su habitación, Raquel ahora reía sonora y desvergonzadamente.

Al cabo de unas horas su dulce descanso fue interrumpido por una intempestiva y violenta irrupción de soldados dentro de su cuarto. Dos hombres la recogían del suelo, arrastrándola con ellos sin ningún tipo de consideración. Apenas alcanzó a escuchar…

—¡De pie, bruja! El Inquisidor la espera.

***

Un torbellino de pensamientos contradictorios revoloteaban en la cabeza de Guillén de Lampard. En apenas unas horas su vida entera había cambiado. Su primer impulso era salir corriendo a la hacienda Moctezuma y arrodillarse ante María pidiéndole perdón, humillarse frente a sus dioses, arrastrarse en el nombre de su amor, quedar reducido a piltrafa bajo su juicio y apelar a sus sentimientos para conseguir una indulgencia. No quería perderla y no estaba dispuesto a separarse de ella. Compartían un presente que solo les pertenecía y habían concebido un futuro juntos. Estaban unidos para siempre gracias a las esperanzas comunes, a razón de las promesas de amor y concilio eterno. Desde que se conocieron, sus respectivas almas se habían fragmentado para diluirse en la vida del otro, y sus cuerpos eran recorridos por un estremecimiento común a ambos. Ese lamentable suceso, ese desliz de la carne, ese descuido reprochable pero evidentemente transitorio, no podía destruir las bases sólidas del amor que le profesaba a su Reina Moctezuma. Porque cuando uno ama de esa manera, ama para siempre. Cuando uno ama de esa manera tan ansiosa y abismal, participando de un hambre insaciable, enseguida presiente y resiente las perturbaciones que hay en el amor del otro. Por eso intuía y comprendía lo que María con toda probabilidad estaba sintiendo en aquel momento. Sospechaba que enfrentarse a ella en aquel instante sería contraproducente, solo empeoraría la situación entre ambos, y correría el riesgo de apartarla más de él.

Guillén también imaginaba que en una situación semejante no soportaría tamaña traición, y querría arrasar con todo a su paso. Supo, por lo tanto, que el amor que ella sentía por él se veía comprometido por la soberbia y asediado por la rabia, incapaz de asimilar la medida de su traición. Como en suspenso, pendiendo de un fino hilo, cualquier acción incorrecta por parte de ambos acabaría por destruirlos. En ese instante, Guillén sospechaba que María sería capaz de cualquier cosa. Y por lo tanto le

correspondía a él, en frío, controlar la situación, no desbordarse a causa de la desesperanza que lo embargaba, así como de la honda y furibunda desilusión en la que ella seguramente se encontraba. Porque así de inmenso y violento era el amor que se prodigaban, capaz de adivinar las perturbaciones que los transformaban sin importar cuán apartados estuvieran el uno del otro.

¡Qué fácil era destruir lo más amado a pesar de las mejores intenciones! Un solo hecho bastaba para desmoronar los cimientos de un vínculo que se presumía duradero. Porque confiadamente se vive con la certeza de que el amor es suficiente, el amor todo lo corrige y si no puede hacerlo, al menos lo perdona. Guillén jamás había amado de esa manera a otra mujer o, mejor dicho, nunca antes había amado de forma alguna hasta que María interrumpió el fluir de su vida preconcebida. No comprendía cómo pudo permitir aquel accidente pasajero de la carne, ese leve y repentino despertar de una lujuria hasta entonces desconocida. ¿Por qué no pudo anticiparlo? Nunca fue un hombre gobernado por los estremecimientos de la carne y domado por los instintos más bajos. Solo María inspiraba en él un efecto oscuro e incontrolable, convirtiéndolo en presa obediente de sus caprichos. Y no le importaba, porque la amaba y porque ella poseía el control de una fuerza superior a cualquier voluntad. Pero era incapaz de explicarse cómo su voluntad cedió a los evidentes avances de Raquel esa noche. Simplemente ella estaba allí como una boca sedienta, esperando por sus besos. Y él no pudo resistir la visión de una ansiedad ajena, despertando un apetito fugaz pero intenso, pronto a devorar el hueso que se le ofrecía. Su cuerpo reaccionó inmediatamente al primer abrazo prohibido, a la primera mordida de esos labios dispuestos a hacer cualquier cosa que se les pidiera. Esa imagen de fogosa sumisión acabó por perderlo. Y cedió, hundiéndose en aquel fango de ansia animal. Pero había algo por encima de aquel crimen, una fuerza desconocida que comenzaba a revelársele cuanto más reflexionaba en torno a su imperdonable transgresión. Una rara certeza, aquello estaba destinado a ocurrir. Como si unos dioses caprichosos, probablemente esos que María adoraba y convocaba como parte de su familia, confabularan en contra del amor que se tenían. Dioses celosos del amor que ambos declaraban y manifestaban. Un amor superior a cualquier causa o encomienda divina.

Sí, esa era la respuesta. No entendía cómo pudo ser posible ni de qué manera, pero eso lo explicaba todo. Las sombras de ese otro mundo que consumía la vida de su María decidieron que el amor de Guillén era perjudicial para sus intereses y actuaron conforme a sus miedos. Porque solo Guillén, a causa de ese mismo amor, tenía el poder de apartarla de ellos y llevársela a otro lugar donde su tenebroso tacto ya no pudiera alcanzarla: la fortaleza de su corazón, adonde la había dejado entrar para siempre desde la primera vez que la vio. Era la única explicación posible. Si tan solo María le permitiera escucharlo hablar sobre estas cosas. No negaría sus culpas con palabras honestas y nobles intenciones, como siempre había sido cuando se conducía frente a ella. Solo debía escucharlo y ella lo comprendería. Sabría que no le faltaba razón a sus argumentos y lo perdonaría. Presuroso salió de su habitación en dirección a la puerta de la casa de huéspedes del Virrey mientras repetía para sí mismo lleno de esperanzas, “solo tiene que escucharme. Aún no es demasiado tarde. Ella me entenderá”.

Se disponía a salir por la puerta cuando fue interrumpido en su prisa por cuatro guardias del Virrey quienes interpretaron su intempestiva salida como una intentona de huida. Se abalanzaron sobre él, sujetándolo con fuerza y atenazando su garganta. Incapaz de hablar, Guillén no se explicaba lo que estaba ocurriendo hasta que habló uno de sus captores.

—¡Sujétalo con fuerza! Este hombre se encuentra poseído bajo los hechizos de una bruja y puede llegar a ser muy peligroso. ¡Debemos darnos prisa! El Inquisidor lo quiere en las mazmorras cuanto antes.

***

En la casa del Virrey ya se había dispuesto la mesa para un almuerzo tranquilo y sin contratiempos, condimentado con la rutinaria cháchara en torno a frívolas eventualidades acontecidas en el transcurso de la semana, según como se las comunicaba la esposa del Virrey a su marido. Su esposo la escuchaba silencioso asintiendo con la cabeza para corroborar alguna información poco importante o hacía sonar su pecho a modo de tos cuando escuchaba algo reprobable, como advirtiéndole cariñosamente que moderara su lenguaje cizañero malintencionado porque no estaba hablando con una de sus parlanchinas amigas. Tras varias décadas juntos y sin pasiones demasiado ardientes entre ambos, lograron desarrollar un lenguaje secreto y sereno propio de aquellos matrimonios sin hijos, una complicidad solitaria y hasta cierto punto infeliz que se conformaba con confirmar la compañía diaria del otro, aunque no necesariamente reclamara su aprobación. A veces hablaban sobre cosas distintas, como un diálogo entre sordomudos, y no importaba porque lo fundamental era la confianza de saber que siempre habría alguien escuchando, independientemente de que lo hiciera realmente o no.

Masticaban lentamente con las miradas fijas en un punto medio entre el plato y sus pensamientos. Como un acuerdo tácito, algunas veces ninguno de los dos rompía el silencio, disfrutando aquel ceremonioso encuentro entre el paladar y los bocados que durante toda la mañana se habían preparado en la cocina. Extraño ritual para el culto de dos entendidos, era en esos silencios cuando el Virrey y su esposa se sentían mejor conectados e inseparables, como si se tratara de una renovación necesaria de votos, y cualquier palabra resultara demasiado impropia e irrespetuosa para la paz que compartían. Cuando se instauraba tal pacto, como una calma que los arropaba, procedían a comer sin interrupciones y solo iniciarían una conversación cuando ambos hubieran acabado de comer hasta la última porción de sus platos. Así transcurrieron los minutos en el palacio del Virrey hasta que el tintineo de los cubiertos puestos sobre los platos vacíos a modo de clausura para el ritual, marcó la alarma consabida. Entonces, la esposa del Virrey procedió a hablar con su marido, atreviéndose a interpelarlo.

—¿Estás seguro de haber mandado esa carta?

Su marido carraspeó enseguida.

—Por supuesto, cariño. Por las vías acostumbradas. Llegará tan pronto como sea posible, si es que no ha llegado ya.

—Tal parece que no llegará nunca. O cuando sea demasiado tarde.

—Demasiado tarde… ¿para qué? —le preguntó el Virrey con curiosidad—. No es como si se fuera a derrumbar la Corona a causa de eso.

—No lo entiendes, ¿verdad? —atacó la esposa del Virrey sin ceder en sus inquietudes—. El hombre está a punto de casarse con una de las jóvenes que viven en tu Virreinato. Es cosa segura, más temprano que tarde antes de que acabe el año. Sería un gran escándalo si se descubre su estafa cuando ya se hayan celebrado los esponsales.

—Parecen muy enamorados los dos jóvenes —dijo el Virrey intentando desviar las intenciones de la conversación hacia otro territorio—. A mí me contenta mucho esa relación. Parece honesta y beneficiosa para ambos. Quizás es lo mejor que podría ocurrirle a la hacienda Moctezuma. Un hombre dispuesto a ocuparse de aquellas dos mujeres indomables. Desde que llegó a sus vidas han mejorado su actitud. Siempre

sospeché que a la niña María, a pesar de su belleza, se le haría muy difícil conseguir un esposo que soportara su carácter. Específicamente, aceptarlo.

La esposa del Virrey exhaló un resoplido de disimulado disgusto, y sin mirar a su esposo procedió a doblar la servilleta de tela que descansaba en su regazo y luego la arrojó sobre el plato con un ligero arranque de malcriadez, tal como acostumbraba a comportarse cuando era una niña pequeña y sus padres la contradecían en sus caprichos. Alzó una mirada feroz hacia su marido.

—Eres muy ingenuo, para tu propio perjuicio, esposo mío. Nada de eso importará mucho si Guillén de Lampard es descubierto como un impostor. Estaríamos empujándolas a una desgracia segura sin que nadie pueda impedirlo a tiempo. Y tú serías el único culpable.

Sus miradas se encontraron. Con el entrecejo fruncido, el Virrey contraatacó con algo de aspereza en su voz.

—Y tú eres muy arrogante en tus presunciones. Hay un mundo, un verdadero mundo más allá de tus conversaciones de sobremesa, que recopilan rumores y conspiraciones. Probablemente el mensaje ya ha llegado a manos del Rey y no se ha apurado en mandar una respuesta porque no hay nada que denunciar. Existen otras cosas más importantes que discutir en la Corte que corroborar la presencia de un enviado de segunda categoría para su reino de segunda mano.

La Virreina estuvo a punto de replicarle, cuando alguien comenzó a tocar la puerta de un modo desesperado. Una de las esclavas corrió apresurada para atender dicho llamado, mientras el Virrey permanecía expectante, temiendo lo peor. La esclava, al cabo de un minuto, se presentó ante ellos.

—La señora Rocalla solicita con urgencia hablar con los señores.

—¡Qué pase de inmediato! —ordenó el Virrey.

Sus palabras se cumplieron a cabalidad. No pasó mucho tiempo antes de que la señora Rocalla irrumpiera en el comedor del palacio del Virrey, temblorosa y lloriqueando. La esposa del Virrey corrió a abrazarla enseguida y trató de que se sentara. La señora Rocalla quiso desembarazarse para hablar sin demoras.

—¡Una desgracia ha caído sobre mi casa! ¡Se la han llevado!

—¿A Raquel? —preguntó enseguida la esposa del Virrey sin ocultar su preocupación—. ¿Quién se la ha llevado? ¿De qué hablas?

—¡Tus guardias! —gritó la señora Rocalla señalando en dirección al Virrey—. En nombre del Inquisidor. La llaman bruja.

Confundido el Virrey no daba crédito a lo que escuchaba y compartió una mirada de pánico con su esposa. Presuroso se dispuso a salir de su palacio, con la intención de averiguar lo que había ocurrido a sus espaldas, a medida que pensaba para sus adentros "¡Su cacería ha comenzado!"

***

Ante la mirada atónita de su nodriza, María terminaba de cortar los restos largos de su cabello, dispersos, emparejándolos en un mismo nivel, corto y casi a ras del cráneo. Luego envolvió su cabeza en una tela contemplando su rostro demacrado en el espejo. Se sorprendió con la visión de su reflejo. Aún era joven, bella y seductora a pesar de la desgracia. Aún poseía el perfil de una futura reina, pero ahora acompañado por un aura de experiencia y crueldad. No se sentía ni completamente desdichada ni vengativamente satisfecha. De pronto, la asaltó una revelación… estaba ocurriendo. Los culpables comenzaban a pagar por sus crímenes. Lo veía con toda claridad imaginando el desconcierto de ella y la resistencia de él. Ahora la fatalidad seguiría el inevitable curso que había trazado para ellos.

María no era capaz de precisar su reacción ante eso. Se encontraba en un limbo emotivo en el cual no cabía ningún sentimiento. Se sentía como una sombra flotante de aquel otro reino que se comunicaba con ella, pero a diferencia de sus habitantes, era un fantasma con futuro. No dejaba de pensar en Guillén, pero en aquel momento no la embargaban ni la rabia ni la tristeza que la dominaban hacía unas horas. Lo amaba, sí, pero ya no importaba tanto. Era algo que debía tolerar, como soportar a las sombras durante las horas del día para evitar sucumbir a sus eternas demandas. Así, a partir de entonces suponía que se mantendría apartada de aquel sentimiento. Una batalla diaria y constante, un enfriamiento forzoso de su corazón. Una muralla que se alzaba hacia el infinito, una fortaleza que acorazaba su virtud. Se sabía rota y deshecha pero aún la conmoción era demasiado grande para sentirse afectada. ¿Era plenamente consciente de lo que había hecho? ¿No se lamentaría luego por las vidas que perjudicaría? Quizás. Le había sido mutilado el tesoro del amor y quiso que eso se llevara consigo también el infausto don de su belleza. Pero su reluciente rostro le probaba que no lo había logrado. Seguía estando viva entre los muertos. Su derrota envolvía un secreto sabor a victoria. Ahora necesitaba respuestas. Enfrentar a las sombras, una vez más. Su nodriza, a una distancia prudencial, vigilaba cualquier cambio de ánimo que representara una alerta.

—Mi niña, ¿te encuentras bien? —se atrevió a preguntarle tímidamente.

—Necesito estar a solas —terció María—. Necesito convocarlos cuanto antes. Dile a mi madre que iré al encuentro del tótem y que no quiero que nadie me interrumpa.

Su nodriza, precavida, quiso hacerla entrar en razón.

—María, hija mía, aún estás muy débil desde la conexión que hiciste anoche. Fue muy poderosa y casi te cuesta la vida. Es muy pronto para volver a contactarlos, ¿no crees? Lo mejor sería que te recuperaras.

—Ya no tengo nada que perder. Y necesito respuestas. En este momento soy más fuerte que nunca.

Su nodriza se abstuvo de seguirla tras haber escuchado el tono desafiante y fiero de su voz, con una inflexión firme que nunca antes le había escuchado. Prefirió buscar a la señora Moctezuma para anunciarle el recado de su hija. María abandonó su habitación caminando por la laberíntica trama de pasillos de la gran hacienda camino al patio abierto, al encuentro del tótem. Allí la esperaba como siempre, el gran monolito Moctezuma, la piedra de noche y luna que brillaba al ocultarse el sol. Aún era muy temprano para hacer lucir sus galas plateadas sobre su superficie negra, pero para María no había tiempo que perder. Se sentía poderosa y fortalecida gracias al dolor, como si su espíritu se alimentara del infortunio para elevarse hacia un estado sobrehumano al que pocos mortales logran acceder. Una energía familiar pero que fluía con mayor potencia de la acostumbrada se trasladaba desde su cerebro hasta sus extremidades, acelerando su corazón tal como lo corroboraba al sentir sus sucesivos y dispares latidos.

Extendió sus manos al cielo y alzó una mirada suplicante, abriendo las palmas como si fuera una diosa madre encargada de sostener la bóveda celeste para así evitar su colisión contra la tierra. Procedió a cerrar sus ojos e inspiró profundamente concentrándose con todas sus fuerzas en la activación del tótem. Y para su sorpresa estaba lográndolo sin sentirse menguada durante el proceso. Las nubes oscurecían el sol, el cielo se nublaba y finalmente la luna cambiaba su curso. El cielo se oscureció. Nunca antes hubiera imaginado que su poder tuviera tales alcances. Abrió los ojos y casi incrédula esbozó una sonrisa. Un eclipse provocado por ella tenía el cielo en sombras. Una noche adelantada. Situó su mirada frente al tótem y este le correspondió con sus plateados relumbres a modo de guiño. Lo había despertado y la esperaba.

María caminó a su encuentro extendiendo sus manos ahora hacia al frente, como quien se dispone a dar un abrazo. Cerca, cada vez más cerca. El destello en su superficie

iba y venía sin interrumpirse, cegándola. La llamaba por su nombre. Esta vez era María, solo María, y no Moctezuma. Le inquietaba aquella familiaridad poco usual por parte de los residentes del otro mundo. Como si fuera al encuentro de un amante, hacia la confirmación de un destino. Cerca, un solo paso. Sintió la piedra fría y lisa al contacto con sus manos. La rozaba levemente con sus dedos hasta que llevada por sus instintos la abrazó dándole la bienvenida a un dulce y nuevo trance.

Su espíritu se elevaba en el centro de un torbellino difuso de imágenes, palabras, rumores, acontecimientos y voces hasta que se encontró en la cúspide de una de aquellas pirámides sobre las cuales se habían impuesto sus antepasados que reinaban sobre el mundo. Una voz a sus espaldas la llamó.

—María, hija.

Al principio creyó que se trataba del gran Moctezuma pero al voltearse se topó con una sorpresa. Era su padre, su verdadero padre, el colono terrateniente, el hombre corriente que nada tenía que ver con dioses y reyes pero que por amor a una mujer construyó un mundo posible para que no muriera su fe. Ella no supo qué decirle, mientras él se le acercaba lentamente. Y entonces la abrazó fuertemente y le susurró al oído.

—Despierta a la luz y desecha toda sombra.

Abrió los ojos y se encontró arrodillada frente al tótem que había dejado de brillar. Ni rastro quedaba del eclipse. Tenía las respuestas que necesitaba, aunque no fueran las esperadas. La invadió una inmensa tristeza y se levantó enseguida, dispuesta a correr al encuentro de Guillén. Ahora lo comprendía, así como él lo supo antes de ser apresado. Las únicas culpables fueron las sombras. Pero cometió un tremendo error y probablemente ya era muy tarde para repararlo.

***

El Virrey irrumpió como una furibunda tempestad al entrar al despacho improvisado del Inquisidor, quien se encontraba aclarando sus pensamientos antes de dirigirse a las mazmorras al encuentro de los prisioneros que esperaban por él. Lo tomó por sorpresa aquella interrupción violenta e irrespetuosa por parte de ese hombre.

—¿Qué está haciendo? Las cosas no se manejan así en el Virreinato.

El Inquisidor Felipe Méndez atajó enseguida sus ínfulas de superioridad.

—Le recuerdo que este Virreinato forma parte de un reino más grande, la Corona de España. Así como ese extenso reino es también menor al Reino de los Cielos que se erige por encima de todos nosotros. Usted comprenderá que hay jerarquías. Aunque su opinión es valiosa y bienvenida, mis asuntos poseen una autonomía propia y superior a la suya. No hay tal cosa como "una manera distinta" de manejar los asuntos. A usted le corresponden los asuntos de estado, pero a mí me ha sido encomendada la misión superior de velar por el estado moral del Virreinato y garantizar su integridad espiritual.

El Virrey trató de calmarse a medida que escuchaba aquellas palabras implacables sustentadas por un verbo confiado. No quería parecer un loco arrebatado por las pasiones, sobre todo al medirse con este hombre cuya serenidad era capaz de paralizar a cualquiera. Era tal su seguridad en sí mismo y en sus acciones, que ante su presencia cualquier otro hombre se sentía un súbdito a su servicio. No obstante quiso subrayar su autoridad.

—No es mi intención desconocer su elevada investidura y negar su poderío. A efectos de su competencia, evidentemente usted se encuentra por encima de mí. Pero el proceso a seguir para ajusticiar a culpables no debe diferenciarse mucho del de nuestras imperfectas y humanas leyes. ¿No deberíamos comprobar primero si los acusados son culpables después de que haya una acusación formal? ¿No merecen un juicio justo y

transparente? Y posteriormente, si se ha comprobado la culpabilidad de los implicados, se aplicará todo el peso de la ley, en este caso la ley de Dios.

—Ah, señor Virrey. Pero así se está haciendo y así se hará. Ya hay una acusación formal. Ahora vienen los interrogatorios.

El Virrey tragó saliva sin saber qué decir a favor de Raquel y Guillén, comprendiendo que estaba más desorientado que nadie sobre lo que estaba ocurriendo en su propio palacio de gobierno.

—¿Una acusación formal, dices? —preguntó el Virrey incapaz de ocultar su sorpresa—. ¿De brujería? ¿Puede ser posible?

El Virrey era un católico devoto poco dado a las supersticiones, que no le daba crédito a poderes infrahumanos interviniendo sobre la hechura del mundo. Un solo Dios bastaba para sostener cuanto hubiera de divino por encima de sus cabezas.

—Casi puedo leer sus pensamientos, Virrey —se aventuró a decir el Inquisidor—. El problema con estos asuntos no es el poder que realmente ejerzan, que probablemente sea muy poco o nulo si lo enfrentamos a la grandeza de nuestro Dios, sino el efecto dañino que creerlo posible tiene sobre estas almas. Se convencen de que son asistidos por fuerzas oscuras que los pervierten. Y sea o no sea real la existencia de estos espectros malignos, de estos demonios moldeados por la noche… si bien hay que recordar que Dios expulsó alguna vez a los ángeles rebeldes del Paraíso, y por lo tanto pululan por la Tierra disputándose el alma de los hombres… como decía… su sola presencia en la consciencia de un hombre es suficiente para corromper un alma y perderla. La única purificación posible, en esos casos, es un bautizo de fuego que sacrifique el cuerpo pero que, en cambio, recupere el alma extraviada y la devuelva a la gracia perdida de nuestro Señor Creador.

—¿Es eso lo que ocurrirá con Raquel y Guillén? —preguntó el Virrey, palideciendo—. ¿Una hoguera?

—Oh, Virrey. No se preocupe tanto —susurró el Inquisidor, intentando calmarlo—. Así será solo si se comprueba su culpabilidad y confiesan que han cometido esos crímenes. Si son inocentes nada tienen que temer.

—Estoy seguro de que todo esto se trata de una confusión —respondió el Virrey ya más aliviado.

—Quizás, Virrey, quizás —terció el Inquisidor—. Ya lo veremos. Iremos desentrañando este asunto con la exhaustividad que el caso amerita para que no quede lugar a dudas a la hora de dar un veredicto final. Nada como un buen interrogatorio a los ojos de Dios para verificar esa inocencia por la cual usted metería sus manos al fuego. Pero tenga cuidado de que no arda demasiado cerca la llama que no es capaz de ver.

Una mirada sanguinaria delató el rostro sombrío y cruel del Inquisidor. Para el Virrey su alivio duró muy poco al escuchar esas últimas palabras porque enseguida supo que Raquel y Guillén ya estaban condenados a la hoguera, sin importar cuán inocentes o culpables fueran realmente. A ese hombre no lo impulsaba el deber o la justicia, sino una sed de dolor humano enmascarada de propósitos divinos.

—No hay tiempo que perder —anunció el Inquisidor—. Me espera no uno, sino dos interrogatorios. Puede acompañarme si así lo quiere. Pero debo advertirle, mejor absténgase si no posee un estómago lo suficientemente fuerte para soportarlo. A veces hay que tomar medidas drásticas para extraer la verdad. No exagero si le digo que será una tarde muy larga.

Capítulo 13

Su cuerpo amoratado y dolorido agradecía la calma absoluta. Recostada en el rincón de una celda, dentro de aquella pestilente mazmorra ubicada en los sótanos bajo el despacho del Virrey, Raquel se abrazaba a sus piernas, agotadas ya todas sus lágrimas. En ese mismo instante podrían estar torturando a su amado Guillén, del cual supo que se encontraba allí gracias a que el Inquisidor dejó escapar convenientemente esa información mientras la torturaba. No había transcurrido una hora desde aquel acontecimiento y, sin embargo, ya se sentía un suceso lejano en el tiempo. No olvidaba cada punzada, ni cada gota de sangre expulsada por su cuerpo, ya que el dolor no dejaría de recordárselo; pero en aquel instante un aura de extrañamiento la apartaba de su realidad. El dolor había inutilizado su cuerpo. La carne herida le dolía, pero el dolor ya no era insoportable debido al aturdimiento. Simplemente se desconectó, observando como un testigo lejano a aquella mujer maltratada que podría ser ella misma o cualquier otra. Algunas de las preguntas que hizo el Inquisidor resonaban como un eco repetido en su cabeza, al igual que las respuestas extraídas a la fuerza y tergiversadas de mil maneras distintas hasta que sonaran exactamente como él quería que sonaran, como palabras propias de un culpable.

—¿Adoras a Satán como tu señor? ¿Has renegado de la fe a Cristo? ¡Confiesa, bruja!

—No sé de lo que hablas. Soy inocente.

Una pinza apretaba sus dedos y luego el Inquisidor con su pulso firme y sin concesiones daba un corte certero que arrancaba la uña sin cortar la carne. Una escisión dolorosa que le hacía soltar inmediatamente un grito capaz de compadecer hasta la misericordia de un dios, excepto apelar a la compasión de aquel hombre tan acostumbrado a la sangre y la violencia. Felipe Méndez era menos que un hombre y más que un monstruo. A sus ojos la carne humana no era otra cosa sino alimento para las hogueras que amaba encender. En sus manos nadie quedaba sin un castigo. Aunque presumiera la solidez de su fe, convenientemente olvidaba el concepto cristiano del perdón. “Que los perdone Dios en su grandeza”, se decía a sí mismo y luego a sus prisioneros indicándoles con estas palabras que no había forma alguna de pacto.

—¿Has hechizado a ese hombre?

—¿Qué hombre?

—Guillén de Lampard. Él también espera por mí.

—No le hagas nada. ¡Él no tiene la culpa!

—¿Confiesas entonces que tú la tienes? Que lo has hecho víctima de tus embrujos...

—¡No! ¡Es ella! ¡María Moctezuma es la única bruja! Ella nos ha acusado.

Entonces él le daba una bofetada. No le interesaba que tuviera razón. Ya habría tiempo para ocuparse de aquella otra mujer. En aquel instante quería la confesión exacta, la que dejara constancia de que tanta violencia se hacía en el nombre de algo bueno y luminoso. Entonces acercaba la pinza al lóbulo de su oreja y de un tajo lo extirpaba. Crecían los gritos y las lágrimas se vertían sobre la sangre derramada.

—¡Te espera la hoguera! ¡Y a tu amante!

—¡No! ¡No lo hagas! Yo lo amo.

—Confiesa y quizás Dios los perdone. Confiesa y arrepiéntete. Ese es el único camino hacia la salvación. Solo la verdad te hará libre. No condenes tu espíritu del mismo modo en que has dañado tu cuerpo. ¡Mira lo que has hecho de ti! Peores cosas le ocurrirán a tu alma si Dios no es testigo de tu arrepentimiento.

De nada servía contradecirle. Aún rememorando aquel diálogo sabía que no importaba lo que dijera, hasta no haber dicho lo que él esperaba escuchar. Había trazado su desgracia desde que pisara aquella mazmorra. No, su mala fortuna era anterior a su detención, e incluso antes de aquel roce pasional con el hombre al que amaba. La fatalidad entró a su vida el día que Guillén de Lampard llegó a su casa acompañada por la esposa del Virrey y comenzó aquella amistad. Nada podía hacer para revertirlo. Eso era el destino, una inevitabilidad de la cual apenas somos conscientes. No le quedaba sino representar su tragedia hasta el final. De cualquier manera ocurriría lo que tendría que ocurrir. Era mejor saberlo. Fue entonces cuando su voluntad rendida dijo como si fuera una exhalación.

—Sí, ha sido mi culpa. Y me arrepiento.

El Inquisidor alzó sus ojos al cielo por este nuevo triunfo en nombre de su Dios.

—Que comience el camino hacia tu salvación. Que el fuego tenga la última palabra.

Capítulo 14

Desde que fue consciente de su existencia y de sus búsquedas, Guillén de Lampard siempre tuvo la sensación de que un destino glorioso se le servía en bandeja de plata. Aun siendo el quinto hijo de siete hermanos todos en su familia lo respetaban y lo alababan como el niño más brillante y valiente de la familia. En la escuela se destacó como pocos con un gran talento para la oratoria, de la cual se valía para ser el líder de todos los niños de su edad con los que convivía. Aunque su familia no tenía una gran fortuna, vieron en el joven Lampard una oportunidad de oro y lograron matricularlo en una universidad de Inglaterra. Guillén creció con la idea de que Irlanda debía ser un país libre y para él la oportunidad de ser un estudiante irlandés recibiendo educación inglesa representaba la oportunidad de conocer a su enemigo en su propio terreno. En ese sentido, sus modales, su acento y hasta su forma de cortejar se transformaron. Se volvió más inglés que los ingleses y fue considerado inglés en lo sucesivo adonde quiera que llegara posteriormente. Parte de su venganza, la que fraguaba durante años, era moldearse a imagen y semejanza de su enemigo para luego derrotarlo con sus mismas armas. Como lector de la tradición literaria, pensaba en sí mismo como el caballo de madera lleno de griegos que entró en una Troya ya segura de su victoria. Soñaba en convertirse un día en el libertador de su tierra y reclamar su importancia en el universo. Pero a pesar de sus delirios de radiante grandeza el destino o cualquier causa ordenadora superior a nosotros, tenía otros planes haciéndole seguir caminos completamente inesperados y nunca antes soñados para él.

Las circunstancias le obligaron a huir de Inglaterra cuando su nombre estuvo implicado en algunas reuniones conspiratorias en contra de la Corona inglesa y huyendo como pasajero encubierto rumbo a España, donde una nueva vida lo esperaba. Una vida frívola que desarrolló su actitud picaresca y seductora. A diario cortejaba mujeres que rápidamente quedaban encantadas por sus elogios cargados de poesía y por su ardiente mirada capaz de desnudar sin valerse de sus manos. Sin embargo, a pesar de todas sus conquistas, su corazón nunca se comprometió demasiado. Creía que el amor era una enfermedad pasajera de poetas y pensadores, un malestar que no aquejaba a los hombres de acción como él. Porque los hombres como Guillén piensan en el mundo como un campo de batalla soñando la corona que lucirán luego de que lideren los ejércitos que los lleven a la victoria. En el fondo, su ambición no era la libertad de su tierra, sino la obtención de un poder capaz de ubicarlo en una cima lejana por encima del resto de los mortales. Cima oscura y solitaria, pero completamente suya.

No obstante, a pesar de las ligerezas, seguía rumiando ideas poderosas y justas al margen de sus propias contradicciones. Siguió involucrándose en tertulias rebeldes donde buscaba la mejor oportunidad para soltar discursos incendiarios que encendían corazones y arrancaban aplausos. Siempre supo qué decir y cómo decirlo. Su verbo, seguro de su audiencia, escondía el secreto de la sujeción. Fue en aquel tiempo que un duque de Castilla se encandiló por sus palabras y le habló de sus planes: arribar al Nuevo Mundo y crear allí un ejército que pusiera de rodillas a la Corona. Era una tierra grande y llena de oprimidos a los que les faltaba un líder que les abriera los ojos. El duque vio en Guillén ese líder y conseguida la gracia de la Corona, ignorante de sus verdaderos planes, le pidió que lo acompañara para que juntos emprendieran una nueva conquista. El excéntrico duque vivía solo y sin sirvientes para evitar habladurías. Ya todo estaba previsto pero unos días antes de que zarpara el barco, Guillén encontró al duque muerto y desnudo en su casa con una copa de cristal en la mano. Alguno de sus amantes traicioneros lo había envenenado. Guillén procedió a ocultar el cuerpo enterrándolo en su jardín, sin saber muy bien por qué lo hacía pero temiendo ser

señalado como presunto culpable, y abandonó el palacete del duque con la carta de recomendación del rey bajo el brazo. Pasaron los días y nada se dijo del duque. El barco zarpó sin que nadie preguntara por el duque, con un Guillén seguro de su nuevo personaje amparado por aquel real salvoconducto. Comenzaba así una nueva fase de su vida como impostor.

¿Quién hubiera podido imaginar que tras varios y diferentes caminos acabaría cautivo en una repugnante mazmorra y torturado por aquel fanático inquisidor? ¿Quién podría haber asegurado que el mujeriego indiferente acabaría con un cuerpo herido y sangrante a causa del amor? El Inquisidor Felipe Méndez invertía todos sus mecanismos de coerción contra Guillén, ya no tanto con el interés de buscar una respuesta sino por la satisfacción de hacer algo solo porque podía, solo porque quería. Guillén soportaba cada golpe sin emitir un grito, lo cual encendía la furia del Inquisidor, quien no toleraba una víctima que no se pusiera de rodillas rogando por la clemencia de un Dios. Y ante cada pregunta, Guillén daba la misma respuesta.

—Yo soy el Diablo que buscas.

Pero el Inquisidor Felipe Méndez no cejaría en su empeño de escuchar la confesión que buscaba. Unas palabras claras y definitivas que pudiera usar en contra de quien quisiera, unas palabras que no dejaran dudas sobre sus métodos ni sobre los objetivos llenos de gracia que fundamentaban su oficio. Después de Dios, el Inquisidor tenía la última palabra. Así que procedió a atacarlo con unas pocas palabras que le cayeron a Guillén como una saeta envenenada.

—Señor Lampard. No me obligue a interrogar a la señorita Moctezuma para encontrar una verdad.

Guillén con el rostro compungido y cubierto de sangre lucía irreconocible. Temblaba de ira callando maledicencias contra aquella voluntad que lo vencía con la parsimonia de sus palabras. No le quedaba sino hablar. Lo que sea para salvarla… aunque ella no lo mereciera. Tras una severa tos alcanzó a contestar:

—Descuide, Inquisidor. Le daré la verdad que quiere escuchar.

El Inquisidor Felipe Méndez suspiró satisfecho. Otra batalla ganada, otra alma salvada.

—Obras bien. Dios te escucha.

Antes de declarar su confesión, Guillén se retractó en su interior pensando “sí, lo merece; por ella todo vale la pena”.

Capítulo 15

El cielo amaneció nublado y ocultando la majestad del sol. Dos hombres, soldados retirados que desempeñaban pequeñas labores en el palacio de Gobierno para no caer en la trampa de la inutilidad, llevaban y traían paja, organizándola con cuidado en torno a dos grandes postes de madera. Hacía unos días habían cortado los árboles que hoy veían transformados en una barra vertical para rostizar carne humana. "¡Vaya ironía!", pensaban, "matar a un árbol para quemar a un hombre". ¿Acaso no había mecanismos más rápidos para eliminar a un hombre? Dos soldados como aquellos no entendían lo que ese tipo de ajusticiamiento representaba. ¿Dios no debería estar por encima de los asuntos de los hombres? ¿No es soberbio pensar que somos tan importantes como para merecer su castigo? Quizás Dios tenga cosas más importantes que atender. Para ellos valdría un tiro de gracia o una soga al cuello, sin tantos preparativos. Porque cuando se trata de matar a alguien no se deberían hacer muchos preparativos. Era una cosa cruel convertir un acto de justicia fatal en una ceremonia que exija preparativos. Pero así se comportaban esos hombres que se convertían en autoridades capaces de interpretar los designios de Dios en la tierra, como jueces y verdugos que veían redención en la carne purificada a través del fuego y transformaban la fuerza interior del Mal en una causa que favorecía al Bien.

Los dos hombres habían terminado su labor y contemplaban las dos hogueras apagadas con oscuras reflexiones surcando sus pensamientos, no demasiado acostumbrados a razonamientos profundos o tristes. Sin embargo, en aquel instante, la imagen de un futuro ya decidido se instaló en ellos como una amarga visión que difícilmente podrían desechar. Ante una visión de muerte los vivos se sienten más vivos, pero también sienten la incomodidad de que esas vidas parecen distorsionadas y excesivas confrontando una fragilidad que pronto los alcanzará. Quizás no con esa misma violencia, quizás sin tanta pompa, pero eventualmente llega la hora definitiva y solitaria. A la muerte vamos despojados de toda esperanza, pero acostumbramos a olvidarlo hasta que sucede. Dos hogueras representaban el monumento para dos vivos que ya se contaban entre los muertos. Ni un milagro podría salvarlos. ¿Y acaso era posible que el mismo Dios por el cual se dictaba la culpa que los sentenciaba a muerte interviniera a favor de ellos? Y, sin embargo, el cielo oscuro y abundante de nubes en plena mañana le llevaba la contraria a quienes veían en aquellos veredictos un aval divino.

Uno de los hombres, el más joven, prefirió romper el silencio como quien interrumpe un llanto soltando una carcajada.

—No parece el mejor día para encender un fuego.

—Pero quizás Dios espera por ellos y este cielo es su respuesta. Ha ensombrecido su sol en honor a esos dos desdichados —agregó el otro soldado retirado, más viejo y reflexivo.

El soldado joven guardó silencio por un momento, sin saber muy bien cómo reaccionar ante ese comentario. Carecía del ánimo poético necesario para comprender temas trascendentales. No obstante la idea de la muerte le angustiaba mucho, aunque fuera la de dos personas ajenas. Debido a esto prefería acomodar su percepción a razonamientos simples y directos, que no profundizaran mucho en la comprensión del horror que lo embargaba ante una visión como esa. Finalmente se decidió a responder.

—Menos mal que no estaremos presentes. Debe ser doloroso.

El soldado viejo lanzó un suspiro.

—Es extraño pensar en eso… Sí, debe ser demasiado largo y doloroso. ¿Y con qué propósito?

—Dicen que es la única manera de salvar sus almas.

—Si la salvación es tan costosa, ¿quién la querría?

El soldado joven se asustó al escuchar tales declaraciones por parte de su compañero.

—Mejor no hables muy alto. Podría sonar a...

—¿Blasfemia? —atajó el otro enseguida—. ¿No te das cuenta de que hace unos meses esas cosas no importaban?

—¿A qué te refieres? —preguntó el soldado joven y asustadizo.

—Antes vivíamos en paz sin pensar en brujas y hogueras para salvarnos del pecado. ¿Acaso no vamos a la iglesia todos los domingos? ¿No conoce el viejo párroco nuestros pecados bajo secreto de confesión? Y hemos pagado con oraciones y rosarios cada una de nuestras penitencias. Y cuando se trata de un crimen para eso están los jueces y la ley para acusarnos o defendernos, según nuestra culpa o inocencia. Quizás no sea el sistema más perfecto y a menudo se cometan injusticias, pero no veo el rostro de la justicia en tanta crueldad. En mi casa tenemos una criada indígena y a veces nos cuenta las leyendas y costumbres propias de su pueblo para entretenernos, la vida que esa gente tenía antes de que nosotros llegáramos. Hubo un tiempo en que estas tierras salvajes adoraban dioses hechos de sombra y noche sedientos de sangre. Dioses que reclamaban sacrificios en sus altares. A los enemigos de guerra se les conducía hacia mesones de piedra y se les rebanaba el cuello a pedradas. Era un acto brutal, largo, y con el único propósito de que un dios que no veían se sintiera satisfecho. Nosotros traemos la luz a estas tierras para acabar con tamaña barbarie. Tenemos nuestro Dios crucificado en un madero. No soy un hombre profundamente devoto y conozco mis muchos pecados, pero creo en lo que ese sacrificio representa. Ese solo sacrificio bastó para que todos estemos a salvo. Pero en este momento, cuando veo esas dos hogueras no parecemos muy distintos de esos reinos violentos ya desaparecidos.

El soldado joven se sentía confundido tratando de asimilar tantas ideas que jamás hubiera imaginado. Sentía sus pensamientos como cerraduras oxidadas tratando de abrirse sin éxito.

—Que Dios los perdone y los tenga en su gloria —respondió casi como un balbuceo.

***

El Virrey esperaba en su despacho la llegada del Inquisidor Felipe Méndez anunciándole que ya todo estaba dispuesto para llevar a cumplimiento la condena establecida según las ordenanzas del Santo Oficio. Con una mirada fija en el techo trataba de mantener su mente en blanco para no atormentarse con todos los pensamientos que lo asediaban sin cesar desde que Guillén y Raquel fueron apresados. Había esperado fuera de las celdas mientras transcurrían los interrogatorios, consciente de que no podría soportar la visión de aquellos dos conocidos, a los cuales estimaba, siendo maltratados hasta volverse un costal de carne y sangre. Así eran los métodos del Santo Oficio cuando ya había una acusación directa y oponerse a ello implicaría, en el peor de los casos, ser considerado cómplice de los culpables si el inquisidor así lo infería. Irremediablemente estaba atado de manos y cuando escuchaba los gritos, alaridos y súplicas de Raquel, o los jadeos, gemidos ahogados y maldiciones de Guillén no cabía en sí de tanto malestar. Le afectaba profundamente aquel atisbo de horror que su oído alcanzó a escuchar. Pero sobre todo le carcomía la impotencia ante el destino fatal que les esperaba, no solo a aquellos dos jóvenes sino a todo el Virreinato bajo la sombra de la Inquisición.

Su esposa había cesado de hablarle cuando ya era definitiva la sentencia en contra de Raquel por brujería y blasfemia, acusándolo de cobarde por no hacer nada para detener tan terrible circunstancia. La madre de Raquel se arrodilló ante él rogando que salvara a su hija del fuego, pero ¿qué podía hacer? Su esposa no comprendía lo que representaría rebelarse en contra de un hombre investido por el Papa y avalado por la Corona. Intentó explicárselo pero ella evitaba su mirada reafirmando su postura en contra de su debilidad. Pero no se trataba de debilidad sino de inteligencia. El Santo Oficio tenía plena autonomía por encima de cualquiera y solo el Rey o el Papa tenían el poder para interceder en casos como estos y revertir un veredicto. Quizás si la joven Moctezuma confesara haber mentido todo se solucionaría, pero se encontraba desaparecida. Tanto su madre como su nodriza la habían declarado desaparecida, incluso al Inquisidor le preocupó esta ausencia ordenando que fuera encontrada y llevada a su presencia apenas reapareciera, tras haber revisado toda la hacienda Moctezuma acompañado por el propio Virrey y una cuadrilla de soldados. Pero ni siquiera esta sospechosa desaparición podía ser considerada como prueba suficiente para invalidar las acusaciones en contra de Raquel y Guillén. Las cartas ya estaban barajadas y el juego había comenzado. No quedaba sino sentarse y ser testigo de la voluntad del Inquisidor Felipe Méndez alzándose como una autoridad a temer en los meses sucesivos.

Aquel primer "acto de justicia" en el corazón del Virreinato inauguraba un nuevo reinado de horror y oscuridad en el nombre de un propósito peligroso de purificación. La fe se convertiría en escudo y espada de la integridad espiritual del continente para gloria y gracia de los Reyes Católicos de España. El Inquisidor Felipe Méndez no solo se aseguraría de afianzar la solidez del catolicismo en el nuevo continente sino también de dar debida cuenta de sus reportes sobre la gestión del Virrey y otros funcionarios de poder. Un mal reporte destacando falta de colaboración o desacato a la autoridad de un inquisidor acarrearía consecuencias inmediatas y con toda probabilidad una inminente destitución.

El cúmulo de sus reflexiones fue interrumpido por la intempestiva entrada del Inquisidor Felipe Méndez anunciando la consabida hora.

—Todo está listo.

Al Virrey, quien había reflexionado largo tiempo, se le ocurrió algo que quizás podría representar una vía de escape para retrasar aquel trance.

—Llevo largo rato pensando y creo que deberíamos posponerlo.

El Inquisidor alzó una ceja dubitativa.

—Después de un proceso transparente, y cuando ya los acusados han confesado sus pecados, corresponde lo que demanda la ley de quienes comparecen bajo el tribunal del Santo Oficio. Sus almas esperan para ser salvadas. ¿Qué podría ser tan importante o definitivo para atrasar el curso natural del deber, señor Virrey?

El Virrey inspiró profundamente armándose de valor, confiando en su defensa.

—El señor Guillén de Lampard es un enviado de la Corona. Deberíamos esperar un reporte del Rey. Temo que como Virrey luego se me acuse de no haber procedido con cautela tratándose de alguien tan importante.

—No se preocupe, Virrey —respondió el Inquisidor enseguida—. Entiendo sus dudas y son perfectamente comprensibles.

—Entonces, procedamos de esa manera —respondió el Virrey esperanzado—. Yo mandaré una misiva urgente explicando la situación. Entretanto podemos esperar. Y es mejor que se ejecute la sentencia para ambos acusados al mismo tiempo por si acaso la Corona quisiera hacer sus propios interrogatorios. Luego, si la muchacha Raquel está

muerta para entonces, se podría complicar la transparencia del juicio contra Guillén y encontrar en ese cabo suelto una vía de escape.

El Inquisidor mostró una sonrisa confidente que combinaba con un brillo entusiasta en sus ojos. Era el rostro de un demente iluminado por sus propias convicciones, seguro de sus verdades y un verbo condescendiente dispuesto a explicarse con aquellos que no lo comprendían. Puso sus manos sobre los hombros del Virrey, con un tono animado.

—¡Ah, Virrey! ¡Es usted un hombre tan precavido! Nada se le escapa —El Virrey disimuló su suspiro de alivio, luego el Inquisidor le dio unas palmaditas con su mano en el rostro—. Pero no deje que su compasión le obnubile la razón. Lo justo es lo justo, por mucho que duela. Como siempre, yo estoy un paso por delante de usted.

—No entiendo. ¿Qué quiere decir con eso? ¿Hay algo que yo no sepa?

El Virrey supo que su esperanza estaba a punto de ser destrozada cuando el Inquisidor le dio la espalda.

—No hay que preocuparse por las represalias de la Corona. De cualquier manera sería apresado y condenado a muerte por otras razones. Olvidé decírselo porque no era una cuestión relevante para este caso. Pero sepa usted que ese hombre lo confesó todo. Quizás usted comenzaba a estimarlo como un amigo pero nunca fue lo que decía ser. Todo este proceso me ha tenido muy ocupado y lamento mucho no haber aclarado antes su confusión, señor Virrey. Pero le informo que todo este tiempo ha convivido con un impostor.

***

Guillén de Lampard y Raquel Rocalla eran conducidos a sus respectivas hogueras frente a una multitud confundida y expectante. Era la primera vez que cada uno de los presentes asistía a un proceso como ese, donde la curiosidad se mezclaba con el pavor y una sensación de irrealidad recubría el ambiente como si se tratara de un aura espectral. El cielo no había mejorado y dibujaba la estampa futura de una tempestad. Guillén evitó cruzar su mirada con la de Raquel mientras ella lo miraba de soslayo esperando un gesto de compasivo reconocimiento por la desgracia compartida. Solo vieron la cara conocida del Virrey precedido por el Inquisidor quienes lo esperaban en la tarima improvisada sobre la cual habían puesto las hogueras. Ni la esposa del Virrey, ni la madre de Raquel ni un miembro de la familia Moctezuma se encontraban presentes. Guillén buscaba desesperado y sin éxito el rostro de María en medio de la multitud, carcomiéndole el alma saber que moriría sin haberla visto por última vez ni haber rogado por su perdón.

A medida que era conducido hacia su hoguera, la única emoción que lo embargaba era la impotencia de no poder cumplir su última voluntad de verla, besarla y amarla una vez más. Ya no le importaba morir porque sabía que ese era el único modo de salvarla a ella de sufrir un destino semejante. Merecía aquel castigo por haber traicionado el único y más grande amor de su vida. Pensó que quizás nunca nos condenan por nuestros verdaderos crímenes, pero al final el destino se asegura de hacernos pagar nuestras deudas y recibir los castigos que merecemos por las vías más inesperadas. En ese instante Guillén comprendió que toda su arrogancia y todos sus sueños de grandeza se desvanecían como humo y cenizas aun antes de que la hoguera se encendiera a sus pies. Nunca se había sentido tan vivo y determinado como en aquel momento, seguro ya de ir al encuentro con la muerte. Porque le bastaba haber amado y haberlo sabido. Gracias al amor que sentía por María su consciencia despertó al mundo. Porque eso es lo que hace el amor en el corazón humano, lo transforma para siempre hasta trastocar sus más mínimas seguridades. Y ahora que se encontraba en el umbral que antepone la vida frente a la muerte, ese mismo amor lo acompañaría en el amargo trance. Porque el amor trasciende a los vivos y redime a los muertos. Solo deseaba poder verla una última vez.

Atado a la hoguera observaba las caras enmudecidas por la sorpresa. Aquello parecía un teatro y él era el protagonista, el acto principal, encarnando su personaje de la mejor manera posible para darles a todos esos ojos curiosos la anécdota de un espectáculo nunca antes visto y escuchado. ¡Cuán raro debía ser aquello! Al igual que él, probablemente nadie en aquel lugar, a excepción del Inquisidor, habrá visto alguna vez a un hombre ardiendo hasta que sus huesos se chamusquen hasta el polvo.

¿Dolerá horriblemente hasta el final o en cambio, llegado un momento, perdería la capacidad de sentir? ¿Gritaría hasta quedarse sin voz o moriría antes asfixiado por el humo? ¿Cómo será el aspecto de un cadáver chamuscado?, o ¿solo barrerían las míseras cenizas que nadie creerá que alguna vez formaron parte de un cuerpo? ¿Despertaría a otra vida esperando que María lo reencuentre gracias a su don? Le reconfortaba enormemente pensar en que inevitablemente María hallaría su espíritu gracias al poder de su Visión, y entonces su ser fantasmal tendría la oportunidad que en los últimos segundos de vida le fue negada, poder escuchar de nuevo su voz y decirle que siempre la amó, y que ni siquiera la falta de un cuerpo le impedirá seguir amándola, porque su amor será eterno, ya se encuentre en este mundo o en el otro.

Pudo observar que el Inquisidor se acercaba hasta él alzando una antorcha sin encender. El déspota siempre seguro de sí mismo se desenvolvía con una sobriedad envidiable, apoyado en gestos voluntariosos y verborrea elocuente. Incluso siendo emisario de muerte y horrores, irradiaba un carisma al que no ensombrecía su oscuro proceder. Lanzó una mirada indescifrable a los dos acusados ya atados en sus respectivas hogueras para luego situarse frente a la audiencia dispuesto a entretenerla como un maestro de ceremonias que se dispone a presentar el gran acto de su aparatoso espectáculo. Había llegado la hora de sorprenderlos y atemorizarlos, indicarles el camino recto mostrándoles un ejemplo de justicia divina en sus manos.

—Probablemente esto sea nuevo para los aquí presentes. Siempre hay una primera vez para todo. Pero solo hay una única y decisiva oportunidad para el arrepentimiento antes de que Dios, a pesar de toda su misericordia, sea testigo de la perdición de aquellos que obran motivados por el pecado, creyéndose libres de todo castigo. Algunas faltas son demasiado graves, incluso si el pecador doblegado por la gracia del Altísimo implora perdón con verdadero arrepentimiento. No es suficiente. Es entonces cuando se le exige al alma una prueba irrefutable de ese arrepentimiento: su paso por el fuego. Los acusados aquí presentes se han rebelado contra la creación invocando fuerzas oscuras y antiguas ajenas al Dios que nos observa. Fuerzas demoníacas prohibidas en su Reino de los Cielos. Tanto la perpetradora de estas magias, inadmisibles en tierras consagradas en el nombre de Cristo, como su hechizado amante poseso se han embriagado durante demasiado tiempo por el efecto de estas sombras aborrecibles expulsadas del Paraíso. Atados por la lujuria esto los ha llevado a cruzar límites que traspasan cada uno de los pecados considerados mortales por la ley de Nuestro Señor. Se han sobrepasado y han desobedecido las palabras del Gran Libro. No obstante, no todo está perdido porque en la viña del Señor siempre hay lugar para el perdón. Dejaremos que el fuego sane sus faltas y sirva como un vehículo que transporte sus almas al seno clemente de nuestro Dios. Y que al resto de los aquí presentes les sirva de ejemplo. Porque a partir de ahora yo no descansaré hasta que estas tierras se conviertan en un ejemplo de virtud que rivalice incluso con España a razón de su integridad espiritual. Porque todos somos esencialmente buenos, pero necesitamos que nos lo recuerden.

Finalizado su discurso el Inquisidor acercó la antorcha al fuego de una lámpara que avivaban a cierta distancia de los acusados y enseguida su fuego cubrió toda la extensión de la madera. El Inquisidor se acercó primeramente a la hoguera de Guillén y la encendió, y la víctima pudo notar cómo aquel hombre disfrutaba ese momento como

un niño en sus horas de juego. El fuego se extendía con rapidez y Guillén tosió enseguida. Cuando el Inquisidor procedió a acercarse a la hoguera de Raquel, retumbó un trueno. Algunos de los presentes gritaron creyendo que era la bruja atada al poste quien hacía uso de sus fuerzas para detener el cumplimiento de su condena. Mientras el fuego ya comenzaba a cernirse sobre él, Guillén tuvo un presentimiento al escuchar ese trueno. Ansioso rebuscó entre la multitud congregada esperando que su mirada se topara con el rostro anhelado. Y finalmente la vio. Su María estaba allí embozada y semioculta extendiendo sus manos al cielo.

Y entonces llovió. Como antesala para un diluvio, gruesas gotas cayeron sobre la multitud y las hogueras apagando todo el fuego. El Inquisidor retrocedió viendo cómo su antorcha era mermada por la presencia indetenible de la naturaleza. Animado por una fuerza extraña, Guillén sintió cómo las cuerdas que lo ataban cedían solas. La oportunidad se le presentó servida a su disposición para ser tomada de inmediato y sin consideraciones extra. Era ahora o nunca y junto a ella, el tiempo perfecto para huir.

***

Raquel Rocalla estaba descansando en el piso de su mazmorra como si se tratara del de su habitación, inmersa en un plácido y cómodo sueño. Fue despertada sin miramientos por unos soldados que le proporcionaron ligeros puntapiés. El atronador "despierta bruja" con el que irrumpían en su celda la extrajo de su descanso profundo trayéndola de vuelta a su oscura y mohosa realidad. Se daba cuenta de la corporeidad de su desgracia a medida que iba menguando la confusión propia de quienes despiertan de golpe. En aquel violento despertar se le presentaba palpable y evidente lo exagerado de su miserable situación ¿Cómo era posible haber llegado hasta los límites de una circunstancia tan funesta? ¿Por qué, de repente, su propia vida se rebelaba en su contra y se le hacía tan adversa? En menos de una hora su vida quedaría reducida a las llamas de un fuego arbitrario, a merced de un castigo excesivo en su ejecución. Pues tal le parecía que la vida era así de cambiante y contradictoria, un mal chiste contado casi por descuido a unos espectadores olvidadizos.

Camino a la hoguera Raquel no se detuvo a observar a quienes esperaban el espectáculo de su cuerpo ardiendo en llamas. Quizás sus padres estarían en algún rincón llorando la mala suerte de su hija, o en cambio, tal vez permanecieron en casa planeando una huida inmediata hacia una tierra lejana donde dejara de perseguirlos el escandaloso rumor de su hija pecadora. Poco le importaba presenciar aquellos rostros en el transcurso de su amarga hora. Solo esperaba que el asunto se llevara a cabo cuanto antes y sin inesperados retrasos, como si se tratara de un compromiso obligado que hay que cumplir antes de reanudar otras tareas pendientes y mucho más importantes. A lo largo de su corta y joven vida se había concedido muy pocos instantes para reflexionar sobre la muerte. Los cristianos acostumbraban a creer que según sus acciones de vida y su nivel de arrepentimiento por las faltas cometidas sus almas descansarían en un Paraíso custodiado por ángeles y sufrirían una eternidad en el Infierno habitado por horripilantes demonios. Pero para los judíos, la visión de la muerte era mucho menos grandilocuente a favor de una visión austera en su desesperanza: una gran tiniebla llamada *Sheol* era el hogar donde se albergarían todas las almas mientras sus huesos permanecieran en la Tierra. Almas que vagarían como sombras en un mundo que nunca coincidiría con el de los vivos. Luego esa sombra se desvanecería para siempre, cuando el último residuo de hueso fuera tragado por el tiempo y el olvido, sin importar cuán grande o pequeña hubiera sido su huella en el mundo del cual alguna vez formó parte. Aquella visión de una gran tierra poblada por sombras se le antojaba mucho más coherente e incluso le recordaba a ese reino de las sombras que María contactaba.

Porque Raquel presentía que ninguna vida era lo suficientemente importante como para justificar una oportunidad de hacerse eterna a los ojos de Dios.

Mientras la ataban a la hoguera escrutaba el rostro de Guillén, que no apartaba su mirada ansiosa de las multitudes que los veían. No se había dignado a mirarla desde que sus caminos se cruzaron en la caminata fatal hacia las hogueras en las cuales ya podía olerse el residuo chamuscado de sus nombres pereciendo en los registros de la historia. No era que esperara una mirada de complicidad o disculpa, ni mucho menos de correspondencia a sus sentimientos. Solo quería ser vista por última vez por los ojos que tanto amaba.

El Inquisidor caminó al frente exhibiendo una antorcha apagada como si se tratara de un estandarte con el cual comandaba los ejércitos invisibles de unos heraldos tan negros como la muerte y la noche, con la única misión de arrasar el mundo como una peste silenciosa sin un atisbo de misericordia. Y por primera vez durante esas horas de espera por el inevitable destino que ya conocía sintió un pánico profundo calándole los huesos como un escalofrío. Moriría y nadie podría impedirlo. Moriría y nadie la lloraría. Moriría vista como una culpable merecedora de tan horrible condena. Moriría sin que el amor le devolviera su mirada. Ardería lenta y dolorosamente hasta su desvanecimiento. El fuego también consumiría sus huesos barriendo con su llama cada pequeña porción de su actual existencia. Unas últimas cenizas quedarían disueltas en el viento, esparciendo la prueba de su inútil tránsito por este mundo maldito. Significaba entonces que pasaría de largo por el *Sheol* para extinguirse definitivamente. Pensar en esto se le antojó como un final dichoso. Llegaría a la paz como quien toma el atajo hacia un reino dorado nunca antes buscado.

El Inquisidor había acabado de emitir su apasionado discurso que ella no se interesó en escuchar, y ordenó que su antorcha se encendiera de inmediato. Sí, había llegado su hora y tomaría el primer turno. Como un alivio ya sentía la inminente llegada de la paz. El reconfortante pensamiento invadía su cuerpo hasta haber expulsado todo rastro de miedo de su alma por completo. El Inquisidor se plantó frente a ella con su mezquina sonrisa, y con una leve inclinación de cabeza hizo un movimiento descendente con la mano que sostenía su antorcha para prender la hoguera a la que atenazaba en su centro. Y comenzó a arder enseguida la llama de un fuego inclemente, lamiendo el rastro de paja y madera que lo conducía hasta sus pies. La muerte, sí, finalmente la muerte extendiéndose sin prisa como un lento abrazo de despedida. En algún punto de su consciencia sentía dolor y gritaba, pero su alma ya descansaba a destiempo en el pensamiento de paz que la había ocupado minutos antes. Pero entonces algo extraño ocurrió. Se sintió tentada, por primera vez desde que fuera conducida a la hoguera, a observar los indolentes testigos que aplaudían su muerte. Su mirada se encontró con la presencia innegable de María del Carmen Moctezuma, quien alzando sus brazos en dirección al cielo, reunía las fuerzas necesarias para la ejecución de un prodigio. Raquel alzó su mirada al cielo preparada para el cumplimiento de la maravilla. Retumbó un trueno tras el cual se precipitó una lluvia abundante y ruidosa. El fuego se apagó inmediatamente y la gente corrió desesperada gritando.

—¡Han enojado a la bruja! ¡Corran por sus vidas!

Raquel situó de nuevo su mirada en dirección a María y se topó con sus ojos fijos en ella. Pudo sentir que una fuerza superior a ella desataba sus cuerdas y la separaba del poste férreo de la hoguera, que se desplomó inmediatamente a sus espaldas. El Inquisidor y sus soldados habían tropezado en el medio de la confusión y trataban de levantarse lanzando gritos inarticulados que demandaban no permitir que los prisioneros se escapasen. María le correspondió con una sonrisa de despedida y supo que todo estaba perdonado entre ellas. Luego pudo ver cómo Guillén corría en dirección a su

Reina Moctezuma, cómo la abrazó y la besó antes de proceder a una pronta huida corriendo como dos locos enamorados juntos e inseparables hasta el fin del mundo.

***

Los padres de Raquel no habían dormido en el transcurso de una semana atormentados por la idea de que su única hija moriría quemada en una hoguera dejando un registro permanente de terribles acusaciones que caerían como una mancha desgraciada e imborrable sobre el apellido familiar. El Virrey les había advertido que el Inquisidor iniciaría una investigación contra ellos y que seguramente acabaría desterrándolos del Virreinato a causa de la religión que profesaban. Decidieron que lo más conveniente era no presenciar aquel horrendo acto, y aunque se tratara de una elección cobarde, ya nada podrían hacer para salvar a su hija. Además, ¿con qué cara enfrentarían la mirada acusadora y suplicante de su hija reclamándoles su inacción? ¿Cuál sería el propósito de hacer más amargo el calvario que pesaba sobre todos? El padre de Raquel lamentaba, por encima de cualquier otra cosa, no haber tenido ocasión de despedirse de su hija, mientras que su esposa repetía una y otra vez que el infortunio los perseguiría para siempre, hasta que el terrateniente judío le dio una fuerte bofetada indicándole que reaccionara, que se preocupaba por menudencias, que su hija estaba a punto de morir y que jamás volverían a verla. Ambos lloraron desconsoladamente y abrazándose acabaron rendidos por el cansancio durmiendo en el salón de visitas de su casa, esperando la funesta noticia de que lo peor ya había ocurrido.

Al cabo de unas horas eran despertados por el ruido de unos portazos frenéticos y unos gritos ininteligibles. Padre y madre se despertaron de inmediato y se abrazaron sabiendo lo que aquellos gritos y llamados significaban. Su hija ya no se contaba entre los vivos y ni siquiera quedaría un cadáver al cual honrar. La madre de Raquel no dejaba de llorar mordiéndose las manos, escuchando los pasos de su esposo alejándose en dirección a la puerta. La noticia, la inevitable noticia, demandaría su atención y ella no soportaría su mención. Porque una vez que fuera dicha sería real y ninguna esperanza tendría poder suficiente para contradecirla. Así de definitiva era la muerte, ningún necio era capaz de contradecirla. Era lo que era, sin alternativas ni confusiones. Lo muerto permanecía definitivamente muerto mientras la Tierra seguía su curso. Esa Tierra cuya redondez había sido comprobada hacía menos de un siglo y que no dejaba de girar indiferente a las muertes o vidas que dentro de ella acontecían. Pasos de vuelta, los de su esposo acompañados por otra persona. Pasos que traerían consigo la infame noticia para la cual era mejor no tener la capacidad de entender el lenguaje humano ¡Ojalá se quedara sorda antes de tener que escuchar esas palabras! ¡No, no quería escucharlo! Se acercaban ya con sus lenguas dispuestas a soltarle el chaparrón de la verdad, a empaparla con la innegable realidad. Y entonces su esposo la llamó por su nombre con un tono de voz quebrado que denunciaba otro tipo de emociones, otra clase de desesperación. Una voz llena de esperanza. ¿Acaso era posible?

Frente a ella, su esposo, el Virrey y la Virreina la veían con expresiones indescifrables. Era mejor que hablaran de una vez por todas, que cumplieran el deber prometido de informar lo que no pudo ser evitado y se largaran enseguida. ¿Para qué tanto protocolo? ¿No era un poco cruel traer amargas noticias a la puerta de su casa y luego querer plantarlas directamente en su cara? ¿Querían comprobar la hondura de su pena mientras anunciaban la muerte de su hija? ¡Qué inapropiado! Con un tono de rabiosa angustia los enfrentó.

—¿Qué esperan para decirlo? ¿Qué quieren de mí? ¿Por qué no nos dejan en paz con nuestra pena? ¡Díganlo de una vez!

La madre de Raquel rompió en renovado llanto y su esposo corrió a abrazarla. Justo en ese instante, el Virrey le dijo unas palabras que la asaetearon como si se tratara de un rayo de esperanza iluminando la oscuridad que abarcaba la extensión de su avergonzado y adolorido corazón que solo hasta entonces se había permitido declarar su secreto sufrimiento. Las palabras del Virrey resonaron claras y contundentes en la espaciosa estancia.

—Raquel escapó.

Capítulo 16

Silenciosa en su altanería, la fachada de la gran hacienda Moctezuma se alzaba mortuoria como un inquietante monumento abandonado en honor a sus caídos. ¿Y quiénes eran esos caídos? El grandilocuente apellido, el honroso linaje que no volvería a alzarse con el trono prometido. La última esperanza de su retorno, la niña Moctezuma, se había rebelado contra la voluntad que la mantenía sujeta a una destructiva promesa. Atrás quedaban los sueños de grandeza y sería insensato insistir en ellos. Conscientes del peligro que se cernía sobre ellas, la señora Moctezuma y la nodriza abandonaron enseguida la propiedad sin llevar ningún objeto de valor bajo el brazo y sin devolverle una mirada a la majestuosa casa que había sido su único y verdadero hogar durante tantos años. Emprendieron la huida con rumbo desconocido y desaparecieron para siempre de la historia confiando en que la querida hija de ambas, porque las dos se consideraban su madre, hubiera conseguido su salvación absoluta junto a su único y verdadero amor.

Así de arrogante en su soledad pero sin perder su imponente y enigmática impresión, la hacienda Moctezuma recibió al Inquisidor Felipe Méndez y sus gendarmes que iniciaron una búsqueda exhaustiva de la bruja María del Carmen Moctezuma a quien todos habían contemplado invocando una lluvia sobre las hogueras y escapar con uno de los prisioneros, mientras la otra bruja judía, también desaparecida, parecía haber sido tragada por la tierra. El Inquisidor y sus hombres trataban de abarcar toda la propiedad separándose durante la ejecución de su búsqueda, que parecía más bien un escenario donde los cazadores eran burlados por su esquiva presa. Acabaron enredando y torciendo sus caminos en la laberíntica espiral sobre la cual esa hacienda fue construida, a menudo extraviándose al darse cuenta de que se reencontraban en un mismo lugar, como si cada puerta o cada pasillo no llevaran a ninguna parte. Mientras exploraba un pasillo largo y angosto, sin puertas a sus lados, que se extendía hacia el final como una sombra que no revelaba qué había del otro lado, el Inquisidor avanzaba silenciosamente acompañado por dos de sus soldados.

—Encomiéndense a Dios —les advirtió el Inquisidor—. No dejen que los confunda con sus trucos baratos. Acompañados por Dios ningún demonio es suficiente impedimento.

Justo entonces se escuchó un grito sobrehumano que no podía identificarse como propio de un hombre o una mujer. Sin embargo, se trataba de un jadeo que no podía pertenecer a una bestia. Era un lamento consciente de su propio dolor, aullando su pena con un grito tan horroroso que el Inquisidor enseguida se llevó la mano al pecho apretujando el crucifijo que llevaba colgado en su cuello, pero sin detener por ello su camino.

—Sigamos hasta el final de ese camino —ordenó inflexible—. Los fugitivos podrían encontrarse escondidos en esta casa. Tenemos que ser más inteligentes que ellos. No se dejen engañar. Su magia no puede herirlos cuando Dios habita en sus corazones.

El Inquisidor prefirió adelantar a sus soldados corriendo en dirección hacia el final oscuro del pasillo, encomendándose a sus rezos que sonaban como un susurro impertinente. Sus pasos acelerados lo llevaron en dirección a una luz que denunciaba la salida hacia un espacio a cielo abierto. El Inquisidor se sintió satisfecho por el hallazgo seguro de que allí encontraría alguna pista de valor que le permitiría descubrir el paradero de sus prisioneros fugitivos. A medida que corría se cansaba más y daba la impresión de que la distancia entre su carrera y el tramo final para cruzar el umbral permanecía igual sin importar cuánto avanzara. Se detuvo jadeando e inspiró

profundamente llamando a Dios y rogando por su protección. No se rendiría. Ninguna bruja al servicio del Diablo lo derrotaría. Lanzó un grito desesperado y con renovados bríos se lanzó directamente hacia el umbral y tropezó cayendo justo al otro lado. Se reincorporó enseguida sosteniendo nuevamente la cruz de su pecho y tratando de encontrar algo inusual, cuando se dio cuenta de que nada había en el gran patio expuesto a la luz del sol, a excepción de una rara piedra a lo lejos. Su curiosidad le animaba a seguir avanzando en dirección a esa piedra. Sin soltar su crucifijo avanzó lentamente en dirección al tótem del cual aún no precisaba sus contornos. Una extraña brisa le soplaba de lleno en la cara, una brisa que traía consigo un olor a metal oxidado. Era el aliento de algún demonio que seguramente vivía como un parásito alimentándose de los actos de hechicería que allí se llevaban a cabo, según lo imaginaba el Inquisidor. Instintivamente arrancó la cruz de su cuello y la alzó con su mano adelantando su cuerpo como si se tratara de un escudo protector.

—Nada puedes hacerme —le dijo el Inquisidor a la piedra, sin saber por qué, como si intuyera que aquella cosa no era una simple piedra—. Yo soy la luz y el camino. Estoy a salvo.

Siguió avanzando y ante sus ojos los difusos contornos de la piedra negra vertical revelaron su verdadera forma, un tótem sobre el cual se hallaba tallada la forma de un dios primitivo que mezclaba rasgos humanos y animales. Un falso ídolo al servicio de la blasfemia. La efigie de un monstruo prohibido para su fe. Seguidamente, a medida que avanzaba, pudo ver cómo la piedra irradiaba destellos plateados. ¡La piedra estaba viva! Ya frente a ella el Inquisidor adelantó su crucifijo dispuesto a tocarla.

—¡Ríndete! ¡En el nombre de Cristo...!

Su discurso se vio interrumpido por un ruido a sus espaldas. Al voltearse pudo ver a uno de sus soldados a lo lejos que caía desmayado y chorreando sangre por su cuello rebanado. Volvió nuevamente su cabeza hacia la piedra, ¡y había desaparecido! Retrocedió invadido por un miedo súbito que creció en su interior, cuando de pronto sintió que pisaba un charco húmedo que mojó sus pies. Al bajar su mirada no dio crédito a lo que vio… charcos de sangre a su alrededor y montones de cadáveres. Algunos descompuestos y otros enteros, como recién muertos entre los cuales se encontraba cada uno de los soldados que había dejado atrás. Impresionado por esta visión del horror, soltó su crucifijo accidentalmente y corrió sin detenerse ni volver su mirada. Sin saber cómo logró encontrar el camino de regreso a través del laberinto hasta la entrada de la hacienda Moctezuma, en donde vio a los soldados que montaban guardia afuera; jadeante alcanzó a conminarlos con el característico tono autoritario de su voz pero con un matiz profundamente alterado.

—¡Aléjense de aquí inmediatamente! Este lugar está lleno de muerte y maldad. No podemos permitir que se escapen.

***

Corrían, corrían y corrían... Dos amantes juntos contra el mundo. Les bastaba su amor para enfrentar el destino y derrotarlo. Corrían tomados de las manos y no parecían dos fugitivos escapando de una sentencia de muerte, sino dos niños que jugaban a escapar del gigante de un cuento. Jadeantes, se detuvieron unos minutos. Guillén de Lampard y María del Carmen Moctezuma se miraban el uno al otro en la cumbre de su extática adoración. No estaban muy lejos de la ciudad pero necesitaban aquel descanso. Guillén la abrazó con fuerza para luego acariciar su rostro y besarla. No podía creer que estuvieran juntos, ni mucho menos que horas atrás se encontrara atado a una hoguera ya seguro de su fatal suerte. María respiraba aceleradamente constatando el efecto de la carrera de huida desde la plaza de la ciudad hasta las afueras. Aún quedaba mucho por

avanzar y probablemente los soldados a caballo no tardarían en llegar hasta su actual posición. Guillén la condujo hasta la orilla de un pequeño bosque para ocultarse de cualquier mirada indiscreta mientras descansaban. María sentía sus piernas entumecidas. Jamás había corrido tanto en su vida. El plan era alejarse lo suficiente y luego permanecer ocultos en algún rincón que sirviera de escondite para pasar la noche y descansar un poco. Seguidamente, antes de que la aurora despuntara trayendo consigo a sus espaldas el sol de la mañana, reanudarían la rápida huida rumbo al quilombo, donde ya no serían encontrados. Desde que se habían visto, desde que ella lo había salvado, no tuvieron ocasión de hablarse. No hacía falta. El amor correspondido tiene su propio lenguaje en el cual ningún silencio es incómodo ni ninguna palabra es demasiado necesaria para romperlo. Un común entendimiento que comunicaba con miradas y gestos los más íntimos sentimientos de dos amantes que no podían dejar de amarse. Pero, en aquel instante de tregua, algunas palabras se hacían necesarias. Fue Guillén quien habló primero.

—Pensé que moriría sin verte por última vez.

—Eso era lo menos grave. ¡Estabas a punto de morir! ¿No tenías miedo? —inquirió María.

—No, mi Reina Moctezuma —admitió Guillén—. Lo peor de aquello no eran las llamas a punto de quemarme, sino saber que partiría a otra vida sin la certidumbre de tu amor.

María lloró al escucharlo y Guillén la abrazó. Unas tímidas lágrimas surcaron el rostro de él y se secaron en el cabello de ella cuando apoyó su rostro allí al abrazarla. No lloraban de tristeza, sino con ese llanto que solo conocen los amantes cuando descubren que el objeto de su amor ha padecido su mismo dolor y se ha lamentado con las mismas palabras como si un mismo corazón bombeara su sangre en el cuerpo de ambos. Si tan solo pudieran permanecer así abrazados todo el tiempo y volverse unas estatuas de piedras juntos hasta el fin de los días, hasta que la eternidad se consumiera a sí misma sin dejar una memoria de su infinitud...

—¡Perdóname, María! No debí hacer lo que hice —suspiró Guillén con una nota de sufrido arrepentimiento quebrando su voz—. ¡Ni siquiera soy capaz de hablar sobre ello!

María se apartó de su abrazo para ver su rostro lleno de lágrimas. Ella procedió a secarlas con sus manos a partir de un gesto suave. El tacto de ella fue como un bálsamo para su culpa, sabiendo que con esa caricia compasiva ya todo estaba perdonado.

—Mi irlandés, no hay nada que lamentar —subrayó María con un tono confidente que no dejaba lugar a dudas de su perdón sin reproches—. Fueron las sombras. Todos tenemos impulsos gobernados por instintos, pero las sombras son capaces de identificarlas y volver eso en nuestra contra. Pero ya nada pueden hacernos.

Estuvieron otro rato abrazados traspasándose mutuamente la certeza de su inquebrantable amor, como si aquel abrazo interpretara un nuevo idioma de latidos y suspiros por el cual los amantes hablaban sin palabras. Siguieron así de esta manera hasta que se dieron cuenta de que su situación en aquel punto era peligrosa. Al sol le llegaría su ocaso en unos minutos y prontamente atrás vendría la noche para dejarlos a ciegas. Aprovecharían ese negro camuflaje de sombras para ocultarse pero primero debían avanzar un poco más para alejarse lo suficiente de la ciudad. Guillén se desembarazó lentamente del abrazo de María.

—Es tiempo de partir —le ordenó con un tono dulce.

Avanzaron con paso acelerado un buen trecho dentro del corto bosque, sin sentirse agotados. El cielo lucía teñido de rojo sangre crepuscular anunciando su muerte. Guillén encabezaba la marcha apartando ramas y guiando el camino a seguir, mientras María lo

seguía segura en su paso hasta que su zapato se enredó con una zarza. María haló su pie con fuerza haciéndose daño y acabó cayendo de bruces al suelo. Guillén corrió enseguida hasta ella dándole su mano para levantarse. María sostuvo su mano y se impulsó a incorporarse hasta quedar a la altura de él. De pronto vio que una negra ceniza se posaba en la cara de Guillén manchando su rostro. María acercó su mano a la piel de su rostro para limpiarla y justo cuando la tocó sintió que tocaba una tea encendida. Retrocedió con un grito de espanto y observó que la piel de su mano se descamaba como si se estuviera quemando cayendo desmayada y convulsionando en el suelo del bosque. Guillén la llamaba tratando de que reaccionara y saliera de ese trance, de ese último engaño fraguado por las sombras del reino subterráneo. Justo entonces, los cascos de unos caballos anunciaban la llegada de unos soldados. ¡Los encontrarían si no escapaban pronto! Pero ella no reaccionaba, y el galope se acercaba. Guillén vio una maraña de arbustos a menos de un metro de distancia y supo lo que debía hacer. Llevó a María hasta ese punto cargándola en sus brazos y depositándola con dulzura, asegurándose de que quedara oculta. Le dio un beso en la frente a modo de despedida.

—Perdóname una vez más, mi Reina Moctezuma. Pero no soportaría verte morir.

Guillén se alejó velozmente de los arbustos y corrió en dirección a los soldados denunciando su paradero, dispuesto a entregarse de inmediato y adivinando el cumplimiento del castigo postergado que lo esperaba.

***

María despertó en el bosque, cuando ya era de noche, completamente sola y sin rastro de Guillén en ninguna parte. Se sentía extraña como desprendida de un peso que la atormentaba durante largo tiempo. Por primera vez en su vida se sentía verdaderamente despierta, consciente de que estaba en la única realidad tangible que sus sentidos atestiguaban. Las sombras habían muerto dentro de ella. Supo entonces que ya no poseía poder alguno y que volvía a ser una persona corriente como cualquier otra. En aquel instante fue consciente de lo que eso significaba… ser desheredada por las sombras que llevaban su apellido, desterrada de sus expectativas para siempre. Ya no sería, nunca más, la Reina Moctezuma. Ya no era portadora de la Visión ni el instrumento de sus dones sobrehumanos.

Trató de recordar lo ocurrido y al rememorar las imágenes de su última visión, su primer impulso fue correr desesperada camino a la ciudad. ¡Estaba ocurriendo! Lo había visto antes de que sucediera. Al no tener dones sobrenaturales ya no se le borraba la memoria de sus visiones pasadas ni los conocimientos que de allí extrajo. La visión era muy clara: Guillén ardiendo en la hoguera en una noche estrellada como esa. No podía perder tiempo, tenía que llegar al lugar de la ejecución. Guillén la había protegido para salvar su vida, pero ella no concebía una vida sin él. Además, en el fondo sabía que todo lo ocurrido hasta ahora era su culpa. De haber sido valiente para enfrentar las sombras mucho antes, quizás las circunstancias hubieran sido distintas. No había tiempo ni espacio para detenerse en lamentos por lo que no se hizo. Seguiría corriendo al encuentro de Guillén porque él era su destino.

***

Nuevamente la hoguera estaba lista, pero esta vez sin tanta pompa; todo se llevaba a cabo con una rapidez inusitada. El Inquisidor Felipe Méndez no esperaría ni un solo día más para quemar a aquel impostor que había osado escaparse de las manos del Santo Oficio. Las otras dos brujas no habían aparecido pero ya habría tiempo para ellas. Mientras tanto debían deshacerse del irlandés impostor antes de que ocurriera alguna nueva eventualidad adversa. Todo el pueblo se congregaba en silencio esperando un nuevo prodigio, temeroso de la aparición de alguna de las brujas para impedir por

segunda vez que se llevara a cabo la postergada ejecución. El Virrey observaba cómo ataban a Guillén a la hoguera sin ninguna resistencia., como a quien ya habiendo burlado mucho tiempo a la muerte decide concederle finalmente su victoria. En algún momento la mirada de ambos se cruzaron y Guillén inclinó su cabeza a modo de despedida. El Virrey suspiró profundamente comprendiendo que ya todo estaba decidido y nada podía hacerse para revertirlo. El Inquisidor, perdiendo la compostura, ordenó que prendieran la antorcha enseguida.

—Quien se rebela contra Dios arderá en llamas peores que estas. Llamas eternas esperan a este hombre y a sus brujas en el Infierno. Carne pecadora y putrefacta que ya ha prendado su alma a la oscuridad, ¡se acabó tu desobediencia! Una vez más Dios ha ganado la guerra.

El Inquisidor recibió la antorcha encendida de la mano de uno de sus soldados y avanzó raudo hacia la hoguera de Guillén arrojándola con violencia sobre la paja y los maderos ordenados alrededor del poste de madera, no sin antes escupirle el rostro.

Y entonces ocurrió, esta vez sí. Las llamas cubrían toda su visión empañada por el humo. La carne le escocía con quemaduras inexorables extendiéndose en todo su cuerpo preguntándose a sí mismo, "¿durante cuánto tiempo arde un corazón rostizado por el fuego?".

Justo cuando ya su cuerpo ennegrecido por el fuego estaba a punto de exhalar un último suspiro sintió que alguien se arrojaba sobre él abrazándolo. Era María, su Reina Moctezuma, junto a él ardiendo dentro de una misma hoguera. Ella no soportaba una vida sin estar a su lado. Segundos antes, para sorpresa de todos los presentes incluido el Inquisidor, ella apareció sin ocultarse. Todos se apartaron temerosos y ningún soldado se atrevió a prenderla. Enmudecido, al Inquisidor se le atoraron las palabras en su garganta y pudo ver cómo la joven mujer, segura en su determinación, corría en dirección a la hoguera lanzándose de lleno dentro de ella para arder junto a su amante. Un grito de asombro colectivo fue la respuesta inmediata ante tan inesperado suceso. Dos amantes fundidos por una misma llama dolorosa, que los dejaría para siempre hechos cenizas. Un acto final de entrega se convertía en la prueba de un amor cuya historia se perdería para siempre en el tiempo, como tantas otras historias de amantes que prometen arder juntos bajo las estrellas.

Epílogo

En un miserable pueblito del Virreinato de Nueva España, lejos de la capital, una señora deambulaba por la plaza pidiendo dinero. A veces algún transeúnte se detenía a escucharla y ella contaba su historia de reyes, sombras y hogueras que nadie creía. Luego seguía su camino buscando semillas para alimentar a las palomas. Nadie recordaba cómo había llegado hasta allí y a nadie le importaba. Decían que era una loca inofensiva que inmediatamente se convirtió en un símbolo del pueblito.

En cuanto a esta mujer, ella sabía que no estaba loca y que todo cuanto contaba había ocurrido tal como lo vivió. Le gustaba pensar que cuando caía la noche dos luceros ardientes e inseparables la observaban, y entonces recordaba a sus amigos. Esta historia se perdería en el tiempo pero ella viviría hasta el final de sus días con el consuelo de haber sido alguna vez la amante del impostor.

Beatriz y Said
El inicio de su historia

Prólogo

Reino de Valencia, 1348.

Atardecía en silencio y sin más contratiempos que los usuales, mientras la limpia superficie de la costa se preparaba para recibir con calma la llegada de la noche. Los ruidos que denunciaban actividad humana cada vez eran menores al paso de los minutos. Otra jornada completada con éxito para muchos y con no pocas decepciones para otros. Los pescadores recogían sus redes rumiando quejas y contaban las monedas ganadas para luego cargar sobre los hombros el pescado apartado para la cena y las posteriores comidas que llenarían los estómagos de sus familias. No faltaban quienes concluían su labor invocando alguna plegaria rápida de agradecimiento al dios que animaba sus espíritus. Y si bien no todos creían en el mismo dios y lo llamaban con diferentes nombres, gran parte de ellos dirigía sus fervientes oraciones con la mirada puesta frente al mar; siendo este el último depositario de su fe.

La mar, como la llamaban algunos con cierto dejo pagano en sus consciencias, era vista por todos aquellos hombres que se enfrentaban a ella como una mujer caprichosa e impredecible, una diosa a la cual era mejor complacer para no despertar su antipatía. En esta visión coincidían supersticiosamente pescadores y marineros, navegantes y piratas, ya que sus destinos diarios dependían del comportamiento del mar, por lo cual preferían mantener una actitud reverente hacia esa vastedad azul que tan pronto los sustentaba, como podía ser capaz de sumergirlos hasta su perdición. Algo que muchos sacerdotes y reyes, tan seguros de sus credos hacia un dios único, jamás entenderían. Hay fuerzas divinas que no pueden ser concebidas por nuestro entendimiento, fuerzas indomables incapaces de contenerse dentro de nuestras nociones cerradas sobre el bien y el mal. Una verdad salvaje ante la cual hombres menos doctos son capaces de bajar la mirada sin esperar cambiar su inevitabilidad.

De este modo, los hombres que trabajaban y convivían en la costa se congregaban, no solo para garantizar el pan en la mesa y unas monedas en el bolsillo, sino para hacer a un lado sus diferencias y trabajar en objetivos comunes para el beneficio de todos. Con cada nuevo día completado quedaba esa familiaridad entre ellos, esa certeza de sentirse parte de algo que le daba peso a su existencia. No aspiraban a grandes fortunas, ni a hazañas heroicas que cambiaran para siempre su suerte, si acaso a algún accidente providencial o algunos placeres inmediatos; mas en cambio soñaban con una vida tranquila y al margen de las privaciones o los conflictos que trastornaban las tierras, por razones ajenas a sus pequeñas acciones y sus minúsculas ambiciones. Esperaban un mundo que no los obligara a afrontar ninguna perspectiva de cambio. Una vida controlable que pudieran considerar exclusivamente suya.

Caía la noche y algunos pescadores no tenían mucha prisa en retirarse, animados por la fraternal charla llena de anécdotas tontas y chismes que serían olvidados con facilidad. Dos de los pescadores, uno cristiano y el otro judío, ambos lo suficientemente prácticos como para no enzarzarse en discusiones teológicas, sostenían una conversación aparentemente intrascendente en el camino de vuelta a sus casas, que afortunadamente se encontraban entre las primeras del pueblecito donde vivían. Se acompañaban en ese recorrido puesto que eran vecinos y, hasta cierto punto, amigos.

—¿Crees que subirán los impuestos como se rumorea? —preguntó el pescador judío, siempre preocupado por todo lo relativo al dinero y los gastos—. No es un buen momento para eso. Pronto acabará la temporada de pesca y conseguiremos menos.

—No lo creo —afirmó poco convencido el pescador cristiano—. Los aumentaron hace un par de meses, sería excesivo. Ver para creer.

—Preferiría tomar precauciones antes que me tome por sorpresa. Quizá sea hora de buscar un lugar mejor para vivir.

—No me quejo de la vida en Valencia, siempre he vivido aquí —aseguró el pescador cristiano—. Además, no me gusta la vida nómada… Tarde o temprano te alcanza el destino del que huyes. Es mejor recibirlo con los brazos abiertos, en un sitio al que puedas llamar hogar.

—Yo creo que el hogar es una percepción y no un espacio determinado. Adonde quiera que vayas, el hogar va contigo y lo reencuentras en las cosas que amas. Pero es solo una reflexión… Tampoco dispongo de los medios necesarios para emprender un viaje tan importante, pese a no ser un entusiasta defensor de esa vida en Valencia que tan bien dices que te complace, querido amigo.

Los pescadores caminaban tranquilamente perseguidos por la noche joven, llevando el olor del pescado impregnado en sus cuerpos, un aroma que para ellos pasaba casi desapercibido de tan acostumbrados que estaban a olerlo. De pronto el pescador judío recordó:

—Hace una semana que murió nuestro buen amigo Abdullah. Todavía no puedo creerlo. Fue tan repentino.

—Sí, fue un suceso extraño —ratificó el pescador cristiano—. Era un hombre joven y gozaba de buena salud. ¡Que Dios lo tenga en su gloria!

—Que su Alá lo tenga en la gloria —bromeó el pescador judío—. Esos condenados bárbaros… Aunque Abdullah era un hombre agradable. Sin embargo, me intriga mucho esa enfermedad. No dejo de pensar en los rumores.

—¿Qué rumores son esos? —preguntó el pescador cristiano—. No he escuchado nada. Pensé que se trataba de un resfriado común que lamentablemente empeoró. El hombre acostumbraba a nadar mucho y dicen que en estas aguas hay sustancias que es mejor no respirar. Pero ya sabemos cómo es la mar de impredecible. Creo que fue ella quien lo reclamó.

—Es probable —refrendó el pescador judío—. La mar ya se estaba encariñando con él y no quería compartirlo. Pero yo solo me hago eco de lo que se dice sobre ese deceso en particular.

—¿Y qué se dice? —preguntó el pescador cristiano cada vez más intrigado.

Ya se acercaban a las puertas de la casa del pescador cristiano. Unos metros más adelante se encontraba la casa del pescador judío. Era el momento de despedirse hasta la próxima jornada. El pescador judío quería dar por terminada la conversación para llegar pronto a casa:

—No hagas caso. Los marineros hablan mucho de las cosas que han visto y oído en otras tierras, pero muchas veces exageran. Nos vemos mañana y que Dios te acompañe.

El pescador cristiano apenas alcanzó a despedirse con su mano viendo como su amigo apresuraba la marcha hacia su casa, incapaz de tranquilizar la duda que había despertado en su corazón y reservándose para sí mismo su respuesta:

—¡Y que la mar nos proteja!

Capítulo 1

El día amaneció nublado y con olor a humedad. No hacía falta ser un adivino experto para predecir la lluvia que estaba por caer algunas horas después. Beatriz abrió los ojos de improviso al sentir cómo una gota de agua caía sobre su frente y se derramaba en descenso irregular hacia sus oídos. Había dormido más de la cuenta y ahora escuchaba la voz de su madre cantando fuera de la casa, probablemente sacudiendo la ropa de su padre, su cuñada y sus hermanos. Agradeció no haber sido despertada por su madre, aunque fuera su deber ayudarla en esas tareas. Mientras tanto, su padre vendía lana, leche de cabra, huevos y otros alimentos en el mercado de la ciudad, acompañado por sus dos hijos, todos expertos en las mañosas artes de la persuasión, tan necesarias para triunfar como mercaderes.

La noche anterior Beatriz había manifestado que sentía un profundo dolor de cabeza y un pinchazo insoportable en el vientre, lo cual era cierto, e incluso se fue a dormir sin cenar. Con toda seguridad, Beatriz supo que esa era la razón gracias a la cual su madre no la había despertado antes que saliera el sol, como era su costumbre diaria. Ya no quedaba rastro de aquel dolor y solo la incomodaba una ligera sensación de vacío en su estómago, un claro indicio de las horas transcurridas sin comer alimento alguno. Se acercó a la mesa de piedra y encontró un plato redondo cubierto por un pequeño plato de arcilla. Al levantarlo, Beatriz descubrió un cuenco lleno de leche, que procedió a beber ávidamente sin darse cuenta de que a cierta distancia había una hogaza de pan cubierta de miel, bajo una cesta de paja cubierta por una tela. Una vez se hubo percatado, no dudó en remojar el pan en la leche y sorberlo con apetito y deleite. Nuevamente agradeció las atenciones que le brindaba su madre, con ese talento especial que la caracterizaba a la hora de anticipar los deseos de sus seres queridos y complacerlos, siempre y cuando estuviera dentro de sus posibilidades el poder hacerlo.

Ya con el estómago lleno, Beatriz se sintió repuesta y sin atisbos de su nocturno malestar, y enseguida su voluntad se sintió inspirada para afrontar el nuevo día, sin importar cuán nublado apareciera. Se lavó las manos en un cuenco de agua, dispuesto para ello en un extremo del hogar, y al traspasar el umbral en dirección a un pequeño patio, se topó con la querida figura de su madre sacudiendo el polvo de la ropa, lo suficientemente concentrada en su labor para no darse cuenta de la presencia de su hija. Beatriz se detuvo a cierta distancia de ella porque no quería interrumpirla. Su madre estaba de espaldas, inmersa en el trajín de golpear repetidas veces con la palma de sus manos los sayones de sus hermanos. En un momento de descanso su madre se secó el sudor de la frente y reparó en la sombra de su hija proyectándose en el suelo; enseguida se enderezó para saludarla.

—Hija mía, tienes mejor semblante que anoche. ¿Ya te sientes bien?

Su madre era una mujer robusta con la cara rechoncha y la piel rosácea. Cualquiera que la viera por primera vez la describiría como una mujer de aspecto bonachón, que transmitía una seguridad y confianza inmediatas. Beatriz le correspondió a su madre con una leve sonrisa.

—Así es, madre. Al despertar solo sentía el estómago vacío, pero ya he desayunado. Estoy lista para ayudarte.

—Tuviste suerte de que tus hermanos pensaran en ti —bromeó su madre—. Ellos devoran todo a su paso.

Ambas rieron y su madre la observó detenidamente por un instante en el cual, aunque no sabría explicar por qué, tuvo la extraña sensación de estarla descubriendo con una nueva percepción, hasta entonces desconocida. Su hija apenas cumpliría trece años en un par de meses, pero ya no parecía la niña pequeña que bailaba en el patio y

correteaba por las calles para encaramarse en los techos de las casas y cometer travesuras junto a otros niños. Seguía conservando esa misma actitud vivaz e inquieta, pero ahora su semblante irradiaba un nuevo resplandor que no era capaz de explicar. Beatriz interrumpió el instante de distracción de su madre al insistirle:

—No nos quedaremos aquí de pie todo el día, ¿o sí? Sabes que no me gusta no hacer nada.

Su madre volvió en sí al escuchar la cándida voz de Beatriz y le señaló los sayones.

—Ya los he sacudido y ahora hay que alisarlos. Puedes ayudarme con eso mientras yo ordeño la cabra.

Beatriz obedeció con prontitud el mandato de su madre y se entretuvo extendiendo cada sayón sobre un banco de madera, para alisarlo con sus manos y con la ayuda de una piedra lisa y rectangular calentada por el sol. Su madre se dirigía hacia el rincón del patio donde se encontraba el corral cuando escuchó a alguien fuera de la casa gritando su nombre.

—¡Señora Perpetua!, aquí traigo su mandado.

Era la voz de Miguel, comúnmente conocido como "el niño de los recados". Y aunque fuera un adolescente de quince años, desde muy temprana edad trabajaba incansablemente marchando de casa en casa para llevar y traer mandados, cumplir órdenes de carácter cotidiano y obedecer todo tipo de exigencias. Perpetua lo invitó a entrar al patio principal y pudo ver que traía varios trozos de carne cuidadosamente picados y listos para ser directamente cocinados. Miguel los puso en sus manos y Perpetua se los llevó hasta el fogón.

—Esto es menos de lo que pedí —reclamó Perpetua al notar la mermada cantidad de carne que sostenía en sus manos.

—Los precios subieron y mi madre dijo que era mejor no arriesgarse a traer más de lo que pudiera pagar —anunció Miguel, con cierto nerviosismo. Perpetua era conocida por tener un carácter severo cuando el caso lo merecía—. Hay nuevas restricciones para el porte y traslado de productos de consumo, lo que implica nuevos gastos para nosotros.

—Claro, y los impuestos están por subir —predijo Perpetua con resignación —. Espérame aquí un momento.

Miguel permaneció de pie esperando a que le dieran su paga y su mirada acabó posándose en Beatriz, que estaba inclinada sobre los sayones ocupada en el emprendimiento de su labor. En aquel momento los rayos del sol incidían sobre sus rizos dorados, realzando así una belleza que invitaba a ser contemplada. Miguel no podía apartar los ojos de ella. No era la primera vez que la veía, pero esta vez había algo distinto y, hasta cierto punto, seductor en su presencia. La tela de su vestido se ceñía con delicadeza sobre su figura esbelta y perfectamente delineada; su piel blanca relucía con un brillo inmaculado; los movimientos gráciles de sus manos eran hipnóticos y todo en ella se conjugaba para distraer la atención de un joven adolescente en pleno descubrimiento de nuevos apetitos, esos que los párrocos condenaban en sus sermones bajo la denominación de ”pecados de la carne”.

Beatriz era indiferente a la mirada fija, apenas interrumpida por sus parpadeos, que Miguel le lanzaba, lo cual acrecentaba sus anhelos. Cuando Perpetua volvió al patio, descubrió que el muchacho estaba con la mirada inmersa en la atenta observación del cuerpo de su hija y relamiéndose los labios, como si esperara el momento de profanar una visión demasiado grande para estar a su alcance. La madre de Beatriz sintió un escalofrío por la espalda y un cierto pudor agitó su gran pecho, por lo que caminó con resolución hacia el muchacho y le dio un suave manotazo en la cabeza, conminándolo así a desviar su mirada.

—Cierra esa boca, holgazán —le soltó con un tono severo.

Miguel se sintió apenado y balbuceó su respuesta con un leve tartamudeo.

—Eh... Yo estaba...

Perpetua no le dejó terminar su explicación y extendió su mano mostrándole dos moneditas de cobre para despacharlo cuanto antes.

—Aquí tienes tu paga, niño Miguel. Gracias por tus servicios y saludos a tu madre.

El joven asintió confundido y evitó dar cualquier otra respuesta, resuelto a abandonar enseguida el patio y salir de aquella casa, apretando la ganancia en su puño cerrado. Beatriz no se había percatado de nada, ya que cuando se afanaba en una labor la cumplía hasta el final, ajena a cualquier tipo de interrupción. Perpetua la observó nuevamente reflexionando sobre lo ocurrido y retomó sus pensamientos donde los había dejado anteriormente, en la marea de su inconsciente. Lo que la inquietaba, ahora se le presentaba con mayor claridad, una verdad evidente y de fácil confirmación desfilaba ante sus ojos: su pequeña y querida Beatriz, la menor de sus tres hijos, estaba creciendo rápidamente para convertirse en una mujer. En su interior se agitaban sentimientos dispares que turbaban su tranquilidad. No quedaba duda de lo que veía: las caderas ensanchadas, los senos ligeramente puntiagudos y ese aura peculiar que diferencia a una mujer de una niña. Perpetua no estaba preparada para la inminente verdad que se le presentaba: Beatriz se estaba convirtiendo en una mujer; lo cual significaba que próximamente, si es que no estaba ocurriendo ya, vendría la primera menstruación y su cuerpo establecería las condiciones necesarias para engendrar vida. Un acontecimiento dichoso, pues Perpetua confiaba en el plan que Dios tenía sobre los destinos humanos, según el cumplimiento de un ciclo natural que debía obedecerse sin desvíos.

Este cambio no podía omitirse ni tomarse a la ligera, por lo que implicaba dentro de la sociedad en la cual vivían. Beatriz ya estaba preparada para casarse y formar una familia, conforme a los preceptos de la fe cristiana, que fundamentaban su familia de generación en generación. Las preocupaciones de Perpetua apenas estaban comenzando y era el momento apropiado para mantener una charla honesta entre madre e hija sobre su porvenir. Lo mejor frente a una situación como aquella era no perder tiempo y advertirle sobre los peligros de convertirse en una mujer, antes de que otro lo hiciera o, peor aún, de que se aprovechara de su ingenuidad para arruinar su futuro. Perpetua recordó cómo su madre tuvo una charla honesta con ella a los trece años, cuando se asustó al descubrir que un hilo de sangre chorreaba por sus piernas. Ahora le tocaba hacer lo propio con su hija, porque Beatriz estaba manifestando inequívocas señales de su desarrollo como mujer; aquellos dolores de cabeza repentinos, como el de la noche anterior, anunciaban que el primer sangrado no tardaría en ocurrir. Sin importar cuánto tiempo faltara, ya fuera cuestión de días o meses, el paso a la vida adulta ya constituía un tránsito inevitable. Así que, convencida de que no se presentaría mejor ocasión que aquella, Perpetua interrumpió el trabajo hogareño que Beatriz desempeñaba abnegadamente.

—Hija mía, deja los sayones por un momento. Necesito hablar contigo.

Beatriz detuvo la diligente ejecución de su labor de planchado y miró con perplejidad a su madre, intentando comprender a que se debía aquel tono serio, acompañado por una inflexión de preocupación. Se puso de pie para ponerse al lado de su madre, quien se encontraba a unos pocos pasos de distancia, y le preguntó exaltada:

—¿Te ocurre algo, madre? ¿No te sientes bien?

—No es nada, Beatriz —la tranquilizó Perpetua endulzando su voz—. Pero, ¿te importaría acompañarme a pasear por el patio? Me gustaría estirar las piernas y tener una charla contigo.

—Claro que puedo acompañarte, si es lo que quieres —afirmó Beatriz intrigada por la invitación—. Como en los viejos tiempos, cuando caminábamos a lo largo y ancho del patio mientras me contabas las historias de los cruzados.

—Exactamente, como en aquellas ocasiones —le dijo Perpetua sintiéndose invadida por una sensación de añoranza—. No lo recordaba… hace mucho que no te cuento historias. No me había dado cuenta de lo mucho que has crecido.

Madre e hija caminaban sin prisa, tratando de mantener un mismo paso mientras continuaban su conversación.

—No exageres, madre —replicó Beatriz—. Sigo siendo yo. La más pequeña de la casa.

—Así es —le dijo Perpetua con dulzura—. Pero ante los ojos de otros, pronto serás vista como una mujer y eso es importante que lo tengas en cuenta.

—¿Es motivo de preocupación ser una mujer? —preguntó Beatriz ingenuamente.

Perpetua suspiró con condescendencia.

—Hay muchas cosas que debes saber y quizá todo lo que diga hoy te parezca incomprensible, pero ya irás entendiendo mis palabras con el tiempo. Sí, ya eres una mujer. Aún no sabes lo que eso significa pero verás cómo tu cuerpo sufrirá algunos cambios importantes, así como experimentarás cosas que antes no ocurrían pero que se convertirán en parte de tu cotidianidad.

—No me gusta cómo suena eso —declaró Beatriz, abriendo de par en par sus ojos azules, expresivos e inmensos—. Es como si me fuera a convertir en una persona distinta.

—En parte es así —le confirmó Perpetua, pero al notar la reacción de perplejidad en el rostro de su hija enseguida le aclaró—: No te asustes. Tú siempre serás la misma, pero al mismo tiempo te verás de otra forma a los ojos del resto, especialmente de los hombres. Y ahí es donde debes tener cuidado.

—¿Debo cuidarme de los hombres? —preguntó Beatriz cada vez más confundida—. ¿Eso incluye a mi padre y mis hermanos? ¿Acaso me harán daño?

Ya iban por la segunda vuelta en su paseo por el patio y Perpetua, aunque mantuvo su tono serio, intentó tranquilizarla.

—¿Qué cosas dices? Como te dije antes, no trates de entender mis palabras hoy. Solo asimílalas en tu pensamiento hasta que maduren dentro de ti. Pero quiero que no desatiendas mi consejo, ni descartes mis preocupaciones. Tus padres, tus hermanos e incluso yo misma siempre estaremos aquí para protegerte. Pero el mundo es muy amplio y está lleno de atajos que, para una muchacha tan despierta como tú, pueden representar diversas alternativas. De niños jugamos a escondernos y huir por todos los atajos posibles porque sabemos que alguien nos encontrará, porque confiamos en que siempre existe el camino de regreso a casa. Pero no vivimos en un mundo en el cual podamos andar tan libremente, cuando somos adultos. Hay un dios posando su mirada sobre nosotros y vigilando atentamente nuestro buen comportamiento. Es importante, para la salvación de nuestras almas, el estar a la altura de esa mirada, y hay cosas que debemos hacer para aplacar las amenazas de este mundo lleno de oscuridad y tentaciones, capaces de hacernos perder su invaluable estima.

—¿Es algo doloroso lo que tengo que hacer? —preguntó Beatriz, quien ya asumía una postura mucho más seria ante la curiosa exposición de motivos que le presentaba su madre—. Entiendo la importancia de esa salvación. Nada me dolería más que perder la gracia de esa mirada. Por favor, madre, dime qué debo hacer.

Beatriz era una cristiana devota, al igual que todos los miembros de su familia, pero ella en particular siempre demostró un interés especial por los temas de carácter teológico y las historias relativas a su fe. Cuando era una niña, constantemente

interrumpía las conversaciones de los adultos para preguntar cuestiones sobre la voluntad de Dios y la naturaleza de Cristo. En cierto modo, Perpetua había hecho bien su trabajo: había criado a una virtuosa y pudorosa cristiana. Por eso era fundamental reforzar sus valores, ahora que estaba a punto de atravesar el umbral hacia la vida adulta. Entretanto, al escuchar las palabras crípticas de su madre, Beatriz comenzaba a preocuparse por sus observaciones y necesitaba llegar al fondo del asunto. Perpetua se armó de paciencia y trató de explicarle los temores que en aquel momento sentía sobre su futuro.

—Este es un momento muy importante entre nosotras. Quizá no se presente otra oportunidad para tener una conversación como esta… y si algún día tienes una hija entenderás por qué es tan difícil hablar abiertamente sobre estas cosas, porque hay un cierto pudor que no debemos mancillar. —Perpetua paró, sostuvo las manos de Beatriz y la miró a los ojos—. Hija, hay cosas que solo podrás conocer por ti misma, cuando te llegue la hora de conocerlas. Yo no puedo describírtelo porque es pecaminoso, pero hay sensaciones que se confunden con sentimientos, o sentimientos que, en apariencia puros, nos conducen a cometer acciones reprobables. Cuando sientas esas manifestaciones recorriendo tu cuerpo y estremeciendo tu alma, enseguida encomiéndate a Dios y procura contenerlas de un modo piadoso. Sin embargo, hay maneras de prevenir esas amenazas antes de que se conviertan en un peligro.

—Yo estoy dispuesta a actuar en conformidad con lo que Dios quiera de mí —ratificó Beatriz—. No quiero ser motivo de preocupación para ti.

—Gracias, hija, eres tan comprensiva —dijo Perpetua con una sonrisa en sus ojos—. Siempre has sido una bendición para esta familia, y no sabes cuánto me tranquiliza escuchar tu voluntad de hacer lo correcto. Pues la acción a seguir es muy sencilla: modera tus sentimientos y no abras tu corazón hasta haberte casado con un buen hombre, un creyente de Cristo y seguidor de los Evangelios. Pero de eso se ocupará tu padre llegado el momento. Hasta que eso no ocurra, no debes entablar conversación con extraños sin la presencia de tu padre o tus hermanos, ni relacionarte con ninguna persona desconocida, y mucho menos con personas ajenas a nuestra fe. Protege tu virtud tanto como resguardas tu propia vida, porque si pierdes eso será igual o peor que estar muerta.

Beatriz escuchaba las palabras de su madre como si vaticinaran el advenimiento de una desgracia ineludible. Palabras que causaron un impacto tan profundo, que la acompañarían desde entonces como un amuleto para protegerla de los peligros del mundo exterior, tanto como la harían temer posibles desgracias. Hasta entonces el mundo, el espacio en el cual transcurría su vida entera sin contratiempos, no representaba mayor inconveniente, limitándose a los acontecimientos del tiempo presente, a sus pequeñas y grandes alegrías o tristezas. Pero ahora su madre estaba descorriendo el velo de las presuntas seguridades, abriéndole así los ojos a una nueva realidad hasta ese momento invisible. Una realidad capaz de manchar su alma con el perjuicio de su virtud. A su corta edad, Beatriz comprendía la importancia de las palabras de su madre y supo que ninguno de sus consejos era en vano, pero le asustaba la idea de estar casada con alguien próximamente, del modo en que Perpetua lo estaba planteando.

—¿Me tendré que ir de esta casa? Yo no quiero ser mujer. Yo no quiero casarme. Yo no quiero dejarlos.

Perpetua notó que los ojos de Beatriz se aguaban con la promesa de unas tímidas lágrimas esperando el momento de asomarse, y la abrazó para tranquilizarla mientras le susurraba:

—Todo estará bien. Ya sabes que esta vieja y tonta madre que tienes se preocupa mucho, pero no hay razones de sufrimiento en lo que te estoy diciendo. Casarte no implica abandonar a tu familia. Aquí hay espacio para otro miembro más si se dieran las circunstancias. Es solo un paso necesario con el fin de salvaguardar tu virtud. De este modo se cumple el ciclo natural de la vida. Al menos el de aquellos que vivimos amparados por la fe en Cristo. Hija mía… en unos meses tú misma querrás casarte cuanto antes. Y no hay nada mejor que le pueda ocurrir a una mujer que contraer matrimonio, excepto cuando finalmente llegue el día en que se convierta en madre. Honrar el matrimonio es una forma de adorar a Dios.

Beatriz se sintió mucho más calmada al comprender que hablaban sobre un futuro cercano pero no inmediato. No obstante, después de haber escuchado esas palabras ya no podría apartar de su mente la idea de que la sombra de ese porvenir pronto la alcanzaría, pese a que la perspectiva de convertirse en la esposa de alguien representaba un destino muy incierto. A Beatriz le daba vergüenza confesárselo a su madre, pero ella soñaba casarse con un hombre que la amara del mismo modo en que los caballeros amaban a las princesas, o los dioses a las mortales, como en todas esas historias sagradas y paganas que conocía gracias a los cuentacuentos, trovadores y actores de las ferias ambulantes que visitaban los pueblos para entretener a niños y adultos por igual. No sabía nada del amor, ni cómo eso estaba relacionado con el matrimonio y los deberes que Perpetua exponía, pero se sentía atraída por la posibilidad de protagonizar una de esas historias, que no dejaban de contarse a través del tiempo y que se convertían en ejemplos de lo que significaba trascenderlo. Según esos relatos, el amor era algo tan grande para los amantes que sus propias vidas, individualmente, importaban muy poco si no cumplían la promesa de permanecer juntos. Beatriz no podía evitar sentirse fascinada por esas historias, pero al mismo tiempo pesaba sobre ella la convicción de que cualquier acción que contradijera los mandamientos divinos de la palabra cristiana era totalmente inaceptable. Beatriz comenzaba a pensar, con cierto alivio, que el matrimonio era el punto de encuentro que conciliaba ambas contradicciones, aunque en la mayoría de las historias que versaban sobre amantes, especialmente las más apasionadas, las nupcias nunca eran una constante. Con el semblante nuevamente alegre Beatriz le dijo a su madre:

—Llegado el momento nos preocuparemos, tal como dices. Pero gracias por contarme tus preocupaciones. Sabes que nada me complace más que hacerte sentir bien. No quiero que te angusties por mi futuro.

Perpetua fue a sentarse en un banquito de piedra, a un extremo del patio, y alzó su mirada al cielo para comprobar la posición del sol. Beatriz se mantuvo de pie observándola. Perpetua supo que era pleno mediodía, lo cual significaba que en un par de horas volverían su esposo y sus hijos para almorzar, antes de volver a salir para continuar con sus negocios. Con toda seguridad antes llegaría su cuñada, la costurera del pueblo, para ayudarla a cocinar. Perpetua estimó que la carne no sería suficiente para todos, que perfectamente podría repartir una buena y satisfactoria ración de carne para los hombres, pero que las mujeres de la casa se quedarían sin su ración. Tampoco era aconsejable ni justo reducir la ración de los hombres, quienes, tras una larga y extenuante jornada de trabajo, esperaban llenar sus estómagos para soportar luego las horas que quedaban por trabajar. Se esperaba una nueva oleada de hambruna, pero Perpetua confiaba en que su familia lograría sobreponerse a las dificultades, como en otras ocasiones. Tras tratar de improvisar una solución para resolver la cuestión del almuerzo, e incluso de la cena, Perpetua finalmente rompió su silencio para pedirle un favor a su hija, que trataba de adivinar los pensamientos de su madre tras un atento escrutinio de su rostro contrariado.

—Tenemos una pequeña emergencia, Beatriz. La carne no es suficiente y se me ocurre que comprando pescado podremos completar lo faltante. Debo ponerme a cocinar y no puedo salir. Necesito que vayas a la costa y compres un poco de pescado fresco. ¿Te importaría?

—Por supuesto que no, madre —no tardó en responder Beatriz—. Voy cuanto antes para no perder tiempo.

Perpetua se levantó del banquito para entrar en casa, indicándole a Beatriz que la siguiera. Una vez dentro se acercó al cofre en el que guardaban las monedas para los pagos y recados y le extendió unas pocas monedas a Beatriz dictándole instrucciones claras y precisas.

—Comprarás cuatro pescados pequeños de cola cortada, preferiblemente arenques. No te entretengas en el camino y, una vez que hayas adquirido los pescados, regresas de inmediato. No te quedes jugando con los hijos pequeños de los pescadores, ni con los perros. Recuerda lo que hablamos sobre los hombres. Y si alguien que no conoces se te acerca, lo mejor es que corras.

Beatriz asentía asegurándole a su madre que no olvidaría las instrucciones, ni desatendería sus recomendaciones, aunque en su interior le entraban ganas de reírse de las extremas precauciones que Perpetua señalaba. No era la primera vez que iba a la costa, no se le ocurría qué podría suceder de extraordinario para que se preocupara tanto su madre. Antes de emprender rumbo hacia la costa, su madre le amarró alrededor del cuerpo un saco de tela, dentro del cual podría meter los pescados para llevarlos cómodamente sin tener que manipularlos directamente con sus manos, y repitió sus admoniciones como si nunca antes las hubiera dicho. Beatriz la miró con una mezcla de fastidio y condescendencia.

—Ay, madre, te preocupas demasiado y eso no le hace bien a tu salud. Es el camino de siempre. Volveré cuanto antes. No se habrá apagado el fogón y yo ya habré regresado.

Perpetua, azorada por las demandas de su trabajo en la cocina, le dio un beso rápido en la frente y la despidió. Beatriz se alejó de casa con pasos rápidos y seguros y su recorrido no tardó en desembocar en las calles empinadas que conducían al centro de la ciudad. El bullicio ininterrumpido, los olores diversos y la profusión de personas de distintos colores de piel y credos salieron al encuentro de Beatriz, que caminaba evitando cualquier distracción que retrasara su llegada a la costa. Algunos vendedores ambulantes intentaban persuadirla para que prestara atención a las mercancías que le ofrecían. Beatriz se excusaba con disculpas breves y sin mirarlos a los ojos, esquivando con gracia y soltura a cada uno de estos hombres. A veces miraba de reojo a los niños que corrían detrás de las palomas, con deseos de detenerse y contemplar el espectáculo de sus juegos, pero no por ello aminoró su marcha; ya sintiendo en sus fosas nasales el aroma a mar, que le anunciaba que se encontraba cerca de la costa. Beatriz apresuró su paso descendiendo por una escalinata rudimentaria, con los escalones toscamente tallados en la piedra, que servía de atajo para evitar el mercado principal y llegar directamente a la costa. Justo cuando se encontraba bajando los últimos escalones, frente a ella subía una anciana vestida con andrajos, probablemente una mendiga, que se tropezó al iniciar su ascenso. Beatriz corrió a ayudarla y le extendió su mano, pero la anciana fue a sujetarla con un movimiento inseguro que finalmente la hizo resbalar y caer de rodillas. Beatriz hizo acopio de fuerzas para levantarla sujetándola por los hombros, sin ocultar su preocupación ante lo que pareció una caída dolorosa para la anciana.

—¿Se encuentra bien? No debería subir esta escalinata. Es muy empinada y los escalones son muy estrechos. Si bordea la costa hasta alcanzar aquella colina puede llegar al mercado principal, si es lo que quiere.

—Es usted muy amable, jovencita —agradeció la anciana, ya de pie gracias a la ayuda solícita de Beatriz—. Bien lo has adivinado, mi intención es llegar al mercado y me dijeron que este era el camino más corto. Pero tal parece que quienes acortan su camino a cambio encuentran peores peligros.

La anciana hablaba con una voz carrasposa que le confería un tono enigmático a sus palabras. Tosía repetidas veces con cada oración que pronunciaba. Beatriz pudo observar que su piel cetrina y arrugada presentaba pequeños pliegues que temblaban ligeramente, como si tuvieran autonomía respecto al cuerpo que las animaba, pero como no quería perder tiempo intentó despedirse ahora que ya se encontraba a salvo.

—Es un buen consejo. Como le digo, lo mejor es que siga hacia la colina.

La anciana sujetó la mano de Beatriz con fuerza, interrumpiéndola y asustándola un poco por tan inesperada reacción. Y acentuando su voz ronca le dijo:

—Nunca elijas otro camino distinto al que te dan, querida. No podemos forzar los acontecimientos así como no podemos evitar los encuentros que harán temblar nuestras pequeñas seguridades.

Beatriz se zafó amablemente del apretón de la anciana, excusándose.

—Muy sensatas sus palabras, señora. Ahora si me disculpa, mi madre me espera en casa y debo comprar pescado. Tampoco quiero quitarle más de su tiempo para que pueda llegar al mercado.

Beatriz ya estaba a punto de darle la espalda cuando la anciana la detuvo sujetándole el hombro.

—Espera. Esta visión no ha pasado desapercibida ante mis ojos.

Beatriz inmediatamente comprendió que esa mujer harapienta y sucia era una bruja. Al menos, una de esas adivinas poco creíbles que se dedicaban a repartir profecías a cambio de unas pocas monedas. Sin embargo, su curiosidad era superior a su miedo y se interesó por lo que estaba escuchando.

—¿Una visión? No tengo suficiente dinero, si lo que quiere es...

—¡No acuses en vano! —reprendió la anciana interrumpiéndola—. Mis visiones son de quien las engendra. No pido nada a cambio por ellas, excepto un oído atento y un corazón puro y libre de prejuicios.

Beatriz sentía que algo ajeno a su voluntad contestaba por ella, o quizá fuera el ímpetu que alimentaba su curiosidad el que la impulsó a responder.

—La escucho atentamente y sin prejuicios.

—No temas el futuro, pequeña —recomendó la anciana como si leyera sus pensamientos—. Mi visión ha sido precisa. He visto un hallazgo y un encuentro en tu camino. Antes de que caiga la noche tu vida ya habrá cambiado para siempre, pero tú no te darás cuenta de ello.

—Mi vida ya está planeada —se desahogó Beatriz, expresando una interioridad que no se atrevía a aceptar cuánto le afectaba—. No hay manera de que mi destino cambie a menos que extravíe la gracia. Y yo no quiero quedar mal ante los ojos del Señor.

La anciana alzó sus brazos para poner sus manos sobre la cabeza de Beatriz, quien inclinó un poco su cuerpo para dejarse tocar por ella. Ya no sentía miedo de ella, porque su intriga y su necesidad de escuchar respuestas esperanzadoras superaban cualquier temor infundado. La anciana impuso sus manos sobre su cabeza y luego sobre su rostro, a medida que sus labios susurraban palabras ininteligibles a modo de plegaria. Esta acción hizo que Beatriz se sintiera inundada por una atípica sensación de paz y

tranquilidad. Una vez concluido su curioso proceder, la anciana la miró directamente a los ojos.

—Tu camino estará bendecido por una gracia mayor de lo que sospechas. Sé valiente a la hora de cuestionar lo que todo el mundo da por sentado. No temas el paso falso que te acerca al Paraíso. No huyas del accidente que te lleva al oro. Busca tus respuestas en la arena y traza un círculo para atrapar tus miedos. El buen Dios está de nuestro lado cuando se trata de conquistar nuestra felicidad.

—Pero ¿y si mi felicidad contradice sus leyes? —preguntó Beatriz—. Hay mandamientos que no pueden desobedecerse.

Su inocencia era conmovedora hasta para la anciana, quien sonrió al escucharla mostrando una boca grotesca y casi desdentada por completo. Le respondió con una seguridad que no admitía objeción:

—Es que no lo comprendes, mi niña; nuestra felicidad es el único mandamiento que nos ha impuesto nuestro bien amado Dios. Por encima de todos esos grandes decretos y férreas prohibiciones, un solo mandamiento basta. Y ese mandamiento lo conocen quienes escuchan sin miedo a su corazón.

Beatriz quería objetarle sus palabras mencionando las numerosas leyes y mandamientos que prescribían los libros sagrados, con los que fue educada desde temprana edad, pero las palabras de la anciana contenían una verdad demasiado hermosa para ser invalidadas. Tampoco sonaban insensatas ni blasfemas. En cierta manera, sus palabras eran el reflejo de sus anhelos. Antes de que pudiera responderle, la anciana le dio un abrazo a modo de despedida y se giró para continuar su camino, renovando sus intentos de ascender la escalinata. Beatriz reaccionó enseguida movida por la preocupación.

—Pero, señora, ¿insistirá nuevamente con la escalinata? Creo que es arriesgado a su edad. ¿No tiene miedo de volver a tropezar?

La anciana se rió con una carcajada inquietante y apenas giró una parte de su cuerpo para ofrecerle una respuesta concisa.

—Quien ha sido recogido por un ángel, jamás vuelve a caerse.

La anciana finalmente le dio la espalda y sin detenerse siguió subiendo por la escalinata, muy segura de sus pasos. Con un gesto consternado Beatriz la observó desde la distancia, atenta a su ascensión y complacida al ver que la enigmática anciana no erraba ni un solo paso. Cuando su figura se transformó en una pequeña e indistinguible sombra que se perdía a lo lejos, Beatriz reanudó su camino hacia la orilla del mar, donde montones de pescadores ofertaban el producto de su esforzada pesca a los mejores precios posibles. A pesar del aumento de precio de otro tipo de alimentos, o de su escasez, el pescado no dejaba de ser una opción asequible, especialmente en temporadas como aquella en la que abundaban variedades de peces y criaturas marinas. Particularmente durante ese verano, las capturas eran grandes y providenciales, como si el mar fuera ajeno a la crisis de los hombres y sus pequeños reinos, oprimidos por reglas que los condenaban a morir llenos de deudas y privaciones. Una serie de tenderetes, torpemente hechos de madera y paja, se distribuían irregularmente, y en cada uno de ellos numerosas personas intentaban organizarse para adquirir la cantidad y el tipo de pescado que buscaban. La mayoría pedía arenques o boquerones, pero los mercaderes le daban prioridad a los emisarios enviados por nobles o familias acaudaladas, los cuales ansiaban escoger el mejor pescado para la casa o palacio en el que trabajaban. El proceso de compra y venta de pescado fresco, si bien era rentable y favorecía a los pobres, también era lento e incómodo en su fluir diario. Mientras los pescadores continuaban llenando y vaciando sus redes, cerca de ellos los vendedores despachaban a los compradores con calma y parsimonia.

Beatriz no se decidía por dónde empezar, desanimada por la gran cantidad de personas que pululaban por doquier. Quiso buscar algún vendedor que no se encontrara tan copado atendiendo potenciales compradores, pero sin éxito alguno; a cada paso se acentuaba su derrota. Su madre le había recomendado que, en caso de no estar despejada la zona de mercadería, se acercara a la playa y negociara directamente con los pescadores, especialmente con los más ancianos, puesto que cederían con mayor facilidad a las peticiones de una joven. Siguiendo ese consejo, Beatriz aceleró sus pasos con la mirada pegada al suelo para no distraerse ni entablar contacto visual con nadie; ya suficiente había tenido con la anciana. Luego, al alzar brevemente la cabeza para verificar su posición, no fue capaz de evitar el suspiro de asombro al encontrarse con la inmensidad del mar frente a ella. Un espectáculo nunca despreciable, que quitaba el aliento y engrandecía el corazón. Beatriz siempre se quedaba maravillada con la contemplación del océano. Para ella representaba un momento de reverencia, en el cual sentía estar frente al rostro de algo divino e inconmensurable que le demostraba en silencio su alcance y poderío. Se le revelaba la existencia de una belleza superior.

Esta vez, Beatriz se obligó a sí misma a no quedarse mucho tiempo observando el indetenible oleaje que la hipnotizaba y procedió a buscar un pescador para hacer su compra. Unos cuantos la rechazaron enseguida, mandándola de vuelta al mercado y solicitándole que no los molestara con sus requerimientos. Otros alegaban que no era lícito hacer ventas individuales fuera del mercado y que las pescas apartadas ya les pertenecían a los grandes comerciantes o eran para su familia. Los pescadores, en general, reservaban una pequeña parte para el consumo personal de su casa y preferían vender a grosso modo para traficantes y mercaderes con el fin de obtener una ganancia sustanciosa y fija. Simplemente no era rentable vender una determinada y reducida cantidad de pescado a una sola persona por tan pocas monedas. No obstante, Beatriz no se permitió darse por vencida, ya que volver al mercado de pescado implicaba pasar horas sin ser atendida y no llegar a tiempo para el almuerzo, mientras que regresar a casa con el saco vacío representaba un fracaso que defraudaría enormemente a su familia. Siguió preguntando sin éxito entre los pescadores y, cansada por las negativas, estuvo a punto de emprender el camino de vuelta al mercado, cuando un pescador con el cabello canoso la llamó.

—Eh, muchacha. ¿Estás buscando pescado?

Beatriz se detuvo pero no se acercó hacia el lugar desde el cual la llamaba el pescador, quien se encontraba desenredando sus redes.

—Sí, señor. Pero nadie quiere vendérmelo.

El pescador no apartaba ni un segundo sus ojos de las redes, las cuales estaban enmarañadas de tal modo que requerían su atención absoluta. Pero eso no le impidió proseguir con la conversación.

—No es lucrativo para nadie venderle unos pocos pescados a una niña que pagará con unas míseras monedas. La generosidad es una virtud escasa en estos días.

—Comprendo, señor —se lamentó Beatriz—. Si me disculpa debo seguir con mi camino.

El pescador dejó por un momento la concentración exclusiva en sus redes, para mirarla y llamarla antes de que siguiera su camino y se alejara de la playa.

—Espera, muchacha. Yo puedo venderte pescado. No he recogido mucho porque mis redes se enredaron con unas piedras y he pasado un buen rato arreglándolas. Pero quizá tenga lo que buscas.

Dubitativa, Beatriz no supo si continuar su camino o acercarse al pescador. Aunque no luciera un aspecto amenazante y su forma de dirigirse a ella fuera bastante respetuosa

y amable, algo en su espíritu sentía una inusitada desconfianza por aquel hombre. Pero, ya que no le quedaba otra opción, se acercó a él lentamente.

—No es mucho lo que puedo comprar. Unos cuatro arenques sin cola, pero si no tiene, cualquier otro pescado similar puede servirnos.

—Debo cortarles las colas —advirtió el pescador, mientras extraía cuatro arenques de una vara en la que estaban ensartados y secándose al sol—. Aún es temprano. Llegarás con tiempo de sobra para el almuerzo. ¿Te ha mandado tu madre?

—Exactamente, mi madre me espera —contestó Beatriz sin dar más explicaciones.

El pescador se tomó su tiempo en despojar de su cola a los arenques, valiéndose de un filo corto de hierro, con ganas de seguir conversando.

—No tienes nada que temer. Te he estado observando desde que llegaste y pendiente del comportamiento de mis compañeros. No permitiría que se portaran de modo indebido con una jovencita como tú.

—Agradezco su preocupación —respondió Beatriz sin sonar muy amable—. Pero tal como usted dice, no tengo nada que temer. Dios guía mis pasos.

—Me alegra escuchar una respuesta como esa —declaró el pescador, justo cuando picaba la cola del tercer arenque—. Yo también soy cristiano. Y para eso somos parte de una misma comunidad, estamos para ayudarnos entre nosotros. Amando a nuestro prójimo, tal como se nos fue encomendado, y así es como deben ser instruidos nuestros jóvenes… para que no elijan caminos torcidos.

Beatriz asentía en silencio y sin mirarlo a los ojos, apuntando su propia mirada hacia un lugar lejano en el horizonte. En presencia de aquel hombre se sentía tensa y, cuando este la observaba, se imaginaba asolada por una fuerza punzante y ardiente, como si su mirada hablara un lenguaje distinto a las palabras que profería, un idioma silencioso que las contradecía. En su mente resonaba la charla que había tenido con su madre horas atrás y comenzaba a atisbar algunas de las cosas que no comprendía. Miradas incómodas como aquella la hacían consciente de tener algo que no sabía explicar, algo que resultaba atractivo y era codiciado por otros, pero que traía consigo una inexplicable sensación de vergüenza para ella. A eso se refería su madre en cuanto a su advertencia sobre los hombres, a la noble necesidad de preservar el pudor que otros querrían sustraerle. El pescador extendió los arenques.

—Dame tu saco, para organizar los arenques.

Beatriz se desembarazó del saco y se lo dio. Al cogerlo, el pescador le rozó levemente el brazo con su mano, y sus ojos se encontraron. Entonces sonrió con una mueca que deformó su rostro sudoroso, insolado y lleno de manchas, y se relamió los labios. Beatriz apartó su brazo de inmediato y el pescador, alertado por la reacción de ella, bajó la mirada con el saco en sus manos y fue introduciendo los arenques uno a uno.

—He puesto cinco en lugar de los cuatro que solicitaste. Pero uno corre por mi cuenta, por amor al prójimo. ¿Necesitas que amarre el saco a tu cuerpo?

—Gracias, pero puedo yo sola —dijo Beatriz, nuevamente evitando su mirada.

El pescador dejó el saco en el suelo y ella lo recogió, ciñéndoselo al cuerpo con unos eficaces amarres que pasaban por sus hombros, tal como su madre la había instruido. Luego alzó su mano mostrándole las monedas.

—Aquí tiene su pago. Nuevamente reitero mi agradecimiento.

Casi podría decirse que Beatriz arrojó las monedas en la palma de la mano que el pescador extendió para recogerlas, con el fin de evitar un nuevo contacto. El pescador contuvo sus ganas de reír al observar el curioso rechazo que esta le mostraba, incapaz de disimularlo, y volvió a recoger sus redes despidiéndola con unas misteriosas palabras y sin mirarla.

—Que el pescado sea provechoso en tu mesa. Cuídate mucho y recoge tus pasos sin perderlos. Nunca sabes quién puede seguirlos.

Beatriz masculló unas breves palabras de despedida y caminó deprisa alejándose del pescador, mientras este retomaba sus intentos de enmendar las redes. En el camino de vuelta, Beatriz consideró que la mejor opción era bordear la costa y subir por la colina, evitando de este modo el arriesgado ascenso por la escalinata. Contaba con tiempo de sobra para llegar a casa. Su madre probablemente se encontraba preparando la carne junto a su cuñada. Considerando lo sobrada que estaba de tiempo, Beatriz aminoró la marcha, una vez que ya estuvo lo suficientemente lejos de los pescadores, para disfrutar la contemplación del océano fusionado con el cielo despejado. Dos azules que se complementaban como si estuvieran fundidos por un abrazo, dos texturas que se entretejían hasta confundirse en un horizonte desconocido para sus ojos. Beatriz observaba el paisaje y reflexionaba en esa comunión sagrada entre elementos tan distintos que conseguían un punto de encuentro para asemejarse, permitiendo así la falsa apariencia de una unión entre ambos ante los ojos humanos, aunque incontables medidas de distancia siguieran separando al mar del cielo durante el resto de la eternidad. Beatriz se preguntó si acaso eso no sería la imagen precisa de lo que era el amor, acompañar la imposibilidad de una cercanía real en el transcurso de toda una vida, pero parecer enlazados como una parte indistinguible del otro frente al resto del mundo.

Beatriz quiso sentarse un rato en un pequeño promontorio rocoso, desde el cual podía sumergir sus pies en el agua sin mojarse el resto del cuerpo. Esta vez se distrajo viendo los movimientos irregulares de las ondas del agua, al agitarla con unos leves movimientos de sus piernas. Tras unos pocos minutos descansando de esa manera, Beatriz se sintió atraída por la presencia de piedras coloridas que se adivinaban bajo el agua transparente. Se bajó de la roca y se inclinó sobre el agua para coger aquellas piedras, que lucían tan atractivas ante sus ojos, no sin antes asegurarse de que el saco con los arenques se encontrara debidamente amarrado a su cuerpo. Cuando era pequeña acostumbraba a coleccionarlas y, siempre que pasaba por la playa, aprovechaba la oportunidad para buscar nuevas piezas para su colección. Le gustaba poseerlas para observarlas y ordenarlas en una esquina al lado de su cama. Con suerte conseguiría también algunos caracoles, además de las piedras. Removiendo por un lado y rebuscando por el otro, Beatriz logró conseguir tres piedras dignas de formar parte de su colección: una rojiza de forma cilíndrica, otra con bordes irregulares de color negro azulado y una redonda blancuzca con curiosas líneas de color naranja. Le gustaban sobre todo las diferentes texturas que presentaban cuando las acariciaba con los dedos, como si cada color distinto tuviera su propia constitución y temperatura.

Ya había perdido bastante tiempo buscando, pero Beatriz no quería marcharse sin antes llevarse por lo menos una concha de caracol, aunque fuera una pequeña. La búsqueda fue infructuosa y, cuando ya había determinado que lo mejor era desertar y retomar el camino de regreso a casa, de repente su atención fue seducida por la presencia de un objeto brillante, que irradiaba un aura dorada a una mayor profundidad que el resto de las piedras. El mar siempre presentaba esta facultad de engañar a la vista, haciendo que un objeto pareciera más inmediato al alcance de lo que realmente se hallaba. No era capaz de distinguir qué era esa cosa brillante, pero era inútil agacharse y solo extender el brazo pues se dio cuenta de que, para agarrarlo, debía sumergirse hasta el fondo. Por un momento, Beatriz pensó que lo más conveniente era irse de allí y continuar su camino, ya que lo más probable era que se tratara de un objeto cualquiera sin valor, que no merecía el menor esfuerzo conseguirlo. Pero su curiosidad era aún

mayor que su sensatez y prefería salir de dudas antes que quedarse con la insatisfacción de una conjetura.

Beatriz echó un vistazo a su alrededor vislumbrando un ambiente despejado y sin tránsito humano. Se encontraba lo suficientemente apartada de la zona de pesca y del mercado como para ser vista por alguien, por lo cual se desembarazó de parte de su indumentaria incluyendo el saco, y los puso cuidadosamente sobre la roca en la que se había sentado minutos antes. Solo se quedó con el sayón corto que le servía de ropa interior y que la cubría hasta los muslos. Afortunadamente, sabía nadar y lo hacía muy bien. En tiempos mejores y más ingenuos, su padre la había llevado a un río, junto a sus dos hermanos, y les había enseñado tanto a sumergirse como a flotar, así como a nadar de un extremo al otro con el movimiento sincronizado de brazos y piernas. Ahora era el momento perfecto para valerse de ese aprendizaje y conseguir aquel objeto brillante, que la invocaba en silencio con cada nuevo relumbre. Beatriz se sumergió en el agua y abrió los ojos intentando ubicar el brillo. Pero el objeto se hallaba a mayor distancia de la que creía adivinar a primera vista desde fuera. Volvió a emerger a la superficie, e inspiró una bocanada de aire para introducirse de nuevo y nadar hacia una dirección fija. Sin embargo, cuanto más se sumergía más se alejaba el esquivo objeto, en parte quizá por el movimiento de su propio cuerpo al agitar el agua. Fueron tres las intentonas fallidas en las cuales, tras sumergirse y nadar un trecho, se veía obligada a regresar hacia la superficie para respirar. Beatriz se esforzó en mantener la calma, ya que cuando se trata de enfrentarse al mundo subterráneo que el mar esconde, la mejor virtud para estar a su altura es la serenidad.

Sin aceptar su derrota, Beatriz volvió a sumergirse mar adentro y finalmente consiguió verlo allí abajo. “¡Qué brillante! ¡Tan dorado!”, pensó Beatriz, que, casi sin aire, consiguió llegar hasta él. Apenas sobresalía pues estaba envuelto en arena. Lo desenterró y lo sostuvo en sus manos. No daba crédito a lo que veían sus ojos, aunque la evidencia era innegable: ¡era una moneda de oro! Con una sonrisa delineándose en su rostro, Beatriz cerró la mano con fuerza para que no se le escapara su hallazgo y ascendió hasta volver a la superficie. Indiferente al fuerte oleaje que arreciaba en aquel momento, Beatriz se quedó anonadada mirando la brillante y gruesa moneda de oro que sostenía. Era algo que nunca antes habían sujetado sus manos, ni seguramente las de ningún otro miembro de su familia, en el caso de que se tratara de oro puro. Pero no necesitaba haber sostenido anteriormente una moneda como esa para comprender su verdadero valor. En una de sus caras se veía el dibujo de un escudo, mientras que en la otra se apreciaba la imagen de una corona perfectamente cincelada, rodeada por unas letras en latín que no conseguía leer con claridad. Cuando alcanzara de nuevo la orilla la lustraría para apreciarla mejor. Agitándose con el vaivén de las olas, Beatriz seguía absorta en la contemplación del fascinante objeto como si sostuviera el peso de una esperanza, y en cierto modo así era. No solo llevaría la comida que necesitaban en casa, para que ningún estómago de su familia quedara insatisfecho, sino también una pieza de oro que probablemente resolvería muchos problemas.

Justo en ese instante recordó a la anciana cuando dijo: “he visto un hallazgo en tu camino”. Aquella moneda era un hallazgo, tal y como había vaticinado. Trató de recordar su otra predicción pero una gran ola chocó de lleno contra su rostro, haciéndola sentirse un poco ahogada. Beatriz sostuvo con fuerza la moneda y tosió repetidas veces escupiendo el agua salada que la atragantaba. Se asustó un poco y pensó que casi pudo haber perdido la moneda por su descuido. Una llovizna se precipitaba tímidamente sobre su cabeza, pero el aspecto sombrío del cielo anunciaba la llegada de una tempestad, por lo que era mejor regresar cuanto antes nadando rápidamente. No obstante, y sin saber cómo pudo haber pasado, se dio cuenta de que estaba muy lejos de

la orilla. Su distracción la había hecho cometer un error mortal: subestimar la naturaleza cambiante del mar y su capacidad de confundir a las criaturas desprevenidas que en él se sumergen. Desafortunadamente para ella, la lluvia aumentaba progresivamente su fuerza e intensidad.

"Tengo que mantener la calma, con unas pocas brazadas llegaré a la orilla… un último esfuerzo", se dijo a sí misma mientras nadaba. Pero Beatriz no era capaz de controlar la agitación del mar, que iba en aumento y le impedía avanzar en línea recta. Un relámpago, seguido por un trueno, reclamó con autoridad la majestad de una tormenta que ya era inevitable. Llovía sin reparos sobre el mar, y este, ávido de crecerse y expandirse, se estremecía con oleajes violentos. A Beatriz le incomodaban las gruesas gotas de lluvia que caían sobre su cabeza mientras nadaba y que, hasta cierto punto, dificultaban su visión obligándole a cerrar los ojos. Trató de asirse a una roca con una mano, confiando en que las olas cesarían, a la vez que sostenía la moneda con la otra, determinada a no soltarla sin importar lo que pasara. Pero el mar tenía otros planes para ella y demostró su faceta más cruel, incrementando el flujo de olas y remolinos, hasta hacerla soltar la piedra y engullirla por completo.

Beatriz se hundía progresivamente hacia el fondo del mar sintiéndose invadida de agua y confusión. Se ahogaba y nadie podría rescatarla de una muerte segura. Hizo un último esfuerzo para alzarse y ascender a la superficie, con ganas de lanzar un grito de socorro, que invocara la ayuda de Dios y de algún buen samaritano en su camino; pero el mar la reclamaba como si tirara con fuerza de sus piernas para tragársela hasta sus profundidades más oscuras e insondables. Cuanto mayor era su resistencia, con duplicada fuerza el mar contraatacaba para naufragar sus pobres intentos por ascender. En algún momento de su lucha inútil contra esa fuerza superior a ella, Beatriz optó por no oponer resistencia a la marea y resignada se dejó caer ya segura de su muerte.

Cuando intentaba recordar lo ocurrido, bosquejando mentalmente el orden de los acontecimientos, era incapaz de precisar el momento exacto en que su consciencia se había desvanecido, como si toda su existencia se hubiera desprendido de ella, para dejarla abandonada y por su cuenta en aquella tumba marina. Su ser entero era acunado por el agua, que la arropaba con un velo de muerte y soledad. Nadie la había visto. Nadie la salvaría. Estaba condenada a perecer en el olvido durante horas y quizá días, hasta que alguien la echara de menos e iniciara una búsqueda para hallarla; algo que probablemente tomaría demasiado tiempo para finalmente descubrir un cadáver verdoso e hinchado por el inclemente abrazo de la mar. Una situación trágica, aparentemente irreversible, parecía haber ocurrido.

Minutos después, un cuerpo inanimado era depositado en la arena, secándose bajo un sol que probablemente era incapaz de reanimarla. Pero de pronto ocurrió lo imposible: una bocanada de aire intempestiva trajo consigo un despertar violento. Beatriz volvió a sentirse parte de un cuerpo y de una vida que minutos antes la había abandonado, ¿o era ella quien había decidido abandonar el cuerpo y la vida que lo animaba? Sus sentidos tardaban en asimilar la buena noticia de su regreso. Se sentía incapaz de abrir los ojos, sintiendo que los rayos del sol los lastimaban, y su piel tiritaba de frío, aún empapada de tanto mar. Sus otros sentidos le alertaban de que ya no llovía. Su respiración acelerada absorbía el aire con desesperación, ansiosa por saborear cada hálito que reafirmara su existencia. Como si hubiera sido devuelta a la vida, o alumbrada de nuevo, casi imaginaba que se trataba de un sueño, o de un estado intermedio entre su mortalidad y la eternidad que le deparaba, pero sintió un profundo dolor en el pecho que la hizo consciente del lugar en el que se encontraba. Percibía la textura suave y mojada de la arena bajo su cuerpo, así como escuchaba a lo lejos el canto de los pájaros que acostumbraban a sobrevolar la superficie del mar. Seguía

contándose entre los vivos, en el mundo que ya conocía. Un suspiro de alivio agudizó el dolor punzante de su pecho y extendió las palmas de su mano para aferrarse a la arena. Tras esta acción se sintió alarmada: "¡mis manos están vacías!, ¡la moneda se ha perdido para siempre!". Este descubrimiento le hizo levantar su pecho e incorporarse, con los ojos aún entrecerrados. Frente a ella apenas distinguía una mano que le alcanzaba un objeto, pero en cambio pudo escuchar claramente la voz de un hombre.

—¿Buscabas esto?

Cuando al fin pudo abrir los ojos, vio una mano de piel morena, con la palma abierta mostrando la moneda que daba por extraviada. Al alzar su rostro su mirada se encontró, por primera vez, con los ojos oscuros de un hombre que jamás olvidaría. Sea quien fuera ese hombre, le debía la vida. Finalmente recordó el vaticinio completo de la anciana: "un hallazgo y un encuentro". Si estaba en lo cierto, su vida no volvería a ser la misma.

Capítulo 2

Mientras la brisa cálida del mediodía contribuía a la pesadez de la faena en la costa, dos gaviotas disputaban con violencia la posesión de un pequeño pez. Frente a ellas, un testigo silencioso observaba la escena con expectación, atento a cada uno de los movimientos de las aves, a cada picotazo furioso para arrebatarle la presa a su rival y reclamarlo como su trofeo. El espectador de aquel espectáculo temía que no habría concilio posible entre ambas partes y que perder representaría la muerte para alguna de las dos gaviotas hambrientas. La batalla no duró mucho y, tal como predijo, el picotazo de una produjo un corte mortal en la garganta de la gaviota vencida, la cual trastabilló y cayó derrotada, desangrándose lentamente hasta expirar. La gaviota vencedora hizo caso omiso de su contrincante mientras moría, y enseguida se concentró en devorar su trofeo, desmenuzándolo desesperadamente para tragárselo a grandes bocados. El cadáver de la gaviota no permaneció mucho tiempo en un mismo lugar, gracias a que el mar lo arrastró consigo para llevárselo, ofreciéndole quizá la promesa de una tumba digna. Por su parte, la gaviota vencedora, ya satisfecha, emprendió el vuelo, como si con ello redimiera todo el rastro de muerte y destrucción dejado tras su paso.

El hombre repasaba mentalmente la escena transcurrida frente a sus ojos y reflexionaba sobre ello, sentado en la arena. Aprovechaba un breve tiempo de descanso, antes de regresar al mercado y continuar escuchando el bullicio incesante entre compradores y mercaderes, y así poder hacer una de las cosas que más disfrutaba: observar el mundo y pensar sobre lo que veía. Su nombre era Said. Un hombre de piel tostada, emparentado con los musulmanes, de porte elegante en su figura alta y esbelta, que le hacía parecer un seductor príncipe oriental, salido de las fantasías contadas por Scheherezade. Trabajaba como traficante interno e intermediario en las negociaciones entre pescadores y comerciantes, facilitando vías de diálogo y pago que resultaran beneficiosas para ambas partes. En lo referente a los negocios y al trabajo diario, Said era un hombre astuto capaz de persuadir a cualquier persona con las artimañas de su elocuencia y, de tal modo, convencerlo en la toma de una decisión como si fuera la suya propia, borrando con tino las huellas de su intención secreta. Era un don natural, el suyo. Cualquier negocio en sus manos dejaba satisfechas a ambas partes y sin un asomo de duda. No obstante, Said no empleaba este talento para obrar mal y lucrarse en su propio beneficio, sino que, al contrario, empeñaba sus mejores y más generosos esfuerzos para que nadie quedara descontento.

Desde hacía unos meses vivía en el Reino de Valencia junto a su madre, pues su padre había fallecido, tras agonizar lentamente por una misteriosa enfermedad. Una vez hubo pagado las deudas familiares, Said decidió que lo mejor era embarcarse en un navío de carga, comandado por un amigo de su padre, rumbo a la promesa de un nuevo comienzo. Said y su madre se establecieron en una amplia zona residencial en la que, desde antaño, solían vivir las familias musulmanas. Tanto Said como su madre se sentían a gusto formando parte de un mundo que los aceptaba y del cual no eran ajenos; y no tardaron mucho en crear nuevas amistades con otras familias.

Said fue empleado casi de inmediato por los comerciantes musulmanes del mercado de la costa. Todos ellos trabajaban de modo independiente, pero se ponían de acuerdo para no estorbar el trabajo de sus colegas y se organizaban por sectores para evitar competencias directas, en el caso de aquellos que comerciaban con productos similares. Sin embargo, Said trabajaba para todos ellos como un intermediario entre los distintos sectores y aquellos otros comerciantes y compradores no practicantes del Islam. Así se facilitaban los negocios y las buenas relaciones, sobre todo entre personas marcadas por rivalidades y conflictos, debido a las diferencias de carácter religioso, así

como por el recuento de las culpas históricas, que aún generaban acusaciones capaces de demostrar cuán inestable era la supuesta armonía entre las distintas culturas que integraban el Reino de Valencia. Por eso, Said era tan bien apreciado por todos.

En lo relativo a su vida personal, Said demostraba una actitud completamente distinta a ese espíritu de actividad y negociación, que tanto admiraban quienes lo veían trabajar. En sus momentos privados prefería apartarse y disfrutar de su soledad, mostrándose como un joven pensativo y reflexivo, para muchos melancólico y retraído, que constantemente planeaba su futuro en base a sus sueños, pero que también se preocupaba por lo que le ocurría a las personas que conocía. Said era lo bastante inteligente para anticipar las desgracias cuando nadie más las veía venir, y era afortunadamente ingenioso para ofrecer soluciones inmediatas frente a los problemas cuando a ningún otro se le ocurría. A menudo era mirado con curiosidad por los pescadores, cuando daba sus largos y solitarios paseos por la playa o cuando simplemente se sentaba a disfrutar del paisaje. Los pescadores cristianos incluso tenían un curioso apodo para él: "el buen moro", y en aquellos momentos en los cuales lo encontraban distanciado y en voluntario aislamiento solían decir: "Allá va el buen moro y su melancolía" o "al buen moro le pesa la vida como una cruz. Podría ser un buen cristiano". Y así, desde la distancia, parecía una figura inescrutable, que se sentía mejor contemplando una lucha entre gaviotas que congeniando con el mundo de los hombres.

Cuando solo quedó el paisaje, ya sin las gaviotas y su presa, Said se mantuvo allí con una expresión inalterable en el rostro, absorto ante la visión del mar, de tal modo que su consciencia ya podía declararse ahogada en sus profundidades. Se sentía turbado tras haber presenciado la escena de las gaviotas, e intentaba hallar el por qué de esa afectación. Le costaba creer en augurios y, a diferencia de su madre, nunca se dejaba llevar por convicciones supersticiosas. Sin embargo, no era un presagio lo que intentaba descifrar en ese acontecimiento, sino un símil con el mundo en el cual vivía. Un mundo en el que, constantemente, las personas se despedazaban entre sí debido a sus diferencias, pero nunca procuraban una alternativa beneficiosa para todos. En el Reino de Valencia convivían diferencias en tensa calma, y la supuesta fraternidad entre los feligreses de distintas religiones se asentaba sobre frágiles acuerdos. Said preveía el paulatino florecimiento de futuros roces y enfrentamientos entre grupos humanos tan distintos, a la espera del momento en que un acontecimiento hiciera germinar la semilla del resentimiento. Y cuando eso ocurriera, no serían muy distintos de aquellas gaviotas peleando a muerte por un mísero trozo de comida.

Said caminaba por la playa, con la consciencia abandonada por completo en sus reflexiones silenciosas, cuando de pronto una sucesión de relámpagos y truenos marcó el inicio de la tempestad, que desde temprano se anunciaba. Casi inmediatamente llovió. Al principio fue una fina y delicada lluvia que rociaba la tierra y refrescaba a Said, que seguía su paseo sin dejarse acobardar por la amenaza de tormenta. Le gustaba la sensación de mojarse al caminar, de sentir la exuberancia del mundo tanto en su esplendor como en su horror. El panorama nublado representaba una belleza tan admirable como el cielo despejado con un sol radiante. Todos eran aspectos que conformaban la totalidad de una misma grandeza que, para él, revelaba la magnificencia de Alá.

Como solía ocurrir en temporales como esos, en el mercado las personas se dispersaban, mientras que los pescadores se resguardaban bajo techos improvisados esperando hasta que el mar se calmase. Sin embargo, Said continuaba su caminata, impasible e inalterable ante las circunstancias; empapándose progresivamente y deseando que el agua de lluvia le calara hasta los huesos, como una forma de demostrarse cuán vivo estaba. Como nadie lo observaba, se atrevió a sonreír; algo que

muy pocas personas podían declarar haber visto, pues siempre mostraba un semblante serio y preocupado. A Said, aquella lluvia lo animaba a elevarse y sentirse eufórico, aunque no pudiera explicar el por qué de su reacción. Su alegría se manifestaba como una respuesta instintiva, del mismo modo en que los niños pueden contentarse con lo que a los adultos les preocupa. De este modo, mientras el resto de las personas huían de la tormenta, Said la recibía con los brazos abiertos.

De repente, su alegría se vio interrumpida por algo que creyó avistar en el mar. En un breve instante una mano se alzó fuera del agua, luego lo hizo una cabeza, que fue incapaz de proferir un grito de ayuda. Segundos más tarde ya no quedaba rastro de aquella mano, ni de aquella cabeza. Y aunque bien pudiera pensarse que se trataba de un espejismo engañoso o de un truco de la imaginación, Said no dudó, ni por un segundo, de aquello que había visto. Su primer impulso fue desvestirse rápidamente hasta quedar únicamente con el calzón de lino cubriendo sus partes íntimas. Sobre su moreno y esbelto cuerpo caían las gruesas gotas de lluvia. Entonces, calculó la posible distancia hasta donde había visto a alguien ahogándose y se arrojó temerariamente en su búsqueda. Al sumergirse en el agua sintió un frío espasmo recorrer su cuerpo, pero muy determinado en su impulso se dirigió hacia el lugar donde esperaba encontrar el cuerpo antes de que fuera demasiado tarde. A pesar del oleaje, impulsaba su cuerpo con brazadas seguras y luego se sumergía para localizarlo. No quería darse por vencido ni dudar de lo visto, pues quizás de ello dependiera la vida de otra persona. La tormenta estaba amainando, lo cual implicaba que el mar retomaría su carácter sereno y el oleaje disminuiría su intensidad. Said inspiró profundo antes de volver a sumergirse, esta vez decidido a aguantar tanto como fuera posible bajo el agua y descender hondo para hallar a la pobre alma cuya vida quedaba en entredicho. No tuvo que sumergirse demasiado cuando sus ojos, por fin, se toparon con el cuerpo de una mujer que parecía muerta o desmayada, hundiéndose lentamente ya sin moverse. Said nadó hasta ella y la agitó con sus manos, pero no reaccionó. Sin perder tiempo la agarró por el costado y ascendió con ella hasta la superficie. Unas pocas gotas de agua caían sobre ellos, revelando el fin de tan peligrosa tormenta. Said se esforzaba con cada brazada tratando de rozar con sus pies la tierra bajo el mar, y evitando soltar a la mujer ahogada. Finalmente, le ganó terreno al mar y pudo ponerse en pie, con el agua apenas alcanzando sus muslos. Said cargó en sus brazos a la mujer ahogada y corrió hacia la orilla, donde la depositó en la arena. Con cierto pudor, acercó una oreja a su pecho, pero no fue capaz de determinar si respiraba o no.

—Muchacha, despierta —dijo Said mientras le movía el rostro delicadamente con las manos.

Said miró al cielo formulando una plegaria en silencio, después inclinó la cabeza hacia sus labios y comenzó a darle respiración artificial, tal y como había aprendido de los marineros de su antiguo hogar, quienes le habían enseñado a salvarle la vida a un ahogado. Said apretaba su boca contra la de ella y exhalaba aire, haciendo breves pausas para dejar que exhalara por sí misma. Tuvo que hacerlo tres veces, hasta que el cuerpo de la joven ahogada reaccionó. Escupió agua y tosió para luego caer nuevamente desmayada pero con una respiración acelerada, acompasando cada exhalación con los movimientos rápidos de su pecho.

Lo peor ya había pasado y estaba viva. Said comenzó a vestirse sin apartar sus ojos de ella, alerta ante cualquier síntoma que denunciara un posible estado de gravedad. Aunque se tratara de un hombre timorato, tal como acostumbraban a llamarse los creyentes del Islam que obraban conforme a las escrituras del profeta Mahoma, Said apreciaba discretamente la belleza de aquella mujer, intentando evitar cualquier pensamiento pecaminoso. La miraba de reojo y algo avergonzado. Al bajar su mirada

notó el brillo peculiar de un objeto a cierta distancia del cuerpo de ella. Al acercarse para recogerlo se sorprendió al descubrir que se trataba de una moneda de oro y la contempló atentamente alzándola por encima de su cabeza. El sol volvía a despuntar en el cielo y las nubes se apartaban. Contra ese panorama la moneda lucía sus mejores galas doradas. Para distraerse, Said jugueteaba con la moneda meciéndola entre sus dedos pero sin dejarla caer. La respiración de la mujer ya se sentía con mayor calma y los movimientos de su pecho eran controlados e incluso armoniosos. Su belleza aumentaba frente a sus ojos. Tentado por ese relumbre angelical que irradiaba, Said no resistió la tentación de dejar su juego con la moneda y simplemente rendirse a contemplarla. Tanto era su atractivo que ni el oro que sostenía en su mano merecía más atención que la de aquel rostro angelical pero seductor.

Fue quizá por la intensa y fija mirada de Said, que a la joven le tembló el cuerpo y despertó de improviso tras dar una bocanada de aire desesperada. Su cuerpo se agitaba sin abrir los ojos, intentando tomar consciencia de su posición y de las sensaciones que experimentaba. Said pensó que probablemente se encontraba confundida, reviviendo los acontecimientos vividos antes de perder la consciencia. Seguía de cerca la evolución de sus movimientos, intrigado por lo que haría a continuación cuando de repente empezó a incorporarse, como si se sintiera impulsada a levantarse enseguida. Said vio cómo lo intentaba, a la vez que con sus manos palpaba su cuerpo y la arena a su alrededor, como buscando algo que no encontraba y cuya ausencia la angustiaba. Enseguida comprendió de qué se trataba y se acercó con determinación, inclinándose levemente hasta ella y con la mano extendida.

—¿Buscabas esto?

Sus ojos se abrieron de par en par, mirando primero la moneda posada en su mano y luego los ojos de él. Fueron segundos eternos para ambos, contenidos en esa mirada incesante. En el caso de ella, una mirada llena de preguntas, mientras que la de él era una mirada enternecedora, un tipo de mirada que nunca antes había apreciado en otra persona. Una primera mirada entre dos almas que se descubren en silencio. Una mirada ignorante del destino que anticipa pasiones cantadas por aquellos poetas expertos en el amor. Una mirada por la cual descubren la saciedad, que anteriormente desconocían, y encuentran en esos nuevos ojos una fuente para aplacarla. Unos ojos puros e inocentes que graban un primer recuerdo en sus memorias y que luego la memoria del corazón preserva, para aliviar futuras separaciones y despedidas. Una mirada que funda una nueva complicidad, que aún no puede ser explicada. Así se miraban, largamente y sin pausa, con el sol y el mar como únicos testigos. Sí, en ese instante Said vio por primera vez los ojos de Beatriz y su vida ya no volvería a ser la misma. Beatriz fue la primera en ceder y bajar nuevamente su mirada en dirección a la moneda.

—Sí, eso buscaba —dijo con la voz algo ronca, dañada por la sal.

Para Said aquella voz sonaba dulce y melodiosa, al escucharla por primera vez. Afincó el gesto de extender su mano, indicándole con ello que agarrara la moneda que reconocía como suya. Beatriz dudaba en hacer cualquier movimiento o gesto, pues se sentía un poco incómoda al estar intercambiando palabras con un extraño. De pronto, reparó en algo que no había parecido importarle hasta aquel momento, pero que al darse cuenta de ello se convirtió en un problema grave: Beatriz solo llevaba puesta parte de su ropa. Se sintió avergonzada recogiendo sus piernas y cruzando sus brazos, como si con ello pudiera vestir lo que ya se encontraba expuesto. Said comprendió en silencio su pudor.

—¿Recuerdas dónde dejaste tu ropa?

—En el promontorio —Beatriz balbuceó torpemente, con un leve tartamudeo.

Beatriz extendió su mano señalando una roca maciza, que se encontraba a unos cuantos pasos de distancia. Con un asentimiento de cabeza, Said le dio a entender que la recogería. Beatriz pudo atisbar a lo lejos cómo recogía su vestido largo y lo traía consigo, al igual que su saco lleno de pescados. Finalmente suspiró aliviada cuando volvió a tenerlo entre sus manos y, carraspeando con la garganta, le hizo comprender a Said que se girara para que ella pudiera vestirse.

—Ya puedes mirar… Me has salvado. No tengo suficientes palabras para agradecértelo.

—Tuviste suerte —respondió Said—. Logré verte en el segundo exacto antes de que te hundieras. ¿Cómo llegaste a nadar tan lejos con la tormenta? No parecía el mejor momento para hacerlo.

La vergüenza de Beatriz aumentó y se ruborizó. Said lamentó haberle hablado de esa manera ya que su intención no era interpelarla, sino tan solo saber cómo había llegado hasta allí, pero guardó silencio esperando a que ella respondiera.

—Fue imprudente por mi parte. Estaba recogiendo caracoles y piedras en la orilla, y me llamó la atención un objeto brillante a lo lejos.

—Entiendo —dijo Said alzando la moneda—. Fuiste detrás de esto. No sería la primera vez que alguien sucumbe tras perseguir el oro. Hay que tener cuidado con las ambiciones, especialmente aquellas relacionadas con cosas doradas.

—Fue mi curiosidad y no mi ambición —se defendió Beatriz—. Además, aún no llovía cuando fui en su búsqueda.

—Comprendo —afirmó Said—. No te avergüences de tu curiosidad, gracias a ella muchos hombres han descubierto maravillas.

—Pero yo no soy un hombre —subrayó Beatriz enfáticamente. Aunque se tratara de un desconocido, aquel hombre le inspiraba una inusitada confianza.

—¿No la quieres de vuelta? —preguntó Said, refiriéndose a la moneda de oro.

—Ya ni quiero verla —respondió Beatriz—. Casi muero por su culpa.

Said sonrío al escucharla, pero siguió con la mano extendida sosteniendo la moneda. Beatriz finalmente cedió y la agarró para guardársela; después de todo, le había causado muchos malestares y no valía la pena perderla, especialmente si consideraba su valor. Said bajó su mirada y pudo ver sus pies descalzos sobre la arena, unos pies pequeños cuya piel marmórea contrastaba con el color de la costa.

—¿Y tu calzado? ¿No lo dejaste en la roca?

—Llevaba puestas las sandalias cuando me metí en el mar —respondió Beatriz bajando la mirada—. Debo de haberlas perdido.

—Te puedo prestar las mías… Te ensuciarás de regreso a casa.

—¡Mi casa! —dijo Beatriz alarmada—. Van a preocuparse por mí si no vuelvo pronto. Mi padre y mis hermanos ya estarán por llegar y no alcanzaré a llevar los pescados a tiempo. Mi madre debe de estar muy angustiada.

Los ojos se le aguaron y Said se conmovió al verla sufrir. Su primer impulso fue calmarla.

—Pero estás viva. Tu madre comprenderá el por qué de tu tardanza. Yo te acompañaré hasta donde vives para confirmarle lo que te ocurrió.

—Mi madre se pondrá furiosa —predijo Beatriz—. Ella me advirtió específicamente que no me distrajera en el camino ni me detuviera, y que no hablara con extraños. He incumplido cada una de sus prohibiciones.

—Tu madre lo entenderá —la animó Said con un tono consolador—. Y no tenemos por qué ser extraños el uno para el otro. Mi nombre es Said. ¿Lo ves? Ya no soy un desconocido.

Beatriz le ofreció una sonrisa que contrastaba con las lágrimas que asomaban por sus ojos. En aquel momento, su belleza aumentó ante los ojos de Said, que no pudo evitar quedarse sin palabras simplemente mirándola. La intensidad de su mirada hizo que Beatriz girara la cabeza para no volver a quedar atrapada por aquella contemplación hipnótica de mutuo reconocimiento, como la experimentada al verse por primera vez. Al notar su reacción, Said se sintió avergonzado, pero Beatriz habló enseguida, volviendo de nuevo su mirada hacia él.

—Mi nombre es Beatriz.

"Beatriz…", repitió Said para sí mismo. Puede que no fuera la primera vez que escuchaba ese nombre, pero ahora adquiría para él un significado distinto, al ser pronunciado por los labios de ella. En su voz el nombre sonaba especial y casi santo, como esos mantras que alguna vez escuchó siendo recitados por los hindúes en sus intentos por acercarse a sus dioses. Aunque esa religión discrepara de sus creencias, para él aquellos mantras representaban unos cantos misteriosos que hablaban el antiguo lenguaje de las cosas sagradas. Casi semejante a esa experiencia, escuchar el nombre de una mujer tan bella e inocente como Beatriz, resonaba en su alma de un modo que no era capaz de explicar. Sobre todo porque su voz era al mismo tiempo firme y agradable en su entonación. Pero cuando pronunció su nombre, algo sonó distinto para sus oídos, como un canto de gloria y alabanza que impresionaba su espíritu. No se dio cuenta de lo mucho que había necesitado saber su nombre, desde que la rescatara de una muerte segura, hasta el momento en que por fin pudo escucharlo. Ahora ya no era una mujer bella cualquiera, sino una mujer inconfundible con cualquier otra, llamada Beatriz. Un nombre hacía la diferencia entre dos desconocidos. Cuando alguien tiene un nombre ya no es visto de la misma manera. Sin embargo, no quiso quedarse en silencio y hacerla sentir apenada, por lo que resolvió proponerle:

—Mejor no nos quedemos quietos hablando. El tiempo pasa y tu madre se preocupará mucho. Prometo explicarle todo lo ocurrido de manera que no pueda pensar algo indebido.

—Muchas gracias. No quiero causarle a mi madre más molestias de las que ya tiene.

Beatriz le indicó la dirección de su casa y Said le dio la razón al determinar que el mejor camino de vuelta era rodeando la costa y subiendo por el sendero corto que conducía al mercado. El sol ya no arreciaba, pues habían pasado un par de horas desde el mediodía. Su familia probablemente se encontraba ya reunida echando de menos su presencia y la de los pescados. Instintivamente, Beatriz sujetaba su saco con fuerza, esperando que siguieran lo suficientemente frescos para ser consumidos. Said la miraba de reojo aminorando su marcha para mantenerse al ritmo de su paso. En ese momento no compartieron palabra alguna y se mantuvieron en silencio. De antemano, Beatriz repasaba mentalmente las posibles quejas de su madre, mientras que Said reflexionaba sobre lo poco apropiado de ser visto caminando junto a una joven soltera. Afortunadamente ya no estaba descalza porque él le había ofrecido sus sandalias y se las había atado de tal manera que quedaran bien sujetas a sus pies, aunque le estuvieran grandes. Era él quien se resentía ahora del calor de la arena o de la desagradable textura de las zonas fangosas. Sin embargo, Said prefería no quejarse y disimular esas pequeñas molestias, lo suficientemente tolerables como para no comentárselas a Beatriz. Por el contrario, se contentaba con caminar a su lado en silencio.

Muy a su pesar, ese hermoso silencio en compañía mutua fue interrumpido por un bullicio que cobraba mayor fuerza conforme avanzaban. Para sorpresa de ambos, se toparon al cabo de unos minutos con una concentración variopinta de personas reunidas en la playa discutiendo y señalando un punto específico. Beatriz, con la curiosidad

siempre despierta, compartió una mirada cómplice con Said, dándole a entender que podían acercarse un rato para averiguar lo que ocurría. Conforme se acercaban al lugar, abriéndose paso discretamente entre las personas para buscar un espacio desde donde poder observar lo que llamaba la atención de tantos, iban descubriendo la presencia de diversos objetos esparcidos por la arena. Gracias a su buen poder de observación, Said estimó que podrían ser los restos de un navío hundido o abandonado. La mayoría eran pedazos de madera quemados, algo que le intrigó notablemente.

Beatriz y Said lograron mezclarse entre el grupo de personas y situarse en una buena posición. Efectivamente, descubrieron un navío encallado en la costa y un grupo de marineros que se bajaba de él. Pero lo extraño era que esa embarcación estaba intacta, por lo que aquellos restos carbonizados no pertenecían al mismo barco. Said miró disimuladamente a Beatriz, que lo observaba todo con una expresión confundida pero al mismo tiempo expectante, por lo que no era descabellado deducir que disfrutaba siendo testigo de lo que estaba ocurriendo, aunque no lo comprendiera. Algunos de los marineros traían consigo otros objetos, también carbonizados, que depositaban en la arena.

—Hace una hora que llegaron y trajeron todos estos restos, pero no nos dicen a qué barco pertenece.

—¿Nadie vio el humo? Primero hubo una humareda, alzándose presurosa hacia el cielo cuando, de pronto, en medio de ella, surgió El Sándalo en dirección a la costa.

A Said le resultó curiosamente familiar el nombre del barco y creyó haberlo escuchado antes. Acercó un poco más la oreja, para no perderse los detalles de la conversación que sostenían dos viejos mercaderes.

—Yo no vi ese humo que mencionas, pero dicen que hubo un enfrentamiento entre ambos barcos. De ahí toda esa madera quemada que ves.

—Lo dudo. No se escucharon detonaciones y los marineros no parecen haberse enfrentado en una batalla recientemente. Tampoco veo prisioneros de guerra esposados. Esos son siempre los primeros en desembarcar, cuando se presentan situaciones como esta. Aquí sucedió algo distinto.

—Tienes razón. No lo había notado. Pero hay algo muy raro en todo esto. Ni siquiera ha salido el capitán. ¿Le habrá ocurrido algo?

—Ya lo habríamos sabido. Tampoco han salido todos los tripulantes. Esperemos un poco más. Alguna explicación tienen que dar sobre tan peculiar desembarco… ¿Seguro que no han dicho nada?

—Ni una sola palabra. Llegaron de improviso y comenzaron a bajar todos estos restos inservibles.

Nada interesante sucedía y todas las conversaciones eran semejantes a la escuchada por Said. Estuvo tentado de decirle a Beatriz que reanudaran su camino, cuando vio al capitán de la embarcación bajar y alzar las manos para aplacar las voces de la multitud, cuyas preguntas no se hicieron esperar. Era un hombre alto y corpulento, con el cabello entrecano al igual que la barba, lo suficientemente poblada para delinear los contornos de su rostro. En aquel momento gruesas gotas de sudor resbalaban por su frente y sus manos no cesaban en el gesto de pedir calma y silencio a su nueva audiencia. Justo entonces, Said le reconoció: se trataba del capitán Germán, con quien había entablado contacto directo en un par de ocasiones, cuando Said actuó como intermediario con un comprador musulmán respecto a una mercancía con sobrecargo de la que el capitán necesitaba desembarazarse cuanto antes y al mejor precio. Según recordaba, el capitán Germán era un hombre que hablaba sin rodeos y al que le gustaban las explicaciones sencillas y directas. Por eso, Said quiso quedarse un rato más, a no ser que Beatriz se mostrara contraria.

Sin embargo, Beatriz parecía disfrutar ojeando en todas direcciones y tratando de escuchar las conversaciones. Ahora que ya no se sentía avergonzada junto a Said, no disimulaba su personalidad inquieta y aventurera, que siempre se imponía por encima de esa otra reservada y silenciosa, y que a veces se obligaba a ocultar para no molestar a su madre. Una vez superados el miedo y la vergüenza, se revelaba tal cual era. A Said le gustaba lo que veía, una joven que amaba la vida, aunque apenas la estaba descubriendo. Cuando el gentío finalmente hizo silencio para dejar que el capitán hablase, Said tuvo que dejar de contemplarla. Unos pocos cuchichearon y otros se lanzaron miradas de mutuo acuerdo, o desacuerdo, durante ese tiempo de expectación, hasta que el capitán, por fin, carraspeó para comenzar a hablar.

—Veo algunos semblantes preocupados, por lo que sospecho que habréis escuchado algunos rumores. Por eso, mi intención es hablaros con la verdad como único bastión para acorazar mis palabras. Lo que ha ocurrido es muy simple, pero no por ello menos grave. Es muy difícil para mí narrar estos acontecimientos, sabiendo de antemano que algunos me juzgaréis enseguida por mis acciones, pero espero que otros me comprendáis… al menos lo suficiente para poneros en mi lugar. Sea cual sea el veredicto, os pido que primero escuchéis mi historia y consideréis lo que haríais de estar en mi lugar o en el de mis hombres. —Se volvieron a oír murmullos entre la concurrencia y el capitán alzó las manos para pedir silencio—. Como bien sabéis, este navío mercante, que bauticé como El Sándalo y que está capitaneado por mi persona, Germán de Arcos para quienes no me conozcan, regresaba de su última ruta comercial desde Portugal hasta Valencia sin desvíos, como es la costumbre, y sin mayores contratiempos. Hasta que nos topamos con un barco extranjero. Por cuestiones de protocolo, nos acercamos tras izar la bandera blanca, sin saber lo que nos encontraríamos. No hay palabras para describir lo que descubrimos en aquel barco. Fue una estampa de horror la que nuestros ojos vieron allí dentro. Apenas media docena de hombres, si es que se les puede llamar hombres y no despojos humanos, yacían moribundos en cubierta. Imposible describir sus pieles sin haber visto antes algo semejante. Sus cuerpos temblaban, a pesar de que no hacía frío, y sus rostros presentaban un tinte azulado. Lucían como una contradicción: cadáveres con vida. Algunos presentaban unos huecos de carne enrojecida y pestilente. Olían a carne descompuesta y a vómito, que aún chorreaba por sus labios.

La muchedumbre escuchaba con asombro la aterradora narración del capitán y los murmullos entre las distintas personas se iban incrementando. Todos tenían tantas impresiones que compartir sobre el relato, que incluso uno de ellos se atrevió a interrumpirlo para atacarlo con preguntas directas.

—¿Y dónde están esos hombres, que no los vemos? ¿No los ayudaron? ¿Acaso los dejaron morir?

Otras personas hicieron preguntas semejantes, alarmados al caer en la cuenta de que, efectivamente, no veían a ninguno de aquellos que el capitán describía. La historia era mucho más complicada y grave de lo que las hipótesis iniciales de la muchedumbre preveían. El capitán alzó nuevamente sus manos, y los conminó a guardar silencio con el fin de continuar con su relato. Tanto Said como Beatriz se abstuvieron de emitir comentario alguno, ni siquiera entre ellos, aunque compartieran ocasionales miradas llenas de dudas. Said seguía atento ante cualquier intento de Beatriz por abandonar el lugar para continuar su camino a casa, pero seguramente tenía ganas de escuchar la historia del capitán hasta el final. Lo que Said no sabía era que a Beatriz le apasionaban los relatos de todo tipo, y en este caso se trataba de una historia real y la joven la estaba viviendo de primera mano. Todo ello era suficiente para que perdiera la noción del

tiempo y olvidara lo tarde que se le estaba haciendo para regresar a casa. Por su parte, el capitán finalmente consiguió que cesaran las interrupciones.

—Aquellos hombres alzaban sus manos sin poder hablarnos, indicándonos con ello que necesitaban nuestra ayuda. Conmovidos nos acercamos, sin tocarlos, para preguntarles lo que les había ocurrido y entender por qué se encontraban en tan deplorable estado físico. Pero ninguno era capaz de darnos una respuesta distinta a balbuceos y lloriqueos. A cierta distancia, otro hombre cuya presencia no notamos al llegar, se acercó renqueante y sudoroso, evidentemente enfermo pero con la suficiente fuerza para seguir caminando. Se presentó a sí mismo como el capitán del barco y procedió a contarnos la fatalidad que se había cernido sobre su tripulación. Nos dijo que su ruta pasaba por el Mediterráneo y luego regresaba al norte de Francia, y que en el camino de vuelta encontraron a un náufrago sobre una tabla de madera. Estaba moribundo y no pudo decirles cómo había llegado hasta allí, ni por qué estaba de esa manera. Apenas pudieron subirlo para verlo morir y arrojarlo nuevamente al mar, tras rezar unas plegarias por su alma. Después continuaron su viaje de regreso sin contratiempos, hasta que a los pocos días, uno a uno, sus hombres fueron cayendo víctimas de una misteriosa enfermedad; por la cual estaban muriendo frente a nuestros ojos. De aquella tripulación ya solo quedaban vivos los pocos hombres que veíamos, y según nos confirmó el capitán de aquel navío condenado, en cualquier momento esperaban una muerte segura. Sin embargo, lo último que habían decidido aquellos que aún sobrevivían era poner rumbo en dirección a Valencia para buscar ayuda. Es por esto que los encontramos en nuestro camino. Pero ya todos habían sido derrotados por la enfermedad y el capitán a duras penas pilotaba la embarcación mientras el resto perecía lentamente.

Llegado a ese punto del relato, el capitán se mostró profundamente afectado y su voz se quebró cuando siguió explicando el destino que sufrió esa tripulación.

—Me siento muy apenado con lo que voy a contarles, pero en honor a la verdad no puedo mentir. Los invitamos a subir para agruparlos en un camarote y darles comida caliente. Después los asesinamos limpiamente, con cortes limpios y certeros para ahorrarles el dolor. Seguidamente arrojamos sus cadáveres al mar y rezamos por la salvación de sus almas. Quemamos todas las partes del barco con las cuales tuvieron contacto y todo lo que trajeron consigo al abordar. Si actuamos de manera reprobable, sabed que todo lo hicimos por amor al Reino de Valencia, a nuestra ciudad y a esta comunidad de personas que vosotros mismos representáis.

Llegado a este punto se había creado un gran silencio entre la muchedumbre, que escuchaba con expectación el final del relato. Tras asimilar lo escuchado, comenzaron las discusiones entre el gentío y el capitán. Opiniones divididas se alzaban en gritos para imponer su perspectiva sobre los acontecimientos. Había quienes preferían guardar silencio para rezar por las almas de esos condenados, especialmente las mujeres presentes. Algunos acusaban al capitán de asesino mientras otros pedían silencio para que se defendiera.

—Queríamos evitar el riesgo de extender una posible maldición entre nosotros. Aquello no era una enfermedad cualquiera, yo nunca he visto un malestar parecido. Era un castigo diabólico y no podíamos intervenir para salvar a quienes han sido marcados por tal estigma. Si hubierais visto sus pieles, las pústulas, o respirado aquel terrible hedor que transpiraba de sus cuerpos, habríais llegado al mismo veredicto que yo. Una maldición los acompañaba y no era recomendable permitirles llegar hasta nuestra noble e inocente ciudad, transportando la marca del Diablo en sus cuerpos y posiblemente en sus almas. Algunos de estos hombres eran judíos, la mayoría de ellos para ser exactos, y por lo tanto no estaban bautizados. Entre ellos se propagó la enfermedad, quién sabe

cómo y por cuáles vías. Es mejor ni pensarlo. Quizá el secreto que explica esta maldición lo conociera ese hombre a quien salvaron sin éxito para dejarlo perecer en su barco, permitiendo de este modo que un mal espíritu se diseminara entre ellos. Nosotros preferimos no dejarlos morir lentamente y, además, evitar así que el mal se asentara entre nosotros una vez hubiera abandonado aquellos cuerpos. Por eso lo hicimos. Tomamos a la maldición por sorpresa, expulsándola violentamente con la sangre derramada y nuestras oraciones al Señor. De todos modos, ya estaban a punto de morir, era cuestión de días… Sudaban copiosamente, estaban febriles y algunos deliraban, sin saber quiénes eran ni dónde estaban. Incluso hallamos manchas negras en sus pieles, un claro signo de la quemadura de la lengua del Diablo sobre sus cuerpos.

La muchedumbre no podía evitar santiguarse y rezar cada vez que se mencionaba al maligno. "¡Que el Señor nos proteja!", clamaban al cielo. Los rostros de muchos de los presentes eran de verdadero terror, algunos hasta escondían el rostro entre sus manos como si así pudieran escapar de lo que estaban escuchando.

—Ahora ese satánico malestar no desembarcará en nuestra ciudad ni en ninguna otra. Fue un asesinato piadoso el que cometimos, un crimen en nombre de un bien mayor. Antes de arrojarlos al mar rezamos oraciones por ellos, y confiamos en que Dios haya cobijado en su seno a los que se contaban como cristianos. También quemamos su barco y no nos fuimos hasta verlo hecho cenizas… no sin antes recoger las pocas provisiones y alimentos que allí se encontraban. En tiempos tan precarios como estos sería imperdonable deshacernos de aquello que puede ser útil. Traemos algunos restos como prueba de nuestras palabras. Esperamos haber erradicado por completo el Mal que se dirigía hacia Valencia. En cuanto a nosotros, que Dios nos perdone y se apiade de nuestras almas. Solo su gracia e indulgencia puede redimirnos si el juicio de los hombres no lo hace.

Una vez concluida su historia, se armó un revuelo desproporcionado. Muchas voces expresaban su disconformidad por el modo en el que habían obrado, especialmente entre aquellos que profesaban una religión distinta a la cristiana. Otros, precisamente los cristianos, defendían la postura del capitán considerando que sus acciones, aunque manchadas por el pecado del asesinato, fueron las correctas, y que siempre y cuando el capitán se arrepintiera sinceramente de ello, podrían perdonarlo. El capitán los observaba en silencio con una expresión compungida, mientras que el resto de la tripulación permanecía a su lado con la cabeza gacha. Estaban preparados para enfrentarse a las acusaciones que les harían, pero no estaban dispuestos a huir, porque en eso consistía el arrepentimiento que fundamentaba sus credos.

—Han violentado el quinto mandamiento, ¡no matarás! —protestó un comerciante judío—. Deben responder a las leyes del Reino de Valencia por cargos de homicidio.

—¡Nos han salvado de la marca del Diablo! —dijo una tejedora cristiana—. Lo menos que podemos hacer es agradecérselo. Si sus intenciones han sido nobles, Dios podrá perdonarlos.

—Que Dios los perdone en la otra vida, si se sienten arrepentidos de sus acciones, pero debe hacerse justicia en la tierra —manifestó otra mujer cristiana que, sin embargo, no justificaba el comportamiento del capitán—. Es muy grave lo que ha sucedido.

Said consideró que lo más prudente era abandonar aquel lugar, pues podía ser que comenzara una riña. Alguien anunció que los oficiales de la Justicia Criminal de Valencia venían a llevarse al capitán junto a sus hombres, por lo que Said no perdió más tiempo y le susurró a Beatriz en su oído.

—Es mejor que nos vayamos ahora. Está atardeciendo.

Al escuchar las palabras de Said, Beatriz se alarmó. La historia del capitán fue tan fascinante que incluso olvidó su anterior prisa por llegar a casa antes del almuerzo. Vio

que el cielo presentaba una coloración sanguinolenta y que el sol estaba a punto de ocultarse. Entonces cayó en cuenta de lo tarde que era, lamentándose a la vez que sujetaba con fuerza el saco lleno de pescados.

—Deben estar muy preocupados. Ya es tarde para el almuerzo.

—Seguro que les servirán para la cena —dijo Said intentando tranquilizarla—. Pero marchemos pronto antes de que se desesperen por tu ausencia.

Según se alejaban de la muchedumbre alborotada, notaban cómo el escándalo se difuminaba hasta dejar de escucharse. Said tenía muchas cosas en las que pensar, después de haber sido testigo de aquella escena, pero prefería no centrar sus pensamientos en eso, determinado a asegurarse de que Beatriz regresara sana y salva a su casa. Beatriz hizo unos pocos comentarios acerca de su preocupación sobre esa maldición que el capitán relató y se lamentó por la muerte de esos pobres hombres que padecieron víctimas de aquel mal indescriptible. Said la tranquilizó diciéndole que lo peor ya había pasado, aunque en su interior fueran otros sus pensamientos.

Rodearon el sendero según el plan de regreso inicial y caminaron rápidamente entre los pocos mercaderes que continuaban sus ventas hasta las primeras horas de la noche. Valencia era una ciudad en la que, incluso en sus momentos de menor actividad, siempre había unos cuantos que trabajaban como si el día apenas estuviera comenzando para ellos. Ya cerca de finalizar el recorrido no intercambiaron muchas palabras más que aquellas relativas a las indicaciones que Beatriz daba sobre la dirección de su casa. En un momento dado, cuando ya caminaban por las calles que conducían a las zonas residenciales, Beatriz se detuvo.

—Estoy pensando que quizá sea mejor que llegue yo sola y no acompañada por ti. Creo que mi familia no será tan comprensiva, especialmente mi madre, si me ve junto a un hombre.

—Pero yo les contaré lo ocurrido y no te reprenderán por eso. No tienes nada que temer.

Beatriz estaba indecisa respecto a lo que para Said era una certeza. Si bien todo lo que Said le contara a su familia sería cierto, ella ya había traído suficientes problemas en un mismo día como para acentuar las posibles preocupaciones que pesarían en su casa debido a su tardanza.

—No quiero ponerte en una situación incómoda, pero mi madre me habló esta mañana sobre los peligros de hablar con hombres desconocidos. Y si bien es cierto que ya no somos desconocidos, y que te debo la vida, en mi casa no lo comprenderán tan fácilmente.

Said se sintió conmovido al escucharla. Tampoco quería causarle mayores inconvenientes, considerando que la joven ya había sufrido bastante con lo ocurrido en la playa, por lo que lo mejor era hacer caso a sus peticiones.

—Pero, ¿cómo explicarás tu retraso? Querrán saber quién soy yo si les hablas del rescate. ¿O no piensas contarles que casi te ahogas?

—Con la verdad o, al menos, parte de ella —aseguró Beatriz—. Les diré que me distraje recogiendo piedras y caracoles y que luego me retrasé escuchando la historia del capitán. Igual me reprenderán, pero prefiero no asustarlos con la noticia de que casi me muero.

Said retribuyó el ingenio de Beatriz con una sonrisa.

—Entonces yo seré tu secreto. Al igual que la moneda.

Al mencionar la moneda, Beatriz se sobresaltó. Desde que Said se la había devuelto, la llevaba en su puño apretado y ahora, al mencionarla, extendió su mano, ofreciéndosela a Said.

—He estado pensando durante el camino de regreso a casa en una manera apropiada para retribuir tu valentía y he llegado a la conclusión de que la moneda te pertenece. Salvaste mi vida, te la mereces.

—No lo hice esperando nada a cambio. Esa moneda vale mucho y tú la encontraste. No se trata de cualquier regalo. Es oro macizo. No podría aceptarla.

Beatriz se acercó a Said y sujetó sus manos depositando la moneda en ellas, mientras le imploraba al mismo tiempo que le agradecía:

—Esta es la única vida que tengo y tú la rescataste. Lo que hoy has salvado vale más que todo el oro del mundo. Nada me complacería más en este momento que el hecho de que tú la conservaras. Por favor, te pido, acéptala.

—De acuerdo, que sea como pides —dijo Said tomando la moneda, pues ante una petición hecha con semejante dulzura era imposible negarse—. Pero la guardaré conmigo para siempre como una prueba de nuestro secreto y para recordarte. Ojalá nos volvamos a encontrar.

—Si Dios así lo quiere —respondió Beatriz esperanzada—. Bendito sea su nombre y alabada sea su gloria.

—Que Alá lo permita —sentenció Said—. Y que el destino escrito nos favorezca y nos acompañe.

A la hora de las despedidas, hubo tanto que querían decirse y al mismo tiempo tanto por lo que permanecer callados, tan solo contemplándose. Compartieron una última sonrisa y se miraron a los ojos, antes de soltarse las manos. Lo que en realidad fueron unos pocos segundos, para ellos representó un tiempo distinto e inagotable en el que no se explicaban lo que estaba ocurriendo entre ellos, aunque no necesitaban hacerlo. Una vez cada cual tomara su respectivo camino, tendrían tiempo suficiente para pensar. Por ahora, aquella brevedad contenía contradictoriamente el secreto del infinito. A continuación se separaron, no sin antes prodigarse una renovada mirada de complicidad. Aunque ninguno de los dos se atreviera a formularlo, ni siquiera cuando se encontraron solos en sus respectivos hogares, ya no se sentían de igual forma porque ahora existía alguien que ocupaba sus pensamientos y los acaparaba. Sin que su sonrisa se borrara, Beatriz caminó los pocos metros que le faltaban para llegar a su casa. El ocaso concluía para darle paso a la noche y, antes de entrar, Beatriz suspiró pensando en todo lo que tendría que explicar y los muchos regaños que le correspondería escuchar debido a su tardanza. Sin embargo, tras haber experimentado un día lleno de aventuras y promesas como el que había tenido, ya nada sería capaz de enturbiar su dicha. Preparada para lo peor, Beatriz cruzó el solitario patio para introducirse en la sala principal de su casa anunciando su llegada, para sorpresa de su familia, quienes ya estaban preparándose para ir a buscarla.

—Aquí está el pescado. Pido que me disculpéis y me dejéis explicaros lo que ha sucedido.

Capítulo 3

En el Reino de Valencia no se hablaba de otra cosa que del capitán Germán de Arcos y los crímenes que había cometido junto a su tripulación. Desde hacía varios días circulaban numerosos rumores sobre las decisiones de la *Justícia* del Reino de Valencia, el organismo encargado de las cuestiones judiciales de la ciudad, y sus acciones a seguir en torno al destino del capitán y sus hombres. Habían sido detenidos el mismo día de su desembarco, horas después de su llegada y del discurso que diera para excusarse por sus asesinatos. En un reino donde hacía mucho que no ocurrían sucesos notables más allá de los periodos de escasez que amenazaban con convertirse en hambruna y de las ocasionales disputas entre cristianos, judíos y musulmanes para repartirse las zonas comerciales de la ciudad, aunque raramente con consecuencias graves, la historia del capitán se había convertido en un hecho extraordinario que todos los habitantes del reino querían conocer en todos sus detalles para luego opinar.

Quienes habían asistido a aquel célebre suceso a orillas del mar deambulaban por las calles de la ciudad contando la historia del capitán y todos los hechos acaecidos posteriormente. Era tal el furor y la curiosidad que generaba el acontecimiento, que muchos de estos testigos presenciales encontraron formas inesperadas de lucrarse a cambio de sus revelaciones. Aquellos ancianos, borrachos por naturaleza, entraban a las tabernas esperando que les invitaran a un par de tragos antes de contar la historia. Por su parte, las mujeres, jóvenes o ancianas, eran invitadas a almuerzos por familias curiosas que agasajaban a sus invitadas para extraerles la información de primera mano sobre los sucesos de la costa. Parte de la audiencia de aquel día la componían mendigos, y estos transitaban por la calle Mayor y la plaza interpelando directamente a las personas, pidiéndoles dinero o comida a cambio del relato. Los pescadores y mercaderes doblaban los precios de sus productos si, además de la mercancía solicitada, requerías el relato del capitán. Como la ocasión era jugosa para muchos, hubo quienes, sin haber formado parte de la conglomeración de aquel día, fingían haber estado allí y narraban una supuesta versión de los acontecimientos con los retazos que escuchaban de quienes sí los habían presenciado; todo con el fin de sentirse importantes llamando la atención u obtener algún beneficio.

Todo esto se conjugó para que la historia original y los hechos presenciados en la playa fueran recopilados y transmitidos con diversos cambios, al principio con la modificación de pequeños detalles y luego con tergiversaciones importantes a conveniencia de quienes las contaban. De este modo, muchas cosas de las que se contaban no eran completamente ciertas y dependían en buena medida de quien las narrara. Por ejemplo, se decía que el capitán había reaccionado con violencia a las acusaciones de algunos de los asistentes, y que algunos de sus hombres estuvieron a punto de liarse a golpes con parte de la muchedumbre. Otros, en cambio, aseguraban haberlo visto llorar y caer de rodillas con los brazos alzados, pidiéndole perdón a Dios por haber cometido tan horribles crímenes. Quienes aseguraron que, tanto el capitán como su tripulación, habían mantenido un comportamiento ecuánime y no habían opuesto resistencia alguna cuando los oficiales llegaron para llevárselos detenidos, fueron enseguida desestimados pues esa versión de la historia no era lo suficientemente atractiva como aquellas en las que abundaban las exageraciones.

En lo referente a la historia del capitán sobre su encuentro con los enfermos del otro barco y su posterior asesinato con fines purificadores, proliferaban tantas versiones como igual número de narradores que las contaban, y estas dependían mucho de la religión que profesara quien la contaba. Musulmanes y judíos, por lo general, se expresaban de manera condenatoria, aunque algunos alegaban que lo mejor hubiera sido

dejarlos abandonados a su suerte y que murieran en su propio barco. Entre los cristianos, no todos estaban de acuerdo con las supuestas buenas intenciones del capitán, pero alegaban que solo a Dios y a los oficiales les correspondía administrar la justicia que ellos merecían aunque comprendieran y, hasta cierto punto, admiraran cómo su amor al prójimo y a la patria los había conducido a tomar una decisión tan difícil, pues la salvación de una ciudad entera estaba en sus manos. No obstante, otro grupo de cristianos compartía el sentir de los judíos considerando que, aunque no hubieran visto a los enfermos tal como los describiera el capitán, no podía adjudicarse una razón diabólica para la enfermedad tan a la ligera. En todo caso, eso debería haberlo evaluado un miembro de la Iglesia o un sanador. Pero la mayoría de los cristianos, generalmente menos prácticos y más devotos, eran también extremadamente supersticiosos, y llenaban su imaginación con la horrible imagen de los enfermos implorando ayuda y consumiéndose lentamente por la marca del Diablo carbonizando sus cuerpos para arrebatarles sus almas. A este respecto, algunos de los supuestos testigos aseguraban que el capitán los había encontrado poseídos, convulsionando y vomitando repetidas veces al mismo tiempo que arrojaban improperios e insultos, blasfemando con sus bocas en el lenguaje putrefacto de los malos espíritus al servicio del Diablo. Las señoras de las casas, creyentes devotas, se santiguaban al escuchar estas historias y suplicaban por la salvación de esas pobres almas, intercediendo por el perdón para el capitán, que tan solo había hecho lo que un hombre debía hacer en casos como esos.

Sin embargo, pese a tantas opiniones encontradas sobre la rectitud moral del capitán, y pese a tantas versiones contradictorias o hiperbólicas que se habían difundido sobre su relato, casi todas las personas, presentes y no presentes aquel día en la costa, coincidían en que lo mejor que pudo ocurrir fue evitar que aquel barco lleno de enfermos arribara a Valencia. Incluso aquellos que asumían la postura de un verdugo, reconocían que la decisión de aquellos hombres moribundos de pasar por la región en busca de ayuda fue imprudente y desconsiderada. Ya fuera abiertamente o en silencio, todo el reino suspiraba aliviado para luego seguir polemizando y sosteniendo rumores atractivos, que los entretuviera por el resto de la semana y así incorporar algo novedoso a sus rutinarias vidas. Curiosamente nadie se preocupaba de uno de los aspectos más intrigantes de la historia narrada por el capitán: la enfermedad. Como si la sola explicación de que se trataba de una maldición diabólica fuera suficiente para pasarla por alto y no intentar indagar más sobre su naturaleza. Según lo descrito por el capitán, ninguna enfermedad conocida reunía tantos síntomas horrorosos, ni la perspectiva de una muerte larga y dolorosa.

De entre todas las personas que habían sido testigos directos de la detención del capitán, solo uno reflexionaba en profundidad sobre esa enfermedad, por encima de las muchas nimiedades que otros comentaban. Se trataba de Said, que, a diferencia del resto, había decidido no revelar que había sido testigo de lo ocurrido por dos razones: en primer lugar, porque no se sentiría a gusto con los interrogatorios y la atención extrema que tendría en los sucesivos días, sobre todo contando con el hecho de que su palabra era respetada y sus declaraciones serían consideradas las más veraces; y en segundo lugar, porque aquello estaba indisolublemente unido al recuerdo de Beatriz y ese secreto en común que compartían. No contar nada sobre aquello representaba un modo de permanecer leal a ese recuerdo. Sin embargo, no por ello Said dejó de interesarse al respecto y de buscar la ocasión para preguntarles a otras personas si no les preocupaba la posibilidad de que una enfermedad, posiblemente contagiosa, hubiera estado tan cerca. Para su sorpresa, la enfermedad no era vista como un problema pues consideraban que lo peor había pasado y que, con la muerte de los tripulantes de aquel barco, la enfermedad había quedado sumergida en las profundidades del mar. Said no

estaba tan seguro de ello, pero prefirió no preocuparse demasiado con lo que, a fin de cuentas, eran meras suposiciones e incertidumbres.

Said ocupaba la mayor parte de sus momentos de introspección en el recuerdo de Beatriz, en repetir su nombre mentalmente o en susurros, para convencerse de que realmente la había conocido, o en lustrar la moneda que guardaba en su honor, imaginando que sus dorados reflejos eran semejantes al brillo de su cabello y a su luminosa sonrisa. A menudo suspiraba inconscientemente. Fue su madre, una señora menuda llamada Fátima, a quien ya comenzaban a notársele las primeras arrugas y canas, quien reparó en esa nueva costumbre de su hijo e, intrigada por la recurrencia, se atrevió a mencionarlo.

—¿Debo preocuparme por tus suspiros o alegrarme?

Se encontraban en el recibidor de su sencilla casa, la cual era un anexo de una casa mayor en la que vivía su tío con sus dos esposas, ninguna de las cuales pudo darle hijos. Vivían en la zona conocida vulgarmente como la "callejuela del moro", nombre engañoso que designaba un área amplia. Fátima bordaba diligentemente unas alfombras que después vendería su cuñado. A Said se le desencajó el rostro ante la pregunta de su madre. Rara vez era tomado por sorpresa, pero su madre siempre encontraba la manera de hacerlo; probablemente era la única persona que podía preciarse de ello.

—Desconocía esa distinción. ¿Hay suspiros para alegrarse?

—Los hay —respondió Fátima con un tono suspicaz. Observaba atentamente el rostro de su hijo intentando traducir cualquier gesto revelador—. Hay suspiros que anticipan buenas noticias. Hay suspiros que delatan milagros y despertares.

—No sé a qué te refieres, madre —dijo Said, manteniendo un rostro indescifrable—. Hay mucho por lo que preocuparse y tan poco por lo que alegrarse.

—No todo son espinas, hijo mío. Es importante permitirse ciertas alegrías. Incluso el profeta se tomaba un tiempo para oler las rosas o jugar con sus nietos.

—Hay épocas que no nos permiten esas ligerezas y nos obligan a concentrarnos en lo inmediato y a ocuparnos de ello enseguida.

—¡Cuánta falta te hace tu padre! —se lamentó Fátima alzando sus manos—. Solo él sabía cómo hacerte reír, a pesar de tanta melancolía. Tu problema es que piensas demasiado. A veces hay que andar a ciegas con el corazón dentro de un puño.

—Quizá mi corazón es defectuoso —bromeó Said con una media sonrisa, que su madre pudo ver antes de que volviera a su expresión inmutable—. O no cabe en un puño.

—Los corazones siempre están a la medida de sus circunstancias —dijo Fátima, muy segura de su afirmación—. El truco es desconocer esa medida y dejar que su propia sabiduría la comprenda. Pero, Said, puedes contarme lo que te preocupa. Hay un brillo distinto en tus ojos pero también percibo que ocultas una nueva angustia, como si cargaras un peso que antes no llevabas. A eso me refería con tus suspiros.

—Nada me ocurre directamente a mí, madre —mintió Said—. Me preocupan ciertos aspectos de la historia del capitán Germán. Toda la situación podría ser más grave de lo que parece.

—¿A qué gravedad te refieres? —preguntó Fátima, sin darle mucha importancia—. Ya no hay nada que pueda hacerse por ese pobre hombre. Pagará por sus crímenes y pronto todo eso quedará olvidado. Porque eso es lo mejor que saben hacer los cristianos, olvidar y luego llamarlo perdón. Si se hubiera tratado de uno de nosotros no serían tan indulgentes ni olvidadizos, puedo asegurártelo. Pero ninguna gracia hubo en aquellos asesinatos. Su alma está condenada al azufre, por mucho arrepentimiento que profese después. Ellos creen que con arrepentirse ya se han ganado los jardines del Paraíso.

—Pues yo creo que hay algo noble en esa convicción. Al menos es mejor ser consciente del daño que has hecho y sentirte mal por ello, que vivir tranquilamente como si nuestras acciones significaran muy poco. Pero no, madre, no me preocupa el juicio al capitán ni la salvación de su alma. Lo he conocido antes por asuntos de negocios y parecía un buen hombre. Lamento que se haya condenado de esa forma debido a su temeraria impulsividad. En realidad, lo que me preocupa de todo esto tiene que ver con la historia que ha contado.

—He escuchado tantas versiones de ese relato que ya no sé qué creer —sentenció Fátima secamente—. ¿Qué es lo que turba tu ánimo sobre esa historia?

—En todas esas versiones brilla una misma verdad —confesó Said—. No puedo dejar de pensar en la enfermedad que padecían aquellos marineros hallados por el capitán Germán. Ellos dijeron haber encontrado a un hombre que la padecía y aparentemente todos sufrieron un contagio de la misma y se propagó entre ellos. ¿Hasta qué punto podemos asegurar que la enfermedad no se está propagando por la ciudad? ¿Quién puede demostrar que el capitán y sus hombres no padecen ya ese malestar? Puede que esos hombres enfermos no hayan podido llegar, pero el capitán Germán y sus hombres sí, y bien pudieron traerla consigo sin saberlo. He escuchado viejas historias de enfermedades que viajan kilómetros de distancia a través de un portador que desconoce si la padece. Esto podría estar ocurriendo, pero nadie hará nada al respecto porque no lo han pensado siquiera.

—Es sensato lo que expones —concedió Fátima—. Aunque probablemente ya habrían estado enfermos antes de desembarcar, si es tan letal como la describieron. Además, han pasado varios días desde la detención, ya sabríamos si algo irregular hubiera ocurrido en las mazmorras. ¿Qué crees que debieron hacer?

—No soy experto en materia de enfermedades… Pero creo que lo más sensato que hubiera podido hacer el capitán, antes de entregarse, era esperar unos cuantos días para comprobar que la enfermedad no se manifestaba dentro de su barco.

—Sospecho que aquel hombre solo pensaba en la culpa, como para reconsiderar con calma sus acciones —dijo Fátima—. Es imposible ver con claridad cuando un solo sentimiento aguijonea tu alma y derrota tu consciencia.

Se hizo un silencio casi sepulcral que diluyó la conversación, para sorpresa de Fátima. Las palabras dichas por su madre estremecieron a Said hasta lo más profundo de su alma. Tales sentencias sonaron proféticas y le revelaron a Said algo que hasta entonces no había considerado. Dentro de él anidaba, no solo un recuerdo o un nombre, sino la presencia de una mujer. Una presencia que se notaba con mayor intensidad en sus pensamientos debido a su ausencia. Esa necesidad de su presencia bien podía interpretarse como un sentimiento en los términos descritos por su madre.

Precisamente, Fátima no veía con claridad lo que estaba ocurriendo en su alma. Al advertir las líneas de turbación que se formaban entre las cejas de su hijo, estuvo tentada de excusarse por sus palabras infiriendo que algo no lo contentaba, pero consideró que lo más prudente era evitarle sentirse expuesto. Como si nada ocurriera, Fátima se concentró exclusivamente en su bordado mientras cantaba una nana en su idioma natal, dejando que Said se hundiera en sus pensamientos. E hizo bien, porque Said volvía a pensar en Beatriz, en las pocas palabras que intercambiaron, en los silencios que compartieron y, especialmente, en la esperanza de un futuro reencuentro. Fátima pudo escuchar a la perfección un nuevo suspiro y, sin interrumpir su canto, sonrió y siguió bordando, porque sabía mejor que él cómo se llamaba aquello que le estaba ocurriendo. Ella también suspiró, como una forma de sosiego para su regocijo.

***

No en todas partes del reino se discutían los mismos temas. A diferencia de la mayoría de los hogares de Valencia, había uno en el que estaba tácitamente prohibido hacer mención del más comentado en todas partes, porque hablar de ello enseguida traía el recuerdo de una desobediencia censurable. Se trataba, por supuesto, del hogar de Beatriz. Porque, mientras la región de Valencia vivía un momento destinado a marcar su historia, en la casa de Beatriz su familia se había estado preparando para explorar las calles con la intención de encontrar a la muchacha desaparecida desde el mediodía. Perpetua y su esposo Carlos, el padre de Beatriz, se encontraban en medio de una acalorada discusión, que versaba sobre el reparto de culpas en torno a la desaparición de su hija, cuando fueron interrumpidos por la llegada sorpresiva de la misma, con una expresión avergonzada en su rostro, la cabeza gacha y los pies descalzos; pues se había asegurado de devolverle a Said sus sandalias antes de despedirse. La primera reacción de Perpetua fue abrazarla y la de Carlos sonreírle con los brazos abiertos. Sus dos hermanos, Pedro y Cayetano, permanecieron en silencio, aunque también le prodigaron una sonrisa de bienvenida a su hermana, aliviados por no tener que recorrer las calles en su búsqueda. Tomasa, la esposa de Pedro, tampoco emitía palabra alguna, pero se tranquilizó al verla llegar, ahora su esposo ya no se vería obligado a salir justo cuando empezaba a anochecer. Pero el júbilo duró poco, porque tanto Perpetua como Carlos reaccionaron con firmeza, interpelando a la muchacha sobre su paradero y exigiendo explicaciones por su tardanza. Ambos le hablaban al mismo tiempo con un tono severo, pero Beatriz se limitaba a agachar la cabeza y recogerse sobre su cuerpo, con deseos de hacerse invisible. Fue su hermano Pedro quien intervino para interceder por ella, pidiéndoles a sus padres que se calmaran un poco para que le dieran la oportunidad de explicarse.

Beatriz, por fin tuvo la ocasión de contar lo ocurrido y, tal como anticipara a Said, explicó una versión truncada de los hechos. Se centró en las dificultades a la hora de convencer a los pescadores de venderle pescado; en su distracción inexcusable de recoger piedras y caracoles y la impetuosa ola que la tumbó haciéndole perder los zapatos, que fueron arrastrados por el mar hasta perderlos de vista; y, finalmente, en cómo la detuvo su curiosidad por presenciar el desembarco del capitán y escuchar su increíble historia. Beatriz no escatimó detalles sobre ese relato y, gracias a ello, fueron de los primeros en enterarse sobre el acontecimiento que daría la vuelta al reino al día siguiente. En aquel momento, ese relato no significó tanto como la desobediencia de Beatriz, por lo que Perpetua no tardó en reprenderla, secundada por su esposo, y ambos, casi al unísono, le dieron una charla sobre la obligación de los hijos de honrar a sus padres tal como lo dictaminaban los mandamientos de Dios.

Perpetua lloraba diciendo cuánto se preocupaba a medida que pasaban las horas y ella no volvía. Carlos alzaba los brazos pidiéndole a Dios que atemperara la curiosidad de su hija, ya que era un atributo peligroso e impropio para una mujer. Pedro, Cayetano y Tomasa permanecieron en silencio, compartiendo miradas de incomodidad. Sus hermanos querían interceder por Beatriz, pues no les gustaba ver sufrir a su hermana pequeña, pero consideraron que era mejor reprenderla ahora que lamentarlo después. Cuando se calmaron los ánimos, sus padres le prohibieron salir de casa sin la compañía de un adulto y la mandaron a dormir.

Al día siguiente, para sorpresa de Carlos y sus hijos, descubrieron que, a lo largo y ancho del reino, lo único que se comentaba era el desembarco del capitán y su relato de horror y vergüenza. Y en los días sucesivos no escucharon otra cosa ni aunque quisieran evitar las conversaciones; al menos en el caso de Perpetua y Carlos. En cuanto a Pedro y Cayetano, ellos eran de los que alegaban haber presenciado el acontecimiento y repetían lo que les había contado su hermana a todo aquel que estuviera interesado, siempre y

cuando les comprara una cierta cantidad de las telas que vendían; todo ello a espaldas de su padre, por supuesto, a quien no le agradaría ni un pelo saber que sus hijos se valían de medios tan poco virtuosos para incrementar sus ganancias. En casa ocurría algo parecido, Perpetua evitaba las conversaciones matinales con los vecinos para no volver a escuchar sobre el capitán y la tripulación enferma; sin embargo, Tomasa visitaba todas las casas haciendo un recuento fidedigno de las palabras de Beatriz y, a cambio, obtenía alimentos gratis como pan, leche, huevos y especias. Luego, ante la suspicacia de su suegra, alegaba que las ventas habían sido muy buenas aquel día y su esposo la proveía con el dinero suficiente para adquirir lo necesario, o que había tenido muchos encargos como costurera.

Beatriz, por su parte, pasaba los días ayudando en silencio a su madre en las labores del hogar y perdida en sus pensamientos. Desde el día de su desaparición, su madre había notado que el carácter de su hija parecía distinto al usual. Silenciosa y pensativa, se limitaba a hablar solo cuando le preguntaban algo y sonreía muy poco; cuando Beatriz solía ser una joven que siempre tenía algo que comentar o cuestionar y uno de sus atributos característicos era su constante sonrisa. Al principio, Perpetua explicó esta nueva actitud como una consecuencia de los cambios que estaba experimentando en su transformación de niña a mujer, pero, tras una atenta observación, sospechó que algo le ocurría a su hija y que existía la posibilidad de que estuviera relacionado con lo sucedido el día que salió a comprar pescado. También cabía la alternativa de que se sintiera muy apenada por su desobediencia y no hallara la forma de redimir su culpa. Madre e hija troceaban la carne y algunos vegetales, preparando el almuerzo con antelación, y Perpetua aprovechó la ocasión para preguntarle.

—¿Por qué te siento tan apagada, Beatriz? Es poco común no escuchar tu risa todos los días, o tus carreras distraídas por el patio, o tus muchas preguntas atropelladas esperando una pronta respuesta. ¿Ocurrió algo que deba saber?

—Estoy bien, madre —aseguró Beatriz—. Solo me siento un poco cansada.

—¿Cansada de ayudarme o cansada por indisposición? —precisó Perpetua, mirándola fijamente a los ojos—. En realidad, lo que te pregunto no solo se refiere al día de hoy… Te he estado observando durante días y ya no eres la niña alegre que solías ser. ¿Es un malestar físico? ¿Te has sentido enferma?

—No es un malestar físico el que me aqueja —explicó Beatriz—. Es un cansancio que no acaba, sin importar si me encuentro ocupada o no. Es como si echara de menos algo, como si sintiera la necesidad de recuperar algo que desconozco. Quizá ahora estoy comprendiendo aquello que predecías, que ya no volvería a ser la misma. Ya no me siento una niña.

—Esos cambios afectan nuestras emociones, pero solo temporalmente. Quizás… ¿Has sangrado?

—No entiendo tu pregunta, madre —respondió Beatriz con una expresión consternada que hizo sonreír a su madre—. ¿Por qué? ¿Se supone que debo sangrar? No me he golpeado, ni nada parecido.

—No tiene nada que ver con un golpe —explicó Perpetua—. Se trata de algo menos doloroso, pero no por eso exento de molestias. Es parte del cambio que experimentas y sigues experimentando. Cuando este sangrado del cual te hablo finalmente ocurra entonces el cambio se habrá completado. Y deberás acostumbrarte, porque eso sucederá regularmente por el resto de tus días, o hasta que seas lo suficientemente anciana para secarte en vida.

—¿De qué manera sangraré? —preguntó Beatriz enseguida, sin poder ocultar su preocupación. Una expresión de miedo enturbió su semblante—. ¿Es doloroso? ¿Como si tuviera una herida?

—Cuando suceda, lo sabrás —dijo Perpetua con una sonrisa—. Esa es la hija que conozco. La que no duda en hacer preguntas cuando algo la sorprende o la asusta.

Beatriz tuvo ganas de corresponderle la sonrisa pero se contuvo. En cambio se animó por la disposición de su madre a conversar amigablemente con ella.

—¿Sigues molesta conmigo, madre? Nuevamente, insisto en que me siento muy apenada por haberos preocupado tanto aquel día. No era mi intención tardar tanto. Aún me cuesta miraros a los ojos… Os he decepcionado.

—No te voy a negar que nos molestamos mucho, Beatriz —confirmó Perpetua—. No es apropiado que una muchacha como tú ande sola y sin supervisión mucho tiempo. Pero el mayor problema fue tu desobediencia. Te advertí que no te distrajeras por el camino y fue justo lo que hiciste. Recuerda siempre el mandamiento sobre los padres. Cuando los honras, Dios se acuerda de ti. Sin embargo, ahora que en el reino no se habla de otra cosa, comprendo mejor tu curiosidad.

—Entonces, ¿me perdonas? —insistió Beatriz esperanzada.

—Digamos que sí… ¡Pero sigues castigada! No podrás salir hasta que tu padre y yo lo consideremos conveniente. Y, sobre todo, no le digas a nadie que estuviste entre los que escucharon la historia del capitán. No se habla de otra cosa y lo menos que necesitamos es atraer mucha atención sobre esta casa.

—Descuida, no diré nada —prometió Beatriz—. Será como si ese día nunca hubiera ocurrido.

Perpetua le arrojó una mirada suspicaz, dándole a entender que con ello no quedaba olvidada su imprudencia. Si bien la encontró más receptiva que en días anteriores, seguía luciendo desanimada.

—El almuerzo ya está casi listo. Si quieres puedes descansar un rato mientras esperamos que llegue el resto, a ver si así te sientes un poco mejor. Yo puedo sola con lo que falta.

Beatriz asintió sin contradecirla y fue a lavarse las manos. Después, se acostó en su lecho de paja, boca arriba, con la mirada perdida en el techo, lanzando largos y hondos suspiros para los cuales no conocía explicación alguna. A su madre no le faltaba razón cuando aseguraba que había cambiado. Sus sospechas eran ciertas, Beatriz ya no era la misma. Y este cambio que se gestaba dentro de ella no se traducía exclusivamente en las transformaciones que estaba experimentado su cuerpo. Algo nuevo y desconocido despertaba en su interior. Una inusual agitación que al mismo tiempo le causaba ansiedad y nerviosismo, pero también alimentaba un profundo agotamiento que se extendía a las sensaciones físicas de su cuerpo, así como influía en la ejecución de cualquier tipo de actividad. Se estaba volviendo una cautiva de sus pensamientos y le costaba apartarse de ellos sin importar lo que estuviera haciendo para sentirse útil.

Todo cambió después de aquel día. Es sorprendente cómo nuestras vidas fluyen sin interrupciones, con situaciones semejantes y acontecimientos repetitivos día tras día, sin ningún cambio notable hasta que, de pronto, y sin que podamos detenerlo, la predecible línea recta según la cual creemos conducirnos tuerce su movimiento y nos arrastra hasta un abismo de dudas e indeterminaciones. Un día sucede, nuestras vidas cambian y jamás vuelven a ser las mismas. No tienen que cambiar nuestras circunstancias drásticamente, ni transformarse nuestros cuerpos de la noche a la mañana, porque la transmutación definitiva, la que nos cambia para siempre, modifica nuestras almas y, a veces, son solo los pequeños detalles los que sirven como evidencia de esa nueva vida que aún no somos capaces de comprender, pero que ya es la vida que nos definirá en lo sucesivo; o, al menos, hasta el próximo cambio. Bastan unas pocas palabras, un mínimo encuentro, un par de horas, para modificar nuestro destino o, según algunos, para revelarnos lo que siempre ha estado escrito y hasta el momento no éramos capaces de

descifrar. Incluso, aun cuando no sepamos leer las nuevas coordenadas de una ruta nunca antes trazada, nos veremos obligados a transitarla, ya sea a ciegas.

Beatriz apenas estaba tomando consciencia de esa transformación y lo que eso significaría en lo sucesivo, porque todo ello se debía a una sola razón: ya no se sentía de la misma manera, y todo era porque había conocido a ese hombre de ojos oscuros y piel morena que había arriesgado su propia vida para salvarla. Era una sensación desconocida y palpitante ligada a los escasos recuerdos que construyeron en unas pocas horas y que Beatriz repasaba en momentos como aquel, cuando estaba a salvo de las preguntas de su madre. Sí, pensaba en Said y era incapaz de evitarlo. Tampoco se obligaba a sí misma a dejar de hacerlo, porque no veía nada malo en ello. Instintivamente comprendía que no era algo que debiera compartir con otros y que era mejor reservarlo para sus momentos de soledad y silencio. Era parte de lo que implicaba guardar el secreto de su accidente en el mar, pero también porque comenzaba a experimentar la sensación de que algo prohibido subrayaba ese ocultamiento.

No contaba con referentes para lo que estaba sintiendo y esa era una de las razones fundamentales de su confusión. Algo de lo que no hablaba, algo que no sabía explicarse, algo que ocupaba cada rincón de su pensamiento y animaba cada latido de su corazón, algo sin definición que acababa dejándola exhausta. A veces, estaba a punto de dar con la respuesta. A veces, pensaba en aquellas historias de su infancia, en esas representaciones de las ferias anuales donde dos actores se disfrazaban de caballeros armados y princesas distantes, en las cuales se contaban cómo dos desconocidos pasaban toda su vida esperando un reencuentro para ¿vivir juntos? Nunca entendió por qué en aquellas historias algún acontecimiento adverso impedía para siempre ese reencuentro. Y aquello la entristecía cuando era una niña, y la entristecía ahora, cuando pensaba en los días que transcurrían sin volverlo a ver y en que podría no volver a ocurrir, como en aquellas historias. Pero seguía sin comprender cómo uno puede desear tanto la presencia de alguien que apenas conoce.

Pensar en esto no solo hacía de su mente un nido de dudas, sino también de su corazón una antorcha a la espera del fuego revelador que la hiciera arder con la luz de la comprensión. ¿Cómo explicar tales anhelos? Le sucedía aquello que le pasa a cualquiera alguna vez en su vida: repentinamente, en su alma, se inicia una espera por alguien que apenas conoces. Beatriz se preguntaba si Said también se sentiría así, y cuestionaba sus propias contradicciones formulándose muchas preguntas sin respuesta: ¿qué estoy sintiendo, realmente?, ¿cómo definirlo?, ¿por qué me pesa la vida ahora que le conozco? Lentamente, Beatriz descargó el fardo de su desesperada incertidumbre, para caer rendida en un letargo que la rindió hasta dormirla. A merced de su inconsciente, ya no quedaban censuras rigurosas para aprisionar su pensamiento y, así, su mente aprovechó la ocasión para explayarse en el recuento de sus propios y recónditos deseos.

En el margen de brevedad que duró su siesta, los sueños tuvieron suficiente tiempo para desarrollarse y desenvolverse con esa temporalidad particular y exclusiva del mundo onírico, que transforma los segundos en horas y las horas en frágiles eternidades. Momentos en los cuales el corazón late y marca el ritmo de las fantasías. Ha comenzado la hora dorada; su hora, valga la redundancia, soñada. La consciencia se hunde sin reparos para que la imaginación despierte. Se efectúa un vaciamiento de último minuto, como una antesala para la liberación y la apertura de nuevas y nunca antes imaginadas escenas vivas de lo que no ha ocurrido y probablemente no ocurrirá, o que ocurrirá de manera distinta y deslucida. La mecánica del sueño parte del consenso en flexibilizar cualquier tipo de rigor y disciplina para darle cabida al anhelo desnudo. De este modo, Beatriz sueña para reencontrarse con Said, para saludarlo sin despedidas, para mencionar su nombre en voz alta y para escuchar de sus labios el suyo con igual

volumen. Sueña para disfrutar el silencio de una misma esperanza que los une, la esperanza de que esto siga siendo así cuando despierte.

En su sueño lo consigue, a orillas del mar. De espaldas, mirando hacia un horizonte lejano e inalcanzable, incluso dentro de la inexistencia de límites propia de un sueño. Beatriz extiende su brazo para tocarle el hombro y llamarlo. Él reacciona enseguida con un leve estremecimiento y se gira hacia ella. Se miran y se nombran. Hasta el momento el sueño revela la parte evidente del anhelo y lo subraya. Caminan sin tocarse ni rozarse y apenas conversan. Ambos llevan los pies descalzos, y con ello, inconscientemente, Beatriz intenta igualar las injusticias del primer encuentro. La arena es caliente y quema, pero ninguno se queja para no perturbar el placer de estar acompañado por el otro. El paseo nunca se agota y es como si la costa alargara el paisaje para que nunca se detuvieran. Y entonces, llueve. Grandes y pesadas gotas, que podrían empaparlos si no se resguardan rápidamente. Corren juntos y, sin haberlo premeditado, tomados de la mano. Se rescatan, mutuamente. La mente de Beatriz sigue modificando las desigualdades hasta desvanecerlas. Se introducen en una gruta rocosa, una cueva bajo la cual una pequeña parte del curso del mar se desvía para atravesarla. No detienen su carrera porque planean llegar al otro lado de la gruta y sentirse a salvo, ¿de la lluvia?, ¿o de la próxima despedida? La gruta también retrasa su final, alargando sus extremos. Agotados, se detienen dentro de ella. Unas pequeñas gotas azuladas caen sobre sus rostros. Beatriz estornuda y Said la abraza. No entiende la consecución de ambas acciones, pero de nada sirve analizar los acontecimientos dentro de un sueño, a medida que lo sueñas. Al soltarse, tras ese largo abrazo, ya no pueden verse sin apartar la mirada, porque ya no poseen sus rostros originales. Algo ha sido modificado, o torcido hasta hacerlo repelente. En cambio se apartan, aterrados el uno del otro con la contemplación de un horror inigualable: sus pieles derretidas y llenas de úlceras, ardiendo y doliendo a cada segundo.

Entonces, cada uno corre hacia extremos distintos de la misma gruta y se separan sin despedirse. Beatriz alcanza una nueva salida, desconocida para ella y cae de rodillas en la arena. Sus manos hinchadas y enrojecidas también se derriten como su rostro afectado. Se siente envenenada y maldecida, hasta que el malestar se apropia de su visión dejándola completamente ciega. Cae de espaldas en la arena con los ojos en blanco y convulsiona. No hay visiones en su desmayo, ni descanso en su extenuación. Ya el sueño se ha vuelto insoportable y quizá sea la hora de despertar. Y, justo en ese momento, despierta sobresaltada y sudorosa.

Hay demasiada humedad en su cuerpo, incluso cuando ya ha regresado a la vida que conoce, sobre el lecho de paja y bajo el techo de madera. Respira aceleradamente preguntándose por qué se siente tan húmeda e incómoda. Beatriz se toma con calma un tiempo para reaccionar y caer en cuenta de su regreso, al mismo tiempo que trata de fijar un recuerdo sobre las imágenes soñadas, con poco éxito. Solo conserva la impresión de haber visto algo horrible y esa espantosa humedad pegada a su cuerpo, impregnada en su piel, especialmente en sus muslos y las partes pudientes de su intimidad. Trata de incorporarse lentamente y al bajar la mirada comprende, o cree comprender, lo ocurrido. Reprime un grito de espanto al ver la parte inferior de su sayón cubierta por una mancha roja de sangre. Lo predicho por su madre había sucedido sin previo aviso. Con la sangre, vendría la responsabilidad y la culpa. Con la sangre derramada, su vida tendría un valor distinto. Con la sangre secándose en sus muslos se sentía asqueada y triste. Ahora sangraba y sufría su vergüenza. De eso se trataba y por eso su madre insistía tanto en prepararla. Ya era, a los ojos de Dios y de los hombres, toda una mujer.

Capítulo 4

Se trataba de una oscuridad insoportable que no se correspondía con la noche, la triste oscuridad del confinamiento. Cuando ya no podemos medir el tiempo en horas, en la natural consecución de los días y las noches, ya no hay lugar para la esperanza. Ni un solo rastro de sol se colaba por ninguna rendija. La única abertura era un pequeño hueco con barrotes a través del cual veían el paso de los guardias y sus cambios de turno. El capitán Germán de Arcos y los trece hombres que componían su tripulación fueron recluidos, temporalmente, en un par de mazmorras sucias y sin ventanas que dieran al exterior. Sin ningún criterio especial, fueron separados y distribuidos en dos grupos, en celdas contiguas, aunque sin ninguna forma de comunicación entre ellas. Y, por supuesto, no hubo trato especial para el capitán, que fue encerrado junto a seis de sus hombres en una de esas celdas.

Ya habían pasado tres días, y transcurría el cuarto, desde que fueron detenidos y se limitaban a esperar la fecha de un juicio que probablemente ya tendría una sentencia clara. Tanto el capitán como el resto de los marineros de El Sándalo albergaban muy pocas esperanzas de conseguir un fallo a favor de sus vidas. La mayoría de ellos se sentían culpables y arrepentidos, y esperaban el peor castigo para que los redimiera de tan horribles crímenes. Quienes no levantaron armas contra los tripulantes enfermos de la otra embarcación, pero fueron cómplices y testigos de sus muertes, se sentían igualmente atormentados por la culpa de no haber hecho nada para interceder por ellos y detener tamaña atrocidad; y, al mismo tiempo, albergaban cierto resentimiento contra el capitán por haber tomado una decisión tan arbitraria, a costa del destino de toda la tripulación a su cargo. Incluso quienes más lo respetaban, y que habían obedecido fielmente sus órdenes empuñando las espadas con las cuales atravesaron los corazones de esos pobres hombres moribundos, no miraban con buenos ojos al capitán, ahora que habían tenido suficiente tiempo para reflexionar sobre las consecuencias de sus acciones. A su modo, cada cual había llegado a la conclusión de que las cosas podrían haber sido manejadas de una forma distinta, y ante todo lamentaban la aciaga hora en que viraron su ruta para averiguar el secreto de esa otra embarcación con la que se toparon.

Dentro de aquella oscuridad, con el hedor, la humedad, el moho impregnado en las paredes y la constante entrada y salida de las ratas por las esquinas de la mazmorra, ya no parecían tan nobles las intenciones originales de impedir que esa supuesta maldición llegara al reino. Dos veces al día les administraban comida en porciones muy reducidas, e imperaban el silencio y la hostilidad en ambas celdas. Los más devotos, aunque todos eran cristianos, invertían sus horas en formular oraciones para invocar el perdón de Dios e incluso ayunaban, prefiriendo comer una sola vez al día como una forma de penitencia. Castigaban sus cuerpos para sanar sus maltratadas almas y demostrar su arrepentimiento, y, finalmente, para beneficio de aquellos que conseguían la ración extra que estos rechazaban. En la celda del capitán era donde menos interacción había entre los hombres, cada cual aislado en sus respectivos pensamientos y lanzando ocasionales miradas de amargura en dirección al capitán. La luz de las antorchas, en el pasillo exterior de la mazmorra, apenas alumbraba el interior de las celdas, lo justo para adivinar los contornos difusos de las siluetas de sus compañeros.

El capitán era el más fácil de reconocer porque su perfil era inconfundible: una nariz puntiaguda, un mentón prominente cubierto por una barba poblada que crecía a lo ancho y no a lo largo. Inevitablemente, todos los que lo acompañaban se distraían observándolo, odiándolo y perdonándolo según los dictámenes de su fe, tratando de imaginar los pensamientos que lo ocupaban y la magnitud de la culpa que lo

aguijoneaba. Se le veía en calma y no dijo palabra alguna desde que fuera apresado. Rezaba antes de cada comida, antes de dormir y al despertarse. El resto de la jornada se quedaba sentado en una esquina, inmóvil, como si fuera una esfinge de piedra custodiando la limitada porción de pared sobre la cual apoyaba su espalda. Ninguno de sus hombres quiso preguntarle cómo se sentía o si confiaba en la posibilidad de que sus vidas fueran perdonadas por las autoridades. En algunas ocasiones, escuchaban que el capitán tosía, víctima de un ahogo que se prolongaba por unos cuantos segundos, durante los cuales se daba fuertes golpes en el pecho, carraspeaba y continuaba con su mutismo imperturbable. Sospechaban que la humedad del lugar estaba mellando su salud. Otras veces pasaba intervalos de tiempo indefinibles rascándose los tobillos. Antes de entrar en las mazmorras habían sido despojados de sus zapatos y soportaban la frialdad del suelo, así como las picaduras de algunos insectos que proliferaban dentro de la celda, junto con las ratas, y que disfrutaban de la carne fresca disponible.

Al igual que él, el resto de los hombres pasaba gran parte del tiempo intentando espantar a los insectos y rascándose la piel para sentir alivio, allí donde ya habían dejado la huella de su paso. Y así transcurrían las horas dentro de la celda, apenas interrumpidas por el chillido de una rata o por los murmullos entre algunos que se animaban a conversar un rato, a suficiente distancia del capitán para que escuchara lo menos posible. El resto del tiempo, cumplidas las dos comidas reglamentarias, se contentaban con esperar el momento en el que el sueño los derrotara, pensando en las familias, con las que no habían tenido ocasión de reencontrarse desde su retorno. Deprimidos por la perspectiva de una muerte segura, muchas emociones se caldeaban en ambas celdas, pero en la del capitán predominaba la resignación. Mientras tanto, en la celda contigua, las relaciones y los comportamientos entre los siete hombres restantes que completaban la tripulación culpable de El Sándalo eran completamente distintas. Hablaban sin reparos y algunos expresaban ruidosamente sus quejas, a la vez que otros soltaban unas cuantas maldiciones, indiferentes a cualquier tipo de reprobación por sus blasfemias. Unos pocos permanecían acostados durante horas, dispuestos a levantarse únicamente con la llegada de la comida; dentro de este grupo estaban los que rezaban a todas horas o los que preferían llorar sin que nadie se diera cuenta. Otros caminaban de un lado a otro, para convencerse a sí mismos de lo que habían hecho y de por qué estaban allí, aunque no por ello aceptaban mejor su suerte. Pero, principalmente, destacaban quienes pretendían enzarzarse en largas discusiones e intentaban conseguir el apoyo del resto, decididos a no guardar silencio. En una ocasión, dos de ellos mantenían un diálogo acalorado, de pie el uno frente al otro, de tal modo que para el resto se veían como dos siluetas que no paraban de moverse. Algunos permanecían cerca de ellos, sin sentarse, como columnas inmóviles, velando por el orden y esperando para reaccionar ante cualquier estallido de violencia.

—¡Era inadmisible! —sentenció uno de ellos en voz alta—. Yo les dije que lo mejor era no detenerse y continuar con nuestro camino. Nunca es prudente detenerse cuando te encuentras con un navío sin identificar. La terquedad del capitán no fue por valentía, sino por estupidez.

—¿Y qué se supone que debíamos hacer? —preguntó el otro—. Se dirigían hacia Valencia y no estaban autorizados para tomar esa ruta. Era nuestro deber detenerlos y saber lo que ocurría. Sí, debimos haber sido más precavidos, pero no nos sobraban las opciones. Puede que fueran forajidos o cualquier otra clase de escoria. Nuestras oportunidades estaban limitadas. Hablar así de nuestro capitán no te hace ser mejor, ni más virtuoso. En realidad, ninguno de nosotros es mejor ¡Y estaban muriéndose, Dios santo! Nada podía cambiar sus tristes destinos… ¡Estaban malditos!

—Pero ahora nosotros tenemos un destino peor —le recordó el marinero a su compañero—. Cometimos un crimen, tanto los que no hicimos nada para detenerlo, como quienes no retrocedieron al dar aquellos golpes mortales. No basta con arrepentirnos a los ojos de Dios. Además trajimos las provisiones y reservas de ese barco. ¿Sabes cómo será interpretado por la *Justícia*? ¡Fuimos saqueadores y asesinos! No solo seremos ejecutados, sino que seremos recordados como un capítulo infame de la historia de la ciudad de Valencia.

—La historia es lo que menos importa en este momento —contraatacó el otro tripulante—. Maté a uno de ellos, por mi mano. Su sangre caliente salpicó mi rostro y chorreó por mis manos. Ahora, ¿cómo puedo olvidar sus rostros antes de morir? No les dio tiempo de rogar por sus vidas, ni siquiera de cerrar los ojos. Experimentaron tales horrores dentro de sus cuerpos, y luego fueron forzados a mirar a la muerte directamente a los ojos. No comprendo cómo los verdugos pueden dormir por las noches sin querer perecer ahogados por la misma soga que anudan. Cuando cierro los ojos, ese rostro aparece y no puedo soportarlo. Me interpela y me acusa. Si estaban maldecidos por el demonio, este no solo consiguió las almas de esos enfermos, también se ganó las nuestras. Si la Justicia nos perdona, buscaré la forma de acabar con mi vida por otros medios. No merezco misericordia ni milagro alguno que me salve. No quiero arrepentirme, porque prefiero arder en el Infierno sabiendo que es el lugar que merezco. Porque es el único lugar en el que encontraré al hombre que he matado para poder pedirle perdón.

El marinero rompió a llorar y no pudo seguir hablando. Cayó de rodillas en el mugriento suelo cubriéndose el rostro con las manos sin interrumpir sus sollozos. El otro hombre, aquel con el cual discutía, se arrodilló a su altura para abrazarlo. Juntos lloraron, rodeados de oscuridad y silencio. Una estampa de la piedad compuesta por sombras. Ese cruce de palabras entre ambos marineros y el posterior llanto llamó la atención del resto de sus compañeros, que manifestaron pareceres diversos. No era una confrontación, tan solo necesitaban hablar de lo sucedido, gritarlo, lamentarlo y desahogarse de un modo u otro para aliviar un poco la inmensa carga que trastornaba sus espíritus. Por eso, otros siguieron el ejemplo de aquellos dos marineros y buscaron un compañero a quien abrazar para llorar su pena entre las sombras compartidas.

Cuanto más tardaba el anuncio del juicio, mayores eran sus dudas y se sentían carcomidos por esa espera. Porque, cuando uno sabe de antemano que la muerte es la única respuesta, es preferible resolver la cuestión de inmediato. Cada segundo sin respuesta se sentía como un tiempo prestado, un doloroso regalo que pronto tendrían que devolver. Se les iba la cordura en el transcurso de una espera tóxica e hiriente. No importaba cuánto discutieran, cuántos argumentos expusieran para defenderse o acusarse, o si solo se limitaban a llorar sin hablar; sus vidas ya no les pertenecían y quedaban a cargo de una justicia que si era ecuánime los condenaría y si era corrupta los rescataría sin por ello erradicar la horrible culpa. Fuera cual fuera el veredicto, algo perderían.

Permanecieron unos cuantos minutos reflexionando sobre su propio dolor, cuando un alarido los sobresaltó.

—¡Duele mucho! ¡Quema como el fuego!

Todos se acercaron rápidamente hacia la esquina en la cual uno de sus compañeros gritaba. Tenía diecinueve años y era el más joven de la tripulación. Desde que fueron apresados había padecido un resfriado que se acentuó por la falta de alimentos y la humedad de las mazmorras, o al menos así lo creían y no le dieron importancia. El aislamiento y la oscuridad contribuían, además, a acentuar esa falta de atención por su estado de salud. El día anterior, el muchacho había vomitado después de comer y había

dormido hasta la jornada siguiente. Al despertar se sentía muy débil y apenas profería sonido alguno. Su cuerpo estaba lo suficientemente entumecido y falto de energía como para no sentirse afectado por el dolor. Sin embargo, el letargo terminaba y el muchacho ahora se sentía atormentado por un ardor punzante y persistente en su estómago, acompañado por una presión en el pecho que lo incapacitaba para respirar correctamente. El ardor y la asfixia lo obligaron a gritar de esa manera. Cuando alguno de sus compañeros se agachó para asistirlo, su cuerpo convulsionaba a la vez que temblaba de frío.

—¡Ha venido! ¡Y nos llevará a todos! Su abrazo es fuego… ¡Negro fuego!

Ardía de fiebre y estaba delirando. Respiraba aceleradamente con movimientos irregulares y entrecortados. Quienes tocaron su piel, para comprobar su temperatura, sintieron algo extraño en su textura, pero no supieron de qué se trataba y poco ayudaba el estar a oscuras.

—Delira por la fiebre y su cuerpo está ardiendo. Estas no son las condiciones propicias para que alguien se enferme. Parece muy grave y su estado empeorará si no lo sacan de aquí.

—¡Cantan por nosotros! —gritaba el muchacho enfermo—. ¡Nos están esperando! Abren las alas… ¡Grandes alas negras!

—Tenemos que hacer algo —propuso otro—. Llamemos a los guardias para que se lo lleven.

—¡No podemos hacer eso! —insistió uno de los hombres, quien solía trabajar en El Sándalo como ayudante del capitán—. Si luego pasa algo, desconoceremos lo que le ocurrió. Y en ese estado puede decir cualquier cosa equívoca que sea interpretada como una declaración. Lo más sensato es acompañarlo y calmarlo hasta que se sienta mejor.

—¡Eso es inhumano! —objetó el primero dispuesto a pedir ayuda—. Estamos repitiendo nuestros errores de nuevo. Dejaremos que alguien se muera porque solo pensamos en lo conveniente.

—El muchacho no se está muriendo —contradijo el ayudante del capitán—. Toda esta experiencia lo ha debilitado. Es muy joven. Manténganse a su lado y déjenlo descansar.

El muchacho ahora se reía a carcajadas. Sus alucinaciones eran preocupantes, incluso para tratarse de una fiebre. Gruesas gotas de sudor frío chorreaban por su frente y los otros hombres se esforzaban en sostener su cuerpo, evitando así que las convulsiones empeoraran, pero sin sofocarlo para que su respiración se normalizara. Luego se rascó el hombro con insistencia, mascullando:

—No nos dejarán en paz. Hundirán a toda la ciudad. No les abran las puertas ni les ofrezcan albergue. Han venido a arrasarnos hasta el exterminio.

El muchacho dejó de reír y seguidamente pronunció algunas palabras incomprensibles. Su cuerpo ya no temblaba con violencia y su respiración se escuchaba más sosegada. Sin embargo, uno de los hombres, generalmente asustadizo y supersticioso, apuntó:

—Su lenguaje no es humano. Deberíamos apartarnos. Temo que ha sido tocado por la mano del Diablo… ¡Que Cristo nos proteja!

—¿Qué locuras dices? —preguntó otro marinero, con un tono escéptico—. Son solo delirios por la fiebre. ¿Qué insinúas, acaso?

Esta pregunta hizo callar a todos los presentes, como si con ello hubiera invocado el nombre de un terror prohibido. Ninguno quiso ser el primero en decirlo, aunque todos estaban pensando lo mismo. Aquellos que tocaron la piel del muchacho enfermo, o se acercaron lo suficiente para captar su pestilente aliento, comprendieron por qué les resultaba demasiado familiar lo que estaba sucediendo. Sin embargo, lo mejor era

quedarse callados fingiendo descuido, aprovechando que la oscuridad extendía un velo sobre todos los rostros y también para el encubrimiento de esas verdades que era mejor no admitir. Quien arrojó la primera duda al respecto, guiado por sus convicciones, se apartó del grupo para rezar en silencio. Lentamente todos se fueron apartando del muchacho, decididos a no tener ningún contacto directo con su cuerpo. Quienes ya lo habían hecho se tocaban la piel y palpaban cuidadosamente su cuerpo. Luego caminaban en distintas direcciones dentro de la celda y se sacudían el cuerpo, frotándose las manos, los brazos y la cara, sintiéndose profundamente asqueados. Lentamente se fueron convenciendo a sí mismos de que sus pensamientos eran infundados. Algunos lograron dormirse y otros reanudaron el cruel recuento de sus recuerdos felices, atesorándolos con cariño antes de que la sentencia de muerte que les esperaba fuera finalmente pronunciada. Horas después, el muchacho convulsionaba nuevamente y gritaba con una voz que retumbó como un trueno, perturbando la calma de quienes consiguieron olvidar lo que su malestar representaba.

—¡Ya llegaron! ¡Fracasamos! ¡Esto es la muerte! ¡Duele mucho y no se apaga! ¡Este fuego no se apaga y me quema! ¡Ayuda! ¡Que alguien me ayude!

Nadie acudió a sus ruegos. Nadie corrió presuroso a calmarlo para decirle que todo estaba bien, que tan solo alucinaba debido a la fiebre. Nadie contribuyó a darle la ayuda que con tanta desesperación solicitaba. El joven marinero desfallecía en soledad embargado por visiones terribles, que no eran peores que la enfermedad que lo estaba matando. Este era el primer retoño que reclamaba el comienzo de una siembra envenenada sobre el Reino de Valencia. Tan solo el ayudante del capitán se atrevió a romper el silencio, sin reservarse la desnuda verdad.

—¡Ten piedad de nosotros, Dios mío! De nada sirvió nuestro sacrifico. Estamos malditos. Esta tierra ya ha sido maldecida.

Al día siguiente, en la celda de al lado ocupada por el capitán, un guardia les anunciaba:

—Prepárense todos y cada uno de ustedes, vengo a comunicarles que su presencia ha sido reclamada por el Cargo foral de Valencia y serán conducidos a juicio en las próximas horas. Aprovechamos para informarles de que el miembro más joven de su tripulación ha amanecido muerto. Dependiendo del veredicto que pese sobre ustedes, le daremos santa sepultura o colgaremos su cadáver.

Al escuchar esta noticia, el capitán se incorporó enseguida y habló por primera vez desde sus últimas declaraciones en la costa:

—¿Cómo murió? Es injusto que lo dejen así. Merece cristiana sepultura. Ese pobre muchacho inocente no levantó su mano contra nadie. Si nos condenan, por favor, no lo cuelguen como a nosotros.

—Si era inocente, que el Señor en su gloria y misericordia lo reclame —respondió el guardia—. No sabemos las causas de su muerte. Este no es lugar para alguien tan joven. No sería la primera vez, dentro de estas mazmorras, que alguien muere de angustia esperando una sentencia. Ahora bien, a los que sí pudieron soportarlo pronto les llegará la hora de que la justicia reclame su precio. ¡Permanezcan atentos!

El guardia los dejó a solas con sus preocupaciones. Finalmente se acercaba la hora decisiva para asumir el peso de las consecuencias. Eso era todo cuanto ocuparía la mente de aquellos, excepto la del capitán, quien solo pensaba en su tripulante fallecido. Mientras trataba de entender el porqué de tan horrible deceso, se inclinaba para rascarse los tobillos repetidas veces. Comenzaba a sentir una presión en su pecho que le dificultaba la respiración, así que tosió un par de veces hasta calmar la insoportable sensación de ahogo, resignado a esperar el inevitable juicio y el posterior camino al cadalso.

***

La ciudad era un hervidero de tensiones y discordias representadas por los distintos grupos que caminaban rumbo a la Plaza Mayor para asistir a las ejecuciones públicas del capitán Germán de Arcos y los trece hombres que completaban su tripulación.

Un par de días atrás, la gente se había apiñado en las afueras de la Casa de la *Ciutat* con el objetivo de escuchar el veredicto apenas se supiera. La sala destinada al juicio no daba abasto para tantos asistentes. Todo tipo de personalidades, desde nobles y caballeros, recolectores de impuestos y sacerdotes, hasta prostitutas y pescadores, coincidían conjuntamente en un mismo lugar, expectantes. Una de las particularidades del juicio era la falta de uno de los miembros de la tripulación, el joven que fue encontrado muerto horas antes dentro de la celda. Algunos decían que murió de un ataque de nervios agudizado por el remordimiento, otros aseguraban que encontró la manera de quitarse la vida no pudiendo soportar la culpa que lo embargaba. En ningún caso circulaba el rumor de la verdad, y nadie se había enterado de las horas finales de ardoroso quebranto y delirante malestar de aquel pobre hombre. Pero una vez comenzado el juicio nadie se preocupó por elaborar nuevas conjeturas en torno al muchacho fallecido. Adentro, las familias de algunos de ellos aguardaban el veredicto, sollozando de antemano. Y cuando, tras un proceso judicial lleno de declaraciones juradas e interrogatorios exhaustivos, finalmente se anunció la culpabilidad de los procesados y la sentencia de ejecución por ahorcamiento, la gente lo celebró con gritos y vítores como si se tratara de una recompensa jugosa por las largas horas de espera.

La fecha de la ejecución pública se difundió enseguida y cada quien hizo sus respectivos preparativos para no perdérselo, desocupándose deliberadamente de cualquier obligación pendiente para asistir, como si se tratara de un día de asueto para el reino entero. La curiosidad los unía a todos por igual, sin importar sus credos. Cristianos, judíos y musulmanes marchaban conjuntamente hacia la Plaza Mayor, donde tendría lugar la ejecución pública más importante del año. Con una rapidez admirable, en menos de dos horas, había sido construido el tablado de madera sobre el cual iban cuidadosamente dispuestos los postes y las vigas que servirían de apoyo para las sogas. Los acusados serían trasladados desde las mazmorras hasta la plaza, siendo obligados a caminar por las calles, expuestos a los insultos, maldiciones e incluso golpes de los asistentes. Un largo camino que muchas veces resultaba arriesgado para los condenados, especialmente aquellos acusados por homicidio, quienes, por lo general, recibían un ajuste de cuentas violento por parte de los familiares de las víctimas. En esta ocasión no se esperaban tales manifestaciones porque los hombres asesinados no pertenecían al Reino de Valencia y no se temía la presencia de ningún familiar rencoroso con ganas de impartir justicia por sus manos. No obstante, y por tratarse de un caso especial, en esta ocasión dispusieron grupos de guardias, en las distintas esquinas del camino a seguir, para erradicar cualquier expresión de violencia que se interpusiera entre los acusados y las sogas que los esperaban.

En aquella época, en el Reino de Valencia, las ejecuciones públicas ya no ocurrían con tanta frecuencia, pero cuando alguna era anunciada nadie quería perdérsela, pues suponía la oportunidad de hacer algo diferente, del mismo modo en que las ferias y festividades transformaban el devenir cotidiano en una sorpresa extraordinaria. Nadie osaba a ausentarse durante una ejecución pública y luego no tener nada que decir sobre ello en el transcurso de los días siguientes. Aunque se tratara de un raro entretenimiento a expensas de la desgracia ajena, las ejecuciones públicas cumplían una función social y cultural, ya que se convertían en eventos que facilitaban espacios de encuentro y sociabilidad entre las distintas castas y personas que integraban un reino tan grande como aquel; y, al mismo tiempo, refrendaban un valor moral y educativo para las

personas más jóvenes, como una señal de advertencia sobre los peligros de la desobediencia y las consecuencias a afrontar si te atrevías a contradecir las leyes, tanto humanas como divinas.

El cielo lucía nublado y el sol apenas arrojaba unos pocos y esquivos rayos según el paso de las nubes. El clima tétrico y melancólico era idóneo como paisaje para una ejecución. En este tipo de eventos existían dos tipos de personas: los que se apostaban en las calles para ver pasar a los acusados y gritarles sus crímenes, siguiendo sus pasos hasta llegar a la Plaza Mayor; y los que se instalaban frente a las horcas, durante horas, esperando a que finalmente los culpables fueran ejecutados. Al final, casi todos los habitantes del reino terminaban distribuidos a lo largo de la plaza, hasta que el último de los condenados exhalaba su suspiro definitivo.

Sin embargo, en la casa de Carlos, las cosas eran considerablemente distintas. Como nadie compraría cosa alguna ese día, no les quedaba más remedio que, o asistir a la ejecución, o quedarse en la tranquilidad del hogar esperando a que el día terminase pronto. Carlos, Perpetua y Tomasa eran partidarios de lo segundo, mientras que sus hijos no querían perderse la ejecución por nada del mundo. Pedro y Cayetano ya se habían preparado para salir cuando Beatriz los alcanzó corriendo en el patio.

—¡Hermanos!, ¡por favor!, no me dejéis aquí. Yo también quiero asistir.

Pedro y Cayetano se miraron y luego le lanzaron una mirada condescendiente. Para ellos era inevitable ceder ante cualquier petición que hiciera su hermana, pues su dulzura los desarmaba y accedían sin rechistar. Así había sido desde que era una niña y chapurreaba sus primeras palabras, mientras ellos apenas eran unos adolescentes. Ahora que ya eran unos hombres en el comienzo de su juventud, y Beatriz una mujer en el despertar de una nueva vida, las cosas no eran muy distintas a los tiempos inocentes de juegos y carreras por el patio. Sin embargo, en esta ocasión, la situación era complicada para Pedro y Cayetano, pues no querían negarse, pero tampoco les correspondía desautorizar a sus padres en el castigo que le habían impuesto a su hermana. Tampoco querían darle una negativa rotunda. Durante un silencio tenso, fue Cayetano quien resolvió:

—Sabes que no puedes salir, Beatriz —dijo Cayetano—. Aunque la prohibición es que no puedes salir sola… Así que supongo que no habrá mayor problema si te vienes con nosotros.

Pedro, mucho más sensato que su hermano, apuntó:

—Según esa lógica no estarías desobedeciendo el castigo, pero tienes que hablar con ellos. Y la ejecución ya va a comenzar, así que date prisa.

Beatriz asintió, se dio la vuelta y entró presurosa en casa. Carlos estaba aprovechando el día de asueto para escribir y calcular un balance de ganancias, gastos y pérdidas relativas a los últimos meses. Perpetua y Tomasa no se encontraban dentro de la casa porque estaban asistiendo el parto de la hija de una vecina, ya que la mayoría de la gente, incluyendo a sanadores y parteras, había acudido a la ejecución. A Beatriz le correspondía enfrentarse a su padre si quería conseguir su permiso para salir, y debía actuar con rapidez porque sus hermanos no la esperarían durante mucho tiempo.

—Padre, ¿puedo acompañar a mis hermanos y asistir a la ejecución?

Beatriz quiso sonar desenfadada y no pedirlo como un favor. Su padre interrumpió su escritura y la observó atentamente sin decir palabra. A diferencia de su madre, Carlos se reservaba la actitud severa para los momentos de mayor gravedad. Cuando se molestaba, el mundo temblaba, pero, en general, mantenía una actitud afable y generosa, animado por la buena voluntad de hacer feliz a las personas. Carlos no pensaba en términos de lo más conveniente para él, sino en lo más favorable para todos. Al igual que Perpetua, también había notado un cambio de actitud en su hija, así como

percibía cierta tristeza en su espíritu. Ahora, por primera vez desde hacía varios días, volvía a verla sonriente, nerviosa e incapaz de ocultar su emoción por algo. Ya le había perdonado su desobediencia y en los días sucesivos a la falta había demostrado un excelente comportamiento. No existía nada en el mundo que quisiera más que a sus hijos, y verlos felices representaba su mayor recompensa. No quería verla nuevamente melancólica ni ver apagada su característica voluntad. Esta era la ocasión perfecta para hacer lo justo, aunque probablemente su esposa no estaría de acuerdo, ni le parecería conveniente. Con una sonrisa en su rostro y mirándola a los ojos, le concedió el permiso que ella tanto deseaba, aunque poco esperanzada de que se lo otorgaran.

—Por supuesto, hija mía. Pero no te apartes de ellos en ningún momento. No queremos darle otro disgusto a tu madre.

Carlos le guiñó un ojo y Beatriz corrió a abrazarlo, colgándose de su cuello y besando su frente, tal como solía hacer cuando era una niña y su padre la complacía en algo. Después, recordó que sus hermanos la esperaban con impaciencia y corrió rauda hacia el umbral de la casa no sin dejar de gritar palabras de agradecimiento y despedida. Sus hermanos ya estaban abandonando el patio cuando finalmente los alcanzó con el rostro iluminado por una sonrisa.

—Papá me ha dado su permiso.

Pedro y Cayetano celebraron su sonrisa y la abrazaron. Enseguida, Pedro fingió un rostro serio y un tono autoritario.

—Ahora yo soy la voz de mando y no puedes desobedecerme. Y será mejor que corramos para no llegar tarde.

Los tres hermanos corrían y reían, indiferentes a su edad y las nuevas responsabilidades o preocupaciones que albergaban en su corazón. Por un instante volvieron a sentirse como niños y sus corazones latían acelerados con el desconocimiento de sus límites. Decidieron dirigirse directamente a la Plaza Mayor, en vez de ver pasar a los culpables arrastrándose por las callejuelas. Los esperarían de pie hasta que llegara el momento fatal en que los condenados ascendieran las escaleras que los conducían a las horcas, irregularmente alineadas sobre el patíbulo improvisado. Los tres hermanos se abrían paso entre la multitud para acercarse. Cayetano llevaba a su hermana de la mano y Pedro marchaba a la cabeza indicando el camino a seguir. Encontraron un espacio apropiado, para tener una buena vista de los acontecimientos, en la esquina lateral de la tarima desde la cual se apreciaban las sogas colgantes. Pedro se veía inquieto y Cayetano le preguntó:

—¿Se encontrarán aquí?

—No, tienen que descargar la mercancía —respondió Pedro—. Pero me están esperando. ¿Te quedas con Beatriz?

—Yo velaré por ella —dijo Cayetano dándole un leve codazo a su hermana y sacándole la lengua—. Ahora yo quedo al cargo.

Pedro le dio un beso en la frente a Beatriz y compartió una mirada indescifrable con su hermano. Beatriz desconocía qué se traían entre manos y probablemente lo mejor era no darse por enterada, mucho más si se trataba de algún negocio clandestino concertado a expensas de su padre. Mientras Pedro se alejaba perdiéndose dentro de la multitud, escucharon a algunas personas que llegaban diciendo haber visto a los acusados bajando por una calle lateral. En la plaza ya casi no quedaba espacio y las personas se apiñaban hasta rozarse. Beatriz observó a su hermano para hablar con él, pero su mirada estaba concentrada en otro lugar que no era el patíbulo de los acusados. Beatriz, intrigada por su distracción y por las ocasionales sonrisas que iluminaban el rostro de Cayetano, intentó descubrir el punto hacia el cual se dirigían sus miradas. Para su sorpresa, a cierta distancia vio a una mujer hermosa, aunque mucho más mayor que

su hermano, lanzando discretas miradas hacia donde se encontraban y correspondiendo con sonrisas semejantes. Beatriz no quiso interrumpir a su hermano y prefirió ignorarlo, observando nuevamente las sogas, aterrada ante la idea de que próximamente unos cadáveres colgarían de ellas. Su reflexión fue interrumpida por la voz de Cayetano.

—Escúchame atentamente, Beatriz. Hay algo que no puedo postergar, pero no puedo llevarte conmigo. Volveré pronto, no te muevas de aquí, que yo vendré a buscarte. Y, por favor, no le digas a nadie que te he dejado sola.

Beatriz miró fijamente a su hermano y después buscó en la distancia a aquella mujer, pero ya no estaba allí. No se sentía a gusto ante la perspectiva de quedarse sola en la plaza, pero su hermano parecía preocupado y no quiso causarle mayores molestias. Asintió comprensiva y su hermano la abrazó antes de alejarse, recordándole que se reencontrarían en ese mismo lugar. Ahora estaba completamente sola y rodeada de extraños que comenzaron a agitarse y a abalanzarse hacia el cadalso. Los condenados ya estaban llegando. Caminaban en fila custodiados por los guardias, maniatados, con los cuerpos encorvados y las miradas lánguidas sin apartarlas del suelo. Beatriz se compadeció de ellos, especialmente del capitán, quien no ocultaba sus ojos enrojecidos por el llanto. Quería acercarse y darle alguna palabra de consuelo, y estuvo a punto de ir hacia él cuando una mano la sujetó del brazo, seguida de una voz familiar.

—Hagas lo que hagas, Beatriz, ¡no te acerques a ellos!

Beatriz obedeció a aquella voz y detuvo sus pasos. Era la voz que durante tantos días había anhelado escuchar y que ahora sonaba como una dulce melodía en sus oídos. Justo ahora, cuando la emoción por estar fuera de casa y la compasión hacia el capitán habían distraído sus anhelos. Al girarse pudo comprobar lo que ya sabía. Era Said quien le hablaba y reparaba en ella con esa mirada profunda, que solo podía provenir de unos ojos tan negros y misteriosos. No dijeron palabra alguna y se contentaron con mirarse, hasta que fueron empujados por aquellos que pretendían ver de cerca al capitán y sus hombres. Entonces, Beatriz aprovechó el instante para confesar:

—Pensé que no te volvería a encontrar. Me prohibieron salir, por mi desobediencia…

—¿Eran tus hermanos esos hombres con los que andabas? —la interrumpió Said—. No debieron dejarte sola. Es peligroso estar aquí.

—Sí, eran mis hermanos —confirmó Beatriz—. Pero ¿por qué es peligroso? Pareces muy preocupado.

Los condenados subían torpemente los escalones que conducían a la horca y el verdugo comprobaba los nudos de cada soga. Said señaló a uno de los condenados preguntándole a Beatriz:

—¿Ves a ese pobre hombre? Apenas puede mantenerse en pie. Suda y tiembla como si tuviera fiebre.

—Lo veo —dijo Beatriz—. ¿Qué hay de raro en eso? Es normal que un hombre se sienta mal, minutos antes de morir.

—Ahora, ¿ves esa mancha oscura en el tobillo del capitán? —insistió Said, quien argumentaba hasta demostrar su punto—. Eso no es normal. Es exactamente el tipo de manchas que el capitán mencionó al describir la piel de los enfermos que mataron.

—¿Qué significa eso? —preguntó Beatriz, quien no quería dar una respuesta apresurada aunque sospechaba lo que Said apuntaba.

—Míralos a todos. Tiemblan, sudan, tienen puntos rojos o manchas oscuras en sus pieles. No solo están nerviosos o asustados porque van a morir. ¡Están enfermos! Sospecho que los marineros han traído el mal que aquejaba a la tripulación del otro barco. He sabido de esto antes... Mi padre era mercader y murió hace poco en una ciudad aquejada por una plaga. No pudimos verlo en sus horas finales. Mi madre y yo

nos vimos obligados a viajar hasta Valencia para vivir con mi tío. Si es una enfermedad semejante, significa que es contagiosa y que pronto se propagará por el resto de la ciudad. ¡Estamos perdidos! Solo nos quedará morir como mi padre o huir antes de que la maldición nos alcance.

Beatriz no supo qué responder. Un profundo temor se apoderó de ella al escuchar lo expuesto por Said y, con una expresión llena de horror, pudo ver al capitán adelantándose para ofrecer sus últimas palabras a la audiencia, antes de ser colgado. Alzando las manos al cielo y con una voz estentórea su declaración sonó sentenciosa, como una profecía.

—Hoy todos vosotros sois jueces y verdugos. Ya habéis dictado el veredicto y sin dudarlo dictamináis la perdición de mi alma. Pero nadie está a salvo en este reino… ¡Pagaréis cara vuestra ignorancia! —La muchedumbre gritaba y le abucheaba—. El pecado ya vive entre nosotros y el Diablo saborea su propio triunfo extendiendo la sombra del Mal sobre cada una de vuestras cabezas. No hay escape, ni esperanza. ¡El infierno es esto que veis!

El capitán visiblemente alterado lucía unos ojos hinchados y enrojecidos. Su cuerpo temblaba y sus palabras estaban cargadas de una violencia desconocida, comparado con el hombre ecuánime y arrepentido que explicó su crimen en la costa. Era presa de sus propias alucinaciones y se vio obligado a interrumpir su discurso, porque le faltaba la respiración. El verdugo aprovechó esta pausa fortuita para llevárselo y subirlo a la fuerza a su respectiva soga. Doce hombres alineados sobre unas tablas de madera se tambaleaban, ya con las cuerdas apretadas en sus cuellos. Bastaba una patada del verdugo para que las tablas cedieran y sus cuerpos colgaran en el aire. A Beatriz la conmocionaron profundamente las soberbias palabras del capitán, haciéndola sentirse angustiada. Antes de que el verdugo diera la patada mortal, ella ya había cerrado los ojos, incapaz de soportar la imagen de esos hombres a punto de morir. No quería conservar ese recuerdo. Apenas escuchaba los gritos y los aplausos de los ciudadanos congregados allí, así como los esfuerzos inútiles de los culpables por zafarse, emitiendo esa tos entrecortada propia de los ahorcados en sus segundos finales. Ese ruido macabro, como un chillido casi mudo, laceraba sus oídos hasta que afortunadamente un apretón de manos y una dulce voz susurrando en sus oídos la distrajo. Al escuchar esas palabras el miedo a la muerte y la enfermedad perdía fuerza en su perturbado corazón, para dejar que la esperanza reclamara su turno para calmarlo.

—No importa lo que vaya a ocurrir, yo estaré a tu lado y nunca dejaré que nada malo te pase.

Capítulo 5

El Reino de Valencia no tardó en reanudar su actividad diaria después de las ejecuciones. Una vez muertos aquellos hombres, el debate sobre su culpabilidad y su condena ya se había agotado. Lo que anteriormente había constituido la fuente de fascinación de tantas personas, ahora representaba una anécdota aburrida que todos ya conocían. Fácilmente fueron olvidados a los pocos días y solo eran mencionados ocasionalmente por algún que otro pescador que veía llegar un barco a la costa, como un recuerdo de que nunca se sabe qué novedad traerá el mar. A veces, alguien expresaba cierta preocupación por las últimas palabras del capitán antes de ser ahorcado, ya que sus admoniciones llenas de rabia habían sonado como una maldición contra el reino entero. Cuando otros escuchaban esos temores, enseguida desestimaban aquella posibilidad, pues consideraban que las palabras de un pecador no tenían tanto poder, aunque su intención fuera maldecirlos por el castigo recibido.

Y así pasaron los días, quedando atrás el infame acontecimiento del capitán y su tripulación, con los hombres y mujeres del reino invirtiendo tanto su tiempo como sus preocupaciones en las pequeñas y repetitivas circunstancias que determinaban sus rutinas. Para muchos, este era el estado perfecto en el cual debían mantenerse siempre: tranquilos y sin novedades. Pero el incidente había hecho más daño del que pensaban, por mucho que se hubiera relegado al olvido. En primer lugar, algunos navíos mercantes extranjeros dudaban si arribar a la costa de Valencia, porque corría el rumor de que allí se maltrataba a las embarcaciones foráneas y no era un buen lugar para hacer negocios. Otra consecuencia imperceptible, tras las acciones del capitán, fue que las distintas posturas para defenderlo o acusarlo acentuaron las diferencias entre los distintos grupos religiosos que convivían en inestable fraternidad. Musulmanes y judíos resentían los privilegios que los cristianos ostentaban y que, en casos como el del capitán, se traducían en juicio sin reparación por los daños ocasionados y en cierta indulgencia frente a su modo de obrar por parte de la mayoría de los cristianos. Los judíos especialmente se sentían irritados por aquellas menciones sobre los tripulantes judíos del otro barco, a quienes se les acusaba de ser los principales portadores de la maldición que el capitán erradicó.

Entretanto, esa supuesta maldición no se había eliminado, como todos pensaban, y una amenaza fantasma se extendía por el reino, subrepticiamente. Nadie lo sabía aún, ni sospechaba la presencia de una misteriosa enfermedad cerniéndose sobre el Reino de Valencia como una sombra. Pocos habían notado el estado de salud que presentaban los acusados en sus minutos finales, y atribuyeron cualquier aspecto de malestar y debilidad en sus cuerpos al pánico que debieron sentir ante la perspectiva de sus muertes, ya sin esperanzas de salvarse. En cuanto al miembro joven de la tripulación que murió horas antes, nadie lo extrañó y su cadáver no fue colgado como se pensó en un inicio, sino que fue incinerado en los hornos de la mazmorra bajo juramento de no decir nadie nada al respecto. Debido a lo repentino de su muerte, lo más seguro era ahorrarse explicaciones e innecesarias acusaciones. De todas formas, en un evento como aquel, difícilmente alguien contaría el número exacto de los tripulantes camino al patíbulo o tendría la suficiente concentración para identificar al miembro faltante.

Entre los pocos que conocieron la suerte de ese cadáver, se encontraba el guardia que le comunicó la noticia al capitán, y luego les informó sobre la hora de la ejecución, quien no volvió a su trabajo en las mazmorras la semana siguiente a la ejecución, debido a lo que él reportó como un resfriado mal curado. Pero, al paso de los días, el aparentemente inocente resfriado ya lucía preocupante. El pobre hombre era incapaz de levantarse, acostado en su lecho, mientras su solícita esposa le procuraba los cuidados

pertinentes. Ningún remedio era capaz de aliviar los síntomas que lo aquejaban y su estado se agravaba hora tras hora. Atormentado por la fiebre, el guardia se sentía incapaz de descansar, ni aunque no moviera un solo músculo de su cuerpo. Confinado en la inactividad, con el rostro bañado en sudor frío y la mirada perdida, respiraba aceleradamente y se sentía invadido por una serie continua de escalofríos. Su esposa traía telas viejas y agua en un cuenco; con un pedazo de tela procedía a enjugar la piel del enfermo, y otro pedazo mojado lo colocaba sobre su frente para bajarle un poco la fiebre. Al hacerlo, detectó varias manchas negras en su piel, distribuidas por lugares determinados de su cuerpo: muslos, brazos, tobillos, cuello y alrededor de las partes íntimas. La mujer las observaba con inquietud, y las comparaba con los moratones que aparecen en la piel debido a un golpe fuerte al impactar contra algo, aunque estas presentaban tamaños irregulares entre sí y daba la impresión de que cada día aumentaban y se reproducían. Uno de los curanderos no pudo dar un diagnóstico certero y, si acaso, se aventuró a suponer que las condiciones de su trabajo en las mazmorras, tan húmedas y oscuras, le estaban afectando y, por lo tanto, su cuerpo se estaba convirtiendo en un reflejo de ese lugar. Poco convencidos con esas explicaciones, cuando el guardia aún era capaz de levantarse y caminar a pesar de la fiebre intermitente y los ocasionales dolores estomacales, sus familiares buscaron a otros curanderos, pero ninguno pudo aportar una explicación mejor, ni mucho menos una solución definitiva.

Al poco tiempo, su estado empeoró. Ya no tenía fuerzas ni ganas de levantarse, y era su esposa la encargada de entrar y salir de la casa para buscar ayuda. Los curanderos solo recomendaron reposo absoluto y buena alimentación, así como una atenta observación de la progresión de sus síntomas. El descanso total se estaba cumpliendo, pero ya no disponían de dinero suficiente para comprar comida y, como el guardia no pudo volver a la mazmorra, dejó de ganarse las míseras monedas que le pagaban por su trabajo. Resignada, la esposa del guardia estimó que su esposo moriría en cualquier momento, dejándola viuda y sin ningún sustento para mantenerse.

Era uno de esos raros matrimonios sin hijos, a pesar de los catorce años de casados. Tras haberlo intentado numerosas veces, y a pesar de la mediación de rezos fervorosos, su vientre se encontraba seco; o al menos eso le habían dicho las mujeres a quienes les confiaba sus problemas. Hacía tiempo que ya no sufría por su infertilidad pero, ocasionalmente, cuando su esposo estaba custodiando las celdas de las mazmorras durante toda la noche, lamentaba su soledad y cavilaba cómo de haber tenido hijos al menos estaría acompañada. Ahora su esposo estaba destinado a permanecer en casa durante días, quizá meses, hasta que su suerte cambiara para bien o para mal. Ya no se encontraba sola como tantas veces deseó no estarlo, pero difícilmente aquello era una situación feliz. A causa de la fiebre, su esposo tiritaba al mismo tiempo que sudaba, intentando respirar cuando le faltaba el aliento y a menudo balbuceaba palabras ininteligibles, animadas por el ímpetu de sus delirios. En otras ocasiones, hablaba calmadamente, aunque no pudiera moverse, plenamente consciente de lo que ocurría a su alrededor. En esos momentos se sentían esperanzados de que la enfermedad llegaría a su fin y hablaban sobre el futuro, como si aquella situación fuera una desgracia pasajera. Dichas esperanzas eran luego contradichas cuando, horas más tarde, retornaban la fiebre y sus alucinaciones.

En uno de aquellos momentos en los que estaba en sus cabales, con la fiebre baja y tan solo incomodado por la respiración defectuosa, el guardia sintió las telas húmedas sobre su cuerpo y giró la cabeza hacia su esposa. Al verla, le pareció la más hermosa ante sus ojos y la dedicó una triste sonrisa.

—Gracias por cuidarme, querida. No solo te comportas como un ángel, también eres idéntica a uno.

Al escuchar tan repentinas palabras, se sintió afectada por su dulzura a pesar de su voz quebrantada. Esa era la razón por la cual, a pesar de las largas horas de soledad a las que se veía sometida diariamente y la falta de hijos, el matrimonio entre ambos no se había convertido en una carga insoportable. Se querían profundamente. Las lágrimas corrieron presurosas a sus ojos inmediatamente después de ver su sonrisa. Conteniendo sus ganas de desbordarse en llanto se apresuró a hablar para calmarse:

—¿Qué cosas dices, esposo mío? Soy este trasto viejo que bien conoces.

El guardia se concedió un momento para bromear:

—Bendita sea la fiebre que me hace ver la verdad de las cosas, como tu belleza…

Repentinamente tuvo que parar de hablar, pues sintió una presión fuerte en su pecho acompañada por una insoportable tos. Su esposa se inclinó presurosa a su lado, acomodó su cuerpo para sentarlo y facilitar su proceso de toser. Cuando pudo calmar el ahogo se volvió a recostar.

—¿Hoy vendrá el sacerdote?

Su esposa rehuyó su mirada antes de responderle:

—Así es. Ya debe de estar por llegar. Pero quizá no sea necesario.

El guardia la interrumpió sosteniendo su mano y obligándola a mirarle los ojos.

—Lo necesito. No me encuentro bien y se acerca el momento… Es lo que siento y espero que puedas perdonarme.

No se dijeron más palabras. Al escuchar la autoridad de sus afirmaciones y descubrir la firmeza en su mirada, ella asintió con los ojos anegados en lágrimas mientras que él hizo un último esfuerzo para incorporarse levemente y extender los brazos. No eran capaces de adivinar por cuánto tiempo se extendería ese suplicio, pero ya era hora de aceptar el que era el único final probable. Ya no había tiempo para engañarse con falsos consuelos. Se abrazaron y lloraron durante varios minutos, limitándose a esperar la llegada del sacerdote.

***

Para algunos, la tarde traía consigo la recompensa del trabajo realizado y el alivio del inmediato descanso, pero para otros suponía el recrudecimiento de su faena, ya que marcaba el momento de hacer cuentas y descubrir el éxito o la inutilidad de la jornada. En la costa, poco influía un cielo ensombrecido a la hora de cesar las actividades y, tanto mercaderes como pescadores, acostumbraban a trabajar hasta que el cielo mostraba los primeros indicios de oscuridad. Para ellos lo más rentable era permanecer en la costa tanto tiempo como fuera posible y seguir atrayendo potenciales compradores. En una tarde como aquellas, solo un hombre en la costa se hallaba intranquilo siguiendo de cerca el curso del sol y su declive, aguardando el momento propicio para escabullirse lejos de sus ocupaciones e ir al encuentro de quien encarnaba todas sus esperanzas. Se trataba de Said, poco acostumbrado a comportarse de manera impaciente, que se encontraba intermediando entre dos mercaderes sobre el mejor modo de transportar una mercancía. Ya solo se limitaba a observarlos, mientras su discusión se prolongaba sin posibilidades de llegar a un acuerdo, con su consciencia perdida en el recuerdo de las recientes semanas.

Beatriz ocupaba todos sus pensamientos, así como su imaginación. La recordaba al mismo tiempo que reconstruía imágenes de ella que mezclaban la realidad con el anhelo. Incluso en su ausencia era capaz de modelar mentalmente cada fragmento de su ser que la hacía tan especial ante sus ojos: el sonido de su risa franca; el brillo inocente que irradiaba su mirada asombrada al enfrentar la perspectiva de descubrir algo desconocido; el gesto nervioso de su cabeza girada hacia atrás cuando se sentía asustada; el tono armonioso de su dulce voz; el tacto suave de sus manos y su delicadeza al sostener cualquier objeto; su torpeza a la hora de caminar, en contraste con

su vigorosa forma de correr, como si su cuerpo albergara un espíritu facultado para volar sin detenerse; las diferencias entre su tono inquisitivo, cuando preguntaba algo atormentada por su curiosidad, o su modo desafiante al responder si alguien la contradecía; su dorada cabellera mecida por la brisa y que ella alisaba delicadamente con los dedos; y, muy especialmente, la inspiración profunda, cada vez que volvían a verse, que alzaba su pecho, demostrándole con ese suspiro la correspondencia de sus propios sentimientos.

Said nunca antes se había sentido así, y anteriormente era incapaz de concebir que la existencia de alguien tan ajeno a él mismo, tan desconocido, pudiera convertirse en parte esencial de su existencia, como si hasta entonces no supiera cuán incompleto se encontraba. Desde hacía varias semanas habían empezado a quedar algunas tardes para verse y hablar. Habían acordado mutuamente que, cuando les fuera posible, se presentarían en el lugar donde se conocieron, cerca del promontorio en la costa, donde Said la rescató. Said iba allí todos los días sin falta, pero no siempre Beatriz llegaba a su encuentro.

A pesar de la pasada desobediencia, sus padres habían vuelto a confiar en ella y ahora le permitían salir algunas tardes para repartir los vestidos que Perpetua y su nuera confeccionaban por encargo y recoger el respectivo dinero en los hogares que los solicitaban. Debido al aumento de los impuestos, era fundamental que todos los miembros de un mismo hogar trabajaran; además, habían acordado que Beatriz ya había escarmentado el tiempo suficiente para saber cómo debía comportarse. Pese a esto, Beatriz cumplía con sus obligaciones con prontitud y corría enseguida para encontrarse con Said en la costa. En algunas ocasiones no iba por miedo a ser descubierta, pues sabía de antemano que su madre la esperaba temprano para asignarle otras obligaciones de carácter doméstico. Entonces Said la esperaba sin éxito sintiéndote triste y desconsolado hasta el día siguiente, cuando sus esperanzas de volver a verla se renovaban.

Lo que sucedía antes y después de esos encuentros, ahora a Said le resultaba deslucido y sin importancia, como intervalos de tiempo que se interponían entre él y su felicidad. Lo que tantas veces había desestimado, actuar motivado por las emociones, le estaba ocurriendo. Aquello que obligaba a su madre a bajar la cabeza cada vez que recordaba a su padre. Aquello que doblegaba a su tío cuando alguna de sus esposas le pedía un favor. Aquello que incluso su padre llamaba: la razón de sus sonrisas, o la melodía de sus cantos. Todo eso ahora él también lo sentía en su alma; ese sentimiento que le daba un nombre distinto al destino: amor. Said no dejaba de preguntarse: "¿es esta la explicación para las nuevas sensaciones que reverberan en mi espíritu? ¿La amo? Y de ser así, ¿ella me ama a mí?". Le angustiaba la idea de no ser correspondido por ella en la misma medida, aunque no se atreviera a confesárselo. En esos instantes cruciales de duda y desesperación, medía sus sentimientos con la idea oscura del futuro jugando en su contra. Se torturaba preguntándose: "¿Qué nos depara el mañana si el mundo entero no permite una unión como esta?". Pero luego apartaba de su mente esos tétricos pensamientos, considerando que ya habría suficiente tiempo para preocuparse por ello. Por ahora, su mayor preocupación era acercarse a orillas de la costa con el comienzo de cada nuevo atardecer y encontrar allí a su amada, sin importar si llegaba o no. Solo esperarla. Quedarse allí simplemente, quieto y en guardia por ella, lo complacía, porque cada día de espera era un acto de fe que podría recompensarlo con el invaluable milagro de volver a verla y escucharla.

Pero aquella tarde Said no encontraba el momento perfecto para escabullirse. Tras presenciar en silencio los irreconciliables desacuerdos entre los dos mercaderes, Said quería excusarse y dejarlos entenderse por su propia cuenta, sin su mediación. Y justo

iba a expresar su deseo cuando fueron interrumpidos por la llegada de un joven, el cual acostumbraba a hacer las funciones de acólito para el sacerdote Juan Cortés. El muchacho se presentó con una carta en la mano.

—Busco a alguien que pueda llevarle esta carta al jefe de los guardias del Cargo foral de Valencia, de parte del sacerdote Cortés. Será recompensado con tres monedas de cobre por cumplir el encargo. Se trata de un mensaje urgente.

—¿Y por qué no lo haces tú? —dijo de mala gana uno de los mercaderes.

—A mi edad no se me permite bajar a las mazmorras del Cargo foral —respondió el muchacho, ya dispuesto a retirarse ante tal descortesía—. Si me disculpan… siento haberlos molestado. Seguiré mi camino y que Dios los bendiga.

—Tu dios no es mi dios —dijo entre dientes otro de los mercaderes. Su rival le rió el chiste y fue lo único en lo que estuvieron de acuerdo, por primera vez tras largas horas de discusión.

El acólito se dispuso a darles la espalda, pero Said, viendo en la ocasión una oportunidad para escaparse de la discusión entre los mercaderes, saltó enseguida para alcanzarlo y detenerlo.

—Espera, muchacho. Yo puedo llevarla tan pronto como sea posible.

El acólito se sintió aliviado por haber cumplido su encomienda y le dio la carta:

—Muchas gracias. Debe ser entregado directamente al jefe de guardias y a ninguna otra persona. Tiene el sello del padre Cortés y con eso no habrá mayor problema para que te dejen entrar. Probablemente tengas que bajar hasta las mazmorras.

Said asintió, indicando que entendía perfectamente las instrucciones, y luego se excusó con despedidas breves hacia los mercaderes, quienes lo miraban perplejos. El acólito emprendió su camino rumbo a la iglesia, no sin antes darle las monedas prometidas. Said enseguida corrió cuesta arriba para alcanzar las calles principales de la ciudad. Quería cumplir la tarea inmediatamente para así luego regresar a la playa y esperar a Beatriz. Por primera vez deseó que no estuviera allí, ya que prefería ser él quien esperara por ella, y no angustiarse pensando en la perspectiva de ella esperándolo con impaciencia. Quería evitarle cualquier malestar y no ser la causa de ningún pensamiento de angustia en su ánimo. En su rauda carrera pronto dejó atrás la costa y ahora se enfrentaba al tumultuoso mercado principal. Sorteaba las calles y los puestos en su camino con movimientos ligeros y equilibrados. Siempre fue un excelente corredor y su figura esbelta lo ayudaba a impulsarse sin tropiezos, evitando con suficiente agilidad cualquier encontronazo con los puestos, los vendedores ambulantes y demás personas que caminaban tranquilamente de un lado a otro. Cuando pudo desembarazarse del laberíntico camino que representaba la distribución del mercado, Said tomó un atajo hacia calles menos recorridas que facilitaran su desplazamiento. Se vio obligado a escurrirse por un par de callejones estrechos cuando finalmente llegó al edificio del Cargo foral, la Casa de la *Ciutat*.

Les explicó a los guardias de la entrada la razón de su presencia enseñándoles la carta con el sello del sacerdote Cortés. Los guardias lo miraron extrañados al notar que se trataba de un joven musulmán llevando en sus manos la misiva de un mandatario cristiano. Al comprobar la autenticidad del sello, sin mayores formalidades uno de los guardias lo invitó a que lo siguiera. Said se limitó a obedecerlo y, tras recorrer un largo pasillo, fue invitado a bajar por unas escaleras que conducían a las mazmorras. Por un momento no pudo seguir caminando, pues sus ojos intentaban acostumbrarse a la repentina oscuridad para vislumbrar el camino de descenso. Abajo brillaban las llamas débiles de unas antorchas. Said se apoyó en las paredes y bajó cuidadosamente hasta llegar al pie de las escaleras donde lo esperaba el guardia. Con un gesto de su cabeza le pidió nuevamente que siguiera sus pasos. Allí se encontraban las celdas trancadas con

puertas de piedra y madera y se oían los alaridos lastimeros y gritos de rabia de algunos de los hombres encerrados. Al escuchar esas voces desesperadas, caminando a tientas entre la escasa iluminación del recinto, y respirar aquel ambiente húmedo y putrefacto, pensó en que pocos hombres tenían la ocasión de recorrer ese lugar y no ser encerrados en una celda. Bajo tan infausta casualidad, y por su propia voluntad, experimentaba la rara suerte de no estar allí debido a un delito; aunque se sintió incómodo y extraño de solo pensar en tamaña ironía. Otra puerta se abrió y entró en un cuarto reducido, pero mejor iluminado que el resto de la mazmorra. Se trataba del despacho del jefe de guardias, que parecía más una austera habitación que un lugar de trabajo. Unos bancos y mesones de madera, un lecho de paja y algunos implementos de cocina eran todo cuanto completaban el mobiliario de ese lugar, rodeado por paredes de piedra irregulares como el resto de la mazmorra.

—Aguarde unos minutos. El jefe de guardias viene en camino —dijo el guardia que lo condujo hasta allí.

—Solo vengo a traer esta carta. Puedo dejarlo en su mesa e irme.

El guardia lo miró con una expresión burlona.

—Cumpla su trabajo hasta el final. Parece una carta muy importante. Por seguridad lo dejaré aquí encerrado. Enseguida vuelvo con el jefe.

Antes de que pudiera argumentar cualquier opinión contraria, el guardia abandonó la habitación y la cerró desde afuera, dejándolo atrapado. Said maldijo su suerte caminando de un extremo a otro de la reducida habitación durante unos minutos que fueron eternos. Finalmente la puerta volvió a abrirse para dar paso a un hombre. Era el jefe de los guardias, quien inclinó levemente su cabeza a modo de saludo, mirándolo con una expresión de curiosidad a la vez que se presentaba.

—Me dijeron que tiene un mensaje urgente para mí. ¿De qué se trata?

Said le dio la carta sin apartar la mirada de la puerta de salida.

—Es un mensaje de parte del sacerdote Cortés. Desconozco su contenido. Solo soy el mensajero.

—¡Qué curioso! —dijo el jefe de los guardias examinando cuidadosamente la autenticidad del sello—. ¿Por qué a alguien como tú le interesaría servirle a una autoridad como el padre Cortés? ¿O eres uno de esos raros moros convertidos en cristianos?

—No lo soy, alabado sea Alá y su profeta —respondió Said con una mirada desafiante—. Pero nunca se puede rechazar una buena oportunidad de ganar unas cuantas monedas. Simplemente estaba disponible para traer ese mensaje.

—¿Esperan respuesta? —preguntó el jefe de los guardias con la mirada puesta en el papel mientras lo desenrollaba para leerlo.

—No, que yo sepa —respondió Said—. Ahora si me permite, ¿puedo volver ya a la ciudad?

El jefe de los guardias se distrajo leyendo la carta y Said observó que su rostro mudó de la concentración a la perplejidad, y su semblante se puso pálido por el contenido de lo que la misiva le anunciaba. Sin hacer caso de la presencia de Said salió enseguida llamando a otros guardias, que corrieron hacia él. Se mantuvieron fuera de la habitación, a unos metros de donde se encontraba Said, que escuchó al jefe de los guardias explicar:

—Nuestro camarada ha muerto, como ya se anticipaba. Pero lo que me escribe el padre Cortés en esta carta es preocupante, pues no se trata de cualquier enfermedad. ¡Tenía manchas negras en el cuerpo! ¡Delirios de un poseso!

—Como el muchacho que no pudo ser ahorcado —intervino uno de los dos guardias que acudieron al llamado de su jefe—. Yo no lo vi pero nuestro compañero,

que en paz descanse, me comentó lo de las manchas negras en su cuerpo. ¿Será contagioso?

—¿Es que no se dan cuenta? —dijo otro de los guardias, con una voz que no ocultaba su preocupación—. ¡Es la maldición! ¡Por ella murieron los del otro barco! ¡La han traído!

—No nos alarmemos —intentó tranquilizarlos el jefe de los guardias, pese a que él mismo se sentía alterado por la información—. Puede ser una casualidad. El padre Cortés nos recomienda que vayamos a la iglesia inmediatamente para recibir de su mano la bendición...

Said al intentar acercarse para escuchar mejor se tropezó con un cuenco que se encontraba en el piso. Todos se callaron de inmediato y el jefe de guardias entró, recordando que el mensajero seguía allí.

—Conduce a nuestro diligente mensajero hasta la salida, por favor —le ordenó a uno de sus hombres.

La situación fue tensa. El jefe de los guardias evitó encontrarse con la mirada de Said. Eso, sumado a la rudeza del guardia que obedecía la orden de conducirlo fuera, fueron suficientes señales de alerta para comprender que lo mejor era abandonar aquel lugar cuanto antes. El camino de regreso fue menos confuso y en pocos minutos Said salía por la puerta de la Casa de la *Ciutat*. Lo primero que hizo fue mirar al cielo y ver la posición del sol, que ya comenzaba su camino de descenso antes del crepúsculo. Tardó en adaptarse al entorno, ya que dentro de las mazmorras el tiempo queda en suspenso, como en una noche extendida que nunca llega a su final. Cuando finalmente se recompuso, Said pensó en Beatriz y, temeroso de que estuviera esperándolo, se lanzó a la carrera para hacer el camino de vuelta al mercado, atravesarlo y luego correr en dirección a la costa hasta llegar a la playa. No encontró mayores obstáculos en su camino y al llegar al comienzo de la costa prefirió bordear el mercado costero y la zona de pesca para esquivar cualquier posible encuentro con un conocido que lo detuviera en su camino. Ya cerca de la playa, aminoró su marcha para recuperar el aliento, considerando que probablemente Beatriz no se presentaría aquella tarde. Con la respiración acelerada siguió andando, reconociendo en la lejanía el familiar promontorio que les servía de punto de encuentro. Entonces la vio. Allí estaba ella, de espaldas, esperándolo con su cabello ondeando al viento.

Said corrió hacia ella, pero cuando estuvo a unos pocos metros de distancia se detuvo para continuar caminando lentamente, disfrutando de su contemplación. Ella parecía indiferente a lo que ocurría a su alrededor y no sospechaba su llegada. Probablemente, pensó Said, estaba embelesada por la belleza del paisaje marítimo. A Said le pareció atractivo disfrutar unos minutos de la presencia de Beatriz, tan cerca y a su alcance, sin revelar aún su presencia. Deseaba no solo estar a su lado, de un modo corpóreo, sino también descubrir que tenía un lugar dentro de su mente, ese mismo lugar donde depositaba cosas valiosas como la visión del mar, que ahora era dueña de su atención. Sin poder resistir el silencio, Said finalmente se anunció:

—¿Quién ha dejado escapar una de las huríes del paraíso?

Beatriz reaccionó de inmediato, volteando su cuerpo en dirección a la voz que le hablaba y reflejando la alegría de verlo en sus ojos.

—Te estaba esperando. Comenzaba a dudar si vendrías.

—Jamás dudes de eso —replicó Said mirándola fijamente a los ojos—. Cuando esperes por mí, yo siempre encontraré el modo de llegar a ti.

A Beatriz se le llenaron de lágrimas los ojos al escuchar la ternura de sus palabras y obedeció a su primer impulso: abrazarlo. Said, sorprendido por su reacción, sintió que se estremecía al sentirla tan cerca de su cuerpo como nunca antes. Hasta ese momento

habían nadado el uno hacia el otro sin saberlo, navegando entre las imposibilidades y las dudas, para poder asirse a una certidumbre compartida. Con ese abrazo disolvían todas las distancias que los apartaban, al menos momentáneamente. Sabían que aquello era clandestino y prohibido, comprendían que todo momento compartido era un tiempo providencial y limitado, porque pertenecían a mundos distintos e incapaces de una reconciliación. Lo que sea que hubiera entre ellos estaba condenado de antemano por las circunstancias de sus respectivos orígenes. Aquel era el momento decisivo e irrepetible para demostrarse lo que sentían. Lo querían y lo necesitaban. Soltaron el abrazo para mirarse a los ojos y acercar sus rostros, lentamente. Les temblaban las piernas y los labios se entreabrían suavemente hasta que consiguieron rozarse.

Y finalmente sucedió. Se besaron, y con ese beso se dio por entendida cualquier palabra que no podían decirse, saldaron cada silencio que retenía la declaración del vértigo que presentían. Un beso casto y puro, con el mar como único testigo. Cuando sus labios se separaron, volvieron a abrir los ojos para verse de una manera distinta, con esa mirada que se dan quienes ya conocen la mutua correspondencia. Se amaban. No necesitaban declararlo, porque cada mirada, cada gesto y, por supuesto, aquel beso, eran prueba suficiente para no dudar de ello. Beatriz quiso secarse las lágrimas con sus manos, pero Said la detuvo para secárselas él mismo con las suyas. Ella sonrió y acarició la mano de él, sintiendo como recorría su rostro para borrar todo rastro de las lágrimas que lo surcaban. Permanecieron en silencio tomándose de las manos y mirándose a los ojos. Sonriéndose sin romper ese silencio. Suspiraban casi al unísono y se abrazaban con renovados bríos, pero esta vez sin lágrimas. Disfrutaban el instante, sin pensar en el futuro, viviendo plenamente cada segundo de felicidad que el destino se complacía en regalarles.

Para Beatriz, era la voluntad de Dios quien reunía aquellas dos almas enlazadas por un mismo sentimiento y les daba la oportunidad para que decidieran encontrarse; sentimiento aquel que su Hijo pregonó varios siglos atrás y que fundamentaba la base de toda su fe: el amor. Para Said, era el cumplimiento de un destino preestablecido por Alá, en base a un sentido que apenas alcanzaban a comprender, pero que seguramente sería decisivo para la vida de ambos. Con ese beso fundaban el comienzo de algo, o al menos así lo creían. Pero no era el comienzo de la felicidad, sino tan solo un breve instante de dicha destinado a perecer. Era simplemente la felicidad sin condiciones temporales, ni promesas de futuro; un momento que nadie podría arrebatarles; la comprobación de un acto de gracia. Permanecer de aquel modo era infinitamente satisfactorio, pero en algún momento debían reanudar sus vidas, y el primer paso consistía en romper el armonioso silencio para hablar sobre lo que acababa de suceder y sostener la inevitable conversación sobre el futuro que les deparaba aquello que sentían.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Said, sabiendo que ninguno de los dos tendría la respuesta—. Has cambiado mi vida…

Beatriz no encontraba una forma apropiada de responder. Sentía que las palabras de Said eran sus propias palabras.

—Es como si todo este tiempo te hubiera estado esperando, pero en este momento me doy cuenta. Y ya no comprendo cómo pude vivir antes, todo este tiempo, sin conocerte. ¿Cómo puede uno sentirse así?

—Yo mismo me siento de un modo semejante y no consigo explicármelo. No era una vida lo que yo vivía antes, sino un pálido sueño a la espera de un despertar. Y, ¡qué despertar glorioso ha sido conocerte! Ya no concibo una vida distinta, una existencia en la que no pueda sentirme de esta manera, sin tu presencia. Todo este tiempo, desde que te conozco, el momento que espero cada día es cuando finalmente podamos vernos otra vez. Aquí, en el lugar donde nos conocimos. Es todo cuanto quiero y necesito.

—El lugar donde salvaste mi vida —recordó Beatriz—. Pero ahora descubro que no solo me salvaste de ahogarme, sino que también me diste una razón para apreciar más mi vida. Me has salvado doblemente, y no sé como agradecértelo lo suficiente.

—No hay nada que agradecer, Beatriz —repuso Said—. Eres tú quien me ha salvado. Me has revelado cosas que no sabía que me hacían falta; cosas sin las cuales ya no podré vivir. Pero me preocupa nuestro futuro. No quisiera pensar en ello y limitarme a disfrutar esto que tenemos, sin embargo, no deja de atormentarme la idea de un futuro para nosotros. Esa idea da vueltas en mi cabeza después de cada encuentro. A los ojos de muchos, lo que estamos haciendo se considera prohibido. Y nada me atormentaría tanto como arruinarte la vida.

—¿Te preocupa lo que puedan pensar nuestras familias? —preguntó Beatriz—. ¿Crees que querrán separarnos?

—Es lo que harán —predijo Said, sin poder ocultar su tristeza—. Ellos no verán lo que nosotros vemos. Lo condenarán antes de dejar que lo expliquemos. Porque para ellos el mundo es de una determinada manera que no puede ser cambiada. Incluso yo también lo creía así. Pero ahora, solo porque te conozco, todo luce distinto y veo con una nueva claridad.

—Ni aunque me lo prohibieran podría dejar de verte —soltó Beatriz, desesperada ante la idea de una prohibición—. Quizá si les hablamos sobre lo que sentimos, sobre por qué es tan importante seguir estando juntos, ellos nos entenderán. Yo les diré a mis padres que tú salvaste mi vida y ellos lo agradecerán. No estaríamos siendo deshonestos, y ellos apreciarán la pureza de nuestros sentimientos. Porque la verdad no puede ocultarse y está por encima de cualquier cosa, ¿verdad?

—No es tan sencillo —dijo Said suspirando—. Tenemos que actuar con mucha cautela, y no podremos seguir viéndonos de la manera en que lo hacemos… Pero ya se me ocurrirá una solución para encontrar la mejor forma de hablar con tus padres. Hasta entonces, no digas nada sobre esto, ni reveles mi existencia. Es mi responsabilidad hacerme cargo y asumir las consecuencias. Confía en mí y espera mis instrucciones.

—¿Y mientras tanto qué haremos? ¿Dejaremos de vernos? —preguntó Beatriz revelándose angustiada al inferir tal posibilidad en las palabras de Said—. Yo no aguantaré una situación en la cual ya no te vea. No lo soportaría. ¡No lo acepto!

A Beatriz le temblaba el cuerpo y tenía ganas de llorar, pero Said sostuvo nuevamente sus manos y luego acarició su rostro para calmarla.

—No es una separación definitiva. Debo tomarme un tiempo para organizar todo lo necesario y sopesar todas las opciones posibles, para que podamos volver a vernos sin problemas. Yo encontraré la forma de poder mandarte mensajes, si hace falta. Para mí también es imposible apartarme de tu vida. Pero a veces las circunstancias requieren de paciencia, si queremos asegurarnos de no perdernos para siempre.

—Comprendo lo que dices, Said —admitió Beatriz, dejando que el tacto de sus manos, así como de sus palabras, la tranquilizaran como un bálsamo contra la ansiedad—. Pero me resisto al hecho de no verte como solemos hacerlo… Mucho menos después de hoy.

Ambos sabían que hablaban del beso y ella se ruborizaba con solo mencionarlo. Adivinando sus pensamientos, Said le lanzó una mirada cómplice en consonancia con una sonrisa radiante.

—Nadie podrá quitarnos lo que ha ocurrido hoy. Eso nos pertenece. Pero ahora el objetivo es consolidar una oportunidad que nos permita estar juntos sin problemas. Estoy dispuesto a hacer cualquier sacrificio que sea necesario para lograrlo, pero nunca en detrimento de tu virtud ni de condenarte a acusaciones injustas y castigos inmerecidos que no eres capaz de comprender todavía. Si nos descubrieran, la situación

para ti podría ser realmente grave. Así que es mejor no seguir viéndonos de manera clandestina, porque estamos arriesgándonos demasiado. Perdóname Beatriz, ha sido una imprudencia por mi parte someterte a estas escapadas.

—Said, tú no me has obligado a hacer nada que yo no quisiera —le susurró Beatriz al oído—. He deseado cada cosa que ha ocurrido entre nosotros y no me arrepiento de ello… Obedeceré tu consejo porque creo en ti y en tus palabras. Pero no dejes de hacerme saber que estás bien y piensas en mí.

—Pienso en ti cada día y noche de mi vida, no lo dudes. Y no hay nada de lo cual arrepentirse, tienes razón. Pero actuemos de la manera en que sugiero, así saldremos triunfantes.

Se quedaron quietos, sopesando todas las palabras que se habían dicho. Said la tomó de la mano y caminaron por la orilla sin soltarse. A Said le preocupaba el futuro, no solo en aquel instante, sino desde hacía varios días. Anticipó que las diferencias religiosas jugaban en su contra y que no solo crearían un problema entre sus respectivas familias, sino entre las distintas comunidades que ellos representaban debido a su fe. Pese a esto, no perdía la esperanza de encontrar una manera de resolver ese futuro conflicto. Existía la posibilidad de que alguno de los dos se convirtiera a la religión del otro, pero actuaría en conformidad con lo que era justo y beneficioso para ambos, especialmente lo que no representara una situación infeliz para su amada.

Entretanto le atormentaban otros problemas. Incluso en una situación tan dichosa como la que estaba viviendo, la reciente experiencia en las mazmorras se encontraba latente en su consciencia. No solo le preocupaba lo escuchado de la conversación entre los guardias, sino lo que eso implicaba para el resto de la ciudad. Aquello, de ser ciertas sus sospechas, también determinaría cada acontecimiento histórico e individual dentro de sus vidas, por ser habitantes de ese reino. Y, en ese caso, lo primordial era apartar cualquier interés egoísta, aplazar los asuntos personales y actuar de inmediato. Si una enfermedad se estaba propagando, imperceptiblemente, a lo largo de la región, nadie estaría a salvo. Por lo tanto, era menester prevenir de la desgracia al menos a su familia y, ahora que ella formaba parte inseparable de su vida, procurar que ni Beatriz ni sus seres queridos fueran afectados por esa maldición. Tenía que advertírselo, prepararla para lo que iba a ocurrir.

Mientras caminaban por la orilla agarrados de la mano, Beatriz observaba con especial atención el ceño fruncido de Said y su repentino mutismo. Intuyó que su preocupación por el futuro no lo abandonaba y quiso aligerarle la carga animándole.

—Lo lograremos, Said.

Said aminoró la caminata y se situó frente a Beatriz suspirando hondo. Supo que era el momento indicado para expresarle sus temores más recientes.

—No solo me preocupa eso, mi ángel del paraíso. Hay algo que creo que debes saber.

Entonces Said comenzó a contarle la anécdota de lo ocurrido antes de encontrarse con ella y todas sus preocupaciones al respecto. Beatriz no interrumpió la historia, sorprendida al escuchar su descripción de las mazmorras, su miedo de ser encerrado, el comportamiento desdeñoso de los guardias y finalmente la conversación, escuchada casi por accidente, según la cual se anunciaba la existencia de una enfermedad fatal y contagiosa.

—¡Manchas negras! ¡Esos fueron los mismos síntomas descritos por el capitán Germán! Entonces, no lograron vencer la maldición y la trajeron consigo… ¿O podría tratarse de una casualidad?

—No lo creo. ¿Recuerdas que te señalé al capitán y sus hombres minutos antes de morir? Presentaban esos síntomas, por lo cual creo que la enfermedad ya se estaba

incubando en sus cuerpos. Y tampoco creo que se trate de una maldición, sino de una enfermedad mortal que debe anunciarse a tiempo como un problema oficial. Nosotros estuvimos presentes durante el discurso del capitán al igual que durante las ejecuciones. Hasta ahora no hemos manifestado síntomas de tener un malestar, pero debemos permanecer atentos. En todo caso, mantente alejada de cualquier enfermo y no frecuentes lugares donde se sospeche que haya estado presente algún afectado. Me temo que la enfermedad se propagará por toda la ciudad, y es probable que ocurra en unos pocos días.

—¿Qué haríamos de ser así? —quiso saber Beatriz—. Nosotros, nuestras familias, el reino entero, ¿estaremos condenados a sufrir la misma suerte de los marineros? ¡Yo no quiero morir! ¡Ni perderte a ti ni a mi familia!

A Said no le quedaban dudas de cuál era la única solución:

—Tendremos que huir de Valencia y buscar una nueva vida en otro lugar donde no nos alcance la enfermedad. No veo otra solución.

—¿Tú y yo? —se aventuró a preguntarle Beatriz.

Said negó con su cabeza acentuando la contrariedad reflejada en su semblante.

—¡Ojalá fuera tan sencillo! Hay que idear una ruta discreta sobre la cual no nos hagan muchas preguntas. Mi recomendación es planear una huida al campo mientras aún sea temprano. Cuando la gente descubra la gravedad de la enfermedad querrán hacerlo también y eso obligará a las otras ciudades a restringir sus accesos. Si actuamos a tiempo evitaremos ese problema. Pero no podemos huir solos. Debemos advertirles a nuestras familias lo que ocurre. Convence a tus padres y tus hermanos, cuando lo consideres prudente, para que huyan al campo. Yo haré lo mismo, tan pronto como sea posible.

Beatriz abrazó a Said con fuerza, aferrándose a su cuerpo como si con ello pudiera retenerlo con ella para no perderlo, y declaró:

—¡No me dejes! ¡Mi familia no me hará caso! Me preguntarán sobre la fuente de tal información y cómo es que yo la conozco. Entonces tendré que hablarles sobre ti.

Said la abrazó de vuelta y acarició su cabeza de un modo tranquilizador, prometiéndole:

—Descuida, yo hablaré con ellos. Lo prometo.

—¡Gracias! —respondió Beatriz abrazándolo con mayor fuerza.

Ya el sol comenzaba a ocultarse y el tinte rojizo del cielo los alertaba sobre lo tarde que se estaba haciendo para que Beatriz volviera a su casa. Siempre prudente, Said le anunció:

—¡Es hora de llevarte a casa! No queremos preocupar a tus padres.

***

Perpetua y Carlos ya la estaban esperando cuando Beatriz entró en casa y extendió el pequeño saco, dentro del cual había depositado las monedas por los pagos recolectados en algunas casas y parte en el mercado. Como vendedores de telas, muchas veces lidiaban con clientes que las adquirían prometiendo pagar después, por lo que a Beatriz se le había asignado recientemente la responsabilidad de hacer algunos de esos cobros. Ahora toda la familia debía trabajar el doble y aprovechar el tiempo, tanto como fuera posible, para obtener suficientes ganancias con las que soportar la difícil situación que atravesaba el Reino de Valencia, que se agudizaba con el reciente aumento de los impuestos.

—Esta vez la familia Ayamonte no canceló su deuda correspondiente, alegando otros gastos repentinos. Pero la señora de la casa me aseguró que esta semana enviarían sin falta a su hijo con el pago correspondiente.

Beatriz notó que sus padres estaban muy silenciosos y serios. Carlos agarró el saquito de sus manos, sin mirarla a los ojos, y depositó las monedas sobre la mesa. Luego volvió a ponerse al lado de su esposa, esperando que fuera ella quien hablara. Beatriz sospechó que tenían algo que decirle y no parecía una situación agradable, teniendo en cuenta la actitud que demostraban. Perpetua se adelantó para pedirle explicaciones, con una expresión severa en su rostro rechoncho.

—¿Dónde andabas, Beatriz? Ya es muy tarde.

Carlos apretó el brazo de su esposa dándole a entender que lo mejor era calmarse y no hacerla sentirse amenazada.

—Fui a la playa un rato —dijo Beatriz, con una verdad a medias— y me distraje caminando por la orilla y disfrutando del paisaje. Luego me di cuenta de que se me estaba haciendo tarde.

Perpetua se acercó a ella y su presencia se mostró amenazante como nunca antes la había visto. Pocas veces en su vida Beatriz había visto a su madre tan ofuscada y su reacción inmediata fue retroceder.

—Necesitamos hablar seriamente. Ya estás lo suficientemente crecida para comprender las consecuencias de tus acciones y los efectos que tienen los engaños. Ya no son las mentiras de una niña que trata de ocultar las huellas de sus inocentes travesuras. Ahora tus ocultamientos y tus actos definen las consecuencias de tu futuro. Ahora eres una mujer y ya nada es inocente ni fácilmente excusable. ¿Lo comprendes?

—Sí, lo comprendo madre —admitió Beatriz—. Entiendo que soy absolutamente responsable de todo lo que hago y digo. Entiendo también que tengo mi propia voluntad de hacer y decir lo que puedo, conforme a mi libre albedrío.

La respuesta temeraria de Beatriz hizo que Perpetua pusiera los ojos en blanco y le temblaran los labios. Nunca antes se había dirigido a ella usando un tono tan desafiante. Incluso Carlos veía con asombro esta actitud desconocida de quien siempre se conducía con entusiasmo en su disposición a obedecer. Ambos padres se asustaron al descubrir este nuevo rostro y, con ello, confirmaron sus sospechas, y supieron que les correspondía actuar de inmediato y detener los avances de esta naciente rebeldía en su espíritu. Nuevamente, fue Perpetua quien no dudó a la hora de imponer su autoridad.

—Muy precisas tus palabras. ¿Quién te ha enseñado a hablar de esa manera a tus padres? ¿Acaso ha sido el muchacho musulmán con el que te encuentras por las tardes?

Beatriz enmudeció al escuchar estas palabras y comprendió por qué sus padres actuaban de este modo. “¡Lo han descubierto! ¡Lo saben!”, pensó Beatriz alarmada. Pero antes de que pudiera balbucear una respuesta, fue su padre quien intervino, manteniendo una postura seria y calmada, para contrarrestar la rabia de su esposa, aunque sin ceder en su cuota de inflexible autoridad.

—Hija mía, antes de decirnos cualquier cosa considera mejor tus palabras. No confundas insensatez con determinación. Lo sabemos. Nos han dicho que te han visto con un muchacho de rasgos árabes, un seguidor del Islam. Nos preocupa lo que eso puede representar para tu virtud y tu reputación. Ya eres una mujer y no es el mejor momento para exhibirte de ese modo con un hombre, y mucho menos con un foráneo de nuestra fe. Es completamente inadmisible, pero queremos escuchar lo que tienes que explicarnos sobre eso. Antes que nada, somos tus padres y estamos aquí para escucharte y ayudarte.

Beatriz no supo qué responder. Se sentía aturdida y desorientada, deseando que Said estuviera allí y los convenciera con su elocuencia. Ella no poseía la misma gracia y talento en el manejo del verbo, aunque fuera justo lo que necesitaba. Ahora se hallaba expuesta y sola a la hora de defenderse. Sus padres no lo entenderían y ella no poseía la

pericia para convencerlos. A razón de este silencio, Perpetua se irritó aún más, pues esperaba con prontitud una explicación.

—No respondas a la ligera y ten cuidado con lo que calles. Que cada palabra dicha por tu boca sea un testimonio fiel a la verdad. No rompas la confianza que te tenemos, porque después no podrás recuperarla. No conocemos los detalles, pero sabemos lo suficiente —le reprendió Perpetua—. ¡Te han observado compartiendo tu tiempo con ese hombre! Necesitamos saber quién es y cómo lo conociste. Somos tus padres y exigimos respuestas, claras y transparentes. Y no nos mientas, Beatriz, porque allá arriba hay un Dios que todo lo ha visto y todo lo sabe. Esta situación es muy delicada, pues tu honra se encuentra en juego, así como tu futuro. Tenemos planes para tu porvenir y no puedes arruinarlos, porque de esos planes dependemos como familia. Así que, por Dios, ¡no nos defraudes!

Beatriz soltó un largo y lento suspiro antes de abrir su corazón y contar todo lo que le estaban pidiendo saber. Fue como si necesitara que alguien se lo pidiera, para dejar que sus labios revelaran todo lo que había vivido en las últimas semanas. Nunca supo mentir bien y tampoco le gustaba. Mucho menos cuando se trataba de su familia. Esta era la oportunidad que tanto esperaba para confesarse, aunque hubiera preferido un escenario apropiado con mejores circunstancias y a Said a su lado para secundarla. No escatimó ningún detalle, porque sabía que, si quería que sus padres comprendieran la importancia de lo que sentía, ocultarles cosas no le resultaría favorable. Sin embargo omitió un detalle, la existencia de la moneda de oro. Ese era el símbolo del pacto secreto que fundó el amor entre Said y Beatriz, y solo a ellos les correspondía conocerlo. Pero sí les habló de su accidente en la playa, de cómo Said la rescató asegurándose de que vivía, de cómo juntos fueron testigos del desembarco del capitán y su historia y cómo posteriormente la acompañó hasta las inmediaciones de su casa, siendo ella quien le pidió que no llegara hasta su puerta ni revelara su existencia. Les habló, con un poco de ingenuidad, de los sentimientos que empezaron a gestarse desde entonces, de cómo se le hacía imposible apartar sus pensamientos, del recuerdo de haberlo conocido y de sus temores al imaginar que no volvería a encontrarlo.

Con la voz temblorosa narró el encuentro que tuvieron durante las ejecuciones y cómo allí acordaron no dejar de verse. Describió los breves encuentros en la playa a la luz del atardecer, en los cuales les bastaba mirarse y caminar el uno junto al otro durante un par de horas, compartiendo sus impresiones sobre la gracia del poder divino que permitía la existencia de tanta belleza y su generosidad a la hora de compartirlo con los simples mortales que, como ellos, se sentían deslumbrados por tales visiones. Y finalmente les habló, no sin cierto rubor en sus mejillas, del reciente encuentro, del único y primer beso que compartieron y de las promesas que se hicieron. Pero cuando Beatriz se dispuso a hablarles de lo que Said había descubierto acerca de la enfermedad y su plan de escape, Perpetua la interrumpió sin poder refrenar la rabia.

—¡¿Qué ese hombre te ha dado un beso?! ¿Acaso te ha tocado? ¡No nos mientas! ¡Ay, Dios mío, has deshonrado a nuestra familia! Y encima ese hombre, ¡es un cobarde! Ni siquiera se presenta aquí para dar la cara sobre sus actos.

A Carlos le temblaba el cuerpo al enterarse de toda la historia que desconocían, pero intentaba controlarse, a la vez que sujetaba a su esposa para que no se abalanzara contra su hija. Beatriz enrojeció por el llanto. Le indignaron las acusaciones de su madre en contra de Said.

—¡Said solo quiere lo mejor para mí! —les dijo Beatriz con el rostro cubierto de lágrimas—. Fue él mismo quien sugirió que no nos viéramos de nuevo hasta no hablar con vosotros, porque estaba preocupado por esa misma honra que me acusáis de haber extraviado. Lo que ha ocurrido entre nosotros es todo cuanto os he contado. Dios es

testigo de que no hicimos nada malo y que nuestros sentimientos son puros. Y él mismo vendrá a confirmaros la verdad de todo.

Esta vez fue Carlos, sin soltar a su esposa afectada por el llanto, quien intervino con rudeza pero evitando cualquier manifestación visible de violencia.

—No tenemos nada que hablar con ese hombre, hija. Y es mejor que vayas olvidándote de él, porque no te permitimos volver a verlo nunca más. No dudo de ninguna de tus palabras y doy gracias a Dios de que tu virtud siga intacta. Pudo ser mucho más grave de lo que ha sido, pero ya es suficientemente delicado lo que ha ocurrido entre vosotros.

Beatriz era incapaz de aceptar lo que su padre le estaba diciendo y cayó de rodillas con las manos juntas, implorándole.

—¡No, padre, por favor! No me prohíbas verlo. No le quites la oportunidad de explicarse. Juro por Dios que no nos comportamos de manera incorrecta.

Carlos no resistió la imagen de su hija arrodillada, rogando por un imposible. Por mucho que la quisiera, siempre dispuesto a complacerla, en esta ocasión era inconcebible rendirse a sus peticiones. Las lágrimas inundaron sus ojos y soltó a su esposa para caminar en dirección a su hija y levantarla con sus brazos. Guiada por el tacto de su padre se puso en pie, confiando en que diría las palabras que tanto deseaba escuchar. Sin embargo, Carlos puntualizó:

—¡No lo hagas, Beatriz! No te arrodilles por eso. Somos tus padres y siempre querremos lo mejor para ti, incluso cuando no lo aceptes ni lo comprendas. Probablemente nos odiarás por lo que exigimos, pero el día de mañana, cuando tengas tus propios hijos, agradecerás la decisión que hoy hemos tomado. No solo se trata de que no está bien visto que un hombre y una mujer, que no están casados ni comprometidos, intimen de esa manera. Quizá sus intenciones no sean viles; eso podría concederlo, pues solo un insensato querría hacerte daño. Pero ese hombre no tiene cabida en nuestro mundo, ni tú tienes un lugar en el suyo. Nos apartan diferencias muy grandes e irreconciliables. Y te juro que si vuelve a intentar aparecer en tu vida yo mismo me encargare de él, y que Dios me perdone…

No fueron las palabras que esperaba y no había ningún posible consuelo en aquella situación. Beatriz se sentía desgraciada y miserable como nunca antes lo había sido. Era el principio de una tristeza desconocida, a la cual hasta entonces no había estado expuesta. Se alzaba una desgarradora certeza al comprender, aunque no por ello lo aceptara, que no existía una solución. Solo podía ocurrir de aquella manera, sin ninguna otra alternativa. Lo que creía el comienzo de algo maravilloso, revelaba enseguida un final anterior a la consumación de ese amor que, a partir de ahora, quedaría frustrado e inconcluso, al mismo tiempo que ese mismo amor ya no era aceptable frente al mundo. Porque sin importar cuánto se quieran y se necesiten dos personas, este sentimiento debe coincidir con las circunstancias que los rodean. Faltaba entonces esa coincidencia entre el amor y la propia vida, resultando inaceptable esa comunión entre el tiempo de los amantes y la realidad que les tocaba vivir. Beatriz supo que cualquier palabra, cualquier acción, cualquier intento de resistencia serían inútiles. “Si tan solo pudiera llorar hasta ahogarme”, pensó, “si tan solo hubiera muerto aquella tarde en la playa”. Entonces Said no la habría salvado, no se habrían conocido nunca, y estaría en el seno de Dios porque le habría obedecido hasta su última exhalación.

—¡No puedo aceptar lo que me dicen! ¡Es injusto! —se lamentó sollozando—. No quiero borrarlo de mi vida. Por más que lo intento, no concibo cómo podéis ver tanto mal en lo que para mí ha sido la revelación de todo bien. Desearía haberme ahogado aquella tarde, así no os causaría esta tristeza y estaría libre de esta vida desgraciada que me espera. ¿Cuál es esa vida que esperan para mí?

Al escuchar las palabras de Beatriz, tanto Carlos como Perpetua lloraron. Su hija expresaba abiertamente sus ganas de morirse y eran ellos quienes habían provocado ese sentimiento. Se abrazaron entre sollozos frente a la mirada perdida de Beatriz, cuyo llanto ahora era silencioso y resignado. Durante unos minutos cruciales nadie dijo ni una palabra, porque cada uno de ellos comprendía que nada de lo que dijeran sería lo suficientemente justo, ni un alivio para el dolor. Carlos lloraba al ver que su hija sufría verdaderamente por aquel hombre y Beatriz lloraba sin esperar ya ningún acontecimiento que reanudara sus esperanzas. Sin embargo, Perpetua supo que ese era el momento para bajar la guardia, sosegar su profundo enojo e intentar comprender que, a pesar de su disgusto, su hija necesitaba ser consolada. Así que se le acercó lentamente, acarició su cabeza y Beatriz no opuso resistencia. Era imposible odiarse, incluso a pesar de sus desacuerdos. En ese consiste la familia, en una misma sangre que une a tantos corazones bajo un mismo techo. Además de esas caricias, Perpetua se dispuso a hablarle, no con la rudeza de antes, sino con un tono comprensivo aunque marcado por la tristeza.

—Nuestra intención no es hacerte sentir desdichada. Pero no podemos permitirte una relación como la que anhelas, con un seguidor de otra fe. Eso va contra nuestras leyes sagradas. De igual modo que él tampoco podría desposarte a ti. Cuanto más rápido aceptes que eso no se puede cambiar, más fácil será para ti sentirte mejor.

—Yo no quiero sentirme mejor, madre —repuso Beatriz—. Esta desdicha es lo que me queda como prueba de lo que ha pasado entre Said y yo.

Perpetua se exasperaba al escuchar la insistencia de su hija en llamar a ese hombre por su nombre, demostrando cuánto le importaba, y el hecho de que no tuviera vergüenza para disimularlo. Estuvo tentada de reprenderla, pero también recordó que era muy joven e inexperta y que, a su edad, cualquier vértigo es razón suficiente para lanzarse a él sin importar las consecuencias. Por eso contuvo su reacción y prosiguió con su exposición de motivos.

—Poco a poco, olvidarás. No puedo prometerlo, porque eso depende de ti y de tu disposición a aceptar esa realidad. Por eso te digo que debes pensar en tu futuro y somos nosotros, tus padres, quienes podremos asegurártelo. Sabemos lo que te conviene antes de que tú misma lo descubras. Si nos obedeces sin oponer resistencia, las cosas serán mucho más fáciles para todos… Como familia, te necesitamos.

Beatriz evitó responder lo que su corazón sabía: nunca olvidaría a Said, sin importar la mediación de cualquier prohibición que le impusieran. Por su parte, ya era la segunda vez que su madre hacía mención sobre esa supuesta responsabilidad de hacer algo en beneficio de su familia. Intrigada por la recurrencia de esa idea, Beatriz quiso aclararlo.

—¿Por qué necesitáis de mí? ¿En qué modo podría ayudar?

Carlos y Perpetua compartieron una mirada. Este asintió indicándole a su esposa que era el momento apropiado para explicárselo.

—¿Recuerdas que hablamos sobre lo que sucede cuando dejas de ser una niña y te conviertes en una mujer? Pues bueno… no solo tienes una responsabilidad con tus acciones y tu comportamiento, sino que estas también representan una oportunidad muy valiosa. Estamos en un momento difícil, Beatriz. No estamos obteniendo ganancias suficientes para mantenernos como es debido, aunque todos trabajemos y empeñemos nuestros esfuerzos sin descanso. Estimamos que las cosas se complicarán para esta casa si no recibimos una inversión importante, una ayuda extra. Hay momentos en nuestras vidas, especialmente cuando ya somos adultos, en que debemos hacer a un lado nuestros deseos para lograr el bienestar de quienes amamos. No hay tiempo para lamentos y debemos actuar pronto. Ya eres una mujer y debes casarte con un buen cristiano que

pueda ayudar a esta familia, un hombre con bienes, un ciudadano respetable de tu comunidad. Además, posees una gran belleza y, gracias a ello, podremos conseguir un pretendiente que cubra nuestras necesidades. Ahora, ¿comprendes la gran responsabilidad que está en tus manos? Si no te comportas como es debido, ya nadie querrá casarse contigo.

Cuando su madre pronunció la palabra "casarte", Beatriz no hizo sino llevarse las manos a la cabeza y negar desesperadamente, intentando con ese gesto expulsar esos requerimientos. No podía aceptar la idea de casarse con otro hombre que no fuera Said, a pesar de las peticiones de su madre respecto a la situación económica de su familia. Atrapada en una encrucijada como aquella, lo único verdaderamente liberador que se le presentaba a su alcance era gritar con desesperación. Sus padres corrieron enseguida para sostenerla. Carlos, que solía cazar de joven, pensó que los alaridos que salían por la boca de su hija parecían los aullidos de una bestia herida resignada a morir.

—¡Calma y paciencia, hija mía! —le suplicó abrazándola—. Dios recompensa a quienes obedecen.

Justo entonces Beatriz recordó el consejo de Said acerca de huir antes de que la maldición se propagara. Por encima de su desgracia, y hasta de los proyectos de su familia en torno al futuro, se alzaba la realidad de esa enfermedad ante la cual el resto de las cosas eran menudas e insignificantes. Ellos, al igual que el resto del Reino de Valencia, desconocían el descubrimiento de Said. También significaba que Said acabaría yéndose del reino sin poder despedirse de ella. Pero si su familia no seguía ese ejemplo, la enfermedad tocaría a sus puertas para acabar con todos. Consternada por todos los sucesos recientes, Beatriz intentó exponer su advertencia ante la perplejidad de sus padres.

—¡No podemos quedarnos! ¡La enfermedad se extenderá por todo el reino! El capitán no pudo acabar con esa maldición.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Carlos sujetándola con fuerza al notar que su cuerpo temblaba—. Dios nos protege. Ninguna maldición nos hará daño porque confiamos en su poder.

—¡Ya está aquí y se propagará por todo el reino! —insistió Beatriz mirando a su padre con una expresión de desesperado horror en sus ojos—. Said recomendó que escapásemos al campo y nos alejásemos de Valencia, dijo que debía advertiros. ¡Mientras aún podamos, debemos irnos!

Perpetua lloraba al ver que su hija estaba fuera de sí, creyendo que cada palabra que decía era producto de un delirio. La alteración de Beatriz se incrementaba a medida que hablaba, queriendo zafarse del abrazo de su padre por puro instinto mecánico. Se sentía atrapada y ahogada. Su único deseo era ser comprendida, pero la situación cada vez se ponía más en su contra. Esta vez fue Carlos quien reaccionó violentamente, gritando a la que consideraba su pequeña y adorable niña, por primera vez desde que naciera:

—¡Basta, Beatriz! ¡No digas ni una sola palabra más! Y que sea la última vez que pronuncias el nombre de ese hombre dentro de nuestra casa, o en cualquier otro lugar. No me interesa nada de lo que ese hombre te haya dicho, y tú debes hacer como si nunca hubiera existido. Ahora vete a tu habitación, no quiero volver a escuchar esas locuras que mencionas. No agotes nuestra paciencia, que ya es suficiente por hoy.

Capítulo 6

Cuando el caos despierta lo hace en forma de bostezo, como lo creían antiguamente los griegos, y es el producto de un lento cambio, cuya facultad es la de arrasar sin contemplaciones ni impedimentos todo lo que se interponga en su camino. Cuando el bostezo acaba, tragándose todo lo que encuentra a su paso, y cuando todos descubren lo que en su ceguera no han visto, la destrucción ha sido inevitable. Ese caos no perdona y se consume constantemente a sí mismo, sin agotarse. El caos se revela para la mayoría cuando ya nada puede hacerse. Solo unos pocos, verdaderamente lúcidos, tienen la capacidad de adivinar un final desde sus comienzos, pero muy poco pueden lograr estos en un mundo acostumbrando a no abrir sus ojos hasta que ya es demasiado tarde.

Said no se equivocaba en su previsión de futuro, casi como si fuera un profeta enviado para advertir la fatalidad que se avecina antes de que esta se desate. No se trataba de un don mágico, sino de su incomprendida capacidad de análisis y observación. Pero el resto del Reino de Valencia no contaba con tan afortunado tino y la enfermedad comenzaba a manifestarse de manera preocupante sin que nadie hiciera las evidentes conexiones a partir de las cuales se extraía una respuesta clara: todos estaban en peligro. Algunos por descuido y otros por temor, de una forma u otra, todos contribuyeron irresponsablemente a quedarse callados frente a lo obvio. Al estar asociado con una supuesta maldición, nadie quería reconocer la enfermedad a la hora de identificar a los enfermos. Cada persona se creía a salvo por la fe que profesaba y en cambio acusaba a cualquier otro credo de ser susceptible de padecerla. Al principio, el recorrido de la enfermedad parecía seguir una aritmética calculada y sistemática en su contagio, demasiado precisa como para no darse cuenta. Daba la impresión, para quien hubiera querido atender las señales, que la peste trazaba una cruel cartografía de la ruta seguida por los primeros afectados y de cómo los siguientes la transportaban seguidamente consigo a otros lugares. Y, en ocasiones, se saltaba a alguien, como si le perdonara la vida a pesar de las implicaciones que tenía una persona sana en contacto con otra afectada, como si el malestar fuera conducido por una consciencia autónoma e inteligente.

Después del guardia de la mazmorra, la siguiente víctima fue el verdugo que ató las sogas a los cuellos de los condenados. Al no tener familia fue encontrado muerto por sus vecinos, varios días después, en la pobre casa donde vivía, alertados por la putrefacción que emanaba del lugar y se extendía a los alrededores. Vivía a las afueras de la ciudad, en una comunidad de gente pobre que se asentaba cerca de la costa pero lo suficientemente lejos de la zona comercial, junto a una parte de costa que era considerada muy poco rentable para la pesca. Los lugareños de aquella comunidad poco o nada sabían sobre el trabajo de ese hombre, y como solían evitar ir al centro de la ciudad, de la cual se sentían marginados, apenas conocían la historia de las ejecuciones, ni el relato del capitán. Algunos de ellos se encontraban presentes durante el relato, pero no le prestaron mayor importancia porque todo cuanto ocupaba sus pensamientos era llenar sus estómagos.

La gente de esa zona pertenecía a esa clase de personas que han sido moldeadas por el hambre y la privación de un modo tan cruel que su humanidad queda relegada por lo puramente instintivo, a las ganas de sobrevivir cada día tanto como fuera posible. Ellos habían sido los primeros afectados por el hambre, ese otro mal que también llegaba al reino para quedarse, y a causa de esto se centraban ciegamente en lo inmediato, sin concentrarse en la profundidad de las cosas. Necesitaban procurar comida para sus familias, por lo que algunos cumplían labores mal pagadas en la costa o el mercado, otros eran pescadores y unos pocos, como en el caso del verdugo, tenían trabajos en la

ciudad que nadie más quería hacer. En la ciudad nadie hablaba de ellos y apenas se les mencionaba, como si fueran una mancha que, por no poder quitársela, era mejor no mencionar, como si con ese silencio fuera posible creerla inexistente.

El cadáver que encontraron les impresionó. Se quedaron atónitos, tapándose el rostro con sus manos o la ropa para no respirar el aire nauseabundo. Tenía la piel hinchada y las manchas negruzcas lo cubrían casi por completo, pero se confundían con la coloración azulada producto de la descomposición de la carne. Las moscas anidaban en su boca abierta, entrando y saliendo a su antojo. Otras se deleitaban sorbiendo partes blandas de esa piel destrozada. Con los ojos abiertos y la mandíbula desencajada, la última exhalación del verdugo lo cogió completamente despierto. Todos pensaron que debió tratarse de una enfermedad lo suficientemente poderosa como para dejarlo postrado en su cama y sin poder pedir ayuda.

Tras caer enfermo y sin nadie que pudiera ofrecerle cuidados, el verdugo había tenido una muerte lenta y dolorosa. Acuciado por un letargo inevitable durante los primeros días de la enfermedad, cuando le era imposible moverse, no hizo sino dormir durante horas, quedando luego sin ganas de levantarse. Al hacerlo se sentía ahogado por una mala respiración y pasaba horas enteras sentado tratando de normalizarla. A los pocos días devoró lo poco que le quedaba de comida, pero las constantes asfixias, junto con la debilitación de sus músculos y articulaciones, lo mantuvieron postrado a pesar del hambre y sin fuerzas suficientes para salir a buscar comida. No tardó en acudir la fiebre a su cuerpo y, con ella, los delirios. Debido a esto, quedó a merced de la irrealidad de esas visiones conociendo de cerca el rostro de la muerte antes de que esta finalmente decidiera llevárselo. En los minutos finales de su padecer ya no deliraba y pudo vivir con claridad su estado fatal. La tos se incrementaba, así como la asfixia. Observaba las manchas en sus manos, aunque le dolía el resto del cuerpo para esforzarse en ver qué otras partes las presentaban. Sospechaba que todo su ser se encontraba ennegrecido, incluyendo su alma. Comprendía que de eso se trataba, que le correspondía ser uno de los primeros en morir tras ese decreto fatal. Supo que merecía su suerte, tras tantos años de llevar en sus manos la facultad deleznable de dar el golpe mortal a tantos hombres, inocentes y culpables por igual. A él le correspondía ensuciarse las manos por esas muertes cuando el resto de las personas se las lavaba. Aceptaba la suerte que le tocaba, ya que no esperaba una muerte limpia y pacífica en su vida. A pesar de que era creyente en la fe de Cristo, no esperaba la salvación de su espíritu ya que no era capaz de arrepentirse. No sabía cómo hacerlo, ni por dónde comenzar. Con esa certeza alzó una mirada al cielo a modo de plegaria. Su respiración lo abandonaba y su último pensamiento fue el recuerdo del discurso del capitán, segundos antes de ser colgado. Y, de este modo, su vida abandonó aquel cuerpo pútrido, solitario y jamás llorado por alguien.

Por otra parte, quienes lo habían encontrado no sabían qué hacer con aquel cuerpo prácticamente irreconocible. Los niños se acercaban con curiosidad, a pesar de los gritos de sus madres, y los ancianos retrocedían murmurando plegarias por la salvación de su alma. Seguidamente salieron de la casa, asqueados por el nauseabundo olor, para discutir las acciones a seguir. Como dicho hombre no contaba con familiares cercanos, tras discutirlo largamente, acordaron que lo más conveniente era quemarlo junto a su casa y de este modo purificar la zona de la podredumbre que trajo su descomposición. Y así se desvaneció, entre las llamas del fuego, la prueba de que otro hombre moría a causa de la peste, sin que nadie adivinara la gravedad de ese acontecimiento, ni el peligro al cual se estaban exponiendo.

Al paso de los días, nuevas víctimas manifestaron los síntomas de la enfermedad. Entre ellos se contaban nuevos guardias de las mazmorras y sus familias, así como otros

habitantes de la aldea pobre donde murió el verdugo, asistentes de la ejecución y también parte de quienes fueron los primeros testigos del relato contado por el capitán. Otros, como la mujer del guardia, que había acompañado a su esposo hasta el momento de su muerte, no presentaban ni el más mínimo síntoma de la enfermedad en su organismo. Aunque esta, sin embargo, aquejada por la falta de dinero y debilitada por el hambre, se había convertido en mendiga e iba por las calles advirtiendo que la enfermedad los destruiría a todos. En distintas partes de la ciudad alguien se enfermaba con idénticos síntomas: fiebre, asfixia, delirios y manchas negras; principalmente en aquellas zonas donde vivían los cristianos. Algunos consideraban que era una maldición judía o musulmana para mermarlos y apoderarse del reino.

Pero la ciudad no fue verdaderamente consciente del problema de la enfermedad hasta que el acólito adolescente que le dio el mensaje a Said presentó los síntomas de la misma y también, posteriormente, la hija de un noble. Cualquiera se enfermaba, independientemente de su integridad moral, su fe religiosa o de su linaje. Afectado por el estado moribundo de su acólito predilecto, el padre Juan Cortés inició una campaña de conciencia espiritual para combatir la enfermedad. Anteriormente, le había dado la extremaunción a varios de los primeros muertos por la peste, incluyendo al guardia, sin presentar signos de haberse contagiado posteriormente. Sin duda, atribuía esta inmunidad al privilegio de su investidura y no dudó en valerse de sus sermones para acusar a otras comunidades religiosas de ser las causantes de la enfermedad. En uno de esos primeros sermones podía escuchársele decir palabras como estas:

—Es a Dios a quien hemos enfermado con nuestras licencias indebidas y ahora sufrimos el malestar que le causamos. Si queremos curarnos debemos recuperar la virtud, allí donde la extraviamos. No es apropiado compartir con quienes contradicen nuestra fe, ya que eso es una forma de desobediencia. Si de verdad queremos curar nuestras carnes corruptas, primero debemos purificar esta tierra en la que vivimos así como nuestras almas envilecidas por esos contactos. Podemos perdonar a quienes nos ofenden, pero no son nuestros amigos y esta no es su tierra.

Muchos cristianos se hicieron eco de los sermones del padre Cortés, llenándose de odio y rabia contra otras comunidades religiosas y acusándolas de ser los causantes de la maldición que aquejaba el reino. Cuando, posteriormente, tanto miembros de familias judías como de familias musulmanas contrajeron la peste, el reino entero se convirtió en un escenario de guerra silenciosa entre los distintos grupos. Cristianos, judíos y musulmanes se acusaban entre sí, marcaban las distancias y se recluían en sus sectores para evitar cualquier posible contacto con el resto. Un grupo de cristianos, amparados por el padre Cortés, elaboraron una carta pidiéndole al rey que expulsara a judíos y musulmanes por igual, sin obtener una respuesta. Sin embargo, pronto llegaron noticias de que en regiones cercanas ya se estaban presentando los mismos síntomas que todos conocían. Hubo profetas que no tardaron en gritar a viva voz que el fin del mundo estaba cerca y que Dios finalmente había decidido arrasar con la especie humana debido a sus pecados; solo que esta vez no era un diluvio, sino una enfermedad. Sin embargo, hubo otros que recordaron que la existencia de Cristo contradecía esa teoría, porque gracias a su muerte nuestros pecados habían sido perdonados y que nuestra labor era aprender a arrepentirnos. Otros también recordaron que tras el Diluvio Universal, Dios hizo un pacto, a modo de arco iris, con el pueblo de Noé para no volver a arrasar con la humanidad. No obstante, la amenaza de extinción preocupaba a muchos, sin importar su credo.

Gradualmente, la peste tuvo un efecto devastador para el comercio y la economía de la región. El comercio marítimo sufrió restricciones; ningún navío partía de Valencia, ni tampoco las embarcaciones de otros lugares iban allí por temor al contagio. Además,

el comercio local mermaba a causa de los conflictos religiosos. En el pasado, a pesar de esas diferencias, en materia de negocios a nadie le importaba mucho a qué dios le rendías culto siempre y cuando obtuvieran una ganancia. Pero ahora no era tan sencillo hacer la vista gorda, porque las tensiones eran preocupantes. Incluso en el mar, la temporada de pesca llegaba a su fin debido a la cercanía de las rachas frías y el océano ya no era lo suficientemente generoso como hábitat para ciertos peces. A esto se le añadía el incremento del hambre, que afectaba principalmente a aquellas comunidades pobres y, posteriormente, a mercaderes menores. En tal manera hambre y enfermedad se conjugaban, que hubo personas cuya debilidad fue confundida por la peste cuando solo se debía a la inanición.

Cuando murió el acólito del padre Cortés, este organizó una misa en su honor. Quienes asistieron no pudieron olvidar su rostro, compungido y enrojecido por una tristeza mezclada con cólera. Los labios le temblaban cuando se dirigió a la comunidad de feligreses presentes, aunque no se permitió ni un solo tartamudeo a la hora de expresarse.

—Estamos aquí reunidos, no solo para lamentar la muerte de nuestro querido muchacho, tan creyente de Cristo y su palabra, sino para recordar a todos nuestros hermanos que han perecido bajo este triste destino. Rogamos a Dios nuestro Señor por sus almas y confiamos en que, si sus vidas se condujeron con justicia, sus almas ya se encuentren salvadas en su regazo. Pero somos nosotros, los vivos, a quienes nos corresponde la responsabilidad de seguir batallando por esa salvación. Ningún supuesto curandero ha encontrado una cura para el mal que nos asola, lo cual es una muestra de que la voluntad de Dios no puede contrariarse con erradas técnicas o mecanismos impuestos por obra humana. Solo nos queda apelar a la misericordia del Altísimo con nuestras incesantes plegarias. Ni por un solo día hay que dejar de pensar en nuestras faltas y rogar por su perdón. Pero no solo con oraciones venceremos al Diablo y sus seguidores. No siempre la fe es suficiente si esta no se acompaña con acciones. Por tanto, debemos hacer lo correcto y actuar de inmediato, antes que sea demasiado tarde. Si queremos estar a la altura de su gracia, debemos eliminar todo aquello que nos aleja de ella.

La mayoría de la audiencia recibió con agrado sus palabras, porque expresaban exactamente lo que ellos sentían. El problema para muchos estaba en la mezcolanza de credos y razas en cualquier zona popular del reino. Eran necesarias restricciones para ese contacto, especialmente ahora que la enfermedad estaba presente en todas partes. Pero el mayor problema ya no era la peste, sino que cada cual tenía la excusa perfecta para expresar el odio que siempre había ocultado. El Reino de Valencia estaba moralmente congestionado y a punto del colapso total.

Capítulo 7

Ya había transcurrido un mes desde que Said viera por última vez a Beatriz en la playa y se dieran un beso. Un mes de ausencia y silencio entre dos amantes que solo esperaban neciamente el momento para reencontrarse contra todo pronóstico y a pesar de cualquier obstáculo. Para Said, la noticia de esa separación llegó en forma de mensaje a la puerta de su casa de manos de un niño al que habían pagado para que llevara a su destino una nota breve, escrita apresuradamente, que decía: *Lo que sea que haya estado ocurriendo entre usted y mi hija debe parar. Es un imposible. No intente entrar en contacto con ella en lo sucesivo. Evítenos más daño del que ya ha causado. Carlos*.

Said tuvo que leer varias veces aquellas crudas palabras para convencerse de su contenido. Su piel morena palideció de inmediato y su primer impulso fue salir corriendo a la playa, ante la mirada atónita de su madre, Fátima, quien había observado a cierta distancia las reacciones indescifrables de su hijo en la puerta de casa sin que pudiera encontrar una explicación lógica para lo que estaba sucediendo. Nadie detuvo a Said en su carrera; pasaba raudo entre las personas que se interponían en su camino, como si se tratara de una flecha que no se detendría hasta dar con el blanco deseado. Al llegar a la playa, y tras haberse quitado la ropa desaforadamente, Said no dudó en introducirse en el mar y nadar. Con largas brazadas se adentró hondo, como si con ello pudiera alejarse del Reino de Valencia y, sobre todo, de su sufrimiento. Una vez allí, en la completa y cómplice soledad del mar a su alrededor, sin nadie que pudiera dar fe de ello, rompió a llorar como nunca antes lo había hecho en su vida. Nunca fue una persona dada al llanto. Incluso cuando se enteró de la noticia que anunciaba la muerte de su padre, se mantuvo fuerte para consolar a su madre. Pero esta vez no podía ni quería evitarlo, porque necesitaba aquel desahogo, aquella posibilidad de añadir una parte de sí mismo, una porción líquida de su tristeza, a ese mar que tanto amaba y al que, incluso, le debía la dicha de haber conocido a Beatriz.

Lloraba amargamente y sin consuelo, tratando de asimilar lo que aquellas palabras implicaban. Sopesaba las consecuencias de desobedecerlas con el sufrimiento que le traería cumplirlas. Luchaba contra las ganas desmedidas de correr hasta la casa de Beatriz y exigirles a sus padres que le escucharan. Quería explicarles lo mucho que la amaba y que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para seguir a su lado de una manera honrosa. Porque en él se agitaba la esperanza de que la pureza de sus sentimientos correspondidos fuera suficiente prueba para validar ese amor frente a cualquiera y conmoverlo. Pero luego cayó en la cuenta del significado de ese mensaje, en lo que constituía una petición de hombre a hombre, entre un padre y otro hombre que también amaba a su hija, a manera de pacto. Para ambos, estaba ante todo el bienestar de Beatriz porque la amaban. Said sabía que cualquier insistencia por su parte solo empeoraría las cosas para ella. Esto significaba que solo existía un modo de hacer lo correcto, lo cual finalmente representaba la prueba más grande del amor que le tenía: no volver a buscarla y renunciar a su amor para asegurarle una vida digna. Probablemente Beatriz sufriría tanto o más de lo que él estaba sufriendo, y lo odiaría por no haber hecho nada para buscarla. Ambos aprenderían a vivir con eso, pero Said lo asumiría con la convicción de que era lo más beneficioso para el futuro de ella.

Sus lágrimas cesaron, pero no así las irrefrenables ganas de confiarle su dolor al mar que lo empapaba y al cielo que lo cubría. Y entonces gritó. Con ese grito no mejoraba su dolor pero se sentía liberado de la angustia. Aceptaba con gallardía su derrota y, al mismo tiempo, veía una posible victoria, asegurando a Beatriz su integridad. Él guardaría para siempre el recuerdo del amor que le tenía.

Meses después, Said recordaba todos aquellos sucesos, justo cuando se encontraba en medio de una encrucijada. Recordaba también que después de salir de la playa regresó a su casa y le pidió a su madre que lo escuchara, contándole todos los acontecimientos que lo afligían sin escatimar ningún detalle, excepto la existencia de la moneda de oro, considerando que eso formaba parte de un secreto que solo a ellos dos les pertenecía. Al principio su madre no demostró reacción alguna y se mantuvo en silencio durante varios minutos. Durante ese tiempo, Fátima trataba de encontrar unas palabras adecuadas hasta que resolvió decirle:

—Los enamorados no pueden ocultar los síntomas de su amor. Yo sospechaba que te encontrabas bajo una situación de esa naturaleza, pero jamás hubiera imaginado la gravedad del asunto. De todas las mujeres posibles, ¿por qué una cristiana? Aquel hombre tiene razón, es un imposible. Algún día verás que aquello no fue otra cosa sino un espejismo, de esos que en el desierto se le aparecen a quienes no han calmado su sed. Probablemente esa saciedad insatisfecha te hizo encontrar en ella una falsa oportunidad. Pero en el futuro te casarás con una mujer apropiada para ti, una seguidora de nuestra fe, como Alá manda. Mientras tanto, lo mejor es que apartes de ti todo pensamiento sobre ella y nos evites tanto sufrimiento. Ya todo ha quedado atrás.

Said no quiso responder a su madre. Ya se había resignado con su renuncia y sobraban las justificaciones. Pero no estaba de acuerdo con lo que decía. Lo que había entre Beatriz y él no era un espejismo, ni mucho menos sería pasajero. Tampoco esperaba casarse con ninguna otra mujer en el futuro. Elegiría la soledad como un tributo en el nombre de su amada. Sin embargo, ahora que ya el curso de las semanas le había hecho asentar su dolor, Said se preocupaba por el destino de ambos de una manera distinta.

El Reino de Valencia ya no era el mismo de antes a causa de los estragos causados por la enfermedad a la cual muchos llamaban peste negra, por el color de las manchas en la piel de los infectados. Afortunadamente, en el barrio musulmán, hasta ese momento, solo se había dado un caso y este contagiado enseguida fue apartado del lugar al observar las primeras manchas en su piel. El plan era llevarle al lugar reservado para los leprosos y otros enfermos, a las afueras de la ciudad, antes de que sus síntomas empeoraran y fuera incapaz de moverse. Pero, días más tarde, se supo que murió antes de llegar a ese lugar, pues el hombre había preferido adentrarse en el mar hasta ahogarse, probablemente movido por la desesperación, y atentando de este modo contra su vida bajo una acción impura. El resto de los musulmanes limitaban sus movimientos y evitaban adentrarse en la ciudad, recurriendo al consumo de leche y huevos de aquellos animales que poseían. Solo practicarían el comercio interno entre ellos mismos, hasta que no se resolviera aquella crisis.

Said sabía que dicho problema no tendría una solución inmediata y que, tarde o temprano, la enfermedad llamaría a sus puertas. Por eso era imperativo huir de Valencia cuanto antes. Su madre estaba de acuerdo, al igual que su tío y sus dos esposas. Planeaban hacerlo en un par de días, en el transcurso de la noche, junto a otras familias. La ruta que esperaban seguir se adentraba en el campo rumbo a Francia y sus comunidades aledañas. Ahora solo restaba esperar un poco antes de dejar atrás aquella pesadilla de muerte y destrucción.

Mientras planeaba su huída, a Said le preocupaba el destino de Beatriz y su familia. Un día, al atardecer, estaba sentado sobre el famoso promontorio donde solía encontrarse con Beatriz, jugueteando con la brillante moneda de oro en la mano, mientras intentaba poner orden a sus pensamientos. Si bien es cierto que no quería traerle problemas a Beatriz, tal como había acordado consigo mismo y tácitamente con su padre al renunciar a ella, no era justo irse sin por lo menos prevenir a su familia sobre

lo que estaba ocurriendo y ofrecerles aquella alternativa de escape. Durante aquel tiempo de forzosa y, al mismo tiempo, voluntaria separación entre ellos, Said había encontrado la forma de enterarse sobre el bienestar de Beatriz y su familia. Supo que se encontraban bien y que ninguno de ellos había enfermado hasta la fecha. Por eso, lo ideal era que también consiguieran escapar, mientras aún se mantuvieran saludables. Tras meditarlo profundamente, resolvió que aquella misma noche se acercaría para hablar, no con Beatriz, sino con sus padres y concienciarles de la grave situación que los rodeaba. Esperó a que los resplandores del sol palidecieran paulatinamente hasta ser tragados por la noche, emprendiendo seguidamente, bajo la luz de la luna y sus estrellas, el conocido camino al hogar de su amada. A medida que hacía el familiar recorrido le asaltaban los dulces recuerdos de los pocos encuentros compartidos: las charlas llenas de silencios cómplices, las sonrisas a modo de pausa entre las conversaciones y los ligeros roces de sus manos cuando caminaban juntos.

Al hallarse frente al umbral de la casa, que siempre vio de lejos pero en la cual nunca tuvo la fortuna de entrar, se hizo una imagen mental de lo que estaría haciendo Beatriz en ese momento. Probablemente ayudaba a su madre a servir la cena o ya comenzaban a comer. Se le hizo un nudo en la garganta al pensar que se encontraban tan cerca el uno del otro, por primera vez en unos meses, tan solo separados por aquellas paredes. Ningún muro o límite es tan insoportable como aquellos que separan a dos que se aman. Con la respiración agitada, Said tuvo la tentación de retroceder y dar marcha atrás para siempre; pero se impuso la cordura. Aquello no se trataba del amor inconcluso entre ellos, sino de brindarles una salvación a todas las vidas que integraban esa familia. Lo hacía motivado por ese amor, es cierto, pero el objetivo era mucho más desinteresado y por consideración humana. No le guardaba rencor alguno a los padres por haberles separado, ya que ellos solo habían hecho lo que cualquier padre haría en un caso como ese. No hay culpables cuando lo que prevalecen son las acciones correctas. De este modo, Said adelantó sus pasos, adentrándose en el patio, y, sin pensárselo, golpeó la puerta que daba entrada a la casa, anunciando su llegada. Su mayor sorpresa fue descubrir que quien la abría no era otra sino Beatriz. Enmudeció al verlo y un relumbre de felicidad brilló en sus ojos, resistiendo las ganas de abrazarlo. A pesar de sus reservas, se le escapó una sonora exclamación producto de la impresión.

—¡Said! ¿Qué haces aquí?

Ante el asombro de reencontrarse, ninguno de los dos daba crédito a sus ojos. Durante tantas semanas se habían convencido de que ya no volverían a verse, resignándose a aceptarlo, que hasta ese momento habían olvidado la fuerza e intensidad del sentimiento que los unía. Un aguijonazo en el pecho de ambos, casi al unísono, les hizo recordar todo el dolor experimentado en el transcurso de los días. Tal como esperaban, aún se sentían de la misma forma y con igual intensidad ante la presencia del otro. Sus respiraciones se aceleraban y eran incapaces de pronunciar palabra alguna. Se miraban con ansiedad, con esa mirada de reconocimiento y perplejidad tanto en la alegría como en la tristeza al encontrarte con alguien que te completa. El momento de silencio entre ambos fue interrumpido enseguida por la voz de Carlos al fondo del patio.

—¿Qué pasa, Beatriz? ¿Quién está allí?

Said miró fijamente a Beatriz y le hizo un gesto de asentimiento, que ella correspondió de igual forma. No necesitaban hablar para entenderse, porque gracias a ese mismo sentimiento que los hacía inseparables en la distancia, también se creaba un lenguaje sin palabras. Beatriz se apartó de la puerta, retrocediendo hasta una esquina de su casa para preceder la entrada de Said. Toda la familia se encontraba allí, sentados y comiendo en la mesa. Al verlo, ambos hermanos de Beatriz se levantaron enseguida para saltar sobre Said y arrinconarlo contra la pared. Beatriz gritó y estuvo a punto de

correr hasta donde se encontraban forcejeando, para intervenir y socorrerlo, cuando Perpetua, atenta a los movimientos de su hija, también se movió apresuradamente para sujetarla con los brazos.

—¡Basta! ¡Soltadlo! —rogó Beatriz intentando zafarse del abrazo opresivo de su madre—. Por favor, hermanos, os los pido. No le hagáis daño.

—¿Cómo te atreves a aparecer en esta casa? —preguntó Pedro atenazándole el cuello a Said con una de sus manos—. Tu presencia nunca será bienvenida en esta casa.

—¡Moro despreciable! —dijo Cayetano, mientras le daba un puñetazo en el estómago—. Agradece si te dejamos salir de de aquí con vida.

Carlos se puso de pie y caminó con parsimonia hasta el centro de la casa, a la vista de todos. Tomasa se quedó sentada, pero incapaz de seguir probando bocado y con las manos cubriéndole la boca, al ver las manifestaciones de violencia por parte de su esposo y su cuñado. Said no se resistía, apenas se esforzaba en respirar para no ahogarse debido al apretón en su cuello. Ladeó la cabeza y miró a Beatriz con tristeza, dándole a entender con ello que se calmara, diciéndole a través de esa mirada que los golpes le dolían menos que verla sufriendo. El poder de esa mirada sobre su cuerpo era inmediato. Poseía el secreto para doblegar su voluntad. Beatriz dejó de forcejear y con ello su madre aligeró la fuerza que ejercía para sostenerla, aunque sin por ello soltarla. Pedro, al descubrir ese cruce de miradas, y darse cuenta del efecto que tenía en su hermana, enfureció soltándole el cuello con la intención de propinarle un puñetazo en la cara. Sin embargo, su acción fue detenida por el grito de su padre.

—¡Suficiente! ¡Dejad a ese hombre en paz! Soltadlo.

Pedro y Cayetano quisieron protestar, pero se callaron antes de hablar, alertados por la mirada furibunda de Carlos y su gesto de alzar la mano, el cual para todos significaba: "aquí mando yo y es el momento de que todos me escuchéis". A pesar de esta advertencia, fue Beatriz quien se atrevió a hablar.

—Padre, por favor, te pido que...

—¡Calla, Beatriz! —le ordenó Carlos con un tono de fría autoridad, que Beatriz obedeció enseguida—. Así no nos comportamos en esta casa. Somos buenos cristianos y como tal no debemos desear el mal ajeno, ni atentar contra la vida de otros… Ni siquiera para hacerle daño a quienes nos lo han hecho. Solo a Dios le corresponde tales ajustes de cuentas. Nosotros debemos perdonar y seguir.

Perpetua quiso intervenir. Movida por la rabia y sin dejar de soltar a Beatriz, interpeló a su esposo.

—¿Acaso no lo expulsarás de esta casa de inmediato? ¿Dejarás que con su presencia nos insulte dentro de nuestras propias paredes, y que ofenda a nuestra hija de esta manera? Esperaba no tener nunca que conocer a ese hombre. ¡No soporto verlo! ¡Sácalo de aquí!

Las palabras de su madre acongojaban a Beatriz y lamentaba mucho que Said se expusiera de ese modo al odio de todos los miembros de su familia. Era completamente injusto, pero no estaba en sus manos arreglarlo. Esa impotencia le hizo bajar la mirada, aunque de soslayo notaba cómo Said refrenaba sus impulsos de girarse a mirarla. Con ello demostraba que su intención era respetar la voluntad de sus padres, la convicción de hacer lo correcto, a pesar de que no fueran las cosas que su corazón deseaba. Entonces, Beatriz comprendió que la llegada de Said a su casa se debía a razones mucho más demandantes, que no eran tan grandes como el amor que se tenían pero si de una gravedad inmediata. Ese reconocimiento fue suficiente para volver a dejar que sus esperanzas naufragaran. Said no estaba allí para recuperarla, sino para salvarla. Se amaban desde la renuncia, tratando de que no hicieran mucho ruido sus alocadas esperanzas. Carlos dejó que su esposa se desahogara y sin perder la calma le dijo:

—Perpetua, ya no podemos cambiar lo ocurrido. No voy a permitir que en mi casa alguien reciba un maltrato como este, y mucho menos sin dejarle explicarse. Ahora bien… en cuanto a ti muchacho, sabes perfectamente bien que tu presencia jamás será grata dentro de esta casa, ni en ningún lugar donde cualquier miembro de nuestra familia coincida contigo. Incluso te respetaba, sin conocerte, al ver cómo obedecías nuestro acuerdo, permitiendo que las distancias necesarias fueran marcadas sin trucos ni trampas. Así supe que te importaba mi hija, verdaderamente. Y lo agradecí en silencio. Hoy, sin embargo, contradices esa visión que tenía de ti. Pero ya que te encuentras aquí, ¿a qué se debe esta visita indeseada? ¿No te ha quedado claro lo evidente? ¿Te atreves aún a tener esperanzas?

—Nuestro acuerdo no ha sido desobedecido. Y no te equivocas, Beatriz me importa mucho y no sería capaz de hacer algo que le hiciera daño —Said no dudó en vaciar su consciencia tanto como su corazón, a la hora de responder—. Solo me interesa su bienestar y por esa misma razón he decidido alejarme. Soy perfectamente consciente de lo que nunca va a suceder, de lo que no puede ni debe ser. También comprendo que mi presencia sea repulsiva para ustedes y, de no sentirme obligado a hacerlo, no estaría hoy en esta casa. En cuanto a mis esperanzas, no puedo matarlas. Vivirán siempre conmigo y no me arrepiento de ello. Pero no son esas esperanzas las que me motivaron a hacer esta visita…

—Eres temerario, aunque eso no te hace valiente sino insensato —arguyó Carlos—. Me cuesta adivinar los motivos que te traen aquí. Entonces, dinos, ¿por cuánto más debemos seguir tolerando tu presencia? ¡Habla, ya!

—Sin duda se habrán dado cuenta del problema que asola al Reino de Valencia con la peste negra.

—Claro que hemos oído algo. ¿Y qué? —dijo Cayetano bravuconamente.

—Pues bien, nadie se dio cuenta, pero el capitán Germán, al igual que el resto de la tripulación de El Sándalo, ya estaban enfermos antes de ser ejecutados. Posteriormente los guardias de la mazmorra sufrieron igual suerte. Prácticamente cualquiera que haya tenido contacto directo con los enfermos es susceptible de contraerla, aunque en algunos casos no haya sido así, quién sabe por qué azar —Said hizo una pausa y se tocó el cuello, que aún le dolía.

—¿Y bien? —le instó Perpetua—. Sólo Dios sabe quiénes son los pecadores…

—Déjenme que les explique… También he escuchado noticias sobre las comunidades pobres que viven en la parte lejana de la costa. Allí, quienes no están afectados por la enfermedad, lo están por el hambre. Se han puesto guardias en aquellos sitios para impedirles escapar. Pero pronto se sublevarán y ocurrirá un desastre. De cualquier modo, la enfermedad parece invencible y ya se ha ido apoderando de Valencia. No hay nada que pueda hacerse para revertir esa situación, pues no queda en manos humanas esa posibilidad. Beatriz me importa mucho y no quiero que nada malo le pase, ni que esa enfermedad le afecte a alguien de su familia. Por eso quería compartir con ustedes la única solución que se me ocurre para salvarse de la enfermedad… y es escapar de Valencia, siguiendo la ruta de los campos rumbo a Francia. Por eso he venido a proponerles que me acompañen mañana en la noche, junto a otras familias que no han contraído la peste. Cuantos más seamos, mucho mejor nos defenderemos. Las fronteras pueden ser peligrosas estos días, pero es ahora o nunca el momento para llevar a cabo este plan. No me queda la menor duda de que en las próximas semanas todo se volverá un caos y restringirán cualquier ruta de escape. Por el mar ya es imposible y no tardará en serlo también por las fronteras terrestres. Debemos aprovechar mientras dispongamos de vías despejadas para trasladarnos. Comprendo que esto significa abandonar las vidas que llevamos y apostar por un nuevo e incierto

comienzo. Pero al menos tendremos una vida al margen de esa peste. Por favor, consideren mi propuesta.

Consternados con la exposición de Said, ninguno supo qué pensar ni mucho menos qué responder. Solo Beatriz creía en sus palabras y esperaba que su familia aceptara la propuesta. Hasta entonces habían sido lo suficientemente afortunados para no enfermar, pero el destino es caprichoso y no se puede tentar a la suerte durante demasiado tiempo. Fue Carlos quien respondió por el resto.

—Somos muy conscientes de lo que ocurre en Valencia, no hace falta que nos lo adviertas. Pero en este hogar estamos bendecidos por la gracia de Dios y confiamos en que este nos protegerá conforme a su voluntad. Tu plan es descabellado y de ninguna manera emprenderíamos un viaje tan incierto, abandonando todo lo que tenemos. Allá vosotros, que pertenecéis a pueblos acostumbrados al nomadismo. Nosotros creemos en la tierra donde fundamos nuestros hogares y nos mantenemos en ella hasta el final. Si eso es todo cuanto tienes que decirnos, ya puedes marcharte.

Said se sintió desesperado ante la renuencia de Carlos y quiso insistir. Si Beatriz se quedaba en el Reino de Valencia su vida correría peligro, y no podría vivir sabiendo que no hizo nada para ayudarla.

—¿Es que no se dan cuenta? ¡Esta tierra ha sido condenada! Están arriesgando sus vidas y la de Beatriz.

—No te atrevas a mencionar el nombre de nuestra hermana —saltó Pedro enseguida, conteniendo las ganas de abalanzarse sobre él—. Ya escuchaste a mi padre. ¡Lárgate!

Nuevamente Beatriz se atrevió a hablar para defender la propuesta de Said:

—Padre, por favor. Escúchalo. Yo no quiero veros morir a causa de esa peste.

—Nadie va a morir en esta casa —aseguró Perpetua—. Siempre y cuando nos mantengamos bajo los mandatos del Señor. Este hombre solo quiere manipularnos para llevarse a nuestra hija. Por favor, Carlos, ya ha sido suficiente por hoy.

Said estuvo a punto de replicar, pero vio que Carlos se acercaba a él poniéndose justo delante, a una cabeza de distancia, en una postura amenazante. A pesar de su temperamento tranquilo, una expresión sombría le advirtió a Said que estaba a punto de cruzar un límite que empeoraría la situación y solo traería mayores desacuerdos, al mismo tiempo que amarguras para Beatriz. Carlos refrendó esta velada advertencia con unas breves palabras y un gesto con la mano indicándole la salida.

—Espero que haya terminado.

A Said no le quedó otra alternativa que asentir y girarse para irse, sin decir ni una sola palabra. Cuando cruzó el umbral y ya estaba afuera, se detuvo para volverse un instante. Esta vez se asomó por la ventana, apoyándose en el alféizar, y les dijo a modo de despedida:

—Mañana, cuando caiga el sol y la luna se encuentre en su punto más alto, estaremos en las afueras del reino, rumbo al campo. Esperaremos una hora por aquellas familias que quieran unirse a quienes ya hemos decidido irnos. Son bienvenidos, si cambian de opinión.

Antes de que pudieran responderle con nuevos insultos, Said ya se había adentrado en la noche y se alejaba de allí. Por su parte, Carlos les indicó a todos que volvieran a la mesa para terminar de comer. Perpetua soltó a Beatriz y cada uno de ellos obedeció las palabras del patriarca. A pesar de eso, Beatriz caminó distraída en dirección a la ventana. Perpetua estuvo a punto de retenerla pero Carlos le indicó con una mirada que la dejara tranquila. Aunque se opusiera a aquellos sentimientos, imaginaba el golpe que representaba haber vuelto a reencontrarse con aquel hombre. Lo mejor era permitirle un momento a solas para que reflexionara sobre su dolor. De este modo, todos siguieron

tranquilamente comiendo, mientras Beatriz se apoyaba en el alféizar de la ventana, contemplando el firmamento y pensando que ese mismo cielo se aseguraba de que Said llegara sano y salvo a su casa. De pronto un brillo repentino se reflejó en su cara perturbando su visión. Al bajar la mirada para descubrir de qué se trataba, sus ojos se encontraron con la moneda de oro que le regaló a Said al conocerlo, la moneda de oro causante de toda la dicha y la desgracia que latía en su corazón. La recogió inmediatamente y la guardó disimuladamente en su pecho, con una sonrisa en su rostro y todas sus esperanzas viajando junto a él, sin importar a dónde se fuera.

Capítulo 8

El caos llegó para quedarse y apoderarse del Reino de Valencia, del mismo modo que la enfermedad. El reino entero presentaba sus propios síntomas de muerte, al igual que lo hacía la peste con sus habitantes. Manifestaciones de violencia y desesperación comenzaban a gestarse en lugares aleatorios, como si fueran apariciones de negra oscuridad sobre la piel de la ciudad. Algunas zonas fueron acordonadas con la protección de guardias y cada comunidad religiosa se aseguraba de no mantener contacto con otras. El reino se ahogaba como aquellos moribundos que a duras penas podían respirar. Una sensación de zozobra inexplicable hervía por las calles de Valencia tal como la fiebre asolaba a muchos. En algunos lugares, la ciudad era irreconocible; un espacio desierto y silencioso tan distinto al bullicio y flujo humano acostumbrado, como si fuera un lugar a punto de desvanecerse, una visión producto de los delirios compartidos de quienes estaban a punto de perecer en su seno.

Comenzaba el día lúgubremente y sin un asomo de esperanza. Beatriz no pudo dormir en toda la noche y cuando vio entrar los primeros rayos del sol por la ventana se levantó enseguida. ¡El día había llegado! En la noche, Said abandonaría el Reino de Valencia tal como les había anunciado y también a ella. Tampoco conseguía tranquilizarse pensando en la peste y en la probabilidad de que pronto los afectaría. Estuvo toda la noche reflexionando sobre aquel inevitable suceso y en un momento dado dio con la solución: era incapaz de soportar tamaña infelicidad, por lo que haría todo lo posible para huir esa misma noche de su casa, alcanzar a Said y a su familia y escapar con ellos. Su elección no admitía obstáculos, escogía la vida lejos de la mortandad y el amor por encima de cualquier honra.

Mientras su madre hacía labores en el patio junto a Tomasa, Beatriz aprovechó la ocasión para desenfundar una de las bolsas de tela, la más pequeña y desgastada, en la que a lo largo del día disimuladamente guardaría algunas de las cosas que llevaría consigo: ropa, algo de comida y la moneda de oro, cuyo gran valor podría ayudarle a sobrevivir si se encontraba en apuros. En el transcurso de ese mismo día, distintos miembros de su familia la observaban atentamente, esperando encontrar en ella un indicio de sufrimiento o desesperación por los sucesos acaecidos la noche anterior. Pero Beatriz, para sorpresa de todos, se presentaba sonriente y distraída como de costumbre, como si no se sintiera afligida y le afectara poco o nada haber visto a Said. A Perpetua le pareció sospechoso, pero Carlos le dio un voto de confianza, considerando que existía la posibilidad de que se hubiera desencantado tras ese reencuentro y ya le sería menos difícil olvidarlo. A sus hermanos les pareció una conducta natural, considerando que era muy joven para sufrir y, probablemente, todo aquello no era sino una fantasía infantil.

Tanto Carlos como sus hijos salieron en la tarde para negociar unas telas con un antiguo vecino, quien volvía a Valencia tras un largo viaje lleno de rodeos por vías terrestres. En aquellos días ya nadie salía directamente a vender en el mercado por miedo a toparse con un infectado o el familiar de alguno. Los contagiados y sus familiares permanecían en sus casas casi clandestinamente. Si se daba un aviso de alerta eran recogidos por los guardias que aún quedaban y llevados a un hospital improvisado dentro de las mazmorras, aunque en realidad fuera una forma velada de reclusión. Así fue ordenado y dispuesto por el rey. El hombre en cuestión, que respondía al nombre de Pablo, recibió en su casa a Carlos y sus hijos con los brazos abiertos. Tras los saludos y preguntas de rigor, ultimaron los negocios con prontitud. Posteriormente aprovecharon el tiempo para compartir impresiones sobre lo que estaba sucediendo, y Pablo les confesó:

—Pretendo irme esta misma noche de Valencia. Solo vine a hacer mis últimos negocios y recoger lo poco que me queda aquí. En los reinos vecinos se han presentado estos mismos casos y no es nada alentador. Son los mismos síntomas, las mismas manchas negras. Es una peste horrible que acaba con todo sin misericordia. Les recomiendo que hagan lo mismo o quedarán a merced de la muerte y de la desesperación de los hambrientos. No lo piensen mucho y huyan mientras puedan.

Carlos y sus hijos se miraron absortos. Recordaron las advertencias de Said y se sintieron culpables. Sin embargo, Carlos quería más detalles para convencerse.

—¿Estás seguro de que esa es la mejor alternativa? No puedo dejar todo lo que tengo. Es descabellado huir de esa manera.

Pablo fue muy tajante en su respuesta.

—Hazme caso, Carlos. No habrá nada que dejar. La peste negra ya está aquí. Ya lo hemos perdido todo, excepto nuestras vidas. Eso si lo podemos resguardar a tiempo. En cualquier momento no permitirán la salida por ningún camino. Por eso, hay que actuar rápido.

Carlos y sus hijos quedaron intrigados por las recomendaciones de Pablo, e incluso la despedida tuvo un matiz amargo. Carlos notaba una cierta mirada condescendiente, como si lamentara de antemano el fatal destino que le esperaba por decidir quedarse. La tarde llegaba a su fin, oscura y nublada. Mientras emprendían el camino de regreso a casa, Carlos tomó la decisión de reunir a su familia y discutir la posible partida cuanto antes. Le preocupaban las palabras de Pablo y ahora tomaba en consideración las advertencias de Said. Pensó que el muchacho tenía razón y que su propuesta era completamente legítima. Ahora no había tiempo que perder y la solución era obrar de igual modo que ellos. El único remedio contra la peste era la huida. De este modo, con este pensamiento fijo en su mente, Carlos entró en casa anunciando:

—¡Perpetua!, no hay tiempo que perder. Recojamos todo lo que podamos. Debemos irnos hoy del Reino de Valencia, al abrigo de la noche.

Sin poder creer lo que estaba escuchando, Perpetua preguntó:

—¿Qué clase de locura es esta? ¿Irnos a dónde y por qué?

Carlos le expuso detalladamente la conversación con Pablo, recalcando que varios factores se conjugaban para determinar que aquel era el mejor momento para abandonar Valencia, antes de que las cosas empeoraran, aunque ya estaban considerablemente mal, y que principalmente lo conveniente era lograrlo mientras las fronteras aún siguieran abiertas. Perpetua asimilaba toda la información pero no lo contradijo. Cuando su esposo creía fervientemente que una acción concreta era la que más le convenía a la familia, siempre acertaba. Eso significaba que la situación era verdaderamente grave y se puso manos a la obra para empaquetar lo poco que podían llevarse. A razón de esto llamó a Beatriz y a Tomasa para que la ayudaran, pero se dio cuenta de que Beatriz no respondía. Al no verla dentro de la casa, salió apresurada al patio esperando encontrarla distraída, pero allí tampoco estaba. Desesperada volvió a entrar en casa y Tomasa, que ya estaba organizando los enseres, le anunció a toda la familia:

—La ropa de Beatriz no está aquí y falta una de las bolsas de viaje.

Carlos y Perpetua se miraron a los ojos con una expresión de profundo temor. No necesitaban una explicación para saber lo ocurrido. No querían que su hija corriera peligro en aquel camino solitario y debían buscarla cuanto antes. Carlos sentenció:

—Terminad de recoger, nos vamos de inmediato. Debemos alcanzar a los musulmanes y acompañarlos en su ruta de escape. Beatriz debe de estar con ellos.

***

Said y su madre estaban recogiendo las últimas cosas para salir al encuentro de su tío y algunas de las otras familias musulmanas que aguardaban en el camino que

conducía a los campos exteriores de la ciudad de Valencia. Ya se encontraban a punto de partir cuando escucharon una agitación fuera de la casa y la voz de uno de sus vecinos anunciando:

—¡Aquí vive el joven Said!

Para sorpresa de Said, los padres de Beatriz y el resto de su familia estaban en la puerta de su casa.

—Tenías razón. Hemos decidido huir de Valencia—admitió Carlos—. ¿Podemos acompañarlos? ¿Dónde está Beatriz?

El tono de Carlos no era de enojo sino de miedo, esperando encontrar a su hija. Said vio la mirada ansiosa de ambos padres recorriendo la casa con sus ojos y no comprendía lo que estaba ocurriendo.

—¿De qué hablan? ¿Acaso no está con ustedes?

Fue un momento de confusión y silencio compartido entre todos hasta que lograron entender la gravedad de la situación. Beatriz no consiguió llegar hasta la casa de Said y probablemente se encontraba perdida tratando de encontrarlo. Coordinados por una misma intención, así como por un idéntico escalofrío de terror, tanto Carlos como Said dijeron al unísono:

—¡Debemos encontrarla!

Capítulo 9

A diferencia de sus noches de antaño, el Reino de Valencia parecía un lugar encantado propio de una pesadilla. Calles solitarias, gritos humanos sin procedencia clara y los pasos apresurados de una joven perdida que no sabía dónde se encontraba. Beatriz se extravió rumbo al barrio musulmán y debido a la oscuridad circundante no supo hacia dónde la conducían sus piernas. Ahora estaba sola y asustada, pensando que quizás Said ya habría partido y su familia, enfurecida, estaría buscándola por todas partes. También le aterraba pensar que alguien le robaría sus pertenencias y la moneda de oro, en caso de hallarla tan indefensa. Debido a ello, Beatriz se arrinconaba en las esquinas intentando camuflarse con ellas mientras caminaba, sujetando con fuerza la bolsa colgada a su cuerpo. Siguiendo de esta manera logró divisar una zona iluminada a lo lejos en la que se distinguía unas construcciones que destacaban por los arcos propios de las construcciones del barrio musulmán. A Beatriz se le iluminó el semblante al adivinar que aquél era el barrio de Said y quiso correr hacia allí, pero descubrió a cierta distancia la presencia de unos hombres que se acercaban, justo enfrente del camino por donde debía pasar. Ambos hombres balbuceaban palabras ininteligibles y cantaban una canción poco melodiosa que solo ellos disfrutaban. Estaban borrachos y lucían amenazantes. Inmovilizada por el pánico, Beatriz permaneció donde se encontraba y los hombres no tardaron en ver a aquella joven asustada y frágil. Uno de ellos, con una voz áspera, se adelantó para hablarle.

—Una mujer no puede andar sola en una calle como esta. Mucho menos cerca de esos bárbaros.

Los hombres no eran de rasgos árabes, pero probablemente terminaron perdiendo su camino debido a la borrachera. Beatriz retrocedía lentamente, para no alertarlos.

—Estoy esperando a alguien. Viene en camino.

—¿A uno de esos bárbaros? —le preguntó el hombre—. Ah, eres una de esas mujerzuelas que se acuestan con cualquiera por unas pocas monedas.

El compañero de juerga del otro hombre también se le acercaba. La estaban acorralando. Y aunque no había hablado antes, esta vez secundó a su compañero.

—Nosotros no tenemos monedas. Pero quizá te guste lo que tenemos para darte.

Dicho esto ambos hombres se abalanzaron sobre ella y Beatriz se escabulló por debajo del brazo de uno de ellos y salió corriendo para escapar. Tras un instante de atolondramiento los dos borrachos se pusieron de acuerdo para acorralarla corriendo en direcciones distintas y no tardaron en alcanzarla. Beatriz comenzó a gritar desesperadamente, pero el hombre de la voz áspera le puso la mano en la boca para acallarla y la arrinconó contra una pared.

—No tienes por qué sufrir. Seremos mejores amantes que esos moros.

El otro hombre los alcanzó enseguida y también se dispuso a sujetarla para reducir sus movimientos, a la hora de forcejear. De pronto el hombre de la voz áspera la miró fijamente y una mirada de reconocimiento pasó sobre sus ojos. Con una sonrisa siniestra le dijo:

—La cristianita de los arenques. No te preocupes, soy un viejo amigo. ¿Me recuerdas? Te recomendé recoger tus pasos, porque nunca sabes quién puede seguirlos…

Beatriz se sintió horrorizada al reconocerlo. Era aquél pescador que le vendió los arenques. Confirmó sus sospechas de aquella tarde, cuando presintió que aquel era un hombre al que convenía evitar. Quiso gritar, pero la mano tapándole la boca se lo impedía. Por su parte el pescador, mientras su amigo la sujetaba, procedió a meter sus manos entre las piernas de ella, palpando su cuerpo toscamente.

—Muchacha desagradecida y maleducada. Ahora sabrás lo que es un hombre de verdad. Eres hermosa…

El otro hombre le arrebató su bolso y el pescador comenzó a desvestirla. Borrachos como estaban terminaron cayendo en el suelo sobre ella, ocasión que aprovechó Beatriz para agarrar una piedra que encontró en el suelo y golpear al pescador, rasgándole la cara y causándole un ligero sangrado. Gracias a ese momento de confusión, Beatriz pudo zafarse y correr a medio vestir como se encontraba, pero los hombres no tardaron en reponerse y alcanzarla nuevamente. El pescador le daba instrucciones al otro hombre para que la sujetara de los brazos, mientras él terminaba de desvestirla, extasiado con la contemplación de su cuerpo blanco y virginal, hasta dejarla completamente desnuda. Torpemente el pescador intentaba desvestirse lo justo, con ganas de yacer junto a aquel cuerpo adolescente. El otro hombre también acercaba sus labios al cuello de ella y ya no se preocupaban por taparle la boca. Beatriz gritaba desesperadamente pidiendo ayuda, rogándole a Dios que la salvara y luego cerró los ojos, resignada a esperar la embestida crucial que le arrebataría por siempre su virtud. Entonces escuchó una serie de ruidos y gritos confusos, seguidos de unos golpes tras los cuales ya no sentía al pescador encima de ella. Estaba completamente expuesta, pero no se atrevía a abrir los ojos, mientras lloraba y se tapaba sus partes íntimas con las manos. De pronto fue sorprendida por unas manos que la alzaban y la cubrían con unas telas, envolviendo su cuerpo desnudo con cuidado. Era un tacto suave y respetuoso, tan distinto del que hace unos segundos la abordaba para atacarla y destruirla. Sin embargo, Beatriz se resistía a abrir los ojos, confundida por los golpes y alaridos que escuchaba a cierta distancia de ella. Entonces, una voz familiar le susurró:

—Seguimos el rastro de tu bolso. Conseguí también la moneda. Es tuya de nuevo, no la sueltes. Ya estás a salvo. Todo estará bien.

Beatriz no necesitaba abrir los ojos para saber de quién se trataba. Las manos de Said se acercaban a las suyas y depositaban la moneda que solo ellos conocían. Su primer impulso fue abrazarlo.

—Pensé que no te volvería a ver y que ya habías partido. Huí de mi casa para escapar contigo, pero ahora lamento mucho haberle hecho esto a mi familia. Nunca me lo perdonarán.

Al decir esto, escuchó la voz de su padre diciéndole:

—¡Hija mía! ¿Te hicieron daño?

Beatriz abrió los ojos y vio a su padre frente a ella. A lo lejos, sus hermanos peleaban con los borrachos obligándolos a correr hasta perderse. Said la soltó para que su padre la abrazara.

—¡Padre! Llegáis justo a tiempo. Yo no quería haceros pasar por esto. Estaba muy asustada. Espero que podáis disculparme por lo que hice.

Carlos lloraba y palpaba el rostro de Beatriz al mismo tiempo que acomodaba su cabello.

—Es tiempo de partir. Nos están esperando.

—¿Volveremos a casa? —preguntó Beatriz.

—No, Beatriz, ya no volveremos —reveló Carlos—. Viajaremos con las familias musulmanas para salir del Reino de Valencia. Debemos escapar de la peste negra, sin demoras. Tu amigo tenía razón. Fuimos unos necios… Lo lamento mucho.

Carlos cargó a su hija envuelta en telas como si fuera una niña pequeña y caminó en dirección al barrio musulmán. Sus hermanos corrieron a su encuentro y los abrazaron, para luego continuar la marcha. Said los seguía, detrás de ellos. Beatriz giró la cabeza para mirarlo y él le sonrió. Estaban juntos de nuevo, pero quién sabe por cuánto tiempo. Al menos se mantendrían cerca durante una temporada de su vida. Y

aunque quizá no podrían amarse del modo en que querían, aquello era mejor que la perspectiva de no volver a verse. Ambos sonreían sin dejar de mirarse, tratando de no pensar en el mañana. Ya habría tiempo suficiente para encontrar una forma de estar juntos de la manera correcta.

***

El futuro era incierto, a partir de ahora. Atrás quedaba el reino con sus bellezas pasadas y sus miserias futuras. Ya no era el hogar que alguna vez conocieron, sino un nido de muerte destinado a perecer. Nadie les aseguraba que esa misma peste no los perseguiría hasta los confines del mundo, pero al menos lo intentaban. Aquellos que viajaban, alejándose del Reino de Valencia, se escudaban bajo el manto de la noche, marchando silenciosamente hacia un porvenir poco fiable. Sin embargo, no era el momento para lamentarse por lo que dejaban atrás. Apostaban por la vida confiando en que no todo estaba perdido. Cada uno de ellos viajaba con el más valioso equipaje: sus seres queridos y una impostergable esperanza.

Beatriz y Said
Tiempos de esperanza

Prólogo

Zonas fronterizas con el Reino de Valencia, 1348.

La aurora teñía de sangre el cielo azul y despejado, a manera de presagio: ¡Sería un día memorable! Marchaban varios kilómetros al día sin detenerse, buscando un lugar apropiado donde poder asentarse finalmente. Aún no les desagradaba por completo la idea de seguir caminando, a pesar del cansancio y las inclemencias propias del clima: mañanas excesivamente calurosas y noches dolorosamente frías. No les importaba continuar sin un destino claro, con tal de que cada paso los alejara de la muerte y el horror que quedaba a sus espaldas. Cada nuevo paso, cada kilómetro recorrido, era un triunfo de la vida por encima de la enfermedad, de la fuerza de voluntad de cada una de las veinte familias que caminaban, casi a un mismo ritmo, para olvidar su pasado y abrazar un futuro que no fuera alcanzado por la peste negra y su oscura maldición. Pero, quizás aquel día, esta vez sí, encontrarían un sitio idóneo para quedarse. Eso era lo que se repetían en silencio al inicio de cada nueva jornada de viaje.

Habían probado suerte en algunas aldeas, pero eran rechazados de inmediato apenas mencionaban su procedencia: Valencia, el reino destinado a perecer por la imprudencia de un capitán, por la negligencia de su pueblo al acoger a unos asesinos, el nido de una maldición horrible manifestada en forma de enfermedad, sobre la cual nada se sabía para poder curarla. Desprecios, unos pocos mendrugos de pan, con una cuota mínima de leche y alguna que otra bendición breve, era todo cuanto recibían en cada nueva parada en su camino. Sin embargo, nada los desanimaba. Estaban vivos y habían escapado, amparados por la gracia de sus respectivos dioses. Algunos eran menos optimistas, pero se contagiaban del buen ánimo del resto o preferían callar sus cínicas observaciones. De cualquier manera no valía la pena quejarse.

La mayoría de las familias contaban con monedas suficientes en sus bolsas para adquirir provisiones a lo largo del camino, en cada nueva aldea en la que entraban. Cargaban consigo los ahorros de toda su vida y las pocas pertenencias que habían podido llevarse. El resto ya lo habían dado por perdido; lo habían abandonado todo porque habían apostado por la vida. Todos pagaron un alto precio por esa decisión, conscientes de que sus años de trabajo, todas sus certezas cotidianas y seguridades usuales habían perecido, casi como cualquiera de los moribundos apestados. Se compadecían mutuamente por el dolor compartido y eso era suficiente para acercarlos, al margen de cualquier otra diferencia. Había un acuerdo común y tácito entre cada una de las familias que habían partido aquella noche, semanas atrás. Habían resuelto mantenerse juntos como una misma comunidad, adondequiera que fueran o se quedaran, y haciendo a un lado sus diferencias de carácter religioso. Su fortaleza se enraizaba en esa unión y estaban dispuestos a ayudarse entre sí, como si se ayudaran a ellos mismos. La peste no solo no los había matado, sino que su derrota les había hecho sacar lo mejor de ellos, extrayendo la transparente bondad de sus corazones así como la piedad. En cierto modo, el conjunto se había convertido en una representación de la Valencia de los tiempos anteriores a la enfermedad: una comunidad variopinta, diversa en razas y credos, que encontraba un modo de conciliar sus diferencias para perseguir objetivos comunes. Puede que aún no hubieran encontrado una tierra en la cual permanecer, pero todos juntos, persiguiendo un mismo fin y padeciendo una misma pena, lucían como un hogar en movimiento, un pueblo unido en la adversidad.

Siguieron andando durante el resto de la mañana. El cansancio se notaba en sus cuerpos y compartían pocas palabras y escasas sonrisas. No obstante, dos jóvenes amenizaban la marcha entonando una canción tradicional hebrea con sus voces de barítono. El resto de los judíos, seis familias en total, alzaban sus miradas al cielo y

musitaban unas palabras. Los cristianos y musulmanes presentes en la procesión no comprendían lo que aquellas palabras significaban, pero se sentían reconfortados por ellas, y suponían que se trataba de un canto de alabanza al creador de todas las cosas; independientemente del nombre que cada uno de ellos le diera. Fueron los niños cristianos, judíos y musulmanes quienes no dudaron en acompañar esos cantos con palmadas. Sus padres sonrieron al verlos tan alegres y animados; algunos, inspirados por sus hijos, hicieron lo propio con sus palmas, mientras que otros guardaron silencio complacidos con aquel instante de regocijo y esperanza: "¡Dios nos escuchará!".

Poco después, una vez cesaron los cantos y las palmadas, se dispusieron a descansar un par de horas, mientras el sol aún estaba en lo alto. Era el momento apropiado para detenerse y consumir una ración de comida; especialmente para que niños, mujeres y ancianos recuperaran las fuerzas y no se sintieran desesperados por el efecto del calor en sus cuerpos. A lo lejos se divisaba otra aldea, un poco más pequeña que aquellas de días atrás y, antes de probar suerte allí, era mejor disponer de un estómago lleno y satisfecho con el cual poder soportar un nuevo rechazo. Tres ancianas de distintas religiones reposaban bajo la sombra de un árbol esperando a ser llamadas por sus familias para comer. El calor era insoportable y solo aquella sombra les ofrecía un cobijo, mientras esperaban a que alguna nube no tardara en ocultar el sol y su cruel incandescencia. Una leve brisa soplaba en sus rostros, refrescándolas un poco. Aunque apenas se habían conocido durante el viaje, las tres parecían hermanas de una misma generación, e incluso vistas de lejos lucían como tres rostros idénticos de una misma persona. Fue la cristiana, siempre dispuesta a iniciar una conversación, la que rompió el silencio entre ellas.

—Pronto se nos revelará el lugar que buscamos. O, mejor dicho, el lugar que nos espera.

—¿Lo presientes? —preguntó la anciana judía—. Yo he tenido algunos sueños. Parecen buenos augurios. Al menos, en parte.

—Es más que un presentimiento —aseguró la cristiana—. Es una certeza: Dios recompensa a los que son pacientes. Dios no desampara a los valientes. Dios va al encuentro de quienes lo buscan. Bajo su mirada atenta no hay dolor en vano… Pero, cuéntanos, ¿qué has soñado?

—He tenido el mismo sueño casi todas las noches —reveló la judía—. En él no veo rostros conocidos, pero es como si supiera que se trata de nosotros aunque nos veamos distintos. Al principio no veo nada porque todo está oscuro, pero a mi alrededor hay un grupo de personas arrastrándose por la tierra… Pero no en su superficie, sino mucho más hondo, por debajo de ella.

—¿Eran hombres o demonios? —interrumpió la musulmana que, aunque normalmente era mujer de pocas palabras, en esta ocasión se sintió intrigada por la visión de aquel sueño—. No parece una buena señal. Nada que se arrastre bajo tierra puede significar algo bueno.

—Sé lo que estáis pensando —dijo la anciana judía, retomando el hilo de su narración—, pero dejad que termine de contaros mi sueño antes de emitir un veredicto sobre su verdadero significado. Quizá vosotras tengáis otra interpretación, pero a mí me pareció una señal de buena suerte. Como os contaba… se arrastraban bajo tierra y yo con ellos. Pero luego sobrevino una claridad especial, una luminosidad que incluso llegaba hasta las profundidades donde nos encontrábamos. Después, lentamente, emergíamos a la superficie, como llamados para recibir un nuevo y fulguroso día. Y entonces nos veíamos claramente, como si lo hiciéramos por primera vez tras una larga noche. Nos abrasaban el color y la vida que entraban por nuestros cuerpos, pero

aceptábamos ese ardor con gusto. Recuerdo cantos, bailes y alabanzas. Alguien decía repetidas veces: *Birkat Ha'Bait*. Y esas palabras resonaban en mí hasta hacerme llorar.

—Parece un buen sueño, tal como lo cuentas —dijo la cristiana—. ¿Pero qué significan esas palabras? ¿Son hebreas?

—Así es —confirmó la judía—. Son parte de una oración que rezamos al ser recibidos en un lugar como si fuera nuestra propia casa, para expresar que dicho lugar es reconocido como un "hogar bendito" ante nuestros ojos. Y así me sentía en aquel sueño… llegando a casa. ¡Pero la cosa no acabó ahí!

—Una parte oscura y otra luminosa —reflexionó la musulmana con aire misterioso—. Sigue siendo un presagio incierto, ¿y qué ocurrió luego?

—Ocurrió un prodigio —dijo retomando su narración—. En medio del jolgorio, un gran árbol emergió de las profundidades de la tierra y creció rápidamente, frondoso y verde, extendiendo sus ramas hasta el cielo. Luego cayeron sus frutos y algunos se abalanzaron para comerlos, agradeciéndole a Dios por la comida que nos brindaba. Sin embargo, un hombre escupió la fruta tras morderla, diciendo que era demasiado agria, pero nadie quiso escucharlo. Después se acercó al árbol para palpar su corteza, mientras el resto seguía concentrado en la alegría y el disfrute. Y, de repente, comenzó a gritar, pero nadie comprendió lo que decía porque hablaba en una lengua desconocida. Finalmente alzó su mano y estaba carbonizada. Entonces, justo en ese instante, siempre me despierto… Lo que yo interpreto del sueño es que encontraremos un nuevo hogar cuando menos lo esperemos. Pero esa última parte… no sabría cómo interpretarla. ¿Qué creéis vosotras que puede significar?

—Yo confío en la parte luminosa del sueño —respondió la cristiana— y en que Dios nos asiste en nuestro camino para encontrar una nueva tierra en la que poder quedarnos y comenzar nuestras vidas, tal como has soñado. A mí eso me basta como profecía, prefiero no pensar en lo demás que has contado. Ya hemos visto suficientes horrores y a duras penas hemos podido escapar del mal que nos perseguía. No sé vosotras, pero yo creo que a nuestra edad es mejor pensar que las cosas no harán sino mejorar. Es lo mínimo que los más viejos podemos ofrecer a los más jóvenes, la seguridad de haber visto tiempos peores.

—Es una forma sensata de verlo —intervino la musulmana—. Aún así, debemos preparar a los nuestros para los tiempos adversos, pues hay oscuridad en todas partes, incluso en nuestros corazones. Y no podemos comportarnos con ligereza ante la oscuridad. Aunque solo Alá nos conoce verdaderamente y juzgará nuestras secretas vilezas. Yo no puedo ignorar algunas de las visiones que nos has contado… Probablemente vendrá la paz, pero luego regresarán los males y conviene estar preparados.

Las otras dos ancianas estaban deseosas de responderle, pero fueron interrumpidas por la llamada de una mujer cristiana, que fue hasta el árbol bajo el cual estaban sentadas.

—Ya es hora de comer. Pronto caminaremos hasta la aldea que se encuentra a unos pocos metros de distancia. Quizá allí nos acepten.

Justo a tiempo, una nube, tal como esperaban, cubrió la magnificencia del sol y el calor amainó. Cada una de las ancianas, a su manera, coincidieron en un mismo deseo.

—Solo la voluntad del creador sabe esa respuesta, pero ¡que así sea!

Después del almuerzo, las veinte familias, once árabes, seis judías y tres cristianas, reanudaron la marcha para seguir buscando un nuevo lugar bajo el cielo. En la próxima aldea intentarían negociar la posibilidad de quedarse allí definitivamente y, de ser rechazados, lo harían en la siguiente, y en la siguiente, y así sucesivamente, aunque tuvieran que recorrer el mundo entero si fuera necesario. Albergaban la esperanza de

que pronto llegaría la hora de detenerse y ocuparse de la vida que durante tantas semanas había sido postergada. Ofrecerían su trabajo y su talento a cualquiera que los aceptara. Creían en la bondad y en la compasión, porque gracias a ellas estaban todos juntos salvándose los unos a los otros, desde que huyeron de Valencia. Y confiaban en que en otros rincones del inmenso horizonte encontrarían otras tierras donde semejante bondad y compasión les abriría las puertas y los corazones. Entonces, por fin, llegaría la hora de descansar, alzar la mirada al cielo y agradecer los favores concedidos.

Y así fue. Sus plegarias fueron escuchadas aquella misma tarde. Tras unas horas de conversación con los jefes de esa nueva aldea, los hombres corrieron presurosos a darles la noticia a sus familias.

—Ya no tenemos que seguir caminando. Aquí nos quedaremos. ¡Alabado sea el Santísimo! ¡Nuestro nuevo hogar espera por nosotros!

En aquella aldea tan solo vivían unas pocas almas y por eso habían aceptado con gusto a aquellos nuevos miembros en su comunidad. Esta estaba conformada por unas cuantas familias cristianas, que sabían muy poco sobre los judíos, los musulmanes y sus costumbres, y casi nada sobre la fe que profesaban, por lo que esta ignorancia los libraba de los prejuicios característicos de las grandes ciudades. En cambio, creían que cualquier persona capaz de disponer de sus brazos y piernas era provechosa y útil en cualquier lugar. En su nuevo hogar les esperaban largas jornadas de trabajo para construir sus propias casas y cultivar sus propios huertos. Todos estaban acostumbrados a la agitada vida de la ciudad, y el campo era un nuevo reto para cada uno de ellos. A pesar de todo, el recuento de las dificultades futuras no empañaba la alegría que en aquel instante los embriagaba. Entre gritos de júbilo y abrazos de felicidad, las tres ancianas se buscaban con la mirada para expresar un gesto de asentimiento compartido. Imágenes de luz y oscuridad habitaban sus corazones, aunque se reservaban aquellos pensamientos. Por ahora convenía no preocuparse, pues comenzaba una nueva etapa luminosa que merecía ser celebrada.

Capítulo 1

La aldea, que presentaba un aspecto agradable a la vista, consistía en una hilera de casas sencillas, construidas con piedra y madera, de trazo irregular. Se trataba de una aldea primitiva ubicada en un campo remoto y ajeno a las legislaciones y tribulaciones de la ciudad de Valencia, aunque en teoría formara parte de los territorios del reino. Sin embargo, se encontraban lo suficientemente lejos de la ciudad como para ser una tierra fronteriza y olvidada que a nadie le importaba mucho. Antes de la llegada de los valencianos, apenas vivían allí unas quince familias cristianas que respondían ante Francisco de Salles, el párroco de la pequeña iglesia en el centro de la aldea y a quien reconocían como su principal autoridad. Aunque la aldea no tenía nombre, al cura en cuestión le gustaba referirse al lugar como el Campo de los Salvados. El padre Francisco se sentía orgulloso de su pacífica comunidad conformada por fieles seguidores de la fe cristiana, que nunca le negaban techo ni comida a ninguna persona que lo necesitara, sin importar sus creencias religiosas.

La llegada de los valencianos, sin embargo, marcó un acontecimiento en la historia de esa aldea: veinte familias se quedarían a vivir allí y a formar parte de su comunidad, pero no solo se trataba de familias cristianas, sino también musulmanas y judías. Tras una larga deliberación con los jefes de familia, finalmente habían accedido a aceptarlos con la condición de que construyeran sus propias casas y respetaran la autoridad del párroco, independientemente del credo que profesaran. A cambio, los aldeanos respetarían las tradiciones de los judíos y los musulmanes, en la medida en que estas no interfirieran en los quehaceres de la aldea. Tanto las familias judías como las musulmanas consideraron razonable la oferta y prometieron respetar las condiciones impuestas, así como obedecer al párroco como máxima autoridad, aunque no tuviera incidencia sobre las cuestiones de carácter religioso.

Afortunadamente, en la aldea había hábiles maestros albañiles que no dudaron en echar una mano para construir pequeñas y sencillas casas en las cuales pudieran vivir las nuevas familias. El trabajo más duro fue la extracción de la piedra de una cantera a unos pocos kilómetros de la aldea, cuya explotación compartían con otra población cercana. Los hombres más fuertes se encargaron del trabajo de extracción, pero en el transporte y en el labrado de los sillarejos participaron también algunas mujeres. Al cabo de un tiempo, terminaron de construir unas casas lo suficientemente decentes para ser habitadas, aunque seguirían trabajando en su mejora.

Respecto a la peste negra, apenas llegaron algunos rumores. Al parecer, las cosas no habían mejorado y ya no se le permitía a nadie la entrada ni la salida de la ciudad, para contener así la enfermedad hasta que hubiera una solución. En una ocasión, un caminante dijo haber escuchado que en otros reinos se habían presentado casos similares, pero que en seguida expulsaban a los enfermos hacia leproserías improvisadas, dejándolos a su suerte hasta perecer.

Sin embargo, en el Campo de los Salvados se respiraba un ambiente de paz y tranquilidad. Este lugar alegraba el corazón de los valencianos y los consolaba por las pérdidas sufridas, hasta tal punto que la peste negra parecía un recuerdo lejano que ya no representaba amenaza alguna. Se sentían seguros y salvados, tal como el nombre del lugar indicaba. Cada uno de los recién llegados asumió enseguida las reglas internas de la comunidad, dispuestos a trabajar en el campo y a contribuir en el desarrollo de la aldea. Como la mayoría de ellos eran mercaderes y comerciantes, habían aprovechado su experiencia para hacer negocios con las comunidades vecinas, comprando y vendiendo los recursos disponibles. Por su parte, era el párroco quien se encargaba de recaudar los impuestos, a la vez que apartaba el dinero del diezmo para un proyecto de

reforma y ampliación de la iglesia que había estado planeando durante años, aunque nunca había encontrado ocasión para llevarlo a cabo. Entretanto, la mayor parte de lo recaudado en nombre de la Corona se guardaba hasta que aparecieran los recaudadores del rey, normalmente cada tres meses. Desde la propagación de la peste negra que asolaba el reino, sumado a los problemas de hambre, así como a la proximidad del invierno, dichas visitas eran menos frecuentes, y las comunidades campestres como aquella vivían prácticamente olvidadas por la Corona. Pese a esto, Francisco de Salles era lo suficientemente prudente y previsor para seguir recaudando ese dinero, pues sabía que, llegado el momento, los recaudadores de impuestos no serían condescendientes ante una negativa.

De este modo, la nueva vida para los exiliados se presentaba calmada en sus promesas y segura en su futuro. Solo quedaba trabajar y confiar en las recompensas de lo divino, que nunca desamparaban al que necesitaba socorro. Cada uno de ellos era una prueba viviente de las plegarias escuchadas, de la misericordia de un Dios viviente que atendía las súplicas de sus hijos dolientes.

En el transcurso de una tarde agitada, una de las familias cristianas observaba la casa que habían construido durante meses, mientras musitaban oraciones de agradecimiento. Tras haber dormido a la intemperie en refugios improvisados, finalmente aquella noche dormirían sanos y salvos bajo un techo. Los hombres se dispusieron a recoger y organizar la paja de tal modo que pudieran crear unos lechos cómodos, por lo que entraban y salían constantemente de la casa. Mientras tanto, las mujeres preparaban la cena diligentemente y sostenían una charla animada, con una sonrisa en sus rostros.

—Remojad el pan en la miel sin ahogarlo —recomendó Perpetua, que presentaba un aspecto considerablemente delgado comparado a su anterior contextura gruesa y rolliza—. ¡No toquéis el guiso! Prefiero ocuparme yo sola de la carne.

—¡Ah! ¡Huele delicioso! —dijo Tomasa—. Ya entran ganas de sentarse a comer.

—Casi había olvidado lo que era comer bien —bromeó Perpetua—. Pero ya no tendremos que preocuparnos más. Carlos está haciendo buen dinero comerciando en los caminos con las comunidades vecinas. Las telas se están vendiendo bien. Lástima que tengan que recorrer grandes distancias cada día… Pero bueno, es mejor no quejarse de lo que el Señor nos da. Mientras no falte el pan en la mesa, todo marchará bien.

Tomasa asentía sonriendo, escuchando las palabras de Perpetua, mientras cortaba unos frutos. A cierta distancia, Beatriz las observaba mientras remojaba el pan tal como su madre había indicado. Su cabello rubio resplandecía incluso bajo techo, reflejando destellos dorados, y su perfil atento demostraba concentración en la tarea que realizaba. Estaba en silencio, pero escuchando cada una de las palabras dichas por su madre. Perpetua paró un momento para secarse el sudor y observó a su hija con una mirada profunda y analítica, la clase de mirada lúcida con la que una madre extrae secretos al descifrar los gestos y las particularidades en el comportamiento de sus hijos. La notaba serena pero le inquietaba su silencio. Cuando Beatriz permanecía mucho tiempo callada significaba que alguna preocupación agitaba su alma. Sin embargo, Perpetua sabía que, desde que abandonaron Valencia y se embarcaron en aquel éxodo, su hija ya no era la misma. Se había convertido en una mujer cauta y prudente, aunque no exenta de su característica alegría. Algunas noches despertaba gritando y era por el recuerdo de su huida solitaria. Según contaba luego, soñaba que unas sombras la acechaban y querían raptarla, unas sombras que le recordaban a los pescadores que intentaron robarle su virtud. Solo el tiempo le haría olvidar aquella horrible experiencia.

A Perpetua le oprimía el pecho y le provocaba un nudo en la garganta la sola mención de ese recuerdo; ya que enseguida imaginaba, como si ella misma lo hubiera

vivido en carne propia, la sensación de angustia, soledad y desesperación que debió perturbar a su hija en el transcurso de esas horas cruciales en las cuales se encontró perdida y sintiéndose abandonada. Pero no quería pensar en ello, sino más bien regocijarse en el hecho de que estaban todos juntos y lejos de cualquier desgracia. Y aunque a veces extrañaba sobremanera la vida que tenían en Valencia, por lo menos toda su familia estaba a su lado. Perpetua contuvo las ganas de preguntarle a Beatriz si algo le preocupaba, en parte porque no quería someterla a un interrogatorio innecesario, y también porque temía que se viera obligada a decir una mentira o, peor aún, una verdad que prefería no escuchar. Porque estaba pendiente una cuestión sobre la cual no se hablaba, pero de la que todos estaban enterados: el amor que se profesaban su hija y Said, aquel muchacho musulmán que salvó a su hija y los ayudó a escapar.

Si bien toda la familia le agradecía a Said sus buenas acciones, la cuestión del amor entre ellos seguía siendo un tema delicado y prohibido. Debido a las semanas de éxodo, seguidas por los meses de trabajo y asentamiento, aclarar ese tema se volvió una tarea que era preferible aplazar mientras esperaban el momento apropiado para hacerlo. Entretanto, era un mandamiento tácito para ambos jóvenes el hecho de que no podían encontrarse a escondidas. A su vez, cualquier contacto entre ellos debía ser distante y a la vista de todos. Y así había sido, aparentemente, durante todo ese tiempo. O, al menos, era conveniente creerlo así, confiando en que no existían evidencias de que sucediera lo contrario. Por eso Perpetua supuso que esa distancia forzada entre ellos, a la cual se sometían por respeto a sus respectivas familias, contribuía a la actitud silenciosa de Beatriz. Si bien no albergaba ningún sentimiento de odio o enojo contra Said, ya que les había demostrado muchas virtudes capaces de anular los prejuicios y recelos iniciales que sostenían en su contra, no era lícito permitirle una relación con su hija. Incluso permitir una amistad entre ellos era excesivamente peligroso para ambas familias. Lo más sensato era marcar una distancia, sin por ello perder la cordial fraternidad que los unía. Por eso, Perpetua creía que ese "momento oportuno" para aclarar las cosas entre ellos ya no podía postergarse por más tiempo.

—Beatriz, hija mía, ¿qué te parece la nueva casa? ¿Te agrada? Sé que no es la misma que teníamos en Valencia, pero es un hogar que podemos considerar nuestro. Es muy importante que nos sintamos a gusto con lo que tenemos.

Beatriz apartó la mirada de los panes para corresponderle a su madre con una mirada cándida.

—A mí me agrada. Es acogedora. Es justamente como dices, se siente como un hogar. Nuestro hogar. Eso es suficiente.

A Perpetua se le aguaron los ojos al escuchar la honestidad y alegría con la que su hija expresaba la aceptación del nuevo hogar. Especialmente porque ella misma deseaba sentirse de igual forma, pero era incapaz de expresar esa satisfacción pura y inocente que, de forma natural, revelaban las palabras de su hija; esa magnificencia con la que le daba la bienvenida al futuro sin mortificarse por los débiles albores que recordaba de un pasado que ya no volvería, a pesar de todas las secretas plegarias. En cambio, a Perpetua, e incluso a su esposo Carlos y al resto de sus hijos, les pesaba hondo la añoranza por lo perdido, el lamento por lo irrecuperable. Solo Beatriz aceptaba este nuevo destino como quien ha encontrado un hábito del cual no se despegará sin razones para cuestionar su carácter definitivo y creerlo perecedero. Inspirada por su bondad, Perpetua le correspondió:

—Así es, Beatriz. Este es un nuevo hogar con el favor de Dios. Y es completamente nuestro. Espero que nos traiga tantas alegrías como el anterior y mejores esperanzas para el futuro. También espero que sea este el hogar donde vea la prosperidad de mis hijos y el nacimiento de mis nietos bajo la palabra de Cristo.

La sola mención de un futuro como ese hizo que a Beatriz se le nublara el rostro y adquiriera una expresión sombría. Bajó la mirada y se quedó inmóvil mirando los pedazos de pan bañados en miel. No pudo disimular su reacción y en su frente casi podían leerse sus pensamientos: lo que el futuro esperaba de ella estaba muy lejos de lo que ella quería realmente para su propio futuro. Su madre lo notó enseguida, pero fue Tomasa quien intervino, preocupada por su cuñada:

—¿Te encuentras bien, Beatriz? Te veo muy pálida. Pareces sofocada.

Su madre intercedió, antes de que diera una respuesta.

—Es verdad. Deberías ir fuera a pasear un rato y refrescarte. Aquí hace mucho calor. Pero no te alejes mucho, que pronto comeremos.

Beatriz accedió a la propuesta en silencio, sacudiéndose las migas de pan de las manos y de su sayo para dirigirse rumbo a la puerta. En el camino recuperó nuevamente su sonrisa para darles a entender, a su madre y su cuñada, que no debían preocuparse tanto por ella, ya que solo necesitaba un momento de descanso y soledad al aire libre, tal como aconsejaban. Al cruzar el umbral se dio cuenta de que, si bien el calor no era la causa de su repentina pesadumbre, sí acentuaba su pesadez. Ahora recibía agradecida una brisa fresca soplando sobre su rostro y alborotando su rubia cabellera. Se concedió un momento para no pensar y simplemente sentir el efecto del viento, como un aliento de vida y tranquilidad que la aligeraba de todas sus cargas y tristezas, a modo de bautizo a las puertas de su nuevo hogar.

A diferencia del resto de su familia, Beatriz no lamentaba la pérdida de su vida en Valencia, porque aquella travesía se había convertido en la oportunidad de estar junto a Said, aunque se relacionaran muy poco para evitar malos comentarios y no incomodar a sus familias. Pero ahora que ya se habían asentado, la asediaban los inevitables pensamientos sobre el futuro y el permanente estado de imposibilidad en el cual se encontraba para profesarle su amor a Said; angustia que incrementaba su dolor, considerando su cercanía. A pocos metros de distancia se hallaba la nueva casa donde viviría Said junto a su madre, construida recientemente al igual que la de ellos, pero Beatriz reprimió la tentación de recorrer la corta distancia que los separaba para saludarlo o simplemente espiarlo desde lejos. Probablemente se encontraba haciendo labores semejantes a las que su padre y hermanos realizaban para acomodar sus nuevas casas y hacerlas confortables para vivir. O, tal vez, estaba por concluir las horas de trabajo que todo habitante de la aldea debía dedicar, independientemente de su oficio, al cultivo y pastoreo; actividades estas que cimentaban las bases del sustento para todos. Quería hablarle, compartir sus impresiones sobre los nuevos acontecimientos y complacer la necesidad de su alma con su sola presencia. No le bastaba tenerlo cerca si no podía permanecer a su lado. Pese a todos sus deseos, los cuales eran insuflados con una cierta dosis de desesperación y expectativa, supo que no era apropiado intentar un acercamiento sin el consentimiento de sus padres. Eso también había quedado atrás, con el pasado vivido en Valencia: aquellos encuentros prohibidos a hurtadillas, con el desconocimiento de sus seres queridos, esos momentos inspirados por tantas promesas que no necesitaban ser dichas porque se reflejaban en sus ojos con cada mirada que se prodigaban tras las largas horas de espera para volver a verse.

Ahora experimentaban una nueva etapa en sus vidas, llenas de cambios intempestivos y concesiones insospechadas, en la cual cada uno de quienes se habían visto obligados a abandonar su vida en Valencia se había comprometido a aceptar los sacrificios que la salvación demanda. Pese a esto, Beatriz se resistía a creer que su amor también se contaba entre aquellas cosas de las que era mejor despedirse y aceptar como perdidas, o que renunciar a su amor era el precio a pagar para ser aceptada en esa nueva vida. Y cuanto más tiempo se dedicaba a pensar en esto, mayores eran los temores que

acuciaban su corazón. Los mismos temores que la hicieron escapar de su casa para correr al encuentro de Said y que la condujeron a un peligro que casi le cuesta la pérdida de su honra e incluso la vida. No quería verse envuelta nuevamente en una situación similar, pero tampoco se resignaba a aceptar una derrota sin antes haber agotado todas las posibilidades, por muy pocas o inconcebibles que fueran, para encontrar una manera de legitimar su amor ante los ojos de Dios y los de su familia. Después de todo lo que habían vivido, todas las lágrimas y el desconsuelo, tras tantos encuentros y desencuentros, la promesa y la rebeldía con cada tarde, la espera y el deseo solapado renovado todas las noches, la vacilación y la valentía ante lo prohibido, y finalmente el único beso sobre el cual se sostenía cada una de sus dichas pasadas y sus penas futuras, aquello no podía ser el final de todo entre ellos, ¿o sí? Ya ni siquiera contaban con la cercanía del mar, ese testigo silencioso que les prestaba una guarida para que pudieran verse. De cara a nuevas posibilidades, ¿dónde quedaba lo antiguo entre lo poco que pudo recuperarse y no dejarse atrás? Beatriz creía que su amor con Said había sobrevivido a la enfermedad y a la huida, e incluso cabía la posibilidad de una nueva proximidad, ahora que se encontraban en un lugar distinto. Sin embargo, quería hablar con él para saber cuáles eran sus pensamientos en torno a la actual situación.

Beatriz sabía que no le convenía llegar hasta la casa de Said por su cuenta, así que intentó calmar su impaciencia dando vueltas alrededor de su casa y apreciando su estructura. Durante los meses anteriores había seguido de cerca su construcción y también había echado una mano en los acabados. Su padre y sus hermanos constantemente decían que aún quedaban por arreglar detalles importantes y acondicionar mejor su interior, pero que la fachada exterior ya mostraba la casa en su apariencia final. De una sola planta y paredes irregulares, su aspecto era extraño pero atractivo. Al observarla, Beatriz se emocionaba con orgullo y optimismo, porque veía en sus paredes el esfuerzo conjunto de toda su familia. Un hogar moldeado por la fuerza de sus manos y la firmeza de sus voluntades. “Este es el hogar definitivo y ninguna desgracia volverá a ocurrir”, pensaba Beatriz esperanzada, pero entonces pensaba en Said, y en cómo su hogar no era el de ella. Beatriz imaginaba que en esa casa vivirían ambos para formar una vida juntos, una fantasía que enseguida revelaba su insoportable fragilidad: no era lícito que compartieran una vida.

A la alegría por la nueva casa, le sucedía la oscura pesadumbre que aguijoneaba su corazón. Una tristeza le plantaba cara para apostar en contra de sus confiadas alegrías. Conteniendo el suspiro que se agitaba en su pecho, Beatriz se sentó sobre la hierba del campo, con la mirada perdida en el horizonte. La noche se avecinaba tras los últimos resplandores del sol y a lo lejos se veía a otras familias ocupadas en sus labores, mientras que los niños, indiferentes a cualquier otra preocupación que no fueran sus juegos, corrían de un lado a otro hasta sentirse agotados o muertos de hambre. Beatriz fijaba su mirada en todas esas imágenes sin concentrarse particularmente en ninguna de ellas. Disfrutaba absorbiendo su vitalidad y de este modo se distraía hasta vaciar su mente y espantar los fantasmas de sus dudas y temores. Permaneció un rato de este modo, sintiendo que los párpados le pesaban y el ambiente se cargaba de somnolencia. Por un momento había logrado con éxito no pensar en nada y simplemente convertirse en un testigo mudo del presente, como si con la contemplación silenciosa pudiera aliviar sus quejas. Fue justo entonces cuando fue interrumpida por una voz conocida.

—¿Te dormiste tan temprano, pequeña Beatriz? No parece el mejor lugar para hacerlo. Te puedes resfriar.

Era la voz de su hermano mayor, Pedro. Beatriz abrió de par en par los ojos y le ofreció una sonrisa radiante.

—Hacía mucho calor dentro de la casa y casi me desmayo. Mamá sugirió que tomara un poco de aire fresco.

—¿Casi te desmayas? —preguntó Pedro burlonamente, e inclinando su cuerpo a la altura de ella—. Durante semanas caminamos sin parar, atravesamos ríos y saltamos muros. Nunca te escuché quejarte, ni mucho menos te vi desmayarte. ¿Y el calor de cuatro paredes casi te hace desfallecer? ¡Qué curioso!

—Pues ya ves cómo exagera mamá—le dijo Beatriz riéndose—. Pero me ha venido bien el aire fresco, ahora me siento renovada.

—Sí, ella siempre sabe lo que hace —recordó Pedro sin perder el tono bromista—. Y si no lo sabe, es mejor no contradecirla… Pero a lo mejor eres como un pajarito, no puedes estar encerrada porque te desesperas y quieres volar lejos.

Beatriz rió nuevamente y extendió su mano indicándole que la ayudara a levantarse. Este obedeció y cuando finalmente ya estaba de pie frente a él, le dijo:

—Si fuera un pajarito me resistiría a volar lejos y abandonaros. Me quedaría revoloteando cerca, donde pudierais verme.

Pedro sonrió nuevamente, mirándola atentamente. Se daba cuenta de que su hermana ya no era la niña que solía ser ante sus ojos, y en su lugar había una mujer ingeniosa que no retrocedía ante las dificultades. Pero al mismo tiempo sabía que nunca dejaría de ser su hermana pequeña, la alegría de la casa.

—No podríamos vivir sin ti, hermanita, nos haces muy felices. Y nunca querríamos tenerte lejos de nosotros.

Beatriz bajó la mirada para evitar que se le aguaran los ojos. Aquellas palabras le hicieron recordar el día en que huyó de casa. Imaginaba la angustia que debieron de sentir en aquellas horas sin encontrarla ni saber nada sobre su paradero. Antes de que su reacción se notara, fueron interrumpidos por la llegada del otro hermano, Cayetano, que se anunció enseguida con su carácter bullicioso y efusivo.

—¿Comeremos aquí afuera? ¿O es que mamá ha decidido no dejarnos entrar?

Todos rieron y Pedro le explicó a su hermano el consejo de su madre a Beatriz y las bromas que estaban compartiendo. Renovaron sus risas y luego Beatriz preguntó:

—¿Dónde está papá?

Pedro miró a su hermano con extrañeza, refrendando la pregunta de Beatriz al añadir:

—¿No estaba contigo, Cayetano?

—Así es. Pero me dijo que se reuniría unos minutos con el párroco en la iglesia. Esta mañana le pidió que se acercara por la tarde a la sacristía para discutir algunos asuntos de interés común.

Pedro se sorprendió al escuchar esta noticia y quiso indagar más al respecto.

—¡Qué extraño! ¿Y sobre qué querrá hablar con nuestro padre? ¿Convocó a los otros jefes de familia? ¿O quería hablar a solas con él?

—Sospecho que solo quiere hablar con nuestro padre —supuso Cayetano—. Porque creo haber escuchado que le dijo "como representante de las nuevas familias cristianas". Y como bien sabemos, solo somos tres las familias cristianas que integramos el éxodo. Una de las familias está encabezada por el anciano Ramos y sus hijas solteronas, y por otro lado, hay que descartar a la viuda Martina y su madre, con hijos demasiado jóvenes como para participar en esas reuniones. Está claro que padre es el mejor portavoz de las familias cristianas.

Beatriz los escuchaba en silencio, aunque también se sentía intrigada por el hecho de que su padre tuviera reuniones exclusivas con el párroco.

—¿Y no llamaron a representantes de las familias musulmanas y judías? —siguió indagando Pedro, siempre motivado por la curiosidad.

—No tengo la menor idea —respondió Cayetano—. Parecía una reunión privada, entre cristianos. Pero ya nos contará en la cena.

—Esperemos a ver… ¡Hablando de la cena! Ya deberíamos entrar, mi estómago retumba.

—A menos que nuestra hermanita se sienta muy sofocada, todavía —bromeó Cayetano—. En cuyo caso tendremos que dejarte comiendo afuera.

Beatriz hizo un gesto de fastidio, fingiendo molestia por la broma y seguidamente estallaron en carcajadas indicándose con gestos la intención de entrar a la casa para comer. Sus hermanos se adelantaron conversando sobre las cuestiones relativas a la jornada de trabajo, mientras Beatriz se rezagó unos pocos pasos detrás de ellos. Se detuvo un instante para lanzar un último vistazo al horizonte, seguido de un suspiro; volvía a pensar en Said y en lo cerca que estaba de ella. Antes que sus hermanos la regañaran por retrasarse, reemprendió la marcha acelerando el paso para entrar, justo después de que ellos cruzaran el umbral. Perpetua y Tomasa ya habían terminado de preparar la comida y aprovechaban para hacer sencillas labores de limpieza mientras llegaba el resto de la familia. Perpetua se alegró al ver a sus hijos todos juntos.

—Los trajiste a todos contigo —dijo dirigiéndose a Beatriz para besarla en la frente—. ¿Ya te sientes mejor hija?

Pedro y Cayetano compartieron una mirada y reprimieron sus ganas de reírse. Beatriz contuvo su sonrisa, contestándole directamente a Perpetua.

—Sí madre, tu recomendación fue muy apropiada. El aire fresco me ayudó a sentirme mejor.

Perpetua hizo caso omiso de las burlas secretas y cómplices entre sus hijos, arreciando con nuevas preguntas para ellos:

—¿Dónde está vuestro padre y por qué no ha venido con vosotros? Espero que no se haya quedado haciendo nuevas labores.

—No, madre —refutó Cayetano—. Ya está de camino, pero un asunto de fuerza mayor lo retiene.

Ante la mirada perpleja de Perpetua, su hijo Pedro intervino enseguida explicándole lo relativo a la reunión entre el párroco y su padre.

—Bueno, entonces no perdamos el tiempo esperándole, mejor vamos comiendo y él ya se nos unirá cuando pueda.

Todos accedieron complacidos con la decisión, pues estaban ansiosos por comer, especialmente Pedro y Cayetano, que habían tenido una ardua jornada, entre el trabajo y los últimos detalles para el acondicionamiento de la casa. Se sentaron en la mesa y comieron vorazmente compartiendo pocas palabras. Por primera vez en meses, se sentían tranquilos y complacidos con su situación, participando nuevamente como una familia en un lugar distinto, pero que ya les pertenecía. Pocos minutos después escucharon a Carlos traspasando el umbral.

—¡Empezasteis sin mí! Estoy exhausto y hambriento.

Saludaron a Carlos sin soltar los cubiertos y Perpetua fue la única en levantarse para servirle la comida a su esposo; este no perdió tiempo para sentarse a la mesa, en un sitio en el centro, pues así le correspondía como jefe de la casa. Una vez sentado, volvió un silencio lleno de expectación mientras el padre daba los primeros bocados. Finalmente, fue Pedro quien rompió el silencio, desesperado por satisfacer su curiosidad.

—¿No nos vas a contar lo que hablaste con el padre Francisco?

Carlos alzó la mirada para ver a su hijo, dejándolo sin respuesta durante unos segundos mientras masticaba con parsimonia. Después de concederse un tiempo para tragar y secarse la boca con el dorso de la mano respondió:

—Pues nada particularmente importante. Solo quería pedirme un favor… Que no es nada nuevo, solo es una forma de ratificar oficialmente lo que ya veníamos haciendo hasta ahora.

—¿Cuál fue ese favor? —insistió Pedro, que nunca se contentaba con las respuestas incompletas o las informaciones a medias—. ¿Y cuál es esa función que has venido desempeñando hasta ahora? ¿Me he perdido algo?

Carlos hizo un gesto desaprobatorio a modo de sorna y con una media sonrisa en sus labios le dijo:

—Ay, Pedro, cuídate de tu curiosidad. A veces es imprudente demostrar que quieres saber lo que no te incumbe. Pero descuida, no es un secreto en este caso particular. El padre Francisco me pidió que me encargara, en lo sucesivo, de ser el puente de contacto entre la comunidad y las familias musulmanas y judías que viajaron con nosotros. A las familias cristianas que ya se encontraban aquí no les preocupan los judíos, pero temen que los musulmanes quieran imponer sus extrañas costumbres; especialmente porque son mayoría. El párroco no tiene los mismos temores ya que, como buen cristiano, es partidario de ayudar a quien lo pida y lo necesite, pero teme que podría crearse un conflicto innecesario si lo ven entablando algún tipo de amistad con nuestros vecinos. Prefiere mantener un trato distante y que yo sirva como portavoz para ambas partes.

—¿Y los moros están de acuerdo? —preguntó despectivamente Cayetano, interesándose también por la discusión—. Es un trato que podría herir susceptibilidades.

—No los llames moros, Cayetano —le reprendió Carlos—. Te lo he dicho numerosas veces. Expresarse de ese modo suena ofensivo e irrespetuoso. No me gusta que a mis oídos llegue ese tipo de lenguaje que encubre desprecios. Recordemos siempre que tenemos una deuda moral con una de esas familias. De no ser por ellos, no estaríamos aquí hoy sentados en esta mesa, compartiendo el pan tranquilamente. ¿Quién, además de Dios, podría decirnos qué sería de nosotros de no haber huido aquel día? Fuimos insensatos durante mucho tiempo y eso casi nos cuesta la vida. Hoy estamos a salvo de la enfermedad y del caos que convirtió a Valencia en un valle de tinieblas. Hemos sido arropados por la bendición del Señor, pero no olvidemos que muchos de nuestros prójimos se quedaron atrapados en ese infierno. Solo podemos rogar por sus almas y agradecerles a nuestros vecinos la situación privilegiada que hoy nos favorece. Lo menos que podemos hacer es retribuirlos con nuestra solidaridad. Por eso asumo de buen grado la tarea del párroco y supongo que ellos comprenderán su precaución. Además, ellos nos conocen mejor a nosotros que al padre Francisco. Lo preferirán de este modo.

Terminado su discurso, continuó mascando lenta y metódicamente su comida, indicando así que ya no quería escuchar nuevas imprudencias por parte de sus hijos. Cayetano se encogió de hombros al escuchar a su padre y Pedro permaneció en silencio apartando su mirada. Aunque no se atrevían a contradecir las palabras de su padre, no les agradaba mantener una relación amistosa con los seguidores del Islam. Consideraban que sus costumbres eran bárbaras y no eran gente de fiar. Por eso comprendían las reservas del párroco y del resto de los habitantes de la aldea ante la amenaza que representaban los musulmanes como nueva mayoría dentro de su comunidad. Además, ellos no solo no se sentían en el deber de agradecerles su salvación, sino que, en parte, los consideraban culpables de su situación, por todo lo ocurrido entre Said y Beatriz. No tenían intención alguna de ser sus amigos y, por lo general, mantenían una distancia respetuosa aunque fría. Y si bien evitaban expresar cualquier tipo de comentarios contra ellos para no recibir respuestas como esa de su padre, a veces lo hacían por accidente. Ambos hermanos enseguida recordaban que les convenía actuar con cautela respecto a

las familias musulmanas y no darle motivos a su padre para regañarlos por revelar sus verdaderos sentimientos. El largo silencio fue interrumpido por Perpetua, quien nunca temía expresar sus pensamientos a viva voz aunque contradijeran a su esposo y no fueran las palabras que él quisiera escuchar.

—Sin embargo, no deberías bajar la guardia. No niego que haya mucho que agradecerles, pero durante ese viaje todos nos ayudamos mutuamente de muchas maneras. Si llegamos hoy a este lugar es gracias al trabajo en conjunto de todas las familias que decidieron partir aquella noche, apostando por salvar lo poco que quedaba para perseguir un futuro incierto. Por eso, insisto en que seas cuidadoso con tus acciones como portavoz entre las familias y el párroco. Recuerda que, ante todo, lo primero es honrar a Dios del modo correcto. No podemos ser permisivos con el hecho de que una fe extranjera nos pueda arrebatar lo que es nuestro y que pervierta la gracia que baña nuestras tierras encomendadas a la palabra de Cristo. Tampoco olvides que los conquistadores no pierden la maña de arrasar e imponerse por donde quiera que pasan. La bondad no puede pecar de descuidada.

La respuesta de Perpetua hizo que Carlos gruñera por lo bajo mientras masticaba su comida. Cuando pudo tragar su bocado, resolvió contestarle:

—¡Ah, mujer! Tu desconfianza pone en duda algunas de tus mejores virtudes. ¿De qué nos sirve ser estrictos si no podemos ser generosos? ¿Para qué obedecemos la ley de Dios si no somos capaces de conducirnos con bondad? ¿Cómo podemos confiar en lo mejor de nosotros si no estamos dispuestos a aceptar lo mejor en otros? Una vez que yo veo estas virtudes en otros, y me las han demostrado, siempre les doy un voto de confianza. Cumpliré con mi obligación, no como un deber, sino como un servicio para el bien común, una forma de honrar el mandamiento de Cristo.

—Como tú digas, esposo mío —respondió Perpetua de modo conciliador, tratando de calmar el ambiente. No valía la pena arruinar aquella velada con esa clase de discusiones—. Espero que te guste la cena.

Cuando sus padres discutían de este modo, el resto de la familia prefería no comprometerse con ningún tipo de intervención. Por su parte, Beatriz se sentía satisfecha al escuchar la defensa que hacía su padre sobre las familias musulmanas y el agradecimiento que debían profesarles, porque ella misma era partidaria de ese pensamiento. No solo por su amor a Said y la historia que compartían, Beatriz también agradecía a diario la oportunidad que le ofrecieron para que escapara junto a su familia, haciendo a un lado sus obvias diferencias. Fue un acto de profunda generosidad y bondad que jamás olvidaría. Les debían la vida y el futuro que hoy contemplaban con esperanza.

Cada uno de ellos estaba concentrado en sus pensamientos, disfrutando de aquella cena como parte de un rito especial. Le estaban dando la bienvenida a la vida que se convertiría en el destino común de los días por venir. Solo Carlos interrumpió las cavilaciones de sus familiares al decir, casi como un pensamiento emitido accidentalmente en voz alta, lo que el resto hubiera querido decir desde hacía mucho tiempo.

—¡Qué bien se siente comer en casa otra vez!

***

Tras una larga jornada de trabajo en el llamado Campo de los Salvados, cada una de las familias de la aldea se dispuso a cenar antes de acostarse, con la certeza de que les esperaría otro arduo día, lleno de labores e imprevistos. La familia de Said ya había terminado de cenar y charlaba tranquilamente para reposar la comida antes de irse a dormir. Su madre Fátima, Akram, el tío de Said y hermano de su difunto padre, junto a sus dos esposas, la segunda de ellas embarazada de seis meses; todos estaban reunidos

mientras Said se encontraba fuera de casa, en uno de sus característicos momentos de introspección y soledad que era mejor no interrumpir. En Valencia, Said y Fátima vivían en una pequeña casa de una planta anexa a la casa de dos plantas que Akram compartía con sus dos esposas. Tras el exilio, ahora todos se enfrentaban a unas nuevas condiciones de vida: se veían obligados a compartir una única casa de una planta, que había sido construida durante meses por Said y su tío. Esto presentaba mayores complicaciones para todos, especialmente para Said, que valoraba mucho su independencia. Anteriormente disfrutaban de mayor intimidad y libertad, a pesar del parentesco que los unía y del gran agradecimiento que Said y Fátima le profesaban a Akram por haberlos acogido en Valencia tras la muerte de su padre. Como era de esperar, Akram quería ratificar su autoridad como jefe de familia frente a las nuevas circunstancias, pero el espíritu desafiante e independiente de Said se oponía a aceptar cualquier forma de control sobre su vida. Aún así, Akram tenía planes para su sobrino y esperaba el total acatamiento de estos, razón por la cual la situación era tensa entre ellos desde que empezaran a vivir juntos en el Campo de los Salvados.

Fue el día en que Akram conoció a una familia cristiana que llegó hasta su casa para buscar a una muchacha asociada con Said, cuando se enteró de los detalles sobre el romance prohibido entre su sobrino y esa joven cristiana llamada Beatriz; un romance que, para fortuna de sus familias, no se había consumado y que estaba destinado a terminar antes de desembocar en peores consecuencias. En vista de la larga y tortuosa experiencia del viaje, Akram evitó mencionar el asunto; pero una vez asentados, no tardó en expresar su preocupación sobre el futuro de Said y planteó la premura de que escogiera una esposa fiel al Islam para formar una familia correcta ante los ojos de Alá. Akram temía que la cercanía de Said con la muchacha cristiana desencadenara aciagos sucesos para el futuro de ambas familias. Said no había reaccionado de buena manera frente a estas intromisiones por parte de su tío, alegando que prefería permanecer en su situación actual y quedarse solo. Y aunque Akram no lo consideraba apropiado, quería evitar mayores roces con su sobrino y estimó que solo Fátima, en calidad de madre, podría hacerlo entrar en razón.

Aprovechando la ausencia de Said, Akram hizo mención del tema exponiendo sus preocupaciones:

—Querida Fátima, sabes que te aprecio como a una hermana. Fuiste la luz de los ojos de mi adorado hermano y gracias a ti tuvo los mejores años de su vida, que Alá lo proteja, ¡A*llahu Akbar*! Y, por supuesto, adoro a mi sobrino como si fuera mi propio hijo. En unos meses sabré lo que es ser padre, pero mi amor por Said me ha ayudado a comprender lo que eso significa y a prepararme para ello. Es por eso que quiero lo mejor para vosotros y, sobre todo, protegeros de cualquier situación que pueda entorpecer vuestras vidas. He esperado durante meses para tratar el asunto de Said y la muchacha cristiana, pero ya es hora de que nos ocupemos de esto para evitar males mayores.

—Comprendo tus temores, Akram —apuntó Fátima—. Y me reconforta contar con tu apoyo en nuestras vidas. Cuando mi esposo murió nos sentimos devastados por la tristeza, pero también por la preocupación de no saber qué haríamos con nuestras vidas. Tú nos ofreciste seguridad y evitaste que nos extraviáramos y estuviéramos solos en un mundo hostil. Tanto mi hijo como yo estaremos siempre en deuda con tu generosidad… Nos diste la esperanza de un nuevo hogar. Sin embargo, te puedo asegurar que Said fue plenamente consciente de los peligros e inconvenientes de esa situación. Finalmente, su razón se impuso por encima de sus sentimientos y así ha seguido siendo en lo sucesivo. Ya nada ocurre entre los dos.

—Yo confío plenamente en la sensatez de Said —aseguró Akram—. Siempre ha demostrado una consciencia y un intelecto superior a muchos jóvenes de su edad. Por eso me sorprendió mucho esa historia. Pero así es el corazón, insensato incluso entre los astutos. Ante una situación como esta hay que ofrecer soluciones definitivas, y mientras él siga soltero y esa muchacha ande cerca... En fin. No hay que descuidarse.

Fátima lo observó con curiosidad sin contradecirlo, ya que ella misma albergaba semejantes preocupaciones, aunque no lo admitiera y por mucho que confiara en su hijo. Al sospechar que su cuñado aún no había dicho todo lo que pasaba por su mente, le preguntó:

—Estoy segura que los cristianos la tendrán muy bien vigilada, pero ¿crees que debemos actuar directamente? Said es un muchacho solitario y no le gusta sentir que alguien intenta manipularlo. Y repito: no me queda duda de que él siempre encontrará la forma de hacer lo correcto. Pero yo también quisiera erradicar por completo la posibilidad de un futuro problema en torno a esta situación. ¿Qué podríamos hacer al respecto?

Akram se mesaba con calma la poblada barba usando ambas manos, un gesto suyo característico cuando se detenía a evaluar las palabras que quería decir.

—Llevarlo por el buen camino. Ya es lo suficientemente adulto para dar un nuevo paso en su vida y convertirse en un hombre de familia. Creo que es hora de que elija una esposa y que no pierda el tiempo con ilusiones que no le darán la satisfacción que busca. Said debe comprometerse con una hija de buena familia creyente del Islam que pague una buena dote. Eso calmará las necesidades que hoy lo angustian.

—Said no aceptará —repuso Fátima—. Sigue obsesionado con esa muchacha aunque no mantenga nada con ella. Tardará en sanar su corazón de esa ilusión que lo envenena. Quizá sea preferible no presionarlo.

—¡Hazme caso, mujer! —replicó Akram con un tono enérgico y alzando sus toscas manos para subrayar la autoridad de sus palabras—. Sé a lo que te refieres. Yo le sugerí el asunto hace unos días y no fue muy amable en su respuesta, pero no me enojé porque yo también tuve esa edad y me imagino por lo que está pasando. Es fácil confundirse y creer que experimentar un sentimiento así es definitivo. Y encima, cuando se trata de algo prohibido mucho mayor es el deseo. Hasta el joven más sensato cree que esa misma juventud le confiere el poder de cambiar el mundo y torcer los caminos que siempre han estado allí. Esas son las tentaciones a las que este mundo nos somete y debemos contrarrestarlas con el seguimiento de la palabra del Profeta. En un caso como este no hay mejor remedio contra esa maligna esperanza que un matrimonio. Eso bastará para hacerlo entrar en razón.

—Eso espero, Akram —dijo Fátima—. ¿Qué más quisiera yo? Me encantaría ver a mi hijo formar una familia y darme unos nietos. Pero, sobre todo, quiero verlo a gusto con la vida que ha elegido, dichoso de estar en la senda de los justos. Me entristece verlo infeliz… Pero no encuentro las palabras apropiadas para hablarle, para decirle que todo estará bien y, mucho menos, para sugerirle un camino distinto a sus deseos. Es tan difícil para una madre no decirle a un hijo las palabras que quiere escuchar.

Akram meneó la cabeza y, sopesando las palabras de su cuñada, sin perder la firmeza de su voz, le dijo:

—Hermana mía, encuentra la manera de llegar a su corazón. Precisamente como su madre puedes encontrar las palabras exactas para hacerlo reconsiderar mi propuesta. Háblale de tus inquietudes y preocupaciones y que, de este modo, vea el problema desde tus ojos. Cuando Said comprenda cómo esto le puede afectar verdaderamente a su familia, recapacitará. Recuérdale cuál es su deber, pero, al mismo tiempo, ayúdalo a descubrir que en el cumplimiento de ese mismo deber podría hallar un desahogo para

sus deseos, una vía legítima para pactar con su anhelo y calmar su pena. ¿Quién sino tú podría hacerlo? Solo tú, Fátima, lo conoces mejor que nadie y sabrás llegar hasta su alma. No desconfíes de ese poder.

Fátima asentía a cada una de las palabras proferidas con fuerza y convicción por Akram. Su verborrea siempre producía ese efecto, especialmente con las mujeres. Era como si su lengua tuviera el don del convencimiento y le bastara una inflexión precisa en su tono, o subrayar una palabra específica, o hacer las pausas adecuadas, para finalmente persuadir a alguien e incluso cambiar su parecer. Cuando Akram hablaba hacía acopio de su ingenio y de su vivacidad, logrando que su audiencia quedara maravillada por su elocuencia y sentido común. Casi nadie se resistía a los encantos de su verbo y solo muy pocos eran inmunes al hechizo de su dialéctica; y entre esos privilegiados se encontraba su sobrino Said. Por mucho que lo intentara, Akram no conseguía encontrar la forma de hacer que el espíritu solitario y determinado de Said cediera ante él, y esto era mucho más notorio en situaciones en las cuales apostaban por pensamientos divergentes. Dicha resistencia le recordaba a su hermano, el padre de Said. Así que, sabiendo que por sí mismo no lograría convencer a su sobrino de casarse con una mujer musulmana, se valió de sus artimañas para que fuera Fátima quien hiciera el trabajo, en calidad de madre preocupada por el futuro de su hijo. Por mucha que fuera la terquedad de Said, este no soportaría afligir a su madre con su actitud, y así, al menos, reconsideraría su comportamiento y evaluaría la propuesta que le planteaban.

Sin embargo, el empeño de Akram no respondía a una preocupación genuina sino a la ambición de un potencial y lucrativo negocio hecho a espaldas de Fátima y Said. En un pueblo cercano, Akram había conocido a un mercader musulmán interesado en asociarse con él para futuros negocios, pero este potencial socio se interesó al saber que Akram tenía un sobrino joven y soltero, el cual podría considerarse adecuado para su hija, también joven y soltera. Tras una larga y amena conversación, quedó establecida la promesa tácita de una alianza comercial entre ellos, consolidada mediante la unión matrimonial de dos miembros de su familia, sin que ninguno de los implicados supiera aún detalle alguno al respecto. Era usual que las relaciones comerciales entre dos familias musulmanas distintas incluyeran un vínculo matrimonial como parte del trato. Akram necesitaba que Said entrara pronto en razón y actuara cabalmente para no arruinar sus negocios. En caso de que su madre no tuviera éxito, le correspondería tomar medidas mucho más radicales. Por fortuna, Fátima no puso objeciones en asumir su tarea.

—De acuerdo, Akram. Haré lo que sugieres. Cuando Said vuelva a casa tendré una conversación con él. Espero tener el talento y el tacto suficiente para ablandar su carácter y convencerlo.

—Estupendo —aprobó Akram—. Cuanto antes resolvamos ese problema, mucho mejor para todos; tanto para los cristianos como para nosotros. Es fundamental mantener una buena relación con ellos, ya que pueden ser nuestros únicos aliados frente a las otras familias cristianas que componen esta comunidad. No nos conviene avivar enemistades que puedan perjudicar nuestra situación actual. Si algo nos enseñó la experiencia en Valencia, es que la intolerancia puede llegar a ser tan mortal como una enfermedad. No perdamos la paz que tanto nos ha costado conquistar. Ahora, si me excusas, te dejo esperando a Said y yo me retiro. Said se sentirá con mayor confianza y disposición a escuchar si te encuentras a solas. Recuerda que más tarde será la hora del rezo de la noche. ¡Qué Alá nos proteja!

—¡Qué Alá te acompañe! —lo despidió Fátima—. Y que tu sueño sea profundo y en calma.

Una vez que Akram se retiró a su habitación tras unas telas corredizas, Fátima se adelantó hasta la puerta abierta, para observar a su hijo. Said se encontraba en actitud contemplativa viendo cómo la noche comenzaba a hacer relucir sus estrellas y el frío propio de la hora incrementaba su potestad, como si anunciara el comienzo de un reino helado que empeoraría con el paso de las horas. A razón de ese clima, Fátima se quedó silenciosa de pie, apoyándose en el vano de la puerta y con los brazos cruzados para abrigarse mejor; a una distancia lo suficientemente próxima para verlo con claridad pero demasiado lejos como para llamarlo sin alzar la voz. Fátima no quería gritar para atraer su atención y darle ocasión de preocuparse imaginando que algo malo acababa de ocurrir. En cambio, consideró prudente esperar a que girara la cabeza y reparara en su presencia. El silencio era omnipresente y solo lo interrumpía los zumbidos de unos pocos insectos invisibles, así como los débiles cantos de algunas aves con hábitos nocturnos. Probablemente el resto de los habitantes no tardarían en terminar sus cenas y prepararse para tomar el descanso necesario que la noche les brindaba.

Fátima se quedó obnubilada contemplando la silueta de la espalda de su hijo mientras reflexionaba: "¿Qué estará sucediendo a esta misma hora en Valencia? ¿Cómo lucirá nuestro antiguo barrio, ahora que la mayoría ha huido, mucho antes que el resto de familias de otros credos? ¿Cuántos habrán muerto ya víctimas de esa peste y sin el consuelo de una cura? ¿Seguirá propagándose la enfermedad incontrolablemente?". Y la pregunta más importante, que jamás se hubiera atrevido a pronunciar en voz alta, pero que ocupaba sus pensamientos en instantes de soledad como ese: "¿es posible que la peste negra llegue hasta aquí?" Y, de ser así, "¿cómo reaccionaríamos otra vez ante una situación como la que ya hemos vivido? ¿Estaríamos dispuestos a perderlo todo de nuevo y buscar otro nuevo comienzo en cualquier lugar del mundo? ¿O aceptaríamos el aciago destino de esa maldición y esperaríamos la muerte?". Pensaba que si la enfermedad reaparecía en sus vidas habría que preguntarse hasta cuándo iban a poder seguir huyendo del destino. Pues al final del día, nadie escapaba de la voluntad de Alá: "Estamos predestinados a rendirnos bajo su mirada y a agachar la cabeza cuando llegue la hora asignada con nuestro nombre". Con la consciencia revuelta y el espíritu turbado por estas preguntas, Fátima distrajo su mirada en un punto lejano del horizonte, olvidándose por completo de sí misma. De tal modo se encontraba extraviada en la niebla de sus pensamientos, que ni se había dado cuenta del momento en que Said descubrió su presencia y se acercó hasta ella.

—Madre, ¿te encuentras bien? ¿Qué haces aquí parada con este frío? ¿Me estabas esperando? ¡Madre!, ¿me escuchas?

Lentamente, la voz familiar de Said la trajo de vuelta a la realidad. Fátima lo observó con una expresión atolondrada, seguida de una sonrisa a modo de excusa por haberse distraído. Said pudo observar atentamente los surcos y arrugas que se marcaban en su rostro. En poco tiempo su madre había envejecido repentinamente. La línea de preocupación característica que solía aparecer en su frente ahora se había convertido en un trazo firme y acentuado, incluso con el rostro en reposo. Había perdido parte de su jovialidad y de su fortaleza, revelando una nueva debilidad bajo la cáscara endurecida de su fiereza. En Valencia no solo perdieron un hogar, sino una cuota de vida irrecuperable. Sus vidas no habían sido las mismas después de aquel forzoso exilio y, aunque no lo admitieran, a pesar de haberse librado de la enfermedad, sus espíritus ya no eran tan saludables como antes y eso se hacía patente en sus cuerpos. Una madurez con sabor a fatalidad y consciencia de muerte los cubría como un aura siniestra, especialmente a los más viejos. Said ahora lo veía con claridad en el rostro cansado de su madre: la huella de una crueldad, el estigma de haber vivido en Valencia para poder

decir que había sobrevivido a la peste. Cuando Fátima recuperó la consciencia de sí, le respondió:

—Discúlpame, hijo. Sin querer me distraje con mis pensamientos. Parece que esta noche, en particular, y su insoportable silencio seducen hasta extraviarte por completo.

—Así es —admitió Said—. Pero es un silencio legítimo para una noche como esta. A veces es bueno dejar que la mente se pierda hasta que uno consigue encontrarse de un modo distinto, como nunca antes creíste hallarte. Pero ¿qué pensamientos te han raptado, madre?

—Fácilmente lo adivinarías… Es el pensamiento que nuestro corazón se resiste a dejar atrás, por mucha distancia que pongamos: Valencia. No dudo que una parte de nosotros se ha quedado allí y por eso nuestra mente se resiste al olvido. Veo y lamento a Valencia en todas partes. Pero temo que Valencia venga a nuestro encuentro.

—No hay consuelo posible en Valencia, querida madre —dijo Said con un tono misterioso—. Por eso no podemos olvidarla. Y es ese recuerdo el que nos mantiene en alerta y prevenidos. Vimos la muerte de cerca. Difícilmente podremos apartar esa visión de nuestros corazones. Es mejor no resistirla y aceptarla como una fortaleza, como un consejero que nos susurra: "Ten cuidado, el mundo es menos seguro de lo que te hace creer". Me reconforta verlo de ese modo. Siento que quienes vivimos esa huida estamos un paso por delante, en comparación con el resto. Demostramos ser superiores a cualquier resignación.

Con un gesto de su cabeza, Said le indicó a su madre que lo mejor era entrar en casa para resguardarse del frío.

—Yo no podría soportarlo si una situación como esa volviera a repetirse —aseguró Fátima, mientras entraba en la casa, seguida por su hijo—. Perder lo que tenemos por segunda vez, sentir la amenaza de esa maldición. ¡Qué Alá nos proteja de un destino como ese!

—Si es parte del destino, sucederá, madre —puntualizó Said—. Pero si nuestro destino nos ha traído a este lugar, pronto descubriremos el propósito. Así que no te angusties pensando en el futuro, madre. Ya hay suficientes cosas por las que preocuparse en el presente, mientras conseguimos adaptarnos a esta vida que apenas estrenamos.

—No puedo evitar preocuparme por el futuro, Said —insistió Fátima, viendo la oportunidad perfecta para llegar al tema que deseaba conversar con su hijo—. Si no aseguramos el futuro mientras podemos, luego lamentaremos las consecuencias.

Said descubrió un brillo distinto en la mirada de su madre en el momento de decirle estas palabras. Pudo ver que no solo le inquietaba el recuerdo de Valencia o el lamento por las cosas que habían dejado atrás, ni solamente agitaban su espíritu los temores por un renovado brote de la enfermedad en las cercanías de donde se encontraban. Said adivinó que a su madre le perturbaban otros asuntos más mundanos relacionados con él, por lo cual la interpeló enseguida:

—Es pretencioso creer que una acción nuestra es lo suficientemente poderosa para asegurar el futuro. Bien sabemos que lo que está escrito ocurrirá de cualquier manera, por mucho que nos opongamos. Cualesquiera que sean, nuestros pobres intentos muy poco logran. Pero, dime madre, ¿por qué me diriges esas palabras con tanta agudeza? ¿Qué te preocupa realmente? No estabas de pie en la puerta solo para pensar en Valencia y en lo incierto del futuro, ¿o sí? ¿Hay algo que quieras decirme?

—Me preocupa tu futuro, Said —explicó Fátima—. No quiero que desperdicies tu vida persiguiendo espejismos en el desierto y que luego pierdas el oasis que no has visto.

A Said se le agitó la sangre al escucharla y supo de inmediato lo que quería decirle. También comprendió que no era su madre la que hablaba, sino la influencia de su tío Akram la que manipulaba sus pensamientos y le daba una intención a esas preocupaciones que expresaba. Sabía que como por sí mismo no lograría convencerle, se valía de ella como intermediaria. Said encubrió su enojo, pero le respondió fríamente:

—Ya no quedan oasis para mí. Pero precisamente, me contento con el desierto y a él me consagro.

Con una expresión confusa en su rostro, a Fátima le costaba comprender a su hijo cuando se expresaba de ese modo tan enigmático y oscuro. Eso no la detuvo para seguir con su propósito, ahora que ya habían comenzado a hablar.

—Eres muy joven. Debes aplacar esos ímpetus antes de que te conduzcan a una transgresión imperdonable. Ya tienes edad para elegir esposa. Quizá hoy te parezca inadmisible, pero esto podría ayudarte a olvidar lo que tanto aflige a tu corazón.

—¿Olvidar lo que me aflige? —la interrumpió Said con una expresión de dolor en su rostro y alzando su voz—. ¡Llámalo por su nombre! ¿Olvidarla a ella? ¡Olvidar a Beatriz! ¡Eso es imposible! Para olvidarla tendría que deshacerme de mi corazón y perder mi vida en el intento. No podría casarme con otra mujer, cuando es ella a la que amo.

Fátima cerró los ojos por un momento al escuchar el furibundo desahogo de su hijo. Luego alzó sus manos suplicándole que se calmara y que bajara la voz.

—Solo te estoy pidiendo que pienses en esa alternativa. Solo te estoy pidiendo que consideres el único camino correcto. No te condenes a una vida infeliz, ni mucho menos a una existencia que contradiga los designios de Alá. Estamos muy preocupados por ti.

—¿Estáis preocupados? Es mi tío quien te ha enviado para hablar conmigo, ¿no es verdad? Para insistir con esa ridícula idea de casarme con una desconocida. Probablemente tenga un interés oculto y tú le obedeces de buena gana.

—¡No hables así de Akram! Bien sabes que él ha sido muy bueno con nosotros. Te quiere como a un hijo y solo desea lo mejor para ti. Su preocupación es legítima. Es el tipo de preocupación que tendría tu padre si te escuchara.

—¡Akram no es mi padre! Siempre fueron dos hombres muy distintos a pesar de ser hermanos. Y le agradezco a mi tío lo que ha hecho por nosotros, pero no puedo permitirle que controle mi vida del modo en que quiere hacerlo.

—Detente a pensar en lo que te estoy pidiendo —suplicó Fátima—. Hoy no eres capaz de verlo, pero más adelante lo entenderás y hasta podrás agradecerlo: un matrimonio es una alternativa feliz y conveniente. Por lo menos, considéralo. No tienes que aceptarlo hoy, pero prométeme que lo pensarás. Es lo que te pido como tu madre.

—Madre, yo te prometo que no haré nada que pueda avergonzarte ni traer una desgracia sobre nuestro nombre. He renunciado al amor de Beatriz y junto a eso he renunciado a todo el amor del mundo. Mi decisión es irrevocable: permaneceré solo y, en cuanto tenga ocasión, partiré a tierras lejanas para vagar por el desierto. Esa es la vida que prefiero: una consagrada a la soledad absoluta. No me hagas prometer otra cosa que no pueda cumplir.

Fátima quiso insistir en sus súplicas, pero Said dio por terminada la discusión saliendo nuevamente de casa para pactar con el silencio y la noche, sus únicos cómplices. Madre e hijo suspiraban por razones distintas y deseaban con un nudo en sus gargantas que existiera una forma definitiva de no hacer desdichados a quienes más querían.

Capítulo 2

El cielo nublado no auguraba un buen día. Si llovía con mucha fuerza sería un mal día para labrar el campo y acondicionar los cultivos, un día perdido para lograr grandes avances que aseguren buenas cosechas antes del invierno. Pese al desalentador panorama, mientras no lloviera, los habitantes de la aldea no se descorazonaban por un montón de nubes negras agolpadas como una amenaza en el cielo y, en cambio, salían con sus herramientas listas y la voluntad firme para honrar a la tierra que esperaba el sudor de sus frentes. La sola visión del campo bastaba para calmar cualquier miedo o hastío. Ante su inmensidad era imposible renunciar, porque el campo se extendía hacia el horizonte con una promesa de fertilidad y creación.

Quienes vivían para trabajar en el campo, aquellos que habitaban el Campo de los Salvados antes de la llegada de los valencianos, se sentían complacidos con el hábito de su amor a la tierra y cada labor hecha para demostrárselo. A ello dedicaban sus horas sin desear otra cosa, porque vivir por y para la tierra era mucho más que un oficio o un modo de ganarse la vida. Querer la tierra y labrarla representaba la fuerza de una convicción, la predestinación de una vocación y la correspondencia de un sentimiento que no desamparaba a quienes lo profesaban. La tierra era de quien la trabajaba y para trabajarla uno debía amarla. Cada brote era un milagro, un regalo de la tierra para calmar una profunda ansia, esa que impulsa las acciones de cada hombre, en respuesta a su amor. Pero la tierra era inestable y cambiante, algo que sus mejores amantes conocían muy bien, por eso se preparaban, constantemente, pues con la tierra era mejor no descuidarse ni confiarse. Era impensable perder una jornada de trabajo o creer que la labor doble en el futuro bastaría para compensar la pereza de hoy, porque la tierra no perdona a quienes se duermen, e incluso a veces no es condescendiente con quienes le han entregado toda su vida. Existían algunos momentos en los que la tierra se rebelaba en contra de quienes la habían ofendido y entonces anegaba su vientre hasta hacerlo infértil, trayendo hambre y desgracia a modo de venganza.

A pesar de su fe cristiana, un fervor pagano insuflaba esta devoción y temor por la tierra, como si fuera una divinidad con autonomía y poderío propio, una deidad que demandaba plegarias y rendiciones y a la cual se encomendaba el sustento para poder subsistir. Detrás de cada oración a Dios, subyacía la secreta invocación a esta diosa, a veces misericordiosa y otras veces agreste, para que no los abandonara, para que les concediera siempre un bocado en la mesa y que nunca conocieran el hambre. Hombres y mujeres de cualquier edad y hasta niños, todos y cada uno de ellos, según las limitaciones de sus capacidades, aportaban su cuota de sudor y esfuerzo con mucho temple e igual medida de orgullo.

Cuando los refugiados de Valencia llegaron, tardaron en adaptarse al ritmo de trabajo y a reconocer la importancia que los habitantes del Campo de los Salvados le daban a la tierra. Por tratarse de familias de ciudad, acostumbradas al bullicio y la actividad comercial, se sentían ajenos al campo, a su sospechosa calma y a la aparente tranquilidad de los días. Acostumbrados al contacto con el mar y su ímpetu, los atractivos de la tierra eran completamente distintos. Comerciantes y mercaderes, en su mayoría, y algunos pocos pescadores, tuvieron que iniciar un largo y lento aprendizaje para conocer la tierra y poder trabajarla correctamente. Pero gran parte de las familias musulmanas no conseguían conectarse con la tierra, pues estaba en su sangre reconocer únicamente la tierra que era albergue del desierto, el tipo de tierra que no se trabajaba y que nada le brindaba al hombre. A regañadientes se acostumbraron al trabajo diario, pues había sido una de las exigencias cuando fueron aceptados: unas horas de trabajo diario en el campo, al margen de sus otras obligaciones. Tampoco a las familias

cristianas y judías les había sido fácil desarrollar la destreza que un trabajo exhaustivo como ese demandaba, y ya habían podido probar el regusto de frustración e impotencia de esa vida tan dura. Suele suceder que la costumbre termina doblegando hasta al más terco y, en el transcurso de los meses, a pesar de todos los fallos y tropiezos, los valencianos, si bien no se habían encariñado con la tierra del mismo modo que el resto, habían conseguido avances importantes en la calidad de su trabajo. Tal es así que, poco a poco, fueron comprendiendo esa fascinación que la tierra ejercía sobre sus nuevos compañeros de trabajo. Paulatinamente, eran seducidos por la alegría de ver germinar una planta o brotar un nuevo fruto, sabiendo que era el resultado de un aporte personal del cual se sentían orgullosos; así como se sentían decepcionados cuando no prosperaba un cultivo o tardaba en mostrar avances en su crecimiento. Faltaban años de entrenamiento para domesticar la tierra y no dejarse vencer por sus caprichos pero, finalmente, estaban dando pasos por el buen camino para abrazar esta nueva vida campestre, muy distinta de lo que habían conocido hasta entonces.

Y así, a pesar de la posible amenaza de tormenta, viejos y nuevos integrantes de la comunidad del Campo de los Salvados se iban distribuyendo a lo largo del terreno para iniciar el cumplimiento de sus labores. Mientras tanto, el padre Francisco se apostaba en la entrada de la iglesia para ver pasar a sus feligreses y a unos cuantos musulmanes que madrugaban para concluir pronto su jornada y trasladarse después a comunidades cercanas, con las que habían establecido relaciones comerciales. El trabajo en el campo no solo garantizaba a las familias de la aldea su ración diaria de comida, sino que además cada familia podía disponer de una parte del cultivo, ya fuera para consumo personal como para su venta o trueque. Una parte estaba destinada a la iglesia y un porcentaje menor para ser comerciado con la finalidad de disponer de monedas para pagar los impuestos, que podrían ser cobrados de improviso con la llegada de los recaudadores.

El padre Francisco guardaba celosamente el dinero en un lugar secreto dentro de la sacristía, así como lo recolectado para la mejora y ampliación de la iglesia. A veces se distraía soñando con su iglesia ideal e imaginaba cómo se iba transformando en una inmensa y luminosa catedral, un templo perfecto para honrar a Dios. Apenas había podido mejorar sus muros y comenzar la ampliación de algunos sectores, pero no era suficiente. Vivían tiempos convulsos, con hambre, sequía y enfermedad a su alrededor, de los que recibían noticias periódicas, como si con ello también se les advirtiera de que pronto les llegaría su turno. Y aunque el Campo de los Salvados aún no estaba afectado directamente por estos problemas, el mundo no era un lugar seguro para las esperanzas, ni el más estable para sentar las bases de ninguna hermosa ilusión. Precisamente, la llegada de los valencianos había puesto de manifiesto estas preocupaciones, forzándolos a aceptar que no solo eran rumores, sino una amenaza latente y menos lejana de lo que creían.

La llegada de los valencianos también había traído muchas complicaciones inmediatas que fueron resueltas en menos tiempo del estimado: la distribución del territorio en aquellas partes del campo no ocupadas y que no interferían con el trabajo de la tierra; la construcción de casas a cargo de las propias familias y la armonía entre los miembros de distintos credos. Después de cinco meses de convivencia, estos objetivos habían ido cumpliéndose paulatinamente sin grandes contratiempos. Ahora cada una de las familias disponía de una casa sencilla y ya no dormían a la intemperie en refugios improvisados. No estaban en la mejor temporada, pero la mano de obra extra había traído un mayor aprovechamiento de la tierra que bastaba para abastecer a toda la comunidad.

Desde su posición, como solía hacer todas las mañanas, el padre Francisco observaba su comunidad en crecimiento, ahora tan variada en razas y credos como jamás hubiera sospechado que ocurriría. Los refugiados trajeron consigo de Valencia un poco de ese espíritu múltiple de diversidad y convivencia que la caracterizaba. El párroco confiaba en que lo traído fuera tan solo lo mejor de ese espíritu y no las lacras, es decir, los enfrentamientos por intolerancia o las asociaciones prohibidas entre miembros de credos distintos, pues bien era sabido, y se comentaba mucho entre susurros, que estas y otras cosas reprobables ocurrían en Valencia. "Quizá por tratarse de una ciudad tan grande sea mucho más difícil la supervisión moral y espiritual de la comunidad", reflexionaba el padre Francisco. El caso es que hasta el momento no había ocurrido nada de lo cual él pudiera quejarse y la interacción entre cristianos, judíos y musulmanes parecía fraternal y amistosa, con cierta distancia cordial y respetuosa y sin compenetraciones innecesarias. Pero convenía no bajar la guardia y permanecer atento a cualquier irregularidad para tomar medidas a tiempo, pues como párroco y autoridad central del Campo de los Salvados, tenía el firme deber de velar por el buen estado espiritual de su comunidad, evitando cualquier amenaza de pecado e inmoralidad que pervirtiera las buenas voluntades y ensuciara las consciencias de sus feligreses.

La mayor preocupación del párroco eran las familias musulmanas. Algunos de los aldeanos del Campo de los Salvados, en calidad de cristianos, le habían expresado sus preocupaciones por compartir sus vidas con seguidores de ese culto, del que muy poco entendían. Para mayor suerte de su comunidad, el párroco era un hombre de mundo, que había viajado mucho antes de asentarse finalmente en aquella zona rural, por encargo de sus autoridades. En sus viajes tuvo la oportunidad de conocer, en numerosas ocasiones, a otros seguidores del Islam y hasta llegó a confraternizar con algunos recibiendo la hospitalidad de sus casas, por lo que de primera mano sabía que no era un culto bárbaro y sanguinario como muchos creían, aunque sí radicalmente distinto a la fe cristiana, en muchos sentidos. Con palabras justas y precisas calmaba a sus feligreses aclarando sus dudas y explicándoles hasta qué punto sus temores eran ridículos e infundados. Estas reacciones, por desconocimiento y prejuicios, no le preocupaban tanto como los roces que podrían darse a razón de su autoridad.

Tanto judíos como musulmanes se habían comprometido a respetar las decisiones de carácter político y administrativo que determinara el párroco, aunque se desentenderían de todo lo relativo al cumplimiento de las leyes propias de la religión cristiana. Pero, para el padre Francisco, tanto la ley humana como la divina iban de la mano. "¿Si no cómo podríamos confiar en leyes que no atendieran también las necesidades espirituales del hombre? Y como buenos cristianos, ¿de qué otra manera podrían contemplarse y resolverse los problemas morales sino a través del pensamiento y la palabra de Dios?". Sentía que se encontraban en un terreno de diferencias sutiles y peligrosas capaces de desencadenar resentimientos y malentendidos ante cualquier paso en falso. Pero él siempre prefería pensar en lo mejor de las personas, por lo menos hasta que la evidencia de un mal se presentara ante sus ojos. Procuraba proceder con cautela y nunca hacer juicios apresurados hasta no disponer de pruebas. Si ninguna familia valenciana le daba razones para sospechar, más allá de las percepciones alimentadas por prejuicios, su confianza se mantendría firme; pues creía que hasta nuestras preocupaciones deben sincronizarse en el tiempo correcto, o de lo contrario se convierten en un veneno que entorpece las buenas acciones.

El padre Francisco seguía ensimismado contemplando a su comunidad en plena faena. Las mujeres cargaban con cestas para ir a recoger algunos frutos, mientras que los hombres araban la tierra con los músculos en tensión y gotas de sudor corriendo por sus frentes. Los niños correteaban, jugando con los animales que deambulaban por los

caminos, y eran reprendidos por las ancianas que los seguían de cerca. El párroco conocía de cerca los intríngulis del trabajo en el campo porque él mismo, hacía unos años, se había dedicado a ello. A pesar de las objeciones de los aldeanos, aprendió a arar, sembrar, abonar, segar, recolectar y trillar, ensuciándose las manos, sintiendo los dolores en el cuerpo tras largas horas de trabajo. En la tierra era uno más de ellos, pero este tipo de comportamiento lo engrandecía frente a sus feligreses, quienes lo admiraban profundamente por su modestia y su generosidad. El padre Francisco batallaba a diario con la vanidad, la cual secretamente reconocía como uno de sus principales pecados, porque, aunque no lo admitiera, le satisfacía ser visto y reconocido de una manera especial por sus semejantes. Sin embargo, hace un par de años se había visto obligado a parar debido a un dolor de espalda que se convirtió en un malestar constante. Eso le hizo imposible trabajar al mismo ritmo que antes, a la vez que necesitar más tiempo de descanso para recuperarse; lo cual interfería con sus otras obligaciones al encontrarse siempre indispuesto. Por petición popular y consejo de un sanador local, aceptó abandonar el trabajo en el campo para beneficio de su salud. Su espalda mejoró, aunque de vez en cuando sentía unas ligeras punzadas cuando hacía algún esfuerzo importante. Pero todas las mañanas, al observar cómo trabajaban los suyos, extrañaba esos tiempos en los cuales podía embarrarse y sudar hasta la extenuación y se sentía admirado y respetado. Ahora, con toda seguridad, aún era doblemente admirado y respetado, pero ya se había convertido en una figura distante para la comunidad, como cualquier otra autoridad con funciones importantes. Y él extrañaba precisamente esa cercanía con los suyos, cuando era como un amigo en el cual podías confiar y no un sacerdote frente al cual debías comportarte de manera correcta. Ahora los nuevos habitantes jamás conocerían esa versión de sí mismo, que formaba parte de su pasado, y siempre lo verían como un personaje inaccesible y quizá temible, ante el cual mantener cierta actitud de reserva y prudencia.

—Padre Francisco, ¿puedo hablar con usted un momento?

El padre Francisco no había reparado en la presencia silenciosa de una anciana de pie frente a él. Tardó en coordinar sus pensamientos con sus acciones y, con un aire distraído, le respondió:

—Señora Romelia, disculpe que ande por las nubes… Y mucho más con esta promesa de tormenta dibujada en el cielo. ¿En qué puedo ayudarle?

No necesitaba preguntarlo para saberlo, pero igualmente lo hizo por cortesía. Un día a la semana, esta señora se presentaba temprano a las puertas de la iglesia para solicitar el sacramento de confesión. Al párroco le resultaba un poco gracioso, ya que la señora no tenía pecados que perdonar y no había modo alguno de que cometiera nuevos entre una semana y otra. Pese a esto, ella siempre insistía en volver para confesar pequeñas faltas, como unas pocas mentiras y descuidos que luego lamentaba.

—He venido a confesarme —solicitó la anciana Romelia, tal como supuso el párroco—. Espero no molestarle.

—No hay por qué excusarse. Siempre hay tiempo para la salvación de un alma. Para eso está aquí este servidor. Vayamos dentro.

El padre Francisco extendió su brazo para ayudarla a entrar en la iglesia y la señora Romelia reaccionó enseguida conduciendo sus pasos con devoción. Pero antes de girarse para entrar, algo a lo lejos atrajo poderosamente su atención: una joven cristiana, a la cual identificó como la hija de Carlos, se detuvo a hablar con un muchacho musulmán. Parecían conocerse muy bien porque no se trataba de un simple saludo, sino que estaban manteniendo una conversación. Ella negaba con la cabeza y hacía un movimiento con sus manos para luego darle la espalda y salir corriendo. El muchacho se quedó de pie mirándola correr y sosteniendo la cabeza con sus manos, como si

estuviera debatiéndose en una lucha interna que solo su mente comprendía. Finalmente corrió hacia el camino por donde se había ido ella y los perdió de vista. Aquella escena despertó de inmediato su curiosidad, y habría estado dispuesto a seguirlos de cerca de no ser porque una inútil confesión lo esperaba.

Apenas comenzaba el día y ya ofrecía dos probabilidades casi certeras: pronto llovería y el párroco nunca olvidaría lo que sus ojos vieron.

***

Said corría sin detenerse, sorteando por el camino a las personas, que lo miraban con extrañeza al verlo correr desbocado por el campo. En su cabeza resonaban las palabras que Beatriz le había dicho hace un rato: “Te espero en la orilla del arroyo… Es importante. Por favor, no me dejes esperando mucho tiempo”. Said recordaba cómo ir al arroyo, aunque solo lo hubiera visto una vez, de paso, en el camino hacia la cantera. Hubiera querido no hacer caso de aquella petición y quedarse en el campo, pues no quería darles razones a su madre y a su tío para aumentar sus preocupaciones y tampoco deseaba avivar en Beatriz, ni en él mismo, inútiles esperanzas. A medida que aceleraba el paso, se agolpaba en su cabeza el recuerdo de los minutos previos. Él estaba arando la tierra, cumpliendo con su obligación diaria, cuando fue interrumpido por la voz apresurada de Beatriz llamándolo. Fue a saludarlo y con un gesto afligido le dijo aquellas palabras a modo de ruego, y él fue incapaz de negarse ante ese "por favor" que retumbaba en su alma como un eco desesperado, que no era sino la voz de sus propios lamentos.

Said corría al encuentro de Beatriz, no solo porque ella se lo hubiera pedido, sino porque esperaba cualquier excusa para poder estar junto a ella. Cada zancada que daba le confirmaba que no había dejado de amarla ni un solo instante, ni dejaría de amarla aunque ya no pudiera tenerla. Cada paso que le acercaba al arroyo y a ella, le hacía sentir que no importaba mucho lo que pensaran su madre, su tío ni cualquiera que no creyera en ese amor. Bastaban dos corazones para creerlo posible y sobraban el resto de las cosas ajenas a ellos. Solo importaba que por fin la vería de nuevo a solas. Sí, una ocasión única e irrepetible después de tanta distancia, incluso en la cercanía. Durante meses había deseado una ocasión como aquella, pero jamás hubiera imaginado que Beatriz tomaría la iniciativa. Fue lo suficientemente valiente para provocar aquél encuentro que apenas duró unos segundos, y ningún miembro de sus familias se hallaba cerca. En cuanto al resto de aldeanos, Said confiaba en que nadie le hubiera dado importancia a aquel breve intercambio de palabras, en vista de lo poco que los conocían. Todo había sido muy rápido y probablemente quedó olvidado a la misma velocidad que su carrera lo conducía al destino deseado.

Por fin llego al arroyo y allí estaba ella. Said siempre conservaba en su memoria una imagen de Beatriz: cuando la encontraba de espaldas e indiferente a lo que ocurría detrás de ella, como si tuviera la certeza de que alguien le tocaría el hombro anunciándole su llegada. Said se contentaba con paladear ese momento de expectación antes de revelar su presencia, así como ella disfrutaba del secreto placer de esperar sin verlo llegar para dejarse sorprender. Ambos complacían al otro en esos pequeños detalles y eran esas mismas minucias las que demostraban una absoluta simbiosis. Porque los detalles son precisamente lo que más atesoran los amantes, y orbitan alrededor de ellos porque les sirve para dar testimonio de su amor. De este modo, Said se acercó lentamente hasta rozarle el hombro delicadamente con su mano. Al sentir ese familiar e inconfundible roce, a Beatriz se le estremeció el cuerpo con un feliz escalofrío, pero se tomó su tiempo para ponerse a la altura de esos adorados ojos negros.

—¡Said! Has venido.

Sus miradas se encontraron para reconocerse. Era el momento de recordar todas las miradas compartidas y de saldar todas las miradas no ocurridas. Era el momento de mirarse sin impedimentos ni prohibiciones, o a pesar de ellos, por unos pocos minutos que bien podrían alargarse hasta abarcar unas cuantas horas. Ya casi habían olvidado que el tiempo era caprichosamente corto durante esos encuentros. Por eso reaccionaban con ansiedad al verse, temiendo que cada minuto fuera el último compartido.

—Por supuesto que he venido —reafirmó Said—. ¿Acaso pensabas que no vendría? ¿Cómo podría dormir esta noche después de semejante crueldad? No soportaría la idea de dejarte tirada.

Entre respuesta y respuesta, unas pausas de silencios satisfactorios, de gestos y respiraciones que daban mejores explicaciones que cualquier frase que pudieran decirse.

—¿Solo has venido para asegurarte un buen sueño? —bromeó Beatriz—. No me agradaría saber que tengo la culpa de que no puedas dormir…

Compartieron una sonrisa triste tras esta afirmación. Ambos sabían lo mucho que les costaba dormir, estando del modo en el que estaban: tan cerca pero sin poder alcanzarse.

—Me sobran las razones para estar aquí y soy incapaz de enumerarlas todas. No porque las olvide sino porque enmudezco al verte y en tu presencia mi lengua es torpe comparada con mis pensamientos. —Said tomó sus manos, las besó durante unos segundos, como queriendo aspirar el olor de su piel hasta grabarlo a fuego en su memoria, y después las acercó a su pecho—. He venido para comprobar tu belleza y escuchar tu voz. He venido para asegurarme de tu bienestar. He venido, Beatriz, porque no perdería la oportunidad de verte. He venido porque te amo, y lo sabes.

Beatriz no pudo evitar sollozar al escucharlo y se giró enseguida para cubrirse el rostro con sus manos. No deseaba que Said la viera de esa forma y se disgustara. Pero era inútil engañarse.

—Yo también te amo —susurraba en medio de su llanto—. Y no quiero seguir de este modo.

Said la abrazó para calmarla y ella, que seguía de espaldas, sintió la dulce presión de sus brazos. Era como aferrarse a una tabla de salvación en medio de un naufragio, y por nada del mundo quería soltarse. En sus brazos, la tristeza no contaba con fuerza suficiente para ahogarla.

—Debemos ser fuertes, Beatriz. Es el destino que nos ha tocado vivir. Ni siquiera esto que estamos haciendo nos está permitido…

—¡No hay nada malo en esto que hacemos! ¿Cómo pueden señalar tantas sombras en algo tan puro?

—Es puro e inocente, sí —concedió Said—. Pero tras esto pueden surgir otros deseos peligrosos, que pueden condenarnos y hacernos perder la cabeza. Y yo no quiero hacerte daño ni arruinar tu vida.

Beatriz sintió que el rubor se propagaba por su rostro. Aunque no entendiera mucho acerca de esos deseos que Said mencionaba, ella creía haberlo sentido en su cuerpo e intuía a qué se refería, incluso sin conocer las palabras adecuadas para expresarlo. Pero era mejor no insistir en ello porque, tal como Said había dicho, era algo peligroso.

—Pero, ¡Said! Mi vida sin ti ya es una ruina, y ya me está haciendo daño esta insoportable distancia. ¿Puede llamársele vida a esta espera sin esperanzas? A veces imagino otras posibilidades, como un mundo distinto en el cual pudiéramos estar juntos porque allí estas diferencias que nos apartan no son superiores al amor que nos tenemos. Pero luego me doy cuenta de que en realidad es así, ¡nada está por encima de nuestro amor!

Se separaron delicadamente para volver a mirarse. Beatriz pudo ver en los ojos de Said la resolución que ella no aceptaba como última respuesta. Ambos se amaban sin reparos, pero solo uno de ellos, Said, estaba dispuesto a aceptar lo que encomendaba la razón. A Beatriz le costaba asumir esa dolorosa posición que Said defendía. Esa diferencia sustancial los apartaba y creaba una nube oscura, que no ennegrecía su amor, pero que creaba una fisura a través de la cual Beatriz se derrumbaba. Dijera lo que dijera Said, ella se negaba a considerar aceptable una renuncia. Y no existía una tregua posible si el abandono era la única opción entre ellos. Beatriz adivinaba las próximas palabras de Said y la exposición de argumentos, que ella consideraba ridículos y contradictorios; sin embargo, lo dejó hablar aunque le fuera a doler lo que iba a escuchar.

—¡Qué más quisiera yo que decirte las palabras que tanto quieres escuchar! Si fuera posible diría simplemente esas palabras, que son las que yo quisiera decirte, pero no las que debemos decir. No resientas mi sensatez, Beatriz. Lo nuestro es bueno para nosotros, pero no lo es para el mundo. Y aún así, sigue siendo verdadero, sean cuales sean los ojos que lo miren. Entre lo bueno y lo verdadero, debemos hallar la solución más justa. —Beatriz insistía en bajar la mirada, pues no soportaba escuchar sus palabras a la vez que sentía la pena de su mirada, pero Said le alzaba el rostro delicadamente con sus dos manos—. No podemos volver sobre nuestros pasos, ni podemos borrar el recuerdo del uno en el otro. Pero lo justo sigue siendo lo adecuado, a pesar de lo que sabemos verdadero.

—Lo justo… ¿qué sentido tiene esa palabra?

—Beatriz, le hice una promesa a mi familia y a la tuya, a mi dios e incluso al tuyo, porque no son tan distintos y ambos se empeñan en apartarnos. Desobedecer esas leyes solo puede traernos miserias y nuestro amor ya no será ni grande, ni justo, ni hermoso. ¿Podría entonces seguir siendo verdadero? Quizá siempre lo será, bajo cualquier circunstancia, pero ¿a qué precio? Por este amor todo vale la pena, no me cabe duda. Hasta perder el alma, si es preciso. Sin embargo, cuando amamos queremos lo mejor para quienes amamos.

—Exacto, y lo mejor para nosotros somos nosotros mismos.

—No Beatriz, yo quiero lo mejor para ti, y bien sabes que yo no soy lo mejor para ti. Debes recordar lo que sentiste durante tu huida. No soportarías una vida sin tu familia, y así debe ser. Les debes respeto. Además, otros vínculos más poderosos te atan a ellos, eso también es amor. Y no queremos que nuestro amor destruya esos otros amores que nos son tan esenciales como el aire que respiramos o el agua que bebemos. He ahí el gran riesgo: nuestro amor es tan inmenso, que bajo él peligran los otros amores que nos ayudan a permanecer vivos. No tienes que aceptar mis palabras, pero es todo lo que puedo ofrecerte, a pesar de que no sea todo lo que quiero darte.

Beatriz dejaba que sus lágrimas se fueran secando del mismo modo que dejaba que la resignación se asentara en ella, pues ya parecía imposible oponerse. Solo restaba condescender.

—Said, quisiera preguntarte si ya nada puede hacerse, pero es una pregunta inútil. Creo que me ha quedado claro que nada de lo que quisiera podría hacerse —Beatriz le miró fijamente a los ojos—. ¿Sabes la vida que me espera? Algún día me casarán con otro hombre y yo no podré negarme. No me es lícita la opción de quedarme sola, aunque esa sería mi elección. Veo que toda mi vida sin ti ya ha sido vivida y planificada por otros, pero yo no quiero vivir esa vida.

—Vivirás, Beatriz. Y encontrarás la forma de que haya algo de dicha en esa vida. Hoy te parece imposible, pero la encontrarás. Eso lo prometo, aunque no me corresponda hacerlo. Yo ya le he dicho a mi madre que no tomaré esposa alguna, que

elijo una vida de soledad, en el desierto, en la tierra de mis ancestros. Aún no puedo irme y dejar aquí a mi madre, antes debo asegurar su estabilidad en este lugar, y es lo que haré próximamente. En cuanto a nosotros, solo la distancia y el tiempo podrán salvarnos de este sentimiento que nos ahoga, que nos empuja hacia una posible catástrofe. Ya no podemos seguir encontrándonos como hoy lo hemos hecho, ni como antes lo hacíamos, ni como quisiéramos seguir haciéndolo mañana y siempre. Este es el momento de renunciar, antes de tener que lamentar las consecuencias.

Beatriz ya no lloraba. Eran las palabras esperadas y, en cierto modo, estaba cansada de seguir poniendo objeciones. No aceptaba su veredicto ni se conformaba con el futuro que la esperaba, pero le agotaba su resistencia. Said estaba determinado a hacer lo correcto y ella sabía que era lo mejor si no quería hacerle daño a su familia.

—¿Me abandonarás? Ni siquiera puedo tener el consuelo de saber que estás cerca, aunque no pueda tenerte. ¿No es el desierto una elección peligrosa?

—No es tan peligroso como estar cerca de ti. Ni tan triste como renunciar a este amor. Si me quedo en este lugar, tendré que hacer una vida. Me veré obligado a casarme y formar una familia con una mujer que no amo. No soy tan libre como crees, Beatriz; al igual que tú, me encuentro sujeto a las imposiciones de mi mundo, a obedecer reglas para cumplir con lo que se espera de mí. Solo el desierto es mi vía de escape.

—¿Podrías despedirte al menos? —le imploró Beatriz—. Odio la idea de tu partida, pero tampoco me gustaría verte al lado de alguien más. ¿Soy muy egoísta si me alegra el que hayas escogido la soledad si no podemos estar juntos? Si yo pudiera elegir una opción como esa, una soledad absoluta, no dudaría en hacerlo, aunque da igual la decisión que tomemos… nunca será aquella que nos haga felices.

—No, no eres egoísta. Y si lo eres, yo también lo soy. Si me voy es precisamente porque no quiero verte al lado de otro. Prefiero no estar aquí si no puedo cambiar esta situación. Pero yo no quiero que seas infeliz, y sea cual sea la vida que te espera, no quiero que la vivas en completa desdicha. Si hoy no lo puedes hacer por ti, al menos hazlo por mí. En medio de mi desconsuelo, me sentiría mucho mejor si uno de los dos fuera capaz de reconciliarse con la vida. Y quiero que seas tú. No quiero que me olvides, pero tampoco deseo verte infeliz. ¿Es mucho pedir? ¿Podrías hacerme esa promesa?

—No puedo prometerte una mentira. Mi felicidad se va contigo.

—Prométeme que lo intentarás, al menos —insistió Said—. Hazlo por mí. Dame esa sola satisfacción, saber que puedo imaginar un futuro mejor para ti.

Sus ojos implorantes enternecieron a Beatriz, que no comprendía por qué era tan importante asegurar una felicidad que no lo incluía a él. Pero en su mirada llena de angustia y súplica Beatriz entendió que su petición no era solo un capricho suyo, pues ella tampoco deseaba que Said tuviera una vida miserable ni llena de desgracias. Qué extraño e impredecible es el amor, pues, incluso en la derrota, los amantes quieren que el otro sobreviva y asegure su bienestar. Hay un raro consuelo en tener esa agridulce satisfacción, gracias a la cual se soporta mejor la pérdida.

—Prometo intentarlo. —Beatriz no quería mentirle, pero tampoco negarle algo a esos ojos tristes y hermosos—. Pero también quiero que tú encuentres la paz, si tu elección es el desierto, o en cualquier otro lugar que se presente en tu camino. Compartamos eso: la seguridad de imaginarnos en paz, por encima de la tristeza. Que esa sea la promesa gracias a la cual nuestro amor se mantenga vigente en nuestros corazones.

Aquellas palabras calaban hondo en sus espíritus. Una sonrisa llena de tristeza, pero con un relumbre de esperanza, iluminó el semblante de Said. A Beatriz se le aceleró el corazón al verlo sonreír, era tan hermoso ante sus ojos. Ella también sonrió

con tímidas lágrimas asomándose por sus ojos, lo cual realzaba su inconmensurable belleza. Said no pudo evitar acercarse hasta ella para sostener sus manos entre las suyas y prodigarle una mirada cómplice.

—Puedo vivir con una promesa como esa. Compartamos esa paz, del modo en que dices. No perdamos eso, así es como nuestro amor nunca se extraviará.

Se abrazaron de inmediato. Sintieron el débil rumor del arroyo junto a ellos, como único testigo. Si tan solo fuera posible fundirse allí mismo y convertirse en una piedra bañada por sus aguas. Con ese mismo abrazo y el sonido del agua, vino a la memoria de ambos el recuerdo de sus primeros abrazos a orillas del mar. Pero toda aquella inocencia y esperanza se había quedado en Valencia y ahora compartían estos pocos instantes que alcanzaban a robar del poco tiempo que les quedaba juntos. Pronto tendrían que separarse y volver a sus casas, sabiendo que ya no se repetiría un encuentro como ese. Pero ya lo habían dicho con anterioridad y, sin embargo, allí estaban abrazados y cerrando sus ojos con la única certeza del tacto de su piel. No sabían lo que el destino les deparaba, ni si aquél abrazo sería el último. Algo en su interior les hacía desear besarse, como aquella vez en la playa, pero el sentido común les advertía que, si se besaban de nuevo, ya nunca renunciarían a su amor. Por esta misma razón, Said la apartó lentamente de su abrazo y la susurró al oído.

—Beatriz, es hora de partir. Vete tú primero. Es mejor si tomamos caminos separados.

Beatriz asintió casi por inercia, sintiéndose raptada por aquel abrazo, como si aún lo sintiera en su cuerpo. Said se quedó inmóvil, animándola con su mirada a seguir adelante. Beatriz obedeció caminando lentamente y sin dejar de mirar atrás. Said conservaba su sonrisa y unos ojos anhelantes. Entonces comenzó a llover y Said se mantuvo inmóvil, dejándose mojar por la ligera lluvia que caía y viendo cómo Beatriz empezaba a correr. Beatriz corría como dejándose llevar por sus pasos apresurados para perderle pronto de vista. Intuía que, por el aspecto de los nubarrones, la llovizna se transformaría en tormenta. Mientras, pensaba cómo, gracias a una tormenta, se cruzaron sus caminos por primera vez; sin embargo, esta nueva lluvia se iba a convertir en el recuerdo de su separación. A veces lo caprichoso de las casualidades resulta demasiado doloroso. Nos sentimos rodeados de señales y respuestas trascendentes, de símbolos que juegan a nuestro favor para revelarnos un propósito duradero, hasta que de pronto un mínimo cambio revierte la percepción original de esos signos afortunados para revelar una faz oscura y contraria a nuestros deseos. Lo que ayer se presentaba como un milagro, hoy puede tornarse en catástrofe. Es entonces cuando nos sentimos traicionados por lo que considerábamos un destino seguro. La fortuna y sus reveses burlan las grandes esperanzas.

Capítulo 3

Una serie de acontecimientos desafortunados sucedieron en el Campo de los Salvados, transformando la habitual tranquilidad cotidiana en desgracia. Con la proximidad del invierno se multiplicaban los esfuerzos para abastecerse y asegurar suficientes provisiones. Esta vez, gracias a la llegada de los valencianos y su contribución en las tareas del campo, no solo se habían cubierto los mínimos para el aprovisionamiento, sino que los habían superado. El padre Francisco se sentía satisfecho con el trabajo en armonía de su comunidad, al margen de las diferencias religiosas y los recelos que sentían los feligreses ante los no cristianos. Pero el tiempo y el trabajo en equipo habían contribuido a aminorar los prejuicios y a establecer las bases para una relación cordial entre todos.

De vez en cuando conversaban sobre el clima, el estado de la tierra o sobre anécdotas del pasado. A los valencianos les gustaba hablar sobre Valencia y los oriundos del Campo de los Salvados se entretenían escuchando sus historias y las descripciones de un lugar que nunca tuvieron la oportunidad de visitar, tan acostumbrados a ver el paisaje que los circundaba: largas extensiones de campo, bosquecillos irregulares, arroyos, pequeños e inofensivos animales y cruces de caminos hacia otros campos similares. Escuchar relatos sobre una ciudad como Valencia les resultaba fascinante: un mundo distinto en constante actividad, con mercados aparatosos, callejuelas intrincadas y casas firmes, en el que era usual ver desembarcar buques de lejanas tierras, como si aquel lugar fuera perfecto para iniciar una aventura que perduraría en las historias de los trovadores y los teatros ambulantes. Sin embargo, todo aquello se encontraba bajo amenaza, si no ya perdido.

En cuanto a los relatos de los acontecimientos relacionados con el aparente declive de Valencia, los campesinos evitaban preguntar sobre los pormenores de la peste y su huida, pues era común que, al hacerlo, el rostro de los valencianos se ensombreciera y solo daban respuestas breves. De todas formas, preferían no indagar mucho sobre el tema porque a ellos mismos les aterrorizaba la perspectiva de enfrentarse a una situación como aquella. A veces, cuando alguno de sus feligreses le expresaba semejantes temores, el padre Francisco alzaba una mano apuntando al cielo, indicando que solo en la voluntad de Dios estaba la respuesta, y sugiriendo después que lo mejor era no preocuparse por el futuro porque se corría el peligro de descuidar el presente.

Tras el verano, vino el otoño y ya empezaron a sentirse los inicios del invierno. Comenzaron entonces los problemas: una serie de lluvias torrenciales asolaron el campo durante dos semanas. A cualquier hora se desataba la furia del cielo y sus precipitaciones descontroladas. No solo se arruinaban los brotes recientes, sino que la tierra quedaba anegada para desenvolverse de manera correcta en el curso natural de sus procesos. Cuando finalmente el clima se normalizó, apareció un nuevo inconveniente: una plaga de langostas. Hectáreas enteras quedaron inutilizadas y ya no contaban con los cultivos destinados al consumo diario. Tras ello, vinieron unas semanas inaguantables de sequía. Mientras reiniciaban labores de reacondicionamiento de los terrenos servibles o que podían rescatarse con mayor prontitud, se vieron obligados a distribuir y consumir parte de aquellas provisiones que habían reservado para el invierno. La situación era visiblemente preocupante, ya que en un par de meses solo podrían subsistir con lo abastecido hasta la llegada de la primavera. Y si comenzaban a consumirlo por anticipado, no sobrevivirían al invierno si no lograban recuperar en los próximos días el trabajo perdido. Por muchos esfuerzos que pusieran en conjunto, y aunque duplicaran las jornadas de trabajo, el tiempo jugaba en su contra, y les esperaba un invierno de hambruna si no actuaban rápido.

En vista de los problemas presentes y las amenazas futuras, el padre Francisco convocó a las cabezas de familia del Campo de los Salvados para una reunión de extrema urgencia, con el objetivo de discutir soluciones y alternativas para afrontar el invierno que se avecinaba y el hambre que los aquejaría. Hombres y ancianos, en su mayoría padres y esposos, se congregaron en el patio de la iglesia, aguardando en silencio a que el párroco iniciara la reunión. Se encontraban allí miembros de las distintas familias, incluyendo a los de las familias judías y musulmanas. Algunos de los cristianos los miraban con recelo, pues las desgracias acaecidas recientemente estaban enfriando la cálida cordialidad que se había gestado. Y, aunque nadie lo admitiera públicamente, para muchos todos aquellos sucesos eran malos augurios que expresaban un descontento divino: algunos suponían que a Dios no le satisfacía el contacto de los cristianos con la fe de judíos y musulmanes, y que todas las desgracias de las que habían sido testigos eran una llamada de atención para poner las cosas en su sitio. Se sumaba a esto el hecho de que anteriormente, en el Campo de los Salvados, no habían surgido tantos problemas simultáneos, ni un riesgo de escasez de alimentos como el que ahora estaban viviendo. Los no cristianos sentían esa hostilidad a su alrededor y respondían de manera semejante, con una actitud altiva y a la defensiva. Cualquier mínimo roce sería suficiente para desatar un enfrentamiento.

En el patio se escuchaba un barullo de rumores y cuchicheos indistinguibles que no cesaban. Cuando finalmente el párroco se puso al frente de todos, alzando su mano para solicitar silencio, se dio cuenta de que la mayor parte de su audiencia se encontraba absorta y distraída en sus conversaciones, por lo que carraspeó repetidas veces. Finalmente se instauró el silencio, palpable y lleno de tensiones. El padre Francisco dirigió una mirada a cada lado del patio, observando los rostros expectantes y preocupados. Su presencia inspiraba respeto, ya fuera por las canas que comenzaban a poblar su cabello, o por su atlética delgadez realzada por su altura, o bien por el aspecto severo de su rostro en reposo, o por la combinación de todas sus características. Sus movimientos eran seguros y su mirada denotaba firmeza y el peso de una autoridad magnificente. Era un hombre apreciado y respetado, a partes iguales.

—Antes de hablar del tema que hoy nos ocupa, quisiera aprovechar la oportunidad para realzar las virtudes que como comunidad nos identifica. Los valores que tanto ayer como hoy y, en lo sucesivo, deben representarnos en cada uno de los ámbitos de nuestras vidas: ya sea mientras trabajamos la tierra, cumplimos con nuestras obligaciones o atendemos nuestros hogares. Algunos me conocen por más tiempo y hemos tenido la oportunidad de vernos crecer, prosperar e inevitablemente envejecer. Con otros sucede lo contrario, apenas estamos descubriéndonos e identificándonos, pero ha sido una experiencia fructífera para todos y ha traído una nueva fuerza de trabajo para estas tierras que tanto lo necesitan… Nadie sobra cuando mucho nos falta. Las virtudes que nos identifican, no vienen determinadas por el culto hacia un dios particular, sino que son las virtudes necesarias para prosperar y mantener una comunidad en pie: el esfuerzo conjunto, el respeto entre los semejantes y la solidaridad.

Al escucharle hablar de ese modo las tensiones en el ambiente se aligeraban y, con ello, los recelos infundados. Los judíos y musulmanes se sentían incluidos en sus palabras, y cada uno de ellos reflexionaba para ponerse a la altura del párroco y pensar en lo mejor de sí mismo y de quienes los rodeaban.

—Hace mucho tiempo, mis superiores me encomendaron la tarea de mudarme a este campo, aparentemente olvidado por Dios, y transformarlo en una próspera comunidad. Cualquiera pensaría que este trabajo era indigno y en cierto modo un castigo contra cualquier forma de vanidad. Pero yo lo acepté sabiendo de antemano que era menester empezar desde los cimientos. Al llegar, encontré a un grupo de familias

desorganizadas, pero con mucha voluntad de trabajar y ganas de esforzarse. Me ayudaron a aprender la difícil labor de trabajar la tierra, a proporcionarme alimento, a trabajar en equipo por objetivos comunes y a construir esta iglesia. Mutuamente nos salvamos y creamos un lugar donde fuera posible vivir y prosperar. Es por esta razón que este lugar sin nombre fue bautizado como Campo de los Salvados. Sin embargo, no fue hasta ahora que ese providencial nombre ha demostrado hasta qué punto es el apropiado. Con la llegada de las nuevas familias, huyendo de males y tristezas que es mejor no mencionar, pudimos dar la salvación que necesitaban a quienes tanto la buscaban y durante semanas tardaron en encontrar. Ahora, no solo se han establecido en este campo y han aprendido a trabajar la tierra, sino que han construido un techo sobre sus cabezas, un techo que los ampara y que los convierte en habitantes de este lugar de paz y esperanza. —El padre Francisco dejó de pasear de un lado a otro y se quedó quieto en el centro del patio—. Y hoy puedo decir, sin que me tiemble la voz para asegurarlo, que os consideramos como parte de esta comunidad y que respondemos ante vosotros en calidad de vecinos, compañeros de trabajo y amigos, así como esperamos el mismo trato por vuestra parte. En el Campo de los Salvados siempre habrá lugar para cualquiera que busque un refugio. Puede que en el futuro seáis quienes le deis la bienvenida a otros que necesiten un hogar, como antes lo hicimos nosotros.

Los valencianos se sintieron conmovidos y no dudaron en asentir, con gestos de aprobación, para validar sus palabras. Entre los presentes se encontraban Carlos y Akram, quienes compartieron una breve mirada de compasión y reconocimiento en la pena mutua. Ciertamente, para cada uno de los valencianos había sido una temporada llena de pruebas y dificultades, pero en aquella aldea habían encontrado la esperanza de una salvación que durante los días de éxodo les había resultado esquiva. Si bien esta nueva vida no reemplazaría la nostalgia por Valencia, era bueno sentirse parte de un lugar otra vez. Agradecían la delicadeza con la que el párroco mencionaba esos acontecimientos, del mismo modo en que albergaban una gratitud indescriptible por encontrarse allí y no bajo la sombra de la muerte y la enfermedad que dejaron a sus espaldas.

El padre Francisco continuó con sus admoniciones, con una voz calmada pero resuelta.

—Es por esta razón que os invito a que nos veamos todos directamente a los ojos para reconocer que por encima de nuestras diferencias trabajamos y luchamos por un mismo propósito, por este campo que es nuestro hogar; el cual debemos cuidar y proteger del mismo modo en que atendemos nuestras casas y nuestras familias. Solo en la unión encontraremos la fuerza para afrontar los presentes y futuros obstáculos. En tiempos oscuros, la bondad es la principal arma que tenemos para vencer por encima del hambre, las plagas, la enfermedad y cualquier otro malestar que nos aqueje. Recordemos, hermanos, que en otros lugares suceden acontecimientos tenebrosos que, gracias a la voluntad de Dios, no han asolado nuestras tierras. Pero por primera vez en mucho tiempo, el invierno se nos presenta como una amenaza contra la cual es probable que no contemos con provisiones suficientes. Pero es un mal que podemos vencer si actuamos rápido y con inteligencia. Cada segundo es crucial, al igual que la voluntad de cada uno de ustedes a la hora de impedir que la situación empeore.

En este punto el silencio se rompió y todos quisieron expresar sus miedos y reproches. Pero no eran capaces de actuar tan serenamente como el párroco, sabiendo que el hambre, acompañada por el frío, estaba a un paso de llamar a sus puertas. La confusión agitaba sus mentes y una creciente desesperación azuzaba sus corazones. Ni siquiera la seguridad del padre Francisco al hablarles bastaba para tranquilizarlos.

—¡No sobreviviremos! —dijo un cristiano, que se contaba entre los residentes originales del Campo de los Salvados—. ¿Cómo repondremos los alimentos consumidos a destiempo? El invierno llegará antes de que logremos recuperar las hectáreas asoladas por la plaga. ¿Y si nos asedian nuevamente las lluvias? Solo nos queda racionar lo que tenemos y lo poco que cosechemos, esperando un milagro.

Se acrecentaba el volumen de las voces y todos tenían intención de participar. El padre Francisco alzó sus manos intentando que guardaran silencio, nuevamente sin éxito.

—¡Ya nada puede hacerse! —intervino un anciano, también cristiano—. ¿Es que no os habéis dado cuenta? Las lluvias, la plaga, la infertilidad del campo… ¡Estamos malditos! La fatalidad cierra sus fauces sobre nosotros por no haber reaccionado a tiempo. Sin importar lo que hagamos ya no podemos revertir los designios del Señor. ¿Esperar un milagro? Eso solo sería posible si recuperáramos la gracia extraviada. Pero Dios nos castiga por haber sido tan permisivos con quienes no debíamos. Le hemos dado la bienvenida a la mala suerte y tras ella vendrá la enfermedad y, por supuesto, la muerte.

El efecto de esta intervención trajo consigo un mayor alboroto. Las acusaciones no se hicieron esperar, así como los reproches entre unos y otros. El párroco hizo un gesto de desaprobación con su cabeza. Por su parte, los musulmanes se sintieron señalados y aludidos, y quisieron abandonar de inmediato la reunión por las ofensas recibidas, pero Carlos los detuvo pidiéndoles que no se fueran y después decidió intervenir en el alboroto.

—¡Este no es el comportamiento de un buen cristiano! Los problemas que nos afectan a todos por igual no son responsabilidad de nadie. A veces ocurre que la naturaleza está en contra del hombre. En Valencia, muchas veces el mar no es favorable para los negocios, ya sea por las tormentas o por las malas temporadas de pesca, pero buscar un culpable no sirve de nada. El tiempo no juega a nuestro favor, pero aún hay una oportunidad para actuar. En su momento también nos vimos cegados por los prejuicios en vez de buscar soluciones o alternativas para contrarrestar los males que se cernían sobre nosotros. Si algo me enseñó mi experiencia sobre la huida de Valencia es que, cuando ponemos a un lado las diferencias y no le hacemos caso a los prejuicios, podemos lograr grandes cosas trabajando juntos. Puede que nos separen nuestros dioses, pero concedámonos la oportunidad de que sea esta tierra la que nos una, así sea en momentos de necesidad como este.

—¿Con qué autoridad vienes a reprobar nuestro comportamiento? —dijo el anciano—. Ser cristiano no te redime de las desgracias que esa gente ha traído con vosotros. Eres uno más de ellos ante mis ojos.

Si bien algunos pensaban igual que el anciano, las palabras de Carlos resultaron admirables para la mayoría de los presentes y no validaron este ataque en su contra. El párroco aprovechó esta silenciosa confusión entre los congregados, producto de la maliciosa acusación del anciano, para retomar la palabra:

—Las palabras de Carlos son tan válidas como las mías. En parte son mis propias palabras, las que podría deciros y las que quiero que toméis como recomendación. ¿Habláis de milagros? Pues Dios ayuda a quienes se ayudan. Si nos sentamos a esperar un milagro sin hacer ningún esfuerzo, su voluntad no recompensará nuestra pereza. ¿Os preocupa una maldición? Yo os aseguro que el hombre seguro de su virtud no debe temer que ninguna sombra lo corrompa, ni que ningún demonio lo roce. Es grave lo que hoy nos ocupa. Si insistimos en supersticiones nos hundiremos mucho más en la inacción y con ello vendrá una tiniebla de la cual ninguna luz, ni mucho menos un milagro, nos podrá rescatar. Es tiempo de actuar. Es tiempo de proponer soluciones.

Confiemos en que Dios nos asistirá, pero demostrémosle cuánto queremos buscar esa ayuda. No dejemos que el orgullo nuble nuestro sentido común y nos conduzca a la perdición.

Un coro de voces replicaba y conjuraba distintos pensamientos, contradictorios entre sí. Parecía imposible ponerse de acuerdo, por cada posible solución surgían nuevas quejas y disensiones. Para muchos era más sencillo rendirse y apostar por la desgracia; preferían buscar un culpable con el cual desahogarse y luego limitarse a esperar un destino fatal. Al párroco se le escapaba el secreto para obtener un consenso y respiraba profundamente frente a esta prueba de paciencia que Dios le presentaba. Pero su deber era ayudarlos, llevarlos hacia el camino de la sensatez alumbrando sus conciencias, aclarar sus corazones y no dejarlos a su suerte. Conocía personalmente a muchos de los presentes, y apreciaba y respetaba a quienes habían llegado recientemente a su comunidad. Era menester conseguir una solución satisfactoria antes de que el invierno impusiera la crueldad de su gélida majestad, reclamando las vidas de quienes allí vivían. Sin embargo, el párroco confiaba en el nombre con el cual fue bautizado aquel lugar; allí siempre habría lugar para la salvación.

—¿Qué alternativas tenemos? —preguntó uno de los hombres presentes—. Gran parte de las tierras aptas para ser cultivadas probablemente solo sirvan después del invierno. Pero no podemos esperar una pronta recuperación tras estas semanas consecutivas de lluvias y plagas. Por otro lado, por mucho que racionemos las provisiones no nos bastarán para sobrevivir todo un invierno.

Aparentemente nadie tenía una respuesta clara, hasta que inesperadamente se adelantó Akram alzando su mano frente al párroco, indicándole con ese gesto que quería tomar la palabra. Los presentes se miraron con extrañeza y el párroco, agradecido por su cortés gesto, asintió con la cabeza, concediéndole no solo el permiso para hablar sino dándole a entender a la audiencia que le prestaran atención. Akram sonrió y dio un paso al frente para ponerse en un punto desde el cual pudiera ser visto y escuchado por todos. Su contextura gruesa y su barba poblada le daban un aspecto imponente, y cuando su voz grave retumbó en la sala, todos quedaron en silencio, incapaces de interrumpirlo.

—Ciertamente, es de extremo cuidado lo que puede ocurrirnos si obramos de mala manera o tardamos en tomar una decisión. Cuando llegue el invierno, todas nuestras objeciones parecerán ridículas y, en cambio, nos lamentaremos por lo que no hicimos cuando debíamos. Muchos os preguntáis qué podríamos hacer si recuperar las tierras no es una opción viable en un margen de tiempo tan corto. Pues es muy sencillo: adquiramos esa comida fuera del campo. Cuando uno no produce lo que quiere conseguir, lo busca de otro modo, lo adquiere a través de un intercambio con quienes sí puedan tenerlo, en los lugares donde puedan encontrarse. ¿Y qué mejor modo de obtener algo que no se tiene, que comprarlo a cambio de otra cosa que sí se posee? Mi propuesta es la siguiente: elijamos a un grupo de personas para viajar fuera del Campo de los Salvados y adquirir provisiones en las aldeas cercanas, a cambio de monedas o cualquier otro artículo de valor. Yo mismo me ofrezco voluntario para encabezar este viaje y aportar mi experiencia como comerciante.

Todos se miraron confundidos, sin saber qué responder. Pese a sus reticencias por tratarse de uno de los musulmanes, su elocuencia y su seguridad en sí mismo hizo que todos consideraran aquella alternativa como una buena solución. Los otros cabeza de familia pertenecientes a las familias musulmanas apoyaron la propuesta de Akram y se adelantaron gozosos para formar parte de esa hipotética comitiva y ofrecer de igual modo su talento como comerciantes.

—Me parece una propuesta útil y de rápida ejecución la que propones, Akram —dijo el padre Francisco—. Agradecemos mucho tu ofrecimiento y considero aceptable el

plan. Mientras algunos nos quedamos velando por el mantenimiento de aquellas tierras que aún pueden ofrecernos frutos, un grupo de voluntarios deberá acompañar a Akram en el cumplimiento de su misión. Si un miembro de cada familia, bien seáis vosotros mismos o alguno de vuestros hijos, quiere colaborar, deberá notificarlo cuanto antes. Es menester que partáis mañana mismo en la tarde, si es posible, y que recolectemos entre todos una cuota de monedas para hacer estos negocios. Yo mismo ofreceré una parte del dinero destinado a las reparaciones de la iglesia para comprar provisiones en otras aldeas. ¿Alguno de los aquí presentes está dispuesto a acompañarlos?

El silencio fue sepulcral. La propuesta resultaba atractiva, pero no les alegraba que fuera liderada por los musulmanes, ni que tuvieran que gastar sus monedas. Desconfiaban de ellos, pero no se atrevían a oponerse. Carlos, una vez más, fue al centro del patio para intervenir.

—Me gustaría ofrecerme como voluntario, junto a alguno de mis hijos, para formar parte de ese grupo. Nosotros también éramos comerciantes en Valencia y seguramente seremos de mucha utilidad.

El padre Francisco vio una oportunidad que no dejó escapar.

—En vista de lo que dices yo propongo lo siguiente: que tanto Akram como tú encabecéis el grupo y toméis las decisiones pertinentes que contribuyan a la misión. También administraréis las monedas y les daréis el mejor uso según vuestra propia experiencia.

Akram, al escuchar esto, disimuló una expresión de recelo y enseguida sonrió con aparente complacencia.

—Que así sea entonces. Dos comerciantes unidos por un mismo negocio. Casi como socios.

—Si es lo que consideráis apropiado, ¡acepto con gusto! —añadió Carlos—. Y que sirva como una retribución por lo mucho que habéis hecho por nosotros al aceptarnos como parte de vuestra comunidad. No os defraudaremos y no permitiremos que el invierno nos venza. Estaremos preparados para afrontarlo.

Enseguida se ofrecieron varios judíos para formar parte del grupo y, tras unos instantes de duda, también se adelantaron algunos de los representantes de las familias oriundas, a la vez que aceptaron la aportación de dinero, conforme a lo que el padre Francisco les solicitaba. Este sonrió satisfecho ante la evidencia de su triunfo y la certeza de haber alcanzado un consenso. Además, le tranquilizaba el liderazgo de Carlos, pues era preferible que un cristiano controlara la misión y le diera legitimidad ante el resto de familias cristianas. Como resultado de esto, sus preocupaciones menguaron y se fortalecieron sus esperanzas. Las amenazas del hambre y el invierno ahora lucían débiles y hasta cierto punto ridículas, porque aquello ocurrido le reafirmaba en su creencia de que no había nada que la voluntad humana no fuera capaz de alcanzar, ni nada que Dios le negara a quienes contaban con la suficiente valentía para enfrentarse a la adversidad. El padre Francisco no dudaba de que vendrían tiempos mejores para el Campo de los Salvados y para el mundo en general. Toda su fe se sostenía en la esperanza incuestionable de un mejor futuro a punto de llegar. Siempre se preguntaba, "¿para qué otra cosa Dios nos ha dado la vida si no es para sentirnos dichosos?".

***

—Yo quiero ir contigo, padre —dijo Cayetano—. Lo lógico es que sea Pedro el que cuide de la casa en tu ausencia.

Su hermano Pedro le lanzó una mirada de odio.

—Pero yo estoy más acostumbrado a viajar. ¿No es cierto, padre? Además esos caminos pueden ser peligrosos. Es para que hombres experimentados y adultos como yo los recorran.

Cayetano no pudo evitar soltar una carcajada, burlándose de su hermano.

—Si yo quiero te dejo en el suelo. Soy más fuerte que tú.

—Eso es cuestionable. Lo que sí es seguro es que no eres el más inteligente.

Ambos hermanos estuvieron a punto de abalanzarse el uno contra el otro, de no ser porque Perpetua se interpuso entre ambos de inmediato.

—¡Con esta actitud parecéis niños en vez de adultos! Más le convendría a vuestro padre irse sin ninguno de vosotros, ya que ni siquiera en vuestra propia casa podéis comportaros como hombres.

La aparente rivalidad enseguida se transformó en cómplice fraternidad y ambos hermanos se rieron de la bronca de su madre. Carlos sonreía compartiendo miradas con su hija Beatriz y su nuera Tomasa, que también se reían ante la escena de los dos hermanos peleando por acompañar a su padre. En unas horas, un grupo de distintos representantes de la comunidad, treinta y tres hombres en total, se dirigiría hacia las aldeas al este del Campo de los Salvados. El plan de viaje era de quince días con sus noches, para regresar justo un par de semanas antes de la llegada del invierno. Era un viaje largo, en el cual podrían presentarse algunos percances como asaltantes de caminos, o posibles tormentas. Carlos era consciente de que no podía viajar solo, pero hubiera preferido no arriesgar la vida de ninguno de sus hijos.

—Lo he meditado mucho antes de tomar una decisión —dijo Carlos acercándose a Pedro—. Se trata de un viaje no exento de riesgos y, por otro lado, tampoco es conveniente descuidar nuestro hogar en mi ausencia. Por eso he decidido que me acompañe Cayetano y que tú, Pedro, seas el encargado de velar por nuestra familia. No considero justo, tampoco, que sean dos las esposas que sufran la ausencia de sus maridos. Creo, además, que este viaje le servirá a tu hermano para templar su carácter y mejorar sus aptitudes como comerciante.

Cayetano daba saltos de alegría frente al rostro impávido de su hermano, que no estaba satisfecho con la elección de su padre. Sin embargo, a Pedro no le quedaba duda de que era la decisión correcta.

—Que sea como tú quieras, padre. Cuidaré de esta casa como si fueras tú mismo. Y felicidades, Cayetano, espero que aprendas mucho de este viaje.

—Así será, hermanito —respondió Cayetano con un tono desafiante—. Y te agradezco la oportunidad que me has dado, padre. No te defraudaré y espero aprender mucho de esta experiencia.

—Pero debes hacerle caso a tu padre en todo lo que te diga —dijo enseguida Perpetua, severamente—. Esto no es cualquier viaje. En los caminos hay malhechores e incluso bestias salvajes. Y he escuchado a algunas mujeres comentar que unos demonios merodean en las cercanías. ¡Qué Dios os proteja!

—¡Por Dios, mujer, te preocupas demasiado! —dijo Carlos alzando las manos al cielo—. Volveremos con comida para todos y ya no tendremos que preocuparnos por el invierno, eso es lo importante. No hace falta preocuparse tanto.

Perpetua negaba con la cabeza, rezando en silencio y con las manos entrelazadas apretadas contra su pecho. Las preocupaciones no harían sino empezar para ella, ante la ausencia de su esposo y uno de sus hijos durante unas semanas que sentiría como si fueran una eternidad. Carlos se acercó hasta ella y la abrazó, para seguidamente enjugarle las lágrimas que brotaban de sus ojos.

—¡Estoy susceptible! —se disculpó Perpetua—. No me gusta que estemos separados tanto tiempo. ¡Cuidaros mucho y no tardéis en volver!

—Así será —prometió Carlos—. Pero tus rezos siempre serán bienvenidos e indispensables. Los necesitaremos.

Cuando Carlos la soltó, fue Cayetano quien la abrazó y permanecieron de este modo un buen rato. Afuera el sol iba en lento declive para marcar el atardecer. Entonces Carlos anunció:

—Es mejor que nos vayamos ya, tenemos que encontrarnos con el resto de los hombres en el cruce de caminos. Akram ya debe estar allí, impaciente. Pedro, acompáñanos para despedirnos y darte las últimas instrucciones.

Al escuchar la mención sobre Akram, a Beatriz, que permanecía en silencio observándolo todo, se le despertó la curiosidad de saber si Said lo acompañaría en ese viaje.

—¿Puedo acompañar a Pedro para despediros, padre?

Carlos accedió a la petición de su hija y enseguida se dispusieron para partir. Carlos y Cayetano se despidieron del resto de la familia y traspasaron el umbral acompañados por Pedro y Beatriz. Los cuatro caminaron en silencio, sintiendo el soplo de una brisa fría en sus rostros. Era una señal de que el invierno se acercaba y, al mismo tiempo, un recordatorio de la importante misión que tenían en sus manos. A los pocos minutos llegaron al cruce de caminos que delimitaba las afueras del Campo de los Salvados y las vías que conducían a las aldeas del este. Ya se encontraban allí gran parte de los hombres que componían el grupo de viaje, incluyendo a Akram. Beatriz lo identificó enseguida por su barba y luego miró ansiosamente a su alrededor para encontrar a Said, sin éxito. Se sintió aliviada al pensar que Said no viajaría con su tío y probablemente se quedaría a cargo de la casa, del mismo modo que su hermano Pedro de la suya. Tras haber observado a todo el grupo, de repente la mirada de Beatriz se cruzó con la del padre Francisco, que la miraba fijamente con curiosidad. Beatriz bajó la mirada al notar que se acercaba hacia ellos para hablar con Carlos.

—Aquí está el hombre en quien reposan todas nuestras esperanzas. Grande es el fardo que hemos puesto sobre tus espaldas, pero estoy seguro de que eres el apropiado para conducir con éxito esta misión.

—Akram y yo lo haremos lo mejor que podamos —apuntó Carlos, para recordarle que no era solo él quien lideraba la marcha, y agradeciendo que Akram no hubiera oído las palabras del párroco, ya que podrían prestarse a maliciosas interpretaciones—. Pero le ruego a Dios nuestro Señor que guie cada uno de nuestros pasos.

—Amén. Dios escucha a quienes posponen sus intereses para ayudar a los demás. Tus pasos serán guiados por su mano, hijo mío.

Akram finalmente se dio cuenta de la presencia de Carlos y desde lejos le saludó cortésmente con la mano. Poco después, los hombres ya estaban preparados para partir, así que Carlos acarició la cabeza de Beatriz a modo de despedida y le dio las últimas instrucciones a su hijo Pedro. Mientras su padre hablaba con su hermano, Beatriz lanzó una mirada distraída al cielo y vio un cuervo negro cayendo en picado hasta posarse a cierta distancia de ellos; nadie excepto ella se había dado cuenta. Sintió que la miró fijamente antes de emprender el vuelo de nuevo. A Beatriz le impresionó este suceso como si se tratara de un mal augurio, por lo que un escalofrío recorrió su espalda y la hizo temblar. Instintivamente corrió para abrazar a su padre, que la recibió en sus brazos con una amplia sonrisa.

—Tengo miedo —confesó Beatriz—. Son muchos días, padre.

—¿Tú también estás preocupada, mi pequeña? —preguntó Carlos manteniendo una actitud serena para apaciguarla—. Perpetua os ha contagiado a todos con sus nervios. Llegaremos antes que el invierno y estaremos todos juntos. De lo que debemos preocuparnos ahora es de conseguir suficientes provisiones para no lamentarlo luego.

Carlos besó a su hija en la mejilla y le apretó los hombros a Pedro con ambas manos. Cayetano abrazó rápidamente a Beatriz y le dio un golpecito en la espalda a su hermano. De pie junto a Pedro, Beatriz los vio alejarse junto al resto del grupo, incluyendo al tío de Said. Suspiró reconfortada con la certeza de que aún estarían cerca el uno del otro, al menos por ahora. Sin embargo, le inquietaba la ausencia de su padre y su hermano. Pedro sintió a su lado el cuerpo tembloroso de su hermana y le puso una mano en el hombro.

—Todo estará bien, hermanita. Recuerda que lo peor ya pasó antes.

Pedro no tenía idea de hasta qué punto esa frase era cierta en su vida. O, al menos, así lo creía: que lo peor ya había ocurrido. Había sido mucho lo perdido en tan poco tiempo y merecía la pena esperar lo mejor.

—Eres muy joven para preocuparte tanto. Escucha a tu hermano: todo está bien. Déjale las preocupaciones a quienes descuidan sus virtudes.

Era el párroco quien hablaba junto a ellos. Beatriz había olvidado por completo su presencia. Le molestaban las miradas que lanzaba, como si estuviera examinando su alma para encontrar alguna falta, y ella rehuía mirarle a los ojos. Esa misma noche no pudo dormir imaginando que la mirada del párroco y la del cuervo eran la misma mirada, una mirada con el brillo de la muerte en sus pupilas.

Capítulo 4

El frío era una advertencia y los mantenía alerta. A veces se preguntaban: "¿Y si el invierno se adelanta unas semanas antes?". A veces simplemente ocurría así y el hombre, con sus limitadas facultades, era incapaz de predecir los caprichos propios de la naturaleza y solo le quedaba atenerse a las consecuencias de su comportamiento cambiante e impredecible. Durante las noches, ese frío se calaba en los huesos como un aguijón punzante, e incluso durante el día cargaban con él como una molestia a la cual era mejor acostumbrarse. Sin embargo, todos confiaban en que pronto cumplirían su encomienda y podrían volver a casa.

Apenas había transcurrido la mitad del tiempo planeado para conseguir las provisiones necesarias y aún quedaban varias aldeas por visitar. Los resultados hasta el momento no habían sido muy alentadores; a pesar de la maña y astucia de los valencianos para negociar, fue muy poco lo que pudieron adquirir hasta el momento. La mayoría de los campos presentaban problemas similares y algunas aldeas se enfrentaban a un periodo de crisis y racionamiento sin igual comparado con otros tiempos. A medida que avanzaban en su viaje, comprendían que el hambre y el miedo de no sobrevivir al invierno no solo era un problema del Campo de los Salvados. En todas partes se hablaba de la escasez, así como de la peste negra; esa amenaza latente que todos temían que llegara a sus tierras en cualquier momento. Los hombres se sentían desesperanzados ante la perspectiva de regresar a sus casas con el fracaso de mostrarles las manos vacías. Hasta allí no llegaban los discursos optimistas y llenos de esperanza que el párroco acostumbraba a dar. Inclusive cuando pensaban en sus palabras, sintiéndose solos y derrotados, ahora sonaban ridículas e inútiles, pues, en situaciones desesperadas, el consuelo de las palabras nobles y elocuentes no es suficiente para alumbrar la oscuridad.

Cada nuevo día frustraba sus ganas de lograr su cometido y se cuestionaban la razón de que siguieran insistiendo. Gran parte de ellos, en el fondo, deseaban desistir de una vez por todas y volver al calor de sus hogares. Akram y Carlos marchaban siempre al frente y durante el recorrido habían hecho buenas migas. Se limitaban a hablar de lo correspondiente al viaje y evitaban mencionar el tema delicado que los relacionaba: Said y Beatriz. Sin embargo, a veces era evidente para ambos que pensaban y se preocupaban por esa situación. En cierta ocasión, a medida que se abrían paso para atravesar un bosque, Akram comentó casi de modo accidental:

—Pretendo que mi sobrino se case cuando termine el invierno. Es un chico difícil, pero tarde o temprano comprenderá que es la mejor opción.

—Me parece una excelente noticia —contestó Carlos—. Hay que ocuparse pronto de esas cosas, y a esa edad ellos no comprenden lo que mejor les conviene.

Esa fue la única mención que hicieron sobre el tema durante todo el viaje. Entretanto, Carlos notaba un cansancio en su cuerpo mayor de lo normal. A veces necesitaba detenerse para descansar y en otras ocasiones caminaba muy lento, argumentando que prefería vigilar el paso de los suyos desde la retaguardia. Su hijo Cayetano lo veía a menudo pálido y sudoroso, pero Carlos le restaba importancia a sus observaciones diciendo:

—No es nada, hijo. Hace mucho frío y no estoy acostumbrado a viajar en temporadas próximas al invierno.

Pero aquel día Carlos caminaba al lado de Cayetano apoyando una mano sobre su hombro, tratando de sostenerse disimuladamente para caminar. A su hijo no se le escapó este detalle, pero no hizo mención alguna para que no se sintiera avergonzado y no se esforzara en caminar por su cuenta para disimular su malestar, cuando era evidente que no podía hacerlo. Horas después, sin que la marcha se detuviera, a Carlos le dio un

fuerte ataque de tos. Algunos se detuvieron para ver lo que ocurría mientras Cayetano le daba golpecitos en la espalda para que se sintiera mejor. Cuando finalmente volvió a la normalidad, Carlos se excusó enseguida agitando las manos con aparente desenfado.

—¡No pasa nada! Me ahogué con mi propia saliva.

El grupo continuó su camino entre encogimientos de hombros y gestos indiferentes. Cayetano se dio cuenta de que su padre ponía una mano sobre su pecho mientras caminaba. También recordó que no era la primera vez que escuchaba a su padre toser desde que emprendieran el viaje, solo que esta vez había sido mucho más grave. Un gesto de preocupación endureció su rostro y permaneció en silencio. Carlos no pasó por alto este detalle, pues era bastante inusual.

—Estás muy callado, Cayetano. ¿Hay algo que quieras decirme? ¿Algo te aflige?

—No, padre. Todo está bien, solo estoy un poco cansado. Espero que tengamos mejor suerte en las próximas aldeas.

—Comprendo, hijo. Aún queda mucho por recorrer. No nos desanimemos tan pronto. ¿Recuerdas cuando no conseguíamos encontrar un lugar en el que poder asentarnos, cuando ya nos sentíamos derrotados y en el Campo de los Salvados conseguimos el refugio inesperado que tanto necesitábamos? La salvación siempre llega para quienes no se rinden.

—Ya hablas como el párroco —bromeó Cayetano—. Pero más vale que así sea.

—La verdad es que hacen falta más hombres como él. Que nos recuerden que, por encima de las desgracias pasadas y las tristezas presentes, siempre nos queda la promesa de un mañana mejor con aquellos a los que más queremos. A veces eso es lo único que necesitamos para mantenernos en pie: recordar que alguien en algún lugar nos espera y que la vida no puede acabar hasta que vayamos a su encuentro. Pero yo no soy el párroco. No siempre veo luces cuando solo quedan sombras.

El tono enigmático con el que pronunciaba estas palabras sumió a Cayetano en una profunda consternación. Pero no se atrevió a traspasar ese velo frágil de prudencia que mantenía a raya los sentimientos sombríos. Padre e hijo no hablaron durante el resto de la jornada, hundidos en sus preocupaciones y absortos en pensamientos que ambos compartían pero preferían no reconocer en voz alta. Era mucho más sencillo mentir cuando no hay una solución aparente para cambiar lo irreversible. Preferían evitar, tanto como fuera posible, el llanto y el sufrimiento que nada resolverían. A Carlos no le quedaba duda de lo que estaba ocurriendo porque la debilidad de su cuerpo se lo recordaba a cada instante. Era algo más grande que un presentimiento lo que le hacía temblar, una certeza madurada durante días: le estaba llegando su hora. Se estaba muriendo, lenta y gradualmente, como si fuera una vela que se consumía día tras día hasta que ya no quedara sino la absoluta oscuridad. Pero su carácter firme y responsable lo obligaba a desarrollar una actitud estoica frente a su malestar. No solo por su hijo, sino por el resto de hombres que los acompañaban y que le consideraban el líder de la misión. Tampoco quería defraudar al párroco. Había muchas cosas en juego que lo motivaban a resistir. Ante una situación como esa, un único deseo revoloteaba en su corazón y lo obligaba a mantenerse de pie. Ese deseo se manifestaba cada noche en una plegaria; Carlos sabía que Dios le escuchaba cuando con la mirada alzada al cielo y unas lágrimas asomándose a sus ojos le pedía: “Déjame concluir este viaje hasta el final y llegar a casa. No me dejes morir hasta no regresar junto a mi familia”.

Capítulo 5

Los días en el Campo de los Salvados transcurrían con esa impresión de pesadez y lentitud que modifica la percepción del tiempo para aquellos que están esperando por algo o alguien durante un intervalo de tiempo indefinido. Cuanto mayor era la imprecisión de la espera peor era la sensación de que el tiempo no avanzaba y todo alrededor se estancaba. Sumado a esto, el trabajo en el campo se había reducido considerablemente, porque ya era muy poco lo que se podía hacer teniendo el invierno tan cerca y gran parte de las tierras inutilizadas, y el frío tampoco animaba a quedarse trabajando más tiempo del tolerable. Además, ya estaban empezando a racionar las provisiones de emergencia, pues desconocían si la misión iba a triunfar o no. Fueron días de hambre y desconsuelo, que para muchos eran la muestra de mañanas mucho peores, próximas a venir. Después del mediodía, el campo presentaba un aspecto solitario que resultaba, hasta cierto punto, desolador, como una estampa de tensa calma en la cual se adivinara el paso de la muerte. Los habitantes preferían retirarse temprano y resguardarse en sus casas hasta el día siguiente, rumiando quejas y sintiendo sus estómagos retumbar de hambre.

La única ocasión en que se sentía cierto bullicio en la aldea era durante las misas oficiadas los domingos. A ellas asistían incluso algunos judíos y musulmanes con el único propósito de no sentirse atrapados dentro de sus casas. Solo el párroco se mantenía optimista, con su natural disposición a repartir mensajes de buena fe y esperanza para el futuro. Los invitaba a no angustiarse por los males terrenales y pasajeros, porque estos tan solo eran circunstancias limitadas que no son superiores a las grandes virtudes humanas. Por el contrario, los animaba a descubrir las maravillas que tenían en ellos mismos: el amor que inspiraba sus corazones, la familia a la que se abrazaban en los momentos difíciles y el Dios hacia el cual alzaban su mirada cuando se sentían desamparados. El padre Francisco aprovechaba esos momentos de atención colectiva para hablarles de las promesas que aguardaban a quienes se comportaban bajo los mandamientos del Señor, así como de la importancia de ser pacientes porque Dios recompensaba a quienes soportan las adversidades y se mantienen firmes en su fe. Sin embargo, para muchos estas palabras ya no eran suficientes y el párroco era plenamente consciente de ello, por lo que también se tomaba la molestia de visitar las casas de sus feligreses, e incluso las de quienes no profesaban la fe cristiana, para escuchar sus problemas y hacerlos sentirse reconfortados. Todo ello lo convertía en un hombre mucho más admirable a los ojos de todos y, únicamente en soledad, se sentía culpable, pues quizá solo era una forma de satisfacer su inmensa vanidad. En esos momentos de duda, rezaba desesperadamente y se repetía, para sí mismo, que mientras sea para que el bien prevalezca y ayude a otros, muy poco importan las intenciones que lo motivan.

Y así pasaron los días, uno tras otro, idénticos entre sí en su monótona desesperanza y sin novedades. Las familias encerradas en sus casas despertaban tarde y dormían temprano. Comían escasamente e incluso evitaban hablar demasiado. Al final de cada día mayor era el desconsuelo por sus hombres que no llegaban, y comenzaban a temer lo peor. De esta manera, transcurrieron diecinueve días desde que partieran y seguía sin haber rastro o noticia alguna sobre el regreso de Carlos, Akram y el resto de hombres que lo acompañaban.

Perpetua calculó que ya habían pasado cuatro días adicionales al tiempo que su esposó estimó que volverían. “Ya deberían estar aquí”, repetía Perpetua durante esos cuatro días de espera. Los quince días oficiales fueron para Perpetua eternos y no exentos de angustias, pero fueron los siguientes cuatro los que colmaron su paciencia hasta desesperarla. Su cuerpo era un manojo de nervios. Se sintió invadida por grandes

temores, acompañados de un sinfín de preguntas: "¿Habrá ocurrido algo malo? ¿Estarán muy lejos? ¿Y si llega el invierno y quedan atrapados en otro lugar?". Ante su evidente desesperación, Pedro hacía todo lo posible para que su madre no se preocupara.

—Apenas han pasado cuatro días de más. Papá solo dio un tiempo estimado de cuándo regresarían, pero evidentemente no hay que tomarlo al pie de la letra. En este tipo de viajes los retrasos son normales. Ya deben de estar de regreso, pero quizá estén agotados y necesiten más tiempo de descanso para reparar fuerzas. Es mejor no desesperarse, madre. Quedan al menos dos semanas antes de que llegue definitivamente el invierno. No dudo de que llegarán con tiempo de sobra.

Si bien Pedro no se sentía tan plenamente convencido de sus palabras, pretendía mostrar un aire resuelto y seguro de sí mismo con el objetivo de apaciguar los nervios de su madre, aunque sin mucho éxito.

—No sé por qué me siento tan angustiada —expresó Perpetua—. Desde que tu padre se fue con tu hermano no he podido dormir bien y paso el tiempo temblando. Y sé que no es la primera vez que tu padre hace un viaje de negocios, pero hay algo sobre este viaje que me hace sentir inquieta. Como un oscuro presentimiento… No quiero agobiarte, hijo, perdóname.

Tras decir esto, Perpetua cerró los ojos y se dispuso a orar. En sus plegarias acostumbraba a pedir que su esposo y su hijo volvieran pronto y que nada malo les hubiera ocurrido.

—Es normal tu temor —aseguró Pedro—. Ha habido otros viajes, como dices, pero esta es la primera vez que nos separamos así desde que huimos de Valencia. Esto es lo que te hace sentir una mayor preocupación, pero ya verás que todos tus miedos son infundados. A mí lo que más me preocupa es que no hayan conseguido provisiones suficientes para el invierno. Las cosas en el campo no han mejorado mucho desde su partida. Los campesinos aseguraron que solo en primavera las tierras maltratadas por la lluvia y las plagas volverán a ser como antes, y que les tomará el invierno entero para recuperarse. Es imprescindible que les vaya bien comerciando o, de lo contrario, no sobreviviremos.

Beatriz los escuchaba sin intervenir, pero estaba muy atenta a cada palabra. Al igual que Perpetua, ella también se sentía inquieta por la falta de noticias sobre su padre, su hermano y el resto, pero prefería mantenerse en silencio y no darle razones a su madre para agravar sus preocupaciones si descubría que no estaba sola en sus angustias y malos presentimientos. Lo que preocupaba a su madre era lo mismo que perturbaba sus sueños cada noche y confundía sus pensamientos durante las horas de vigilia: el presentimiento de que algo malo estaba a punto de ocurrir, una desgracia irreparable. Era un temor similar al que sintió cuando se encontraba completamente sola y perdida en las calles de Valencia, a merced de cualquier peligro. Además de todo esto, se imponía el recuerdo de la mirada del cuervo. Beatriz se decía para sí misma que era imposible que un cuervo la hubiera mirado a los ojos intencionadamente, como si fuera una mirada humana. Pero tampoco dudaba de lo que había visto. También pensaba en Said y en el hecho de que su tío aún no había vuelto; algo que quizá aumentaba sus responsabilidades, así como sus preocupaciones. Desde su último encuentro, se habían cruzado por casualidad un par de veces y se habían saludado educadamente, sin parar a conversar ni a hacer nada que pudiera ser interpretado como sospechoso. Ahora pensaba que hablar con él sería lo único capaz de hacerla sentir menos nerviosa, pero eso era imposible. En ese momento no existía mejor opción que imitar a su madre y rezar en silencio para pedir la vuelta de su padre y su hermano y paz para calmar la ansiedad de su corazón.

Perpetua se tranquilizó como pudo, inspirada por la actitud calmada y segura de su hijo Pedro, que en ausencia de Carlos se había comportado a la altura de las circunstancias, reafirmando su valía como cabeza de familia. Para él fue como un reto, incluso aún mayor que haberse casado, porque con ello demostraba que estaba listo para mantener a su propia familia. También durante ese tiempo, Perpetua se había dado cuenta de que ella misma había cambiado; antes demostraba un espíritu autoritario que no cedía en sus resoluciones, pero ahora era una mujer temerosa y sumisa. Supo que la presencia de su esposo era aquello que la hacía sentirse enérgica, incluso para las discusiones; y sin esa presencia algo en ella menguaba, como si se sintiera apagada y deslucida. Era la primera vez que un viaje los separaba durante tanto tiempo desde que vivían en aquel lugar y, hasta ese momento, no había pensado en lo imprescindible que era en su vida, la fuerza que le daba su existencia. Simplemente lo daba por sentado tras tantos años de matrimonio, pero ahora lo veía con claridad: no soportaba tantos días sin tenerlo cerca. No porque estuviera acostumbrada a su presencia, aunque eso también pesaba, sino porque juntos conformaban una unidad y ahora, tras la separación, se sentía fragmentada y expectante. Desconocía si así sucedía con todos los matrimonios, pero estaba segura de que, al menos para ella, una vida sin Carlos era inconcebible. Si antes creía amarlo con esa seguridad que da la rutina tras los años compartidos, ahora se le revelaba como una certeza dolorosa. Ahora era consciente de ese amor como la evidencia de una herida en su alma, más honda y profunda a medida que se prolongaba la ausencia de Carlos. Por esta razón, sus hijos observaban a una Perpetua completamente distinta a la que conocían; nueva versión de su madre.

Aquella tarde la familia se disponía a sentarse en torno a la mesa, con la misma actitud silenciosa que todos compartían frente a las raciones austeras que les correspondían. Daban mordidas lentas y pausadas antes de tragar los pequeños trozos que ponían en sus bocas, pretendiendo con esto engañar al estómago haciéndole creer que consumían más comida de la que realmente había. Perpetua miraba a sus hijos y su nuera comer con los rostros cabizbajos y le entristecía profundamente que estuvieran sometidos al hambre de esa manera, después de todo lo que habían sufrido por encontrar un nuevo hogar, volvían a verse golpeados por circunstancias adversas. "¿Alguna vez recuperaremos la paz en nuestras vidas?", pensaba desesperanzada. La cotidianidad no ofrecía suficiente consuelo ni distracciones para ahuyentar la pesadumbre, ni tampoco lo hacía la tendencia natural a sumirse en pensamientos sobre otros tiempos. Tan concentrados estaban en sus respectivas inquietudes, que se sintieron sobresaltados casi al unísono al escuchar unos gritos confusos.

—¿Habéis oído eso? —preguntó Perpetua—. Parecen unos gritos.

Se quedaron en silencio para concentrarse en escuchar los ruidos; estaba claro que alguien gritaba fuera. De pronto reconocieron esa voz y un chispazo de perplejidad brilló en sus ojos.

—¡Es Cayetano! —gritó Pedro— ¡Está fuera!

—¡Llegaron! —dijo Beatriz sin poder contener su emoción—. ¡Por fin han vuelto!

Se pusieron de pie enseguida para salir al exterior de la casa. Tanto a Perpetua como a Beatriz se le asomaban lágrimas de alegría y sus cuerpos temblaban de euforia. Fue Pedro quien salió primero, seguido por las mujeres de la casa. Pero lo que encontraron los hizo detenerse con una expresión de asombro: Cayetano estaba arrodillado en el suelo con un hombre tumbado entre sus brazos, como la viva imagen de la piedad tras el descendimiento de la cruz. Tardaron en reconocerlo: era el cuerpo de Carlos, que aún respiraba, y sus brazos se agitaban fuera del abrazo de su hijo. No comprendían lo que estaba ocurriendo, pero Beatriz recordó la mirada del cuervo. El presentimiento que había turbado su alma durante días, por fin supo que era por esto, y

también supo que era algo irreversible. No pudo dar un paso al frente, ni taparse los ojos, ni balbucear una sola palabra. Pedro y Perpetua corrieron al encuentro de Carlos, sin embargo, Beatriz estaba completamente inmovilizada. Una parte recóndita de su voluntad quiso volver a la casa para negar la escena ante sus ojos y fingir que nada de eso estaba ocurriendo en realidad. Entonces Beatriz rompió en sollozos ante la evidencia de una verdad incuestionable: sí, ese hombre que agonizaba era su padre. Se estaba muriendo. Alguien sostuvo su mano y la apretó con fuerza, sin decir nada. Ese gesto sirvió para que no se derrumbara y siempre le agradecería a Tomasa esa manifestación silenciosa de ternura y bondad.

—No nos quedemos aquí, Beatriz. Vayamos con ellos. Nos necesitan.

Beatriz asintió y Tomasa la llevó dulcemente de su mano, recorriendo la corta distancia entre ellos y el resto de la familia. Pedro y Perpetua estaban arrodillados, al igual que Cayetano. Formaban un irregular círculo cerrado en torno a Carlos.

—¿Qué le ha pasado a mi padre? —preguntó Pedro.

—Carlos, mírame a los ojos —dijo Perpetua, que solo tenía ojos y oídos para su esposo, indiferente a cualquier cosa que sus hijos dijeran. Se sentía entumecida y, aunque no comprendía nada de lo ocurrido, solo quería permanecer a su lado y escuchar su voz—. Dime que todo estará bien.

Su esposo la miraba con dulzura, con el cuerpo tembloroso y dificultad para respirar.

—Hace unos días cayó enfermo —dijo Cayetano—. Parecía un resfriado común, o al menos eso era lo que nos decía para que no nos preocupáramos. Pero ha empeorado. Ya no era capaz de caminar sin ayuda, así que decidí adelantarme y traerlo lo antes posible de vuelta a casa. Justo al llegar aquí se derrumbó diciendo que ya no era capaz de seguir avanzando.

—¿Una enfermedad? ¡Suéltalo madre! —Pedro retrocedió espantado—. ¡Es la peste! Puede contagiarte.

Perpetua no lo escuchaba, concentrada en la mirada de su esposo, pero fue Cayetano quien respondió enseguida furioso:

—¡Te aseguro que no es la peste negra! No hay manchas en su cuerpo ni ha tenido alucinaciones. Y no es cualquier enfermo, Pedro. Es nuestro padre ¡y se está muriendo!

Pedro se llevó las manos a la cabeza, llorando y lamentando su imprudencia, y volvió a arrodillarse junto a sus padres. Beatriz y Tomasa también sollozaban de pie detrás de ellos. Carlos extendió su mano para acariciar el rostro de su esposa.

—Perpetua… pensé que no volvería a verte —dijo Carlos con una voz rota a causa del malestar. Le costaba respirar, pero no desaprovecharía la ocasión de despedirse—. No podía irme sin volverte a ver…

—No hables de ese modo —dijo Perpetua con los ojos llorosos y la voz quebrada—. Todo estará bien… Reserva tu aliento. No llegamos hasta este punto para extraviarnos tan pronto. Te necesitamos, Carlos. Confía en la gracia de Dios y en lo que nos ha reservado, que esto es solo otra prueba que superaremos.

—He venido para despedirme… Tengo que decirte todas las cosas que ya sabes, pero que nunca tuve ocasión de decir…

—No hablemos de despedidas —dijo Perpetua—. Has estado mucho tiempo fuera. Necesitas descansar en casa.

—¡Vamos, padre! —dijo Pedro adelantándose con un ademán para llevarlo a casa tal como su madre solicitaba—. Aquí hace mucho frío y no le hace bien a tu cuerpo.

—Ya no siento frío en mi cuerpo—aseguró Carlos resistiéndose a los intentos por levantarlo—. Os aseguro hijos míos, que no tengo miedo porque estoy en paz y he vivido una buena vida. Dejadme aquí y acompañadme…. No quiero seguir

moviéndome, ni seguir luchando. Dios me llama, ha venido a buscarme… Quiero sentir la frescura del aire y la aspereza de la tierra. Quiero llevar todo esto conmigo y esta visión de vosotros a mi alrededor bajo este cielo hermoso. Y no te aflijas, Perpetua, mi amada esposa… he reservado cada aliento para poder decirte que me has dado toda la felicidad que un hombre puede esperar en la vida. Me has dado unos hijos maravillosos… y recuerdos que llevaré conmigo hasta que Dios me llame a su lado y me mire a los ojos… Verá que nuestras vidas nunca son en vano porque hay tanto por amar… en esta tierra que él ha creado para nosotros…

Carlos tosió prolongadamente y de un modo preocupante. Su cuerpo se impulsaba hacia delante y Cayetano lo sostenía con delicadeza dándole pequeños golpes en la espalda para ayudarlo a sentirse mejor. Perpetua acariciaba su cabeza.

—¿Por qué tiene que pasarnos esto? —gritó Pedro—. ¿Es que no hemos sufrido bastante? Esto no puede estar ocurriendo…

Carlos dejó de toser y volvió a sentirse en calma, pero le respondió a su hijo con un tono firme a pesar de su débil voz.

—¿Acaso cuestionas a Dios nuestro Señor? Esto es su voluntad y yo la he aceptado… Hay un razón detrás de todo esto que hoy te parece injusto. Cuando supe que iba a morir, mi mayor temor… no fue la muerte, sino el no llegar a tiempo para despedirme. Pero aquí estoy... porque Dios me ha concedido este tiempo, esta última oportunidad de estar todos juntos, como una familia. Cuando yo ya me haya ido quiero que permanezcáis unidos… sean cuales sean las circunstancias que se presenten. No separéis vuestros caminos… solo unidos seréis fuertes y ningún mal podrá derrotaros…

Esta vez fue Beatriz quien intervino. Superada la conmoción inicial solo quería estar al lado de su padre y demostrarle todo el amor que sentía. Inspirada por el discurso de su padre, se inclinó enseguida para abrazarlo, y le habló con una voz dulce que no ocultaba su profunda tristeza.

—Padre, te he extrañado tanto desde que te fuiste. Pasaba las tardes enteras asomada por la ventana, creyendo que sería la primera en verte llegar… Y ahora soy la última que ha llegado a tu presencia. ¿Ahora debo seguir extrañándote? ¿Tan pronto nos has traído el invierno? Es más frío y cruel de lo que esperaba… ¡No quiero despedirme! No ahora que te tenemos de vuelta… Ojalá este tiempo se congelara junto al invierno. Quédate con nosotros. ¿Ni siquiera a mí me harás caso?

Dos gruesas lágrimas brotaron de los ojos de Carlos para confundirse con el cabello de su hija que lo abrazaba. Carlos acarició su cabeza para ponerla a la altura de sus ojos.

—¡Mi pequeña Beatriz! ¡La estrella que alumbra todos mis caminos! Pensaba en ti cada noche y en tu sonrisa… Ese dulce recuerdo me mantenía cerca de Dios y me daba fuerzas para no rendirme. Nada nunca podrá apagarte, Beatriz, ni siquiera la tristeza… siempre fuiste la luz de nuestras vidas. Y yo siempre estaré a tu lado… aunque no me veas. Le pediré a Dios que me deje escucharte cuando así lo requieras… Beatriz, hija, solo te pido que no desobedezcas a tu madre y confíes en la autoridad de tus hermanos. Mantente a la altura de tu virtud, hija mía… Cuando pienso en la pureza, lo primero que viene a mi mente es el recuerdo de tu rostro. Por favor, hijos míos, cuidad bien de ella y no dejéis que nada malo le ocurra, ni que nada apague su luz. Ahora, dame una sonrisa… Quiero llevármela conmigo.

Beatriz complació a su padre y, conmovida por su petición, le dedicó una de sus sonrisas más radiantes, no sin antes enjugarse las lágrimas. Hizo todo lo posible para parecer feliz y regalarle una sonrisa que bastara para demostrarle todo su amor. Carlos suspiró reconfortado por esa visión, sintiendo que esa sonrisa lo amparaba para acompañarlo hasta asumir el trance final que lo separaría de los vivos.

—Es nuestra responsabilidad —dijo Cayetano—. No dejaremos que nada malo le ocurra a Beatriz.

—Sed hombres de bien, a cada instante —dijo Carlos—. De nada sirve la bondad a ratos y hacer lo correcto a medias… Sed consecuentes con vuestra fe y no faltéis a las promesas que hagais… Honrad a vuestra madre… Escuchad a quienes tienen más experiencia y no os dejéis llevar por los impulsos. Concededle una oportunidad al prójimo… No tengáis miedo de admitir vuestros errores ni de perdonar las ofensas de otros… No olvidéis que hay un tiempo para cada cosa, y que no hay que forzar el tronco que ha sido torcido… ni luchar contra lo imposible para satisfacer el orgullo. Deteneos a observar el mundo que respira y se agita alrededor… pues Dios revela secretos a quienes abren su consciencia. ¡Hay tanta belleza que nos salva!… Y menos sombras de las que creemos ver. La muerte es solo el principio de la promesa, Cristo nos espera al otro lado del sepulcro. Aseguraos de vivir una vida de tal manera que… en la hora final solo reste despedirse sin culpas…

Difícilmente alguien olvida las palabras que dice un ser querido en sus minutos finales. La muerte le otorga credibilidad al verbo, junto a una resonancia de sublime grandeza, que se aferra al alma de quienes lo escuchan como si fuera la muerte misma la que concediera una porción de su tiempo para reconfortar a los vivos con su sabiduría inaccesible. Pedro y Cayetano asintieron ante las peticiones de su padre, confirmando su obediencia e intentando comprender cada uno de sus consejos. Probablemente les tomaría toda una vida entenderlos, pero atesorarían cada frase en sus consciencias. Luego abrazaron a Beatriz, que ya no lloraba, dejando que la tristeza se deslizara en su interior hasta ocupar la extensión entera de su ser. Ya no hacía falta llorar porque la tristeza lo ocupaba todo. Carlos vio a sus tres hijos y agradeció cada minuto vivido hasta ahora. Su tristeza era distinta porque, en su caso, era un sentimiento lúcido y lleno de paz. Su mayor responsabilidad era existir para garantizarles un lugar en el mundo a sus hijos. Ahora les quedaba esta nueva vida por delante en un hogar construido por ellos mismos. Todo había merecido la pena y podía irse sin arrepentimientos.

—¡Ay, Carlos! —dijo Perpetua con resignación—. Ha sido tanto lo que hemos compartido. ¡No quiero decirte adiós! Desde que hiciste ese viaje he sido consciente de que no puedo estar mucho tiempo sin ti. Sé que quieres despedirte, pero ahora no encuentro las palabras apropiadas para dejarte ir.

—No es una separación definitiva… Yo vivo en tu memoria y tú eres parte inseparable de mi alma. Nos volveremos a encontrar… Allí donde termina la medida del tiempo humano, no necesitaremos palabras. Y, justo allí, te estaré esperando.

Carlos se quedó en silencio. Se limitaba a mirar los rostros de sus seres queridos, dejándose arrastrar por un lento desvanecimiento sobre el cual no tenía control alguno. La muerte se apoderaba de su cuerpo con gentileza y este se dejaba abrazar por ella como si se tratara de una amiga que hubiera retrasado su llegada. Con cierta impaciencia, Carlos arrojó una última mirada al cielo y allí quedó su rostro petrificado junto a su cuerpo inmóvil dando paso a la exhalación final.

—¿Qué nos espera? —susurró Pedro—. Estamos solos.

—No, hermano —dijo Cayetano, que fue el único que escuchó su lamento—. Ya oíste a nuestro padre. No estamos solos, nos tenemos los unos a los otros, y nadie podrá cambiar eso.

Pedro miró a su hermano con agradecimiento. La realidad de la muerte de Carlos ahora era definitiva y palpable para los presentes. Cuando terminaran los llantos y las despedidas, comenzaría verdaderamente el luto y posteriormente la triste calma de la aceptación, la consecuente rendición que transforma la fatalidad en pacto. Ellos quedaban atrás y les correspondía ocuparse del cadáver de Carlos, de los ritos

necesarios para despedirlo apropiadamente y no negarle la gracia de Dios al alma que acababa de abandonar la cárcel de su cuerpo. Al ser creyentes, todos creían en la inmortalidad del alma y que, de algún modo, sus seres queridos seguían existiendo en un mundo distinto. No tenían nada que temer sobre la salvación del alma de Carlos porque no les quedaba duda sobre sus virtudes. Un buen cristiano encontraba su redención al morir y Carlos lo había sido.

En adelante vendrían decisiones importantes y cambios definitivos. Sería el invierno más duro de sus vidas, y no creían estar preparados para enfrentarlo. Quizá no sobrevivirían, quizá se reunirían pronto con su padre, si tenían suerte y eran lo suficientemente dignos a los ojos de Dios, y no sucumbían a las tentaciones que muchas veces el hambre y las privaciones alientan en el ansioso corazón humano. Pero durante varios minutos todos permanecieron juntos, abrazándose y arrodillados junto al cadáver de su querido padre y esposo. Cualquier palabra sonaría excesiva y ridícula, cualquier gesto parecería impropio. Tan solo quedarse en silencio y a su lado de ese modo resultaba consolador. Probablemente hubieran podido continuar así hasta el día siguiente, pero fue Perpetua quien rompió el silencio recordándoles que los vivos debían ocuparse de aquellas cosas que a los muertos ya no les competen. A ella retornaban la seguridad y la firmeza de antaño, porque la presencia de su esposo, incluso en su ausencia, le hacía ser fuerte.

—Pedro, Cayetano, buscad al párroco y contadle lo ocurrido. Debemos darle cristiana sepultura cuanto antes.

Capítulo 6

Los primeros rayos de sol se asomaban discretamente, y las personas ya se aglomeraban a las puertas de la iglesia. El padre Francisco apenas conseguía escuchar alguna palabra concreta en medio del bullicio y, a pesar de sus intentos, no conseguía apaciguarlos para hacerse oír. Veía rostros confundidos y miradas desorbitadas, alterados por los recientes acontecimientos. Los hombres ya habían vuelto, pero traían consigo pocas provisiones y malas noticias. Las bocanadas de un viento frío los obligaban a cruzarse de brazos para entrar en calor, acentuando la anticipación de las futuras miserias que tanto les preocupaban. Pero la insuficiencia de provisiones de cara al invierno no era el único problema que expresaban sus voces, sino también el miedo de contagiarse, ante los indicios de una temible enfermedad. Cuando regresaron todos y cada uno de los hombres que conformaron la misión para comprar alimentos, enseguida se propagó la noticia de la enfermedad que aquejó a Carlos durante el viaje, así como su reciente muerte en las puertas de su hogar, tras haberse agravado su malestar al paso de los días, según contaron quienes lo acompañaron. Junto a la noticia de su muerte, vinieron enseguida malintencionados comentarios que señalaban a la peste negra como probable causante, de tal modo que dicha suposición fue lo suficientemente persistente, entre los ciudadanos del Campo de los Salvados, como para propagarse e insuflar ardientes preocupaciones al respecto. Es por esta razón que la gente solicitaba acciones inmediatas para apartar a la familia de Carlos lejos de la comunidad y evitar así cualquier contacto frente a un posible contagio.

No habían transcurrido muchas horas desde que el párroco oficiara una misa en su nombre y presidiera el ritual para darle cristiana sepultura. El Campo de los Salvados no contaba con un cementerio y cada familia disponía de sus muertos en una zona cercana a sus casas. Además de los miembros de la familia de Carlos y el padre Francisco, ninguna otra persona tuvo la disposición de acudir y presentar sus condolencias. Por el aspecto del cadáver, sin rastro de manchas negras en su cuerpo, al párroco no le quedaba la menor duda de que Carlos no había muerto a causa de la peste, sino de alguna otra enfermedad que quizá no pudo soportar debido a su edad y las condiciones del viaje. Aún así, supo que sería muy difícil convencer a los aldeanos que se aglomeraban fuera de la iglesia, especialmente cuando ninguno del resto de los valencianos que formaron parte del viaje se encontraba allí para explicarles que los síntomas de la peste eran muy distintos a los de la enfermedad que había sufrido Carlos.

—Ese hombre estaba enfermo cuando regresó, y murió aquí mismo en nuestras tierras —insistió un anciano—. Solo ha tenido contacto directo con su familia. Es probable que hayan contraído la enfermedad y que tarde en manifestarse. Por eso, debemos actuar pronto, antes de que todos lo lamentemos.

—¿Y a qué estamos esperando? —dijo otra mujer para secundar la propuesta del anciano—. Si la peste ya ha anidado en sus cuerpos, entonces ya no son bienvenidos. No podemos arriesgarnos a esperar a que nos tome por sorpresa. Lamentablemente no nos queda otra alternativa que expulsarlos.

El resto de las personas allí presentes apoyaron esta afirmación con un clamor general en común acuerdo. El padre Francisco, horrorizado, se adelantó alzando la voz para hacerlos entrar en razón.

—¿Acaso estáis escuchando vuestras propias palabras? Habláis de expulsar a la familia de un hombre que sacrificó su salud para contribuir al beneficio de todos. ¡Estáis siendo injustos!

—Tal sacrificio no sirvió de mucho, según nos han informado —respondió enseguida uno de los presentes, un padre de familia cristiano—. A pesar de todo, nos esperan meses de hambruna.

—No es nada personal contra ellos, Dios lo sabe —apuntó otra mujer—. Pero es muy peligroso asumir un riesgo como ese a costa de la vida de todos. La peste negra podría acabar con nosotros antes de que llegue la primavera.

—Yo mismo he oficiado el entierro —dijo el párroco—, y no presentaba los síntomas de la peste negra. Su familia me lo ha asegurado y también los valencianos que viajaron con él. Podéis preguntarles.

—¿Conoce usted de cerca la peste, padre Francisco? —preguntó un anciano con tono retador—. Quizá estén diciéndonos la verdad, pero también cabe la posibilidad de que mientan para no comprometerse. En cuanto a la familia, ellos no van a asegurar lo contrario y exponerse a ser expulsados.

Al párroco le hervía la sangre de escuchar estos argumentos, porque anticipaban la simiente de una terrible injusticia en contra de una familia que ahora estaba de luto.

—Entonces, ¿proponéis expulsarlos? —gritó furioso—. ¿Debo irme yo también con ellos? Porque yo he estado cerca de la casa y he visto el cadáver con mis propios ojos. ¿Soy peligroso para vosotros? ¿Qué hacéis aquí? ¿No tenéis miedo de que os contagie?

—Usted es un hombre de Dios —respondió una anciana de inmediato—. Usted cumplió con su deber y la gracia divina lo protege con mayor fuerza. No tiene por qué ser un destierro definitivo, sino durante una temporada. Y si al final no se trata de la peste, estarán vivos con la llegada de la primavera y podrán volver.

El resto de los congregados apoyaron la propuesta de la anciana, considerando que era la solución más justa para ambas partes. El padre Francisco supo que era inútil contradecirlos y que le correspondía llegar a un acuerdo para evitar una desgracia aún mayor. Sin embargo, hizo un último intento para apelar a la compasión humana de sus feligreses.

—¿Estáis seguros de que queréis condenar a toda una familia a pasar el invierno lejos del amparo de nuestra comunidad?

La respuesta de muchos fue categórica y firme en su ingenuidad; inconscientes del mal que estaban causando debido a sus miedos infundados.

—Usted mejor que nadie sabe que si la voluntad de Dios es que sobrevivan, nada podrá hacerles daño. Si la peste no está dentro de ellos, volverán sanos y salvos. Entonces nos disculparemos. Y Dios nos disculpará, si hemos obrado mal.

El padre Francisco lanzó un suspiro de resignación.

—De acuerdo. Yo mismo iré a su casa para informarles de la decisión que hemos tomado. ¡Y que Dios nos perdone!

—¿Quiere que lo acompañemos? —preguntó un hombre joven—. Nunca se sabe cómo podrían reaccionar.

El párroco le dedicó una enigmática sonrisa antes de responder:

—Vosotros mismos ya lo habéis afirmado antes: nada me pasará a mí, pues la gracia de Dios me protege.

***

A lo largo del Campo de los Salvados las familias discutían sus recientes preocupaciones en relación con el escaso éxito de la misión de comprar alimentos. En casa de Akram, los miembros de su familia recibieron información de primera mano sobre el estado deplorable en el cual se encontraban las comunidades aledañas que visitaron a lo largo de su ruta. Según les habían contado, algunos lugares experimentaban una situación similar y en ocasiones con muchas menos provisiones

para sobrevivir el invierno. Con suerte habían conseguido comprar unas pocas provisiones en un par de comunidades más prósperas. Akram evitaba mencionar a Carlos y su enfermedad para no despertar susceptibilidades contraproducentes en su sobrino. No había transcurrido ni un solo día completo desde que regresara a casa y Akram aún no había tenido ocasión de enterarse de su muerte, ni mucho menos del revuelo que estaba causando la noticia en el pueblo. Sin embargo, dado el estado en que se encontraba y siendo testigo de cómo empeoraba en el transcurso de los días, Akram imaginaba que el destino de Carlos ya estaba sellado y solo era cuestión de horas. Ya habría tiempo para mencionarlo pero, por ahora, su prioridad era tomar una resolución para salvaguardar a su familia de los infortunios que traería consigo el invierno.

—Es igual en todas partes —reiteró Akram—. Así que la posibilidad de abandonar el Campo de los Salvados no es viable. Pero si nos descuidamos permaneciendo aquí como el resto, el invierno acabará con nosotros.

Las esposas de Akram y su cuñada Fátima lo escuchaban en silencio, con el semblante rígido debido a las preocupaciones que predecían de cara al desalentador panorama que les exponía Akram. Said, por su parte, no reflejaba emoción alguna en su rostro impenetrable. Muchos pensamientos cruzaron por su cabeza, intentando imaginar una solución, sin éxito. Sin ideas que proponer optó por preguntarle directamente a su tío:

—¿No hay nada que podamos hacer? ¿O simplemente nos limitaremos a esperar el invierno para sobrevivir como podamos?

Akram se acercó hasta su sobrino y le dio unas palmadas en el hombro.

—Querido sobrino, siempre creyendo en las alternativas. La juventud no se conforma con que solo exista el destino que se le presenta. Pues, en este caso, no te equivocas. Es probable que exista una alternativa beneficiosa para todos en esta familia. Una solución que nos ahorraría este malestar que hoy turba nuestras conciencias. Pero para ello debemos comprometernos y hacer lo que sea necesario para salvarnos, evitando el egoísmo.

Said pudo darse cuenta de que su tío le dedicaba esas palabras con especial énfasis, acompañadas de una sonrisa indescifrable y un brillo particular en su mirada; el mismo brillo que la iluminaba cada vez que descubría una oportunidad para salirse con la suya en un negocio importante.

—Haremos lo que haga falta —dijo Fátima—. Para eso somos una familia.

Said sintió que un escalofrío recorría su cuerpo. Había caído en la trampa de su tío, aunque desconocía de qué se trataba, y su madre estaba contribuyendo sin saberlo a consolidar sus planes ocultos. Solo le quedaba seguir pidiendo una respuesta clara para descubrir pronto aquello que Akram ocultaba en sus palabras.

—Sospecho que no estás muy preocupado por las malas noticias, estimado tío —dijo Said—. Supongo que ya conoces muy bien esa afortunada alternativa que puede asegurarnos la supervivencia durante el invierno. Pero, tal como dijo mi madre, estaremos dispuestos a hacer lo que nos corresponda para asegurar el bienestar de la familia. Así que no nos ocultes lo que ya sabes y concédenos el alivio que tanto necesitamos.

—¡Qué Alá bendiga tu inteligencia, Said! —dijo Akram agitando sus manos a modo de alabanza—. Bien lo has notado y no puedo contradecirte: esa solución ya existe y es menos complicada de lo que imaginas. Me complace escuchar tu apoyo antes de saber siquiera de qué se trata, pero eso es justamente lo que hacen las familias, confiar los unos en los otros. Bien pues, como ya sabéis, a pocos kilómetros del Campo de los Salvados se encuentra la comunidad del Valle Piadoso, y resulta que allí vive mi amigo Fouad con su familia. Ya había hecho algunos negocios con él con anterioridad,

pero hace un par de días lo visité cuando volvíamos hacia aquí y estuvimos hablando un buen rato aprovechando que los hombres descansaban antes de continuar el camino de regreso. Fouad se mostró interesado por mis preocupaciones y, al revelarle los problemas que enfrentaríamos con la llegada del invierno, me confesó que contaba con alimentos suficientes para mantener al menos a otra familia. En resumen, está dispuesto a ayudarnos.

—Supongo que no es un ofrecimiento libre de compromisos —dijo Said sin ocultar su suspicacia—. ¿Qué pide a cambio de su generosidad?

—La generosidad es una inversión a largo plazo —refrendó Akram—. Y como en todos los negocios, debemos corresponderle con una buena oferta. Hace unos meses establecimos el interés mutuo de formar una asociación comercial entre nosotros, pero Fouad cree que ahora es el momento oportuno para consolidarla. Eso sí, él necesita que sea algo más que un socio.

—¿Algo más que un socio? —repitió Fátima a modo de pregunta—. Si ese hombre está dispuesto a ayudarnos, en un momento tan difícil como este, no solo será un socio sino alguien de confianza a quien le ofreceríamos nuestra amistad incondicional.

—Sospecho que una amistad no es suficiente para garantizarle un negocio seguro —objetó Akram dedicándole una breve mirada a Said antes de volver a dirigir sus palabras hacia su cuñada—. A Fouad no le cabe la menor duda de que yo soy el socio ideal para cualquier empresa, pero no depende enteramente de mí, y comprendo su posición. A pesar de la confianza y la amistad que podría forjarse, las sociedades comerciales afianzan su permanencia cuando se establecen vínculos más definitivos entre las partes… Como una familia.

A Said ya no le quedaba ninguna duda de que sus palabras albergaban una trampa. Pero prefirió hacerse el desentendido tanto como fuera posible, aparentando un profundo desconocimiento de lo que su tío anticipaba y fingiendo la misma extrañeza que en el caso de su madre era completamente natural.

—Tus palabras me hacen suponer que Fouad tiene muy claro lo que quiere —se aventuró a decir Said—. Pero ¿qué podría ser eso que él quiere y no depende solo de ti? ¿Hay algo que podamos hacer mi madre o yo para ayudarte a consolidar esa asociación?

Un silencio incómodo se instauró en la habitación. Llegaba el momento de la verdad y, sin embargo, Akram trataba de pensar en las palabras correctas. Tío y sobrino se prodigaban largas miradas llenas de secretos y retadoras. Fátima los observaba intrigada sin comprender aquel duelo mudo entre ellos, pero sintiendo que era mejor no interrumpir aquel silencio para expresar los interrogantes que pasaban por su cabeza. Tras un par de minutos llenos de incertidumbre, Akram resolvió romper el silencio:

—Ciertamente, hay algo que solo tú podrías hacer. Al descubrir que yo tenía un sobrino joven se sintió muy interesado porque él es el padre de una hija que ha cumplido más o menos tu misma edad, una muchacha muy hermosa. Es imperativo para Fouad encontrarle un esposo, y su petición fue muy clara y directa: para asociarnos comercialmente, primero debemos vincularnos como parte de una misma familia. De otro modo no hay trato y, de ser así, no contaremos con las provisiones necesarias para sobrevivir al invierno. ¿Comprendes lo que te estoy pidiendo?

Said soltó un largo suspiro antes de darle una respuesta.

—Comprendo perfectamente lo que sugieres. Me has puesto en una posición comprometedora, porque no estoy conforme con aceptar algo que no busco, pero tampoco es justo negarme.

—No hay tiempo para dudar —subrayó Akram—. De ti dependemos. Pero no puedo obligarte a hacer nada que no quieras. Tampoco voy a convencerte, ni empeñaré pobres y desesperados intentos de hacerte sentir culpable en caso de que tomes una

decisión contraria a mis deseos. Solo tú sabes hasta qué punto te importa esta familia. Y comprendo que no es una decisión fácil porque seguro que sientes que ya has sacrificado mucho en muypoco tiempo, pero todos hemos sacrificado tanto para estar hoy aquí. Y te aseguro que llega un momento en la vida de todo hombre en el que la responsabilidad adquiere un peso mayor que los apetitos y se debe tomar una decisión crucial, gracias a la cual te convertirás en un adulto. Said, ha llegado ese momento para ti y espero que sepas actuar con prudencia y sabiduría.

Fátima enseguida comprendió que no solo se trataba de la supervivencia para superar el invierno, sino que hablaban del futuro de su hijo; y que una cosa dependía de la otra y el bienestar de todos recaía repentinamente sobre los hombros de Said. Pero no había nada que Fátima pudiera hacer para aliviarle esa carga, solo guardaba silencio expectante y confiaba en que tomaría la mejor decisión y la más conveniente para todos.

—Si ha llegado ese momento, retroceder no es una opción —reflexionó Said—. A diario me preguntaba, ¿qué voy a hacer con mi vida? En cierto modo he sentido que esa vida se me ha escapado y lo que ha quedado apenas puede considerarse un despojo. El corazón que supuestamente aún late dentro de mi pecho en nada se parece al corazón de un hombre vivo. Lo he perdido y lo que ha quedado es un órgano que se limita a mantenerme en pie. Esperaba emprender un viaje sin retorno hacia el desierto y dedicarme a la oración a Alá. Pero ahora se presenta ante mí un nuevo compromiso, el sustento de mi familia, a quien le debo todo lo que soy, aunque también todo lo que he dejado de ser. El desierto ha dejado de ser un noble propósito para convertirse en el paisaje para una huida cobarde que no puedo permitirme. En este momento no puedo darte una respuesta, pero dame una noche para estar a solas con mis pensamientos. Cuando salga el sol conocerás mi decisión.

—Será como pides. Te conozco lo suficiente para saber que tu decisión será la correcta. Pero sea cual sea, la respetaré.

Fátima quiso intervenir para reprender a su hijo por retrasar su respuesta. Era inconcebible negarse a una petición como esa de la cual dependía la suerte de todos. Akram, adivinando sus intenciones, hizo un gesto tranquilizador con su mano, dándole a entender que lo mejor era no presionar a Said. Al cabo de un rato, el ceremonioso silencio que se apoderaba de la estancia fue interrumpido por unos gritos en el exterior de la casa que llamaban a Akram. Este enseguida corrió hacia la puerta.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué llaman de ese modo?

Akram se encontró con su vecino Abdul y lo dejó entrar en casa, perplejo al notar su aspecto sudado y ansioso.

—¿Te has enterado? El señor Carlos ha muerto y los campesinos quieren expulsar a su familia temiendo que haya sido la peste negra la razón de su enfermedad. Bien sabemos que no fue la peste negra lo que aquejó a Carlos durante el viaje. Pero ellos no conocen los síntomas.

Al escuchar esta noticia, Said se sobresaltó de inmediato, visiblemente preocupado.

—¿Carlos estaba enfermo? ¿Por qué no nos dijiste nada? ¡No podemos permitir que los expulsen! Solo quienes vimos de cerca la peste negra en Valencia podemos aclarar la situación.

Akram vio que su sobrino estaba alterado y enojado al mismo tiempo, sin saber cómo asimilar toda la información descubierta hasta el momento. Con un tono conciliador intentó calmarlo.

—El propio Carlos aseguró que no era tan grave y le creímos. Evidentemente estaba disimulando la gravedad de su malestar. Era un buen hombre… Es muy lamentable conocer esta noticia, pero ya es muy poco lo que podemos hacer. Si han tomado la decisión, nuestra opinión no será tomada en cuenta. Las personas aceptan con

facilidad lo que quieren creer y les cuesta aceptar cualquier cosa que contradiga aquello de lo que se han convencido. Es inútil intervenir.

Said temblaba de impotencia al escuchar esta respuesta. Los pensamientos se agolpaban en su cabeza y le afectaba imaginar el estado en el que se encontrarían Beatriz y su familia en aquel momento, lamentando la muerte de Carlos y forzados a abandonar lo que tanto habían tardado en recuperar. Intentaba hallar una solución y le hervía la sangre al comprender que no había nada que pudiera hacer para impedirlo. Sin embargo, era inadmisible aceptar un destino así para ella y los suyos, como si los obligaran a revivir los acontecimientos de la huida de Valencia, sin un rumbo fijo y esta vez completamente solos.

—¡A ti te escucharán! —suplicó Said—. Por lo menos debemos intentarlo sin perder el tiempo. Si tanto creías que Carlos era un buen hombre como dices, hazlo en nombre de su memoria. O, por lo menos, hazlo por mí.

Akram atajó las palabras de su sobrino contestándole con rudeza:

—¿Estás pidiendo que haga algo por ti con prontitud? Hace unos minutos te pedíamos que hicieras algo por todos nosotros y preferiste aplazar tu respuesta. En este caso, sugieres que el tiempo apremia para actuar de inmediato. Ah, Said, a veces puedes llegar a ser tan insolente. Crees que el mundo está a tus pies y gira alrededor de ti.

Un resplandor de furia brilló en los ojos de Said que no pasó desapercibido para Fátima, quien se adelantó hasta ponerse frente a él y sujetarlo por los brazos. Akram sostenía la mirada de su sobrino casi sin parpadear, mientras Abdul miraba de un lado a otro sin comprender lo que estaba ocurriendo. El pulso de Said estaba acelerado, pero el tacto de su madre le ayudó a tranquilizarse. Su respiración fue normalizándose y apartó la mirada que le prodigaba a su tío para ver el rostro contrariado de su madre. Le sonrió con resignación y ella comprendió que ya no debía temer una reacción contraproducente de su parte. Said inspiró profundamente antes de mirar nuevamente a su tío.

—Acepto el reproche que me haces. He sido muy egoísta. Me casaré con esa mujer para asegurar tu sociedad con Fouad. Pero, por favor, haz algo para evitar esa injusticia si es que ya no es demasiado tarde.

A Fátima se le iluminaron los ojos y no pudo evitar reaccionar.

—Estás haciendo lo correcto, hijo mío.

Akram agitó su cabeza dubitativo y con mucha cautela le dijo a su sobrino en iguales términos:

—Siempre lo he dicho y es la verdad, para mí eres como un hijo. No me malinterpretes, mis peticiones son las de un padre que no soporta ver a alguien tan querido desperdiciando su vida. Por supuesto que haré todo lo posible para revertir esta situación, y no solo porque me lo pides, sino porque es lo correcto, y porque Carlos probablemente hubiera hecho lo mismo por cualquiera de nosotros. Me complace mucho tu respuesta, pero temo que esta dependa del éxito o fracaso de tu petición. Esa decisión debe llevarse a cabo porque así lo quieres y estás seguro de la responsabilidad que implica. No es algo que pueda tomarse a la ligera. No te precipites solo por intentar convencerme de hacer algo que de igual modo haré.

—Pase lo que pase no deshonraré mi palabra —confirmó Said—. Ya lo he pensado y estoy seguro de mi elección. Cumpliré con el compromiso sin retractarme.

Con un brillo de satisfacción en su mirada, Akram abrió sus brazos para darle un abrazo a su sobrino a modo de felicitación. Al separarse de él se dirigió a Abdul:

—Busquemos al párroco. Quizá podamos evitarle la desventura a esa pobre familia.

Capítulo 7

Caminaban por una pendiente sin pronunciar palabra alguna, reservando las quejas y el llanto para cuando pudieran detenerse. Hacía tres días que habían sido expulsados del Campo de los Salvados por decisión popular. Fue el padre Francisco quien transmitió el mensaje de la voluntad colectiva, con la que no estaba de acuerdo pero tampoco podía oponerse. El párroco les había proporcionado instrucciones sobre una posible ruta hacia un pueblo cercano donde podrían ser recibidos, junto con una carta dirigida al párroco de allí pidiéndole amparo para aquella familia cristiana. A su vez les dijo que en un par de meses, cuando las tensiones se hubieran calmado, podrían volver al Campo de los Salvados y demostrar que estaban sanos y sin ningún síntoma de peste negra en sus cuerpos. Asimismo, les garantizó que se encargaría personalmente de evitar que algo malo le ocurriera a la casa que habían construido, y que esta seguiría siendo suya a su vuelta. Después de bendecirlos, los animó a tener paciencia y a confiar en la voluntad de Dios, porque todo aquello solo era una prueba para fortalecer sus espíritus.

Perpetua estaba turbada por el duelo tras la muerte de su esposo, así que fueron sus hijos quienes escucharon con impotencia las resoluciones del padre Francisco. Por muchas objeciones que le pusieron, el párroco insistió amablemente en que aquella era la única solución para evitar posibles actos violentos contra ellos motivados por el miedo y la confusión. Les advirtió que la gente se mostraba muy susceptible y temerosa ante la sola mención de la peste negra, y que daban por sentado que Carlos había muerto por eso. Así que no les quedó más remedio que asentir derrotados a la petición del párroco y aceptar sus condiciones, así como confiar en sus garantías. Pero ahora sus promesas y certezas resonaban como un eco lejano, que menguaba frente a las dificultades del camino.

Apenas tuvieron tiempo de recoger unas pocas provisiones y pertenencias para emprender un viaje incierto, con la pesadumbre calando hondo en sus corazones y profundamente entristecidos por no tener a Carlos junto a ellos. Pedro y Cayetano se turnaban para llevar a su madre del brazo, preocupados por su salud y la posibilidad de que esta desmejorara por el esfuerzo del viaje. Ella no oponía resistencia ni hacía preguntas, como si estuviera ausente, consumida por la pena. En cierto modo, aquel viaje se le hacía mucho más llevadero que al resto, porque cualquier posible preocupación significaba para ella mucho menos que la pérdida de su marido. Tampoco era plenamente consciente del camino que estaba recorriendo, ni de los pasos que estaba dando. El cansancio que sentía era apocado por el desconsuelo que ocupaba sus pensamientos, y la angustia de saber que no volvería a ver ni a escuchar a su adorado esposo. A lo largo del recorrido, eran Pedro y Cayetano los únicos que intercambiaban palabras para discutir sobre la ruta que el padre Francisco les había aconsejado seguir. Tomasa y Beatriz también marchaban en silencio, concentradas en no gastar el aliento hablando, pues suponían que aún les quedaba mucho por recorrer y sabían que lo mejor era no tomar largos descansos ya que aquellos caminos podían ser peligrosos. No llevaban consigo armas ni instrumento alguno con el que poder defenderse ante una posible amenaza. Así que cuantas mayores precauciones tomaran, más se reducirían las posibilidades de atraer la atención de malhechores o de alguna bestia salvaje.

Tras haber coronado con éxito el monte, continuaron por una zona mucho más plana aunque rodeada de árboles frondosos y tupidos que les impedían vislumbrar con claridad el horizonte. Les quedaban varios kilómetros antes de llegar a aquella aldea que había recomendado el párroco, lo cual se traducía en, por lo menos, dos días y medio más de viaje, si es que conseguían mantener ese mismo ritmo. Debido al esfuerzo de

subir la pendiente del monte, optaron por detenerse brevemente para reponer sus fuerzas. Perpetua se dejó caer en el suelo junto al tronco de un árbol, mientras que Tomasa se sentó sobre unas rocas mohosas. De pronto, escucharon el ruido de una caída de agua y se sintieron emocionados al suponer que muy cerca habría un arroyo del que podrían abastecerse de agua para el camino. Esta era la primera y única alegría que vivían desde que partieran del Campo de los Salvados.

—¡Hay agua en este bosque! —gritó Cayetano entusiasmado—. Así, por lo menos, no tendremos que soportar la sed. El sonido es fuerte y se escucha con claridad, debe de estar muy cerca.

—Justo a tiempo —añadió Pedro, poco dispuesto a contagiarse del entusiasmo de su hermano—. Ya nos quedaba muy poca. Debemos llenar los odres, pero antes hay que encontrar ese arroyo.

—No puedo moverme —dijo Perpetua hablando por primera vez desde que iniciaran el viaje—, estoy muy cansada. ¿No podríais traerme el agua? Me sentiré mejor cuando haya bebido y entonces podré seguir caminando. Pero por ahora necesito descansar.

Pedro y Cayetano compartieron una mirada de preocupación, aunque se sintieron aliviados por el hecho de escuchar la voz de su madre.

—De acuerdo, madre —dijo Cayetano—. Pedro y yo iremos a buscar agua, Tomasa y Beatriz se quedan aquí contigo acompañándote.

Tomasa y Beatriz secundaron las palabras de Cayetano asintiendo con la cabeza. Beatriz se sentó al lado de su madre, mientras Pedro les decía:

—Estaremos cerca. Manteneros en silencio y gritad nuestros nombres si veis o escucháis algo sospechoso. Este lugar parece solitario, pero no por ello debemos confiarnos.

—No nos moveremos de aquí, Pedro —prometió Beatriz—. Estaremos aquí quietas. Yo también necesito descansar… Esa pendiente nos ha dejado exhaustas.

Pedro les dedicó una sonrisa y, con los odres en las manos, se adentraron en el bosque siguiendo el rumor del agua hasta perderse de vista. Perpetua alzó su cabeza mirando el cielo nublado, sintiéndose resguardada bajo la copa del árbol que la cobijaba.

—¿Cómo te sientes, mamá? —le preguntó Beatriz a su madre mientras le acariciaba el pelo.

Perpetua la observó con tristeza, sintiéndose desarmada por la ternura con que su hija le hacía esa pregunta, y con un hilo de voz le dijo:

—Ay, hija mía, apenas tengo las fuerzas suficientes para ser consciente de que estoy viva… Estoy viva pero sin tu padre a mi lado, y a veces hasta dudo de si estoy realmente viva, pues mi única certeza es su ausencia. Mi sufrimiento es la única prueba de que sigo aquí… Comprendo que estoy viva porque no me he reencontrado con Carlos bajo la gracia de nuestro Señor. ¡Ay!… Y si miro a mi alrededor descubro nuevas pérdidas y nuevos esfuerzos para recuperar lo perdido. Prefiero refugiarme en los recuerdos para no tener que pensar en este viaje.

—Madre, me acongojan tus palabras —dijo Beatriz—. Recuerda que nosotros estamos a tu lado y no permitiremos que te sientas sola ni desprotegida. Este viaje pronto llegará a su fin y de igual modo regresaremos a nuestra casa cuando las cosas se calmen.

—¿A casa? —repitió Perpetua a modo de pregunta—. ¿Acaso volveremos a Valencia?

Beatriz se armó de paciencia al ver que su madre estaba aturdida tras los recientes sucesos.

—No, madre, no volveremos a Valencia. —Beatriz suspiró—. Me refiero a nuestro nuevo hogar en el Campo de los Salvados. ¿Recuerdas todo lo sucedido y lo que nos dijo el párroco? Iremos a una aldea cercana, donde permaneceremos un tiempo, y luego regresaremos para demostrarles que no contrajimos la peste negra.

—¿Para qué volver al lugar de donde nos han expulsado? —preguntó Perpetua con un asomo de lucidez repentino—. ¿No sería mejor regresar al hogar que siempre fue nuestro?… El hogar es aquel lugar donde guardamos nuestros recuerdos más felices. Los mejores momentos de mi existencia los viví en Valencia. Allí conocí a tu padre y nos casamos con Dios como testigo de una unión para toda la vida. Fue en Valencia donde cada uno de vosotros fue concebido y donde abristeis los ojos por primera vez para observar el mundo que os rodeaba… Donde fundamos todos nuestros sueños y esperanzas, donde el corazón latió tras haber amado tanto. Ese es el lugar que podemos llamar hogar. Si ya no tenemos nada que perder, ¿por qué no regresamos a ese lugar tan querido?

—No es tan sencillo como quisiéramos —dijo Beatriz con dulzura—. La Valencia que conocimos ya no existe, y no sabemos hasta qué punto las cosas han cambiado, ni mucho menos sin han mejorado. No podríamos regresar a menos que supiéramos que la peste negra ha sido erradicada. Pero nuestro hogar en el Campo de los Salvados sí es un lugar seguro y nos pertenece, aunque por ahora debemos permanecer lejos.

—¿Alguna vez nos detendremos? —preguntó Perpetua a modo de susurro, hablando más para sí misma que para su hija—. El camino se hace más largo y el cansancio se apodera de mi espíritu. Quisiera simplemente detenerme y cerrar los ojos.

Beatriz prefirió no responder a su madre y dejarla rumiando a solas sus quejas; supuso que poco a poco su madre comprendería lo que estaba sucediendo y lo aceptaría, incluyendo el hecho de que su esposo ya no se encontraba junto a ellos. A Beatriz no le costaba aceptar este lamentable hecho, por mucho que le doliera, pero en cambio resentía la intempestiva partida a la que se habían visto obligados, a pocas horas de haber enterrado a su padre. Consideraba aquel acontecimiento demasiado cruel e injusto para creerlo posible y, sin embargo, allí estaban nuevamente a la deriva y expuestos a los peligros de un viaje. Repasaba mentalmente las palabras del párroco, aferrándose a la convicción de que pronto volverían al Campo de los Salvados, a ese hogar donde construyeron una nueva esperanza para el futuro y el lugar donde se encontraba su amado Said.

Le angustiaba haber partido sin despedirse y tratando de imaginar cómo se habría sentido Said al enterarse de su ausencia y las causas que la motivaron. Confiaba en que comprendiera que las circunstancias no le permitieron dejarle un mensaje con alguna explicación. Junto a este pensamiento, la embargaban incontables dudas: "¿Y si no regresamos al Campo de los Salvados? ¿Y si no vuelvo a encontrarme con Said?". Porque, aunque se hubieran acabado todas las esperanzas entre ellos, aún les quedaba el dudoso consuelo de poder estar cerca un tiempo. Justo entonces recordó la última conversación que mantuvieron a solas en el arroyo y el deseo de Said de dejar el Campo de los Salvados, poner una distancia definitiva entre ellos y peregrinar por el desierto a miles de kilómetros de distancia. La asaltaba el temor repentino de que su partida acelerara esa decisión y que para cuando regresara al Campo de los Salvados Said ya no se encontrara allí. Sin embargo, Beatriz no quería dejarse abatir por la desesperanza, pues mientras estuviera viva existían opciones, porque en su ingenuidad confiaba en que ninguna circunstancia adversa era perdurable ya que, al final, siempre se imponía la realidad de la verdad y la bondad. Como buena cristiana, creía que finalmente sucedía lo bueno y justo para los virtuosos y, gracias a esta creencia, podía confrontar sus miedos alimentando la esperanza de volver a encontrarse con Said próximamente, con la misma

fuerza secreta con la que sustentaba su inconfesable fe en que algún día podrían estar juntos, sin importar lo que dijeran los demás.

Los pensamientos de Beatriz fueron interrumpidos por la voz de su madre, que le apretó suavemente el brazo.

—Tengo hambre. ¿Se acabaron las provisiones?

—Aún tenemos comida suficiente para continuar el viaje —respondió Beatriz—. Pero quizá debamos esperar a que lleguen Pedro y Cayetano con el agua.

Al escuchar esto, Tomasa registró una de las bolsas de viaje y le dio una hogaza de pan a Perpetua.

—Mientras tanto puedes comer esto. Ya no tardarán en llegar.

Perpetua agarró la hogaza de pan, agradeciéndoselo, y empezó a comer masticando lentamente y con la mirada perdida. Beatriz la observaba con atención, descubriendo así toda su fragilidad: su cuerpo robusto ahora parecía menguado y blando; su rostro presentaba una inusitada palidez y sus ojos enrojecidos denunciaban las huellas de un llanto reciente. Era la viva estampa de la resignación. Beatriz quiso abrazarla pero se contuvo, limitándose a sonreírle; gesto que a Perpetua no le pasó desapercibido y, aunque no le sonrió de vuelta, extendió su mano para sujetar la de Beatriz y darle un cariñoso apretón. Con esta acción Beatriz interpretó que su madre le quería decir: "No te preocupes. Todo estará bien".

La calma del momento fue perturbada por unos ruidos confusos que delataban una presencia humana. Beatriz y Tomasa cruzaron una mirada sin moverse. Tras unos segundos de expectativa, en los que suponían que aparecerían Pedro y Cayetano, vino la consecutiva sorpresa de ver llegar hacia ellas un grupo de hombres y mujeres harapientos, con una mirada hosca y fija en ellas. Caminaban lentamente y cuchicheaban entre ellos. Aquellos sujetos no inspiraban confianza y un brillo siniestro se revelaba en sus ojos. Tomasa le susurró a Beatriz:

—Parece una comunidad de mendigos. Probablemente nos pidan comida. Les daré una parte de lo que tenemos, pero guarda esta otra bolsa e intenta no parecer asustada. Mantente alerta junto a Perpetua y si se abalanzan sobre nosotras correremos hacia los árboles para buscar a Pedro y Cayetano. ¿De acuerdo?

Beatriz asintió enrollándose en el cuerpo la bolsa que Tomasa le daba. Por su parte, Perpetua nuevamente se encontraba demasiado extraviada en sus pensamientos como para importarle lo que hablaban o preocuparse por lo que ocurría a su alrededor. Tomasa se puso de pie caminando lentamente hacia los mendigos, aunque guardando las distancias para preguntarles:

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué buscan?

Uno de los mendigos se adelantó con pasos cautelosos y una sonrisa lunática que hizo que Tomasa sintiera un nudo en la garganta y retrocediera caminando de espaldas. Al mismo tiempo, Beatriz le dijo a su madre:

—Estas personas parecen peligrosas. Pongámonos de pie y dirijámonos hacia los árboles cuando te lo diga. Y no sueltes mi mano.

Perpetua asentía, perpleja e incapaz de coordinar sus movimientos al intentar ponerse de pie:

—No puedo levantarme, Beatriz. Estoy muy cansada.

—Por favor, madre. Haz un pequeño esfuerzo. Yo te ayudo.

Mientras Beatriz intentaba ayudar a que su madre se sostuviera en pie, los mendigos murmuraban y reían a carcajadas. A su vez, el que caminaba hacia Tomasa extendió el brazo para señalar a Perpetua.

—No somos nadie, hace mucho tiempo que dejó de importarnos quienes fuimos alguna vez. Solo queremos lo que ella estaba comiendo. Estos árboles no dan frutos durante esta temporada del año. Tenemos mucha hambre.

Tomasa se desembarazó de la bolsa de piel que cargaba sujeta a su cuerpo y la extendió. Dentro había varios pedazos de pan y algunas verduras. Los mendigos se acercaron relamiéndose los labios. Tomasa puso la bolsa en el suelo.

—No es mucho lo que tenemos, pero lo compartimos con ustedes. Ahora, si nos permiten, debemos seguir nuestro camino.

Los mendigos corrieron hacia la bolsa y comenzaron a repartirse el contenido, algunos se peleaban entre ellos por coger un pequeño pedazo o porque les arrebataban el que ya tenían en sus manos. Aprovechando este momento de distracción, Tomasa caminó presurosa en dirección a Beatriz y Perpetua.

—Vámonos. Deprisa… Busquemos a Pedro y Cayetano siguiendo el sonido del agua.

Perpetua ya estaba de pie apoyada en Beatriz. Tomasa la ayudó sosteniéndola del otro brazo y las tres comenzaron a caminar. Por debajo de la ropa de Beatriz asomaba parte de la otra bolsa que llevaba sujeta a la cintura. Este detalle no pasó desapercibido para algunos de los mendigos, que enseguida alertaron a los otros:

—¡Tienen otra bolsa! Seguro que hay más comida y no quieren darnos.

—¡Deteneos! ¡Traed esa bolsa!

Tomasa y Beatriz continuaron caminando indiferentes a sus gritos y esforzándose en apurar sus pasos, pero era imposible debido a los movimientos lentos y torpes de Perpetua. No tardaron en alcanzarlas y sintieron que las empujaban hasta hacerlas separarse. A Beatriz la acorralaron para arrebatarle la bolsa y Perpetua reaccionó finalmente gritando:

—¡Dejen en paz a mi hija!

Perpetua se abalanzó contra uno de los mendigos y este la empujó con tal fuerza que la hizo caer al suelo. Tomasa corrió en dirección a los árboles gritando:

—¡Pedro! ¡Cayetano! ¡Estamos en peligro!

Cuando los mendigos finalmente despojaron a Beatriz de su bolsa, ella corrió en dirección a su madre y la halló temblando en el suelo sobre un charco de sangre que brotaba de su cabeza. En la caída había impactado con una roca que le había abierto una grave herida, de la cual no dejaba de manar sangre. Beatriz, horrorizada, se arrodilló para auxiliarla sujetando su cabeza para tapar la herida con sus manos a la vez que gritaba:

—¡Se está desangrando! ¡La han matado! Que alguien me ayude, ¡por favor!

Ante la evidencia de su crimen, los mendigos corrieron despavoridos hacia el bosque, sujetando lo que pudieron coger de la bolsa de Beatriz, tropezándose en su carrera atropellada y gritándose los unos a los otros.

—¡Es hora de irnos! ¡Corred! Ya no queda nada que buscar.

Perpetua miró a su hija y con una voz débil susurró:

—¡Carlos! ¡Ha venido por mí!

Beatriz sostenía a su madre, empapada en sangre. No apartaba sus ojos de ella y le hablaba para que no se durmiera:

—¡No, madre! ¡Resiste! Todo va a estar bien. Si quieres volveremos a Valencia, pero no te vayas. Te necesitamos. Haré todo lo necesario para que seas feliz, pero no me abandones. Te lo ruego.

—¡Hija! Os quiero tanto… Nunca lo olvidéis.

Beatriz lloraba, sintiéndose sola y abandonada, sin Tomasa ni sus hermanos a su lado. Veía cómo su madre palidecía a cada segundo y su respiración se hacía más lenta. Se estaba muriendo ante sus ojos y no había nada que pudiera hacer para evitarlo.

—Por favor, Dios mío —imploraba Beatriz con los ojos llenos de lágrimas—. ¿Cuántas desgracias debemos soportar? Deja que mi madre se salve…

Beatriz sujetaba a su madre con los ojos cerrados porque se sentía incapaz de mirarla, recitaba todas las oraciones que se sabía e inventaba otras nuevas, confiando que de este modo Dios se apiadaría de ella y revertiría el daño que le habían hecho a Perpetua. Si no abría los ojos no tendría que enfrentarse a la realidad de su muerte y le sería posible imaginar que su madre seguía viva. No supo si pasaron minutos u horas, allí con los ojos cerrados y la sangre de Perpetua secándose en sus manos, cuando sintió unas manos en su hombro y la voz de su hermano Pedro:

—¡Beatriz! ¡Ya estamos aquí!

Y entonces Beatriz se vio obligada a abrir los ojos para enfrentarse a lo que tanto quiso negar: su madre yacía muerta con la cabeza recostada en sus piernas. Cayetano lloraba amargamente sobre ella mientras Pedro y Tomasa intentaban hacer reaccionar a Beatriz, que sollozaba amargamente, para que se apartara del cadáver. Los ojos de Perpetua ahora estaban cerrados y su rostro había perdido todo rubor. Beatriz sentía la sangre pegajosa en sus brazos y manos, pero nuevamente quiso arrodillarse junto a su madre.

—¡No! No puede estar muerta. Le rogué tanto a Dios que no lo permitiera… ¡Esto no puede estar sucediendo!

Pedro se apresuró a abrazarla y calmarla. Juntos lloraban una misma orfandad.

—Lo siento mucho Beatriz, no debimos dejaros solas. Es culpa nuestra.

—No hables así —le dijo Beatriz en medio de sus sollozos—. Hay demasiada maldad en el mundo. Ella murió por intentar defenderme. Es lo que hubiera hecho por cualquiera de nosotros.

Ambos se abrazaron, llorando desconsoladamente. Sin embargo, Cayetano aún se aferraba al cadáver de Perpetua.

—No queríamos abandonarte. No es justo que tu vida haya acabado de esta manera, después de todos los esfuerzos para salvarnos… Espero que ahora estés de vuelta con nuestro padre. Os vamos a extrañar tanto… Mamá, no me alcanzará la vida para pedirte perdón.

—Ay, Beatriz —lamentó Pedro—. Recuerda lo que dijo nuestro padre: no estaremos solos mientras nos tengamos los unos a los otros. Ahora ellos velan por nosotros, intercediendo para que Dios facilite nuestros caminos. Desde hoy, más que nunca, no podemos separarnos. Prometo no volver a dejarte sola.

—Mamá quería regresar a Valencia —dijo Beatriz, recordando los últimos momentos compartidos junto a su madre—. Ella dijo que ese era su verdadero hogar porque allí había pasado los mejores años de su vida. Creo que estaba preparada para partir, porque ya no veía esperanza alguna en el futuro. Quizá ahora se encuentre feliz junto a papá. ¿Soy una tonta por consolarme con esa idea?

Pedro tomó a Beatriz de las manos y las vio manchadas de sangre.

—¡Tráeme el agua, por favor! —le dijo Pedro a Tomasa

Tomasa obedeció y, con suavidad, Pedro procedió a limpiar la sangre de los brazos de su hermana, empeñado en no dejar ni rastro de la misma, con ese compulsivo esfuerzo al que se aferran quienes sienten que han fallado miserablemente. Las lágrimas corrían por su rostro al sentir que esa misma sangre derramada era el símbolo de su fracaso. Ahora era su responsabilidad permanecer fuerte y a la altura de las

circunstancias, porque la familia quedaba plenamente a su cargo. Todos aguardaban sus palabras sobre los próximos pasos a seguir.

—No, no eres una tonta, Beatriz —le aseguró Pedro a su hermana—. Nunca lo has sido. Solo pensando de ese modo podremos seguir adelante. Nuestra madre, dondequiera que esté, ya está libre del sufrimiento. Nos queda ese consuelo.

—No podemos dejarla aquí —sugirió Tomasa—. Sería impropio.

Tras enjuagar los brazos de Beatriz y despojarlos de todo rastro de sangre, Pedro miró a su alrededor, para descubrir el desalentador panorama al que le correspondía enfrentarse: su esposa temblando, su hermana sollozando con las manos cubriéndose el rostro y Cayetano desorientado hablándole al cadáver de su madre, al que abrazaba repetidas veces.

—Tienes razón, Tomasa —dijo Pedro—. Mi madre merece cristiana sepultura y debemos dársela.

—Pero ¿cómo lo haremos? —preguntó Tomasa—. No encontraremos un sacerdote cerca, ni tampoco es lógico llevarla a rastras con nosotros.

—Dios es comprensivo y misericordioso —afirmó Pedro—. En una situación desesperada como esta, él comprenderá nuestras limitaciones. Nos encargaremos nosotros mismos, orando juntos por la salvación de su alma.

Conforme a este deseo, Pedro se acercó a su hermano y puso una mano en su hombro. Este giró la cabeza y Pedro pudo ver su aspecto derrotado, con los ojos enrojecidos y la respiración acelerada, aún sosteniendo las manos rígidas de su madre entre las suyas.

—Hermano, tenemos que ocuparnos del cuerpo. No podemos dejarla aquí sin más, sin darle un entierro digno. Este es el momento y debemos apurarnos antes que caiga la noche. Ayúdame a cavar.

Al escuchar estas palabras, Cayetano negó con la cabeza desesperado. Pedro apretó la mano sobre su hombro para tranquilizarlo.

—¡No! ¡No la enterraremos! —dijo Cayetano con los ojos desorbitados—. Si lo hacemos significará que ya se ha ido para siempre y entonces tendremos que aceptar nuestra vida sin ella. Y yo no quiero vivir sin mi madre. No la protegí cuando más me necesitaba, ni tampoco pude despedirme. No quiero abandonarla ahora, mucho menos en el lugar donde fue asesinada.

—Permanecer aquí más tiempo es arriesgar nuestras vidas —dijo Pedro—. No podemos llevarla con nosotros aunque quisiéramos. Pero ella querría que su cuerpo fuera encomendado a Dios para que reciba su alma con mayor facilidad. Y eso es lo mínimo que podemos hacer dadas las circunstancias: enterrarla y rezar por su alma. Necesito tu ayuda para cavar un hoyo profundo entre los árboles, para evitar que luego sea desenterrada por los animales. No compliques las cosas, Cayetano. No es el momento apropiado para tus berrinches.

Los reproches de Pedro hicieron que la terquedad de Cayetano se transformara en cólera, pues se sintió ofendido y burlado en su dolor.

—¡Estás hablando de nuestra madre! —dijo Cayetano soltando las manos de su madre e incorporándose para encarar a Pedro—. Nunca debimos obedecer al párroco. Esto no hubiera ocurrido de habernos negado. Hubiera sido mejor enfrentarse a todos esos ignorantes que fueron lo suficientemente cobardes como para mandar a un solo hombre a comprar provisiones en vez de ir cualquiera de ellos. Pero tú accediste por todos nosotros. Te seguimos sin oponer resistencia y ahora henos aquí.

—Son extremadamente injustas tus palabras, hermano —dijo Pedro—. ¿Recuerdas el ambiente hostil de Valencia antes de que partiéramos? ¿Lo que ocurría con quienes padecían la enfermedad o con aquellos presuntos enfermos? ¿Acaso quisieron vivir en

carne propia esa violencia y ese rechazo? Lo siento mucho, pero no iba a exponeros a esos peligros. Hicimos lo que fue necesario para garantizar nuestra vuelta al Campo de los Salvados en el futuro y poder demostrarles que no estamos enfermos.

—¿Y ahora qué? Perdimos a nuestra madre y tú quieres desembarazarte de ella rápido para seguir con el plan que nos trajo esta desgracia… que no parece afectarte demasiado.

Pedro empujó a Cayetano haciendo que cayera sentado en el suelo.

—No te atrevas a cuestionar mi dolor —le gritó Pedro con una fiereza en sus ojos que paralizó a Cayetano—. Los tres hemos perdido a un padre y a una madre. Nadie mejor que cada uno de nosotros para comprender lo que estamos sintiendo. Este es el momento perfecto para que comiences a comportarte como un adulto.

Cayetano se puso de pie, dispuesto a abalanzarse contra su hermano, cuando los detuvo un grito de Beatriz.

—¡Basta! ¡Dejad de pelearos! Ahora es cuando más unidos debemos estar. Si dejamos que los rencores nos separen, entonces, tanto papá como mamá habrán muerto en vano. Hagámoslo por ellos y por nosotros, como la familia que aún somos y seguiremos siendo. Esta situación es extremadamente dolorosa, es cierto, pero Pedro tiene razón. Debemos ocuparnos del entierro de inmediato. Ya habrá mucho tiempo para lamentarse, pero en este preciso instante lo correcto es actuar.

La firmeza con que Beatriz habló a sus hermanos, con una madurez y seguridad anteriormente desconocidas para ellos, no solo les hizo retroceder sino bajar la cabeza arrepentidos por haberse atacado de esa forma.

—Gracias por devolvernos la sensatez, hermanita —dijo Cayetano—. Siento mucho haberme comportado de esta forma. Me siento muy abatido, sin esperanzas, y no sé si podré soportarlo… Pero sé que no es tu culpa, Pedro. Hagamos lo siguiente: te ayudaré a cavar un hoyo, enterraremos el cuerpo de mamá y haremos un funeral, pero cuando hayamos acabado y nos dispongamos a partir yo tomaré un camino distinto.

—Pero… ¿qué dices, Cayetano? —Pedro le miró fijamente con los ojos aún enrojecidos.

—Pedro. Esto es algo que he estado pensando todo este tiempo, desde que murió nuestro padre, y creo que este es el momento apropiado. Quiero volver a Valencia y ver qué ha ocurrido. Espero que comprendáis y respetéis mi decisión… No os abandonaré. Si Valencia sigue siendo un caos me reuniré con vosotros en el Campo de los Salvados, pero si las cosas se han arreglado os estaré esperando allí para que regreséis si así lo deseáis. Mamá tenía razón, nuestro verdadero hogar está en Valencia y necesito ver con mis propios ojos si todo está perdido o aún queda esperanza de recuperar lo que una vez amamos.

Renovadas lágrimas brotaban de los ojos de Beatriz, cuya primera reacción fue abrazar a su hermano.

—¿Tú también nos dejas? —le preguntó Beatriz con un dejo de súplica—. ¿Qué haremos sin ti? Te necesitamos.

—Volveremos a encontrarnos, te lo prometo —aseguró Cayetano—. Te dejo en buenas manos, Pedro y Tomasa estarán a tu lado.

Pedro asintió resignado, aceptando la voluntad de su hermano.

—No quisiera separarnos. Hemos perdido ya tantas cosas… Pero apoyo tu decisión porque sé que eso es lo que quieres y lo que le dará paz y tranquilidad a tu espíritu. Recuerda que no importa a dónde vayamos o cuánto tiempo tardemos en encontrarnos, somos tu familia y siempre te estaremos esperando. Solo te pido que tengas mucho cuidado y no permanezcas en Valencia mucho tiempo si las cosas siguen igual o peor que antes. No olvides que la peste negra no perdona ni discrimina a nadie.

Cayetano se apartó del abrazo de Beatriz para responderle a Pedro.

—Así será. Tendré cuidado. Al menor indicio de que la peste sigue rondando la ciudad volveré sobre mis pasos. Vosotros seréis mi norte, pase lo que pase. Pero tengo un buen presentimiento y albergo la esperanza de que las cosas hayan cambiado. En ese caso, si mi intuición no ha fallado, espero que algún día todos volvamos a casa.

Los tres hermanos se abrazaron, sin saber cuánto tiempo transcurriría hasta el próximo reencuentro. Se abrazaban esperanzados a pesar del dolor y las pérdidas sufridas. Se abrazaban en su orfandad compartida para consolarse. Se abrazaban sin ganas de separarse, sintiendo que con ese abrazo eran capaces de sanarse los unos a los otros por todas las heridas invisibles que aquejaban sus almas.

—Ha llegado el momento de despedir a nuestra madre. Comencemos a cavar —dijo Cayetano.

Capítulo 8

El invierno llegó puntual invadiendo los hogares y acentuando las preocupaciones en los corazones de la gente. Todavía no nevaba, pero el frío los obligaba a permanecer resguardados en sus casas y evitar salir, tanto como fuera posible, y únicamente para aquellos casos que lo exigieran: visitar la iglesia, sacar agua del pozo o revisar las trampas puestas en los alrededores para ver si algún animal tenía la torpeza de caer en ellas. Visto desde fuera, el Campo de los Salvados parecía un pueblo fantasma. Algunos días el sol brillaba sobre el campo, pero la mayoría de las veces el cielo presentaba un aspecto nublado y con poca luz, favoreciendo la pesadez e inactividad que embargaba a los habitantes. A su vez, el hambre contribuía a la desgana, y solían descansar más tiempo del que quisieran para no pensar en la molestia de sus estómagos vacíos resonando antes y después de cada austera comida.

Durante el paso de esta estación, el domingo era el único día que anunciaba la presencia de vida humana en el lugar. Gran parte de los habitantes del Campo de los Salvados asistían a la misa del padre Francisco, ya que para ellos representaba un desahogo tras tantos días de desconsuelo y privación. Las palabras del párroco llegaban como alimento para el alma de sus feligreses, cuando el destinado al cuerpo se hacía insuficiente. Sus problemas seguirían estando allí y las cosas no habrían cambiado después de la liturgia, pero gracias a ello renovaban sus esperanzas para sobrellevar otra nueva semana, confiando en que Dios, tarde o temprano, les proveería con un remedio para sus malestares mientras durara el invierno. Era tal la fuerza de sus sermones que hasta algunas de las familias judías y musulmanas acudían al templo para escucharle, aunque no profesaran la misma fe.

Las palabras del padre Francisco no solo versaban sobre los basamentos de la fe cristiana, sino también sobre la necesidad de mantenerse despiertos ante las dificultades y no dejarse vencer por ellas, ya que existían recompensas para los pacientes. Defendía que la esperanza era un tesoro divino reservado únicamente para la especie humana, como un solaz para su alma, y que valía la pena confiar en el brillo de este tesoro para dejarse guiar por el camino que su luz alumbraba. Los asistentes lo escuchaban con rostros iluminados por la fe y reconfortados por la certeza de que siempre podría venir un mañana mejor. Eran tiempos de crisis en los que las personas se sentían muy susceptibles y el sentido de fraterna comunidad, que se hacía palpable en el templo como en ningún otro lugar de la aldea, los tranquilizaba en el transcurso de unas pocas horas. Algunos de ellos, las mujeres ancianas sobre todo, dejaban que las lágrimas brotaran de sus ojos en los momentos de mayor inspiración de su sermón, cuando el párroco alzaba sus manos y demandaba abrir los corazones para aceptar una futura felicidad, que nunca terminaba de aparecer pero que siempre se encontraba a punto de llegar. A veces los cristianos no reprimían sus impulsos y se ponían de pie para vociferar alabanzas a Dios y su hijo Jesucristo. Entonces el párroco los dejaba desahogar su entusiasmo antes de proseguir con la misa. Lamentablemente, cuando se terminaban las palabras y cada quien regresaba a su casa, el conjuro de las palabras del párroco perdía fuerza y la desesperanza regresaba a sus corazones, reafirmando la apatía y el aislamiento.

De igual modo, fuera de la iglesia y al margen de la vigilancia del párroco, se recrudecían los recelos entre los distintos grupos religiosos. Mientras no llegara la primavera, el distanciamiento entre las familias creaba grandes abismos, ya que era el trabajo en común y el sudor compartido en la tierra lo que los unía a todos. Poco a poco, la línea divisoria entre la frialdad mutua expresada con discreción y el desprecio recíproco comenzaba a subrayar sus límites peligrosamente. El resto de los días de la

semana, la iglesia lucía tan solitaria como el resto del campo, en un silencio interrumpido por las visitas ocasionales de algunos de sus más fieles seguidores que acudían en busca de consuelo o para cumplir con el sacramento de la confesión. Gracias a esto, el párroco conocía de cerca las dudas y temores que albergaban sus feligreses y aprovechaba esta información para preparar su sermón de cada domingo, asegurándose así de que interpelara directamente a su audiencia, para poder conmoverlos individualmente.

—La oscuridad es engañosa —advertía el párroco en uno de sus últimos sermones—. Se presenta como una fuerza invencible y eterna, desalentando de tal forma a quienes se encuentran atrapados en ella que les hace creer que la luz nunca llegará. Es por esta razón que Satanás se resguarda en ella y la usa como refugio desde donde atacar al hombre con los abismos de la desesperanza y la locura. Pero no debemos caer en esa trampa… La oscuridad es todo aquello que contradice nuestras esperanzas con la apariencia de una falsa realidad que no puede ser derrotada. Justo ahí, Satanás permanece invisible susurrándole a nuestro corazón las supuestas revelaciones de una desgracia irreversible. Pero todo esto son solo trucos de sus malas intenciones y su inteligencia experta para que nos sintamos defraudados y reneguemos del Altísimo. Por eso yo os digo: no cedáis a sus engaños ni escuchéis sus tentadoras palabras. Cada vez que penséis que las cosas no mejorarán y que la vida ha perdido el sentido, recordad que Dios nos ama y fue capaz de sacrificar a su propio hijo para garantizarnos la vida eterna. No dudéis de su promesa. Después de la noche viene el radiante sol a recordarnos cuál es el mundo que amamos. Es imperativo resistir el trago amargo para saborear las dulces mieles de la alegría. Aprovechemos este tiempo para reflexionar y conocernos mejor en las dificultades, para probar nuestro temperamento y entrenarnos en la superación de los obstáculos; para que la experiencia de lo vivido nos permita afrontar futuras dificultades con mayor éxito y prontitud. Cuando os sintáis desesperados, hablad con el prójimo y escuchad sus problemas; entonces comprenderéis que no estáis solos, que todos tratan de superar las mismas dificultades. Enfrentémonos juntos a esta oscuridad que se cierne sobre el Campo de los Salvados, como hermanos, todos hijos de un mismo padre misericordioso dispuesto a escuchar a sus hijos cuando se encuentran en apuros. Rezad y hablad con Él en vuestros momentos de mayor soledad. Cristo también os escucha e intercede para que Dios intervenga con su ayuda. Dios no desampara ni olvida, aunque así lo parezca, sino que escucha a quienes acuden con voluntad pura y corazones bondadosos. Superaremos esta temporada difícil y volveremos a reunirnos en nuestra tierra y bajo el precioso cielo para cantar los frutos de nuestro esfuerzo.

Y así, cada semana el párroco se presentaba con palabras semejantes, tratando de hacerles entender que su malestar no era tanto físico como espiritual y, en ese sentido, fortalecer el alma a través de la fe era el medio para soportar y afrontar mejor las dificultades. Pero esto no bastaba fuera de la iglesia, al afrontar el hambre del día a día en medio del frío y la expectativa por la incertidumbre del futuro.

Meses atrás, cuando regresó la expedición encargada de proveer al Campo de los Salvados con las provisiones adquiridas en otras aldeas, el fracaso fue notorio y desalentador: fue muy poco lo obtenido y no existía otra solución inmediata con la que resolver la situación antes de que comenzara el invierno. De tal modo, en los meses siguientes cada familia limitó los racionamientos a una o dos comidas al día, sin importar cuán hambrientos se sintieran. Con esta opresiva circunstancia trastocando la rutina de cada familia hasta convertirse en algo cotidiano, fueron los niños y los ancianos los primeros perjudicados, enfermándose a la menor oportunidad y presentando un aspecto famélico que resultaba lastimero a los ojos de los padres e hijos

adultos, quienes se sentían incapaces de ayudarlos. Los pequeños resfriados o malestares se transformaban en gripes graves, ya que los cuerpos mal alimentados estaban demasiado débiles. En un par de ocasiones algunos temieron que dichas enfermedades fueran brotes repentinos de la peste negra, pero estas menguaban al paso de los días y no presentaban los síntomas que los valencianos describían. No obstante, hubo instantes en que algunos de estos enfermos presentaron un aspecto lo suficientemente preocupante para temer por sus vidas. En ocasiones como estas, el padre Francisco se encargaba personalmente de visitar a las familias, rezar en silencio junto a las camas de los enfermos y hablar con ellos para reconfortarlos. Cuando su estado mejoraba, las familias agradecían sus oraciones y las consideraban el remedio que había permitido dicha recuperación. Sin embargo, el párroco luchaba contra el miedo producto de estas expectativas, considerando que existía la posibilidad de que Dios llamara a su seno a alguno de esos enfermos y sus oraciones no dieran el resultado esperado. Si esto sucediera, no sabría cómo justificar su error ante aquellos que depositaban su confianza en él. Por eso, cuando la recuperación era exitosa, el párroco respiraba aliviado e incluso lloraba a solas agradeciéndole a Dios su misericordia.

Estar preocupado se convirtió en un hábito para el párroco, que se agudizó en el transcurso de los meses. Como líder espiritual, se sentía responsable por el bienestar de la comunidad y el mantenimiento de una buena moral. El párroco conocía muy bien la naturaleza humana, como para comprender que en temporadas problemáticas como las que vivían se acentuaban otros vicios capaces de descomponer el alma y torcer la consciencia hacia el mal. Era su responsabilidad impedir estos venenos imperceptibles para el resto, pero que, para un siervo de Dios, constituían los peligros que asediaban el espíritu de los creyentes. El primer síntoma de esta corrupción fue la ligereza con la cual acordaron unánimemente expulsar a la familia de Carlos, sin ningún tipo de compasión, motivados por el miedo y la ignorancia y poco dispuestos a escuchar razones validadas por la inteligencia. El párroco pensaba a menudo en cada uno de los miembros de esa familia, lamentándose por no haber hecho lo suficiente por revertir la injusticia de su expulsión. Y lo atormentaba la culpa de tal modo que los incluía en sus plegarias diarias, pidiéndole a Dios que los protegiera, confiando en que llegaría el momento en que volverían y podría disculparse, así como darle una lección moral al resto de los habitantes acerca de no dejarse arrastrar por los prejuicios contra el prójimo.

Cuando pensaba en ellos, seguidamente le venía a la mente un recuerdo que le intrigaba sobremanera, un acontecimiento que había ocurrido pocas horas después de que los hijos de Carlos y su viuda se fueran del Campo de los Salvados. No olvidaba los detalles: Akram, acompañado de su sobrino, fue para solicitar información sobre la familia de Carlos. Aseguraba que la causa de su muerte no había sido la peste negra y quería explicárselo a todos. Al enterarse de que ya era demasiado tarde, Akram lo lamentó mucho pero se contentó con la garantía del párroco del futuro regreso de la familia cuando las cosas se hubieran calmado. No obstante, lo que le asombró al párroco en aquel momento fue la reacción que tuvo el sobrino de Akram ante dicha situación. Manifestó un intempestivo enojo, así como las ganas de lanzarse a la carrera para alcanzarlos y pedirles que regresaran, las cuales fueron aplacadas por su tío, que lo reprendió con palabras árabes que escapaban a su entendimiento. La piel del joven lucía enrojecida por la furia, su respiración era acelerada y sus puños se cerraban como signo de una impotencia contra la que deseaba rebelarse. Se despidieron de inmediato, siendo evidente la tensión entre ellos. Además, el párroco aún recordaba el extraño cruce de palabras entre Said y Beatriz durante la faena en el campo, así como la mirada ansiosa de Beatriz, buscando a alguien que no era ninguno de sus familiares, el día que partió la expedición. Misterios como aquellos escondían respuestas incómodas, pero estaba

dispuesto a afrontarlas, pues si bien sabía que, en tiempos oscuros, el alma de los hombres era presa fácil del pecado, su deber era precisamente contrarrestar la simiente de cualquier mal y erradicarlo por completo.

***

En contraste con el resto de los hogares del Campo de los Salvados, en casa de Akram se respiraba un ambiente festivo ya que se aguardaba con entusiasmo el nacimiento de su primogénito, un sueño hecho realidad. A pesar de haberlo intentado durante mucho tiempo con su primera esposa, con la que se había casado de adolescente y a la que consideraba el amor de su vida, no habían conseguido llevar adelante ningún embarazo. Akram se negó durante años a tomar una segunda esposa, pero fue su mujer quien se lo pidió, pues no quería ser la culpable de no haber permitido que tuviera un hijo solo porque ella no pudiera. Poco tiempo antes de los primeros brotes de la peste negra en Valencia, desposó a una joven huérfana de 17 años que vivía con sus tíos, que también formaban parte del grupo que huyó de Valencia y eran sus vecinos en el Campo de los Salvados. Cuando estuvieron asentados en su nuevo hogar, sucedió providencialmente lo que tanto esperaba: la concepción de un hijo. Ahora por fin llegaba el momento del alumbramiento y aguardaban fuera de la casa, mientras su primera esposa, acompañada de Fátima, se encargaba de hacer las veces de partera. Acompañando a Akram se encontraban Said, los tíos de la joven embarazada, Fouad junto a su hija, Dalila, la cual ya estaba comprometida con Said, y un sobrino de este que vivía con ellos y que respondía al nombre de Zahir.

Las horas transcurrían y a ellos llegaban los gritos de la mujer dando a luz. Akram estaba eufórico y nervioso a partes iguales desde que las mujeres ordenaron que todos salieran para proceder a dar inicio a las labores de parto. Daba vueltas caminando de un lado a otro y el sudor corría por su frente. Fouad se acercó a él para calmarlo, dándole una palmada en el hombro.

—Solo respira y no cuentes los minutos. Trata de distraerte conversando con nosotros. Ya verás que cuando tengas a ese niño en tus brazos se habrán disuelto enseguida todas tus preocupaciones. ¡Todo va a ir bien!

—¡Qué Alá oiga tus palabras, Fouad! —dijo Akram—. Trato de calmarme, pero durante mucho tiempo pensé que no viviría un momento como este. Todas mis esperanzas están en juego en este preciso instante.

—Y nadie te arrebatará este momento ni todos los que vendrán —aseguró Fouad—. Agradece que Alá te ha bendecido y ahora alguien crecerá para llamarte "padre".

Said, siempre introspectivo, se encontraba algo apartado del grupo observando de lejos los acontecimientos con ese aire misterioso que resultaba seductor para el resto de las personas, quienes acostumbraban a elaborar conjeturas sobre lo que estaba pensando. Pese a esto, Dalila quiso acercarse para hablar con su prometido mientras se prolongara la espera del parto. Ella era una mujer hermosa de piel aceitunada, cabello negro y ojos castaños, aunque con una estatura considerablemente baja respecto a Said. De actitud discreta, aunque con una voz seductora, Dalila no parecía disgustada por el compromiso, pese a no conocer a Said y no haber dispuesto de oportunidades suficientes para intimar más antes del matrimonio, el cual estaba planeado para comienzos de la primavera. Habían cruzado unas pocas palabras ante la atenta mirada de sus familiares, y Said no abandonaba su carácter taciturno durante aquellas visitas. Ella cumplía con gusto la voluntad de su padre, sin revelar cuáles eran sus verdaderos sentimientos respecto a esta imposición; pero era consciente de que su prometido no se encontraba complacido por esa decisión. Su padre le sugirió que se le acercara espontáneamente para doblegarlo y así evitar cualquier cambio repentino de opinión en el futuro que pusiera en peligro el compromiso matrimonial que les garantizaría una

buena sociedad económica con Akram. En ese instante, Dalila vio una oportunidad para complacer el consejo de Fouad:

—Me asustan los partos —le confesó Dalila al ponerse a su lado, observada de lejos por Fouad, quien sonreía disimuladamente—. Para el resto de las personas es una ocasión alegre, pero siempre pienso en el dolor que debe soportar la madre durante tantas horas.

—Tienes razón —dijo Said sin girarse a mirarla—. Nadie se preocupa por lo que debe sentir la madre en esos instantes de angustia y expectativa. Es injusto.

—Cuando el niño nace ya nada de eso importa… supongo. La madre se contenta con ver el rostro de su hijo y darle una alegría a su esposo al garantizarle la perdurabilidad de su descendencia; en el caso de que nazca varón, por supuesto.

—Hembra o varón, sigue siendo una bendición —aclaró Said—. La vida es siempre un milagro digno de celebrarse.

—No todos los hombres piensan de esa manera. Traer mujeres al mundo no es su prioridad. Necesitan que su nombre perdure en el tiempo.

—Las ambiciones de trascendencia —dijo Said con una sonrisa que a Dalila le resultó misteriosa para seguir hablando con palabras enigmáticas—. Quizá deberíamos aprender a aceptar lo perecedero como único destino.

Dalila observaba a Said y lo consideraba un hombre extraño, con reacciones inesperadas y opiniones imprevisibles. Le costaba entenderlo y, por lo tanto, a la hora de entablar una conversación con él quedaba desorientada y sin saber cómo llamar su atención. Imaginaba a su padre reprendiéndola si se rendía rápidamente, dejando a su prometido de nuevo solo y hundido en sus inabarcables pensamientos.

—Algún día dejaré de sentir miedo al respecto —dijo Dalila intentando retomar la conversación desde su punto de origen—. Probablemente cuando conciba mis propios hijos ya no estaré asustada.

Said no respondió a estas palabras y Dalila lamentó haberlas dicho, suponiendo que era una imprudencia hablar de los hijos que tendría, en tanto él era su prometido y, por lo tanto, el futuro padre de sus hijos. Nerviosa, desvió su mirada y se encontró con la de su primo Zahir. A Said no se le escapó este cruce de miradas, interpretándolo como un intento de conseguir apoyo familiar, ante una situación confusa como aquella de entablar contacto con su prometido, quien no dejaba de ser un completo desconocido.

—No es mi intención hacerte sentir incómoda —se disculpó Said, esta vez mirándola a los ojos—. Pero debes saber que yo prefiero el silencio y suelo apartarme para disfrutar de mi soledad. No te sientas mal por eso.

Dalila dejó de intercambiar miradas con su primo, sobresaltada por la voz de Said y su declaración honesta. De inmediato, bajó la cabeza con pudor.

—Yo no quiero interrumpir tu silencio, si es lo que te gusta —respondió Dalila—. Solo me gustaría conocerte mejor.

—Te entiendo bien, Dalila —concedió Said—. Debes estar pensando: "Me voy a casar con este hombre y es un extraño ante mis ojos". Pero descuida, no hay mucho que conocer. Soy lo que ves, simplemente. Estamos sujetos por la voluntad de nuestros padres a enlazar nuestras vidas. Trataré de hacer el proceso mucho más fácil para todos y especialmente para ti. No quiero ser descortés y no pienses que me molesta escucharte. Así que háblame de ti.

La inesperada gentileza que subyacía en su disculpa tomó a Dalila por sorpresa.

—¿Hablar de mí? No creo que haya mucho que decir.

—Siempre hay algo que decir —la animó Said—. No deseo que tu padre te regañe por no haber conseguido que habláramos. Así que puedes decirme las cosas que te

gustan, aquellas que me permitan conocerte mejor. Tu padre nos verá hablando y se sentirá bien al respecto.

—De acuerdo —le agradeció Dalila ruborizada—. Me gustan los frutos secos… y los cantos del ruiseñor. Conozco de cerca la palabra del Profeta, gracias a que mi padre me ha instruido en ella, y me atraen sobre todo las historias que hablan de los ángeles. También me agradan las canciones en nuestra lengua, aunque sean pocas las ocasiones en las cuales pueda escucharlas.

Para Said no pasó desapercibido que el primo de Dalila seguía observándolos con un gesto preocupado en su rostro, mientras ellos cruzaban palabras a la vista de todos.

—Tu primo Zahir te quiere mucho, ¿verdad? Parece preocupado.

—No le hagas caso —repuso Dalila, evitando girarse para comprobar lo que Said señalaba—. Ha sido como un hermano para mí y se siente en el deber de protegerme. Es lo normal. Si tuvieras una hermana lo comprenderías.

—Puedo comprenderlo —aseguró Said—. Cuando se trata del bienestar de la familia, a ningún hombre le tiembla el pulso para procurarles lo mejor y evitar que nada malo les ocurra. Pero dile a tu primo que no tiene nada que temer.

Said y Dalila cesaron su conversación cuando Fátima salió de la casa, acompañada por la primera esposa de Akram, al encuentro de todos para anunciarles:

—¡Ha nacido! ¡Es un niño!

Dalila aprovechó la interrupción para acercarse su padre y su primo y de este modo poder escuchar de cerca los pormenores del parto, dejando a Said nuevamente solo. Akram no cabía en sí de la felicidad y alzaba los brazos en agradecimiento.

—¡*Allahu Akbar*! Finalmente, ¡un hijo varón! ¿Ya puedo verlo?

—La madre ya lo ha alimentado por primera vez y puedes pasar —dijo Fátima. Akram obedeció enseguida entrando en la habitación. Y continuó explicándole al resto de los presentes—: Fue un parto complicado y la madre se desmayó en dos ocasiones, pero felizmente ya ha nacido. Apenas ha llorado. Será todo un guerrero.

Los congregados compartían sus impresiones sobre el dichoso acontecimiento, esperando el momento en que Akram saliera con su hijo en brazos para presentárselo oficialmente. Said aprovechó tal distracción para alejarse de ellos y adentrarse en el bosque, caminando sin un rumbo determinado, con el objeto de estar a solas consigo mismo. Probablemente luego su madre le reprocharía aquella ausencia, ya que su deber como sobrino era conocer al recién nacido, no sin antes felicitar a su tío y presentarle sus respetos, pero le agobiaba aquella felicidad ajena a sus problemas. A Said incluso le parecía inoportuno el ambiente festivo de su casa, comparado con la atmósfera lúgubre que se respiraba en el resto del Campo de los Salvados. Aunque las demás familias no lo supieran, ellos se encontraban en una situación privilegiada al no estar afectados por el hambre durante el invierno, pues contaban con provisiones suficientes, no viéndose obligados a racionarlas.

En vista del compromiso entre Said y Dalila, el padre de la muchacha se encargaba personalmente de traerles alimentos y de este modo reforzaba la asociación comercial entre ambas familias. Fouad y Akram no perdían la menor oportunidad para discutir sobre los futuros negocios que harían al final del invierno, compartiendo ideas que resultaran favorables para crear una red de comercio entre las distintas comunidades de los alrededores, gestionada y controlada por ellos. También hablaban sobre los preparativos de la boda entre Said y Dalila, ansiosos porque llegara pronto la primavera y resolver esa cuestión cuanto antes. Said se veía obligado a atender dichas discusiones, aunque interviniera muy poco o nada en ellas, sin importar las reprimendas que su tío o su madre manifestaran posteriormente. No solo le aburrían aquellas conversaciones,

sino que agudizaban su percepción de la injusticia de sus privilegios, en unos momentos oscuros para el resto de las personas, incluyendo a Beatriz y su familia.

A diario pensaba en Beatriz con preocupación. La imaginaba en una aldea desconocida, angustiada y triste por la muerte de su padre y la pérdida de su hogar. Le disgustaba no saber nada al respecto, ni haber podido hacer algo para mejorar su situación. Hubo ocasiones en las que estuvo dispuesto a correr el riesgo de preguntarle al párroco la dirección del lugar a donde fueron enviados para ir a buscarla, aunque solo fuera para pedirle perdón por haberla abandonado en tales circunstancias. Suponía que Beatriz pensaba constantemente en él, así como su mente no dejaba de pensar en ella. Y si se trataban de pensamientos similares, probablemente se lamentara por no haber podido verlo antes de irse. Se encontraban apartados y confundidos por una circunstancia que los sobrepasaba; lo cual no era sino la historia de sus vidas, pero esta vez pesaba aún más ese distanciamiento porque ni siquiera habían tenido la oportunidad de despedirse. Sobre todo, estaba enfadado consigo mismo. Ya no le reprochaba a su tío ni a su madre que le hubieran presionado a aceptar un nuevo destino, pues era el destino que Alá le presentaba y no retrocedería, aunque fuera contrario a sus deseos. Era su responsabilidad y lo hacía por amor a su familia. Pero pensar en la ausencia de Beatriz lo agobiaba. Sin importar cuánto le afectara su partida, Said conservaba las esperanzas de volverla a ver algún día. Probablemente regresaría en primavera, cuando las cosas fueran distintas en el Campo de los Salvados. "¿Con qué ojos me miraría cuando me hallara comprometido con una muchacha musulmana, casi de su misma edad? ¿Podría perdonarme? ¿Cómo sería nuestro reencuentro? ¿Cómo callar todo el dolor y el amor que compartimos? ¿Cómo impedir fundirnos en un abrazo, e ignorar la culpa y el deber?". Said se hacía estas y otras preguntas, con la certeza de que a Beatriz le ocurría otro tanto, dondequiera que estuviese.

Si bien Said no padecía el hambre que atormentaba a los habitantes del Campo de los Salvados, un malestar de igual magnitud incrementaba una necesidad insaciable que lo hundía en la absoluta insatisfacción. Porque más allá de sus dudas y temores, la esperanza de volver a verla era la única cosa que le proporcionaba un inmenso placer o la idea de una futura satisfacción. No importaba si Beatriz no lo perdonaba luego por su compromiso, pues, aunque le dedicara una mirada acusadora, bastaría con volver a ver esos ojos para sentirse nuevamente vivo. La amaba y la seguiría amando, incluso en los brazos de otra.

Capítulo 9

El invierno tocaba su fin y era el momento de regresar, casi al unísono con la primavera o perseguidos de cerca por la promesa de su llegada. A tempranas horas, mucho antes de que se asomara la aurora, Pedro encabezaba el viaje de regreso al Campo de los Salvados junto a su esposa Tomasa y su hermana Beatriz. Durante aquellos meses habían vivido refugiados en una capilla del pueblito al que fueron encomendados por el párroco. Fueron meses difíciles de privaciones y sacrificios constantes, ayudados por el párroco de aquel lugar que solo podía ofrecerles escasas raciones de comida, como pago para la ayuda que le prestaban, como la limpieza o el mantenimiento de la capilla. Ahora que el frío se aplacaba y dejaba de nevar, era el momento perfecto para emprender la vuelta a casa. Marchaban animadamente, a pesar de que sus cuerpos lucían pálidos y delgados como nunca antes. La huella del hambre era evidente en sus pieles y había dejado rastros profundos que tardarían en borrarse. Incluso Beatriz, a pesar de su belleza, se veía demacrada y débil. Pero nada de esto les impedía sentirse esperanzados por la perspectiva de volver a la casa que construyeron meses atrás. No sabían lo que encontrarían, pero estaban dispuestos a descubrirlo y a demostrarles a todos los habitantes del Campo de los Salvados su equivocación y exponer la injusticia cometida contra ellos.

Las dificultades diarias y la constante atención a las necesidades básicas mal satisfechas durante el invierno contribuyeron a sosegar el dolor por las pérdidas sufridas. No hablaban mucho entre ellos sobre Carlos o Perpetua, pero individualmente en sus consciencias no los olvidaban y los lloraban en silencio. En cambio, discutían los planes que harían al llegar y los proyectos de vida que emprenderían, y elaboraban conjeturas sobre la suerte de su hermano Cayetano en su viaje a Valencia. A veces consideraban la posibilidad de que los estuviera esperando en el Campo de los Salvados. Otras veces pensaban que quizá mandaría un mensaje o los visitaría personalmente para asegurarles que Valencia ya estaba a salvo. Ambas opciones eran dichosas y fuera como fuera ansiaban llegar cuanto antes al Campo de los Salvados para esperarlo.

Pedro estimaba que el viaje les llevaría menos de una semana, si dormían pocas horas y no se presentaba ningún contratiempo. Con mucho tacto e inteligencia, Pedro planeó una ruta distinta a la del último viaje, para así evitar pasar por el bosque en el que Perpetua perdió la vida. Aquel lugar no solo había demostrado ser considerablemente peligroso, sino que era conveniente no exponerse a revivir el cruel recuerdo de ese sufrimiento. Según sus planes, en el camino esperaban encontrar arroyos para abastecerse de agua y algún que otro animal que pudieran capturar con facilidad. Aun así, contaban con algo de comida que les había dado el párroco, pero era mejor racionarla, por si acaso.

—Pensé que este invierno nunca llegaría a su fin —dijo Pedro mientras caminaban tranquilamente por un claro—. Y apenas siento frío en mi cuerpo. Pronto llegará el calor, brotarán las flores y todo habrá quedado atrás. ¿No es sorprendente el modo en que el tiempo nos engaña? Lo breve se disfraza de definitivo, y quizá sea lo definitivo aquello que se nos escapa.

—He visto muchos inviernos —dijo Tomasa—, pero no recuerdo ninguno que me haya preocupado tanto como este. Me complace que llegue a su fin… Creo que, de todos los inviernos, este será el que más recordaré.

—No podremos olvidarlo —aseguró Pedro—. Pero también recordaremos con orgullo haberlo superado juntos.

—¿Cómo crees que se encuentra el Campo de los Salvados? —preguntó Beatriz, intentando imaginar cómo luciría el panorama del campo—. No ha sido una temporada fácil para ninguno.

—Ya era evidente, desde antes de que comenzara, que las cosas serían difíciles durante este invierno —agregó Pedro—. Probablemente las cosas hayan cambiado tanto como hemos cambiado nosotros. Pero también deben de haberse adaptado a esos cambios, como nosotros lo hicimos. Será como el encuentro entre dos antiguos conocidos, reconociéndose iguales gracias a sus nuevas diferencias. Ya deben de estar comenzando las labores para la recuperación de la tierra, tras haber evaluado los daños y perjuicios sobre el terreno. En ese sentido, llegaremos justo a tiempo para unirnos al trabajo.

—A veces tengo miedo de que no nos permitan la entrada —confesó Beatriz—. Quizá aún teman que seamos portadores de la peste negra.

—Nada de eso ocurrirá —prometió Pedro—. Yo confío en las palabras del párroco y también creo que cuando nos vean sabrán enseguida que nada de lo que creyeron era cierto. Estamos vivos, y qué mayor prueba que esa para convencerlos.

—Tus palabras me reconfortan, hermano. Al principio creí que no tendría fuerzas para caminar cuando nos dijiste que ya era hora de partir, pero ahora siento que mis piernas poseen autonomía propia y me llevarán hasta el final porque es mi deseo estar en casa junto a vosotros.

Avanzaron sin contratiempos un largo trecho, hasta que Tomasa se detuvo pidiendo un momento de descanso.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Pedro a su esposa—. ¿Te sientes mal?

—Solo detengámonos un momento —sugirió Tomasa—. Lo que siento es un leve pinchazo en el estómago y también náuseas.

—¿A qué se deberá? —preguntó Pedro preocupado—. ¿Te sientes enferma? Podemos volver a la capilla si así lo quieres y no te sientes bien para continuar el viaje. Podremos reorganizarnos y volver a partir en unos días cuando te sientas mejor.

—No, nada de eso —se negó Tomasa—. Creo que sé lo que tengo y no es nada grave. Desde hace días albergo mis sospechas, pero creo que ya es definitivo.

Pedro y Beatriz la miraron con una expresión confundida en sus rostros. Tomasa les sonrió y tomó una de las manos de su esposo para ponerla sobre su vientre. Pedro le dedicó una mirada llena de preguntas que ella respondió asintiendo con la cabeza y declarando:

—Exactamente. La primavera nos trajo un bebé.

Capítulo 10

La llegada de los hijos de Carlos al Campo de los Salvados, casi al mismo tiempo que la primavera, fue un célebre acontecimiento que no dejó de comentarse durante semanas como tema de discusión obligatorio en todas las casas. La aparición de los huérfanos fue un suceso conmovedor y aleccionador para todos y ocurrió la mañana de un domingo, en plena misa del padre Francisco. Todos los presentes se sorprendieron cuando vieron entrar a Pedro, su esposa Tomasa y la joven Beatriz, como si se tratara de espectros que regresaban de una existencia ultraterrena para traer consigo el secreto de la muerte y la vida después de ella. Marcharon por la aldea con la frente alta y pasos firmes, a la vista de todos, y presentaron sus saludos al párroco. Según lo narrado por quienes lo atestiguaron, fue Pedro quien se puso al frente para hablar.

—Hemos dejado que el invierno llegara a su fin para regresar conforme a las promesas de sus palabras. Y aquí estamos. Sobrevivimos porque nunca estuvimos enfermos. No fue la peste negra la que mató a nuestro padre pero, en cambio, sí fue el exilio al que nos sometisteis el que arrebató la vida de nuestra madre. Perpetua murió a manos de unos malhechores que encontramos en el camino y, además, motivado por la tristeza de las recientes pérdidas, nuestro hermano Cayetano decidió regresar a Valencia, separándose de nosotros. Mi esposa, mi hermana y yo continuamos nuestro viaje tal como fue planeado al principio y vivimos al amparo de una capilla durante meses, trabajando duro y comiendo poco, esperando el momento en que finalmente pudiéramos regresar. Sabed que no os guardamos rencor alguno por lo que hicisteis, ya que como creyentes en la palabra de Cristo consideramos que solo perdonando podremos vivir mejor. Y eso es lo que queremos al regresar: la vida que teníamos en el hogar que construimos. Venimos con las manos vacías, pero con la voluntad firme de trabajar por esta tierra cuando la primavera la haga florecer nuevamente. Y que sea este el lugar donde nazca mi primer hijo, quien ya se encuentra en camino.

Al escuchar estas palabras, los congregados, asombrados, alimentaron su imaginación con la descripción de las penurias que tuvieron en su camino, y se les erizaba la piel compadeciendo la suerte de aquellos a cuya desgracia ellos mismos habían contribuido. Tras el emotivo discurso de Pedro, el padre Francisco caminó hasta él con los brazos abiertos.

—Dios no defrauda a quienes lo buscan.

Tras haber dicho estas palabras el párroco abrazó a Pedro. Al separarse, todos pudieron ver que tenía los ojos bañados en lágrimas y, ante la mirada atónita del joven y su familia, se arrodilló frente a ellos implorándoles:

—En el nombre de todos los habitantes del Campo de los Salvados, y poniendo a Dios como testigo de este instante milagroso que nos ha regalado, os pido disculpas por todos los sufrimientos que os hicimos pasar. No fuimos compasivos ni bondadosos cuando permitimos que os fuerais de aquel modo, sin concederos la oportunidad de defenderos. Sabed que aquí se encuentra vuestro hogar y que la casa que construisteis sigue siendo vuestra. Lamentamos mucho el fallecimiento de Perpetua y organizaré misas en su nombre, así como no olvidaré incluirla en mis oraciones para pedir por la gracia de su alma. Especialmente, agradecemos el perdón que nos ofrecéis, porque de este modo nos acercamos más a la voluntad de Dios. Y bendito sea el fruto en el vientre de tu esposa. Que esta nueva vida sirva para daros una esperanza en tiempos difíciles.

Pedro le extendió su mano al padre Francisco para que se levantara, dando a entender a quienes lo presenciaban, que todo quedaba perdonado. El párroco así lo hizo y el resto de las personas, dentro de la iglesia, se levantaron también de sus asientos para aplaudir y alzar alabanzas por el perdón concedido. La mayoría de las personas

acompañaban el llanto del párroco con lágrimas semejantes y fueron vistos a los ojos de la comunidad como si se trataran de unos héroes que regresaban de la guerra, tras haber realizado hazañas impensables por el resto de los hombres. En cierto modo así era, porque enfrentaron uno de los peores inviernos que había azotado la historia de la región sin perecer en el intento. Bajo este espíritu de reverencia, fueron acompañados hasta la puerta de su casa y luego, uno a uno, los habitantes pasaron a saludar para ofrecerles sus disculpas, bendecir el vientre de Tomasa y darles el pésame por las muertes de sus padres. Pedro, Beatriz y Tomasa se comportaron a la altura de las circunstancias, escuchándolos y agradeciéndoles sus gestos de buena voluntad. Algunos incluso les trajeron comida y ropa, de lo poco que tenían, a pesar de la situación difícil que la comunidad enfrentaba a partes iguales. Todo lo agradecieron, pues les hacía mucha falta, ya que llegaron al Campo de los Salvados sin ninguna posesión.

Entretanto, las noticias de este regreso corrieron casi tan raudas como las últimas brisas frías del invierno y no tardaron en llegar a los oídos de Akram y Said. Al enterarse de esto, Said no ocultó su deseo de visitarlos y expresarles sus respetos, así como sus condolencias. Contrario a lo que pudiera esperarse, Akram no solo no se opuso, sino que se ofreció a acompañarlo para hacer otro tanto; por iniciativa propia dispuso provisiones para llevárselas, enterado de la situación que vivían y los pesares que tuvieron que enfrentar, que ya estaban en boca de todos como parte de las anécdotas que relataban su historia. A Said no le agradaba la idea de visitar aquella casa en compañía de su tío, pero era imposible rechazar su ofrecimiento, considerando además que resultaba ser lo apropiado en vista de que, de todas formas, no podría estar a solas con Beatriz. Pese a esto, su felicidad por volver a verla soportaba en silencio cualquier condición y no veía la hora de reencontrarse con aquellos ojos amados y verificar su actual bienestar. Aparentemente ya lo peor había ocurrido y quería apresurarse para cumplir su deseo de cerciorarse de que Beatriz estaba de nuevo en su hogar, junto a su familia o lo que quedaba de ella.

Ocultando su alegría y nerviosismo, Said y su tío emprendieron juntos el corto camino hacia la casa de Beatriz llevando consigo los obsequios. Akram se mantuvo silencioso durante el camino, pero no le quitaba ojo a su sobrino, atento a cada uno de sus movimientos, y cualquiera diría que incluso le contaba el compás de su respiración. Cuando finalmente llegaron a la puerta de la casa, Akram se anunció tras tocar la puerta de madera. Fue Pedro quien salió al encuentro de ellos y, tras unos segundos de duda y perplejidad, los invitó a entrar. Dentro se encontraban Tomasa y Beatriz, a quien se le iluminaron los ojos al ver entrar a Said, aunque tuvo reparos en sonreír y mantuvo una expresión serena, a pesar de que sentía que su corazón latía ruidosamente dentro de su pecho y cualquiera podría escucharlo y dejar al descubierto su ansiedad. Said hizo un gesto de saludo con su cabeza mientras miraba a Beatriz de reojo, imperceptiblemente ansioso. Por su parte, fue Akram quien inició la conversación hablando directamente con Pedro tras saludarlos a todos:

—Yo y mi familia, por el profundo respeto que os tenemos, hemos lamentado cada día los acontecimientos que os han tocado vivir. Especialmente la muerte de vuestros padres representa un suceso muy triste para todos, porque tanto Carlos como Perpetua eran personas ejemplares. Quiero que sepáis que, apenas supimos de la expulsión, mi sobrino y yo corrimos hacia la iglesia para interceder por vosotros ante el párroco y nos ofrecimos personalmente para explicarle a la comunidad que sus acusaciones carecían de fundamento. Lamentablemente ya habíais partido y era muy tarde para revertirlo.

Hubo un silencio incómodo, pero Pedro manejó la situación con soltura. El tiempo de exilio lo había hecho madurar lo suficiente para comportarse como un verdadero jefe de familia. Said y Beatriz se lanzaban miradas furtivas y comenzaban a sentir el sudor

corriendo por sus frentes, acuciados por una silenciosa desesperación. Era una ocasión cruel para ellos: la proximidad entre el uno y el otro sin poder hablarse. Estaban obligados a refrenar sus impulsos frente a los ojos vigilantes de todos aquellos que actuarían ante la mínima provocación.

—Agradecemos mucho su visita —aseguró Pedro cortésmente, aunque no se sintiera cómodo ante la idea de Said y su hermana compartiendo espacio en un mismo lugar—. Fueron unos meses difíciles para nosotros. Supongo que ya se habrán enterado de todo… Pero también han ocurrido otras cosas buenas. Mi esposa está a punto de dar a luz.

—¡Qué maravillosa noticia! —dijo Akram—. Sí, han pasado muchas cosas en este tiempo… Yo también tuve un hijo recientemente. ¡Un pequeño varón! Y mi sobrino, aquí presente, está comprometido con una muchacha musulmana de una comunidad vecina. ¡Ah!, el tiempo finalmente pone las cosas en su sitio.

—¿Te has comprometido? —soltó Beatriz sorprendida, mirando a Said directamente a los ojos y sin poder refrenar su impulso.

Los ojos de ella se aguaron al escuchar tan inesperada noticia y Said quiso acercársele para explicarle las razones, pero Pedro dio un paso al frente con una mirada retadora, como una advertencia para que controlara sus movimientos. Akram puso una mano sobre el hombro de su sobrino, apretándolo fuertemente, para evitar que hablara o caminara hacia Beatriz. Fue un momento tenso para todos, durante el cual Said y Beatriz ya no disimulaban el mirarse acongojados y con incontables palabras atragantadas en sus gargantas. Said pudo adivinar una mezcla de rabia e impotencia en sus gestos, mientras que ella pudo ver la tristeza de él en cada línea de expresión de su rostro. Deseaba tanto arrodillarse y pedirle perdón por hacerla sufrir, por propiciar aquellas lágrimas que lo herían en la misma magnitud que a ella le dolían. Fue Akram quien puso un punto final a aquella situación, excusándose a manera de despedida sin soltar a Said.

—Bien. Ya es hora de irnos. Nos complace teneros de vuelta. Aquí os dejamos unos cuantos alimentos como obsequio. No dudéis en buscarme si necesitáis algo.

Akram arrastró prácticamente a Said fuera de la casa y Pedro no se molestó en despedirse, tan solo se quedó mirando las provisiones que Akram les había dejado. Fue Tomasa quien se encargó de recogerlas, mientras Beatriz corría hacia la ventana para ver cómo Said se alejaba. Cuando él la vio, intentó desembarazarse de su tío para correr hasta ella, pero este le gritó unas cuantas admoniciones en árabe haciendo que retrocediera. La voz de Pedro a sus espaldas la previno:

—Beatriz, por favor, aléjate de la ventana. Ha hecho lo que le correspondía hacer. La vida continúa para todos. ¿Por qué sigues empeñada en ese imposible? ¿No ves que nos haces sufrir a todos en esta casa? No quiero verte triste por esto… Ya hemos pasado por muchas cosas.

Ella obedeció, pero sin responderle ni mirarlo a los ojos, y caminó atolondrada a lo largo de la casa, sintiéndose derrotada y con ganas de diluirse en su dolor hasta desaparecer. Se frotaba los ojos con desesperación, y dejó caer algunas lágrimas. Pedro quiso seguir hablando, pero Tomasa le hizo señas para pararlo.

—¿Te sientes bien, Beatriz? —le preguntó Tomasa—. Acuéstate y descansa.

—No, no me siento bien —admitió Beatriz con el semblante pálido y los ojos irritados—. Y no quiero sentirme bien nunca más.

Capítulo 11

En el Campo de los Salvados los habitantes comenzaron a preparar la tierra para hacerla nuevamente productiva. Los campesinos, en su mayoría pálidos y desnutridos por los meses de hambre, apostaban sus esperanzas en la tierra, confiando en que esta no los defraudara y los amparara tan pronto como fuera posible. Por su parte, los preparativos para la boda de Said y Dalila ya estaban en marcha, con el objetivo de celebrarla en unas pocas semanas. Mientras tanto, Beatriz y Said no habían tenido ocasión alguna de encontrarse a solas, pero una mañana de trabajo en el campo lo vio acompañado por su tío, un hombre y una mujer, que supuso que era su prometida. Cubierta hasta la cabeza, la mujer solo dejaba ver su rostro y a Beatriz le pareció una mujer atractiva. Ella hablaba con Said sonriéndole y este le respondía, mientras su tío hablaba con el otro hombre, muy joven para ser el padre de la muchacha. En efecto, se trataba de Dalila y su primo Zahir. Akram extendía sus brazos, mostrándoles las tierras de trabajo en el Campo de los Salvados. Les estaba dando un recorrido por el que sería el futuro hogar de la muchacha cuando se casara con su sobrino. Luego, Dalila tomó a Said del brazo y Beatriz, observando de lejos y a espaldas de ellos, sintió unos enormes celos y corrió para alejarse y evitar ser vista. Se dejó arrastrar por su impulso de huida y no se detuvo hasta llegar a la orilla del arroyo, en donde se habían visto a solas por última vez. Una vez allí se sentó a llorar, sin deseos de regresar.

Tomasa se encontraba algo mareada y se había quedado en casa. Pedro la relevaría en el trabajo del campo cuando le correspondiera su turno, después del mediodía, así que Beatriz contaba con tiempo suficiente para quedarse un rato y esperar a que Said ya no estuviera; evitando de este modo que la viera llorar. Permaneció entregada a su solitario llanto, contemplando su reflejo en el agua, pensando si Said amaría a esa mujer y la vería con los mismos ojos enamorados que antes solo la miraban a ella. Una parte de Beatriz creía que los meses de ausencia habían hecho que Said la olvidara, prefiriendo comprometerse con otra mujer antes que irse al desierto tal como le había prometido, mientras que en el fondo de su corazón sentía que existía una razón oculta para un acontecimiento tan cruel. Recordaba la tristeza reflejada en el rostro de Said cuando la vio llorar y eso servía para ella como una prueba de que la amaba: “pero entonces, ¿qué razones lo llevan a asumir tal compromiso?”. Cuando Beatriz ya se disponía a regresar a sus labores del campo, escuchó unas voces que caminaban a su encuentro. Su primer impulso fue esconderse detrás de una gran roca y quedarse ahí hasta que pasaran. Entonces escuchó lo siguiente:

—Por este camino llegaremos más rápido a la aldea —aseguró la voz de un hombre—. Llegaremos justo para almorzar.

—Debimos quedarnos a almorzar con ellos —le respondió una voz de mujer—. Puede resultar sospechoso que nos hayamos excusado para irnos tan pronto.

Beatriz animada por la curiosidad se asomó discretamente detrás de la roca y, para su sorpresa, se trataba de la mujer que había visto junto a Said y el hombre que los acompañaba. Ellos se detuvieron de espaldas a ella para continuar su conversación y Beatriz se acurrucó en su escondite alzando su oído para no perderse ninguna palabra.

—Nadie sospecha nada —la calmó Zahir—. Tu padre y Akram solo piensan en el dinero que harán trabajando juntos cuando Said y tú os hayáis casado. No sé hasta cuándo podré soportar esta situación.

—Debes calmarte y no cometer una locura de la cual nos arrepintamos —dijo Dalila nerviosa—. Es mejor que no nos detengamos aquí y sigamos caminando.

—¡No! Me tienes que escuchar —le exigió Zahir—. Cuando lleguemos a casa no podremos hablar sobre esto. Has intentado evitar esta conversación durante mucho

tiempo, pero ha llegado el momento de hablar. ¿Qué ocurrirá entre nosotros cuando te hayas casado? Yo no dejaré de amarte.

—Yo también te amaré siempre —declaró Dalila—. Pero tendremos que renunciar a esto y vernos como lo que somos, primos que fueron criados como hermanos. Mi padre nunca admitiría nuestra relación, porque te ve como un hijo y ya tiene muchas esperanzas puestas en esta unión.

—¿Y si habláramos con él para expresarle nuestros sentimientos? —repuso Zahir—. Quizá comprenda lo que queremos y nos apoye. Yo te he respetado todo este tiempo y te he amado castamente. No hay nada que reprocharle a este amor.

Beatriz escuchó cómo la prometida de Said rompía en llanto. Hizo el esfuerzo de asomarse y sus ojos no dieron crédito a lo que vio: se estaban besando apasionadamente, entregados al amor que sentían. Después de que separaran sus labios Beatriz pudo escuchar que ella le decía a su amante:

—Encontraremos la manera de seguir juntos. Ahora es tiempo de volver a casa.

Beatriz los escuchó alejarse, pero no se movió de allí durante varios minutos. Estaba paralizada por la impresión de lo que había presenciado y escuchado. Cuando finalmente volvió en sí, Beatriz no se detuvo a pensar y corrió sin detenerse, dejando que el corazón fuera la única brújula que marcara el camino a seguir antes que la razón interviniera. No se detendría hasta llegar a casa de Said, aunque resultara imprudente por su parte y su hermano se molestara profundamente con ella si se enteraba. No le importaba, porque necesitaba verlo y contarle la verdad. No se detuvo ni siquiera para recuperar el aliento hasta que estuvo frente a la puerta de la casa donde vivía Said junto a su familia. Allí se quedó de pie, a cierta distancia, topándose con las miradas atónitas de Said y Akram, que se encontraban fuera de la casa discutiendo. Gruesas gotas de sudor corrían por su frente, la piel blanca de su rostro lucía enrojecida y su respiración era entrecortada.

—Beatriz, ¿qué haces aquí? —preguntó Said, corriendo a su encuentro preocupado—. ¿Te encuentras bien? ¿Qué ha ocurrido?

Beatriz negó con la cabeza, respondiéndole:

—No ha ocurrido nada malo… conmigo. Estoy bien… Pero necesito hablar contigo. ¡Es importante!

Akram intervino, situándose entre ambos jóvenes.

—No es apropiado que estés aquí. No le diré nada a tu hermano y haré como si esto no estuviera pasando. Pero debes irte ahora.

—Descuide, usted también puede escuchar lo que tengo que decir —replicó Beatriz con altivez. A pesar de sentirse cansada por haber corrido tanto, su seguridad hizo que no le temblara la voz—. Lo que he visto y escuchado os interesa a ambos.

Capítulo 12

Los grandes cambios pueden suceder de repente, y de un modo tan violento que todas las seguridades del mañana pueden tambalearse hasta volverse polvo en cuestión de segundos. Nada cuya base no sea la verdad es capaz de sostenerse en el tiempo. Aunque Akram no quiso dar crédito a la revelación de Beatriz al principio, finalmente el compromiso de Said y Dalila se rompió oficialmente tras conocerse la verdad, y junto a este se disolvió cualquier posibilidad de asociación comercial entre Akram y Fouad. Debido a esta prueba de infidelidad y engaño durante el compromiso, Fátima apoyó la resolución de su hijo de disolverlo y Akram se vio obligado a aceptar tal decisión. Al ser confrontado por la realidad que tanto quisieron negar sus ojos y para que la virtud de su hija no se viera comprometida, y a pesar de sus deseos, Fouad tuvo que aceptar un nuevo compromiso entre su hija y su sobrino Zahir después de que estos le confesaran el amor que se sentían y que alimentaban a sus espaldas.

Pese a esto, se reforzaron las prohibiciones en torno a Said y Beatriz; especialmente después de que Pedro se enterara de los recientes acontecimientos sobre la ruptura del compromiso de Said y las implicaciones que tuvo Beatriz en ello. Si bien consideró que fue correcto revelar aquella verdad que llegó a ella sin que la buscara, no por eso era permisible renovar su contacto con el joven musulmán, quien, nuevamente soltero, volvía a representar una amenaza para la virtud de Beatriz. No obstante, a pesar de las prohibiciones y de los viejos acuerdos, Said y Beatriz habían acordado encontrarse a escondidas tal y como lo hacían cuando vivían en Valencia. Compartían unas pocas horas juntos en el arroyo, para verse y hablarse, reafirmando la promesa de que se amaban, pero al mismo tiempo manteniendo ese sentimiento en los límites de la castidad. Nunca se besaban, aunque así lo desearan, y recordaban aquel único y primer beso en la playa de Valencia. En cambio, pasaban largo tiempo abrazados sin decirse palabra alguna y, cuando se separaban, lamentaban su suerte preguntándose qué harían a continuación. Estos encuentros esporádicos estaban sujetos al miedo de ser vistos y la constante amenaza de que sus familias los descubrieran. Y así mantuvieron estos encuentros, entre el secreto y la culpa, durante los primeros meses de la primavera.

Mientras tanto, en el Campo de los Salvados la tierra no daba indicios de responder al trabajo y los cuidados, revelándoles que las plagas, la lluvia y el invierno habían causado mucho más daño de lo que esperaban. Solo en algunas hectáreas la tierra comenzaba a responder, pero con lentitud. El párroco veía con preocupación que su influencia perdía fuerza, ya que todas las esperanzas de bienestar y prosperidad se basaban en la espera por la primavera y, ahora que esta había llegado sin los resultados esperados, se quebrantaba la fe de los cristianos que allí vivían. Aunque siempre se conducía con bondad, el párroco no soportaba sentirse cuestionado ya que su vanidad era muy susceptible, sin importar cuánto hiciera para expiarla secretamente con plegarias y penitencias. Ya no bastaban sus sermones ni sus consejos; sus feligreses se sentían defraudados e incluso muchos de ellos dejaron de asistir a la iglesia, acuciados por el hambre y la escasez que sufrían a diario. Acostumbraba a dar vueltas solitarias, viendo a las personas trabajar, imaginando alguna forma de darle esperanza a la gente que tanto lo necesitaba o, por lo menos, una razón para comprender los males que los aquejaban. Fue así como, sin proponérselo, descubrió que la hija de Carlos se ausentaba durante sus jornadas de trabajo, a mitad de las mismas, internándose en el bosquecillo colindante y luego regresaba un par de horas más tarde para continuar con sus labores antes de ser descubierta por su hermano.

Durante una de esas ausencias de Beatriz, el párroco se dispuso a seguirla sin que ella se diera cuenta y fue entonces cuando descubrió la razón de las mismas: se

encontraba a escondidas con el sobrino de Akram, viendo y escuchando lo suficiente para confirmar las sospechas que había albergado durante mucho tiempo. Sin embargo, el párroco se reservó esta información porque vio en ello una oportunidad, no solo para impedir esa relación prohibida, sino para darle una lección moral al resto de la comunidad que les sirviera a los cristianos como excusa para comprender por qué las cosas no mejoraban en el Campo de los Salvados. De las buenas intenciones muchas veces se engendran las peores acciones y quienes se han convencido durante mucho tiempo que poseen el conocimiento absoluto de lo que es correcto y lo que es reprobable, a veces pueden llegar a ser capaces de convencerse de que la destrucción de algunos, en nombre de un bien mayor, es la vía para conseguir la salvación para todos. Hay ocasiones desafortunadas cuando, bajo la mano de estos defensores de la virtud, las cimas del bien acaban rozando los bordes del mal hasta confundirse entre sí, sin que sus ejecutores puedan darse cuenta de las terribles injusticias que pueden llegar a cometer.

Al final de aquella semana, el padre Francisco dio un sermón que definió la historia del Campo de los Salvados y que acentuó las divisiones entre cristianos y musulmanes, que siempre estuvieron allí pero que permanecían en silencio. A lo largo de la semana se aseguró de que todos asistieran prometiendo que haría anuncios importantes que afectarían a todos y cambiarían el estado de las cosas en el Campo de los Salvados, especialmente a Pedro y su familia, quienes dieron por sentado que el párroco les dedicaría unas palabras en honor a sus padres fallecidos. Dentro de la iglesia, todos murmuraban, preguntándose qué era aquello tan importante que distinguía esa misa de las otras, cuando finalmente el párroco se presentó mostrando un semblante distinto al de costumbre. Se le veía alterado y con el ceño fruncido, como quien acaba de descubrir el engaño de alguien querido y ha llegado el turno de darle el castigo que su ofensa merece. Al colocarse frente a su audiencia inspiró profundo y comenzó a hablar, con un nuevo verbo transformado por la aspereza, pero igual de certero en su poder de convencimiento e, incluso, con una fuerza aún mayor porque su discurso estaba destinado a decir aquello que muchos esperaban escuchar durante mucho tiempo para sentir que siempre tuvieron la razón:

—Durante todo este tiempo he sido un tonto, viviendo engañado por la convicción de que todos están dispuestos a hacer lo mejor y a actuar con bondad. Hoy veo que no siempre es así y me ha costado muy cara mi ceguera. Muchos de vosotros os atrevisteis a decirlo antes que yo, pero os reprendí obligándoos a callar. Fui un insensato. Lo que hoy nos ocurre es una prueba del descontento de Dios por nuestras acciones y por permitir que los vicios se propaguen hasta alcanzar nuestras almas. Por eso las tierras no prosperan y las desgracias se multiplican. Debemos proteger a nuestras familias cuando la virtud de los inocentes se encuentra amenazada y eso es lo que está ocurriendo actualmente en el Campo de los Salvados. Esta mañana he visto con mis propios ojos cómo un joven musulmán seducía a una muchacha cristiana con palabras lisonjeras y gestos impropios. ¿Cuántas cosas semejantes no ocurrirán sin que yo las haya visto? Pero Dios en su omnipresencia las conoce todas y por eso nos ha negado su ayuda. Ya no podemos seguir siendo una comunidad abierta. Antes de que sea demasiado tarde, debemos guardar las distancias entre quienes quieren llevarnos al camino del pecado y los que podemos salvaguardar la bondad.

El padre Francisco no hizo mención alguna de Beatriz, pero su hermano Pedro supo enseguida que se refería a ella y a Said. A su alrededor los feligreses murmuraban horrorizados por tal revelación y apoyaban la propuesta del párroco de marcar una división radical entre los cristianos y los musulmanes. Ya no eran bienvenidos en el Campo de los Salvados y los expulsaban formalmente. Sin decirle palabra alguna, Pedro le indicó a Beatriz con un gesto de su cabeza que abandonaran la iglesia cuanto antes y

ella siguió a su hermano obedientemente, sintiéndose expuesta por lo que habían escuchado sobre ella, aunque no la señalaran directamente. Antes de salir por la puerta, Beatriz se giró un instante para mirar al párroco y se encontró nuevamente con aquella mirada aterradora tan parecida a la del cuervo que le había anunciado la muerte de su padre.

***

Las cosas fueron empeorando notablemente al paso de los días. A excepción de sus respectivas familias, nadie sabía quiénes eran la misteriosa pareja a la cual se refería el párroco, pero su autoridad le daba credibilidad suficiente a sus palabras para llevar a cabo la expulsión oficial de los musulmanes del Campo de los Salvados. No podían arrebatarles las casas que ellos mismos habían construido, pero estaban dispuestos a considerar ese espacio de tierra como una zona. Por lo tanto, no les estaría permitido entrar en contacto con la tierra para el cultivo ni participar de las labores en ella, por lo cual debían hallar su propia manera de encontrar sustento, así como no les sería lícito penetrar en los linderos donde se ubicaban las casas de los cristianos. Ya no formaban parte del Campo de los Salvados y, en cambio, ahora se consideraba la zona musulmana como un territorio hostil e independiente. El párroco manifestó su deseo de no recibir a ninguno de ellos, ni atender sus solicitudes. Se clavaron unos postes de madera a modo de límite infranqueable entre una comunidad y otra. Pedro no supo qué hacer ni qué decir. Miraba a su hermana en silencio en el transcurso de los días, incapaz de reprenderla, pero sintiéndose abatido por el caos circundante. Le bastaba tenerla vigilada y ella simplemente se limitaba a quedarse al alcance de sus ojos. Otro tanto ocurría con Said, quien era custodiado noche y día por Akram y Fátima como si tuvieran ojos sin párpados. No deseaban que el resto de las familias musulmanas supieran que ellos eran los causantes de esta nueva desgracia. Por lo tanto, Beatriz y Said quedaban separados el uno del otro por esa frontera que, si bien no era una muralla invencible, era lo suficientemente poderosa en acciones, palabras e intenciones ajenas y superiores a ellos para impedirles un reencuentro.

Oficializada la gran separación entre ambas comunidades, durante los meses siguientes cada grupo intentó subsistir como pudo frente al hambre y la escasez que seguían siendo el problema base para todos. Contrario a lo que el párroco había prometido, los cultivos no mejoraban y la tierra no prosperaba según los deseos de quienes la trabajaban. Estaban condenados a morir de hambre. Por su parte, en la zona musulmana, tras varios meses de intercambio comercial con regiones cercanas para la adquisición de alimentos, habían tenido mejor suerte gracias a sus cualidades como comerciantes. Sin embargo, no era suficiente. Durante una de esas compras en zonas vecinas, llegó a oídos de algunos los rumores de que recientemente unos visitantes dijeron que estaban dirigiéndose hacia Valencia porque sabían de buena mano que las cosas habían mejorado, la enfermedad cesaba y el ambiente estaba calmado. Se estaba iniciando la reconstrucción de lo perdido, lentamente, pero con seguridad. En vista de ello, muchos de los que habían huido debido a la peste, ahora regresaban. Por lo tanto, al enterarse de esto, Akram reunió a los cabeza de familia musulmanes y les propuso que regresaran a Valencia. Tras deliberarlo durante varios días, todos coincidieron en que esta era la única alternativa que les ofrecía un mejor futuro, incluso a pesar de lo incierto. En esa alternativa se escondía también la esperanza de recuperar lo perdido y eso hacía de ello una oferta demasiado atractiva como para rechazarla.

En unos días emprenderían el viaje, pero en casa de Akram, Said expresó su deseo de quedarse. No abandonaría a Beatriz en un momento tan difícil, dijeran lo que dijeran. Prefería morir de hambre junto a ella, aunque no pudiera estar a su lado. Tanto Akram como Fátima supieron que esta vez no podrían hacer nada para motivarlo a cambiar de

opinión, ni para obligarlo a cumplir su voluntad. Por mucho que suplicaran o lloraran, Said estaba dispuesto a sacrificarse por su amor. Conmovidos por la perspectiva de perderlo, finalmente llegaron a una resolución a manera de pacto entre todos. Le pidieron a Said que los escuchara y fue Akram quien le dijo:

—No queremos perderte y sabemos que esta vez no podremos hacerte cambiar de opinión. Comprendemos y respetamos el amor que sientes por aquella muchacha, solo porque se ha mantenido en los límites de la castidad. Podéis seguir amándoos de esta manera ante nuestros ojos, si la familia de ella lo permite. Por eso te propongo lo siguiente: hablemos con ellos para que vuelvan a Valencia con nosotros. Si aceptan, ¿vendrías con nosotros? Pero, recuerda, para hablar con ellos deberíamos entrar, bajo nuestro propio riesgo, a la zona cristiana del Campo de los Salvados, donde ya no somos bienvenidos.

Un brillo de fiereza y seguridad encendió sus pupilas antes de responder:

—Así lo haremos —respondió Said—. Porque de otro modo Beatriz moriría y yo después de ella.

***

Para Beatriz todo fue como un sueño largo y profundo. Sus recuerdos más tristes se repetían cada noche en pesadillas. Los meses de hambre; el llanto constante de su hermano Pedro por no hallar la manera de alimentar correctamente a su esposa embarazada de su primer hijo; la convalecencia de su cuñada Tomasa, postrada en cama recitando plegarias para no perder a su hijo; y ella también débil y pálida, consumiéndose como una vela. Pero una noche, inesperadamente, la salvación entró por la puerta. A hurtadillas Said llegó para decirles que volverían a Valencia, pero que debían partir cuanto antes. Entonces, franquearon la frontera entre la zona musulmana y la comunidad cristiana a altas horas de la noche para no ser vistos, pero el tiempo corría y era necesario actuar pronto. Los recuerdos eran difusos porque, en aquel tiempo, vivían pensando que estaban cerca de la muerte, vivían sin vivir realmente, vivían esperando dejar de vivir. Pero recordaba a Akram conversando durante un largo rato con Pedro, viendo cómo su rostro contrariado comenzaba a iluminarse por la promesa de una vía de escape para que su hijo naciera en otras condiciones. Recordaba a Tomasa siendo asistida por la madre de Said, quien le proporcionaba alimentos. Y recordaba que ella pasaba las tardes sentada con la mirada perdida y con el puño cerrado sobre su pecho incapaz de hablar o moverse. En aquella ocasión hacía lo mismo, pero esta vez Said estaba a su lado susurrándole:

—Esta vez no te abandonaré. No permitiré que pierdas a quienes amas. Volveremos a casa.

Y entonces despertó. Nuevamente Said estaba a su lado, animándola a ponerse de pie en una zona que le resultaba familiar y no era el Campo de los Salvados. Poco a poco, mientras se desperezaba, iba siendo consciente de dónde estaba y hacia dónde se dirigían. Una vez más tuvo pesadillas sobre los últimos y cruciales días en el Campo de los Salvados antes de emprender el viaje a Valencia. Pero ya ese horror que les hubiera deparado la muerte a ella y su familia quedo atrás. A su alrededor estaba el presente, Pedro despertando a su esposa, a quien ya se le notaba la barriga prominente, y las caras conocidas de los parientes de Said y las demás familias musulmanas que componían el viaje. Esta visión, llena de promesas y esperanzas, parecía el verdadero sueño del que aún no se había despertado, pero era la realidad presente sobre la cual se construía un nuevo futuro.

—Otro nuevo día de viaje —le dijo Beatriz a Said—. Y un día más cerca de casa.

—¿Estás cansada? —preguntó Said—. ¿No dormiste lo suficiente?

—Estoy bien —aseguró Beatriz con una sonrisa radiante—. Nunca antes me he sentido tan despierta.

Beatriz aún tenía la mano cerrada sobre su puño, sintiendo algo pesado dentro de ella. Por un momento casi lo olvidaba. Siempre dormía con ella. Abrió su mano para contemplarla nuevamente a la vista de Said: la gran moneda de oro gracias a la cual lo conoció. Ya había perdido la cuenta de las veces que le debía la vida, pero aquella primera vez seguía siendo la ocasión más importante. Porque desde entonces su alma nunca volvió a correr peligro, estaba a salvo en la seguridad de su amor. La moneda brillaba en su mano y Said pareció leer sus pensamientos:

—Encontraremos la manera —prometió Said—. Los matrimonios mixtos todavía no están permitidos, pero quizá en el futuro las cosas cambien. Mientras tanto, podremos seguirnos amándonos del modo en que lo hemos hecho hasta ahora para no dejar de estar juntos. Si hoy nuestras familias son capaces de aceptarnos y considerar que nuestro amor es puro ante los ojos de Dios, ¿por qué mañana no podría hacerlo el mundo?

—Siempre hemos encontrado la manera —dijo Beatriz—. Este amor es nuestra manera y el mundo lo entenderá.

Comenzaba para ellos una nueva etapa de sus vidas. Caminaban junto a sus familias, ya sin miedo de declarar el amor que sentían. Respetaban los límites que el deber les imponía, pero aquello era un mal menor mientras pudieran estar el uno al lado del otro, mirándose y escuchándose como si cada vez fuera la primera vez que lo hacían. Del mismo modo en que nada les garantizaba esta nueva paz para su amor, nadie podía asegurar con precisión el estado en que los viajeros hallarían a su amada Valencia. Pero ese amor por el lugar que componía tantas historias personales, también encontraba su propia manera de afirmarse. Porque cada corazón hallaba la manera de latir en el tiempo preciso para recordar lo inmensa que es la vida cuando se ama y cada camino que se emprende revela una nueva manera de regresar a casa.

Beatriz y Said
La conciliación

Prólogo

*Reino de Valencia, 1349.*Valencia recuperaba lentamente su gloria perdida. La tierra sanaba sus heridas y limpiaba sus asperezas. O, al menos, se convencían de que esto era posible quienes allí vivían y creían fervientemente en ello aquellos que estuvieron dispuestos a regresar. La peste negra redujo su sombra hasta extinguirse y la única explicación plausible era considerarlo un milagro, una respuesta tardía de Dios para confirmar una segunda oportunidad en el mundo para este lugar casi destinado a perecer. Sin embargo, algunos habitantes abrazaban su fe con cautela, mientras que otros confiaban sin reservas en que las cosas habían mejorado definitivamente. Los más prudentes reservaban el júbilo para mejores tiempos, porque la enfermedad había causado suficientes estragos en la ciudad y la prioridad era restaurar el orden antes de recuperar lo perdido, con la esperanza de alcanzar el antiguo esplendor que distinguía a Valencia. A diario escuchaban rumores de lejanas tierras que aún se encontraban lidiando con la peste negra, y los valencianos que sobrevivieron a ella vivían con el temor constante de que esta se repitiera y de que la actual paz fuera una tregua breve antes de la próxima embestida de la enfermedad.

El leprosorio al que fueron confinados la mayoría de los enfermos presentaba un aspecto de solitaria ultratumba. Apenas dos guardias lo custodiaban, obligados por mandato real, pero ya nadie quedaba en su interior. Se respiraba allí un aire a ceniza debido a la quema de cadáveres e incluso algunas partículas seguían esparciéndose en el ambiente, flotando y buscando la forma de ascender; como si con ello recordaran a los condenados en sus momentos finales, cuando confiaban en que su sufrimiento fuera la garantía de un ascenso hasta las alturas. Sin embargo, el silencio y el vacío reinantes en esa tumba innombrable no eran muy distintos en el resto de la ciudad. Las calles que hace un año eran testigos del tránsito de sus gentes, fluido y sin tropiezos, ocupados en sus constantes intercambios comerciales, ahora constituían un desafío para el transeúnte ocasional, que buscaba recorrerlas rápidamente sintiéndose amenazado por la soledad y la quietud de las mismas. Algunos pocos mercaderes instauraban sus tenderetes para los ocasionales compradores, con el sonido del mar al fondo como única prueba de que el ruido seguía existiendo.

El majestuoso e indomable mar permanecía inalterable, ajeno a las desgracias humanas que no traspasaban sus orillas. Apenas resentía la ausencia de los navíos que antes lo surcaban y su oleaje bañaba el reino con indiferencia. A pesar de la población menguada por la muerte y los exilios, la mayor concentración humana se daba justamente en la costa. Aún quedaban pescadores y eran estos quienes cada mañana luchaban contra el tedio, o el terror en algunos casos, para afrontar cada día e iniciar la labor como antaño solían hacerlo. No por ello eran más optimistas que el resto, pero consideraban que su misión era ser los últimos en rendirse o los primeros en recuperar lo extraviado. Despertaban antes de que saliera el sol y caminaban desde sus casas hasta la costa, deseosos de escuchar el rumor hondo de las olas golpeando contra las rocas y que hacía latir sus corazones con un raro y escaso consuelo. Quizá porque no sabían realizar otro oficio y era muy tarde para abandonar el actual, o porque aquello era la única cosa que podían hacer en una situación tan difícil como la que enfrentaban, pero la jornada de pesca era un propósito al que le adjudicaban el peso de un destino. Con fervor pagano, al margen de sus verdaderos credos, sus voluntades estaban sujetas a esa diosa inaccesible y esquiva a la cual llamaban cariñosamente "la mar". Asistir a su diario encuentro, para demostrarle que nada los apartaba de ella, representaba el cumplimiento de un rito para llamar su atención y, con suerte, seducirla. Reclamaban ser sus hijos predilectos porque la conocían y no estaban dispuestos a abandonarla,

como el resto de las personas —especialmente los mercaderes que antes se apostaban en la costa, en su mayoría musulmanes, que no dudaron en abandonar Valencia durante los comienzos de la peste negra—, manteniéndose fieles a su devoción. Por supuesto, fueron muchos los pescadores que murieron contagiados por la enfermedad y otros tantos tuvieron que lamentar la muerte de alguien cercano y querido. Pero ahora que la maldición había cesado y no existían impedimentos para trabajar, no podían darse el lujo de descansar. A estas esperanzas, el mar correspondía con cautelosa generosidad: no era la mejor temporada de pesca, pero algo quedaba atrapado por las redes, lo suficiente para el consumo personal y una modesta venta. Los pescadores no olvidaban que fue el mar quien condujo la peste hasta la ciudad, gracias al desembarco de aquel capitán y de su tripulación que imprudentemente la trajeron consigo. Por eso, harían todo lo necesario para honrar y contentar aquel refugio de misterios que tanto era capaz de asegurar sus vidas como podía quitárselas.

Entretanto, una vez aplacada la peste, la restauración de la ciudad no era el único problema que enfrentaban. El invierno trajo con él el aumento de los impuestos, sin consideración para los pobres habitantes, y recrudeció la hambruna. Para quienes perdieron a sus seres queridos debido a la enfermedad, había muy poco tiempo para el luto porque la situación demandaba ocuparse del hambre y la privación a la que eran sometidos. Con la llegada de la primavera, algunos se aferraron a la esperanza de que las cosas mejoraran y proliferaron entonces los pequeños cultivos dentro de las casas y en las tierras cercanas, como una solución a mediano plazo para asegurar el sustento del hogar. Fue durante este tiempo que regresaron paulatinamente muchos de aquellos que habían partido para buscar una vida mejor fuera de Valencia, al margen de la peste negra; porque si bien la enfermedad no afectó los lugares donde se asentaron, el invierno y el hambre los hicieron reconsiderar regresar a su verdadero hogar. Tras un difícil exilio, algunos valencianos deseaban regresar defendiendo la idea de que era mejor sufrir privaciones en un lugar amado que padecerlas en una tierra a la cual nunca considerarían su verdadero hogar. De este modo, cuando comenzó a propagarse la noticia de que la peste negra había amainado, gran parte de los valencianos que huyeron emprendieron enseguida el camino de vuelta, animados por la nostalgia del viejo hogar, aunque desconociendo el estado en que hallarían el Reino de Valencia.

A las puertas de la ciudad, dos guardias cristianos se encontraban en plena labor de vigilancia vespertina. Había mayor actividad si lo comparamos con los meses anteriores, debido a la constante entrada de grupos humanos que regresaban del exilio. Era parte de su trabajo interrogarlos antes de dejarlos entrar para constatar de dónde venían y si realmente pertenecían a Valencia, así como observar atentamente el aspecto físico de cada nuevo visitante para asegurarse de que no presentaba síntomas de debilidad o de enfermedad que pudieran asociarse con la peste negra. Dios les había dado una segunda oportunidad y era mejor ser cuidadosos para que no se repitieran acontecimientos como los del capitán Juan Cortés y su tripulación enferma.

De este modo transcurrían las horas durante aquella tarde, sin acontecimientos memorables. Hacía horas que nadie se presentaba a las puertas de la ciudad para anunciar su entrada y el cielo presentaba un aspecto ligeramente nublado. A pesar de la primavera, el ambiente no era tan cálido como se esperaba. En parte se debía al ánimo general de los habitantes de la ciudad, cuya percepción del entorno se encontraba influenciada por la sensación de pesadumbre y apatía causada por las pérdidas sufridas y la fatiga del trabajo necesario para recuperar la ciudad tal y como la recordaban. La primavera no era especialmente esperanzadora frente al futuro tan incierto que se les presentaba.

—El cielo no ayuda a que nos sintamos mejor —dijo uno de los guardias, el más joven, rompiendo el silencio—. Aún siento que el invierno no termina, del mismo modo en que no me confío. ¿Es posible que toda esta pesadilla haya acabado de repente? Me da miedo aferrarme a la esperanza de que todo mejorará. ¿Y si la enfermedad regresa?

—No sabemos nada con certeza —le aseguró el otro guardia—. ¡Eres muy joven para dejar que la desesperación guíe tus palabras! He visto como tiempos llenos de desgracia han quedado olvidados por la historia. Difícilmente podremos dejar de mencionar lo que aquí ha ocurrido, pero llega una mañana en la que simplemente el sol brilla y el cielo luce más azul de lo que solías recordarlo y comprendes que ningún mal es eterno. Dios vigila para protegernos y ampararnos, incluso cuando creemos que su ayuda no llega.

—No he vivido tanto como usted, es cierto. Pero este ha sido el peor tiempo que mis ojos han visto. No había conocido la verdadera cara del horror hasta que esa enfermedad se apoderó de toda la ciudad. ¿Cómo es posible que suceda algo así? Ya no seremos los mismos porque, por un momento, sentimos que Dios nos abandonó.

—Dios no nos abandona —contradijo el guardia—. Hay una razón para sus designios, aunque nuestro corto entendimiento humano sea incapaz de abarcarlo. Por eso tememos y acusamos al no hallar explicaciones. Con el tiempo lo comprendes si tu fe se mantiene, o al menos intentas comprenderlo.

—No he perdido mi fe. Lo que he perdido es mucho más indescifrable, algo parecido a la esperanza y al anhelo. O, quizá, es algo que he ganado: la certeza de un temor. Es difícil explicarlo. No solo fueron las muertes, sino lo que la enfermedad hizo con la ciudad y sus habitantes. Afectó nuestras almas y puso en peligro nuestra cordura. Es la prueba de que Satanás también existe. Quienes sobrevivimos debemos dar debida cuenta de ello a las generaciones futuras. Un fuerte escalofrío me recorre el cuerpo cada vez que pienso en esos meses de oscuridad. Nunca fue tan larga la noche, incluso cuando alumbraba el sol.

—Son oscuras tus palabras, como oscuras fueron las horas que amenazaron nuestro espíritu —reflexionó el otro guardia—. Pero no dejes que esa oscuridad se convierta en un veneno casi tan letal como la peste. Si hemos sobrevivido, nuestra misión como creyentes consiste, precisamente, en comprender ese milagro y celebrarlo. ¿Perdiste a alguien a causa de la enfermedad?

—Mi esposa murió con el niño que llevaba en su vientre. Mi hijo no llegó a conocer el mundo que lo esperaba. Aún me queda mi hija mayor. Es ella quien me espera al final de cada jornada y gracias a ella tengo fuerzas para estar aquí.

—Lo lamento mucho. Ahora están en la gracia de Dios. Tu hijo ha conocido un mundo mejor antes de abrir sus ojos en este. No eras guardia antes de la peste, ¿o me equivoco?

—Has acertado —dijo el guardia más joven, no dejando que el triste recuerdo de su pérdida le hiciera perder el temple—. Anteriormente era mercader, pero en las actuales circunstancias es inútil seguir siéndolo. Me ofrecí como voluntario cuando resintieron la falta de nuevos hombres para este tipo de cargos. Quiero ayudar a recuperar esta ciudad y a evitar que volvamos a caer bajo una amenaza como esta. Y tú, ¿siempre lo has sido?

—No de la entrada de la ciudad. Anteriormente custodiaba las mazmorras del Cargo Foral.

—En el mismísimo nido donde se gestaron las sombras —exclamó el más joven, sorprendido ante la revelación del compañero—. ¿Conociste al capitán y sus hombres? ¿Los viste de cerca? ¿Los escuchaste?

—Así es, los conocí —dijo el guardia, mudando su semblante sereno en una expresión hosca que resaltaba los rasgos de su envejecimiento—. No olvido el rostro de

cada uno de ellos. Y me sorprende no haberme contagiado como muchos de mis compañeros, muchos más jóvenes y fuertes que yo. Tampoco olvido sus miradas cuando salieron de las celdas, camino del patíbulo, para afrontar su inminente ejecución. No opusieron resistencia. Casi puedo asegurar que suspiraban aliviados. Querían morir antes de que la enfermedad acabara con ellos. Supieron que estaban enfermos y no dijeron nada. Incluso, uno de ellos falleció horas antes de la ejecución, dentro de las mazmorras, pero nadie reparó en ese detalle. A esas alturas, no importaba. Desde el momento en que desembarcaron ya era demasiado tarde, aunque no lo supiéramos. La muerte se bajó con ellos.

—Cometieron un grave error y todos lo pagamos. Escuché que la peste continúa propagándose en otros reinos. Las personas huyen de una tierra a otra, sin saber dónde pueden encontrarla. Ahora, todos los que se fueron regresan a Valencia, creyendo que ya lo peor ha ocurrido. ¿Acaso no ven que igual todo ha quedado perdido? ¿Qué esperan encontrar?

—Ellos piensan en lo que han amado. De cualquier manera, mientras más sean los que regresen, mayores serán los esfuerzos que se sumarán para recuperar la ciudad con rapidez. Tanto los que nos quedamos, como aquellos que se fueron queremos lo mismo: devolverle a Valencia su esplendor. De haber huido también, ¿no querrías regresar como ellos?

—No lo hicimos y permanecimos hasta el final. No me siento más especial por eso, pero es muy fácil sentirse optimista cuando ellos no vieron el modo en que esta ciudad se destruyó a sí misma por su propia desesperación. Siento un escalofrío de solo pensar en las leproserías. Mi esposa murió antes de llegar a ellas, afortunadamente. Quienes nos quedamos vimos el rostro de la crueldad humana. Sin embargo, tú viste las mismas cosas. ¿Cómo puedes estar siempre tan sereno?

—He visto y perdido mucho en esta vida. Eso no me ha impedido esperar un mañana mejor. Pero no hablemos de cosas tristes, porque ya las conocemos muy bien.

Se mantuvieron en silencio con la mirada fija en el horizonte. Tampoco había temas felices de los que pudieran conversar. En horas como aquellas sentían que custodiaban la entrada de una ruina abandonada en vez de una ciudad. Era difícil distinguir la diferencia entre un cementerio y el Reino de Valencia, a pesar de que se estaban incrementando los viajes de vuelta a casa por parte de antiguos habitantes. Las nubes que tapaban el sol cedieron para que este bañara con sus rayos la tierra y los guardias se apostaron a la sombra de un árbol para que la luz no los cegara en su visión y el calor los sofocara. Rato después, vieron a lo lejos la figura de un hombre que se acercaba con un gran saco de viaje colgado al hombro. Caminó sin prisa y seguro de sus pasos hasta situarse frente a los guardias para saludar y aprovechar el cobijo de la sombra donde se apostaban.

—El día mejoró notablemente. Esas condenadas nubes no pudieron opacarlo mucho tiempo.

—Así es —respondió cortésmente el guardia más viejo—. ¿Has venido para entrar en Valencia o sigues de largo en tu camino?

—Vivo en Valencia —aseguró el viajero—. He regresado de un viaje corto.

—¿Eres de los que se fueron? —preguntó el guardia joven—. Te recomiendo que estés preparado para lo que te vas a encontrar.

El viajero sonrió, descargando el saco que llevaba para secarse el sudor de la frente con el dorso de su mano, antes de responder.

—Sé muy bien lo que encontraré. Nunca abandoné Valencia. Vosotros estabais aquí cuando salí hace unas semanas. Hice un viaje de negocios.

—Lo siento, no lo recordaba —se disculpó el guardia joven—. ¿Y fue exitoso el viaje?

—No como quisiera, pero tal como esperaba —aseguró el viajero—. En otros lugares la situación no es mejor que la nuestra, a pesar de que no hayan sufrido los estragos de la peste. Por eso muchos han decidido regresar. He visto y escuchado historias muy tristes en el camino.

—¿Qué ocurre en esos otros lugares? —preguntó el guardia más viejo, intrigado por las palabras del viajero—. Quienes han vuelto aseguran que ha sido uno de los peores inviernos para los campos.

—No es solo el invierno —comenzó a explicar el viajero—. Son tiempos difíciles para todos y las almas son asediadas por la oscuridad. Allá afuera hay muchos hombres y mujeres a merced de la desesperanza. El hambre ha acabado con poblaciones casi por completo. Además de los negocios que esperaba concretar, mi viaje se alargó debido al encargo de un amigo para recabar información sobre su familia. Para cumplir con ese favor especial, me vi obligado a visitar un lugar en particular y quedé impresionado por lo que vi. Mi amigo volvió hace poco a Valencia para comprobar el estado de la ciudad con la intención de regresar a su antiguo hogar. Y así lo hizo. Aparentemente, fue uno de los primeros en abandonar Valencia, junto con su familia. Es cristiano, como nosotros, pero en aquella ocasión viajaron en compañía de unas familias musulmanas hasta que consiguieron un campo en el cual quedarse. Un suceso terrible, del que prefirió no darme detalles, lo hizo considerar la opción de retornar a Valencia. Sus padres murieron, pero sus hermanos siguen viviendo a las afueras de Valencia. Nos hicimos amigos y al saber que viajaría me dio las indicaciones para llegar a un campo en el que su familia esperaba noticias sobre el estado de la ciudad. Quería que les llevara el mensaje de que los estaba esperando, así como para animarlos a regresar.

—¿Y qué encontró en aquel lugar? —preguntó el guardia joven animado por la curiosidad de conocer lo que ocurría más allá de Valencia.

—El lugar en cuestión se llama Campo de los Salvados —reveló el viajero—. Allí vivían originalmente un grupo de familias cristianas. Según supe más tarde, en aquella aldea acogieron a un grupo de familias valencianas que huían de la peste negra, en su mayoría musulmanas. Una de las pocas familias cristianas que formaban parte del viaje fue justamente la de mi amigo. Pero tuvieron una mala temporada de cosecha a causa de las lluvias y luego el invierno los sorprendió sin suficientes provisiones. Incluso con la llegada de la primavera los cultivos no respondieron de la forma que esperaban. Ahora, ese lugar parece un sepulcro para condenados a muerte. Algunos se fueron y otros se quedaron a las puertas de sus casas rogando porque alguien les diera algo de comer. Muchos me contaron cómo vieron morir a sus hijos de hambre y los esfuerzos que hacían para conseguir algo de comida en los bosques o en las aldeas cercanas. Pienso en los rostros que vi y no puedo evitar sentirme afectado. Especialmente no olvido a un sacerdote que deambulaba por la aldea con el hábito roto y hecho andrajos, gritando a diestra y siniestra, hablando sobre el pecado y la necesidad de evitarlo para no condenar el alma. Cuando pregunté, me dijeron que ese hombre había perdido la cabeza ante la impotencia de lo que ocurría con sus feligreses, pues como párroco era el líder de la comunidad. Ese hombre representaba un espectáculo muy triste, como si fuera el reflejo de la aldea. Ese lugar está maldito a pesar de su nombre.

—No estamos seguros en ningún lugar —dijo el guardia más joven, seguido de un suspiro—. Cualquiera de nosotros podría convertirse en ese sacerdote. Fueron muchos los que vivieron una situación similar en Valencia. Terminaron siendo internados en casas de sanación y otros atentaron contra su propia vida. La peste negra no fue el único mal que nos destruyó.

El viajero volvió a recoger su fardo para colgárselo al hombro, con la intención de entrar a la ciudad.

—Solo resta hacer todo lo posible para que las cosas mejoren. Ahora, si me permiten, estoy exhausto. Quiero llegar a casa cuanto antes.

Los guardias se despidieron con un gesto, indicándole al hombre que era libre de continuar su camino. Justo cuando les daba la espalda, el guardia más viejo lo detuvo.

—Disculpe mi curiosidad, pero ¿consiguió encontrar a la familia de su amigo en aquella aldea? ¿Tiene noticias para él?

El viajero giró su cabeza para responder antes de adentrarse en la ciudad.

—Al menos alguien recibirá buenas noticias. Según supe, su familia ya no vive allí. Dicen que se unieron al grupo de familias musulmanas con el que llegaron. Probablemente tengan la intención de regresar. Ya pronto los veréis con vuestros propios ojos.

Capítulo 1

El viaje se extendía hacia un punto fijo y seguro en el horizonte. Pasos humanos que avanzaban seguros dejando su huella sobre la tierra, confiando en que esta vez sí podrían detenerse y quedarse. Partir rumbo a lo desconocido es un destino que seduce al espíritu aventurero, pero es un desafío para quienes no están acostumbrados al desapego. Algunos emprenden un viaje para buscar un futuro mejor, mientras que otros intentan escapar de su pasado. Existen unos pocos para los cuales el viaje es su constante presente, la verdadera finalidad inagotable. A cada viajero su viaje le ofrece una experiencia distinta, incluso entre aquellos que comparten una misma travesía, y al final del recorrido cada cual encuentra una recompensa; bien sea el reencuentro con algo esperado o una sorpresa que transforma su vida. Pero, de entre todos los viajes que pueden emprenderse, ninguno es tan gratificante como un regreso a casa tras una larga ausencia. Estos viajes no se hacen con la expectativa frente al misterio de lo que podría encontrarse, sino con el anhelo de reconocer el hogar que nunca abandonó el corazón a pesar de la distancia. Volver al origen es el viaje decisivo para comprender no solo quién has sido, sino para descubrir la forma final de aquello en lo que te has convertido.

No sabían con seguridad lo que encontrarían, pero atrás quedaban suficientes recuerdos oscuros para no retroceder. Para los valencianos, este viaje trajo consigo la memoria del viaje anterior, aunque fueran distintas las emociones que palpitaban en sus corazones. Se sentían familiarizados con la experiencia porque transitaban el mismo camino de la vez pasada. La gran diferencia en esta ocasión es que contaban de antemano con la seguridad de saber hasta dónde llegarían y cuándo se detendrían. ¡A casa! Eran esas las palabras que silenciosamente formaban un nudo en sus gargantas y se extendían a manera de certeza por sus cuerpos, como si fuera la descarga de un trueno. No era necesario declararlo en voz alta porque todos compartían el mismo pensamiento: "¡Valencia! ¡La adorada Valencia nos espera!". A pesar del entusiasmo generalizado, se conducían con cautela y evitaban alimentar alegrías infundadas, guardándose las esperanzas dentro de sí mismos para protegerse ante cualquier posible decepción. Comprendían que, debido a la peste y el caos reinante, no encontrarían la misma ciudad que dejaron, y que el Reino de Valencia luciría muy distinto al de sus recuerdos, embellecido además por la vaporosa nube de la nostalgia. A lo largo del camino encontraron otros grupos de viaje que se identificaban también como valencianos y expresaban iguales deseos de regresar. Gracias a ello, la marcha de retorno fue ensanchando sus filas, como si fuera una madre que recogiera a sus hijos distraídos y dispersos para llevarlos amorosamente de la mano hasta sus camas. En las horas de descanso se quedaban quietos con la mirada perdida, incapaces de apartar las dudas que los invadían: ¿Seguirían en pie sus casas? ¿Podrían reconstruirlas en caso de hallarlas derruidas? ¿Cómo afrontarían la hambruna? ¿Se restablecerían las redes de comercio en el mercado? ¿Y si no los dejaban entrar? ¿Y si ocurría un nuevo brote de la peste negra y los contagios se multiplicaban como antes? Y, finalmente, ¿acaso existía una opción mejor que esa? Tanto si se apoyaban en la esperanza como si se dejaban abrumar por el peso del desconsuelo y las dudas, volver a Valencia representaba no una alternativa entre tantas, sino la opción definitiva y segura para recuperar sus vidas.

Para los valencianos que abandonaron el Campo de los Salvados, el viaje constituía una experiencia liberadora gracias a la cual podrían estar en paz luego de los sucesos que marcaron sus vidas en aquel lugar. Lo que un principio fue la tierra prometida cuando lo habían perdido todo, progresivamente se convirtió en un suplicio que casi les quita lo poco que pudieron conseguir. Tras una larga serie de pérdidas y tristezas, los valencianos aprendieron a no exagerar sus expectativas, asegurándose de sentirse tan

bien como fueran capaces con cada nuevo día, sin pensar tanto en el futuro. Fueron muchas las lágrimas derramadas y los dolores padecidos, y en ese instante agradecían profundamente la calma con la que viajaban. Entre ellos se encontraban Beatriz y Said, con sus respectivas familias a lado y lado. Viajaban juntos, pero limitaban el contacto a unas pocas conversaciones a la vista de todos, respetando con ello las voluntades de sus seres queridos y aceptando los límites impuestos para su relación, que por lo pronto solo debía considerarse una amistad. Ambos aceptaban las condiciones de ese amor sitiado y vigilado a los ojos de todos, porque era preferible soportar esa restricción antes que una separación absoluta. A su vez sus familias pactaban con esa realidad, conscientes de lo inútil y dañino que fue en el pasado establecer una prohibición total para apartarlos, porque siempre encontraban la manera de estar juntos. Finalmente, consiguieron demostrar que sus sentimientos eran puros y se conducían bajo acciones respetuosas que no pretendían poner en peligro la honra de sus casas. Pese a esto, era importante no despertar animosidad en el resto de familias cristianas y musulmanas que se habían integrado al viaje, y sus familias recomendaron mayor discreción en el trato para así evitar acusaciones incómodas por parte de terceros.

Cada vez estaban más cerca de Valencia, pero el sol declinaba para dar paso a la noche y había llegado el momento de descansar. Por precaución, los hombres organizaron grupos de vigilia que se rotaban cada dos horas mientras el resto dormía, aunque ninguna desgracia había sucedido, ni peligro alguno los había acechado, desde que partieran. Cada familia acampó improvisadamente, cobijándose bajo los árboles, sin alejarse del perímetro cuidadosamente delimitado por los hombres encargados de hacer la primera guardia, entre los cuales se encontraba Pedro. Mientras su hermano se organizaba para iniciar la obligatoria vigilia, Beatriz ayudaba a Tomasa para que se acostara en la tierra, poniendo bajo ella varias telas con el fin de que se sintiera más cómoda. Su inmensa barriga revelaba la fase final de su embarazo, por lo que ningún cuidado era extremo. Tanto Pedro como Beatriz se mantenían alerta ante cualquier irregularidad. Recostada a su lado, Beatriz notó que su cuñada cayó rendida por el sueño enseguida, por lo que trató de seguir su ejemplo, intentando contar las estrellas del firmamento como un modo de distraer su mente y favorecer la somnolencia. A los pocos minutos, Beatriz supo que, a pesar de estar muy cansada, probablemente no lograría dormirse como el resto. De noche le costaba vaciar su mente de las preocupaciones que la invadían a lo largo del día. Cuando el silencio se imponía y la noche extendía su reino, la consciencia de Beatriz estaba más despierta que nunca. En contraste, sus pensamientos estaban llenos de ruido y claridad, revoloteando en su mente como múltiples abejas trabajando sin descanso dentro de un mismo panal. El pasado y el futuro se entremezclaban como una maraña de ideas y sensaciones confusas que iban del miedo a la frustración.

En el transcurso de un año, luego del tránsito final de niña a mujer, su vida había cambiado por completo, al igual que la de todos aquellos que conocía y formaban parte de ella. Beatriz seguía pensando en sus muertos y ocasionalmente los lloraba cuando nadie más la veía. A veces, la tristeza se mezclaba con la rabia y se le atragantaba una plegaria a Dios, que podía confundirse con un reclamo. Consideraba injusta la suerte que corrieron sus padres, quienes lograron escapar de Valencia y los peligros de la peste negra, renunciando a todo lo que tenían, para luego conseguir la muerte tan pronto, cuando sus vidas estaban mejorando y ya se creían a salvo. ¿Acaso fueron inútiles todos sus riesgos y sacrificios? Perpetua y Carlos ya no los acompañaban. Beatriz trataba de consolarse imaginando que, sea cual sea el mundo deparado a los muertos, ambos estarían juntos renovando los votos de su amor. Virtuosos y creyentes a cada instante, merecían compartir una misma parcela dentro del paraíso.

Beatriz pensaba en su padre, Carlos, en su manera amable de conducirse frente a los demás, siempre dispuesto a extender su mano para ayudar a quien así lo solicitara, dándole a sus hijos el ejemplo de que la generosidad era la mayor demostración del amor que Dios le profesaba a la humanidad y que, por tanto, a todos nos correspondía emplearla en el trato con el prójimo para honrar esa divina voluntad que fundamentaba el mundo que habitamos. Pensaba en su madre, Perpetua, en su fuerza de voluntad inquebrantable para no dejarse derrotar por las desgracias y aceptar con estoicismo los males pasajeros, confiando en que siempre se impondría un futuro y duradero bienestar. Beatriz compartía esas mismas cualidades, formaban parte de su herencia, y de este modo la memoria de sus padres sobrevivía, no solo gracias a sus recuerdos sino también en sus acciones conducidas por el bien y la rectitud. A continuación, pensaba en sus muertes, en las últimas palabras de cada uno de ellos, en sus horas finales de sufrimiento. Su padre había muerto comprometiendo su salud para ayudar a una comunidad entera que luego le dio la espalda a su familia. Luego, su madre murió viuda y llena de añoranzas bajo el peso de una violencia salvaje e imperdonable. ¿Era este el precio que se pagaba por la virtud? Pensaba en sus hermanos, en la orfandad que compartían. ¿Cómo era posible sobrevivir por encima de tanta tristeza?

Al calor de la noche, Beatriz enfrentaba sus pensamientos como monstruos al acecho, arriesgando la paz de su sueño. No solo la memoria de sus padres turbaba su espíritu, sino también el recuento de los recientes acontecimientos vividos en el Campo de los Salvados: las largas horas de hambre y el constante miedo a ser maltratados por la ignorancia de sus habitantes, ya que estos consideraban que la sequía de las tierras era un castigo divino por haberse relacionado fraternalmente con las familias musulmanes y que todo aquel que continuara manteniendo ese contacto impuro pagaría las consecuencias de su falta. El párroco que presidía la comunidad había descubierto el romance entre Beatriz y Said y, aunque no los acusó directamente, se valió de ello como excusa para apartar a las familias musulmanas de las cristianas y defender tal injusticia como una alternativa para revertir los males que los aquejaban. Por supuesto, la solución no tuvo éxito y el aislamiento solo recrudeció las dificultades. Fueron meses de incertidumbre en los que tanto Beatriz como Pedro y Tomasa se sintieron al borde de un colapso a causa del hambre, hasta que finalmente fueron rescatados por Said y su familia, invitándolos a regresar hasta Valencia. Gracias a esa solución providencial, pudieron escapar de aquella tierra estéril maltratada por la huella de la ceguera y el fanatismo.

Y ahora viajaba al lado de Said, llena de tantos temores como esperanzas. Pero estar a su lado era suficiente para que su corazón se volcara con deseos de salir fuera del cuerpo y lanzarse al encuentro de aquel otro corazón que latía por ella. Probablemente al llegar a Valencia se decidiría sus destinos comunes, pero el hecho de que sus familias aceptaran una amistad entre ellos constituía un gran avance. Desde que estuvieron atados por el agradecimiento, Pedro cedió en su fría cordialidad y estableció un trato verdaderamente amistoso con las familias musulmanas, especialmente con Said y su tío Akram. Ya no los consideraba sus enemigos, ni mucho menos se sentía inspirado a despreciarlos como antes. Pero el mundo y sus condiciones no estaban preparados para un amor como el que Beatriz y Said se profesaban. El resto de las personas eran incapaces de comprender que existiera pureza allí donde ellos veían faltas y pecados. Por ello no debían alimentar razones que pudieran separarlos nuevamente. A Beatriz le angustiaba su impaciencia y no ser capaz de controlarla. Las malas experiencias del pasado le enseñaron a mantenerse en constante alerta, imaginando que algo peor siempre podía estar por suceder, atentando contra su felicidad. Para ella su felicidad tenía el nombre y el rostro de Said. A esas alturas estaba comprometida con sus

sentimientos y nunca renunciaría a ellos, a menos que no fuera correspondida por el objeto de su amor, lo cual no era el caso. E incluso, si Said perdía su amor por ella, Beatriz seguiría amándolo con la misma intensidad de la primera vez, cuando descubrió sus sentimientos a orillas del mar en Valencia. Olvidarlo y desistir de los intentos por hacer posible ese amor ya no era una opción.

Quería dormirse y no lo lograba. A su alrededor escuchaba los pasos de quienes hacían guardia, caminando en torno a quienes dormían, o fingían hacerlo como en el caso de Beatriz. A causa de su intranquilidad se movía de un lado a otro, sintiendo el duro terreno bajo su cuerpo a pesar de las gruesas telas sobre las cuales se acostaba. Sin querer había despertado a Tomasa, quien susurrando la llamó.

—Beatriz, ¿te encuentras bien? Te noto intranquila. ¿No puedes dormir?

—Lamento mucho haberte despertado —se disculpó Beatriz—. No he logrado conciliar el sueño. Pero no te preocupes por mí, vuelve a dormir. Tú necesitas estar tan descansada como sea posible porque aún queda camino por recorrer.

—No me siento cansada —aseguró Tomasa—. A veces despierto en mitad de la noche cuando siento sus patadas dentro de mi vientre.

—¿Se está moviendo en este momento? —preguntó Beatriz—. ¿Puedo sentirlo?

—Sí, él también anda intranquilo, como tú —dijo Tomasa—. Ven, dame tu mano.

Beatriz extendió su mano en la oscuridad y Tomasa no tardó en atajarla para ponerla sobre su vientre. Al principio, Beatriz solo sentía la piel gruesa y el volumen prominente del vientre de Tomasa, hasta que la tomó por sorpresa constatar que algo se movía por debajo de la piel. Beatriz se alegró con el descubrimiento: ¡era su sobrino! Tan cerca y tan lejos de todos, estaba vivo y despierto, aunque no lo conociera todavía.

—¿Estás segura de que es un varón? —preguntó Beatriz—. Parece que ya quiere salir.

Beatriz y Tomasa rieron mientras se separaban, acostándose cada una boca arriba con la mirada puesta hacia el cielo estrellado, pero luego callaron para no perturbar el silencio del lugar.

—Tengo el presentimiento de que es un niño —respondió Tomasa—. Es casi una certeza. Demuestra tanta energía dentro de mí y no duda en hacerlo notar. Probablemente tenga el carácter de su padre. Me gustaría llamarlo Carlos.

Aunque Tomasa no pudiera verla debido a la oscuridad, Beatriz sonrió al escucharla.

—Nos sentiríamos muy honrados —agradeció Beatriz—. A mi padre le hubiera encantado compartir su nombre con un nieto. Es una profunda pena que tu hijo no pueda conocer a sus abuelos.

Tras un momento de silencio motivado por la tristeza, Tomasa alivió el recuerdo de esa ausencia con sus palabras.

—Ahora lo acompañarán donde quiera que esté, para protegerlo.

—Así es, no dejarán de vigilarlo como esas estrellas que ahora nos observan —reflexionó Beatriz—. Creo que es tiempo de dormir. Si Pedro descubre que te distraje manteniéndote despierta, no me lo perdonará. Mejor no sigamos hablando.

—No, por favor, continúa hablándome, aunque no responda —pidió Tomasa—. El silencio solo me inquieta. En cambio, si me concentro en tu voz podré relajarme hasta dormirme por completo, si no te importa.

—No hay problema —dijo Beatriz—. Hay tantos pensamientos en mi mente justo ahora. Podría hablar toda la noche.

***

El cielo se despejaba lentamente de sus sombras, en esos segundos cruciales en los que la noche se esfuma con un movimiento imperceptible, apartada por las primeras

luces, para dar paso al nuevo día. Descansados o no, los viajeros se incorporaban lentamente para proseguir con la marcha hacia Valencia. No tenían prisa porque el destino era seguro, pero ardían en deseos de reconocer cuanto antes la añorada tierra y comprobar cuánto había cambiado. Cuando empezaron el viaje imaginaban una ciudad destruida y ajena a su gloria original, tal y como el sentido común recomendaba, pero conforme se acercaban al Reino de Valencia era mayor la visión de esta ciudad desde el recuerdo y no a través del prisma de las expectativas. Querían recorrer los rincones conocidos, las calles familiares, los sonidos usuales y, por supuesto, medirse una vez más frente al mar que la rodeaba. Pensar en esto era suficiente para combatir la pereza y disponerse a continuar el camino sin interrumpirse, más que para lo justo y necesario. Esa mañana, el clima templado contribuía a los objetivos, prometiendo una jornada exitosa en el transcurso de un día radiante.

Los musulmanes, acostumbrados a los largos viajes de negocios, tardaban unos pocos segundos en recoger sus carpas y encabezar la marcha. Muchos de ellos contaban historias de los familiares que aún vivían en las tierras musulmanas o de sus antepasados y de cómo recorrían grandes extensiones de desierto con poca agua y sin descanso. Resistir un viaje como el que emprendían en ese momento no representaba una prueba de gran dificultad, porque estaba en su sangre la virtud de soportar largas caminatas en condiciones climáticas adversas. Incluso gran parte de los cristianos que se fueron uniendo a medida que coincidieron en el camino no se quejaban de la distancia recorrida por la costumbre propia de su oficio como mercaderes. Todos avanzaban con buen ánimo esperando lo mejor. A menudo bromeaban diciendo que habían salido de Valencia para aprender a cultivar y criar animales y que ahora regresaban con nuevos talentos y experiencias que, quizá, serían útiles para la ciudad, tal y como estaban las cosas, según sus suposiciones de como la encontrarían. Sin embargo, confiaban en que, si el mercado no estaba habilitado a la antigua manera, por lo menos la colaboración conjunta entre quienes llegaban y aquellos que ya estaban allí podría representar una fuerza suficientemente importante para comprometerse a recuperarlo, con el fin de rescatar su función primordial como actividad comercial base para el crecimiento y prosperidad del Reino de Valencia. Según su propio ritmo y velocidad, los musulmanes marchaban al frente y los cristianos en la retaguardia. Mantenían un trato cordial, ya que se habían acostumbrado al contacto mutuo y fraterno durante sus vidas en Valencia y de vez en cuando cruzaban suficientes palabras para desembocar en una conversación amena. Si se presentaba alguna dificultad, como la localización de un arroyo para recoger agua o la caza de algunos animales que se encontraban en su camino, trabajaban en conjunto como un mismo equipo.

Junto a los musulmanes se encontraba Akram, quien encabezaba con otros la marcha y participaba activamente en las decisiones grupales que afectaban a todos los viajeros, demostrando siempre su buen juicio y reafirmándose como una autoridad a seguir, que inspiraba confianza y obediencia incluso entre los cristianos, con quienes se relacionaba por intermediación de Pedro, que era el encargado de organizar a las familias cristianas que se habían unido al viaje de regreso a Valencia a lo largo de la travesía. Caminaron durante varias horas sin detenerse y Akram aprovechaba que su presencia no era solicitada para relevar a su esposa de la carga de su hijo y llevarlo en brazos durante parte del recorrido. Era un niño moreno, robusto y enérgico, al que debían sostener con fuerza para que no se zafara, como si hiciera acopio de todos sus intentos para lanzarse desesperadamente en el suelo. Pero en brazos de Akram se quedaba dormido y este lo contemplaba con los ojos brillantes por el orgullo de ser el padre de dicha criatura. A su lado, Said observaba con curiosidad a su tío, por el contraste que significaba comparar a aquel hombre de mirada tierna que arrullaba a su

hijo a medida que caminaba, con el hombre de carácter firme y voz estruendosa que no aceptaba que nadie contradijera su voluntad. Ante esa visión, Said se sintió conmovido y, por primera vez en su vida, deseó algo semejante. Hasta entonces no se había percatado de esa necesidad y ahora se le presentaba con claridad: deseaba formar una familia y tener un hijo propio al que pudiera cuidar de la manera en que ahora su tío lo hacía con su sobrino, al cual decidieron llamar Adil. Con esta revelación vino una sensación punzante de angustia: ¡no podría tener aquello con Beatriz! Técnicamente era imposible porque las condiciones no estaban dadas para que dos personas de religiones distintas se casaran ante los ojos de dioses diversos, y con esta prohibición enseguida se invalidaba su anhelo de formar una familia y tener un hijo. Y Said amaba a Beatriz con tal intensidad que, al considerar esta necesidad, solo la imaginaba a su lado, aunque no les estuviera permitido. Al recapacitar y descubrir enseguida los obstáculos que se interponían, la idea de formar una familia se le antojaba triste y lejana. Si pretendía continuar al lado de Beatriz, amándola castamente, no existía otra alternativa que renunciar a ese deseo, como renunciaría a todo aquello que no pudiera compartir con ella. Y, precisamente, eran tantas las cosas que debía sacrificar en razón de su amor que esta era solo una de ellas. Said se preguntaba si, con el tiempo, tanto él como Beatriz llegarían a aceptar estas renuncias constantes. Pero no dudaba en responderse de inmediato: nada de eso importaba cuando se comparaba con el amor que se profesaban. Les bastaba amarse para descubrir su propia felicidad, incomprensible para el resto, porque, aunque representara una dicha imperfecta y truncada, era inmensamente satisfactoria para ambos porque la compartían en un mismo nivel de correspondencia.

Sus pensamientos en torno a Beatriz lo impulsaron a buscarla con la mirada entre quienes caminaban y no tardó en encontrarla junto a su hermano y su cuñada embarazada, un poco más al fondo de la posición donde él se encontraba. Ella caminaba distraída y cabizbaja, sin saberse observada por él. O, quizá, al haberlo reconocido de espaldas, se mantenía en esta posición para evitar un contacto que pudiera interpretarse como indebido. Se sintió tentado a acercarse para saludarla, pero consideró que se trataba de una acción imprudente que el resto de familias musulmanas y cristianas no sabrían cómo interpretar. No valía la pena generar esa clase de polémica a la vista de todos para complacer sus instintos. Convenía aguantarse momentáneamente y, con ello, garantizar un mejor contacto con ella cuando solo se encontraran vigilados exclusivamente por sus familias, tal y como acordaron. A pesar de sus reservas, no dejaba de lanzar miradas ocasionales a sus espaldas, con la esperanza de que ella alzara su cabeza y le concediera una sola mirada de sus hermosos ojos. Pero sus intentonas fueron frustradas por la voz de su madre, quien se encontraba un poco rezagada junto a las dos esposas de Akram. Esta avanzó para ponerse a la altura de su hijo sin que este se diera cuenta debido a su distracción.

—De niño solía decirte que, a menos que tengas ojos en la nuca, deberías mirar al frente mientras caminas.

Said, sobresaltado, dejó de mirar a sus espaldas para contestarle con una sonrisa.

—Supongo que los viejos hábitos se convierten en mañas que nos acompañan de por vida.

—Solías hacerlo cuando te llevaba de la mano —recordó Fátima—. Y me obligabas a llevarte casi a rastras cada vez que te distraías porque siempre hallabas algo digno de tu atención cuando quedaba atrás.

—Quizá tardaba en darme cuenta de lo especiales que eran las cosas hasta que dejaban de estar a mi alcance —Said respondió con un tono reflexivo—. Creo que eso ha cambiado. Reconozco aquello que no podría abandonar, de inmediato.

—Comprendo que esta vez tus miradas son distintas y tienen un objetivo fijo. —Fátima lo evaluó con una mirada inescrutable—. Pero al igual que cuando eras niño, mi recomendación se mantiene: ese modo imprudente de mirar puede hacerte tropezar de muchas maneras.

—Es sabio tu consejo —ratificó Said—. Pero mi prudencia es suficiente para mantener mi cuerpo alejado de ese objetivo en este momento. No le puedo exigir lo mismo a mis ojos, que muy poco daño hacen.

—Podrían causar daño si otros lo notan —subrayó Fátima—. Comprendo los sentimientos que profesas y los respeto, aunque me haya costado aceptarlos. Pero el mundo no ha cambiado solo porque tú quieras. Recuerda lo ocurrido en el Campo de los Salvados. Tus acciones pueden condenaos a ambos. Si no puedes hacerlo por tu propia seguridad, o por consideración a tu familia, no olvides que ella siempre será la mayor perjudicada ante cualquier paso en falso o actitud errónea.

A pesar de su velado tono acusador, las palabras de su madre estaban llenas de verdad y Said se sintió avergonzado por su egoísmo. Efectivamente, sus acciones no solo lo perjudicarían a él, sino en un mayor grado a Beatriz.

—Mi intención es evitar ponernos en una posición vergonzosa —defendió Said—. No solo a ella y su familia. Con ello también me refiero a no hacer nada que pueda perjudicarnos a nosotros como familia. Te honro y respeto como mi madre, no lo dudes. Todo lo que he hecho hasta ahora no ha sido únicamente por mi propio beneficio o por el de ella. Todos los días mis pensamientos se debaten en una batalla sin fin para hallar una solución saludable para todos y que no traiga como consecuencia alguna desgracia. Lamentablemente, algunos errores en el pasado han traído muchos problemas sobre nuestras cabezas. Por eso hicimos el acuerdo de mantener nuestro amor bajo los límites de la vigilancia mutua de ambas familias, porque para nosotros renunciar a ese amor no es una alternativa y jamás lo será. Si bien considero que mis miradas son inofensivas y son propiciadas por mi necesidad de compartir con ella, reconozco que no debo atraer el interés de extraños. Las evitaré en lo sucesivo hasta que lleguemos a Valencia.

Akram los escuchaba en silencio, sin perder ni una palabra de lo que estaban diciendo a pesar de estar concentrado en el cuidado de su hijo, hasta que optó por intervenir.

—Cuando lleguemos a Valencia, ambas familias debemos reunirnos para acordar cómo actuaremos frente a esta situación. Los límites entre lo inocente de vuestros sentimientos y las conductas inapropiadas son muy frágiles. Comprendo que hicimos un trato y esa es la razón por la cual te encuentras viajando con nosotros y no abandonado a tu suerte en el Campo de los Salvados. Me comprometí a respetarlo en tanto cumpláis con vuestra parte, pero me corresponde subrayar esos límites y hacerlos valer.

—Es así y no puede ser de otro modo —respondió Said con un tono comprensivo—. Obedeceré esos límites como he hecho hasta ahora.

En este punto, la conversación familiar fue interrumpida por algunos hombres que solicitaban la presencia y consejo de Akram para determinar una nueva ruta a seguir para el viaje.

—Nos encontramos en una posición que puede ser interpretada como una encrucijada. Hay dos opciones para llegar a Valencia, una es corta pero bastante expuesta por tratarse de una ruta principal. De buena fuente sabemos que algunos grupos de malhechores están al acecho para asaltar a los viajeros desprevenidos y, si bien somos muchos, preferiríamos evitar una confrontación. En cambio, la otra ruta es un poco más larga, pero pasa por un río en el cual podríamos abastecernos y descansar para reparar fuerzas. Tenemos que tomar esta decisión de inmediato.

—Comprendo —respondió Akram—. Debemos elegir entre llegar pronto pero bajo riesgo de estar en peligro o aplazar nuestra llegada pero abastecernos mejor antes. Creo que puede resultarnos beneficioso explorar la segunda vía, ya que quizá encontremos animales para cazarlos, disponer de sus carnes y conservar sus pieles, así como árboles de los que sea posible recolectar frutos. El camino principal no solo está expuesto a los ladrones de paso, sino que no nos ofrece oportunidad para un mejor abastecimiento. Recordad que no sabemos lo que nos encontraremos en Valencia y, por precaución, mientras mayores provisiones llevemos mucho más conveniente para todos.

—Suena sensato —dijo uno de los hombres y el resto asintió concordando con la elección de Akram—. Que sea de ese modo entonces. Explicad a las demás familias las razones por las que tomaremos el camino alternativo y dirijamos la marcha hacia la izquierda, sin perder tiempo.

Dicho y hecho, los cabezas de familia que lideraban la expedición junto a Akram procedieron a distribuirse para propagar la información relativa a la ruta que seguirían e impartir las instrucciones necesarias para conducir la marcha conforme a esa voluntad.

—¿Estás seguro de que ese camino nos resultará favorable? —le preguntó Said a su tío con curiosidad—. Si seguimos esa ruta, ¿cuánto tardaremos en llegar a Valencia?

—Así lo creo, por las razones que expuse y ya habrás escuchado —ratificó Akram secamente, al sentirse cuestionado en su decisión—. No vale la pena llegar tan pronto si con ello nos arriesgamos a sufrir un percance peligroso. Dicho camino nos ofrece la oportunidad de abastecernos de agua y comida. Probablemente tardemos poco más de una semana en llegar a Valencia, si es lo que te preocupa.

Said supo que su tío se refería a las ganas que tenía de llegar cuanto antes a Valencia para poder hablar con Beatriz sin temer la mirada de extraños, algo que se hacía casi imposible durante la travesía. Sin embargo, la reticencia de Said por esa decisión se debía a otras observaciones que quiso explicar.

—Recuerdo esos caminos. Son muy útiles para pasar desapercibido, pero también son susceptibles de retrasar a quien los transita en caso de que ocurra una tormenta, porque el terreno se vuelve lodoso y el río crece.

—No ha llovido desde que partimos —refutó Akram, de inmediato—. Tomar ese camino es la mejor decisión, confía en mí.

—Eso hago —resopló Said—. Que Alá bendiga nuestros pasos y nos proteja de cualquier peligro.

Akram sonrió complacido y no volvió dirigirle la palabra a su sobrino durante el resto del día. Le molestaba su insolencia, a pesar de que expusiera su opinión con sensatez, porque con ello siempre pretendía minar su autoridad; o al menos así parecía frente a los demás. Y si había algo que Akram no soportaba era que alguien lo contradijera. Por su parte, Said prefirió mantener las distancias, sospechando que su tío estaba enfadado por sus réplicas. Tales pensamientos lo distrajeron de su resolución y, de improvisto, sus ojos lo traicionaron mirando nuevamente en dirección a Beatriz. En una de esas ocasiones, sus ojos se encontraron, y Said sintió un incendio en su pecho antes de que ella volviera a bajar la mirada, probablemente padeciendo algo similar.

—No tienes ojos en la nunca —repitió Fátima—. Yo siempre estaré aquí para recordarte que debes mirar al frente, si no quieres tropezarte.

***

Tal y como predijo Akram, la ruta alternativa los condujo hasta un bosque donde no solo encontraron frutos jugosos creciendo en los árboles, sino algunas aves y sus huevos depositados en los nidos, que comieron a gusto durante las horas de descanso. En el camino se toparon con varios arroyos y fuentes naturales donde se detenían a beber agua, así como a recogerla para los días restantes del viaje. Se conducían

tranquilamente bajo circunstancias predecibles, aunque exaltados por la inminente cercanía con Valencia, a tan solo unas pocas jornadas de distancia.

Llevaban tres días caminando por esa ruta. Beatriz y Tomasa descansaban a la orilla del arroyo, mientras Pedro le arrojaba piedras a un árbol para que sus frutos cayeran al piso. Como su maniobra no fue exitosa, Pedro decidió trepar entre las ramas ante la mirada atónita de su esposa y su hermana.

—Ten cuidado —pidió Tomasa—. Asegúrate de que las ramas no estén flojas antes de colocar tu peso sobre ellas.

Pedro no respondió, concentrando sus esfuerzos en la recolección de los frutos deseados, cuando de pronto se quedó inmóvil, con la mirada fija en un punto lejano. A Beatriz le intrigó el comportamiento de su hermano, tal y como lo veía desde su posición.

—¿Viste algo? —preguntó Beatriz con curiosidad, para luego añadir a manera de broma—: ¿O acaso el miedo te paralizó?

Pedro se mantuvo en silencio y tras quedarse observando aquello que llamaba su atención, se bajó del árbol desistiendo de la recolección de frutos que lo animó a subirse en primera instancia.

—Otro grupo de viajeros se acerca por el camino —anunció Pedro revelando el descubrimiento que atrapó su atención por completo—. Se encontrarán inevitablemente con nosotros, en cuestión de minutos. Avisaré al resto de los hombres.

Beatriz y Tomasa compartieron una mirada sin hablar. A lo largo del viaje este tipo de encuentros eran comunes, ya que se topaban con otros grupos que, o bien se dirigían hacia Valencia al igual que ellos, o bien a otras zonas cercanas. Las dificultades obligaban al constante traslado de las familias de un lugar a otro con la esperanza de mejorar sus condiciones de vida. En ocasiones algunos de estos viajeros se integraban al grupo, razón por la que este era más numeroso que cuando partieron inicialmente, y otras veces seguían adelante por su cuenta, no sin antes saludar y compartir información de lo que habían visto en sus respectivos recorridos. Esta era la formalidad a seguir y, tras ser prevenidos por Pedro, un grupo de hombres encabezado por Akram se adelantó hasta el grupo advenedizo para invitarlos a reunirse con ellos. A Beatriz le gustaba escuchar estas historias y esperaba que se quedaran con ellos al menos el tiempo suficiente para conocer algún nuevo relato.

—Todo el mundo viaja y se traslada de un lugar a otro —reflexionó Tomasa mientras acariciaba su vientre con suavidad—. Ahora parece un milagro permanecer en un sitio estos días. Esa terrible enfermedad nos acostumbró a huir. ¿Acaso ya no queda ningún lugar seguro en el mundo?

—No debería convertirse en una costumbre —refrendó Beatriz—. No me quiero acostumbrar a una vida sin descanso. Espero que logremos recuperar nuestras vidas en Valencia.

—Es lo que más deseo en este momento —suspiró Tomasa—. Me angustia la incertidumbre que nos embarga. No quiero criar a mi hijo en un ambiente incierto, ni someterlo a nuevos viajes como los que hemos hecho hasta ahora. Un niño no merece crecer en un ambiente inestable. Quiero que mi hijo sepa lo que es un hogar y para ello es fundamental permanecer en un sitio. Confío en que Dios permita que ese lugar sea Valencia. Tan solo pido que conozca lo que nosotros tuvimos: una familia unida.

—Tu plegaria es justa y precisa —la apoyó Beatriz—. Cada noche me enfrento a una angustia semejante. No habrá paz ni sosiego hasta no asentarnos definitivamente. Yo creía que en el Campo de los Salvados lo habíamos logrado y que hasta allá no llegarían las desgracias. Y sí, es cierto, la peste no nos persiguió, pero cosas igualmente terribles nos sucedieron. Quiero detenerme con la certeza de que estamos viviendo

nuestra vida y no solo esperando a que las cosas empeoren para trasladarnos a otro nuevo lugar. Yo también confío en que este viaje de regreso sea el definitivo, pero son tantos los temores que me embargan... Me cuesta librarme de mis dudas.

—A menudo me pregunto si no cometimos un error al huir de Valencia —confesó Tomasa—. Hoy estamos regresando al lugar donde creíamos que nunca más íbamos a volver. Nos fuimos para asegurar un futuro, y hoy poseemos mucho menos de lo que tuvimos.

—Me siento tan culpable, Tomasa —respondió Beatriz y sus ojos se llenaron de lágrimas que ella secó enseguida con el dorso de su mano—. Es cierto que la peste negra nos obligó a tomar esa decisión, pero fue mi tentativa de escape la que forzó esa alternativa. Me carcome esa culpa y a diario no dejo de preguntarme si mis padres no seguirían vivos de no habernos ido. Mucha gente sobrevivió dentro de Valencia sin padecer la enfermedad. Pudimos haber tenido esa fortuna y ellos seguirían vivos. Ya comprobamos que fuera de Valencia las cosas no fueron tan prometedoras como creímos. ¿Fue todo inútil?

—No te atormentes de ese modo —le aconsejó Tomasa—. Lo que no ha sido nunca lo sabremos y de nada sirve buscar explicaciones en las conjeturas de aquello que pudo ser. Todos tomamos esa decisión. Quizá nos equivocamos, pero nada puede garantizarnos que, en lugar de tus padres, no seríamos nosotros los muertos, tal vez por culpa de la peste. En ese momento hicimos lo que nos correspondía como familia. No creo que haya sido inútil por completo. Aprendimos muchas cosas gracias a ello, que pueden sernos beneficiosas a nuestro regreso. Y ahora que lo pienso, llevo este hijo en mi vientre y eso me consuela como una prueba de que no todo fue en vano. Pero, por favor, no cargues con toda la responsabilidad de nuestras decisiones y las posteriores desventuras que estas trajeron consigo. Estamos juntos, también en eso.

Beatriz asintió agradecida y nuevas lágrimas brotaron de sus ojos.

—Muchas gracias por tus palabras —dijo Beatriz—. Y saber que un hijo crece en tu vientre me recuerda que hay un futuro por el cual luchar como familia.

Tomasa extendió su mano para sujetar la de Beatriz, con un apretón suave y cálido con el que le manifestaba tanto su consuelo como su comprensión, para luego decirle cariñosamente:

—Para mí eres como una hermana, ¿lo sabes? No dejemos que nuestros malos recuerdos y las expectativas sobre lo que nos encontraremos en Valencia nos hagan sentir derrotadas. Hay mucho por lo que vivir y luchar: esta nueva vida en camino, reencontrarnos con Cayetano, quien probablemente nos esté esperando, y ese sentimiento que palpita en tu corazón susurrándote que la belleza existe en este mundo porque amas a alguien.

Beatriz se ruborizó al escuchar estas últimas palabras, porque con ellas se mencionaban tácitamente sus sentimientos por Said. Hasta el momento, Beatriz infería que su hermano no aprobaba ese amor a pesar de los últimos acuerdos, pero desconocía la opinión de Tomasa al respecto. Ahora le sorprendía esta mención directa y no pudo evitar desahogarse, al encontrar finalmente alguien distinto a Said con quien hablar sobre ello abiertamente.

—¿No juzgas mis sentimientos por Said? Yo sé que mi hermano respeta la decisión que tomamos antes de salir del Campo de los Salvados, pero también comprendo que no es de su agrado.

—Tu hermano no ve las cosas como yo las veo —la interrumpió Tomasa—. Poco a poco ha ido aceptándolo. Pero yo no juzgo tu amor, porque entiendo lo que ese sentimiento significa. Y cuando os veo compartiendo miradas furtivas, veo la misma mirada que Pedro y yo compartimos con cada despertar. Es la mirada del verdadero

amor y eso es superior a cualquier juicio que hagamos. No se puede juzgar algo inocente y puro como lo es el amor. Puedes vaciar conmigo tu consciencia y hablarme de cualquier temor que atormente tu corazón. Yo te escucharé, no dudes de mi comprensión.

—Agradezco tu apoyo y lo necesito —dijo Beatriz—. Son tantos los temores que hacen presión sobre mi pecho justo ahora. No sabría por dónde empezar. Entre Said y yo hay algo que nos supera. Hemos intentado separarnos del mismo modo en que las circunstancias han contribuido a ello, pero nada es suficiente porque, suceda lo que suceda, nuestros caminos se reencuentran y nuestro amor prevalece. ¿Somos egoístas e insensatos por no ser capaces de renunciar a este amor? Tengo miedo de que cuando lleguemos a Valencia nuestras familias reiteren sus anteriores resoluciones y nos prohíban vernos.

Tomasa la escuchaba en silencio sin soltar su mano. Este gesto le ratificaba a Beatriz su apoyo incondicional y le servía como un asidero para que su espíritu aquejado por anhelos e incertidumbres no se sintiera abandonado y por su cuenta.

—No son descabellados tus temores —subrayó Tomasa—. No depende solo de vosotros o de vuestras familias. El mundo entero se pondrá en contra de lo que sentís si se llega a conocer. Solo resta esperar prudentemente hasta que surja una solución y aceptar una manera en que podáis amaros sin perjudicar vuestras vidas o las de otros. Yo estaré atenta a las acciones de tu hermano frente a esta situación y lo aconsejaré para que siga aceptando lo que ha convenido. Una sola acción indebida y que pueda malinterpretarse de modo vergonzoso es suficiente para dañar el amor que defendéis. Mientras tanto, es importante que vosotros dos os comportéis para evitar situaciones adversas que acaben separándoos para siempre.

—Si algo así ocurriese no sería capaz de soportarlo —resopló Beatriz—. Pensar en ello es como imaginar mi propia muerte.

Ambas se quedaron calladas y Tomasa soltó su mano lentamente, observando el semblante de Beatriz con la mirada perdida a causa de la niebla del futuro que empañaba su ánimo. El arroyo a sus pies fluía tranquilamente con su agua cristalina reflejándolas como un espejo en movimiento, sentadas como estaban una al lado de la otra. Con movimientos lentos a causa del peso, Tomasa se incorporó hasta ponerse en pie para luego poner una mano sobre el hombro de Beatriz e invitarla a hacer lo mismo.

—¿No te da curiosidad conocer al otro grupo de viajeros y escuchar sus historias? No perdamos tiempo y acerquémonos a averiguarlo.

—Es una buena idea —accedió Beatriz entusiasmada y poniéndose en pie para acompañarla—. Me encantan las historias de los viajeros.

Juntas dirigieron sus pasos lejos del arroyo para reunirse con el resto del grupo con el que viajaban.

—Son fascinantes esos relatos —secundó Tomasa—. Al escucharlos uno también viaja con ellos. Pero ¿sabes qué es gracioso? Nosotros también somos como esos viajeros y tenemos muchas historias interesantes que contar.

—No lo había visto de ese modo —dijo Beatriz emocionada ante la idea expuesta por Tomasa—. Siempre he soñado con tener una vida digna de ser contada.

—Parece que es justo la que estamos viviendo —le recordó Tomasa guiñándole un ojo a Beatriz a medida que caminaban—. Han sido tantas las cosas que hemos visto en tan poco tiempo. No sé si los trovadores querrán cantarlas de pueblo en pueblo, pero al menos tu sobrino deseará escuchar esas historias cuando crezca.

—Gracias por todo —le dijo finalmente Beatriz—. Mi hermano es afortunado por tenerte en su vida. Y yo también.

***

Bajo la sombra de un frondoso árbol se sentaron a comer como una extensa e imposible familia de distintos credos. Un nuevo grupo de viaje se había incorporado para engrosar las filas de la marcha a Valencia. Quedaba camino por recorrer y tiempo antes de que emprendieran nuevamente la travesía, pero ahora aprovechaban el descanso para compartir sus historias y conocerse mejor. Se repartían el pan y los trozos de carne de unas liebres que lograron cazar y cocinar en una fogata improvisada y reían a carcajadas las gracias de los desconocidos como si fueran viejos amigos. El nuevo grupo, no muy numeroso, estaba integrado por cuatro familias cristianas que también eran de Valencia, pero escaparon fuera de la ciudad luego de que la peste negra se agravara. Tras haber vagado por meses de campo en campo, no conseguían adaptarse en ningún lugar. Pasaron el invierno en una aldea poco poblada y estuvieron a punto de quedarse allí definitivamente, pero finalmente decidieron regresar a Valencia cuando escucharon los rumores sobre el cese de la peste negra.

—Uno se aburre fácilmente en esos campos de cultivo junto a esos aldeanos —dijo uno de esos cristianos—. Ningún lugar es suficientemente acogedor o agradable cuando has vivido tanto tiempo en Valencia. Cuando nos enteramos de que la peste negra ya no era un problema, no nos quedó la menor duda de que nuestro deber era regresar y ayudar a recuperarla.

—Valencia nos espera —dijo un musulmán, masticando ruidosamente un trozo de carne—. Lo que más me preocupa es comprobar el estado de inactividad del mercado.

—Debemos estar preparados para lo peor —dijo otro cristiano que sí formaba parte del grupo original—. A mí me preocupa que el panorama sea demasiado desalentador, incluso para nuestras esperanzas. La peste negra puede haber desaparecido, pero nuestros problemas apenas empiezan.

—No nos conviene tener esa actitud pesimista —replicó el cristiano del nuevo grupo—. Quienes quedaron en Valencia deben sentirse derrotados y tristes. Cuando nos vean llegar tendrán un nuevo impulso para sentirse mejor. Pero para ello nos conviene demostrar seguridad en esas esperanzas e invitarlos a trabajar en función de lo mejor para todos y lo que contribuya a restaurar la prosperidad de Valencia.

—¿No crees que es excesivo hablar de prosperidad en un tiempo como este? —refutó el cristiano del grupo original—. Seamos realistas: Valencia no volverá a ser la misma y nosotros tampoco. Cuanto más rápido aceptemos eso, nos sentiremos mejor y a prueba de predecibles desilusiones. Debemos pensar en el futuro sin apoyarnos en el pasado. ¡Que Dios nos asista!

—No hace falta que discutamos eso hoy —intervino uno de los musulmanes—. Reservemos nuestra opinión para cuando conozcamos el estado real en que se encuentra Valencia. Por lo pronto solo discutimos con base a suposiciones y eso no nos sirve de nada. Aprovechemos el momento para que nuestros nuevos acompañantes nos cuenten sobre las cosas que han visto. Muchos de los aquí presentes abandonamos Valencia antes de que la situación empeorara. Algunos de vosotros aguantasteis más tiempo allí. ¿Cómo estaba Valencia en el momento que la dejasteis?

—De solo recordarlo siento un intenso escalofrío —dijo uno de los cristianos que formaba parte del nuevo grupo de viajeros—. Cuando pienso en mis últimos días en Valencia, los recuerdo como si siempre hubieran ocurrido de noche. Incluso cuando el sol alumbraba daba la impresión de que una terrible e invencible oscuridad se cernía sobre nosotros. Ya perdíamos la cuenta de quienes habían muerto y quienes seguían enfermos. A muchos se los llevaron a las leproserías ante la mínima sospecha de contagio. No siempre era la peste negra lo que enfermaba a los habitantes, pero a nadie le interesaba comprobarlo. El miedo se apoderó de la ciudad y las familias se encerraron en sus casas, afrontando el hambre y rogando cada día porque no presentaran un

síntoma que revelara la presencia de la peste en sus cuerpos. Fue entonces cuando mi familia y yo decidimos escapar cuanto antes, pero se nos presentaban varios obstáculos para lograrlo: no dejaban entrar a nadie, así como tampoco se podía salir de Valencia. Los guardias apresaban a cualquiera que lo intentara. El objetivo era contener la enfermedad, incluso si para ello debía morir todo el mundo como atrapado dentro de una jaula. Por mar era imposible y junto a otras familias ideamos un plan: atravesaríamos los muros de la entrada de Valencia cavando por debajo de ellos para salir al otro lado. Tuvimos que cavar durante tres noches interrumpidas por sus respectivos días, bajo riesgo de que hallaran la evidencia de nuestro trabajo a la luz del sol. Tapamos el hueco con una falsa capa de tierra y hojas horas antes del amanecer hasta que finalmente logramos crear un pasadizo subterráneo por el cual pudiéramos escabullirnos. Dios bendijo nuestros esfuerzos y lo logramos. Desde entonces el sentido común nos decía que jamás volveríamos a Valencia, pero henos aquí, emprendiendo el camino de vuelta al igual que vosotros. Sin embargo, no perdimos la fe durante todo este tiempo. Como ya dijimos, vagamos de aldea en aldea, tratando de encontrar la promesa de un hogar, ese algo que quizá solo ocurre una vez en la vida en un solo lugar, o al menos así lo sentimos nosotros porque en ninguno de esos pueblos sentimos ese apego y ese calor familiar que alguna vez tuvimos en Valencia. Simplemente no encajábamos a pesar de nuestros comprometidos esfuerzos. Y sin importar cuánto tiempo le hubiera tomado a la peste negra para desaparecer, y por muy insensato que parezca, bajo cualquier circunstancia volver a Valencia siempre ha constituido la base de nuestras esperanzas.

—Fue una maniobra arriesgada —observó un joven musulmán sorprendido por el relato—, pero también muy valiente. Sigue pareciendo increíble que la situación haya tenido que llegar hasta ese punto en una ciudad en la que nos preciábamos del progreso y el avance como pocas. Alá nos ha probado y si hemos sobrevivido es porque somos dignos de superar cualquier nueva dificultad. Coincido en que fuera de Valencia nunca nos hemos sentido verdaderamente en casa. Y no es solo porque extrañamos aquel lugar, sino porque muy en el fondo todos nos sentimos culpables por haberla abandonado, como si hubiéramos dejado atrás a alguien querido justo en el momento en que más nos necesitaba. Tenemos una deuda con Valencia y ha llegado la hora de cumplir el deber de pagarla.

—Reflexiono sobre ello a diario —secundó el cristiano que contó el relato—. Creo que hay un propósito detrás de esto que nos ha ocurrido, una razón divina de la que ahora somos más conscientes que ayer. Dios tiene un plan para cada uno de nosotros. Hemos tenido distintas experiencias desde que huimos de Valencia, pero es justo ahora cuando estamos reunidos aquí con un mismo objetivo, para acercarnos a una Valencia desconocida para nosotros y, a pesar de nuestros temores, no retrocedemos. Eso debe significar algo que comprenderemos mejor a nuestra llegada. Algunos dirán que mis esperanzas son insensatas, pero hay un gran significado en nuestro retorno. Valencia nos necesita y por eso Dios nos ha preservado hasta el momento para que cumplamos esa misión.

—Son buenas las esperanzas, pero hay que aplacarlas —dijo Akram, quien hasta ese momento había escuchado en silencio a los recién llegados—. Anticipar los acontecimientos es una manera de hacer que nuestros deseos perezcan pronto en caso de una desilusión. Regresemos a Valencia con la cabeza gacha y las ganas de trabajar. Solo cuando comprobemos el estado real de la ciudad podremos actuar a la altura de sus necesidades, según nuestra propia experiencia. Entretanto es mejor distraernos escuchando los relatos de nuestras respectivas vivencias y de este modo abarcar una mayor comprensión de lo que ocurre a nuestro alrededor, porque no sabemos si

cualquier cosa que hayamos visto o vivido durante este tiempo pueda resultarnos útil en el futuro.

—Tienes razón, no pensemos en la niebla del mañana —apoyó el cristiano—. Tengo entendido que gran parte de vosotros vivisteis durante un buen tiempo en un lugar llamado el Campo de los Salvados. ¿Cómo fue la experiencia? Si lograsteis permanecer en ese lugar durante tanto tiempo, ¿por qué no quedarse?

—Es una larga historia —advirtió Akram—. Pero seguramente querréis escucharla y, del mismo modo en que vosotros nos habéis gratificado con el relato de vuestras experiencias, es nuestro turno corresponderos con el recuento de nuestros días fuera de Valencia. Tras una expedición de semanas, tratando sin éxito de que nos aceptaran en algún lugar, ciertamente el Campo de los Salvados se convirtió en un refugio providencial. No solo nos aceptaron de manera definitiva, sino que nos cedieron terrenos para construir nuestras casas en ellos. Todo era demasiado bueno para ser cierto, y así lo fue durante algunos meses, hasta que llegó el invierno y, con este, fueron revelándose las miserias que nos obligaron a tomar la decisión de dejar aquel lugar al que casi consideramos como un segundo hogar.

Los recién llegados escucharon absortos el relato de Akram, con gestos de asombro y una atenta mirada. Akram había hecho una fiel descripción de los acontecimientos, no sin cierto afán por magnificar los problemas padecidos en el Campo de los Salvados y solo mencionando superficialmente los beneficios y aprendizajes de esa experiencia. Quienes vivieron de cerca lo que contaba, y especialmente su familia y la de Beatriz, comprendían la intención de Akram con sus exageraciones y omisiones: evitar que se cuestionara el hecho de haber dejado el Campo de los Salvados y, con ello, distraer la atención a conveniencia para que nadie adivinara el conflicto que agudizó los problemas que los llevaron a tomar la decisión crucial de partir del Campo de los Salvados, es decir, evitar cualquier mención sobre el romance prohibido entre Said y Beatriz. Este solo era conocido por las familias implicadas, ya que el padre Francisco nunca reveló los nombres a pesar de valerse de dicho descubrimiento para separar a los musulmanes de los cristianos dentro del Campo de los Salvados. Por su parte, el resto de familias musulmanas confiaron en la afirmación que había hecho Akram respecto a que el párroco inventó esa historia para justificar sus acciones injustas contra de ellos.

Said se mantuvo alejado del grupo, según su habitual carácter, poco dado a integrarse a grandes concentraciones de personas, asumiendo una postura de observador distante sin que el resto se percatara de su presencia. Con su penetrante mirada recorría cada rincón y detallaba los rostros de quienes allí se encontraban, incluyendo el amado semblante de Beatriz, quien estaba sentada delante de Pedro y Tomasa, concentrada en los relatos de los cristianos. Sin embargo, cuando Akram refirió la historia del Campo de los Salvados, Beatriz compartió unas palabras inaudibles con su hermano y se puso de pie para alejarse. Probablemente le afectaba la sola mención del Campo de los Salvados y los recuerdos que traerían a colación la tristeza por las pérdidas sufridas. Said alzó su mirada en dirección al cielo, notando que las últimas luces del atardecer no tardarían en darle paso a la noche. Beatriz se adentró en el bosque circundante en el que acampaban y Said tuvo la tentación de seguirla. Se detuvo un instante recordando las admoniciones de su madre, pero luego se dijo a sí mismo que nadie notaría su ausencia, por las mismas razones que no reparaban en su persona cuando estaba presente. Pedro y Tomasa no apartaron su mirada de la fogata, inmersos en el relato de Akram aunque ya lo conocieran de antemano, mientras que su madre hacía otro tanto sentada al lado de su tío y de las esposas de este. Said vio que hablaba con ellas y todas se ocupaban de mantener dormido al primogénito de Akram. La ocasión era perfecta para desaparecer e ir al encuentro de Beatriz. Necesitaba verla y hablar con ella a solas, después de tanto

tiempo viajando juntos y compartiendo uno al lado del otro, pero obligados a limitar su contacto.

Said se adentró en el bosque y vio a Beatriz apoyada en el tronco de un árbol, con la mirada al frente. Usualmente la encontraba de espaldas, pero esta vez lo vio venir hasta que estuvo a su altura y al alcance de su voz, lo suficiente para susurrarse palabras que pudieran entender sin llamar la atención. Se miraron fijamente, conteniendo sus suspiros y sonriéndose. Pero en esta ocasión, fue Beatriz quien reaccionó con un gesto de contrariedad frente a él antes de hablar primero.

—Debemos tener mucho cuidado. ¿Cómo podríamos explicar lo que hacemos si algún desconocido nos encuentra? Ni nuestras familias podrían defendernos.

Beatriz temblaba, incapaz de ocultar sus nervios. Said se adelantó para calmarla tomando sus manos.

—Todos están escuchando a mi tío —le recordó Said—. Y de seguro tardará un largo rato en concluir su historia. Nunca te había visto tan nerviosa. Vi que te apartaste, pidiéndole permiso a tu hermano. Nadie me vio a mí porque yo me mantuve apartado desde el principio. ¿Prefieres que te deje sola?

Beatriz lo abrazó con fuerza, subrayando su intención de no dejarlo ir a modo de respuesta.

—No, quédate a mi lado —le dijo Beatriz tras soltar el abrazo—. No quería escuchar la historia del Campo de los Salvados. Me trae muy malos recuerdos y entristezco hasta llorar. Luego todos habrían preguntado la razón de mis lágrimas, lo que habría resultado inconveniente. Pero tengo mucho miedo de que nos volvamos a separar por culpa de nuestra imprudencia. No quiero traer nuevas desgracias sobre nuestras cabezas o sobre las de nuestras familias.

—Siento mucho angustiarte como lo hago —lamentó Said—. Así como tú eres el solaz que aplaca mis terrores, yo quisiera ser el alivio para los tuyos. Nunca ha sido mi deseo perturbar tu paz, ni hacerte sentir desgraciada.

—Tú no me haces sentir así —refutó Beatriz—. Cuando te escucho recupero el temple y descubro la calma. Las tristezas que llevo como un fardo pesado se sienten ligeras y descanso de ellas con solo observarte. Eres lo mejor que ha ocurrido en mi vida, eso nunca lo dudes. Lo que me arrebata la paz no depende de nosotros y eso es lo que me molesta. No somos lo suficientemente libres para amarnos como quisiéramos. La felicidad se escapa de nuestras manos porque otros vienen a quitárnosla. ¿Tiene que ser siempre así? ¿Y si al llegar a Valencia nuestras familias vuelven a oponerse? ¿Algún día hallaremos una solución definitiva?

—Ojalá tuviera una respuesta para tus preguntas o, mejor aún, una solución para que nada pueda separarnos —dijo Said—. Si bien no tengo certezas que te ofrezcan una paz absoluta, algo es seguro: en cada separación, hemos encontrado la fuerza para reencontrarnos. Hemos sido capaces de imponernos por encima de los prejuicios y la desesperación y hallar sosiego en el hecho de solo vernos. Ninguna de esas dificultades ha podido lograr una separación definitiva, o no estaríamos hoy aquí, tan próximos como seguros de lo que queremos. Aquí estamos, una vez más, frente a frente. ¿Acaso eso no representa por sí solo una respuesta?

Beatriz asintió y pudo sonreír por encima de sus miedos y pesares.

—Es la única respuesta —afirmó Beatriz—. Nuestros caminos no dejaran de encontrarse, pase lo que pase. Gracias por conseguir siempre la palabra necesaria para confortarme. No me gusta dejar que el miedo me controle.

—Es sensato tener miedo porque de otro modo no actuaríamos con cautela —recalcó Said—. Pero te prometo que no volveremos a separarnos. No lo permitiremos. Me gusta pensar que lo peor ya pasó y que las dificultades que puedan presentarse en el

futuro cesarán tarde o temprano. Logramos que nuestras familias aceptaran lo nuestro y eso es una prueba de que, a veces, lo que creemos imposible puede revertirse. Pero tratemos de no pensar tanto en los días que vendrán. Ya tuvimos mucha tristeza en el pasado. Ocupémonos, en cambio, de este presente que compartimos. Detengámonos a disfrutarlo y a apreciarlo sin llenarlo de pesares. Necesito hablarte de cómo me siento y quiero que tú te sientas del mismo modo, porque en este instante, a tu lado, me atrevo a afirmar que soy el hombre más feliz que ha amado a alguien bajo la copa de este árbol.

—Y yo anhelo escuchar todo lo que quieras decirme —respondió Beatriz ya calmada su agitación—. Porque, justo ahora, me permito creer que soy la mujer más dichosa que ha caminado sobre la tierra que pisamos, porque te tengo a mi lado.

Con estas declaraciones, Beatriz y Said renovaron sus promesas de amor y ratificaron su compromiso de velar el uno por el otro. Las angustian perdían terreno dándole lugar a la euforia propia de los enamorados. Ahora sus manos sudaban por la alegría y sus estómagos eran presas del vértigo, por el hecho de estar junto a la persona que amaban. Impulsados por estos sentimientos volvieron a abrazarse con renovados bríos y así se quedaron a medida que la tarde cedía para darle paso a la noche.

—Lo ves, ninguna preocupación puede borrar esto que sentimos —recordó Said—. Recordemos estos momentos cada vez que sintamos que no lo lograremos. Así lo hice en el Campo de los Salvados cuando vosotros fuisteis expulsados y tenía que soportar el peso de tu ausencia en mi vida: recordaba nuestros encuentros en la costa de Valencia, las palabras que nos dijimos, los abrazos que no nos escatimamos. Por eso, cuando te abrazo entiendo que esto es por lo que lucho y lo que mi corazón quiere para el resto de sus días. Lucharemos para conseguirlo y no nos rendiremos hasta alcanzarlo, hasta que se convierta en algo con lo que contemos cada vez que queramos y no solo cuando podamos. Nuestras vidas nos pertenecen.

—Mi vida te pertenece —dijo Beatriz—. Y quiero ser testigo de cada día de tu vida, a tu lado. Incluso cuando te tengo cerca, no soporto el hecho de que se nos impida hablar libremente frente al resto del mundo. Yo quiero que el mundo conozca mi amor por ti, pues no me avergüenzo de mis sentimientos y quiero gritarlos.

—Has leído mis pensamientos, amada mía —bromeó Said—. Es justo lo que deseo cada vez que te veo, cada instante que pienso en ti, cada ocasión en la que debo obligarme a no acercarme y a callar lo que quiero decirte. No soporto este silencio que nos imponen, esta falsa quietud que nos exigen. Me cuesta contenerme en tu presencia, e incluso cuando ya no te veo, quiero gritar a viva voz lo mucho que te extraño. Es un ruido atorado en mi pecho. Un aullido que se me atraganta. El amor no está hecho para ser silenciado.

—¡Oh, Said! —exclamó Beatriz apartándose solo un poco para alzar la cabeza y mirarlo a los ojos, pero sin soltarse de sus brazos—. Te amo inmensamente.

—Y yo te amo a ti, incluso si no puedo gritarlo. No necesito abrir la boca para sentirlo en cada rincón de mi piel y cada porción de mi alma. Ya sea en silencio u observándote a hurtadillas, esa sensación me acompaña desde que despierto con las primeras luces del alba hasta el momento en que me entrego a la bruma del sueño. Y aún en ese momento, cuando cierro los ojos, tu rostro se hace más claro y evidente en mi mente que cuando los tengo abiertos, porque ya nada me distrae de lo que ocupa mis principales pensamientos. Antes de que el sueño me lleve consigo, aprovecho ese tiempo para imaginar cada detalle de tu rostro y sin darme cuenta me quedo dormido. No dejas de invadir mis sueños, pues te veo en cada uno de ellos y al despertar me distraigo tratando de recordarlos.

—Tú has estado en muchos de mis sueños —dijo Beatriz—. Incluso cuando no te veo trato de invocarte hasta encontrarte. No es muy distinto a cuando estoy despierta,

pues siento una presión en mi pecho y mis ojos recorren ansiosamente todo lo que veo a mi alrededor hasta hallarte y reconocerte. Entonces mi pecho descansa aliviado, a la vez que disimulo no haberte visto. Continuamente temo que nuestros ojos se encuentren y se haga evidente para todos ese brillo que los cubre.

Compartieron nuevas sonrisas y miradas, mientras mecían sus cuerpos como si ejecutaran una danza que no necesitaba de ningún sonido para motivarla. Orbitaban al ritmo del amor que retumbaba en sus pechos.

—Ya está oscureciendo y pronto terminará la reunión bajo el árbol —anunció Said—. Es mejor que vuelvas a sentarte junto a tu familia. Yo seguiré ausente del grupo y después le diré a mi familia que estuve todo el tiempo vagando alrededor, como suelo hacerlo. No quiero separarme de ti, pero no perdamos tiempo. No olvides que pronto entraremos en Valencia y podremos visitarnos, aunque nos vigilen.

—De acuerdo —accedió Beatriz—. Ya quiero estar en Valencia, aunque desconozcamos lo que la ciudad y el futuro nos deparan, pues ha llegado el momento de encontrar el reposo que durante todos estos meses se nos ha negado.

Se dieron un último abrazo antes de separarse y regresar por caminos distintos. Beatriz dirigió sus pasos hacia al árbol bajo el que seguían reunidos la mayoría de los viajeros. Ya no era Akram quien hablaba. y cuando Beatriz volvió a sentarse junto a Pedro y Tomasa, otro de los musulmanes dominaba la conversación, contando anécdotas sobre el Campo de los Salvados. Tal y como predijo Said, debido a la inminente caída de la noche, los presentes comenzaron a ponerse de pie y a dispersarse. La reunión se dio por terminada y los nuevos viajeros se pusieron de acuerdo con el resto respecto al asunto de las guardias nocturnas y las rutas que seguirían al día siguiente, cuando retomaran la marcha hacia Valencia. Beatriz y Tomasa se retiraron a dormir, pero Pedro fue al encuentro del resto de los hombres para seleccionar la hora de su guardia. Nuevamente, sin ser visto, Said los observaba a todos como un testigo mudo e imperceptible. Contempló el cielo estrellado y la hermosa luna que lucía las galas de su brillo plateado. No se sentía cansado ni somnoliento. Soltó un suspiro antes de salir de su ensimismamiento con la firme intención de ofrecerse a hacer la primera guardia de la noche.

Capítulo 2

Un día especialmente radiante y cálido se alzaba con la promesa de buenas noticias. El canto de los pájaros en la ventana lo obligaba a despertar y era la señal para que Cayetano se desperezara de inmediato y enfrentara el nuevo día que se le presentaba. La mayor dificultad era armarse de valor para salir al exterior, hacia la ciudad semidesierta, donde los pocos encuentros se daban entre palabras breves y caras demacradas por la tristeza. Cayetano miraba los muros de la casa donde creció y dio sus primeros pasos, el techo bajo el cual le fue presentado el mundo que ahora conocía y la puerta que lo invitaba a salir una vez más con la esperanza de que algo distinto ocurriera esta vez. Siempre que observaba la casa de sus padres durante estos primeros minutos tras despertar, se enfrentaba a la perplejidad de hallarla entera y casi intacta. La encontró tal y como la habían dejado, clausurada torpemente con tablones de madera, polvorienta y sucia. Algunos insectos y ratas corrieron despavoridos cuando entró por primera vez desde que regresara a Valencia. Fue un golpe muy duro enfrentarse con los recuerdos a la luz de sus tristezas recientes y lo único que hizo fue arrodillarse en el suelo, vencido por la sensación de derrota, para luego llorar sus pérdidas hasta tender su cuerpo por completo y quedarse dormido. Ahora, cada vez que despertaba, recordaba ese momento y ese posterior primer despertar confuso, preguntándose si valía la pena salir de la cama. Al paso de las semanas, se lo preguntaba menos y acumulaba fuerzas suficientes para levantarse y enfrentarse a las calles de Valencia.

Desde que llegó a la ciudad y comprobó con sus propios ojos el estado en que Valencia y la casa de sus padres se encontraban, buscó la manera de mandar un mensaje a sus hermanos para solicitar su regreso. A cada viajero que partía por negocios o por cualquier otra razón, con los que se relacionaba en su paso por el mercado y la playa, le solicitaba el favor de que llevaran su recado en caso de visitar el Campo de los Salvados. Ni uno solo de estos viajeros le daba seguridad, aunque aceptaran el encargo de buen grado, ya que se trataba de un lugar poco conocido y al que ningún interés adicional los impulsaba a visitar. No obstante, una mañana bendita se reencontró con un viejo amigo, que hacía los preparativos para viajar fuera de Valencia para consolidar unos negocios en las aldeas cercanas, y hablaron sobre su situación. Cayetano no lo veía desde que huyó de Valencia, y este, tras escuchar atentamente su historia, compadecido por sus desgracias, le prometió de inmediato que buscaría a su familia en el Campo de los Salvados para informarles del estado de Valencia y, de ser posible, traerlos cuando regresara. Con esto, sus esperanzas renovaron y estuvo eufórico durante varios días, aguardando por el regreso de su familia. Con el tiempo, el peso de la realidad lo desanimó hasta hacerlo dudar de la promesa de su amigo, quien tras varias semanas seguía sin aparecer en la ciudad, a pesar de haber asegurado que estaría de vuelta en menos de dos semanas. De forma inesperada, se apareció en la puerta de su casa para informarle de que su familia estaba viva y probablemente viajando de regreso a Valencia, porque ya no se encontraban allí cuando visitó el Campo de los Salvados. Cayetano no cabía en sí de la emoción y en varias ocasiones, desde entonces, se acercaba a la puerta de la ciudad, alimentando su fe por el ansiado reencuentro con sus hermanos. Pero tardaban en llegar y nuevamente lo embargaron las dudas: ¿y si nunca regresaron al Campo de los Salvados después del exilio, decidiendo continuar con sus vidas en otro lugar? Y en caso de que estuvieran viajando rumbo a Valencia junto a los musulmanes, tal y como aseguraba su amigo según la información que pudo obtener, ¿cuánto tiempo tardarían en llegar? Y si sufrían algún accidente durante el recorrido, ¿cómo se enteraría? Estaba atado de manos, con la única función de esperarlos. Esta forzada inactividad que le imponían las circunstancias aumentaba su nerviosismo y

aquella mañana no fue la excepción. Como acostumbraba a hacer después de despertar, para sosegar su espíritu, Cayetano decidió ir a la playa para encontrarse con sus nuevos amigos pescadores y continuar aprendiendo el oficio como uno más hasta que dejaran de considerarlo un aprendiz.

En ese tiempo había perdido una preocupante cantidad de peso y se destacaba por su altura, realzada por su pronunciada delgadez. Con el estómago vacío, algo que ya estaba convirtiéndose en un hábito matutino, caminó rumbo a la playa dispuesto a avanzar en su aprendizaje. Al poco tiempo de su llegada, se había hecho amigo de algunos pescadores y estos le enseñaron el oficio. No trabajaba con ellos oficialmente, ya que no era incluido en las reuniones de negocios o en otros asuntos de interés, pero los ayudaba en sus labores y gracias a eso aseguraba su ración de pescado diaria para comer. Le prohibieron expresamente hacer negocio con el pescado recolectado, si no era con el consentimiento de ellos, pero de buena gana le permitían pescarlo para su consumo personal. Sin embargo, antes de alcanzar la costa, primero le correspondía atravesar la ciudad y el mercado, o los restos que quedaban del gran mercado que alguna vez tuvo Valencia. Durante el periodo de caos en la ciudad, el mercado fue arrasado y desmontado para facilitar el traslado de los enfermos, así como sus detenciones obligatorias para llevarlos a la leprosería. Dado que gran parte de los mercaderes huyeron de Valencia, los tenderetes abandonados eran inútiles y ordenaron quitarlos. Con la paz recuperada, en apariencia, algunos ciudadanos intentaron recuperar la estructura del mercado, reconstruyéndolo lenta y modestamente sobre las huellas del anterior.

En su camino a la playa, Cayetano se encontró con algunas de estas nuevas tiendas, que inspiraban lástima ya que aguardaban por compradores que difícilmente vendrían. También se topó con guardias armados que, sin una función clara ahora que la situación se normalizaba, se limitaban a deambular de un lado a otro de la ciudad. Cayetano los evitaba porque no le inspiraban confianza, pero cuando se cruzaban en su camino, cuando no era capaz de esquivarlos, los saludaba cortésmente sin mirarlos directamente a los ojos y pensaba en las historias que los pescadores le contaron sobre sus abusos y desmanes durante el periodo de oscuridad y locura que ensombreció la ciudad, de la que aquellos guardias tuvieron gran responsabilidad como factor negativo y destructor. Incluso en tiempos de orden y paz, Cayetano consideró prudente alejarse de ellos tanto como fuera posible. A veces lo detenían y le hacían preguntas aparentemente inofensivas como su nombre o si siempre había vivido en Valencia, así como su ocupación y otros datos personales que Cayetano respondía escuetamente pero sin mentir. Sus respuestas eran convincentes y lo dejaban seguir su camino. En otras ocasiones, le pedían algún favor, como llevar un mensaje a otro guardia al otro extremo de la ciudad o algún objeto cubierto entre telas, con la exigencia de no abrirlo ni hacer preguntas al respecto. Cuando se presentaban esas oportunidades, Cayetano accedía de mala gana sin dejar traslucir su desprecio, comprendiendo que negarse solo le traería problemas. No siempre era recompensado por esos mandados, pero cualquier paga que le dieran bastaba, ya que su principal objetivo era desembarazarse de ellos tan pronto como fuera posible. A veces temía estar cayendo en una trampa, pero en ninguna de esas ocasiones hubo una mala experiencia; tan solo la incomodidad de obedecer a quienes no respetaba pero que ostentaban suficiente autoridad y dominio sobre él como para perjudicarlo. Ese día confió en no toparse con ninguno de estos guardias y astutamente optó por introducirse entre callejuelas escondidas que le sirvieran de atajo para bordear el mercado sin atravesarlo directamente y llegar a la costa, tal como pretendía, para encontrarse con sus amigos pescadores. En una calle angosta vio a un niño pálido, sentado en el piso y con las manos sobre el rostro. Estuvo tentado a pasar

de largo, aprovechando el hecho de que cubría su rostro y no lo vería, pero debido a esa misma postura sintió una punzada de compasión, ya que el niño parecía triste, como si estuviera llorando o lo hubiera hecho antes de que él llegara. Se detuvo a unos pocos pasos de distancia a observarlo. Se veía desaliñado y con la ropa manchada de mugre; por su tamaño Cayetano supuso que no superaba los ocho años de edad. Dudó unos segundos entre tocarlo suavemente o hablarle, y consideró que lo más prudente era lo segundo para no alarmarlo por un tacto inesperado.

—¿Te encuentras bien? ¿Te has perdido? ¿Dónde están tus padres?

El niño reaccionó al escuchar la voz adulta que lo interpelaba directamente, apartando las manos de su rostro. Cayetano constató que, a pesar de sus suposiciones, no lloraba ni tenía rastros de haberlo hecho recientemente. Tan solo se cubría, como quien ejecuta los gestos de un juego secreto o pretende pasar desapercibido, arrinconándose con la pretensión de hacerse invisible. Ahora el niño lo miraba sin responder, con sus ojos inmensos y llenos de curiosidad. Cayetano repitió sus preguntas lentamente, arrodillándose para estar a su altura. Ya no era capaz de pasar de largo para dejarlo solo y a su suerte. Al hablarle nacía un sentido de responsabilidad frente a su desamparo. Nunca antes había tenido un trato directo con los niños y, como aún no se casaba, la idea de tener un hijo propio le parecía lejana y hasta cierto punto absurda. Era consciente de que eso era lo que se esperaba de él, pero los sucesos recientes contribuyeron a aplazar la decisión de buscar una esposa para formar una familia. Tampoco había conocido hasta el momento a ninguna mujer con quien hubiera deseado comprometerse hasta ese punto. El tiempo pasaba y su soledad se ahondaba hasta convertirse en costumbre. Pero ahora, frente a ese niño, un presentimiento se agitó en su corazón, una necesidad oculta se reveló, como si fuera el símbolo de aquello de lo que estuvo escapando durante muchos años. Quería llegar al fondo de ese misterio y no estaba dispuesto a irse sin antes conseguir una respuesta.

—¿Cómo te llamas? —insistió Cayetano, cuidando que su voz no sonara áspera para inspirarle confianza—. Si te has perdido, yo puedo ayudarte a encontrar el camino a casa.

El niño seguía sin responder, inmóvil, apenas parpadeando, pero sin bajar su mirada.

—¿Dónde se encuentra tu madre? —preguntó Cayetano, poco dispuesto a rendirse—. Necesito que me hables o me des una señal, una dirección a la cual pueda llevarte. Seguro que alguien te espera en casa, preocupado por tu suerte. No deberíamos dejar que se preocupe. Déjame ayudarte para que vuelvas a casa.

—Yo no quiero volver a casa —le dijo finalmente el niño rompiendo su silencio—. Estoy escondiéndome. ¿Me ayudarías a esconderme?

Cayetano sonrío ante el triunfo de haber logrado que el niño le hablara. Le sorprendió la energía y la claridad con la que se expresó, comparadas con su inmutable mudez de hacía unos minutos.

—Podría ayudarte —respondió Cayetano con un tono cómplice para hacerlo entrar en confianza—, pero primero deberías decirme tu nombre y la dirección de tu casa, para evitarla y esconderte en un lugar lejos de ella.

—No puedo decirte nada de eso —aseguró el niño con gesto contrariado—. Mi madre no me permite hablar con extraños.

—Pero estás hablando conmigo —observó Cayetano y el niño bajó la mirada, confundido—. No tengo por qué ser un extraño… Me llamo Cayetano y vivo en el barrio de los mercaderes cristianos. ¿Lo ves? Ahora sabes mi nombre y conoces mi dirección. Eso es información suficiente para dejar de ser un desconocido. Podríamos ser amigos, incluso, si tú también me dijeras quién eres y de dónde vienes.

El niño miraba de un lado a otro, como si temiera ser descubierto por alguien en el momento justo en que está a punto de hacer algo que se le ha prohibido.

—Me llamo Pablo —se atrevió a responder—. Vivo cerca del mercado… Pero no quiero regresar... Mi madre se ha disgustado conmigo.

—Es un gusto conocerte, Pablo —dijo Cayetano dándole una palmada en uno de sus hombros, a modo de gesto fraterno—. Ahora que somos amigos puedes decirme por qué no quieres volver a tu casa. ¿Acaso tu madre te ha regañado? Puedo asegurarte que solo porque te reprenda no significa que no te quiera o que la hayas decepcionado. Ella solo quiere lo mejor para ti y asegurarse de que en el futuro seas un hombre del cual pueda sentirse orgullosa. No siempre comprenderás las cosas que te dice, ni las razones por las cuales te habla con rudeza, pero eso es parte de su plan para convertirte en un buen hombre. ¿Y sabes cómo lo sé? Porque yo también fui un niño como tú y tuve una madre que me regañaba cada vez que me portaba mal; cuando crecí fui capaz de comprender que todo lo hizo por mi bien.

Pablo lo miró atentamente, escuchando sus palabras y asintiendo a cada una de ellas. Cayetano consideró que probablemente no las comprendería del todo, pero al menos captaría la esencia de las mismas, lo que lo ayudaría a recapacitar, sin que se sintiera acusado, y con ello ceder hasta indicarle donde estaba su hogar.

—¿Y dónde se encuentra tu madre en estos momentos? —se interesó Pablo—. ¿También te has escapado de ella?

—No, no he escapado —aclaró Cayetano—. Mi madre ya no está a mi lado como antes. Ha partido a un lugar mejor y no volverá, un lugar al que no puedo ir todavía, pero donde ella estará bien mientras tanto.

—¿Y la extrañas? —preguntó Pablo—. ¿Por qué no la buscas?

—Sí, la extraño mucho —respondió Cayetano apartando brevemente su mirada de los ojos inquisidores de Pablo, sintiéndose invadido por la tristeza de su añoranza—, pero no puedo buscarla. El lugar donde se encuentra es solo para quienes han cumplido su tiempo y yo aún no he cumplido el mío.

—Comprendo —dijo Pablo. Cayetano pudo ver que el semblante del niño se ensombrecía con el peso de una tristeza similar a la suya. Tras unos momentos de silencio, agregó—: Yo también extraño mucho a mi padre, pero ya no puedo verlo. Mi madre dice que no puedo ir al lugar donde se encuentra porque Dios lo ha llamado. ¿Ha llegado al mismo lugar que tu madre? A lo mejor se han hecho amigos.

—Quizá estén en el mismo lugar —dijo Cayetano—. Mi padre también está junto a ella y seguramente tu padre habrá encontrado a otras personas queridas que hacía tiempo que no veía, y se siente bien y en paz.

—Quisiera ir a ese lugar —repuso Pablo—. Si mi padre se siente bien estando allí, como dices, ¿me olvidará entonces? ¿No me extrañará como yo a él?

—Por supuesto que te extraña —explicó Cayetano, lamentando haber confundido al niño con sus palabras—. Y jamás te olvidará… Tu padre simplemente te espera y tú irás con él cuando estés preparado y no antes. Pero no pienses en ese lugar, recuerda a tu padre del modo en que lo conociste. ¿Esa es la razón por la cual escapaste de casa? ¿Para buscar a tu padre?

—No, no fue por eso —reveló Pablo—. Mi madre me dijo que no podría encontrarlo y me enojé con ella. Le dije que era su culpa que no estuviera con nosotros. Ella se puso a llorar y yo hui de casa, porque no quería verla llorando. Ha sido mi culpa y probablemente no quiera verme de nuevo por haberla hecho sentir mal. Pensé que si me escondía pasaría desapercibido hasta que se olvidaran de mí y entonces ella dejaría de llorar.

Tras decir esto, Pablo rompió en llanto y Cayetano se sintió conmovido por la inocencia de sus palabras. Motivado por estos sentimientos, puso una mano sobre su cabeza para calmarlo.

—No llores así, Pablo. Todo está bien. Tu madre sabe que no quisiste decir esas palabras y lo único que debes hacer es disculparte; esconderte solo la hará sentir más triste. Vamos, seca esas lágrimas y déjame guiarte hasta tu casa.

Cayetano esperó a que dejara de llorar, animándolo con palabras de consuelo hasta que finalmente Pablo alzó la cabeza tras secarse las lágrimas.

—¿Estás listo para volver a casa? —le preguntó Cayetano.

Pablo asintió y Cayetano lo tomó de la mano para caminar junto a él, dejándose guiar por la dirección que el niño le indicaba. Se dirigían hacia las casas ubicadas alrededor del mercado principal de la ciudad. Caminaban al ritmo de los pasos cortos del niño y, durante el recorrido, Cayetano fue haciendo otras preguntas para enterarse de nuevos datos sobre su vida. Supo que tenía siete años, que vivía solo con su madre y que su padre había enfermado el año pasado hasta que un buen día vinieron a buscarlo unos guardias. Desde entonces no lo volvieron a ver. A partir de esa información, Cayetano supuso que el padre del niño murió a causa de la peste negra y que fue conducido a la leprosería, tal como los pescadores le contaron que sucedía en esos casos. La madre era viuda desde entonces y no había contraído nuevas nupcias. Conversaron todo el camino hasta que, de pronto, Pablo soltó la mano de Cayetano para señalarle la puerta de una casa.

—Ahí vivo yo.

A sus espaldas escucharon los gritos de una mujer, obligándolos a girarse y a descubrir que venía al encuentro de ambos. Por su aspecto desesperado, Cayetano supo enseguida que se trataba de la madre del niño, visiblemente preocupada. La mujer abrazó a Pablo cuando estuvo a su alcance y luego lo reprendió con un tono severo.

—Estaba muy asustada. Caminé por todas partes gritando tu nombre. No vuelvas a hacerlo… Mira el estado en que te encuentras, todo mugriento.

Madre e hijo lloraron abrazados el uno al otro. Cayetano tuvo el impulso de retirarse, considerando que ya había cumplido su cometido, pero prefirió quedarse para despedirse de Pablo antes de continuar su camino. Fue entonces cuando la mujer reparó en la presencia de Cayetano y se incorporó rápidamente para saludarlo.

—Es usted quien lo ha traído a casa, ¿verdad? Estoy muy agradecida y le pido disculpas si Pablo le causó alguna molestia.

Cayetano la escuchaba sin precisar lo que sus palabras decían. Se distrajo al verla de frente y descubrir que se trataba de una mujer joven y hermosa. A pesar de la aflicción que lo marcaba, su rostro era armonioso a la vista y su voz sonaba dulce a sus oídos. Cuando finalmente volvió en sí, imponiéndose por encima de su distracción, apenas alcanzó a balbucear unas palabras.

—No ha sido problema alguno.

Ella también lo observaba, con una mirada particular, como si estuviera reconociéndolo. Le parecía un hombre atractivo. Había algo inusual para ambos en ese encuentro y, sin explicación alguna, se sintió nerviosa.

—Pablo no suele hacer estas cosas. Fue mi culpa. No debí regañarlo del modo en que lo hice. —Ella hablaba para recomponerse de tan inesperada reacción.

—Su hijo se ha portado como un hombre de bien —ratificó Cayetano, incapaz de apartar su mirada de ella embelesado por su belleza—. Debe de estar muy orgullosa de él. Y le puedo asegurar que está muy arrepentido de haberse escapado, así que no sea muy dura con sus palabras.

—No quiero robarle más tiempo del que mi hijo le ha quitado —repuso la viuda, frotándose las manos.

—Oh, ando sin prisa —aseguró Cayetano, tratando de parecer desocupado—. Solo iba camino a la costa.

—¿Eres pescador? —preguntó la viuda—. ¿No acostumbráis a iniciar vuestra labor un poco más temprano?

—No soy pescador… —dijo Cayetano—. Al menos no todavía… Mis amigos lo son y estoy aprendiendo de ellos... Solía ser mercader junto con mi padre, pero ese ya no parece ser un oficio próspero estos días, así que estoy buscando nuevas formas de ganarme la vida…

Cayetano tartamudeaba al decir estas palabras, sintiendo una inexplicable vergüenza. No quería darle una mala impresión a la viuda, como si esperara su aprobación, pero en su intento sus pensamientos se enredaban.

—Entiendo perfectamente —dijo la viuda—. Esta ciudad ha cambiado en muy poco tiempo y nos hemos visto obligados a aprender a hacer cosas que creíamos no tener que hacer nunca.

Pablo los observaba sin comprender por qué se comportaban de aquel modo; ellos mismos tampoco podrían haberlo explicado en el caso de que alguien hubiera preguntado. Se quedaron en silencio durante un largo rato, sin hacer otra cosa distinta a mirarse. Cuando cayó en la cuenta de lo ridículo de su situación, Cayetano confrontó el silencio excusándose.

—He sido un tonto al no presentarme. Mi nombre es Cayetano.

—Yo soy Marta. Es un placer conocerlo. ¿Siempre ha vivido en Valencia? ¿No nos hemos visto antes?

—Creo que lo recordaría —le dijo Cayetano con un brillo especial en su mirada que la hizo ruborizarse—. Quiero decir… sí, he vivido en Valencia siempre. Estuve ausente un tiempo y regresé, recientemente.

—¿Abandonó Valencia durante la peste negra? —preguntó Marta, dejando que sus suposiciones se expresaran a viva voz.

—Fue una decisión familiar —se excusó Cayetano, como si se defendiera de una acusación—. Todos partimos creyendo que era lo mejor para nosotros.

—No tiene por qué disculparse —lo calmó Marta—. Hizo lo correcto y no hay razón para arrepentirse. Esta ciudad se convirtió en un infierno durante ese tiempo. Me hubiera gustado haber actuado antes y hacer lo mismo. Pero no tuve tanta suerte.

—No se arrepienta por haberse quedado —le pidió Cayetano—. Todos hacemos lo que podemos en el momento que nos corresponde, con las pocas herramientas que poseemos y las circunstancias que nos rodean. No podemos cambiar aquello que escapa de nuestro control, por lo que no vale la pena sentir culpa de lo que nos excede.

—Tiene razón —afirmó Marta y la tristeza empañó su mirada—. Es lo que Dios ha puesto en nuestro camino y Él solo pone a nuestras espaldas el fardo que podemos soportar.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Cayetano preocupado por el cambio repentino de ánimo—. Es un día muy hermoso como para sentirse triste.

El sol brillaba con fuerza sobre sus cabezas, surcando un cielo de azul cristalino que se confundía con los límites del mar a lo lejos, si miraban en dirección a la costa. Ese paisaje idílico le otorgaba la razón a las palabras de Cayetano. Marta le dedicó una amplia sonrisa que tuvo el efecto de lograr que su corazón se acelerara.

—Me siento bien, gracias a usted. Mi hijo ya está a mi lado.

Nuevamente se quedaron en silencio y Pablo se acercó para abrazar a su madre, sin dejar de mirar a Cayetano fijamente.

—Tengo hambre —anunció Pablo, interrumpiendo la quietud que los cautivaba.

—Ya vamos a comer, descuida, pero primero debemos lavarte —le dijo Marta y luego se dirigió a Cayetano a modo de despedida—: Ha sido un placer conocerlo, Cayetano.

—El gusto ha sido mío —replicó Cayetano—. Agradezco haberme topado a este jovencito en mi camino pues he conseguido un nuevo amigo.

Cayetano le ofreció a Pablo una sonrisa cómplice y este la correspondió de igual modo.

—Vamos, Pablo, despídete de tu amigo —conminó Marta a su hijo.

Pablo se acercó a Cayetano alzando su mano a manera de despedida y este posó su mano sobre la cabeza del niño revolviéndole el cabello amistosamente. Marta también le sonreía, pero se despidió con un gesto para luego sujetar a Pablo de la mano y llevárselo consigo al interior de la casa. Cayetano se quedó de pie viéndolos alejarse.

—Eres bienvenido en nuestra casa —dijo de pronto Marta, girando su cabeza—, si alguna vez decides visitarnos.

—Me complace su invitación. Así lo haré. —Cayetano no titubeó con su respuesta.

Intercambiaron unas últimas miradas y sonrisas, antes de que ella y su hijo se perdieran de vista al trasponer el umbral de su hogar. Cayetano volvió en sí y dirigió sus pasos nuevamente hacia la costa, pero con la impresión de que algo especial acababa de ocurrir. Casi como bajo el efecto de un embrujo, su mente estaba en otra parte, mientras dejaba que sus pies lo llevaran hasta donde supuestamente pretendía llegar. Pero no deseaba estar en la playa, ni tampoco regresar a su casa, porque su corazón se había quedado frente a la puerta de la casa de aquella viuda, sintiendo por primera vez ese vértigo cercano a la predestinación. Desde hacía meses sus pensamientos no dejaban de repetirse incesantemente en torno a las mismas preocupaciones: la añoranza por su vida anterior a la peste, el recuerdo de la pérdida de sus padres, el deseo de reencontrarse con sus hermanos seguido de la preocupación por sus respectivos destinos, las conjeturas sobre el futuro de la ciudad, la adquisición de la comida para combatir la hambruna, los solapados abusos de poder por parte de los guardias… Víctima de los traumas de su propia historia y de los tiempos violentos que le tocaba vivir, hacía mucho tiempo que no se detenía a pensar en su propia vida, en sus anhelos y en aquello que fuera exclusivamente suyo. Constantemente se veía como una parte integral de su familia, de su comunidad, del mundo que lo rodeaba, pero nunca como el centro de estos, como si su existencia y sus acciones quedaran relegadas a un segundo plano y al servicio de otros acontecimientos superiores. Le costaba apartar aquellos recuerdos, experiencias y sensaciones que lo distinguían como un individuo frente al resto. Sus dificultades y penas se correspondían con las quejas y desventuras de otros. Los padres muertos eran también llorados por sus hermanos, la ciudad destruida formaba parte de un lamento común de quienes la habitaron en mejores años, el hambre y la enfermedad eran amenazas constantes que todos resentían dentro y fuera de los hogares. Nada de esto definía a Cayetano, aunque lo influenciara. Había una parte de él suspendida en vilo, a la espera de un destino exclusivamente suyo. Cuando decidió volver a Valencia por su cuenta, sintió una inmensa satisfacción en la libertad de ejercer una decisión bajo su propia responsabilidad y sin que esta dependiera o contara con la intervención de otros. A pesar de ello, esa nueva y desconocida libertad, más que una conquista personal, fue transformándose en una senda de extravío. Confundía sus deseos con sus expectativas, esperando en vano que algo prodigioso, algo decisivo, sucediera como una recompensa por haberse atrevido a ser alguien por su cuenta. Y entonces, ese día aparentemente similar al resto, algo distinto sucedió. Ninguna de sus cotidianas y usuales contrariedades, las que compartía con muchos otros, lo afectaba en el camino hacia la

playa como el resto de las veces. Esta vez, toda su concentración descansaba en una sola imagen: el rostro de Marta sonriéndole y dándole un propósito a cada latido de su corazón. ¿Qué significaba aquello? ¿Por qué parecía tan importante para él ese encuentro con una desconocida? No contaba con respuestas para esas preguntas, ni razones para explicar el entusiasmo que lo embargaba. Cautivo de la euforia, su alma danzaba del modo en que los enamorados se elevan hacia las alturas sin necesidad de alas, incluso cuando todavía no han comprendido que aquello que les ocurre se llama amor.

Capítulo 3

¡Valencia a la vista! Sus imponentes murallas, su poderosa anatomía de ciudad conquistadora y desafiante, se alzaban hasta conformar un paisaje semejante al de los recuerdos de quienes regresaban a ella, como quien vuelve a la casa materna para solicitar su abrazo lleno de bendiciones. Desde la lejanía y amparados por la distancia, la ciudad seguía pareciéndose a la que conservaban en sus recuerdos. Ante una visión como esta, hasta al más cínico de entre quienes integraban la expedición no le quedaba otra opción que callar y arrodillarse en silencio, con una plegaria de agradecimiento al dios de sus altares por concederle la oportunidad de estar nuevamente en casa. Quedaba suficiente camino por recorrer para agotar la mitad del día, previendo que su entrada a la ciudad sucedería en un punto medio entre la puesta del sol y la caída de la noche. El cielo estaba despejado de nubes y el sol ardía sobre sus cabezas, inclemente en su fulgor. Muchos deseaban simplemente abandonarse a la energía de su entusiasmo y correr al encuentro de las puertas de la ciudad para anunciar su llegada. Sin embargo, refrenaron sus imprudentes impulsos para sumarse a la decisión grupal que habían tomado. Era menester dar un paso a la vez y no romper las filas de la marcha grupal, a fin de arribar conjuntamente a la ciudad como parte de un mismo grupo, tal y como acordaron. Desconocían las actuales políticas de acceso a la ciudad y era mejor asegurarse de que, como valencianos, todos atestiguaran su pertenencia a una misma expedición, dentro de la que todos daban fe de que cada uno de sus compañeros de viaje, individualmente, era nativo o residente de Valencia antes de la peste negra.

—¡No puedo creer que finalmente haya llegado el momento! —dijo un cristiano caminando junto a su compañero de viaje musulmán, con el que había establecido una relación fraternal, aunque no exenta de discusiones, que se fortalecía a diario con el contacto durante el recorrido—. La ciudad luce tan hermosa y radiante desde esta distancia. Es exactamente como la recordaba. No aguanto las ganas de recorrer otra vez sus calles y comprobar sus familiares atajos, así como mis escondites predilectos. Quiero correr a su encuentro. Quiero clamar por la bendición de Dios dentro de ella. ¿Es posible que, en realidad, nada haya cambiado nada excepto nosotros?

—Es la Valencia que esperamos encontrar —pareció apoyar el musulmán, aunque con un tono enigmático que le confería un aire de misterio a sus palabras—. Aunque comprendo perfectamente cómo te sientes, porque son las mismas agitaciones de alegría y optimismo que no puedo refrenar, abogo por la cautela, porque es probable que solo vista de lejos se parezca a la Valencia que habita en nuestro corazón. Te sugiero, y no lo digo para reprenderte sino como un consejo amistoso, que no alimentes falsos milagros si no has visto antes la verdad, porque te arriesgas a conocer una decepción que puede resultarte insoportable. Prepárate para lo peor y de ese modo acabarás regocijándote con lo mejor que encuentres, aunque sea poco. No mienten quienes han visto Valencia en el tiempo que no estuvimos. Cree cada palabra que te han dicho, porque, si bien no nos gusta el canto de las aves de mal agüero, es lo único que se atreve a decirnos lo que no queremos escuchar. No ha dejado de ser Valencia y sigue siendo nuestro hogar, pero es imprescindible que la apreciemos con una mirada honesta, porque solo de ese modo alcanzaremos a recuperarla y restaurarla con mayor rapidez.

—Suponer es una forma de ejercer nuestra libertad —repuso el cristiano, quien al igual que su compañero disfrutaba enzarzándose en debates cuando hallaban puntos de desencuentro—. Son sensatas tus palabras y no les falta sentido común, pero quizá obran en tu propio perjuicio. ¿De qué nos sirve evocar la imagen de una supuesta verdad antes de conocerla de cerca y comprobarla personalmente? ¿No vale más una duda alegre o una hermosa fantasía como paliativo antes del encontronazo con la temible

realidad? Celebro mis dudas y mis mentiras porque son frágiles y ya habrá tiempo de sobra para pensar en la verdad cuando esta finalmente se revele.

—Respeto que te complazcas en lo falso y fugaz —se burló el musulmán— y te concedo que me gustaría que tus falacias se cumplieran a cabalidad. Pocas veces me gusta la idea de estar equivocado, pero esta ocasión sería una de ellas. Mi intención no es descartar tus deseos, sino prepararte para lo que probablemente encuentres. Te hablo del horror para que cuando este se presente ante tus ojos ya conozcas su descripción. ¿Acaso no es un poco menos aterradora la muerte gracias a que nos han dicho que existe antes de conocerla?

El cristiano sonrió ante la lúcida exposición de su amigo y rival, e inclinó su cabeza para sugerir que se quedaba sin palabras para contradecirlo, ya que sus débiles argumentos quedaron desarmados con la irrebatible elocuencia de su oponente. Conversaciones como esta se replicaban entre los distintos miembros del grupo que regresaba a Valencia, conformando dos visiones encontradas: quienes defendían la esperanza de que las cosas eran mejores de lo que esperaban y la de aquellos que proclamaban a los cuatro vientos la importancia de ser conscientes del mal estado en que la ciudad se encontraría. Entre cínicos y optimistas, no se ponían de acuerdo, pero todos compartían una respuesta: querían llegar cuanto antes a Valencia y quedarse allí el resto de sus vidas, sin importar lo que pasara. Arruinada o esplendorosa, amaban a Valencia tanto como se amaban a sí mismos y a sus familias. Valencia era la madre, la amante, la esposa, la hija por la cual velarían hasta el final de sus días. Valencia era también la virgen y la santa que veneraban y respetaban por encima de cualquier otro lugar en el mundo. Y para aquellos que habían huido de Valencia durante su peor momento, este compromiso era doble, porque se sentían culpables y responsables de su abandono.

Entre los últimos miembros del grupo, cerrando la marcha, se encontraban Pedro y Beatriz, caminando despacio para mantenerse al ritmo de Tomasa y cuidando de sujetarla ya que, debido a su avanzado estado de embarazo, no contaba con fuerzas suficientes para acelerar los pasos. Ocasionalmente, otros viajeros se acercaban para preguntar si necesitaban ayuda; y especialmente Akram y Said se mantenían atentos para asegurarse de que estaban bien a pesar de la lógica dificultad de conducir a una mujer embarazada hasta la ciudad. Esto no impedía que se contagiaran del regocijo que inundaba el corazón de cada uno de los viajeros al apreciar los contornos de la ciudad, cada vez más próximos. De hecho, era Tomasa la que mostraba con alegría un mayor impulso de seguir el camino hasta el final, para sorpresa de su esposo y de su cuñada, incapaces de ocultar su constante preocupación por el cuidado de su salud.

—¿Estás segura de que no quieres detenerte a descansar un rato? —insistió Pedro—. No temas perder de vista al resto, pues después podemos alcanzarlos. Al final, todos vamos al mismo lugar, pero no por eso deberíamos arriesgar tu salud y la de nuestro hijo.

—He descansado suficiente —aseguró Tomasa—. Tengo la fuerza necesaria para continuar. De solo ver el modo en que la ciudad de Valencia se alza, como si estuviera dándonos la bienvenida, me siento inspirada a no detenerme.

Pedro y Beatriz se miraron a espaldas de Tomasa y compartieron sus preocupaciones. El embarazo no solo incrementó su sensibilidad, sino también su terquedad.

—Quizá solo unos minutos —intercedió Beatriz—. Ayer te quejaste de dolor en tus piernas y hoy me comentaste que te costaba sostenerte sobre tu propio peso si caminabas mucho tiempo. No queremos que la falta de descanso tenga un efecto contraproducente.

—Aún faltan dos o tres semanas, por lo menos, para el nacimiento —explicó Tomasa—. He llevado las cuentas y mi hijo nacerá en Valencia. Cuando me sienta verdaderamente cansada, os lo haré saber. Estando tan cerca de Valencia, mayor es mi impaciencia que cuando la consideraba lejana.

A Pedro y a Beatriz no les quedó otra alternativa que obedecer los deseos de Tomasa y confiar en su palabra. Un poco más adelante, y sin dejar de caminar por ello, Akram estaba enzarzado en una discusión con otros musulmanes, antiguos colegas mercaderes, en torno a las primeras acciones que ejecutarían a su llegada a Valencia, haciendo gala de su elocuencia para imponerse por encima del resto.

—Debemos organizarnos todos los mercaderes antiguos, sin importar nuestra ubicación en el pasado. Y también debemos pactar con los mercaderes cristianos y judíos que encontremos. Si queremos recuperar lo que alguna vez fue nuestro, todos debemos colaborar por encima de cualquier diferencia pasada o presente. Asegurar el futuro es mucho más importante para todos y cada uno de nosotros. Dejemos de lado los antiguos vicios de nuestro egoísmo y de nuestra intolerancia antes de pasar por las puertas de Valencia.

—Yo no tengo problemas en compartir con cristianos y judíos, como hemos venido haciendo hasta ahora y en la forma en que antes lo hacíamos en el mercado —disertó uno de los mercaderes más antiguos—. Pero cuidémonos de ceder los espacios que nos corresponden y quedarnos con mucho menos de lo que poseíamos. El barrio musulmán concentraba la mayor población de mercaderes que mantenía a flote la actividad en el mercado principal de la ciudad. Nos corresponde legitimar esos espacios.

—O al menos eso creíamos porque casi todos lo éramos y no sabíamos hacer otra cosa —dijo Akram—. Pero de nada nos servirá aferrarnos al pasado en esta nueva Valencia. Antes que nada, limitémonos a observar y a reconocer los problemas inmediatos para trabajar sobre ellos hasta conseguir una solución efectiva, en colaboración con los cristianos y los judíos. Por lo que nos han contado de Valencia, sospecho que el mercado apenas existe o, en el mejor de los casos, es un pálido reflejo de aquel en el que nos ganábamos la vida. En ese sentido, una de las primeras acciones a seguir será iniciar la larga y lenta labor de su recuperación. Pero también debemos asegurarnos de conseguir sustento, pues si el mercado no es rentable, las cosas podrían ser mucho más complicadas para todos.

Said los escuchaba atentamente sin intervenir, aminorando su paso para mantenerse al ritmo de la marcha del grupo. Su tío le había pedido que, en lo sucesivo, le sirviera de apoyo, como un aliado para el trabajo, esperando que en el futuro se involucrara aún más en sus negocios. Said cumplía su palabra, aunque esto no representara un verdadero deseo para él. Valoraba su independencia y se apoyaba en su carácter solitario para integrarse con el resto de las personas con la cautela suficiente para no involucrarse más de lo necesario. Solo con Beatriz sacrificaba con gusto su afición por la soledad y, entonces, ya no consideraba imprescindible el aislamiento como una condición permanente. Pero al enfrentarse con el contacto de otras personas, y a veces incluso con su propia familia, arreciaban sus deseos por escapar hasta perderse. Sintiéndose de este modo, contuvo las ganas de adelantarse y dejarlos atrás, pero no consideró apropiado abandonar a su tío, ya que podría ser interpretado como un desacuerdo con sus posturas. Una parte de él estaba cautivada por la ecuanimidad de Akram a la hora de responder a sus colegas; no siempre estaba de acuerdo con él, pero lo admiraba y en este caso particular respaldaba sus planes sobre el futuro en Valencia.

—En tiempos de crisis es cuando mejor podemos imponernos para reclamar nuestro valor —propuso un joven musulmán, que tendría la misma edad de Said—. Si somos mayoría, nosotros debemos poder controlar lo que ocurra en el mercado.

—No lo comprenden, amigos míos —manifestó Akram exagerando sus modales corteses como hacía cada vez que se sentía desesperado por la torpeza de alguien al hablar—. Ya no se trata de grupos ni mucho menos de cantidades. El momento histórico que nos ha tocado vivir es único. No contamos con fórmulas mágicas, ni herramientas que nos ofrezcan soluciones inmediatas, pero sí podemos valernos de la inteligencia y el trabajo en equipo. Como he insistido a lo largo del viaje, ya sabremos mejor qué hacer cuando conozcamos el estado real no solo del mercado, sino de la ciudad entera.

Algunos asentían suscribiendo sus palabras, mientras que otros las negaban neciamente, aferrados al desacuerdo. Estos últimos exponían nuevos argumentos y motivos que se confundían entre sí, hasta que los interrumpió la llamada desesperada de un hombre que corría hacia ellos:

—¡Necesito ayuda! Mi esposa va a dar a luz. No nos dará tiempo de llegar a Valencia para que nazca.

Said y Akram lo reconocieron enseguida y lo miraron consternados por el anuncio: se trataba de Pedro, que se refería a su esposa Tomasa. Su cuerpo temblaba y lucía muy asustado.

—Said, busca a tu madre, se encuentra un poco más adelante con mis esposas, y explícale lo ocurrido —dijo Akram—. Mi mujer tiene suficiente experiencia para atender el parto. No te angusties, Pedro, solo se trata de un alumbramiento como cualquier otro. Pero hay que actuar con prontitud. Ya verás cómo te reirás de tus temores en cuanto veas el rostro de tu primogénito devolviéndote la mirada.

***

Las respiraciones entrecortadas, los gritos de dolor, el copioso sudor en la frente, el esfuerzo sobrehumano haciéndose evidente en el cuerpo que se arqueaba con cada contracción. Beatriz observó atónita, por primera vez en su vida, el proceso a través del cual una nueva vida se abre paso para salir a la superficie y presentarse al mundo tal cual es, sin adornos ni vestidos. Se limitó a sostener la mano de Tomasa mientras esta obedecía las órdenes de Fátima, guiada por su voz firme y segura. Un grupo de mujeres las rodeaban, de espaldas, formando una muralla humana que resguardaba el pudor de Tomasa a los ojos de los hombres, a medida que se desarrollaba el parto. Estaban en una zona descampada, a unos pocos kilómetros de Valencia, y a pesar de que Tomasa asegurara que daría a luz su hijo cuando ya estuvieran en Valencia, Dios tenía otros planes distintos. Aunque, horas atrás, Tomasa insistiera en que caminaría sin descansar, un dolor insoportable la hizo arrodillarse en el suelo con las manos en su vientre, para anunciar luego que su hijo venía en camino. Para Beatriz todo había ocurrido de un modo tan vertiginoso que ni un solo segundo de calma tuvo para asimilar adecuadamente la experiencia de la que estaba siendo testigo.

—¡Concéntrate en las contracciones y empuja! —repetía Fátima—. Viene en camino, pero debes ayudarlo a encontrar la salida. Respira y empuja para guiarlo hasta la salida.

Tomasa seguía las instrucciones, a pesar de sentir que estaba a punto de desmayarse. Sus alaridos y los ojos desorbitados cuando los abría le parecieron a Beatriz la comprobación de un dolor superior a cualquier sufrimiento que hubiera visto hasta entonces. No pudo soportarlo y prefirió cerrar los ojos, sin soltar por ello la mano de Tomasa, que se la apretaba como si ese contacto fuera obligatorio para no desfallecer. Con su visión oculta bajo las sombras de los párpados cerrados, el acontecimiento no era menos impresionante, apreciándolo únicamente a través de los sonidos. Todo el dolor que llegaba hasta sus oídos, en forma de llantos y gritos, era la antesala de la llegada violenta e intempestiva de un ser vivo, lo que le hacía pensar a Beatriz si acaso la mayor prueba de la vida no era algo muy parecido a la evidencia de

la muerte. Ambas se conjugaban en ese instante de lucha entre la vida que quiere nacer y el cuerpo de la madre que debe soportar el trance para permitírselo. El tiempo parecía suspendido y Beatriz creyó que había sido anulado porque perdió la noción del mismo, como si cada nuevo minuto tardara horas antes de pasar al siguiente. De pronto, sobrevino una quietud, como el sonido propio del alivio, seguido de un llanto atronador. "¡Ya nació!", pensó Beatriz, sintiendo que la mano de Tomasa se soltaba de la suya, y decidió abrir los ojos justo en el momento en que Fátima cortaba el cordón umbilical con un instrumento desconocido para ella, pero que aquella siempre llevaba consigo debido a su experiencia como partera. Tomasa yacía a su lado, exhausta y con la mirada perdida en el cielo, el cual se teñía de rojo crepuscular. Exhalaba ruidosamente, saboreando la dulce paz posterior al tremendo esfuerzo realizado.

—No ha nacido en Valencia —murmuró Tomasa.

Beatriz quiso hablarle, pero enseguida vino Fátima hasta ellas con el bebé envuelto en brazos.

—No te equivocaste: es un niño. He aquí a tu primer hijo. ¡Que tu Dios lo bendiga!

A Tomasa le brillaron los ojos de felicidad y olvidó cualquier pensamiento oscuro que hubiera pasado por su cabeza cuando cogió a su hijo por primera vez.

—Ya estás aquí, hijo mío. Te he estado esperando todos estos meses y finalmente veo tu rostro. Eres tan pequeño y algún día serás más grande que estos brazos que hoy te cargan. No has nacido en Valencia, sino a la mitad de nuestra historia, justo de la manera en que la hemos vivido. Eso debe significar algo especial. Dios tiene un plan especial para ti.

Fátima le puso una gruesa tela sobre los hombros a Tomasa mientras esta le hablaba a su hijo, viéndolo embelesada, memorizando cada detalle de su diminuto rostro. Beatriz no era capaz de apreciarlo adecuadamente desde su posición. Pero Tomasa, como si adivinara sus deseos, se giró hacia ella para presentárselo, poseída por la felicidad que se apoderaba de todo su cuerpo, a pesar de lo cansado y adolorido que se hallaba.

—Míralo, Beatriz. ¿Puedes creerlo? Es tan pequeño y estuvo todo este tiempo creciendo dentro de mí. Conoce a tu sobrino Carlos. ¡Tiene la dulce y profunda mirada que compartís tú y tu hermano!

Beatriz pudo verlo finalmente: el hermoso rostro de una nueva vida saludándola, de un ser que compartía su sangre, así como el nombre de alguien querido, y, gracias a ello, la promesa de que su padre no quedaría en el olvido mientras aquella criatura viviera llevando su nombre. El recién nacido se agitó en los brazos de su madre y pronto reanudó su llanto. Al verlo, Beatriz no albergaba ninguna duda de que ese recién nacido se convertiría en una parte fundamental de su vida. Era su sobrino y ya comenzaba a amarlo con todo el impulso de la ternura.

—¡Bienvenido al mundo, Carlos! —le dijo Beatriz—. Pronto volveremos a casa, pero tú nos has recordado cómo se siente una, independientemente del lugar donde esté.

Capítulo 4

En la mente de muchos, incómodas preguntas revoloteaban ruidosamente, aunque no tuvieran la suficiente valentía para llegar hasta sus bocas: ¿El viaje había terminado o, acaso, estaban ante un espejismo? ¿Era apropiado cantar victoria? ¿Era prudente celebrarlo? ¿No era más sensato contener la alegría por el regreso? No hallaban la manera apropiada para expresar las numerosas emociones que inquietaban y excitaban sus almas a partes iguales. A las puertas de Valencia, la ciudad no dejaba de impresionar a quienes se detenían frente a ellas, imponiendo reverencia y admiración. Tras haber contestado las preguntas de rutina formuladas por los guardias, uno a uno fueron entrando con las manos en sus pechos, buscando detalles familiares que reconocer y nuevos elementos que les sorprendieran. Conforme iban entrando descubrían a una ciudad distinta, aunque por fuera lucía exactamente igual a como la recordaban. Pero esa fachada era un engaño, una trampa malintencionada que enseguida demostró su farsa cuanto más se adentraron en el seno de la ciudad recorriendo sus calles abandonadas y pasando al lado de sus muros irreconocibles. Una ciudad desgastada, donde el silencio y la soledad se extendían por todos los rincones, como si fuera el comienzo de la ruina. Cada uno de los viajeros intentó abrirse camino a lo largo de la ciudad para llegar hasta su casa y darse cuenta de que esta se encontraba destrozada y saqueada, o, para sorpresa de varios, completamente intacta, solo afectada por el polvo, la suciedad acumulada y la presencia de alimañas, como ratas e insectos.

El barrio musulmán representaba por sí solo un espacio lleno de sorpresas que acongojó a la mayoría de los fieles que vivían allí antes de verse obligados a huir por la peste negra. En toda su extensión se adivinaba la huella de una violencia intempestiva y rencorosa capaz de destruir todo lo que se encontró a su paso. Las casas seguían allí, al igual que muchas de las construcciones que conformaban la comunidad, pero todo había sido maltratado, saqueado y desmantelado con especial saña, una crueldad que nada tenía que ver con la enfermedad y sí, en cambio, con la intolerancia de quienes esperaban cualquier oportunidad de caos y abandono para llevar a cabo las malas acciones que tanto deseaban cometer. Tan pronto como concluían la amarga tarea de entrar a sus casas desvalijadas y contabilizar las pérdidas sufridas, los musulmanes salían inmediatamente para comprobar el estado del resto. Al final todos acabaron reuniéndose en el centro del barrio para discutir sobre ese primer encontronazo con la penosa realidad. A su encuentro salieron los miembros de otras familias musulmanas, muchas de las cuales habían regresado a Valencia algún tiempo antes que ellos, para darles la bienvenida. Las casas de estos lucían un mejor aspecto porque ya habían sido restauradas, a pesar de haberlas encontrado en semejantes o peores condiciones. Entre la confusión y la rabia, se reunieron en pequeños grupos para desahogarse y compartir sus primeras impresiones, formándose así un gran bullicio de voces indistintas que trataban de hallar una explicación. De este modo, la felicidad por la vuelta a casa se vio ensombrecida por el espectáculo de destrucción que desfilaba ante sus ojos.

Los que ya se encontraban allí, por haber regresado antes, se encargaron de transmitir la información que pudieron averiguar en relación a lo que los otros hoy lamentaban.

—Esto era mucho peor de lo que estáis viendo. Lentamente, hemos tratado de recuperar los espacios, pero hasta ahora éramos muy pocos para tan grande empresa. Tampoco podíamos tomarnos el atrevimiento de verificar el daño de las casas que no nos pertenecían. La verdad de lo sucedido la fuimos obteniendo gracias a las preguntas que hicimos a todo aquel que nos encontramos en el camino, ya fueran vecinos de otras zonas de la ciudad, guardias o pescadores. De este modo conocimos parte de lo

ocurrido: a medida que la peste negra instauraba el caos en la ciudad, grupos de personas sin hogar se metieron en nuestras casas, robaron lo que teníamos y dañaron todo lo que no fueron capaces de llevarse. Sospechamos que algunos de estos eran cristianos o judíos resentidos por el hecho de que la mayoría de nosotros huimos con tiempo antes de que la enfermedad mermara parte de nuestra población.

—Alá castigará a los impíos que han atentado contra nuestros hogares —vociferaba un anciano alzando sus puños hacia el cielo con una mirada furiosa brillando en sus pupilas—. La espada de su justicia penderá sobre aquellos que han obrado mal y no tardará en caer sobre sus cabezas el filo cortante de su castigo. Su fuego los calcinará en vida antes de que conozcan una llama peor en el infierno para los malvados.

—¿Para esto regresamos? —preguntó un hombre joven—. Si esto es lo que han hecho con las casas que nos pertenecen durante nuestra ausencia, ¿qué nos hace pensar que seremos bienvenidos? Debimos probar suerte en otros lugares, agotar los intentos de una vida fuera de Valencia sin rendirnos a la menor oportunidad. La nostalgia no es buena consejera.

Palabras iban y venían, versando sobre lo mismo. Algunos maldecían y otros se quedaban en silencio, mirando a su alrededor la evidencia de los destrozos, deseando que se tratara de un sueño del que pronto se despertarían. Lo desalentador de la experiencia no era el hecho de haber perdido objetos y pertenencias de valor que, a razón de la huida, no pudieron llevarse, ya que en el momento de partir eran conscientes de esas pérdidas, sino el hecho de que, con su regreso a Valencia, contrario a lo que deseaban, no habría un apropiado descanso ni mucho menos un tiempo para celebrar el cumplimiento de algo anhelado durante los meses de exilio. Les esperaban largos días de esfuerzo sin descanso para recuperar el barrio musulmán y restaurar el orden en sus vidas. Lamentaban sentirse desanimados y derrotados con el pequeño triunfo de estar en casa.

En ese grupo de decepcionados se incluían Akram y su familia, quienes se dirigían a casa, arrastrando los pies a causa del cansancio y sabiendo de antemano el estado ruinoso en que la encontrarían, destrozada por acciones humanas desconocidas pero con resultados evidentes a la vista. A medida que avanzaban se interponían en su camino otros hombres para reclamar el consejo y la participación de Akram en estos asuntos.

—¿Qué haremos ahora, Akram? —le salió al encuentro un viejo amigo poniendo una mano sobre sus hombros—. Oriéntanos con tus palabras como sueles hacerlo. Alúmbranos con tus ideas. Seguro que tú serás capaz de ver una salida allí donde todos vemos murallas.

Akram caminaba dando tumbos y negaba con la cabeza, dando a entender que se mantendría al margen por el momento. Y aunque ellos alzaban sus voces furiosas para manifestar y compartir sus quejas comunes, Akram no quiso integrarse a las discusiones en esta ocasión. Esto resultó curioso para el resto de su familia, porque él nunca perdía la menor oportunidad de demostrar su liderazgo y ofrecer soluciones para los problemas de su gente y de cualquiera que así lo solicitara. Movido por la vanidad y el deber, a Akram le gustaba sentirse útil frente a las dificultades de sus semejantes y erigirse como la voz del sentido común cuando opiniones disímiles creaban conflictos entre sí. Pero esta vez estaba abatido e impotente frente a los acontecimientos. Simplemente deseaba tumbarse en cualquier rincón para descansar y olvidar, aunque fuera brevemente, que le esperaban horas difíciles de trabajo duro y esfuerzos casi sobrehumanos. Al llegar frente a la fachada de su casa y hallarla con marcas de golpes, sin puertas ni ventanas, completamente expuesta, Akram soltó un largo suspiro antes de girarse.

—No vale la pena discutir esos asuntos hoy —le dijo a su familia—. Ellos no lo comprenden. En el fondo esperaban encontrar el lugar que dejaron y eso era imposible,

dadas las razones por las que huimos y que todos conocemos muy bien. Eran insensatas cualesquiera que fueran las esperanzas puestas en esa tonta añoranza. Apenas han puesto sus pies en Valencia y ya gastan las energías que luego harán falta para enderezar este entuerto. Quejarse no traerá soluciones y solo incrementará la angustia. Finalmente hemos llegado a Valencia y debemos honrar ese logro. Limitémonos a guardar reposo, porque vendrán horas en las que tendremos que invertir todos nuestros esfuerzos.

Said, Fátima y las dos esposas de Akram lo siguieron en silencio y entraron en la casa que solía ser propiedad de ellos. Miraron a su alrededor y el estado de la casa era igual de deplorable que la de muchos otros musulmanes, saqueada en toda su extensión y revelando la amplitud de un vacío intolerable. Con una mirada atónita, las esposas de Akram y Fátima vieron como Akram se tumbaba en el suelo para dormir, indiferente al terrible espectáculo de la casa que se alzaba ante sus ojos.

—¿Te sientes bien? —preguntó una de las esposas, la madre de su hijo, quien lo llevaba dormido en sus brazos—. ¿Hay algo que podamos hacer por ti? ¿Te dormirás simplemente, como si nada hubiera ocurrido?

—¿No habéis oído lo que dije? —reprendió Akram—. Seguir mi ejemplo y descansar. Nos lo hemos ganado. Lo que está a la vista no puede cambiarse. ¿Para qué sacrificar entonces el reposo que le debemos a nuestros cuerpos y la calma momentánea que merecen nuestras almas tras haber culminado un día tan agitado como el de hoy? No desafiemos el curso natural del destino. No solo hemos vuelto para ver lo que hemos perdido, sino también para hallar un modo de recuperarlo. ¡Pero no será hoy!

Se miraron consternados y Said se encogió de hombros, confirmando que las acciones y palabras de su tío expresaban su propio sentir. Las mujeres cedieron a la iniciativa de los hombres sin oponer resistencia, distribuyéndose a lo largo de la casa vacía para acostarse, con especial cuidado de acondicionar con ropas y telas un lugar improvisado en el que el primogénito pudiera descansar cómodamente cerca de su madre. Era el momento de ceder y descansar, al menos por un día, tras el largo viaje y sus dificultades. Era el tiempo de detenerse y llegar a casa, aunque esta no estuviera en las condiciones esperadas. Dejar que el sueño hiciera su trabajo y recostarse en cualquier rincón hasta fingir que era posible olvidar. Said imitó a su tío y se acurrucó en otro rincón de la casa, tratando de vaciar su mente de pensamientos. Si acaso sostenía como un estandarte dentro de su corazón la promesa de que mañana sería un nuevo día, la alegría de haber culminado el viaje y la esperanza de que finalmente podría ver y hablar con Beatriz del modo en que no pudieron hacerlo durante el recorrido, y con ello establecer las bases para un estado aceptable de su relación de cara a ambas familias, tal como acordaron antes de huir del Campo de los Salvados. Entretanto, mientras sus párpados iban cerrándose sobre sus ojos, y desconociendo el estado en que se encontraban la zona cristiana, Said esperaba que Beatriz y su familia hubieran tenido una mejor impresión de la casa abandonada de sus padres que la experimentada por ellos al regreso de la suya.

***

En el barrio cristiano la experiencia fue mucho más satisfactoria y amable para los viajeros que regresaban. A su encuentro fueron recibidos por otros cristianos que ya se encontraban allí tras un viaje de retorno similar, así como por aquellos que nunca se fueron. Les dieron la bienvenida sin reproches ni gestos malintencionados. Incluso aunque anteriormente muchos de estos habían sido vecinos lejanos, que apenas se conocían entre sí y ocasionalmente se saludaban cortésmente tras encontrarse en algún punto de la ciudad, o bien se ignoraban mutuamente, ahora compartían abrazos y amistosas palmadas en la espalda, como una prueba de que las tragedias unen a quienes

han padecido un mismo dolor por la fuerza de la piedad. Lloraban de alegría o de tristeza, y sonreían por las mismas causas, acompañándose los unos a los otros en el reconocimiento de sus hogares. La mayoría de las casas de los cristianos que se encontraban deshabitadas no sufrieron mayores daños, y con este afortunado precedente del que le dieron debida cuenta a medida que recorrían las calles, Pedro, Beatriz y Tomasa, con su hijo Carlos en brazos, no veían la hora de estar ante las puertas de la suya, con el corazón acelerado latiendo en sus pechos y el sudor motivado por los nervios corriendo por sus frentes. De este modo se introdujeron por una callejuela que los llevó a casa, cuando tras caminar unos cuantos metros, un grito a sus espaldas los hizo detenerse.

—¿Sois vosotros? Mis ojos no me engañan. ¡Hermanos!

Con la sorpresa dibujada en sus rostros y lágrimas que no tardaron en brotar de sus ojos, giraron sus cuerpos para ir al encuentro de esa voz familiar. ¡Era Cayetano quien los llamaba! Una vez reunidos, los tres hermanos se abrazaron en silencio, aferrándose ente ellos como si de ello dependiera no caerse debido a las emociones que los embargaban.

—¡Este es tu otro tío! Ya pronto lo conocerás —le susurró Tomasa a su hijo.

Cuando finalmente se separaron no supieron por dónde comenzar, ni qué preguntas hacerse. Eran demasiadas las historias que se debían y deseaban contárselas de una sola vez de tan eufóricos que se hallaban por estar finalmente todos juntos.

—¿Has estado aquí todo este tiempo? —preguntó Pedro—. Hace mucho que partimos del Campo de los Salvados y cada nuevo día contábamos con la esperanza de encontrarte en Valencia. ¡Y así ha sido!

—¡Te hemos extrañado tanto, hermanito! —le dijo Beatriz abrazándolo nuevamente con fuerza—. Han pasado tantas cosas desde que nos despedimos. Cumplimos nuestro exilio y regresamos al Campo de los Salvados al terminar el invierno. Pero después decidimos regresar a Valencia porque no podíamos seguir viviendo allí, ya te contaremos con mayor detalle las razones.

—Estoy muy feliz de veros —dijo Cayetano, aún con los ojos humedecidos por las lágrimas—. He vivido muchos días en soledad pensando en vosotros. Busqué muchas maneras de mandaros el recado de que aquí me encontraba. Un amigo me informó sobre una familia cristiana que abandonó el Campo de los Salvados junto con un grupo de viaje conformado por familias musulmanas con el objetivo de regresar a Valencia. Enseguida supe que se referían a vosotros. Sin embargo, pasaban los días y yo salía al encuentro de cada nuevo grupo de viajeros que volvía a Valencia, sin reconoceros entre los recién llegados.

El llanto del bebé los interrumpió y Cayetano reparó en la presencia de Tomasa, así como en la existencia de aquel recién nacido, cuyos pequeños brazos sobresalían entre las manos que lo sujetaban. Asombrado, le lanzó una mirada a su hermano y este hizo un asentimiento con su cabeza acompañado por una sonrisa de orgullo, aclarándole la pregunta que adivinaba en su mente.

—Así es, Cayetano. Aquí está a tu sobrino. Sangre de nuestra sangre, decidimos llamarlo Carlos.

Cayetano tardó un rato en asimilar la noticia, observando con perplejidad a su sobrino.

—Es hermoso. Papá siempre quiso un nieto con su nombre y mamá estaría dando saltos de alegría por toda la casa. Ojalá lo hubieran conocido.

Una sombra de tristeza nubló el ambiente, pero astutamente Tomasa intervino extendiendo sus brazos hacia Cayetano.

—¿Quieres cogerlo?

Cayetano hizo un gesto afirmativo y con delicadeza dejó que Tomasa depositara al bebé en sus brazos. Una rara punzada ardió en su corazón. Su memoria lo agarró desprevenido y se sorprendió pensando en Marta y en su hijo. Con su sobrino en brazos, se le manifestaba nuevamente la recién descubierta necesidad de formar su propia familia.

—Anímate, hermano —le dijo Beatriz al ver la mezcla de sentimientos reflejados en la mirada y líneas de expresión—. Ya estamos aquí contigo.

Cayetano apartó de su mente las imágenes que confundían sus pensamientos y le correspondió a su hermana con una sonrisa.

—¡No has cambiado nada! Siempre dispuesta a contagiarnos de alegría y procurar hacernos sentir bien, incluso cuando te sientes triste. No dejes de hacerlo.

—No nos quedemos aquí parados —propuso Pedro—. Vayamos a casa. Aún tenemos casa, ¿verdad?

Pedro hizo esta pregunta con un tono nervioso en su voz. No quería confirmar el temor de lo que muchos habían dicho sobre Valencia. Pero Cayetano lo calmó de inmediato.

—La casa permaneció intacta. No podía dar crédito a mis ojos cuando la vi. Es como si nada hubiera cambiado y, de no ser por el polvo, cualquiera pensaría que nada pasó. Tuvimos suerte. La mayoría de las casas de los cristianos no fueron saqueadas.

—¡Bendito sea Dios! —agradeció Pedro juntando sus manos y alzándolas al cielo—. Es la mejor noticia que he escuchado hoy desde que entré. Cuando vi el estado de la ciudad, esperaba lo peor.

Tomasa recibió nuevamente a su hijo de las manos de Cayetano. Después, este dio un paso al frente, indicándoles a sus hermanos que lo siguieran.

—Valencia ya no es la misma, pero ya os acostumbraréis.

Capítulo 5

Lejos de las zonas populares de Valencia se alzaban las grandes casas, espacios de hábitat y encuentro entre las personas acaudaladas de la ciudad, de las que eran dueños los grandes señores que ocasionalmente frecuentaban los palacios de los nobles y que, por lo general, no se mezclaban con el vulgo. Los dueños de tierras y los inversores en negocios importantes, así como los prestamistas de comerciantes menores, que vivían a las afueras de Valencia, evitaban bajar hasta el centro de la ciudad y todo lo que necesitaban lo mandaban a buscar mediante personas pagadas especialmente para ello. A veces se paseaban por Valencia de incógnito, disfrazados con ropas de sirvientes, ya sea para entrar a los burdeles, concretar un romance a escondidas, investigar un asunto de secreto interés o, simplemente, por el afán de la aventura esperando conseguir algo atractivo con el que animar sus vidas monótonas. Durante la peste, que no discriminó entre ricos y pobres, gente corriente o poderosa, las bajas a causa de la enfermedad no fueron una excepción, pero el trato de esos enfermos fue muy distinto al que recibieron los ciudadanos comunes. Si no eran confinados a cuartos especiales dentro de sus propias casas, eran trasladados a una capilla a la que solo accedían los más pudientes y que, durante aquel tiempo, sirvió como espacio para el tratamiento de los pacientes por parte de curanderos y para que los sacerdotes velaran por sus almas por medio de la oración. Pese a esto, y tomando en cuenta las considerables pérdidas humanas lamentadas por estas familias, ninguno se atrevió a abandonar Valencia como hicieron muchos de los habitantes pobres y los trabajadores de la ciudad. Prefirieron aguardar un milagro antes que planear y ejecutar una huida que los dejara sin nada. Los pobres eran capaces de abandonar lo poco que tenían para salvar el tesoro de sus vidas, pero para quienes han tenido casi todo lo que han deseado, esa vida no es capaz de concebirse sin los lujos y propiedades que han adquirido para engalanarla. Fue así como se quedaron pasivos ante la enfermedad, tratando de combatirla con plegarias y los mejores cuidados que eran capaces de pagar para sus familiares enfermos, esperando no morir cada vez que lamentaban la aparición de los síntomas de alguien cercano y querido.

Caprichosa y arbitraria, la peste negra repartía la muerte por azar o, al menos, esa era la impresión que tenían los valencianos. De este modo, al igual que ocurría en las zonas populares, familias enteras desaparecieron casi por completo debido al contagio, mientras que otras estaban ilesas y sin un solo miembro enfermo. Como nadie conseguía explicar el comportamiento impredecible de la enfermedad de un modo aceptable, no quedaba sino esperar a que se manifestaran los síntomas o no. Vivieron de este modo durante meses, confinados en sus casas y evitando el contacto con cada nuevo enfermo que presentaba los síntomas, fueran familiares o vecinos, vistiendo de negro perennemente sin poder asistir al entierro de sus muertos, que fueron enterrados cristianamente en el cementerio de la capilla, ya que temían contagiarse con la proximidad del cadáver. Cuando finalmente la enfermedad se aplacó hasta desaparecer y todos los enfermos acabaron sepultados como parte del curso natural, a los poderosos no les costó retomar sus vidas del modo en que eran antes de la peste negra, o pretender que podrían hacerlo como si nada.

Como parte de ese grupo de ciudadanos respetables y de alta categoría, se contaba un señor poderoso, célebre en sus círculos sociales e invitado ocasional de duques y príncipes, que había sobrevivido a la peste negra sin pérdidas que lamentar porque era un hombre sin familia. Se llamaba Timoteo. Huérfano a temprana edad, a causa de un accidente marítimo, y heredero de una gran fortuna, había alcanzado la madurez incrementando sus riquezas a través de los años gracias a decisiones acertadas y acciones prudentes que acabaron duplicándola. Sin embargo, había llegado a cierta

edad, ni muy joven ni muy viejo, en la que algunos de sus cabellos comenzaban a tornarse grises y su espalda se encorvaba, sin esposa ni hijos. Nunca tuvo ocasión de elegir una mujer para desposarla o, al menos, la disposición de cortejar a alguna doncella de buena familia y hacerla su esposa, a pesar de los encuentros concertados por amigos, vecinos y personas interesadas en asociarse con él debido a sus riquezas. Después de la peste negra, y al ver el sufrimiento de sus amigos y vecinos por perder a algunos de sus seres queridos, Timoteo reflexionó sobre las carencias de su propia vida y su insensatez frente a ellas. Por primera vez, comenzó a resentir la falta de una familia propia y su promesa de calor de hogar. Su única compañía dentro de casa eran los numerosos sirvientes que lo atendían; todas las noches se acostaba con una sensación de vacío en el pecho, con el anhelo de una falta que despertaba en él un deseo por algo que nunca obtuvo. Como cristiano devoto, Timoteo consideraba que, al no haberse contagiado de la enfermedad, Dios le estaba ofreciendo una oportunidad para redimir su soledad y cambiar aquellas cosas en su vida que ahora lamentaba profundamente, aunque antes las ignorara. Impulsado por esta necesidad, acostumbraba a dar paseos por las calles de la ciudad, de incógnito y sin que nadie se enterara, para descubrir el mundo más allá de los muros de su casa y la gélida comodidad de su poderío. Hallaba en estos paseos un remedio para sus angustias, como si con ello pudiera sentirse verdaderamente vivo y parte de algo. La ciudad, ese lado poco explorado por él, se le antojaba misteriosa y llena de sorpresas que esperaban a ser descubiertas. Le satisfacía su secreto y no veía la hora diaria de desembarazarse de sus ocupaciones o de delegar rápidamente esas funciones a quienes estaban a su servicio y en quienes depositaba su confianza, para introducirse furtivamente en ese laberinto seductor que representaba la zona popular de Valencia con sus callejuelas y su multiplicidad de personas.

Hacía ya varios meses que la peste negra había dejado de ser un problema y se convirtió en un fantasma al cual temer, ya que los valencianos no se atrevían a asegurar que la enfermedad no volvería a repetirse o que se había esfumado por completo. Pero no por estar ausente los valencianos la olvidaban, ya que enfrentaban las consecuencias de su daño en todas partes. La crisis económica posterior a la peste negra solo era comparable al malestar moral y espiritual que aquejaba a sus habitantes. La desesperanza era el síntoma que todos conservaban, como si fuera una nueva enfermedad incurable que debilitaba sus almas en lugar de matar sus cuerpos. El rey encargó la recuperación del mercado escuchando las peticiones que le hacían llegar de su pueblo, pero animando a ese mismo pueblo a que empleara sus esfuerzos en conseguirlo con la ayuda del capital invertido por algunos hombres poderosos entre los que se contaba Timoteo. Era esta la razón por la cual, en primera instancia, él sintió curiosidad por ver de cerca ese proceso, sin que supieran de quién se trataba, relacionándose con mercaderes, pescadores y transeúntes para quienes el mercado representaba la oportunidad de recuperar las pérdidas materiales sufridas durante la peste negra y una razón para levantarse por las mañanas y olvidar las tristezas padecidas en el transcurso del último año. Observar todos estos rostros nuevos y desconocidos, escuchar sus voces y evaluar su comportamiento, lo confrontaban con un mundo completamente distinto para él, en nada parecido a lo que estaba acostumbrado. A su alrededor, grupos de guardias vigilaban que se mantuviera el orden, erradicando cualquier manifestación violenta entre cristianos, musulmanes y judíos, ya que las tensiones y los rencores estaban a la orden del día debido a los desmanes del pasado. A su vez, estos, a pesar del desprecio mutuo que algunos se prodigaban, compartían otro rechazo aún mayor que lo unía: la aversión a esos mismos guardias y lo que representaban. Timoteo comprobaba todas estas cosas en silencio, descubriendo aspectos de Valencia de los que nunca antes se había preocupado y muchos otros que

jamás imaginó. A menudo se sorprendía al comprobar que sus simpatías se inclinaban por los mercaderes y la gente común frente a esas figuras de autoridad, distantes e inflexibles.

Para Timoteo era emocionante, por el riesgo implícito, presentarse como un mercader recién llegado con la intención de trabajar en honor de su padre fallecido en la recuperación del mercado, según la historia oficial que le contaba a quienes conversaban con él. Aseguraba que su padre había trabajado en el mercado de Valencia pero que huyó debido a la peste negra, como muchas otras familias, y lamentablemente murió debido a un accidente. Su mentira no era muy convincente, pero dado el caos imperante a nadie le importaba corroborar ese tipo de información, siempre y cuando se tratara de alguien dispuesto a aportar su trabajo para la mejora del mercado de la ciudad. Timoteo paseaba entre los puestos que algunos mercaderes alzaron, interesándose por sus historias, así como por sus expectativas sobre el futuro. Sus modales eran amables y sus palabras persuasivas. Al tratarse de un hombre atractivo y elocuente, las personas se rendían fácilmente a su encanto natural. No tardó en ganarse la confianza de los mercaderes cristianos e incluso de algunos musulmanes, especialmente cuando a todos les ofrecía dinero para mejorar sus tenderetes y colaborar en el arreglo de la infraestructura del mercado.

—No creo recordar su rostro ni el nombre de su padre… —acostumbraban a decirle—. Es usted muy distinto al resto. Su manera de hablar y hasta de caminar es diferente.

—Mi padre amaba mucho este mercado —respondía para distraer la atención de cualquier clase de cuestionamiento—. Yo lo acompañé muy pocas veces porque acostumbraba a hacer los viajes de negocios que, debido a su salud, mi padre no era capaz de permitirse. Pero, si estuviera vivo, la voluntad de mi padre probablemente sería devolverle al mercado su antiguo nivel como símbolo de la prosperidad de Valencia, y mi voluntad es contribuir a que eso sea posible, por lo que quisiera hacer uso de una parte del dinero que mi padre acumuló para honrar el oficio que tanto amaba.

Si alguno de sus conocidos y amigos lo descubriera de este modo, disfrazado y divulgando una falsa historia sobre su vida, enseguida se preguntaría: ¿Qué razones escondía para actuar así? ¿Qué intenciones ocultas motivaban sus mentiras? Todo esto respondía al inmenso vacío del que fue consciente tras la peste negra y tras descubrir la soledad e incomprensión en que se hallaba sumida su existencia. Quería conocer el mundo que lo rodeaba y conseguir un sentido superior a los lujos y riquezas. Nunca antes le habían preocupado sus semejantes, pero ahora veía en esos desconocidos y en esa zona anteriormente inexplorada una oportunidad para descubrir una verdad sobre sí mismo o, por lo menos, una aventura con la que pudiera combatir el aburrimiento y sentirse menos desdichado a causa de su soledad.

Una mañana, Timoteo estaba deambulando por el mercado, acompañado de uno de los mercaderes cristianos que, por decisión de la mayoría, era el encargado de la distribución del espacio para los nuevos mercaderes. No se trataba de un cargo oficial, pero estaba validado por la voluntad del resto de los mercaderes que se organizaron como pudieron, sin esperar concurso real, para gestionar y administrar el mercado. El hombre en cuestión le mostraba a Timoteo los espacios disponibles, en los cuales pudiera armar un puesto para él y sus negocios.

—¿Qué tipo de negocios espera usted hacer entre nosotros? —interpelaba el mercader sin rodeos—. ¿Qué mercancía vendía su padre? Usted va y viene a sus anchas, dando dinero a otros mercaderes para mejorar y acondicionar sus puestos. ¿No sería preferible que usted levantara su propio puesto en el mercado? Quedan muchos lugares disponibles entre los cuales podría elegir. Solo debe pagar la construcción con su propio

dinero y contribuir con una cantidad mensual que es administrada por el consejo de mercaderes para la restauración y mejoras del mercado central.

—Mi padre comerciaba con telas —dijo Timoteo, quien astutamente repetía siempre las mismas mentiras para evitar confusiones—. No sé siquiera seguir sus pasos, pero me gustaría ayudaros a recuperar el espacio con lo que pueda y esté a mi alcance. Yo prefiero continuar mis negocios del modo en que lo hacía, viajando de una región a otra. Per por ahora, pretendo quedarme un tiempo en Valencia.

—Es usted un hombre poco común, Timoteo —le dijo el mercader, haciéndose eco de lo que se decía de él—. Aunque no en un mal sentido, espero que usted comprenda. En todo caso estamos muy interesados en sus aportes. Por eso nos gustaría que participara más activamente trabajando como mercader con su propio puesto y así los negocios fluirían mejor entre todos nosotros. No tiene que tomar una decisión en este momento, pero al menos podría evaluar entre los espacios disponibles cuál llama su atención. Quizá en pleno centro del mercado o al borde de las calles que conducen a las zonas residenciales. Hay quienes prefieren estar cerca de la playa, a lo largo de la costa. Actualmente la organización resulta desigual si la comparamos con la distribución original, pero vemos en ello una oportunidad de que, en un futuro no muy lejano, sea incluso mejor que antes. ¿Quiere que le muestre los espacios que se encuentran en la costa?

—No estoy muy interesado en la venta pesquera —aseguró Timoteo—. Eso no quiere decir que no me agrade la idea de pasear por la costa, pero hoy me gustaría conocer a los mercaderes cristianos que en la actualidad negocian con telas y tejidos. Quizá con ello me anime a seleccionar un espacio entre ellos.

—Muy sensato de su parte —dijo el mercader—. Comprendo su petición. Si su padre comerciaba con telas como dice, es lógico que su interés principal sea conocer a quienes se encargan de ello. Pues sígame por aquí. Le presentaré a algunos de los mercaderes de telas.

Cada vez que iba al mercado, lo que Timoteo pretendía era conocer nuevos grupos de personas en cada visita. De este modo enriquecía su experiencia al entrar en contacto con diversas historias que le permitían descubrir la naturaleza cambiante e impredecible de Valencia, tan diversa e insólita como sus habitantes. En aquella ocasión, el mercader guía lo introdujo entre los puestos de mercado ubicados en la zona lateral, donde se encontraban los vendedores de telas y productos similares. Le presentó a cada uno de estos con una curiosa introducción.

—Este es el señor Timoteo, quien ha vuelto recientemente a Valencia como mucho de vosotros. Se vio obligado a huir durante la peste, como podrán imaginarse. Su padre trabajaba como mercader de telas, pero ya no se encuentra entre nosotros; y no ha sido a causa de la peste negra, cabe acotar. Timoteo está interesado en conocer la distribución actual del mercado y contribuir con su capital para la mejora del mismo.

Quienes lo saludaron intentaban reconocer su rostro sin éxito. Le preguntaron el nombre de su padre y quedaron igual de confundidos al escuchar su respuesta. La mayoría de esos hombres conocían a los mercaderes que trabajaban antes de la peste negra y ni el nombre del padre de Timoteo ni el aspecto físico de este coincidían con nadie que hubieran conocido anteriormente. Al darse cuenta de las preguntas que cruzaban por sus mentes, reflejadas en la contrariedad de sus rostros, Timoteo les habló con su característica gentileza frente a la que aquellos se doblegaron con el fin de ganarse su simpatía.

—Me interesa mucho el rumbo que tomará el negocio de las telas en esta nueva etapa para el mercado de Valencia —exponía Timoteo—. Y también me gustaría ayudarlos como inversor próximamente. Por eso quiero verificar el estado actual del

mercado y hablar con los comerciantes actuales, ya que adivino su potencial para el futuro.

—¿Considera usted que podremos alcanzar el antiguo nivel? —preguntó con suspicacia uno de los mercaderes de telas que le presentaron—. Es muy difícil mantenerse optimista en estos tiempos. Si estamos aquí, intentándolo de nuevo, es porque no sabemos hacer otra cosa. Pero los habitantes de la ciudad no cuentan con suficiente dinero para comprar otra cosa que no sea comida y a veces ni para eso les alcanza. Ya son muy pocos los viajeros y visitantes que vienen a la ciudad.

—Pues yo soy uno de los pocos optimistas —aseguró Timoteo, lisonjero—. Me he tomado la tarea de conocer a los distintos mercaderes y considero que son suficientes para realzar este lugar. Además, las cosas no siempre serán como hoy las experimentamos. Recientemente el rey dio orden para que se hiciera apertura de la costa, así que los buques de otras regiones serán capaces de llegar hasta aquí para comprar y vender mercancías. Solo hay que tener paciencia.

—¡Hemos tenido demasiada paciencia! —replicó el mercader de telas—. Prefiero limitarme a trabajar por la ganancia diaria, que desperdiciar mi energía en ambiciones lejanas.

—No todos tenemos una visión tan amplia como usted, señor Timoteo —intervino el mercader guía, intentando que siguiera su camino para presentarle a otros mercaderes y así evitar una más que probable discusión. Cuando finalmente se alejaron a una prudencial distancia, agregó—: Debe entender que gran parte de estos hombres lo perdieron todo durante la peste negra y se vieron obligados a comenzar con las manos prácticamente vacías. Todavía son muy susceptibles cuando se les habla del pasado y con mayor cautela se ponen a la defensiva si se les menciona el futuro.

—Lo comprendo —respondió Timoteo—. Pero no por eso hay que dejar de mencionarlo. Pronto recuperarán las ambiciones que solían llevar en sus corazones. Todos tenemos ambiciones y eso es lo que nos distingue de las bestias, después de todo.

Poco dado a las reflexiones profundas, el mercader guía asintió con amabilidad a sus palabras pero sin corresponderlas con una respuesta inteligente a la altura de su interlocutor. En cambio, miró a su alrededor para seleccionar a otro mercader que pudiera presentarle. Vio a Pedro sacudiendo telas en un modesto puesto de apariencia improvisada y se acercó para presentarle a Timoteo con palabras semejantes a las usadas en otras ocasiones. A diferencia del resto, Pedro no se interesó en hacer uso de su memoria para corroborar la historia de su supuesto padre como mercader de telas y, en cambio, le dio la bienvenida con entusiasmo.

—Es un placer tenerlo de vuelta en nombre de su padre —dijo Pedro estrechándole la mano—. Mi padre también fue comerciante de telas y gracias a él aprendí el oficio, hasta que vino la peste negra y huimos. Al igual que usted regresamos recientemente. Quizá mi padre haya conocido al suyo, pero lamentablemente compartieron un destino similar.

—¿Su padre murió durante la huida? —preguntó Timoteo sintiendo curiosidad por el énfasis de tristeza en su presentación—. Lo lamento mucho.

—Logramos huir junto con un grupo de familias sin que ningún miembro de la nuestra cayera enfermo—explicó Pedro—. Dejamos atrás la peste negra y conseguimos asentarnos en una aldea cuyos pobladores nos admitieron entre los suyos. Pero vino el invierno y con ello arreció la hambruna. Mi padre murió durante una expedición en busca de comida ya que su estado salud era débil, pero prefirió callarlo. Al poco tiempo mi madre también murió bajo dolorosas circunstancias. Mis hermanos, mi esposa y yo decidimos regresar a Valencia. Primero vino mi hermano menor y el resto volvimos con el mismo grupo de familias musulmanas con el que partimos.

—Mi sentido pésame por ambas pérdidas —dijo Timoteo con un tono comprensivo, pero, infiriendo que Pedro no quería dar más detalles sobre el tema, prefirió hacer otras preguntas para satisfacer su curiosidad—: ¿Sus hermanos trabajan con usted? ¿Cómo regresaron a Valencia?

—Mi hermano ahora es pescador —aclaró Pedro—. Y mi hermana se queda en casa con mi esposa, aunque de vez en cuando comparte algunas tareas conmigo cuando la ocasión lo amerita. Mi esposa debe quedarse en casa amamantando a nuestro hijo, quien nació hace poco, justamente mientras regresábamos a Valencia. El pequeño Carlos no aguantó y quiso nacer a pocos kilómetros de las puertas de la ciudad.

—¡Tiene usted muchas historias que contar! —dijo Timoteo sorprendido—. Justo el tipo de persona que quiero conocer: personas que hayan visto y vivido y cuyas experiencias sean inspiradoras. Me gusta escuchar esas historias y aprender de ellas. La vuestra es una familia valiente. Me gustaría conocerlos a todos.

Ya que el mercader guía le había presentado a Timoteo no solo como un comerciante sino como un inversor interesado en los negocios del lugar para contribuir con capital, Pedro vio en ello una oportunidad que no quiso pasar por alto una vez que este expresó su deseo de conocerlo mejor a él y a su familia, por lo que le tomó la palabra.

—Hoy más que nunca los valencianos debemos permanecer unidos —correspondió Pedro a su sugerencia—. Especialmente a quienes nos dedicamos a esto nos corresponde ahora actuar en conjunto como una fuerza sólida y cohesionada. Nos agradaría contar con su presencia en casa. ¿Aceptaría una invitación a comer con nosotros?

A Timoteo le agradó la idea. Era la primera vez que recibía una invitación como esa y le dio curiosidad conocer de cerca el hogar y la familia de algunos de estos hombres.

—Me honra mucho su invitación. Cuando usted lo decida.

—Que sea mañana entonces —propuso Pedro—. No le ofreceremos un gran banquete, pero sí muchas historias que contar. Y podríamos hablar de negocios, más adelante.

—Por supuesto, me interesa mucho hacer negocios en este mercado —ratificó Timoteo estrechándole la mano para manifestar su aprobación frente a la propuesta—. Mañana conversaremos a gusto.

El mercader guía sonrió satisfecho por haber establecido este vínculo con éxito. Existía la posibilidad de que Pedro lograra convencerlo de involucrarse en el mercado de inmediato y, aunque nadie supiera las verdaderas intenciones de este misterioso hombre, veían en su disposición una oportunidad para la futura prosperidad de los negocios en la ciudad de Valencia.

Capítulo 6

La costumbre es el resultado del curso natural de los acontecimientos y el destino común de cada acción humana luego de transcurrir un tiempo para que cese el asombro y llegue la consecuente aceptación de lo que reconocemos a diario. Tanto lo grave como lo satisfactorio pierde su fuerza inicial hasta disolverse por el peso de la rutina. El asombro y la contrariedad por reencontrar una ciudad distinta a la que dejaron fueron cediendo para dar lugar a la resignación. Para muchos ya dejaba de ser insoportable vivir en Valencia y aprendieron a dejar de comparar su situación actual con los beneficios idealizados del pasado. Se limitaban a aceptar cada día tal y como se les presentaba. Algunos lo hacían con esperanza y optimismo, mientras que otros lidiaban con una derrota silenciosa. Se consolaban pensando que, si bien las cosas no eran mejores que antes, al menos existía la posibilidad de que lo fueran en un futuro en tanto ya no estaban afectados por la peste negra. El rey había restablecido la apertura de los mercados, tanto el central como el de la costa, así como el funcionamiento del puerto, enviando buques con mensajes y mercancías a otras regiones para dar a entender que Valencia era un lugar confiable y seguro para desembarcar. A veces llegaban las noticias, aunque otros los desestimaban como rumores, sobre regiones lejanas en las cuales todavía sus habitantes morían a causa de la peste negra o comenzaban a sufrir sus efectos. Pero para la mayoría de los valencianos era preferible desentenderse de esos reportes y concentrarse en los problemas visibles y demandantes que los mantenían constantemente ocupados. Entre los problemas comunes y los conflictos del futuro parecía no haber lugar para las desventuras individuales. Pero esto no significaba que cada hogar no afrontara sus dificultades íntimas y únicas al margen de los problemas que todos compartían, porque por encima del peso de la historia seguían siendo hombres y mujeres con una mente llena de ilusiones propias y un corazón sediento de amor.

Beatriz y Said pensaban menos en los problemas comentados en cada rincón de Valencia, pues se apoyaban, en cambio, en las preocupaciones compartidas exclusivamente entre ellos y sus familias, en torno a la situación de su romance, al que preferían designar bajo el nombre de amistad. Esa amistad era atentamente vigilada y custodiada por sus seres queridos. Fue así que, si bien permitieron las visitas y los encuentros entre ellos, dentro de sus respectivas casas, en ningún momento podían quedar a solas. A pesar de esto, los enamorados encontraban la manera de concertar encuentros esporádicos y secretos en la costa, a escondidas de todos, en los que pudieran hablar sin pudor sobre el amor que se profesaban, así como las angustias comunes para ambos. Pero la mayoría de los encuentros ocurrían a plena luz del día con la presencia de algún familiar. En esta ocasión se encontraban caminando por el patio de la casa de Beatriz, mientras Tomasa arrullaba a su hijo sentada en un banco de piedra, a una distancia prudente pero lo suficientemente próxima para verlos sin perder detalles de sus movimientos, aunque no tan amenazadoramente cerca como para escucharlos. De entre todos sus familiares, Tomasa era quien mantenía una actitud comprensiva y hasta cierto punto cómplice, gracias a la cual podían hablar libremente siempre evitando cualquier gesto que pudiera considerarse atrevido, incluso si se trataba de un inocente abrazo.

—Podríamos encontrarnos más tarde en la playa cuando vayas a buscar el pescado de tu hermano Cayetano —propuso Said con voz suave—. Deseo tanto abrazarte, aunque sea durante unos segundos.

—Yo también deseo abrazarte —respondió Beatriz con un tono de voz similar—. Tomarte de la mano y caminar por la orilla, sintiendo como el agua moja nuestros pies.

Para mí es imposible pensar en el mar sin imaginarte a mi lado, como si su existencia solo fuese lógica cuando la compartimos. Pero hoy no es posible que salga porque tendremos una visita importante.

—¿Una visita importante? —repitió Said a modo de pregunta, intrigado por el anuncio—. ¿De quién se trata y por qué vendrá a esta casa? Es una lástima, yo también deseaba pasear a tu lado.

Antes de que Beatriz pudiera responder, el pequeño Carlos rompió en llanto y Tomasa les sonrió desde la distancia mientras intentaba calmarlo.

—Debo amamantarlo, porque si no, no se quedará quieto. Me ausentaré unos minutos. Por favor, comportaos.

Beatriz y Said asintieron. Tomasa se introdujo en la casa y, por un breve instante, aprovecharon la ocasión para darse un abrazo rápido, aterrados por la sensación de estar cometiendo un crimen que podría ser descubierto en cualquier instante.

—No sé de quién se trata —respondió Beatriz, retomando el hilo de la conversación—. Pero mi hermano aseguró que es alguien importante para el futuro del mercado de Valencia. Mencionó su nombre, pero lo he olvidado. Aparentemente se trata de alguien que volvió a Valencia después de la peste, con la intención de invertir en los negocios de telas. Mi hermano está muy entusiasmado por su visita y tomó la iniciativa de invitarlo a cenar luego de que este manifestara su deseo de conocer mejor la historia de nuestra familia. Pedro pretende hacer negocios con él directamente y nos ha pedido preparar la comida, así como arreglar todo lo necesario para causarle una buena impresión.

—¿Conocer la historia de tu familia? —preguntó Said—. Es un motivo muy peculiar para tratarse de un desconocido.

Beatriz no supo qué responder y Said se sintió invadido por una sensación incómoda que recorrió su cuerpo, como una ráfaga amarga parecida a un mal presentimiento, que le hizo fruncir el ceño, algo que no pasó desapercibido para Beatriz.

—¿Te sientes bien? Pareces disgustado. ¿Es por el hecho de no poder encontrarnos en la playa?

Said no era capaz de explicar su reacción, ya que en un sentido razonable era completamente arbitraria. Pero recordó que en aquellas pocas ocasiones que sentía algo similar, era porque algo en su interior intuía futuros problemas, aunque no fuera capaz de comprenderlos hasta que ocurrían. No le agradó la idea de aquella visita por parte de un hombre desconocido bajo el mismo techo en el que vivía Beatriz. No había razones para sentirse celoso o dudar de ella, pero Said comprendía el efecto que causaba la belleza de Beatriz en otros hombres. Cuando la viera por primera vez, se sentiría atraído por ella. Pocas mujeres en Valencia igualaban a Beatriz en belleza y eso era comentado en la ciudad incluso por aquellos que la conocían. Y si se trataba de un hombre al que Pedro se acercaba debido a un interés económico, le costaba no imaginar otros escenarios en los cuales hubiera segundas intenciones que Beatriz, en su ingenuidad, no era capaz de imaginar todavía. Sin embargo, Said apartó la nube oscura que envenenaba sus pensamientos retomando su semblante sereno.

—A tu lado, todo siempre estará bien —dijo a Beatriz con ternura—. No tengo razón alguna para estar molesto contigo por eso. Solo pensaba en las cosas que siempre nos entristecen, pero que nunca son capaces de apartarnos. Quisiera evitar pensar en esas cosas cuando estoy contigo. A veces me cuesta mucho. Pero nunca pienses que cualquier cosa que hagas o digas podría molestarme, porque no es así. ¿Me perdonas por haberte hecho pensar eso?

—Lo mismo digo yo —repuso Beatriz concediéndole una de sus más honestas sonrisas—. No hay nada que disculpar entre nosotros. No hace falta que me pidas perdón.

Estuvieron a punto de abrazarse nuevamente, pero sintieron la presencia de Tomasa regresando. Said supo que era hora de partir. Se despidió de Beatriz con esa cálida cortesía que ocultaba todo el fuego de su amor por ella, repitiéndose las palabras que funcionaban como una fórmula mágica con la que renovaban los votos de su amor.

—Volveré pronto a tu encuentro.

—Y yo te estaré esperando.

Capítulo 7

La noche anterior Pedro le informó a Cayetano del inusual pero prometedor encuentro que tuvo con un mercader de telas supuestamente interesado en invertir dinero entre quienes negociaban dentro del mercado de Valencia. Durante sus labores como pescador en la playa, se distrajo recordando el entusiasmo con que le describió a ese misterioso hombre, ante las risas y las miradas secretas no exentas de perplejidad que Tomasa y Beatriz compartían silenciosamente al verlo tan excitado narrándole a él la historia que ya ellas conocían, seguida por el anuncio de la invitación a cenar al día siguiente. El día había llegado y ahora solo quedaban horas para ese encuentro, pero, a diferencia de su hermano, Cayetano no compartía la alegría por la expectativa del encuentro. En cierto modo le molestaba porque interfería con sus planes para aquella tarde, pero no había modo de que Pedro pudiera saberlo porque la discreción de Cayetano había sido extrema hasta entonces. A veces llegaba muy tarde y nunca daba explicaciones. En su casa suponían que se quedaba hasta el anochecer en la playa junto con algunos pescadores y no le preguntaban nada respecto a esas largas ausencias, incluso, muchas veces se acostaba sin cenar; o al menos así lo creían. Nadie conocía su secreto, todavía.

Era una de aquellas atípicas jornadas en que la playa estaba poco concurrida porque había sido muy escasa la pesca. El mar no daba señales de que las cosas fuera a mejorar con el transcurso de las horas. Los pescadores expertos sabían que ante un comportamiento del mar como ese era mejor retirarse y por eso estaban recogiendo sus redes temprano con lo poco que consiguieron atrapar y emprendiendo el camino a sus casas. A veces ocurría que el mar no estaba dispuesto a concederles una buena pesca, simplemente porque no se le antojaba. Sin que nadie pudiera dar una explicación complaciente, formaba parte de sus caprichos ocasionales esconder todos los peces y alejarlos de la avidez humana diaria. Algunos pocos pescadores, los novatos principalmente, preferían no rendirse y continuar con sus intentos de pesca un par de horas más. Cayetano se contaba entre estos, pero por razones distintas. Mientras fingía que pescaba, su mente vagaba entre múltiples pensamientos y en torno al dilema que lo contrariaba desde las noticias de su hermano sobre la cena próxima a ocurrir. Pensaba después en Marta, quien lo esperaba en casa junto con Pablo, tal y como habían acordado antes de conocer los planes de su hermano. No había tenido tiempo de hablar con ella para explicarle la razón por la cual se ausentaría, en parte porque pretendía no dejar de hacerlo. Sabía que Marta comprendería las razones por las que no podría quedarse a cenar con ellos, como venía haciendo muchas noches en los últimos meses, pero para Cayetano aquella velada representaba una oportunidad especial para actuar movido por la resolución que ocupó su mente durante las últimas semanas: había llegado la hora de expresarle a ella lo que su corazón ya no era capaz de ocultar.

Ese era su secreto: la amistad que él y Marta habían entablado desde que se conocieron, antes del regreso de su familia a Valencia. Durante todo ese tiempo prefirió mantenerse callado al respecto y Marta estuvo de acuerdo. Ambos mantenían una distancia prudencial en los encuentros que sostenían siempre en casa de ella, bajo la atenta mirada de Pablo, con quien Cayetano había establecido una relación amistosa cercana a la que tendría un padre con su hijo. Marta y Cayetano se autodenominaban amigos, pero una convicción íntima y cómplice los obligaba a tratar dicha relación como un secreto frente al mundo, lo que incluía no revelarle ese secreto a la familia de él, como si compartieran una culpa de la que no se atrevían a hablar. Pero, ¿por qué sentirse culpables? Para Cayetano la respuesta era clara, como finalmente había aceptado en sus noches de soledad e insomnio, pretendiendo que dormía al igual que el

resto de su familia: no, no era culpa lo que sentían, sino miedo ante la evidencia de sus sentimientos correspondidos.

Cayetano veía el cielo con impaciencia sintiendo que se acercaba el momento de abandonar la playa para emprender el camino de vuelta a casa y estar a tiempo para recibir al invitado de Pedro junto con el resto de la familia. No deseaba defraudar a su hermano ausentándose, porque comprendía la importancia de aquella visita. Quizá las esperanzas de su hermano eran acertadas y ese hombre contaba con los recursos y la disposición para ayudarlos en tiempos tan difíciles para todos, en los que el hambre y la pobreza continuaban siendo una amenaza latente en la vida de los ciudadanos de Valencia después de haber sobrevivido a los horrores de la peste negra. Así que no perdió más tiempo en la inútil labor de pescar que hoy se presentaba esquiva y desfavorable, y recogió las redes para ir a casa, con el deseo de hacer una parada previa en casa de Marta y así vaciar parte del vértigo que presionaba su pecho y que no le daba paz ni sosiego. No tendría la fuerza para continuar con el resto del día hasta que no hablara con ella.

Cayetano caminaba pausadamente, aunque se sintiera presionado a apresurar sus pasos. Dos mitades dispares de su ser lo animaban a seguir direcciones distintas. Por un lado, deseaba apegarse al plan de su hermano para acompañarlo en los preparativos y la espera del ilustre invitado que representaba una oportunidad de negocio valiosa para la prosperidad futura de toda su familia; pero, por otra parte, prefería visitar a Marta y su hijo Pablo para quedarse a cenar con ellos, tal como estaba convenido antes de conocer la invitación de Pedro. Al menos debía pasar por su casa y explicarle por qué no podría quedarse a cenar. En el camino consideró la posibilidad de no hacerlo y pasar de largo hasta llegar a su casa sin interrumpir sus pasos, pero le atormentaba imaginar la incertidumbre de Marta al no verlo llegar ni saber por qué no se presentaba como era costumbre entre ellos. En medio de su dilema, las piernas lo condujeron frente al umbral de la casa de Marta. Ahora solo lo separaban los muros de piedra y la madera que hacía las veces de puerta. Se detuvo, vacilante, antes de llamar a la puerta con unos golpecitos leves que le resultaban familiares a Marta, y gracias a los cuales lo reconocía enseguida. No tuvo que esperar mucho porque Marta le salió al encuentro con una sonrisa, mientras Pablo se adelantaba corriendo para saludar a Cayetano, demostrando su alegría al verlo:

—¡Viniste temprano! —le dijo el niño mirándolo con sus ojos inmensos y llenos de curiosidad.

—No ha sido un buen día para pescar —explicó Cayetano, revolviéndole el cabello como siempre hacía a modo de saludo—. Así que preferí obedecer al mar y no insistir.

Pablo asintió, analizando las palabras de Cayetano, y casi estuvo a punto de contraatacar con nuevas preguntas para satisfacer su curiosidad sobre la pesca cuando Marta lo previno.

—Entra en casa, Pablo. Lo que pescarás es un resfriado aquí afuera.

La autoridad de su madre no dejaba lugar a réplicas y Pablo obedeció a regañadientes introduciéndose en casa. Una vez dentro, Marta y Cayetano quedaron a solas, a unos pocos pasos de distancia el uno del otro. Se miraron en silencio, aguardando por el momento en que alguno de los dos se atreviera a hablar primero. Evitaron sonreírse ya que con ello aparecería el rubor en sus mejillas. Habían establecido un común entendimiento sin acordarlo con palabras. Con unas pocas miradas y gestos adivinaban tanto los deseos como las intenciones que pasaban por sus mentes, e incluso las preocupaciones. Tenían tantas cosas que decirse que aún no se expresaban, aunque secretamente ya las sabían. Aguardaban por el momento de honestidad que necesitaban, aquel que, aunque siempre parecía estar próximo a llegar, no terminaba de suceder, distraído por las conversaciones triviales, las cenas amistosas

y los juegos con Pablo. En instantes como esos, cuando se quedaban a solas, estaban tentados a obedecer los instintos que se empeñaban en mantener encubiertos. Un observador atento vería las delicadas gotas de sudor en sus frentes o la manera en que se frotaban las manos con nerviosismo, sin apartar las miradas.

—Si has llegado temprano significa que no te quedarás a cenar —adivinó Marta—. ¿O me equivoco?

—Es cierto lo que dije sobre el mar —dijo Cayetano—. Pero también son ciertas tus suposiciones. Por eso he venido a tu casa antes de llegar a la mía. Mi hermano y el resto de la familia me esperan. Tenemos un compromiso que cumplir.

—Parece importante —respondió Marta comprensiva—. No tendrías que haberte molestado en avisar. Yo comprendo que no siempre puedas venir a visitarme.

—Prefiero avisarte cuando no puedo venir —replicó Cayetano, para luego atreverse a decir con una sonrisa—: No podría soportar la idea de que me esperes sin que yo llegue.

Marta bajó la mirada, incapaz de esconder el rubor que coloreaba sus mejillas.

—Agradezco que lo hagas —respondió Marta evitando su mirada y, tratando de desviar las implicaciones de esta conversación, se interesó en la razón de su ausencia—. ¿Es un compromiso grave?

—No, nada por lo que debas preocuparte —aclaró Cayetano mirándola de reojo, para no avergonzarla ante el hecho de verla ruborizada—. Seremos los anfitriones de un mercader invitado por Pedro. Aparentemente quiere invertir en su negocio, o eso es lo que mi hermano pretende. Probablemente sean mayores las esperanzas que las certezas que lo animan, pero debo estar allí para apoyarlo.

—Me parece bien —dijo Marta—. Es lo que nos corresponde cuando alguien es parte de nuestra familia, apoyarlos incondicionalmente incluso aunque no los comprendamos del todo.

Se quedaron callados durante un largo rato. Cayetano no terminaba de despedirse y dar la vuelta para continuar su camino a casa tal como pretendía, pero Marta tampoco ofrecía excusas para animarlo a partir. Otra vez se presentaba el anhelo por un momento de confesión y honestidad, eran segundos decisivos en los que las siguientes palabras podrían ser cruciales para marcar un cambio en sus vidas o dejar todo tal como estaba. Marta retrocedió lentamente para introducirse en el umbral y con ello dar lugar a la insoportable despedida, pero Cayetano se armó de valentía y sujetó su mano.

—Tú eres como parte de mi familia, pero quiero que lo seas formalmente. Sé que no puedo reemplazar el amor que perdiste, ni recuperar lo que alguna vez compartiste con tu anterior esposo, pero quiero casarme contigo. ¿Me aceptarías de ese modo en tu vida?

—Si no me hubieras avisado de la razón por la cual te ausentarías, habría pasado toda la velada mirando la puerta esperando que llegaras —dijo Marta, dando su respuesta entre sollozos de felicidad—. No te equivocas cuando dices que te espero. Y he esperado este momento. Ya eres parte de mi vida y me haría muy feliz formar parte de la tuya. ¡Acepto! ¡Quiero ser tu esposa!

Capítulo 8

Tomasa y Beatriz habían dispuesto todo lo necesario para la cena en el transcurso del día: prepararon los mejores pescados que Cayetano trajo la noche anterior, cocinaron el pan y los vegetales, limpiaron la casa para que luciera atractiva y reluciente, acostaron al pequeño Carlos, quien dormía plácidamente tras haber sido amamantado, y remendaron sus mejores ropas para dar una buena impresión a pesar de los modestos recursos con los que contaban. Cuando Pedro llegó a casa, más temprano de lo acostumbrado, ya estaban poniendo en la mesa la comida que consumirían un par de horas más tarde. Lucía agitado y nervioso debido a la cena, pero, tras un rápido vistazo, se sintió complacido de que todo estuviera debidamente listo hasta que notó la ausencia de su hermano Cayetano:

—¿Dónde está Cayetano? —preguntó Pedro alarmado—. ¿Ha vuelto a salir? Pensé que ya estaría en casa junto con vosotros.

—No, nuestro hermano no ha vuelto a la casa desde que salió a trabajar —reiteró Beatriz—. Probablemente siga en la playa.

—Cayetano siempre se queda pescando hasta bien entrada la tarde —recordó Tomasa—. Quizá llegue después que nuestro invitado. ¿Por qué estabas tan seguro de que ya se encontraba aquí?

—No estaba en la costa cuando pasé por allá antes de volver a casa —reveló Pedro—. Cuando cerré la tienda fui a buscarlo a la playa, pero no estaba. Los pocos que quedaban allí me informaron que la mayoría de los pescadores recogieron sus redes temprano, ya que fue una de esas jornadas en que el mar estaba imposible para la pesca, y que seguramente Cayetano hizo lo mismo. Por eso supuse que ya estaba en casa.

—Mejor no lo esperemos —recomendó Tomasa—. Cayetano ha cambiado mucho. Desde que llegamos actúa raro y son muchas las ocasiones en las que no cena con nosotros. Regresa a casa solo para dormir. No creo que se haya acostado con el estómago vacío todas esas ocasiones.

—Sé que su comportamiento no ha sido el habitual —admitió Pedro—. Es normal. Vivió un tiempo sin nosotros y eso lo ha transformado en una persona distinta a la que conocíamos. Se ha forjado un destino por su propia cuenta, lo cual admiro y respeto. Pero le dije que era importante para mí que estuviera presente y nos acompañara. No puso objeciones al respecto. ¿Sospechas que nos está ocultando algo?

—No podría afirmarlo —vaciló Tomasa—. Pero su comportamiento es el de un hombre soltero y sin compromisos. Podrían estar ocurriendo muchas cosas en su vida, o simplemente está aprovechando la absoluta libertad de no tener compromisos como tú.

Las palabras de Tomasa inspiraron en Pedro unos pensamientos que hasta entonces no había considerado en relación con su hermano.

—¿Crees que se trata de un amorío? —preguntó Pedro—. ¿Por qué no confía en nosotros? Somos su familia.

Beatriz escuchaba en silencio, pero la mención de un posible amorío entre su hermano y una desconocida le hizo recordar su propio comportamiento cuando se veía a escondidas con Said. Cayetano mantenía una actitud similar y, al pensar en ello, no le quedó duda alguna de que esa era la respuesta de su extraño comportamiento. Sonrió para sus adentros mientras Pedro y Tomasa compartían sus impresiones al respecto.

—Cuando lo considere oportuno nos hará saber lo que le ocurre realmente —sentenció Tomasa—. Pero no lo presionemos.

—Tienes razón, mejor no lo esperemos —dijo Pedro en un tono comprensivo—. Con vosotras dos a mi lado es suficiente para sentirme seguro.

Tomasa y Beatriz le dedicaron una sonrisa a Pedro por el cumplido, y procedieron a ajustar los pocos detalles restantes para acondicionar la mesa. Tomasa fue a asegurarse de que su hijo dormía ajeno al ruido y la agitación del mundo que lo rodeaba, comprobando que su respiración no presentaba alteraciones en una clara señal de un sueño largo y profundo, tal como lo querían.

—¿Cómo es el hombre que esperamos? —le preguntó Beatriz a Pedro, revelando su curiosidad—. ¿Es viejo? Mencionaste su nombre, pero no lo recuerdo.

—No olvidéis que se llama Timoteo —dijo Pedro—. Y no, no es viejo. Tampoco es tan joven como tú o yo, pero su cabello aún no es gris. Es un cristiano devoto como nosotros. Estoy convencido de que os caerá bien. En el mercado se ganó a todos con su amabilidad y simpatía.

—Es un hombre popular, por lo que dices —indagó Beatriz comprobando la disposición de la paja sobre los bancos de piedra en los que se sentarían—. ¿Ya ha sido invitado a otras casas?

—No puedo asegurarlo, pero supongo que no ha recibido otras invitaciones —respondió Pedro, dubitativo—. Se sintió muy complacido con la propuesta. Desde hace días visita el mercado y creo que nadie le ha ofrecido la hospitalidad de su hogar hasta ahora. Esta es una oportunidad para incluirlo en nuestra comunidad y, por supuesto, para garantizar su participación en nuestros negocios tal como ha dicho estar interesado.

La curiosidad de Beatriz por el invitado se satisfizo con las respuestas de su hermano y continuaron charlando sobre asuntos domésticos y triviales, hasta que la intempestiva llegada de Cayetano los agarró desprevenidos.

—Lamento llegar a esta hora… Veo que nuestro invitado no ha llegado, así que no es tan tarde… después de todo.

Cayetano sonaba agitado y un brillo especial resplandecía en su mirada. No era plenamente consciente de ello, pero una sonrisa delataba la felicidad en su rostro. Este detalle no pasó desapercibido para Beatriz, que reconoció en esa sonrisa el tipo de emoción que no podemos controlar cuando albergamos sentimientos por otra persona. Era la misma sonrisa involuntaria que ella tenía al encontrarse con Said o al pensar en él. No le quedaba duda de que su hermano estaba enamorado y eso la alegraba, porque para quien ama y es amado todos los amores son un milagro que merece ser celebrado.

—Luces muy feliz —dejó entrever Beatriz—. Hace tiempo que no te veía sonriendo de ese modo.

—¿Hay algo que debamos saber? —preguntó Pedro, reparando en lo que Beatriz señaló y haciéndose eco de ello—. Por un momento pensé que ya no vendrías.

—Nunca te defraudaría, hermano —repuso Cayetano tratando de recuperar la seriedad en su rostro—. Y esta es mi casa, ¿en qué otro lugar podría estar?

—Hace un rato pasé por la playa y no estabas —dijo Pedro, suspicaz—. Y sigues sin contestar mi pregunta: ¿hay algo que quieras decirnos? Quizá así consigamos explicarnos tu misteriosa ausencia, así como esa alegría que desborda tu rostro. Me complace verte feliz, así que ya podrías compartir con nosotros la razón de tu júbilo.

Tras decir esto, Pedro y Beatriz cruzaron una mirada cómplice. Cayetano se sintió acorralado por esas miradas, así como por el tono de las preguntas. Y bien lo adivinaban, porque no cabía en sí mismo de la felicidad y no veía la hora de comunicar las novedades sobre su futuro que lo hacían sonreír de ese modo. Sin embargo, no era el momento apropiado.

—No desesperéis —dijo Cayetano—. Prometo responder a cada una de vuestras preguntas cuando la cena acabe y el invitado se haya marchado.

—Lo que significa que sí nos estabas ocultando algo —subrayó Pedro—. ¡Lo sabía!

—No quiero esperar hasta el final de la cena —insistió Beatriz—. Moriré de curiosidad. ¿No puedes darnos un adelanto?

—Lo siento, hermanita —se excusó Cayetano—. Tendrás que esperar.

Beatriz no se sintió satisfecha con esta respuesta y se estaba preparando para asediar a su hermano con nuevas preguntas cuando los interrumpió el llamado de alguien fuera de la casa. Casi lo habían olvidado. ¡El invitado! Pedro se apresuró a caminar hasta la puerta para recibir a Timoteo y darle la bienvenida, mientras el resto de la familia se agrupaba de pie en torno a la mesa con movimientos rápidos y silenciosos. Ya que solo Pedro lo conocía, todos miraron con curiosidad al hombre que entraba en casa, que había sido anunciado con tanta ceremonia y planificación. Su presencia era imponente, a la altura de la expectativa creada por su llegada, y sus gestos seguros y s miradas confiada parecieron abarcar toda la estancia. Pedro le fue presentando uno a uno los miembros de su familia y estos hicieron un gesto breve pero cordial con la cabeza a modo de saludo. Timoteo les correspondió de igual forma, pero cuando le tocó el turno a Beatriz su reacción fue completamente distinta. Fue incapaz de apartar los ojos de ella y no pudo decir palabra alguna hasta que Pedro le indicó la silla preparada para que se sentara. Tras obedecer a Pedro, lo que permitió que todos pudieran sentarse a la mesa inmediatamente después de hacerlo el invitado, Timoteo siguió hipnotizado ante la imagen que Beatriz presentaba ante sus ojos: los esquivos ojos azules que parecían albergar un trozo de mar, el cabello dorado como el oro, la piel blanca de aspecto inmaculado, la atractiva delicadeza de sus gestos, la sensual forma de los finos labios que delimitaban su boca y su sonrisa, nerviosa frente a esa mirada inquisidora, iluminando todo a su alrededor. En aquel instante le pareció la mujer más hermosa que habían visto sus ojos y esta impresión se prolongaría durante el resto de la velada. A partir de ese momento buscó excusas para volver a mirarla durante la cena, aunque fuera de reojo.

—Nos complace mucho que haya aceptado la invitación a nuestra casa —agradeció Pedro—. Esperemos que el pescado sea de su agrado.

—Nada puede rivalizar con el buen sabor del pescado que nos ofrece Valencia —intervino Cayetano—. Nuestro mar es a veces caprichoso y otras veces testarudo, pero sus peces son los mejores.

—¡El pescado está estupendo! —felicitó Timoteo, que no perdió la ocasión de mirar a Beatriz, pero esta evitó el contacto visual que aquel deseaba manteniendo la mirada fija en su comida —. ¿Lo has pescado tú, Cayetano?

La familiaridad con la que Timoteo le hizo esta pregunta, tan confiada y directamente, sorprendió a Cayetano, pero, al mismo tiempo, causó el efecto de una simpatía inmediata.

—Así es —confirmó Cayetano—. Todos los pescados que se comen en esta casa los he cogido yo.

—Pero mi hermano no siempre fue pescador —intervino Pedro—. Antes de la peste, al igual que yo, trabajaba como mercader junto con nuestro padre. Todos hemos tomado caminos inesperados desde entonces.

—La peste nos cambió a todos —dijo Timoteo—. Pero eso es justamente lo que me interesa, conocer esas historias. He reflexionado mucho sobre ello desde entonces y en ocasiones pienso que la peste nos reveló quiénes éramos realmente. Ahora nos conocemos a nosotros mismos un poco mejor que antes.

A estas misteriosas y profundas palabras sobrevino un silencio prolongado, en el que solo se escuchó el ruido de las mandíbulas al masticar la comida. Beatriz no habló durante el resto de la cena porque se sentía perturbada, y hasta cierto punto disgustada, por las miradas que ese hombre desconocido le prodigaba a la menor oportunidad, sin

tener en cuenta que su actitud distante acrecentaba la fascinación que su presencia ejercía sobre Timoteo.

—La pequeña de la casa apenas habla —bromeó Timoteo posando nuevamente sus ojos en Beatriz, aunque esta los rehuyera—. ¿Acaso siempre es tan callada?

—¿Mi hermana callada? —dijo Pedro seguido de una carcajada—. Al contrario, a ella le encanta hablar.

—Eso significa que es mi presencia la que inspira su silencio —lamentó Timoteo—. No es mi intención hacerla sentir incómoda, Beatriz.

—¡Oh, de ningún modo! —desestimó Pedro, temiendo que esto generara un efecto negativo en su invitado—. Ha tenido un día agitado preparando esta comida para usted y se siente cansada.

—Mi hermano tiene razón —dijo Beatriz para sorpresa de todos, dejando escuchar su voz por primera vez desde que empezó la cena, pero sin mirar a Timoteo—. Estoy ligeramente cansada y tampoco me gusta interrumpir las conversaciones de quienes tienen cosas más interesantes que decir.

Al escuchar el dulce tono de su voz al responder, Timoteo sintió que su cuerpo se estremecía. En ese momento fue plenamente consciente del deseo que le inspiraba Beatriz.

—No soy yo el que tiene historias atractivas que contar —dijo Timoteo—. Precisamente son vuestras historias las que espero escuchar. Por lo que me ha contado tu hermano, vosotros vivisteis muchas experiencias en poco tiempo. Me gustaría conocerlas.

—Ya te contaremos nuestras historias —adelantó Pedro—. Pero, entretanto, nos gustaría saber más de ti. ¿Pretendes alzar tu propio tenderete en el mercado o piensas invertir como socio en los negocios ya existentes?

—Me aburre hablar sobre negocios mientras estoy comiendo… —desestimó Timoteo haciendo un gesto de fastidio con una de las manos—. Ya habrá tiempo para eso cuando nos volvamos a encontrar en el mercado. Si hoy estoy aquí es porque sois una representación de ese grupo de familias que huyeron durante la peste y me gustaría escuchar la experiencia vivida por cada uno de vosotros. Es simple curiosidad, pues me atraen mucho las grandes historias.

—En eso se parece a Beatriz —intervino Tomasa—. A ella le gusta escuchar lo que otros tienen que contar; pero no se equivoca, nosotros también vivimos muchas aventuras antes de regresar a Valencia, las suficientes para contar una historia digna de ser escuchada.

Timoteo sonrió ante la mención de Beatriz y esta se ruborizó. Su encanto resultaba cada vez más cautivador.

—Me complace compartir esa afición con vuestra tímida hermana —dijo Timoteo, con complicidad—. Ahora mi curiosidad es aún mayor. Por favor, contadme esas aventuras…

La cena no estaba resultando como Pedro había anticipado, ni se correspondía con sus intenciones. Pese a ello, no quería disgustar a su anfitrión insistiendo en su deseo de consolidar una sociedad comercial, por lo que prefirió complacerlo en su petición, viendo en ello una oportunidad para fortalecer su simpatía hacia él.

—Una larga historia… —comenzó a decir Pedro—. Tal y como dijo mi esposa, ha sido una gran aventura que afortunadamente nos ha traído de vuelta a la ciudad que tanto extrañábamos. No sabría ni por dónde empezar.

—Comienza tu historia como prefieras, lo dejo a tu arbitrio—dijo Timoteo—. Nada como una gran historia tras haber complacido el estómago con buena comida.

Los halagos de Timoteo animaron a Pedro, quien no tardó en hacer un recuento de los acontecimientos cruciales de sus vidas durante la peste y la huida de Valencia, aunque omitiendo cuidadosamente aquellos eventos relacionados con el romance entre Beatriz y Said. Cayetano intervino ocasionalmente aportando anécdotas que divertían a Timoteo. A su vez, describió los detalles del éxodo antes de llegar al Campo de los Salvados, los meses allí vividos, las dificultades del invierno y el forzoso exilio al que se vieron sometidos, así como el doloroso recuerdo de la muerte de sus padres. En este punto, Beatriz se vio superada por la tristeza y se secó las lágrimas discretamente. Timoteo la observó y, preocupado y profundamente conmovido, interrumpió a Pedro.

—Lamento mucho vuestras pérdidas —dijo Timoteo—. Cometieron muchas injusticias contra vosotros y admiro la entereza con la que lograsteis seguir adelante. No es mi intención haceros revivir vuestras pasadas tristezas. Aunque agradezco la confianza que me ofrecéis al abrirme vuestros corazones de esta forma, no quisiera que por ello alguno de vosotros se sienta mal… Comprenderé perfectamente si no queréis seguir hablando sobre lo ocurrido.

—Fueron meses extremadamente duros —resaltó Cayetano con hosquedad, pues el recuerdo de la muerte de sus padres animaba un aspecto oscuro de su personalidad—, pero parecen más lejanos cada día.

—No pasa nada —aseguró Beatriz, sabiendo que Timoteo se refería a ella y presintiendo que su hermano luego le reprocharía su comportamiento si la cena resultaba desfavorable para sus objetivos—. Los recuerdos de aquellos meses me ponen un poco sensible.

Pedro agradeció la intervención de su hermana y, para no perder la atención de su invitado, continuó con el resto del relato sobre sus vidas, incluyendo la partida del Campo de los Salvados. A Timoteo le resultó curioso que tanto el viaje de huida como el de regreso a Valencia lo emprendieran en compañía de las mismas familias musulmanas, y no dudó en hacerlo notar.

—Sois muy amigos de los musulmanes, ¿o me equivoco? Incluso en Valencia, es sorprendente que las familias cristianas se relacionen de forma amistosa con los musulmanes.

—No somos los únicos —objetó Pedro—. Las cosas han cambiado mucho después de la peste. Cuando has compartido una experiencia como la que nosotros vivimos durante la huida, así como en el transcurso de nuestro viaje de regreso, se fortalecen algunos vínculos que otros considerarían absurdos e inexplicables.

—¿Te parecen personas confiables? —cuestionó Timoteo—. Es comprensible y hasta cierto punto necesaria una relación cordial y comercial entre nosotros y ellos, pero una amistad es algo exagerado, incluso a pesar de las casualidades que puedan haberos unido. ¿Os atreveríais a decir que los musulmanes son vuestros amigos?

—Comprendo que no es una respuesta que escuche a menudo en boca de los cristianos —Pedro no titubeó al dar su respuesta—, pero me arriesgaría a afirmar que puedo contar algunos amigos entre ellos y son de mi entera confianza. Durante los tiempos más difíciles de nuestras vidas nos apoyamos como una gran familia. Estamos unidos por el agradecimiento y la compasión, y al final del día eso es lo que nos hace buenos cristianos sin importar la fe que nuestro prójimo profese. Si hay algún aprendizaje que extraer de algo tan horrible como la peste negra, es que la desunión y el odio solo empeoran las cosas. Quienes se quedaron en la ciudad tardaron en comprenderlo, quienes huimos lo aprendimos a medida que padecimos la marcha de nuestro exilio.

Timoteo permaneció callado, perplejo tras escuchar la apasionada defensa que Pedro hiciera de los musulmanes. Nunca antes se había relacionado directamente con

ellos hasta que comenzaron sus incursiones encubiertas en el mercado, pero era un ferviente defensor de los viejos prejuicios y no los consideraba personas confiables; incluso consideraba que representaban una amenaza para la integridad moral de la ciudad. Escuchar una opinión contraria a sus creencias suponía un choque inesperado, ya que daba por sentado que la mayoría de los cristianos compartían un mismo pensamiento sobre los musulmanes. Timoteo dejó que sus pensamientos vagaran con esta declaración y la nueva perspectiva que ofrecía, hasta que volvió a fijarse en la belleza de Beatriz y se dio cuenta de que una particular sonrisa se asomaba en su rostro, como si con ello secundara la opinión de su hermano sobre los musulmanes a quienes consideraba en calidad de amigos. Le perturbaba imaginar que una joven de apariencia inocente y pura pudiera aceptar a ese tipo de personas en su vida. Entretanto, Pedro observaba atentamente las reacciones y gestos de Timoteo y descubrió la mirada desvergonzada que le dedicaba a su hermana. Hasta ese momento, Pedro había preferido ignorar que Timoteo demostraba un exagerado interés por Beatriz, a quien apenas acababa de conocer, pero ahora era evidente para todos, pues Timoteo no se preocupaba en disimularlo. Al principio, Pedro montó en cólera, ya que veía en las miradas de Timoteo intenciones indecorosas y advirtió que esa era la razón por la que su hermana se había mantenido durante toda la cena con la cabeza gacha y la mirada fija en el suelo. Estuvo a punto de dejarse llevar por ese disgusto cuando el llanto de su hijo Carlos lo hizo entrar en razón.

—Ha despertado, seguro que tiene hambre —se excusó Tomasa, levantándose para atender al bebé y calmar su llanto—. Debo atenderlo.

—Yo te ayudo —resolvió Beatriz, poniéndose también de pie—. Ha sido un milagro que durmiera tanto tiempo. Con vuestro permiso, me retiro para acompañarla.

—Tienes una hermosa familia —admiró Timoteo—. Después de todos los pesares y desventuras, parecéis tan unidos y felices. Te hace desear formar parte de ella.

Esta vez, Timoteo no acompañó sus halagos con miradas de descaro hacia Beatriz y, en cambio, miró a Pedro directamente a los ojos. Pedro vio en ellos la manifestación de una propuesta silenciosa sentenciada por lo que su cumplido escondía, y de pronto, el enojo que le causaban los intentos de acercarse a su hermana fue sustituido por la revelación de una opción provechosa. Su intención primordial con la planificación de esta cena había sido entablar negocios con Timoteo o discutir la posibilidad de un pacto comercial en calidad de socios, pero sus expectativas se habían derrumbado en el momento en que Timoteo dictaminó que la cena no representaba una ocasión apropiada para ello. Ahora, tras escuchar la felicitación que Timoteo le dedicaba en relación con su familia y al pensar en la innegable atracción que Beatriz producía en él, a Pedro se le presentó una opción igual de beneficiosa que una sociedad comercial. El plan que su mente elaboró no era apto para ser declarado en voz alta, pero se fraguó a partir de ese instante. Una oleada de satisfacción casi lo hizo sentir aliviado, porque lo que imaginaba representaba una solución a los futuros problemas que podrían enfrentar, expuestos como estaban al hambre y a la falta de recursos como el resto de los ciudadanos de Valencia. Sí, una unión matrimonial entre su hermana y un hombre como Timoteo pondría fin a esos problemas, porque además de las otras ventajas del enlace, Timoteo tendría que involucrarse en los negocios que sustentaban la casa como nuevo miembro de la familia. Hasta ese punto su idea lucía perfecta, pero después su exaltada imaginación se confrontó con el vínculo existente entre Beatriz y Said. Ya no guardaba rencor alguno contra Said y su familia porque, tal y como había declarado, los consideraba amigos, pero su relación con Beatriz representaba un problema para los nuevos intereses que se habían creado pues los anulaba por completo. No obstante, pensó Pedro, ya habría tiempo para detenerse a solucionar ese inconveniente con calma.

—Así es —reafirmó Pedro como respuesta al halago de Timoteo—. Soy muy afortunado por la familia que me rodea y alegra mis días. Siempre habrá lugar para darle la bienvenida a quien quiera formar parte de ella.

—Tomaré sus palabras como una oferta de amistad —exclamó Timoteo—. Un regalo que acepto con gusto.

—Me complace entonces que nos consideremos amigos —dijo Pedro satisfecho—. Esta no será la última vez que coma en mi mesa.

—¡Que así lo quiera Dios! —invocó Timoteo.

Un común entendimiento los hizo compartir una sonrisa simultánea. Cayetano los miraba sin comprender lo que estaba ocurriendo, pero para Pedro no quedaba ni un asomo de duda: a pesar de sus temores y decepciones iniciales, la cena había sido un éxito rotundo por razones inesperadas.

Capítulo 9

Nada es tan incierto como la paz. Cuanto más inseparable e incorruptible se presenta el vínculo entre los amantes, mayores son los riesgos que hacen tambalear la seguridad de mantenerse a salvo frente a las circunstancias externas. Cuando dos almas son agitadas por una pasión consentida y compartida por ambas, los periodos de aparente tranquilidad se encuentran atravesados por las dudas, como si se tratara del sustento de una inestable tregua que es susceptible de disolverse en el instante menos esperado. Esto no significa que los amantes se sientan inseguros sobre el amor que se profesan, pero implica la insatisfacción de que las experiencias comunes nunca son suficientes, porque todo aquello que no se corresponde con el amor que sienten los amantes representa un obstáculo que asedia y contradice a los deseos y expectativas de ese sentimiento. En el caso de Beatriz y Said, cuyo amor se mantenía en secreto y prohibido para las comunidades de las que formaban parte, incluso bajo el conocimiento cómplice pero no absoluto de sus familias, ellos contaban con muy pocas seguridades a las cuales aferrarse para creer que estaban en paz. Especialmente, Said se preocupaba por la falsa calma que le ofrecía el presente, ya que no olvidaba los pesares del pasado y le costaba apartar de su mente las oscuras incertidumbres del futuro.

A la orilla de la playa, y como solía hacerlo en su vida anterior a la peste y la huida de Valencia, Said caminaba sorteando al mar y a la arena para entregarse a sus pensamientos. Había acordado con Beatriz encontrarse en un par de horas, pero la ansiedad que lo agitaba lo condujo a esperarla con mucho tiempo de antelación; un tiempo valioso para dialogar consigo mismo y pensar en aquello que opacaba las efímeras alegrías de su corazón. Las últimas semanas no fueron siempre propicias para los encuentros con Beatriz en presencia de su familia, porque algunos días Pedro decidió llevarla consigo al mercado para que lo ayudara, sin que consiguiera explicárselo. A su vez, todos los miembros de la familia de Beatriz se encontraban distraídos y ocupados con los preparativos de la boda entre Cayetano y la viuda con la cual se había comprometido. Los malos presentimientos se multiplicaban y le daban la impresión de que algo estaba cambiando. No porque Beatriz se comportara de un modo distinto, ya que su amor por él seguía siendo el mismo, tal y como lo adivinaba en sus gestos, palabras y miradas, sino como si desconociera algo que estaba ocurriendo. Le avergonzaba interpelarla directamente con sus dudas, pero una atmósfera distinta alzaba una muralla nueva y desconocida entre ambos, o así lo percibía Said. Aprovecharía aquel encuentro para desahogarse con ella respecto a estas sensaciones inciertas que lo atormentaban. En medio de sus dilemas, Said no tardó en recuperar la compostura para reprenderse a sí mismo, pensando que quizá exageraba debido a los miedos usuales frente al porvenir que les deparaba. Quería una vida con Beatriz y la estaba consiguiendo a medias. Alimentaban con promesas truncadas una vida menguada e insatisfactoria que les impedía conciliar una unión perfecta y consolidar una familia. Con estas limitaciones, su felicidad como pareja siempre estaría incompleta y dependiendo de condiciones que no podían controlar. ¿Existía una solución distinta a simplemente conformarse con la espera de un tiempo mejor para ambos? ¿O todo era un indicativo de que el único camino para alcanzar la felicidad era renunciar definitivamente al amor que se empeñaban en no abandonar?

Said hundía sus pies en la arena, sintiendo como esta se escurría entre los dedos, y seguidamente el impacto de las olas, mojándolos por completo, cada vez que la marea las impulsaba hasta su posición. Esta acción lo calmaba y contribuía a vaciar su mente, con breves instantes de fugaz olvido en los que no se preocupaba y simplemente se concentraba en lo que amaba: el cielo azul sobre su cabeza, el mar impredecible que

parecía bendecirlo con su húmedo abrazo, aquel dios suyo que permitía la existencia de tantos hermosos pequeños milagros y, por supuesto, la presencia esencial de Beatriz en su vida, tan vital como el aire necesario para respirar o el sueño requerido para reparar fuerza todas las noches antes del próximo despertar. A lo lejos, Said espiaba a las gaviotas que sobrevolaban la corriente rozándola con sus alas hasta mojarse, ofreciendo un espectáculo digno de alabanza. Gracias a ello, las horas pasaron como un suspiro y Said esperaba la llegada de Beatriz de un momento a otro.

Pero Beatriz no llegaba. Said trató de mantenerse calmado, sin pensar en la espera, pero los segundos volvieron a tornarse insoportables, los minutos sin su presencia dolían y no era capaz de aguantar otra hora sin verla. Con tantos temores revolviendo su espíritu, era importante encontrarse con Beatriz aquella misma tarde y así obtener la calma que necesitaba para apartar esos raros presentimientos que lo asediaban. La posición del sol en el cielo le indicó a Said que había transcurrido casi una hora después de la acordada para encontrarse y su angustia no tardó en atacar su espíritu sensible con renovados bríos. Sin saber por qué, algo en su interior estaba convencido de que Beatriz no se presentaría en aquella ocasión, pero se quedó allí sin moverse y casi sin parpadear antes de tomar una resolución: si Beatriz no llegaba hasta él, ¿por qué no ir a su encuentro? Desenterrando los pies de la arena y sacudiéndolos, Said se armó de valor y enrumbó sus pasos para alejarse de la playa y caminar hasta la ciudad, con el propósito de llegar a la casa de Beatriz, donde probablemente la encontraría, suponiendo que se le complicó haber hallado una excusa para salir y sin poderle avisar de su ausencia. Esta idea lo entusiasmó y quiso llegar pronto para tomarla por sorpresa y contentarse, como sucedía con cada encuentro, con la alegría de verla feliz por el simple hecho de tenerlo a su lado, tal como ella declaraba con frecuencia.

Antes, quiso pasar por el mercado, discretamente, para corroborar que Beatriz no se encontrara allí, y se encontró a Pedro solo y concentrado en su faena sin que se supiera observado a lo lejos por Said. Suponiendo que Beatriz se hallaba en casa, Said intentó alejarse del mercado para dirigirse al barrio de los cristianos cuando su tío le salió al encuentro.

—Said, ¿qué haces aquí? —pregunto Akram sorprendido al verlo—. Ya cumpliste tu turno. ¿Ocurrió algo en casa?

Said y su tío habían acordado atender el tenderete en el mercado por turnos separados para que su tío tuviera tiempo para compartir con su hijo recién nacido. Said trabajaba por las mañanas, reservándose las tardes libres a su gusto, generalmente para dar paseos solitarios o encontrarse con Beatriz, ya fuera a escondidas o visitándola oficialmente en su casa, a la vista de Tomasa o de cualquier otro miembro de la familia que se encontrara presente.

—Solo andaba de paso, no te preocupes —respondió Said—. No he vuelto a casa todavía. Iba camino a la playa para dar un paseo.

—No interrumpo entonces tu camino —masculló Akram—. Por un momento pensé que viniste a hablar con Pedro. ¿No lo has visto?

Said lo miró con extrañeza al hacer esta mención.

—No, no lo he visto hoy —mintió Said—. ¿Por qué habría de verlo? ¿Te ha dicho algo?

—Hace un par de horas vino a verme —reveló Akram—. Y habló conmigo. Quiere reunirse con nosotros dos para discutir un asunto importante.

—¿Qué tipo de asunto importante? —preguntó Said desorientado—. ¿Es sobre Beatriz?

Nuevamente, el presentimiento cobró fuerza en su corazón; la sensación de que algo desconocido ocurría ante sus ojos y no era capaz de verlo a tiempo. Deseaba

despedirse pronto de su tío y así llegar inmediatamente a la casa de Beatriz, pero Akram lo retenía con su charla. Al ver su rostro preocupado y su mirada ansiosa, Akram sujetó a Said por los hombros para calmarlo.

—Te preocupas por adelantado, Said —se burló Akram, cariñosamente—. Nada le ha ocurrido a Beatriz. Probablemente quiera hablar de negocios. ¿No has escuchado los rumores sobre el misterioso mercader? Aparentemente posee dinero suficiente para invertir en el mercado, a gran escala.

—Todo el mundo en el mercado habla de él—recordó Said—. Pero no lo he conocido. ¿Por qué dices que es misterioso? ¿Lo has visto?

—Me lo presentaron, recientemente —contó Akram—. No fue muy cordial. Creo que no simpatiza con los musulmanes. Pero Pedro está convencido de que puede ser de mucha ayuda para el mercado.

—No lo comprendo —exclamó Said, cada vez más confundido por la conversación —. ¿Qué relación tiene Pedro con ese hombre?

—¿Acaso no te enteraste? —preguntó Akram subrayando la intriga—. Ambos se han hecho muy amigos desde que Pedro le ofreciera una cena en su casa. Se especula que son socios, pero Pedro no me lo ha confirmado. Por eso creo que quiere hablarnos sobre los negocios que espera concretar con este hombre, para que formemos parte de ellos. Pero hay algo que no me agrada en su actitud, que me resulta engañoso. Ni siquiera recuerdo su nombre. Tu abuelo siempre decía que nunca confíes en aquel del que no puedas aprender su nombre la primera vez que te lo presentan. Nunca supe por qué lo decía, pero tu abuelo era un hombre muy sabio y la experiencia me enseñó a tener muy en cuenta sus consejos.

Akram hablaba sin parar y Said fingía escucharlo, navegando entre los recuerdos de su memoria. Fue así como recordó al invitado mencionado por Beatriz días atrás, el que cenaría en su casa debido al ofrecimiento de Pedro. En aquella ocasión, al igual que Akram, Beatriz tampoco había recordado el nombre de aquel hombre y fue esa mención por parte de su tío lo que le hizo recordar la pasada conversación. Después de ello, sus encuentros con Beatriz fueron muy breves y no volvió a preguntarle sobre dicha cena, principalmente porque lo había olvidado hasta ahora y ella se cuidó de no mencionarlo. Este ocultamiento le pareció deliberado y sospechoso del mismo modo en que el interés de Pedro por dicho individuo incrementaba su desconfianza. Le indignaba particularmente que en posteriores conversaciones Beatriz no le dijera ni una sola palabra sobre la asociación entre Pedro y un hombre que ya debió conocer en la cena. Un nuevo y desconocido sentimiento, cercano a la amargura, ardía en su corazón y subía hasta su garganta creando un nudo. No le era ajeno el conocimiento de este agrio sentimiento porque supo de él por boca de otras personas, lo escuchó alguna vez en las historias de otros amantes, o incluso en los relatos de algunos poemas que cantaban sobre ello, pero hasta entonces nunca lo había experimentado en su corazón, en razón de su pasión por otra persona. Reconoció enseguida lo que hace sucumbir a muchos hombres y mujeres cuando aman, y por primera vez lo vivió en su amor por Beatriz: ese sentimiento oscuro y temible que vulgarmente llamaban celos. No le gustó experimentarlo, porque eso implicaba desconfianza hacia la persona que más amaba e inseguridad en torno a la fortaleza de su amor correspondido. Nunca antes Beatriz le dio razones para sentir celos y no comprendía porque le costaba apartar esos malos pensamientos basados en suposiciones sin fundamento. Necesitaba explicaciones o simplemente verla una vez más, navegar en sus ojos al mirarla, para comprender enseguida lo tontos que eran sus miedos.

—Debo seguir con mi camino —se excusó Said frente a su tío—. Hablamos luego.

Said se dio la vuelta rápidamente para evitar que Akram lo siguiera reteniendo con su charla interminable y, cuando se supo lejos del alcance de su vista, corrió sin reparos para dejar atrás el mercado y llegar hasta la casa de Beatriz. Trató de no seguir pensando en las tinieblas que envenenaban su corazón, concentrándose en los movimientos de su cuerpo que se coordinaban con el objetivo común de presentarse tan pronto como fuera posible ante su amada. Por instinto, tomó los atajos necesarios para llegar en el menor tiempo. Cuando finalmente se detuvo en el umbral que permitía el acceso al patio exterior de la casa, lo hizo para darle un breve descanso a su cuerpo tras la carrera que realizó, recuperando el aliento y las fuerzas antes de entrar. No quería darle a Beatriz una mala impresión y mucho menos que esta vislumbrara su desesperación. Confió en que verla y compartir las palabras justas con ella sería el bálsamo indispensable para recuperar la paz. Tras haber sosegado su respiración y su ánimo, se dispuso a entrar con firmeza. Avanzó sigilosamente sin saber si la hallaría en el patio exterior o dentro de la casa. Probablemente la descubriría junto a Tomasa culminando las labores domésticas.

La sorpresa de Said fue inmensa cuando la halló acompañada por otro hombre. Caminaban juntos al final del patio y Tomasa se encontraba arrullando a su hijo, observándolo fijamente, vigilando que se mantuviera tranquilo, sentada en el banco de piedra como en las ocasiones de sus visitas. La escena era similar a las reuniones formales que ambos mantenían cuando eran vigilados, pero con la diferencia de que a Beatriz no la acompañaba Said. El hombre en cuestión la tomaba de la mano y Said se dio la vuelta para irse antes de que lo descubrieran. Ya había visto suficiente no solo para confirmar sus sospechas, sino para que la ponzoña de los celos se desbordara en su interior hasta causar un daño profundo en su alma.

Tras mucho caminar, Said estaba nuevamente de pie frente a la playa, con el mar y la arena como únicos testigos de su desconsuelo. Fueron tan solo unos pocos segundos, pero la imagen que alcanzó a ver bastaba para quedarse fija en su consciencia, y rememorarla una y otra vez, hasta el hartazgo. No conseguía explicárselo, porque durante los últimos encuentros Beatriz no actuó distinto ni reveló ninguna señal de que su amor hacia él se hubiera extinguido. El mismo brillo apasionado, la respiración agitada al abrazarlo y sus dulces palabras de compromiso con sus sentimientos; nada de eso había cambiado. Y, sin embargo, lo que vieron sus ojos no era una mentira. Ese hombre, en el que Said creyó identificar al célebre mercader de quien todos hablaban, actuaba como si la estuviera cortejando y ella le correspondía como si fuera de su agrado saberse pretendida. O, al menos, así lo interpretó por la sumisión de Beatriz a la hora de dejar que ese hombre sostuviera su mano de aquella manera tan insoportable para sus ojos.

No deseaba volver a casa, ni abandonar la playa. Su angustia era tolerable cuando nadie más era partícipe de ella. Las preguntas sin respuestas lo atormentaron durante horas… ¿Quién era ese hombre, verdaderamente? ¿Qué intenciones lo motivaban a acercarse a Beatriz de esa forma? ¿Acaso Pedro lo consentía? ¿Beatriz estaba de acuerdo? ¿De eso quería Pedro conversar con él y Akram? ¿Cabía la posibilidad de que este hombre pretendiera casarse con ella y que Beatriz estuviera dispuesta a acceder? Said se sentía defraudado y traicionado a partes iguales, y su decepción solo se equiparaba al mudo asombro con el que revisitaba la escena reciente que no podía sacarse de la cabeza, como si se hubiera adherido a la memoria para atormentarlo sin fin e imponerse por encima de cualquier otro recuerdo dichoso. Le resultaba imposible concebir la posibilidad de que se tratara de un malentendido, de que existiera alguna explicación satisfactoria que no alcanzaba a comprender, un detalle ignorado que redimiera la visión que confirmaba sus peores miedos. Este suceso traía a colación una

de sus principales preocupaciones: el amor que Said le ofrecía a ella no cubriría todas sus expectativas de vida y la condenaría a privarse de un futuro en el que pudiera formar su propia familia. No podían casarse ni tener hijos. Su amor era grande, pero a costa de muchos sacrificios. Said se replanteó, con mayor lucidez que en otras oportunidades, si valía la pena quitarle a Beatriz la oportunidad de ser una esposa y madre. ¿Bastaba el amor que sentían para ser felices a pesar de todo lo que les estaba prohibido compartir? En el fondo de su consciencia, Said siempre lamentaba el hecho de estar sometiéndola a una infelicidad de la que se arrepentiría tarde o temprano, porque si bien él no dudaría en sacrificar la vida que se supone debía tener para poder amarla, así fuera castamente y a distancia, no era necesario que Beatriz también sufriera la misma pena. Se planteó finalmente una pregunta mucho más dolorosa que las otras: ¿y si había llegado el momento de concederle a Beatriz la oportunidad de obtener una felicidad legítima ante los ojos del dios que veneraba? En ese sentido, le correspondía a Said rendirse para que ella pudiera ser feliz en su lugar.

Sin embargo, Said se prometió a sí mismo que no descansaría hasta obtener las respuestas que buscaba. No estaba dispuesto a renunciar a su amor por Beatriz, ni a aceptar que ella ya no lo quisiera a menos que ella misma se lo asegurara. Pero antes de hablar con ella, para evitar un desencuentro que pudiera resultar contraproducente, se detendría a hablar con Pedro para confirmar o negar sus hipótesis. Sin perder tiempo, Said se dirigió apresuradamente de vuelta al mercado para ir al encuentro de Pedro antes de que culminara su jornada de trabajo. Tuvo la suerte de encontrarlo justo cuando se iba y Pedro se impresionó al verlo con el rostro desencajado, los ojos desorbitados y una expresión de furia mezclada con tristeza.

—¡Casi no te reconozco, Said! —le dijo Pedro—. ¿Te encuentras bien? ¿Necesitas mi ayuda?

—Solo quiero respuestas —declaró Said—. Mi tío me dijo que querías hablar conmigo. Aquí estoy para lo que quieras decirme. Te escucho.

A medida que Said hablaba su rostro se convirtió en un fiel reflejo de sus sombríos sentimientos y de su desesperanza, lo que incrementó la confusión de Pedro ante su presencia. Sus ademanes eran exagerados y sudaba copiosamente. Era evidente que no se hallaba en sus cabales. Lo hizo retroceder algunos pasos, como si fuera un fantasma y no un hombre el que lo interpelaba.

—Quiero hablar con ambos, eso fue lo que le dije —señaló Pedro—. Hay unos asuntos que pueden resultar de interés para todos en el mercado, pero ya encontraremos el momento propicio para discutirlo cuando todos estemos presentes. Pareces alterado. ¿Estás seguro de que te sientes bien? Nunca te había visto así.

—Es un asunto relacionado con ese hombre, ¿verdad? —dijo Said—. Quieres hablar sobre el mercader del que nadie recuerda su nombre, pero que está en la boca de todos.

El tono de burla y resentimiento con el que Said subrayó sus palabras desorientó aún más a Pedro.

—¿De quién estás hablando? —interrogó Pedro—. ¿Te refieres a Timoteo? ¿Lo has conocido?

—Finalmente conozco su nombre… —dijo Said, con una risa nerviosa—. Sí, a él me refiero y no, no he tenido la oportunidad de conocerlo, no directamente. ¿Es el hombre que se encontraba en tu casa cortejando a Beatriz? ¿Cuáles son sus intenciones? ¿Acaso ella está de acuerdo?

Pedro comenzó a entender la actitud de Said. En efecto, Pedro sabía que Timoteo visitaría su casa aquella tarde. Tampoco le era desconocido el interés que Timoteo manifestaba por Beatriz, y lo instigaba discretamente a espaldas de su hermana, pero

sabía que ella no le correspondía pues aún tenía sentimientos por Said. Hasta el momento Pedro no había hallado una opción para hacerla cambiar de parecer.

—De eso se trata —dijo Pedro, pensando en voz alta—. Estás celoso. ¿Fuiste a mi casa sin avisarme? Sabes que esa no es la manera apropiada si quieres ver a mi hermana bajo mi consentimiento.

—¡No me mientas, Pedro, por favor! —pidió Said—. Solo dime la verdad de lo que ocurre entre ese hombre y Beatriz. Sé que no estás obligado a darme explicaciones, pero en honor a todo lo que hemos vivido juntos como si fuéramos miembros de una misma familia, y en el nombre del amor puro y honesto que siento por tu hermana, te pido nuevamente que me digas qué es lo que está pasando y que yo desconozco.

—Sigo sin comprender lo que quieres saber… —exclamó Pedro—. ¿Hablaste con Beatriz? ¿Ella te dijo algo sobre Timoteo?

—Yo sé que no debo ir a tu casa sin antes solicitar tu permiso —admitió Said—. Me disculpo por eso. Pero quería ver a Beatriz y, de todas formas, Tomasa estaría allí para vigilarnos. Y sí… entonces los vi… a Beatriz y a ese hombre, caminando juntos y hablando en el patio. Me fui antes de que me vieran. No quería ser inoportuno y generar un conflicto que pudiera perjudicarla… Comprendo que exigirle respuestas a Beatriz no es apropiado dadas las condiciones y acuerdos establecidos entre nuestras familias, pero tú sí puedes dármelas. El amor que yo siento por Beatriz nunca dejará de latir en mi corazón. Y si alguna vez has amado, y sé que lo haces a diario porque lo veo en las miradas que le dedicas a tu esposa, comprenderás que mi amor no es muy distinto. También sabrás que el amor no es algo que podamos desechar, porque incluso cuando renunciamos a ello es para preservarlo. Quiero lo mejor para Beatriz y si he seguido en contacto con ella bajo las limitaciones impuestas es porque en el pasado ambos hemos sufrido por habernos separado. Ella misma ha declarado que no soportaría si me alejo de su vida… Pero ahora no comprendo lo que vi y solo tú puedes explicármelo. Nuevamente te pido, no me prives de la verdad. Si eso es lo que quiere Beatriz, prometo no interferir, pero necesito saberlo.

Pedro lo escuchó en silencio, sopesando cada una de sus palabras y sintiéndose conmovido por ellas. Nunca estuvo completamente de acuerdo ni satisfecho con el romance entre Said y su hermana, pero no desestimaba el amor que profesaba por Beatriz, a la vez que le constaba que ella correspondía a esos sentimientos con igual intensidad. También sabía que Said era presa de un malentendido. Cuando Said expuso su petición y le correspondía el turno de darle las respuestas que pedía, Pedro no dudó en responder de inmediato que había malinterpretado los hechos, pero pronto vio que se presentaba una oportunidad única e irrepetible no solo para que Said se alejara de su hermana, un amor que tarde o temprano debía llegar a su fin porque era inadmisible su consumación, sino también una vía para consolidar una futura unión entre Timoteo y Beatriz; un matrimonio por el cual apostaba como un medio para el enriquecimiento y prosperidad de su familia en tiempos de crisis. Durante un silencio decisivo, Pedro se debatía internamente entre aclarar la verdad o simplemente dejar que Said siguiera creyendo en una falsa presunción que lo obligaría a alejarse de Beatriz y renunciar a su amor. Si Beatriz llegaba a enterarse, jamás se lo perdonaría, pero si Said juraba alejarse de ella y evitar cualquier contacto no tendría por qué enterarse.

—Tus sospechas son ciertas, Said —mintió Pedro—. Lamento que hayas tenido que enterarte de esa forma. Beatriz está muy confundida en este momento; le harías un enorme bien si te alejas de ella y le permites vivir la vida que se merece. No seas la causa por la cual pierda una valiosa oportunidad que cambiará su vida para su propio bien y el resto de nosotros. No os hagáis más daño. No albergo rencor ni antipatía alguna contra ti, por lo que toma estas palabras como si te las dijera un amigo que te

aprecia: ha llegado el momento de rendirse en el nombre de un bien mayor para ambos, pues se le ha concedido una oportunidad para ser una esposa feliz bajo los mandamientos de la fe cristiana. Si la amas, no te interpondrás en aquello para lo que ha sido destinada.

Para Said fue suficiente escuchar estas palabras para comprender que le correspondía actuar sin perjudicar a Beatriz ni arruinar su vida. Sugestionado como estaba de antemano, no puso en duda nada de lo expresado por Pedro porque confirmaba sus propios razonamientos en torno a su relación con ella y lo perjudicial que significaba a largo plazo seguir a su lado sin una unión matrimonial de por medio, la que bajo ningún concepto era permisible a menos que huyeran y abandonaran sus respectivas vidas. Anteriormente, Said quiso alejarse de Beatriz para no arruinar su futuro, pero ella siempre regresaba a su lado. Mientras ella necesitara la presencia de Said en su vida, él no era capaz de abandonarla ya que no soportaba la idea de imaginarla sufriendo por su causa. Sin embargo, Beatriz amaba a su familia tanto como amaba a Said, pero este no accedería a cometer una injusticia imperdonable obligándola a sacrificar ese amor para poder consolidar una vida con él. Ahora que se le presentaba una nueva oportunidad para conseguir el dichoso porvenir que se merecía, Said no se transformaría en un obstáculo para impedírselo. Sin objeción alguna, Said se rindió, aceptando el consejo de Pedro.

—Agradezco tu sinceridad, Pedro —dijo Said—. No es la primera vez que he pensado en abandonarla, aún en contra de mis propios deseos. Intentamos separarnos en otras oportunidades para no perjudicar a nuestras familias y acabamos reencontrándonos. Fui un insensato, porque si bien una vida sin ella representa una existencia miserable, debí aceptar cumplir ese sacrifico si con ello garantizaba su felicidad. Haré todo lo que sea necesario y esté a mi alcance, porque lo único que quiero en este mundo es que ella sea feliz y hace mucho que tiempo me di cuenta de que yo no podría lograrlo.

—Comprendo lo doloroso que esto es para ti —aseguró Pedro—, pero prometo que no te arrepentirás. Yo me encargaré de que Beatriz no sufra. Es la decisión correcta y a tiempo, pues tu sensatez es el primer paso para consolidar esa felicidad que tanto quieres para Beatriz. No obstante, debes prometerme que no volverás a contactar con ella, ni a dejar que ella se acerque a ti. Si esta es tu verdadera decisión, debes comprometerte a cumplirla hasta el final. Como te dije, Beatriz está muy confundida en estos momentos y querrá buscarte para pedirte perdón. Si quieres que esto funcione, no debes verla ni escucharla y alejarte tanto como sea posible de ella a pesar de que viváis en la misma ciudad.

—Prometo alejarme de ella tal y como pides —acordó Said—. Si se acerca a mi casa daré órdenes para que no se le permita entrar. Evitaré todos los caminos que crucen nuestros pasos y me cuidaré de no dejar un rastro que le haga recordar mi presencia; no quiero que se sienta culpable. Y para asegurarme de cumplir con mi promesa, me iré de Valencia tan pronto como la situación lo permita. No es un buen momento para abandonar a mi familia, pero en unos meses, cuando los negocios se hayan estabilizado y Valencia vuelva a la normalidad, partiré en busca de un nuevo destino, aunque para ello deba adentrarme en el desierto como mis antepasados. Pondré mares y tierras de distancia entre mi corazón y el suyo, si con eso aseguro su futura felicidad.

Pedro trató de no sentirse culpable, pero al escuchar a Said lamentarse de esa forma y verlo sufrir por el sacrificio que estaba dispuesto a hacer no pudo evitar sentir un hondo remordimiento. Pero ya era tarde para dar marcha atrás y arrepentirse; se trataba de hacer lo que creía mejor para su hermana, aunque Said pagara un doloroso precio por ello.

—Que así sea —dijo Pedro—. Hoy te parece imposible, pero ya verás como tú también encontrarás un camino que te permitirá ser feliz aunque ella no forme parte de tu vida. No te niegues a esa oportunidad cuando se presente. Lo que tú y mi hermana tuvisteis se convertirá en un hermoso recuerdo, pero no dejes que ese espejismo determine el futuro. A todos nos aguardan recompensas que apenas sospechamos. Ya una vez lo intentaste, ¿por qué desistir ahora? Forma tu propia familia, hazla feliz y descubre una nueva dicha a su lado. El destino está en tus manos.

—Ahí te equivocas, Pedro —repuso Said—. El destino nos supera y cuando intentamos controlarlo solo traemos desgracias sobre nuestras cabezas. Bien lo has dicho, una vez intenté obedecer los deseos de mi familia y casarme, a pesar del amor que me unía a Beatriz. Y no resultó porque no estaba destinado a ser. En cambio, nadie hubiera podido evitar que Beatriz y yo nos conociéramos, porque eso también formaba parte de nuestro destino. Yo salvé su vida y ella iluminó para siempre la mía, inmersa como estaba en las sombras de la soledad. Que nuestras familias huyeran y regresaran juntas a Valencia formaba parte de ese divino plan. Quizá mi destino haya sido amar a tu hermana para aceptar una vida consagrada a Alá en el desierto. Me tomará años descubrirlo, pero hay dos certezas que me acompañan: que Beatriz es la persona que más he amado en este mundo y que ella se merece una vida llena de dicha al lado de las personas que ama, sin tener que sufrir como hasta ahora lo ha hecho. Por esa razón hoy me aparto, para que su destino se encuentre a la altura de su gracia.

—No me queda duda del amor que sientes por Beatriz —dijo Pedro, incapaz de mirarlo a los ojos—, porque de lo contrario no podrías dejarla ir. Te acompaño en tu dolor y te deseo la mejor de las suertes. Una vez más reitero mi agradecimiento.

Pedro extendió su mano y Said la estrechó con un apretón fuerte. Con ello no solo sellaban la promesa que Said hizo a instancias de Pedro, sino que se despedían de manera fraternal en honor a las crisis y penurias compartidas. Después de esto, Said se dio la vuelta para perderse de vista. Con lágrimas en los ojos, volvió a la playa por tercera vez en un mismo día. Ya no bastaba quedarse de pie en la arena para lamentar su renuncia. Necesitaba introducirse en el agua, dejarse llevar por la corriente incluso si no era capaz de dejarse ahogar por ella. Unas horas de tregua antes de regresar a casa y a la insoportable vida que lo esperaba. Triste y abatido, allí lloró sin reparos su derrota.

Capítulo 10

Desde que tiene uso de razón y plena consciencia de sus facultades, todo hombre y toda mujer confía en sus sentidos sin ponerlos en duda. Pero esos sentidos no siempre son fiables y fallan, como todo aquello que se precie de ser humano. Sin embargo, el efecto de un fallo de interpretación puede hacer un daño que no debe ser subestimado. A razón de estos errores de percepción, un malentendido puede crecer y extenderse hasta afirmarse como una verdad irrefutable, o contra la que nadie consigue la manera de denunciar su falta de comprobación. Lo que Said creyó ver fue una porción de la verdad, sesgada por los vicios de una interpretación apresurada en un momento de debilidad. Ahogado por el peso de malsanas sospechas, se le presentó una confusa escena ante los ojos en el momento justo para que su imaginación completara lo que no comprendía con presunciones alineadas a sus temores. Y entonces, a esta visión errada, a la que se le adjudicó un significado engañoso, se le dio el nombre de verdad.

Pero la verdad era otra y Said no se quedó suficiente tiempo en casa de Beatriz para conocerla, ni tampoco le concedió a ella la oportunidad de explicarse. En efecto, tal y como Said lo había confirmado, el hombre que visitaba la casa de Beatriz no era otro sino Timoteo, cuya relación con Pedro se fortaleció en los días posteriores a la cena, en calidad de ser considerada una amistad, como la declaraba Timoteo al saludarlo y llamarlo amigo. Agradecido por la invitación, quiso hacerle un regalo a Cayetano, a razón de su compromiso con la viuda: un anillo de plata pura para que le fuera dado a la futura esposa, tallado en el Reino de Francia y adquirido, según dijo, en un viaje de negocios. Para ello se dejó caer casi de improviso en el hogar familiar, para sorpresa de Tomasa y Beatriz, tras mostrarle el anillo a Pedro horas antes en el mercado, declarando su intención de dejarlo en su casa para evitar cualquier riesgo de que se extraviara. Tras fingir que no se atrevía a aceptar su regalo durante un largo rato de conversación, Pedro comprendió las intenciones de Timoteo y le dio permiso para acercarse a su casa, aunque no pudiera acompañarlo.

Beatriz permaneció dentro de la casa cocinando mientras Timoteo hablaba con Tomasa, con el niño en brazos, en el patio principal, exponiéndole la razón de su visita y mostrándole el anillo para Cayetano. Justo entonces el pequeño Carlos rompió en llanto y Tomasa solicitó la ayuda de Beatriz para que atendiera a Timoteo mientras calmaba a su hijo. Esta salió para recibirlo y saludarlo cortésmente, pero se tropezó con sus pies y Timoteo corrió pronto a socorrerla tomándola de las manos para levantarla. A causa de esta caída, Beatriz sintió un dolor insoportable en uno de sus tobillos y fue justo entonces cuando Said los encontró. Tomasa seguía intentando calmar al bebé y le pidió Timoteo que ayudara a Beatriz, temiendo que se hubiera fracturado el pie. Fue por esta razón que ella caminaba tomada de su mano, adolorida, para entrar en casa y recostarse, mientras esperaban la llegada de un curandero que revisara los efectos de la caída en su cuerpo. Distraídos como estaban por lo sucedido, ninguno de los presentes se percató de la breve presencia de Said en el patio de la casa.

Cuando Pedro volvió a su casa, después de la conversación con Said, encontró que Beatriz estaba siendo atendida por uno de los curanderos de la ciudad, quien vendaba su tobillo. Timoteo ya no se encontraba en la casa, pero fue él quien buscó al sanador después de pagarle unas monedas para que atendiera a Beatriz. Tomasa le explicó lo ocurrido a Pedro, quien, desorientado, aún pensaba en la charla con Said, en la promesa que este hizo de alejarse de Beatriz y en su culpable responsabilidad por incentivar ese trato a espaldas de ella. Cayetano, quien ya había llegado tras finalizar su jornada de trabajo en la costa, estaba arrodillado a su lado sosteniendo su mano y acariciando su cabeza. Tal y como lo diagnosticó el curandero, la caída no había sido grave y su tobillo

solo necesitava reposo por una semana. Beatriz le sonrió a su hermano Pedro al verlo frente a su cama y se burló luego de su torpeza pidiendo disculpas por ella. Pedro no se atrevía a mirarla directamente, con una mezcla de vergüenza y remordimiento, animándola a descansar para que se recuperara pronto.

—Prometo que seguiré las indicaciones del sanador y permaneceré en reposo —aseguró Beatriz para calmar a su hermano—. Pero, ¿me harías un favor, Pedro?

—Por supuesto, hermanita. Lo que tú pidas. —Cabizbajo y esquivando su mirada, Pedro se mantuvo distante.

—Sospecho que me quedaré atrapada en casa el resto de la semana… —bromeó Beatriz—. ¿Podrías contarle a Said lo que me ha ocurrido cuando lo veas en el mercado?

Una presión en el pecho le hizo recordar a Pedro la conversación que sostuvo con Said minutos antes. No era el momento apropiado para comunicarle a Beatriz los planes de Said, pues Pedro aún no sabía cómo decírselo de manera que no quedara duda de que se trataba de una idea en la cual él no tuvo influencia alguna. El accidente de Beatriz le presentaba una oportunidad conveniente para aplazar ese instante e idear una mentira convincente, ya que durante los días de obligatorio reposo no buscaría a Said en su casa y, a su vez, cabía la posibilidad de que Said interpretara esa falta de respuesta por parte de Beatriz como una conformidad absoluta con sus deseos. Casi respiraba aliviado ante la evidencia de su éxito, pensando que Dios favorecía esa decisión porque todo estaba dispuesto para que se cumpliera de inmediato.

—Así lo haré Beatriz —afirmó Pedro—. Mañana a primera hora sabrá lo que te ha ocurrido y le diré que no se preocupe porque no ha sido nada grave.

—¡Muchas gracias, hermano! —le dijo Beatriz, risueña a pesar de su tobillo vendado, que le seguía doliendo incluso en estado de reposo—. Y si Said quiere visitarme para ver cómo me encuentro, ¿se lo permitirías?

Pedro deseaba alejarse de su hermana. Ya había experimentado suficientes emociones contradictorias batallando en su consciencia y le costaba mantener el temple para no derrumbarse, con ganas de ofrecerle disculpas, frente a la pureza de unos ojos que lo miraban fijamente, incapaces de adivinar el malestar que se avecinaba.

—Si así lo quiere Said, le daré mi permiso para verte —accedió Pedro, añadiendo una nueva mentira a las muchas que ya había dicho—. Pero no hables más porque te pones ansiosa y tu cuerpo no descansa como corresponde. No seas testaruda y duérmete. Ya es tarde.

Acostada en su lecho, Beatriz aceptó la sugerencia de su hermano, asintiendo sin dejar de sonreír y se cubrió hasta la cabeza con las telas que cobijaban su cuerpo durante las noches. Pedro agradeció poder apartarse de ella y dejarla descansar, pero esta vez su hermano Cayetano caminó tras él.

—¿Te sientes indispuesto? Tu semblante me preocupa. Cualquiera pensaría que te pusiste así al ver a Beatriz con la pierna vendada, pero tu rostro ya lucía abatido y nervioso de antemano, si no me equivoco. ¿Puedo ayudarte?

Pedro hizo un gesto poniendo las manos sobre la boca para no hablar en voz alta y no llamar la atención de Beatriz o Tomasa.

—Ya habrá tiempo para hablar sobre ello —adelantó Pedro—. Lo que tengo que contar no tiene por qué ser algo grave, sino todo lo contrario.

—¿A qué te refieres? —preguntó Cayetano—. Dicho de ese modo, mayor razón tengo para preocuparme. Luces triste y nervioso.

—No exageres —desestimó Pedro—. Mejor hablemos sobre el anillo... ¿Lo viste? Timoteo me lo mostró antes de venir a casa. Es una pieza de gran valor hecha de plata genuina.

—Es hermoso y digno de Marta —confesó Cayetano—, pero me avergüenza aceptar un regalo de tal magnitud. Quizá deba devolvérselo a Timoteo.

—Nada de eso —reprobó Pedro—. Ahora le pertenece a Marta y debes dárselo.

—No me parece prudente aceptar un regalo así de parte de un desconocido —dijo Cayetano—. ¿No te parece sospechoso? ¿Cuáles son sus intenciones?

—Es un gesto de agradecimiento por la cena —insistió Pedro—. Cuando le comenté sobre tu compromiso con Marta se le ocurrió la idea de haceros un regalo y no me pareció conveniente contradecirlo. Pero Timoteo ya no es propiamente un desconocido. Has cambiado mucho, Cayetano. Antes eras más desenfadado. Ahora te preocupas en exceso. Aunque, si te hace sentir un poco más seguro, probablemente Timoteo pase a formar parte de nuestra familia en un futuro no muy lejano.

—Me vi obligado a volverme cauteloso… —destacó Cayetano —. Pero sigo sin entenderte, ¿de qué manera Timoteo pasará a formar parte de nuestra familia?

En lugar de responder, Pedro lanzó una mirada en dirección al lecho de Beatriz y Cayetano creyó comprender.

—Todo a su tiempo, hermano. Mientras tanto, concéntrate en tu compromiso con Marta. Yo me encargaré del resto. Como siempre, la prioridad es conseguir lo mejor para nuestra familia.

—Y que sea lo mejor para nuestra hermana —apoyó Cayetano, mucho menos confundido que antes.

***

Para una persona convaleciente y en reposo las horas se presentan tan semejantes entre sí que se vuelven insoportables, y la inactividad se convierte en un castigo para la mente, ya que no deja de imaginar todas las cosas que podría estar haciendo en lugar de quedarse quieta y en un mismo lugar. Así se hallaba Beatriz, atendida de día por Tomasa y de noche por sus hermanos. El tobillo le seguía doliendo, especialmente si se movía, ya fuera por un reflejo involuntario, cuando intentaba sentarse en el lecho o si cambiaba su postura al estar acostada. Le frustraba no poder ayudar a su cuñada en las labores domésticas porque esta no se lo permitía bajo ningún concepto, viéndola caminar de un lado a otro para atender al pequeño Carlos y completar el resto de las tareas simultáneamente. Sin embargo, logró convencer a Tomasa de que dejara a su sobrino en sus brazos mientras cocinaba. Gracias a esto, la monotonía de su forzoso reposo se veía iluminada por el alegre rostro del bebé, que nunca lloraba cuando Beatriz lo cargaba y, en cambio, se distraía con la mirada de los ojos azules de su tía observándolo, para enfocarse luego en su largo cabello dorado, que intentaba apresar torpemente extendiendo sus manitas mientras ella le hacía muecas para distraerlo y sacarle sonrisas que le alegraban el alma, permitiéndole distraerse de sus preocupaciones.

Apenas habían pasado dos días desde su caída y probablemente aún le quedaban otros cuatros por delante antes de recuperarse y recibir el permiso por parte del curandero para levantarse. Con tanto tiempo para pensar, el recuerdo de Said la asaltaba de improviso a la menor distracción. O, para ser exactos, el recuerdo de su ausencia. Durante el tiempo cumplido, sin poder moverse de su cama y mucho menos salir, Said no la había visitado para ver cómo se sentía, aunque su hermano asegurara haberle notificado el suceso. Beatriz no tenía razones para desconfiar de la palabra de su hermano y evitó asediarlo con preguntas ya que la situación era delicada y, hasta el momento, Pedro había sido suficientemente permisivo y comprensivo frente a esa relación, al igual que el resto de sus seres queridos. En silencio, Beatriz trataba de imaginar las razones por las cuales Said evitaba presentarse tras enterarse de su accidente y recibir el permiso para verla por parte de su hermano. ¿Se hallaba muy

ocupado debido a sus labores en el mercado? ¿Su familia se lo había prohibido? ¿Qué o quién se lo impedía? Casi invariablemente, después de plantearse estas preguntas para las que no hallaba una respuesta lógica o satisfactoria, basándose en lo que conocía de Said y en cómo su devoción a ella lo llevaba muchas veces a reaccionar de manera temeraria, la asaltaban suposiciones oscuras que apartaba de inmediato, reclamándose a sí misma que existía una respuesta sensata para explicar esa ausencia y justificarla.

—Said vendrá… —le susurraba al pequeño Carlos mientras lo arrullaba, convirtiéndose este en un perfecto confidente porque la escuchaba sin entenderla—. Nada malo ha ocurrido entre nosotros y, tarde o temprano, volveremos a vernos. Nunca dejamos de hacerlo, ¿cómo podría ser distinto esta vez?

El bebé no tardó en dormirse, motivado por el suave vaivén de los brazos de Beatriz y el sonido dulce de su voz. Beatriz se detuvo a admirar los rasgos delicados de su sobrino y encontró similitudes con su propio rostro. Le regocijó reconocer una parte de ella en ese rostro amado, que no dejaba de admirar, hasta que la interrumpió la presencia de Tomasa.

—Han venido a visitarte —le anunció Tomasa.

Beatriz sintió un vuelco en el corazón al escucharla, seguido por un estremecimiento que erizó su piel. ¡Lo sabía! ¡Said había venido! Pero para su sorpresa fue otra la voz que escuchó a espaldas de Tomasa.

—Mira cómo se duerme en tus brazos, serás una buena madre.

No, no era Said. Al revelarse la presencia del visitante, Beatriz se sintió profundamente decepcionada. Se trataba de Timoteo, a quien no veía desde el día en que sufrió la caída. Tomasa se apresuró a llevarse a su hijo dormido para que Beatriz pudiera acomodarse mejor frente a Timoteo, quien la miraba embelesado como siempre que se hallaba ante su presencia, aunque no por eso dejó de advertir el gesto de contrariedad que se dibujó en su rostro al descubrir que se trataba de él.

—Comprendo que no quieras verme… —adelantó Timoteo—. Espero que te encuentres mejor. No había tenido ocasión de verte desde la caída y lo siento mucho. Fue por mi culpa que te vieras obligada a apresurar tus pasos y resbalarte.

Ya repuesta de la decepción inicial, Beatriz retomó la compostura.

—Aún me duele el tobillo y siento un pinchazo al moverme —se excusó Beatriz—. Pero no, no me molesta su presencia Timoteo.

A pesar de que su primera impresión durante la cena no fue agradable, Timoteo se había venido comportado de forma muy respetuosa y galante con ella, mejorando la percepción que de él tenía. De cualquier forma, no le agradaba recibir su visita, ya que si Said decidía acercarse a su casa probablemente Tomasa le impediría la entrada, pues resultaría muy sospechoso explicar la presencia de un joven musulmán en una casa cristiana frente a alguien como Timoteo.

—Ni siquiera acostada debes hacer grandes esfuerzos —recomendó Timoteo—. Si tienes cuidado, te recuperarás con mayor prontitud. Me imagino lo aburrida que debes sentirte sin poder salir de casa ni contemplar el hermoso día que hay afuera.

—Bien lo adivinas —dijo Beatriz, escapándosele una sonrisa por primera vez en presencia de Timoteo—. Ya extraño caminar.

—Es un placer inmenso contemplar tu sonrisa —dijo Timoteo sin reservarse los cumplidos—. Especialmente en un momento poco agradable para ti, considerando la situación. Me complace mucho saber que puedo hacerte sentir mejor.

Beatriz lamentó haber sonreído, pues prefería mantener una actitud distante y alerta en presencia de Timoteo; en parte por pudor y a su vez impulsada por la presunción de que a Said no le agradaría la idea de verla hablando con un hombre que no conocía. Y

aunque él no pudiera ser testigo de lo ocurrido, su amor por Said animaba una férrea fidelidad hasta en los gestos y detalles que solo reservaba para él.

—Agradezco su visita —dijo Beatriz formalmente, bajando su cabeza avergonzada—. Probablemente tenga muchas ocupaciones y no quisiera quitarle su tiempo.

—Dispongo del tiempo necesario para ti —aseguró Timoteo, tratando de usar un tono confidente para contrarrestar la fría formalidad con la que Beatriz le hablaba—. Comprendo que una joven cristiana devota como tú se sienta insegura ante la presencia de un hombre distinto a sus hermanos. Pero te garantizo que mis intenciones son nobles. De ningún modo te faltaría el respeto y tu hermano lo sabe. Por eso me ha dado permiso para visitarte y hablar contigo, siempre y cuando no te incomode.

Beatriz se sintió acorralada por un dilema: no le agradaban las constantes atenciones de Timoteo, pero no deseaba decepcionar a su hermano haciéndole un desaire a un amigo suyo.

—Si Pedro lo permite no tengo problema alguno —aceptó Beatriz, en contra de sus verdaderos deseos.

Capítulo 11

Pasaron los días y Said nunca apareció en casa de Beatriz. Las respuestas de Pedro eran poco satisfactorias cuando sacaba a relucir el tema y este las rehuía con un tono seco para dar a entender que no siguiera insistiendo ya que se arriesgaba a sobrepasar el límite del decoro. A medida que mejoraba su pierna y cesaba el dolor, se incrementaba su angustia. Finalmente, cuando el curandero declaró que estaba completamente recuperada, Beatriz expresó el deseo de ver a Said y visitarlo en su casa, a lo que Pedro puso objeciones de inmediato.

—Es inadmisible, Beatriz. No me parece conveniente que te expongas a visitarlo, apareciéndote en aquella casa de improviso. Debes esperar que él venga hasta ti, como en las anteriores oportunidades.

—No ha venido en todo este tiempo —replicó Beatriz reaccionando con enojo—. No me impidas verlo, por favor. Quizá le ha ocurrido algo.

—Nada malo le ha ocurrido, eso puedo asegurártelo —dijo Pedro con una mirada furibunda que demandaba obediencia—. ¿No has pensado que quizá no ha venido porque no quiere verte? No puedes forzarlo si no forma parte de sus deseos.

La crueldad de esta sugerencia desarmó a Beatriz por completo y las lágrimas acudieron a sus ojos, arrodillándose ante Pedro y sujetándolo de las piernas.

—Si sabes qué es lo que ocurre, dímelo. ¿Acaso él mismo te lo dijo? ¡No me mientas, hermano, por favor!

A Pedro le afectó ver a su hermana suplicante y arrodillada a sus pies. La alzó enseguida para abrazarla, intentando calmarla. Había llegado el momento de decirle una verdad a medias para que la mentira pareciera convincente.

—Te pido que seas fuerte, si quieres escuchar lo que debo decirte. Estaba esperando el momento adecuado, cuando te sintieras mejor...

—Sea lo que sea, necesito escucharlo —imploró Beatriz—. Todo lo que busco es saber la verdad.

—De acuerdo, no puedo mentirte —dijo Pedro a modo de introducción—. Hablé con Said el día de tu accidente, antes de enterarme, porque él mismo me lo pidió. Me dijo que había decidido alejarse de ti y que quería que yo sirviera de intermediario para dar su mensaje. No soporta la situación en la que estáis y no es capaz de seguir con ella. Said quiere una vida y una familia. Te pide que tú también accedas a formar la tuya. Para Said llegó la hora de renunciar. Lo que hubo entre vosotros, no puede seguir siendo… Se acabó… Respeta su decisión y acéptala.

Las palabras dejaron de tener sentido para Beatriz y el mundo enmudeció a su alrededor, como si solo escuchara un zumbido en su mente repitiendo una y otra vez "se acabó". De pronto se imaginó a sí misma suspendida en el tiempo, insensible a las sensaciones del exterior, concentrada en el impacto de su dolor. Apenas alcanzaba a respirar, pero se mantuvo fuerte.

—¡No puede acabarse de esta manera! —dijo Beatriz, desesperada—. Después de todo los obstáculos que hemos superado. Quiero que me vea a la cara y me lo diga mirándome a los ojos.

Beatriz temblaba y Pedro tuvo que sujetarla con fuerza para hacerla reaccionar.

—Déjalo ir, hermana. Ya no hay nada que puedas hacer, excepto aceptarlo. Te espera un futuro distinto, la oportunidad de formar y de cuidar una familia propia con un hombre cristiano que lo merezca.

—¡No puedo aceptar a otro hombre en mi vida! —gritó Beatriz—. ¿Te cuesta tanto entenderlo? ¡Mi vida no tendrá sentido! ¡Yo lo amo a él!

Con una mirada desafiante, Beatriz hizo que su hermano la soltara y retrocediera unos pasos. Pedro también se encontraba aturdido. A una distancia prudencial, Tomasa los escuchó sin intervenir. Ambos hermanos permanecieron en silencio, poniendo distancia entre ellos sin dejar de mirarse. A Pedro lo aguijoneaba una amarga culpa, mientras que a Beatriz la azotaba la toma de consciencia sobre el abandono al que estaba siendo sometida por parte del hombre que amaba. Deseaba que las palabras de Pedro fueran una mentira, pero la ausencia de Said en el transcurso de los últimos días servía como prueba suficiente de su veracidad. Said la había abandonado. Comprendía las razones expuestas por Pedro, ya que anteriormente fueron discutidas entre ellos. Ambos temían que los sacrificios terminaran apartándolos. Pero en el pasado nada de eso fue verdaderamente importante para determinar el fin de la relación. Beatriz solo se planteaba una pregunta: ¿Said había dejado de amarla?

Se trataba de un instante crucial y Pedro no albergaba todas las respuestas, aunque así lo pareciera. Beatriz no se conformaba únicamente con escuchar esa supuesta verdad que su hermano le exponía, como portavoz de las intenciones de Said. Sin pensarlo y guiada por el pulso violento de su ansiedad, Beatriz tomó por sorpresa a su hermano cuando decidió correr para escabullirse de su presencia y escapar fuera de casa. Sin saber si era perseguida o no, corrió indetenible, rumbo a la casa de Said. Conocía la dirección y llevaba consigo el recuerdo de una huida anterior que casi tuvo trágicas consecuencias. Quienes la vieron pasar no alcanzaron a explicarse qué era lo que obligaba a una hermosa joven como aquella a correr por las calles de Valencia en plena tarde. Se introdujo en el barrio musulmán y cuando finalmente llegó a la casa de Akram, llamó a la puerta con fuertes y desesperados golpes. A su encuentro salió Fátima.

—Beatriz, ¿qué haces aquí? No deberías caminar sola por estas calles.

—¡Necesito hablar con Said! —pidió Beatriz sin rodeos— ¡Es urgente!

—¿Acaso tu hermano no ha hablado contigo? —dijo Fátima—. Ya deberías aceptarlo. Said no quiere verte. No insistas, por favor. No le hagas más daño.

Fátima se introdujo en la casa, cerrándole la puerta a Beatriz en las narices. Ella retrocedió espantada, incapaz de llorar o gritar. Sí, era verdad todo lo que le habían dicho hasta ahora. Said no deseaba verla, probablemente ya no la amara. De nuevo, las palabras de su hermano retumbaron en su cabeza, pero esta vez cayeron como un relámpago en su corazón: "Se acabó".

Capítulo 12

El tiempo sana todas las heridas y corrige los recuerdos a fuerza de olvidos. Se vuelve una costumbre aceptar la ausencia de algo querido cuando ya ha pasado un tiempo prudencial. Transcurrieron largos y desoladores meses para los amantes, quienes ya no esperaban reencontrarse. La vida de los otros continuaba ajena a las penas particulares de quienes quisieran detenerse, pero esas mismas penas se diluían lentamente para que los dolientes avanzaran con el curso natural que traslada el doloroso pasado hacia las vías de los prometedores días que vendrán. Para Beatriz, adaptarse a la falta de Said en su vida se convirtió en un arduo y pesado trabajo que solo se aligeraba cuando cerraba los ojos y conseguía dormir. A su alrededor sus seres queridos continuaron adelante con sus vidas, y Beatriz se contentó con compartir sus alegrías y éxitos para aligerar sus tristezas. Un par de semanas atrás, su hermano Cayetano desposó a Marta para mudarse después a vivir con ella y su hijo Pablo. Beatriz los visitó ocasionalmente, ganándose enseguida las simpatías de su nueva cuñada y de su sobrino político. Entretanto, Pedro prosperaba en el mercado con la ayuda del misterioso Timoteo, quien se convirtió en amigo y visitante regular de la casa con la intención de cortejar a su hermana con su permiso expreso, aunque tales decisiones no le fueran expuestas directamente a ella.

La respuesta de Beatriz ante el cortejo de Timoteo fue, al principio, fría y cordial, pero eso no impidió sus avances ni lo desanimaron a seguir tratando de llamar su atención, desde cumplidos hasta regalos, sin olvidar los paseos por el patio complementados con una cálida conversación. La paciente insistencia de Timoteo acabó rindiendo frutos y Beatriz terminó comportándose más amistosa y cercana, aunque sin corresponder a los sentimientos que sutilmente le declaraba Timoteo en cada encuentro. Beatriz seguía pensando en Said y amándolo como siempre, pero, herida por la decepción que le ocasionó su ausencia, trataba de olvidarlo, o por lo menos de distraerse de su recuerdo. En uno de esos paseos, en los que ya Tomasa no se preocupaba por vigilarlos, Timoteo estaba caminando al ritmo de los cortos pasos de Beatriz, a su lado, pero sin hablarle. Beatriz miraba al cielo con un semblante triste, como si quisiera ser una de las aves que lo surcaban para volar lejos de donde se encontraba. Timoteo notó la expresión desconsolada en su rostro y sostuvo sus manos, obligándola a detenerse.

—¿Qué te impide alcanzar la felicidad, Beatriz? –la interpeló Timoteo—. Eres una joven hermosa y una cristiana devota. Si tu fe es verdadera, debes confiar en el plan que Dios tiene para ti, así como en la garantía de su promesa salvadora. Conozco bien las pérdidas que has sufrido, pero si tus hermanos han podido seguir adelante y ser felices en sus vidas, ¿por qué tú no puedes también ser feliz?

—¿Por qué supones eso? —replicó Beatriz sobresaltada—. No soy infeliz.

— Siempre miras a tu alrededor como si esperaras algo que no ocurre y pareces decepcionada al comprobar que así es. —dijo Timoteo— Pero trata de ver lo que está frente a ti. Concédeme la oportunidad de hacerte feliz.

—Yo agradezco tus atenciones, Timoteo —dijo Beatriz rehuyendo su mirada y zafando sus manos de las de Timoteo para darle la espalda—. Has sido como un amigo para mí, pero no es justo que te haga creer que puedes ser algo más. No es apropiado que sigamos hablando a solas de este tema.

Timoteo se adelantó para ponerse nuevamente frente a ella y obligarla a mirarlo a los ojos.

—Quizá tus sentimientos no sean semejantes a los que tú me inspiras, pero si me das la oportunidad es probable que aprendas a sentirte de igual forma a mi lado. Quiero hacerte feliz del modo en que tú me haces feliz cuando comparto estos momentos.

Tengo muchas ocupaciones y mi vida hasta ahora ha sido muy solitaria, pero al caminar y hablar contigo esa soledad se aparta para revelarme la posibilidad de una vida compartida con alguien.

—No sé qué decirte, Timoteo —se excusó Beatriz—. Pienso en ti como un amigo de la familia… Te agradecemos mucho lo que has hecho por nosotros, que no se ha limitado solo a contribuir a la prosperidad del negocio que nos da el sustento. Pero no quiero darte una impresión errónea, ni parecer grosera o desagradecida ante tus ojos. Las cosas son más complicadas de lo que parecen… Yo no soy la persona que buscas…

—¡Solo mírame a los ojos, Beatriz! —pidió Timoteo con firmeza y convicción, logrando que Beatriz lo obedeciera—. Quizá no te comprendo porque no conozco toda tu historia. Tampoco puedo alcanzar a comprender la magnitud de tu dolor por la pérdida de tus padres, pero eso no quiere decir que no lo respete. Pero sigues siendo una muchacha pura e inocente, eso lo adivino en tu mirada. Entonces, respóndeme, ¿qué quieres en tu vida? Estoy convencido de que cualquier cosa que se te ocurra yo podré dártela. ¿Quieres seguir sintiéndote desdichada?

—¡No! —respondió Beatriz, sintiendo que esa pregunta la estremecía—. No quiero sentirme así. ¡Quiero vivir y saber que vale la pena!

Timoteo se alegró al escuchar su respuesta porque era la primera vez que Beatriz se conmovía con sus palabras. Al apuntar directamente a su vulnerabilidad, logró que ella se rindiera a sus deseos. Vio en su mirada una súplica involuntaria y gracias a ello se atrevió a tomar nuevamente sus manos para hablarle directamente al corazón.

—A mi lado no volverás a sentirte desdichada si me das la oportunidad que hoy te pido. Te lo prometo. ¿Te casarías conmigo ante los ojos de Dios?

Se trataba de una decisión radical para la que no había vuelta atrás una vez que respondiera. Beatriz solo pensaba en el dolor que le había causado el abandono de Said y justo entonces se dio cuenta de la rabia que la embargaba. No le perdonaba a Said lo que hizo.

—Sí, acepto casarme contigo —alcanzó a responder.

***

En los días sucesivos dos importantes noticias se propagaron por el mercado y gran parte de la ciudad, aunque eran muy distintas. Una de ellas era condimento para habladurías de mujeres en sus casas y charlas casuales entre los mercaderes, y se refería al compromiso entre Beatriz, la célebre belleza local, y Timoteo, el mercader adinerado que seguía representando un misterio para la parte baja de la ciudad, incapaces de reconocer a alguien proveniente de las zonas privilegiadas. Muchos valencianos consideraban esta unión algo lógico, ya que era bien sabido por todos la relación fraterna y cercana que Timoteo mantenía con Pedro. Además, por ser Beatriz una de las mujeres más bellas de la ciudad, se esperaba que tarde o temprano se casara con algún señor pudiente que quedara prendado de su belleza y ofreciera a la familia una generosa dote.

La otra noticia que se comentaba, desde la costa hasta en el Cargo Foral de Valencia, era el hallazgo de un cadáver a las orillas de la playa, que dejaba entrever la posibilidad de un asesinato. Se trataba de un hombre cristiano de mediana edad que había perdido a su esposa, su madre y su hijo durante la peste negra, siendo el único sobreviviente de la enfermedad. Trabajaba como pescador y mantenía una relación directa con los mercaderes cristianos, siendo bastante conocido por el peso de la tragedia legada por la peste y como testigo de los acontecimientos ocurridos en la ciudad cuando gran parte de sus habitantes habían huido de ella. En torno a este acontecimiento y a instancia de sus amigos cristianos, quienes acusaban el hecho como un crimen que debía ser resuelto, comenzaron las investigaciones. Como era de esperar,

esto dio pie a las usuales rivalidades entre cristianos y musulmanes, que sospechaban los unos de los otros esperando cualquier excusa para sacar a relucir los eternos resentimientos que los apartaban. Los cristianos radicales murmuraban entre ellos que, si había un asesino de cristianos, seguramente lo encontrarían entre los musulmanes, mientras que los musulmanes se mantenían cautelosos prefiriendo evitar el tema.

Por otra parte, las noticias en cuestión tampoco tardaron en ser conocidas por los miembros de la casa de Akram, pero preferían hablar del cristiano presuntamente asesinado en vez del compromiso de Beatriz con Timoteo para no perturbar la tranquilidad de Said. Al enterarse del futuro enlace, Said reafirmó la validez de su decisión o, al menos, trató de convencerse de que hacía lo justo y necesario para sentirse menos desdichado de lo que se encontraba cuando abandonó a Beatriz. Pero, por mucho que repasara mentalmente las razones por las que le convenía alejarse de ella y renunciar a su amor, no cesaba de pensar en Beatriz ni la había dejado de amar. A pesar de los consejos de su madre y de su tío para que tomara por esposa a alguna mujer musulmana entre las hijas de sus vecinos, Said no se sentía preparado para interpretar esa farsa. Se conformaba con su soledad, aunque le pesara la falta de Beatriz. A diario hacía el esfuerzo de controlar sus impulsos y de no lanzarse en su búsqueda para encararla directamente, para saber si realmente amaba a ese hombre con el que se casaría, si deseaba permanecer a su lado tanto como declaraba querer estar al lado suyo. Le desesperaba suponer el amor que le tendría a ese nuevo hombre al compararlo con los sentimientos que tantas veces se declararon. ¿Acaso todo fue una farsa?

La idea de consagrase enteramente al desierto reclamaba con mayor fuerza la voluntad de Said, transformándose en un deseo que se fortalecía cada día en su consciencia como respuesta al hambre en su espíritu. Resultaba atractiva la opción de regresar a la tierra de sus antepasados y vivir como ellos, al amparo de Alá y sus designios. Si no encontraba el olvido, por lo menos hallaría alguna forma desconocida de redención, un propósito superior a sus desgracias, y aprendería a vivir como un despojo que ha sacrificado todas sus dichas pero también sus vergüenzas. No tendría nombre, ni hogar. Ansiaba convertirse en un desconocido hasta para sí mismo. Al exponerle sus intenciones a su madre, esta rompió en llanto y Akram no escatimó sus regaños acusando su cobardía por preferir abandonar a su familia en lugar de asumir sus responsabilidades como hombre adulto. Por encontronazos como esos, aumentaron sus ratos de introspección y soledad, satisfechos con las largas caminatas por el lado solitario de la costa, en el lugar donde comenzaron todas las fortunas que ahora lo hacían sentir miserable. Si el recuerdo de Beatriz estaba en todas partes, incluso en aquellos lugares que nada tenían que ver con ella, ¿por qué no enfrentarlos donde fueron engendrados?

Said paseaba por la playa, enredado en el recuento de conjeturas para las que no obtendría respuesta, imaginando el tiempo que faltaba para que Beatriz se convirtiera en la esposa de alguien y con ello marcar por completo la imposibilidad de ese amor que nunca debió ser. Para aplacar sus incertidumbres Said se concentraba en buscar pequeñas piedras en la arena para luego lanzarlas al agua tan lejos como lo permitieran sus esfuerzos, imaginando que con cada piedra arrojada fuera de sí expulsaba alguno de los incontables recuerdos que atesoraba de Beatriz. A veces se introducía en el agua para nadar en ella hasta una zona peligrosamente honda, pero en ese momento la marea estaba alta y no parecía sensato provocar al mar con sus imprudencias. En cambio, se maravilló contemplando el fuerte oleaje, esperando que llegara pronto hasta su posición en la orilla y lo empapara hasta los huesos.

El mar embravecido inspiraba respeto y aconsejaba guardar distancias. Said permaneció en la orilla, pero el mar no tardó en alcanzarlo tal y como deseaba, mojando

sus piernas hasta la parte baja de la rodilla. Se distrajo mirando la espuma en la cresta de cada ola y las ondas que se formaban a su alrededor. Por un movimiento reflejo giró su cabeza siguiendo con su mirada la línea ascendente de la costa y cómo esta se perdía para indicar el camino que conducía a la ciudad. A lo lejos vio una figura que se acercaba, una mujer vestida con un sayo azul claro que resplandecía a efectos de los rayos del sol, al igual que su cabello dorado. Le resultó familiar el sayo y no le quedó duda de quién se trataba cuando reconoció ese cabello tan radiante y dorado como el sol que lo alumbraba: ¡era Beatriz!

Por un momento todas sus resoluciones, inseguridades y resentimientos quedaron en suspenso. La realidad de su amor se imponía sobre todo ello, impulsada a correr bajo el pulso de su corazón para alcanzarla de frente antes de que su consciencia reaccionara para detenerlo.

***

Parecía un sueño poco agradable o un delirio de fiebre y a Beatriz le costaba convencerse a sí misma de que el compromiso con Timoteo era una realidad inmediata. Al aceptar la propuesta, enloquecida por la rabia y la tristeza que la embargaba, no reflexionó con detenimiento en las responsabilidades y demandas que significaba casarse con un hombre. Pedro dispuso una alta dote y Timoteo le reveló a la familia el secreto de su verdadera identidad: no era un mercader, sino un señor poderoso que hacía negocios con nobles y cortesanos, residenciado en la parte alta de Valencia, que se había unido a los comerciantes con el único interés de conocer de cerca la ciudad después de la peste. Pidió disculpas por sus mentiras y a Pedro no le molestó descubrir la verdad, viendo en esto mayores oportunidades de las que imaginaba al principio. Para Beatriz, en cambio, dicha revelación le recordó la desconfianza de su primera impresión, pero ya era muy tarde para retroceder. Beatriz prefirió convencerse de que su hermano Pedro sabía mejor lo que era conveniente para todos, que aprendería a querer a Timoteo con el tiempo, que gracias a ello conseguiría olvidar a Said tarde o temprano y que no existía mejor forma de honrar a Dios que siendo la esposa de un creyente con el que pudiera tener hijos, que criaría bajo la fe de Cristo. Beatriz quiso creer que esta decisión la ayudaría a ser feliz y a imponerse por encima de la tristeza, porque después de todo nada parecía intolerable cuando cada uno de tus actos se consagran a un salto de fe.

Por otra parte, Timoteo experimentaba una felicidad que superaba cualquier dicha pasada. A pesar de nunca haber sufrido privaciones, su soledad era una carga que cada año le pesaba más. No quería una vida sin alguien con quien compartirla, ni morirse sin dejar un heredero de su propia sangre a cargo de su fortuna y propiedades. Para Timoteo, el cumplimiento de este anhelo se veía representado en Beatriz, por quien sintió una atracción inmediata desde la primera vez que sus ojos se posaron en ella. Atraído por su belleza, su delicadeza y su inocencia, Beatriz era la mujer perfecta para convertirse en su compañera cristiana para toda la vida, así como en la madre de sus hijos. A pesar del apoyo de Pedro, como jefe de la familia y encargado de velar por Beatriz tras la muerte de sus padres por tratarse del hermano mayor, sus avances para conseguir el propósito de desposarla fueron bloqueados por la actitud fría y reservada de ella. Timoteo suponía que le avergonzaba entablar contacto directo con un hombre que no fuera miembro de su familia, temiendo comprometer su virtud. Sin embargo, Timoteo a veces notaba en su mirada una madurez que le resultaba ajena, como si soportara un dolor mayor al que su juventud y aparente ingenuidad encubrían. Timoteo prefirió no profundizar en ese aspecto de Beatriz y se enfocó en encontrar medios para llamar su atención y conseguir que su corazón se rindiera a sus demandas. Cuando Beatriz aceptó su propuesta fue el primer sorprendido, ya que hasta el momento Beatriz no había mostrado ninguna señal que denunciara una correspondencia. Pero satisfecho

con su suerte, Timoteo no cuestionó ese golpe de fortuna y aceptó con agrado el giro a su favor. Se casaría con Beatriz y juntos engendrarían una familia propia.

Movido por la euforia de los acontecimientos que alegraban sus días, aquella tarde Timoteo se apareció en casa de Pedro para visitar a su futura esposa y proponerle dar un paseo por la ciudad, no sin antes recibir el permiso de Pedro, a quien visitó antes en el mercado. Tomasa salió a su encuentro para revelarle que Beatriz no se encontraba en casa, porque había sido invitada a comer en el nuevo hogar de su hermano Cayetano, cerca de la costa. Timoteo condujo sus pasos hacia esa dirección, pero al llegar la esposa de Cayetano le notificó que Beatriz acababa de salir para regresar a su casa. Marta le sugirió que siguiera el camino de la costa que conducía directamente a la playa, ya que probablemente alcanzaría a Beatriz mientras aún siguiera cerca. Timoteo obedeció el consejo apurando sus pasos para llegar hasta donde se encontraba Beatriz, pero no logró verla hasta que descubrió la figura de un hombre y una mujer a lo lejos, a cierta distancia de una roca que golpeaban las olas de un mar agitado. Por un momento creyó reconocer el sayo azul de Beatriz, pero supuso que se trataba de un parecido alimentado por la distancia. Optó por acercarse, con cautela para no llamar la atención, bordeando la roca y ocultándose tras ella. Cuando volvió a asomarse, sus ojos no dieron crédito a la imagen que se presentaba ante sus ojos: en efecto, se trataba de Beatriz abrazada por un joven musulmán de piel morena, que le hablaba.

Entre la sorpresa y la decepción ante esa escena, a Timoteo lo invadió una mezcla de impotencia y enojo. Su primer impulso fue revelar su presencia y abalanzarse sobre aquel hombre, pero decidió permanecer en silencio y a escondidas para escucharlos. Fue así como se enteró que se llamaba Said y que se conocían desde hacía algún tiempo. Antes de que pudieran reparar en su presencia abandonó la costa sigilosamente, pero con información suficiente para actuar conforme a los planes vengativos que trazaba su mente: sin importar lo que pasara, se casaría con Beatriz y ningún hombre iba a quitársela.

***

Antes de que Timoteo los descubriera, sin que lo notaran, el reencuentro entre Beatriz y Said no requirió de mucho tiempo para aclarar los malentendidos y acordar una reconciliación definitiva. Al mirarse de nuevo, sus ojos se inundaron de lágrimas para luego gritar los reclamos que guardaron durante todo el tiempo que estuvieron separados; hasta que finalmente consiguieron escucharse, comprenderse y descubrir que seguían amándose como siempre. A pesar de que ya no quedaban dudas entre ellos, nuevos problemas se presentaban para su amor. Beatriz estaba comprometida con otro hombre y no podría romper el compromiso sin revelar las razones que motivaban esa decisión. En caso de hacerlo, el panorama no era muy esperanzador porque generaría un escándalo de gran magnitud, capaz de desembocar en situaciones similares a las vividas en el Campo de los Salvados.

—No puedo defraudar a mi hermano —dijo Beatriz—. Pedro tiene muchas expectativas con este matrimonio. Jamás me lo perdonaría.

—¡Tu hermano nos ha engañado! —le recordó Said—. No le debes nada. Te ha traicionado con mentiras. Nos manipuló para que tú te casaras con ese hombre, tal y como él quería.

—Pedro hizo lo que creía mejor para todos en nuestra familia —defendió Beatriz—. Sus acciones fueron erradas, pero yo lo perdono. Sin embargo, no puedo casarme con Timoteo. Yo solo quiero estar a tu lado, Said. ¿Qué haremos?

—Solo nos queda una opción —afirmó Said—. Huir pronto, a un lugar donde nadie nos conozca.

—¿Abandonaremos a nuestras familias? —cuestionó Beatriz aterrada ante la idea—. No me atrevo a apartarlos de mi vida y no saber de ellos.

—Escúchame, Beatriz. —Said sujetó a Beatriz de los brazos con una mirada suplicante—. Es la única opción que tenemos si queremos seguir juntos. De lo contrario te verás obligada a casarte y nos apartarán para siempre. Huyamos juntos a Granada. Es un lugar bajo dominio musulmán y nadie nos conocerá. Podremos casarnos allí. Dejaremos que pase el tiempo y volveremos a Valencia cuando las cosas se hayan calmado. No será una separación definitiva. En cambio, si nos quedamos tendremos que renunciar a nuestro amor por completo. He sido tonto y cobarde. Es lo que debimos hacer desde hace meses. ¿Huirías conmigo para convertirte en mi esposa?

—Tendría que renunciar a mi religión —repuso Beatriz—. Sé que no lo entenderás, pero ¿cómo podría vivir una vida renunciando a Cristo?

—A mi lado no —aseguró Said—. No abandonarás a tu familia. No renunciarás a tu fe, aunque te conviertas a la mía. Oficialmente serás musulmana, pero en la privacidad del hogar que construiremos tendrás plena libertad de ser cristiana ante mis ojos. Pero no perdamos tiempo. De ser posible esta misma noche.

Beatriz y Said se abrazaron con fuerza, antes que ella diera su veredicto.

—Huyamos. Quiero ser tu esposa.

Capítulo 13

Beatriz y Said prepararon su plan de escape antes de volver a sus respectivos hogares. Acordaron escabullirse de sus casas cuando todos durmieran y encontrarse en una calle cercana a la casa de Beatriz. Llevarían consigo la moneda de oro gracias a la cual tuvieron la fortuna de conocerse y con esa misma moneda garantizarían una oportunidad para vivir juntos como siempre lo quisieron. Todo estaba dispuesto a la perfección, pero, para sorpresa de Said, su casa se encontraba rodeada por guardias que respondían al Cargo Foral de Valencia, quienes corrieron a su encuentro para acorralarlo tan pronto puso un pie en ella. Said alcanzó a ver la mirada angustiada de su madre y el horror estampado en el rostro de su tío, quienes no conseguían una explicación racional para lo que estaba ocurriendo. Se lo estaban llevando detenido a la vista de todos. Said no opuso resistencia.

—Esto es una confusión, no te preocupes —le gritó a su madre.

Uno de los guardias rio al escucharlo.

—Yo me preocuparía en tu lugar, asesino de cristianos. El castigo por homicidio es la pena de muerte.

Antes de que pudiera responder, los guardias golpearon a Said con fuerza y se lo llevaron casi inconsciente, a rastras, por las calles del barrio musulmán para humillarlo públicamente antes de conducirlo a las mazmorras del Cargo Foral, a pesar de las objeciones y reclamos del resto de los residentes del barrio, quienes acusaron la acción en su contra como un atropello contra un miembro de la comunidad bajo acusaciones poco claras. Cuando Said se encontraba en las mazmorras, se enteró que lo incriminaban por la muerte del cristiano encontrado en la playa días atrás, según la denuncia de un supuesto testigo. Por supuesto, esta mentira había sido forjada por Timoteo, quien vio en el caso sin resolver que todos comentaban una valiosa oportunidad para incriminar a Said y apartarlo de Beatriz, usando las influencias que su nombre y su dinero eran capaces de sumar a su favor.

Cuando se enteraron de lo sucedido en casa de Pedro, Beatriz no disimuló su reacción.

—Debo visitarlo. ¡Said es inocente!

—¿Cómo puedes estar tan segura? —se interpuso Pedro—. ¡No es de nuestra incumbencia! Y mucho menos debe inmiscuirse una mujer como tú, comprometida con otro hombre.

—No volverás a engañarme, Pedro —lo desafío Beatriz con la firmeza suficiente para hacerlo retroceder sorprendido—. Said y yo nos topamos esta tarde gracias a una bendita casualidad. Descubrimos cada una de tus mentiras para impulsarlo a alejarse de mí y allanar el camino para que Timoteo se casara conmigo. ¡Pero eso nunca no ocurrirá!

Desarmado por la ira de Beatriz y sus acusaciones, ya no pudo contener la culpa contra la cual batallaba desde hacía tiempo. Se dio cuenta de la gravedad de sus acciones y de las consecuencias de sus mentiras. Por querer lo mejor para su hermana la condujo por el camino de una vida miserable e infeliz. Consciente de su arrepentimiento, se puso de rodillas y se abrazó a las piernas de su hermana.

—¡Perdóname todo el daño que he causado!

Beatriz lloró al escuchar su ruego y posó sus manos sobre el cabello de su hermano para luego acariciar su rostro con ternura. Pero no le tembló la voz al increparlo.

—Si quieres reparar ese daño, entonces ayúdame a demostrar la inocencia de Said. ¡Se lo debemos!

***

No tardó en saberse que el testigo acusador era Timoteo, quien se vio obligado a revelar su verdadero linaje frente al resto de la comunidad. Pese a la mentira para ocultar su identidad, insistía en que Said era el asesino del cristiano encontrado en la playa porque aseguraba haber sido testigo del acontecimiento, a escondidas del muchacho musulmán. También afirmaba no haber hecho la acusación anteriormente por miedo a las represalias que pudiera tomar la comunidad musulmana en su contra. Akram ató cabos enseguida comprendiendo que Timoteo, como futuro esposo de Beatriz, se estaba vengando de Said; pero era imposible realizar dichas acusaciones sin exponerse al escarnio público frente ambas comunidades religiosas.

Los oficiales de la Justicia Criminal de Valencia decidieron hacer un juicio público para evaluar el testimonio de Timoteo y dictaminar la sentencia que definiera el destino de Said. Aunque no existieran pruebas concluyentes, el testimonio de alguien respetado como Timoteo bastaba para culparlo. Todo indicaba que el fallo iría en su contra. Beatriz intentó hablar con Timoteo, pero este evitó su presencia y no le concedió la oportunidad de hablarle. No necesitaba las explicaciones de Beatriz, ni mucho menos escuchar los ruegos que le haría para que no sentenciaran a Said. Una vez que el muchacho fuera condenado a muerte, se encargaría de consolarla como su futuro esposo. Y si no lo perdonaba por lo que hizo, de ella no dependía romper el compromiso. Era preferible querer a una mujer que lo odiaba que a una que fuera incapaz de albergar algún tipo de sentimiento por él.

Desde la ejecución del capitán Germán de Arcos y del resto de la tripulación que trajo la peste negra a Valencia, la ciudad no presenciaba un evento de tal magnitud. Los guardias acordonaron la zona para marcar la distancia entre el pueblo asistente y quien presidiría el juicio. Se acondicionó un tablado donde Said fue conducido con las manos atadas por una soga, a la vista de todos. Un grupo de musulmanes, entre los que se contaban Akram y Fátima, permanecían en una esquina, murmurando maldiciones, sin reservarse su descontento. Previendo una posible reacción violenta, parte de la guardia armada vigilaba a los ciudadanos musulmanes que se encontraban presentes para actuar contra ellos a la menor provocación. Beatriz se encontraba entre los asistentes, junto a su hermano Pedro, y ahogó un grito de asombro al ver que su amado presentaba signos de golpes en el rostro, así como la ropa y la piel llenas de la suciedad de las mazmorras. Seguidamente Timoteo fue conducido también a la tarima a una distancia prudencial del prisionero. Beatriz sintió un profundo desprecio, resistiendo el impulso de correr hacia la tarima y reclamar justicia.

—Ten paciencia. —Pedro la sujetaba con fuerza susurrándole al oído.

El encargado de presidir el juicio se situó entre ambos hombres y giró su cabeza en dirección a Said para leerle las supuestas acusaciones que se hacían en su contra como autor del homicidio del pescador cristiano encontrado en la costa.

—¿Te consideras inocente o culpable de los cargos mencionados? —le preguntó el juez a Said.

—¡Soy inocente! —declaró Said con la cabeza firme y su mirada al frente—. Yo no he matado a nadie. Se está cometiendo una vil injusticia en mi contra.

El juez levantó su mano para pedir silencio.

—Este es el lugar donde se hará justicia. No depende de usted decidir lo que es justo o no. —Seguidamente, se dirigió a Timoteo—. ¿Confirma usted su anterior declaración en la que afirma haber sido testigo del mencionado asesinato a manos del hombre que tiene usted al frente?

—Sí —reafirmó Timoteo su mentira—. Desconozco las razones que lo impulsaron, pero ha sido este joven musulmán quien le dio muerte a ese pobre cristiano.

—La única prueba con la que contamos es este testimonio —recordó el juez—. Pero no podemos dudar de la palabra de un hombre tan respetado y de buena reputación. Queremos que esto sirva de advertencia para que no se repitan estos crímenes de odio a causa de diferencias religiosas. Valencia no permitirá estos desmanes y castigará con todo el peso de la ley a quienes actúen en contra de su prójimo. Que sirva de aviso para todos y cada uno de vosotros el siguiente veredicto para el acusado: culpable de los cargos imputados y condenado a la horca tal y como ordena la ley.

—¡Detengan esta farsa!

Todos los asistentes, incluyendo al juez, se quedaron en silencio tras escuchar el grito desesperado de una mujer y, confundidos, miraron a su alrededor, hasta que notaron que una hermosa joven caminaba en dirección al tablado dispuesto. Muchos reconocieron a Beatriz, la futura esposa de Timoteo, su prometida. Cuando estuvo frente a la tarima, Beatriz dirigió su mirada hacia Timoteo para hablarle ante el desconcierto de todos.

—¡Basta! Si de verdad sientes algo por mí, si tienes un mínimo de consideración humana, si en tu corazón habita Cristo como sueles declarar, dejarás que la verdad no sea sacrificada por tus deseos egoístas. Este hombre al que todos consideran un asesino, es el hombre que yo amo. Y si declaro esto frente a usted, señor juez, es para que comprenda que la supuesta verdad que defiende mi prometido está afectada por un deseo de venganza. Es cierto, amo a un hombre y nuestros respectivos credos nos impiden estar juntos. Pero asumo la responsabilidad que mis palabras implican, con gusto lo hago si con ello puedo evitar una tragedia que traiga nuevas desgracias sobre nuestras cabezas. Así es como comienzan las maldiciones: cuando preferimos acusar antes que escuchar, cuando condenamos en vez de ayudar, cuando solo nos preocupamos por el bienestar propio sin pensar en el mal que aqueja a nuestros vecinos. Durante todo este tiempo, ¿acaso no aprendimos a respetarnos y apreciarnos mejor que antes? No lo volvamos a arruinar. Si algo nos demostró la peste es que no hay privilegios especiales. A todos nos duelen las mismas penas en el corazón.

El discurso honesto y emotivo de Beatriz conmovió a la mayoría de los presentes, especialmente a la comunidad musulmana. Akram y Fátima lloraban agradecidos y Pedro miraba a su hermana con admiración. Said la observaba, amándola. Ella le sonreía con una mezcla de tristeza y esperanza. El juez lanzó una mirada acusadora a Timoteo.

—Gente vulgar y sin importancia. Que Dios les perdone sus pecados —respondió Timoteo indignado—. La mujer tiene razón, este hombre no ha hecho nada. Se merecen estar juntos, para que arruinen sus vidas.

Al escuchar esto, los musulmanes abuchearon a Timoteo, que intentó apresuradamente escapar, pero fue detenido por los guardias bajo mandato del juez.

—A menos que quiera pasar sus días en las mazmorras, usted debe comprender que el perjurio y el falso testimonio exigen una indemnización para la víctima. Hasta que eso no ocurra, queda a la orden y disposición del Cargo Foral de Valencia.

Se llevaron a Timoteo gritando improperios. A Said no le importaba ser indemnizado. Solo quería que liberaran la cuerda que ataba sus manos para correr al encuentro de Beatriz y abrazarla, aunque todos a su alrededor murmuraran palabras de desconcierto o rechazo. Ya no importaba. Habían cruzado todos los límites y agotado todas las esperas. Ahora era el momento de asumir el destino y estar juntos para siempre. Cuando lo soltaron, fue Beatriz quien se adelantó a sus intenciones para rodearlo con los brazos.

—Creo que Granada aún nos espera.

—¿Estás segura? —preguntó Beatriz—. ¿Y tu familia?

—Pedro acepta y respeta mi decisión —afirmó Beatriz—. Pero no podremos vivir en Valencia. No después de esto.

La muchedumbre discutía sus impresiones y acusaban la ineficiencia del Cargo Foral. Beatriz y Said se apartaron y aprovecharon la confusión reinante para reunirse con sus familias, preparados para confirmar sus planes.

—No perdamos tiempo —pidió Said—. Ya quiero llamarte esposa mía.

Epílogo

Muchos años después, en Granada había dos célebres tumbas sin nombre, en las que descansaban dos cuerpos enterrados tan próximos el uno del otro que podrían tocarse. A ese lugar se acercaban las mujeres que estaban a punto de casarse o que esperaban lograrlo para alzar sus plegarias, porque se decía que el lugar se encontraba bendecido por la pareja que allí reposaba tras haber vivido una vida longeva, rodeados de sus hijos, nietos y demás seres queridos. Al paso de los siglos, y a pesar de que el nombre de los amantes se había olvidado, con el tiempo dicha historia dejó de convertirse en un relato anecdótico, para ser reconocida como una leyenda de una época perdida, gracias a la que las madres les explicaban a sus hijas el significado del amor:

—¿Fueron reales los amantes viajeros?

—Nadie lo sabe con certeza, pero no fue en este lugar donde comenzó la historia. Es aquí donde termina.

—¿Y cómo comenzó?

—En los tiempos de un reino condenado por la sombra de una peste, un hombre salvó a una mujer de una muerte segura, pero ella logró que su corazón no naufragara bajo la tormenta pasajera de su soledad. Sus dioses eran distintos, pero sus corazones rezaban la misma plegaria. Así comienzan todos los grandes amores, con dos almas que se encuentran para salvarse.

Notas de la autora

Espero que hayas disfrutado leyendo esta colección tanto como yo disfruté escribiéndola. Estaría muy agradecida si puedes publicar una breve opinión en Amazon. Tu apoyo realmente hará la diferencia.
Para dejar un comentario en Amazon, por favor has click AQUÍ

Conéctate con Luisa M. Cisneros

Si tuvieras alguna sugerencia, comentario o pregunta y deseas ponerte en contacto conmigo por favor encuéntrame en:
Facebook: https://web.facebook.com/luisamarcisneros
Twitter: https://twitter.com/luisamcisneros

Mis mejores deseos,

Luisa M. Cisneros
Autora
https://amazon.com/author/luisamcisneros